

Jim Butcher

La furia del aprendiz



CODEX ALERA

Lectulandia

El reino de Alera ha evitado la invasión de los marat, pero la conspiración contra el Primer Señor sigue su curso y desde el otro lado del mar ha llegado un ataque inesperado que ha debilitado las defensas del reino. Si el Primer Señor cae, una guerra civil cruel y sangrienta será inevitable.

Tavi, el muchacho incapaz de invocar a las furias que salvó a Alera, se encuentra en la Academia. Protegido por el Primer Señor, estudia para convertirse en cursor de la corona y actúa como paje en la corte. Involuntariamente, las circunstancias le empujan de nuevo al centro de los acontecimientos y le obligan a enfrentarse a las traiciones y a los intentos de asesinato que se traman en el círculo más íntimo del Primer Señor, mientras descubre quienes son los atacantes de más allá del mar y salva a su tía Isana de un peligro terrible. La segunda entrega del Codex Alera sigue cautivando al lector con aventuras, intrigas y romances en uno de los mundos fantásticos más sólidos e interesantes de los últimos años, de la mano de un maestro del género.

Lectulandia

Jim Butcher

Las furia del aprendiz

Codex Alera 02

ePub r1.0

capitancebolleta 08.11.13

Título original: *Academ's Fury*
Jim Butcher, 2005
Traducción: Francisco García Lorenzana
Fecha Traducción: 4/2013

Editor digital: capitancebolleta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PARA TODO EL VIEJO GRUPO EN AMBERMUSH Y EN TOO.
TODOS PERDIMOS DEMASIADO TIEMPO JUNTOS, PERO NO ME HABRÍA GUSTADO QUE
HUBIERA SIDO DE OTRA MANERA.

AGRADECIMIENTOS

Siempre hay un montón de gente a quien darle las gracias por haberme ayudado en un proyecto de la extensión de una novela, pero esta vez quiero expresar mi agradecimiento a una persona que siempre lo da todo por mí y que nunca espera nada a cambio.

Muchas gracias, Shannon. Por tantas cosas que ni siquiera puedo recordarlas, y mucho menos reflejarlas en una lista.

No sé cómo me puedes aguantar, ángel mío, pero espero que no dejes de hacerlo.

Prólogo

Si el principio de la sabiduría radica en que seamos conscientes de que no sabemos nada, entonces el principio de la comprensión reside en que nos demos cuenta de que todas las cosas existen en función de una única verdad: las cosas grandes están formadas por cosas más pequeñas.

Las gotas de tinta dan forma a las letras, las letras forman palabras, las palabras forman frases, y las frases se combinan para expresar pensamientos. Lo mismo ocurre con el crecimiento de las plantas que nacen de las semillas, al igual que los muros construidos con muchas piedras. Lo mismo ocurre con la humanidad, cuando las costumbres y las tradiciones de nuestros progenitores se funden para formar los cimientos de nuestras ciudades, de nuestra historia y de nuestra forma de vida.

Ya sea piedra muerta, carne viva o mar rugiente; ya sean tiempos tranquilos o acontecimientos de tales proporciones que conmuevan el mundo, días de mercado o batallas desesperadas, todas las cosas se ajustan a esta ley:

Las cosas grandes están formadas por cosas más pequeñas.

El significado es acumulativo, pero no siempre resulta obvio.

DE LOS ESCRITOS DE GAIUS SECONDUS,
PRIMER SEÑOR DE ALERA

El viento aullaba sobre la sucesión de colinas casi peladas de las tierras encomendadas a los marat, el Uno y Muchos Pueblos. Unos copos de nieve duros y toscos volaban huidizos delante de él y, aunque El Único cabalgaba alto en el cielo, las nubes le ocultaban el rostro.

Kitai empezó a sentir frío por primera vez desde la primavera. Se volvió para mirar a sus espaldas, e hizo visera con una mano para protegerse del aguanieve. Vestía un trozo de tela escasa alrededor de las caderas, un cinturón para sostener el cuchillo y la bolsa de caza, y nada más. El viento hacía revolotear su cabello blanco y espeso alrededor de la cara, y su color se fundía con la nieve que llevaba el vendaval.

—¡Date prisa! —gritó.

En respuesta se oyó un bufido que surgía de lo más profundo de un pecho, y apareció una forma maciza. Caminante el gargante era una bestia enorme, incluso para su especie, y sus hombros se elevaban casi a la altura de dos hombres puestos uno encima del otro. El greñado pelaje invernal ya se había vuelto espeso y negro, de manera que no le prestaba atención a la nieve. Sus garras, todas ellas más largas que un sable alerano, se hundían en la tierra helada sin ninguna dificultad ni prisa.

El padre de Kitai, Doroga, se sentaba a lomos del gargante, y se movía indolente sobre la manta de montar. Iba vestido con un taparrabos y una túnica alerana de color

rojo desvaído. El pecho, los brazos y los hombros de Doroga estaban tan cargados de músculos que se había visto obligado a arrancarles las mangas a la túnica roja, pero como se la habían regalado y tirarla habría sido una grosería por su parte, había trenzado una cuerda con las mangas y las llevaba atadas alrededor de la frente, de modo que fijaban el cabello pálido y peinado hacia atrás.

—Debemos apresurarnos porque el valle huye de nosotros. Ya veo. Quizá nos tendríamos que haber quedado a sotavento.

—No eres tan divertido como te imaginas —replicó Kitai, molesta por la burla de su padre.

Doroga sonrió, y con ello remarcó sus rasgos anchos y cuadrados. Se agarró a la cuerda que colgaba de la silla de Caminante y se deslizó hasta el suelo con una agilidad que contradecía su enorme tamaño. Le dio una palmada a una de las patas delanteras del gargante, que se sentó tranquilo, rumiando el forraje con placidez.

Kitai se dio la vuelta y siguió adelante, penetrando en el viento. Aunque su padre no emitió sonido alguno, ella sabía que la seguía de cerca.

Unos instantes después alcanzaron el borde de un risco que caía a pico hacia un abismo. La nieve le impedía ver el valle que se extendía a sus pies, pero en los remansos entre ráfagas podía ver toda la distancia que los separaba del pie del risco, allá abajo.

—Mira —le señaló.

Doroga apareció a su lado y, con gesto de descuido, deslizó un enorme brazo alrededor de sus hombros. Kitai no habría dejado nunca que su padre se diera cuenta de sus escalofríos, no bajo una simple aguanieve otoñal, pero se reclinó sobre él, y le agradeció en silencio su calidez. Vio cómo su padre miraba hacia abajo, esperando que el viento les diera un respiro para ver el lugar que los aleranos llamaban el Bosque de Cera.

Kitai cerró los ojos, y recordó el lugar. Los árboles muertos estaban cubiertos de *croach*, una sustancia espesa y gelatinosa, que se extendía capa sobre capa, como si El Único lo hubiera bañado todo en la cera de muchas velas. Todo el valle estaba cubierto de *croach*, incluidos el suelo y buena parte de las paredes. Por doquier se veían pájaros y animales atrapados en el *croach*; vivos aún, yacían inmóviles hasta que se ablandaban y se disolvían como la carne hervida a fuego lento. Unas criaturas pálidas del tamaño de perros salvajes, y parecidas a unas arañas con muchas patas, yacían tranquilas en el *croach*, casi invisibles, mientras que otras recorrían el suelo del bosque, silenciosas, rápidas y extrañas.

Kitai tembló al recordarlo, y después se obligó a quedarse quieta, mordiéndose el labio. Levantó la mirada hacia su padre, pero él bajó la suya mientras fingía que no se había dado cuenta.

El valle que se extendía a sus pies no había estado nunca cubierto de nieve; al

menos, hasta donde alcanzaba a recordar su pueblo. Todo el lugar estaba cálido al tacto, incluso en invierno, como si el propio *croach* fuera una especie de bestia enorme y el calor de su cuerpo llenase el aire que lo rodeaba.

El Bosque de Cera estaba cubierto de hielo y podredumbre. Los árboles viejos y muertos estaban recubiertos de algo que parecía una brea marrón y enfermiza. El suelo estaba helado, aunque aquí y allí se podían ver trozos de *croach* putrefacto. Muchos árboles habían caído. Y en el centro del bosque se había derrumbado el montículo hueco, al que la putrefacción estaba disolviendo con un hedor tan intenso que llegaba hasta donde se encontraban Kitai y su padre.

Doroga guardó silencio durante un momento antes de decir:

—Deberíamos bajar. Descubrir lo que ha ocurrido.

—Yo lo he hecho —comentó Kitai.

Su padre frunció el ceño.

—Ha sido una locura por tu parte hacerlo sola.

—De los tres que estamos aquí, ¿quién ha bajado más veces y ha vuelto para contarlo?

Doroga soltó un gruñido que parecía una carcajada, y bajó la mirada hacia ella. Había calidez y afecto en sus ojos oscuros.

—Quizá no estés equivocada. —La sonrisa desapareció, y el viento y el aguanieve golpearon de nuevo el valle—. ¿Qué has descubierto?

—Guardianas muertas —contestó—. *Croach* muerto. Sin calor. Sin movimiento. Las guardianas eran cáscaras huecas. El *croach* se convertía en ceniza al tocarlo. — Se lamió los labios—. Y algo más.

—¿Qué?

—Huellas —respondió en voz baja—. Se alejaban desde el otro extremo. Conducían hacia el oeste.

Doroga gruñó.

—¿Qué huellas?

Kitai movió la cabeza.

—No eran frescas. Quizá marat o aleranas. Encontré más guardianas muertas a lo largo del camino. Como si se hubieran puesto en marcha y fueran muriendo una a una.

—La criatura —retumbó Doroga—. Se desplaza hacia los aleranos.

Kitai asintió con expresión preocupada.

Doroga la miró.

—¿Qué más? —preguntó.

—Su morral. La bolsa que el chico del valle perdió en el Bosque de Cera durante nuestra carrera. La descubrí en la senda, junto a la última araña muerta, y aún conservaba su olor. Empezó a llover. Perdí el rastro.

La expresión de Doroga se volvió más sombría.

—Se lo explicaremos al señor del valle de Calderon. Puede que no sea nada.

—O puede que sí. Iré yo —afirmó Kitai.

—No —replicó Doroga.

—Pero padre...

—No —repitió en tono tajante.

—¿Y si esa cosa lo está buscando?

Su padre permaneció en silencio durante un rato antes de decir:

—Tu alerano es listo. Rápido. Es capaz de cuidarse solo.

Kitai frunció el ceño.

—Es menudo. Y tonto. E irritante.

—Valiente. Desinteresado.

—Débil. Y ni siquiera tiene la magia de su pueblo.

—Te salvó la vida —le recordó Doroga.

Kitai sintió cómo fruncía aún más el ceño.

—Sí. Es irritante.

Doroga sonrió.

—Incluso los leones vienen al mundo siendo cachorros.

—Lo podría partir por la mitad —gruñó Kitai.

—Por el momento, quizá.

—Lo desprecio.

—Por ahora, quizá.

—No tiene ningún derecho.

Doroga movió la cabeza.

—Él no tiene nada más que decir que tú.

Kitai cruzó los brazos.

—Lo odio.

—Así que quieres que lo avise alguien. Ya veo.

Kitai se ruborizó, y el calor le llegó a las mejillas y a la garganta.

Su padre fingió que no se había dado cuenta.

—Lo que está hecho, hecho está —murmuró. Se volvió hacia ella y le cubrió la mejilla con su enorme mano. Le ladeó la cabeza durante un momento, estudiándola

—. Me gustas cuando pones esos ojos. Como esmeraldas. Como la hierba nueva.

Kitai notó que los ojos se le empezaban a llenar de lágrimas. Los cerró, y le besó la mano a su padre.

—Quería un caballo.

Doroga soltó una carcajada retumbante.

—Tu madre quería un león. Recibió un zorro. No lo lamentó.

—Lo quiero para irme.

Doroga bajó la mano. Se dio la vuelta para volver al lado de Caminante, y no apartó el brazo de Kitai.

—No lo harás. Tendrás que hacer guardia.

—No quiero.

—Es la costumbre de nuestro pueblo —replicó Doroga.

—No quiero.

—Cachorro testarudo. Te quedarás aquí hasta que alguien te inculque un poco de sentido común en la cabeza.

—No soy un cachorro, padre.

—Actúas como uno. Te quedarás con los sabot-ha.

Llegó al lado de Caminante, y la elevó sin ningún esfuerzo a mitad de camino de la cuerda de la silla de montar.

Kitai acabó de subir hasta el ancho lomo de Caminante.

—Pero padre...

—No, Kitai. —Subió detrás de ella y le chasqueó la lengua a Caminante. El gargante se puso en pie con placidez, y empezó a regresar por el mismo camino por donde había venido—. Tienes prohibido ir. Está decidido.

Kitai cabalgó en silencio detrás de su padre; pero allí sentada, miraba al oeste, con el rostro preocupado vuelto hacia el viento.

La vieja herida de Miles le hacía daño mientras bajaba por la larga escalera en espiral que conducía a las profundidades de la tierra por debajo del palacio del Primer Señor, pero no le prestó atención. El latido constante y ardiente de su rodilla izquierda no le preocupaba más que el dolor de sus pies cansados, o las contracturas musculares en hombros y brazos después de un día duro de instrucción. Los desdeñó con el rostro tan inmutable y lejano como la funda desgastada de la espada que colgaba del cinturón.

Ninguno de sus achaques lo distrajo tanto como la idea de que estaba a punto de mantener una conversación con el hombre más poderoso del mundo.

Miles alcanzó la antecámara al pie de la escalera y contempló su reflejo distorsionado en un escudo pulido que colgaba de la pared. Estiró el dobladillo de su sobreveste roja y azul, los colores de la Guardia Real, y se pasó los dedos por el cabello despeinado.

Había un chico sentado en el banco, junto a la puerta cerrada. Era un muchacho larguirucho y desgarrado, un joven que acababa de pegar el estirón, por lo que los dobladillos de los pantalones y de las mangas estaban demasiado subidos y le mostraban las muñecas y los tobillos. Un mechón de cabello oscuro le caía sobre la cara. Tenía un libro abierto en el regazo, con un dedo que seguía señalando una línea del texto aunque el chico estaba claramente dormido.

Miles se detuvo y murmuró:

—*Academ*.

Se removió en sueños y el libro cayó de su regazo al suelo. El chico se enderezó con los ojos parpadeantes y tartamudeó:

—Sí, señor, qué..., uh..., sí..., señor. ¿Señor?

Miles colocó una mano sobre el hombro del muchacho antes de que se pudiera levantar.

—Tranquilo, tranquilo. Se acercan los exámenes finales, ¿verdad?

El chico se ruborizó y bajó la cabeza mientras se agachaba para recuperar el libro.

—Sí, sir Miles. No he tenido demasiado tiempo para dormir.

—Lo recuerdo —reconoció—. ¿Sigue dentro?

El muchacho asintió de nuevo.

—Por lo que yo sé, señor. ¿Quiere que lo anuncie?

—Por favor.

El chico se puso en pie, estirando su túnica de *academ* gris y arrugada. Después llamó suavemente a la puerta y la abrió.

—¿Señor? —preguntó el muchacho—. Sir Miles desea verlo.

Se produjo una pausa larga, y después respondió una amable voz masculina.

—Gracias, *academ*. Hazlo pasar.

Miles entró en la cámara de meditación del Primer Señor, y el chico cerró la puerta a prueba de sonido. Miles hincó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza, esperando que el Primer Señor lo saludara.

Gaius Sextus, Primer Señor de Alera, estaba de pie en el centro del suelo enlosado. Era un hombre alto, de rostro severo y unos ojos cansados. Aunque su habilidad con el artificio del agua lo hacía aparentar un hombre en su quinta década de vida, Miles sabía que doblaba esa edad. Su cabello, que había sido oscuro y lustroso, se había cubierto aún más de gris durante el último año.

En las baldosas que había a los pies de Gaius se arremolinaban y cambiaban los colores, formando figuras que se desvanecían una y otra vez, en una transformación constante. Miles reconoció una porción de la costa meridional de Alera, cerca de Parcia, que permaneció quieta durante un instante antes de convertirse en un sector de las tierras montañosas y salvajes que solo se podían encontrar en el lejano norte, cerca de la Muralla del Escudo.

Gaius movió la cabeza y pasó la mano a través del aire que tenía ante sí.

—Basta —murmuró.

Los colores se desvanecieron por completo, y las baldosas recuperaron sus habituales tonalidades apagadas y fijas. Gaius se dio la vuelta y se hundió con una exhalación lenta en una silla apoyada en la pared.

—Esta noche llegas tarde, capitán.

Miles se puso en pie.

—Estaba en la Ciudadela y le quería presentar mis respetos, señor.

Los ojos grises de Gaius se alzaron.

—¿Has bajado quinientos escalones para presentar tus respetos?

—No los he contado, señor.

—Y si no me equivoco, pretendes inspeccionar el mando de la nueva legión mañana al amanecer. Vas a dormir muy poco.

—Desde luego. Casi tan poco como vos, mi señor.

—Ah —replicó Gaius. Alargó la mano y cogió una copa de vino del escritorio ubicado al lado de la silla—. Miles, eres un soldado, no un diplomático. Di lo que estás pensando.

Miles dejó escapar el aire poco a poco, y asintió.

—Gracias. No dormís lo suficiente, Sextus. Acabaréis teniendo el aspecto de una mierda de gargante durante las ceremonias iniciales del Final del Invierno. Tenéis que iros a la cama.

El Primer Señor movió una mano.

—De momento, quizá.

—No, Sextus. No vais a apartarlo con un gesto. Habéis bajado aquí todas las noches durante las últimas tres semanas, y se os nota. Necesitáis una cama caliente, una mujer suave y descansar.

—Por desgracia, no es muy probable que tenga ninguna de las tres.

—Cojones —exclamó Miles. Cruzó los brazos y afirmó los pies—. Sois el Primer Señor de Alera. Podéis conseguir lo que os propongáis.

Los ojos de Gaius brillaron con una sombra de sorpresa y enojo.

—No es muy probable que mi cama se caliente mientras Caria siga en ella, Miles. Ya sabes cómo están las cosas entre los dos.

—¿Qué esperabais? Os casasteis con una maldita niña, Sextus. Ella esperaba vivir un romance épico, y en su lugar se encontró con un político que parece una araña vieja y seca.

Gaius se mordió la lengua. El enojo era cada vez más evidente en sus ojos. El suelo de piedra de la sala se onduló, y el temblor hizo arrastrarse la mesa que había al lado de la silla.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, capitán?

—Vos me lo habéis ordenado, mi señor. Pero antes de despedirme, pensad en ello. Si no tuviera razón, ¿os habríais enfadado tanto? Si no estuvierais tan cansado, ¿habríais dejado que vuestro enojo se mostrase con tanta facilidad?

El suelo se calmó, y la mirada de Gaius se volvió más cansada y menos airada. Miles sintió una punzada de decepción. En el pasado, el Primer Señor no se habría rendido tan fácilmente ante el cansancio.

Gaius tomó otro sorbo de vino.

—¿Qué te gustaría que hiciera, Miles? Dímelo.

—La cama —respondió Miles—. Una mujer. Dormir. El Festival empieza dentro de cuatro días.

—Caria no va a dejar abierta su puerta para mí.

—Entonces, tomad una concubina —sugirió Miles—. Maldita sea, Sextus, necesitáis relajaros, y el Reino necesita un heredero.

El Primer Señor sonrió con tristeza.

—No. Es posible que no haya tratado bien a Caria, pero no la voy a avergonzar tomando una amante.

—Entonces, fortificad su vino con aphrodisin y abridla como un maldito arado, hombre.

—No había reparado en lo romántico que eres, Miles.

El soldado bufó.

—Estáis tan tenso que el aire cruje cuando os movéis. Las llamas saltan al doble de su altura cuando pasáis por una habitación. Cada furia en la capital lo siente, y lo último que queréis es que los Grandes Señores que vengan para el Final del Invierno sepan que estáis preocupado.

Gaius frunció el ceño y se quedó mirando el vino durante un momento antes de decir:

—Los sueños han vuelto, Miles.

La preocupación alcanzó a Miles como un golpe físico, pero evitó como buenamente pudo que se trasluciese en su cara.

—Sueños. No sois un niño para temer un sueño, Sextus.

—Estos son más que simples pesadillas. La fatalidad llegará con el Final del Invierno.

Miles forzó una nota de burla en su voz.

—¿Ahora sois un adivino, mi señor, que prevé la muerte?

—No necesariamente la muerte —replicó Gaius—. He utilizado la palabra antigua. Fatalidad. Destino. Las Parcas. El destino corre hacia nosotros con el Final del Invierno, y no puedo ver más allá.

—No existe ningún destino —afirmó Miles—. Los sueños aparecieron hace dos años, y ningún desastre destruyó el Reino.

—Gracias a la obstinación de un aprendiz de pastor y el valor de esos estatúderes. Estuvimos muy cerca. Pero si no te complace el destino, llámalo una hora desesperada —respondió Gaius—. La historia está llena de ellas. Momentos en los que el destino de miles de personas cuelga del fiel de la balanza, que muy bien podría caer hacia un lado o el otro por medio de las manos y la voluntad de quienes están implicados. Está llegando. Este Final del Invierno va a marcar el curso del Reino, y que me maldigan si puedo ver cómo. Pero está llegando, Miles. Está llegando.

—Entonces nos ocuparemos de ello —replicó Miles—. Pero cada cosa a su tiempo.

—Exacto —reconoció Gaius. Se levantó de la silla, se acercó al mosaico de teselas y le indicó a Miles que hiciera lo mismo—. Deja que te lo muestre.

Miles frunció el ceño y contempló cómo el Primer Señor pasaba de nuevo la mano sobre las baldosas. Miles sintió el susurro de un poder sutil que fluía a través de las losas, pues eran las furias de todos los rincones del Reino que respondían a la voluntad del Primer Señor. Surgiendo de las baldosas, percibió el efecto completo del mapa forjado por el artificio de las furias, de manera que los colores se elevaban a su alrededor hasta que le pareció que se alzaban como un gigante sobre la imagen fantasmal de la ciudadela de Alera Imperia, capital de Alera. Le falló el equilibrio cuando la imagen se emborronó, corriendo a toda velocidad hacia el oeste, hacia las laderas suaves y ricas del valle de Amarante, y más allá, sobre las colinas Negras y hasta la costa. La imagen se intensificó, y se fijó como una imagen real en movimiento sobre el mar, donde las enormes olas se desplegaban bajo el azote de una tormenta maliciosa.

—Ahí —indicó Gaius—. El octavo huracán de esta primavera.

Después de un momento de sobrecogimiento, Miles comentó:

—Es enorme.

—Sí. Y este no es el peor. Los pueden hacer más grandes.

Miles levantó la mirada y la fijó en el Primer Señor.

—¿Alguien está invocando estas tormentas?

Gaius asintió.

—Creo que los ritualistas canim. Nunca habían desplegado tanto poder a través del mar. El embajador Varg lo niega, por supuesto.

—Perro mentiroso —escupió Miles—. ¿Por qué no les pedís ayuda a los Grandes Señores de la costa? Con suficientes artífices del viento pueden deshacer las tormentas.

—Ya están ayudando —contestó Gaius en voz baja—. Aunque no lo saben. He estado rompiendo las tormentas y dejando que los Grandes Señores protejan sus territorios cuando se quedan con un tamaño manejable.

—Entonces, pedid más ayuda —sugirió Miles—. Seguramente Riva o Placida puedan prestarles artífices del viento a las ciudades costeras.

Gaius hizo un gesto y el mapa se volvió a emborronar hasta situarse sobre el lejano norte del Reino, a lo largo de las piedras sólidas y pulidas de la Muralla del Escudo. Miles frunció el ceño y se inclinó hacia delante, para ver más de cerca. A algunas leguas de la muralla podía ver muchas figuras en movimiento, en su mayoría veladas por nubes de nieve en polvo. Empezó a contar, y no tardó en darse cuenta de la enorme cantidad que había.

—Los Hombres de Hielo. Pero han estado tranquilos durante años.

—Ahora ya no —confirmó Gaius—. Se están reuniendo. Antillus y Frigia ya han rechazado dos asaltos a lo largo de la Muralla del Escudo, y la situación empeora por momentos. El deshielo de primavera se ha retrasado lo suficiente como para que la cosecha sea escasa. Eso significa que los sureños tendrán la oportunidad de esquilmar las ciudades del Escudo a cambio de alimentos. Si tenemos en cuenta lo tensas que están las cosas, es posible que eso ocasione más inconvenientes.

Miles frunció el ceño aún más.

—Pero si se abaten más tormentas sobre los sureños, eso arruinará sus cosechas.

—Precisamente —reconoció Gaius—. Las ciudades del norte sufrirán una hambruna y los sureños no estarán preparados para enfrentarse a los Hombres de Hielo que pasen por encima de la muralla.

—¿Es posible que los canim y los Hombres de Hielo estén colaborando? —preguntó Miles.

—Que no lo permitan las grandes furias —contestó Gaius—. Debemos tener la esperanza de que sea una mera coincidencia.

Miles apretó los dientes.

—Y mientras tanto, Aquitania se asegura de que llegue a oídos de todo el mundo que todo esto se debe a vuestra incompetencia.

Gaius esbozó una media sonrisa.

—Aquitania es un oponente bastante agradable, aunque peligroso. Por lo general es muy directo. Me preocupan más Rodas, Kalare y Forcia: ya no plantean quejas ante el Senado, y eso me hace sospechar.

El soldado asintió. Guardó silencio durante un momento, y la preocupación que había sentido antes anidó en él y empezó a crecer.

—No me había dado cuenta.

—Nadie lo ha hecho. Dudo que nadie más disponga de información suficiente como para comprender la magnitud del problema —explicó Gaius. Pasó de nuevo la mano sobre las teselas del mosaico, y la imagen fantasmal del mapa se desvaneció—. Y debe seguir siendo así. El Reino se encuentra en una posición precaria, Miles. Una reacción de pánico, un solo paso en falso puede llevar a la división entre las ciudades y dejar Alera abierta a la destrucción en manos de los canim o de los Hombres de Hielo.

—O de los marat —añadió Miles, sin preocuparse por ocultar la amargura de su voz.

—Por ese frente no me tengo que preocupar, de momento. Parece ser que el nuevo conde de Calderon tiene muy avanzado el establecimiento de relaciones amistosas con muchas de sus tribus más grandes.

Miles asintió, pero no dijo nada más sobre los marat.

—Tenéis muchas cosas en la cabeza.

—Todo esto y más —confirmó Gaius—. Están las presiones habituales del Senado, la Liga Diánica, la Alianza Esclavista y el Consorcio Comercial. Muchos han visto mi reactivación de la Legión de la Corona como una señal de creciente debilidad, o de posible senilidad. —Respiró hondo—. Mientras tanto, a todo el Reino le preocupa el que yo haya podido ver mi último invierno y aún no haya nombrado ningún heredero para que me suceda... mientras los Grandes Señores, como Aquitania, parecen dispuestos a nadar hacia el trono a través de un río de sangre, si es necesario.

Miles guardó silencio, y durante un momento pensó en todas las implicaciones de lo que acababa de decir.

—Cojones.

—Hummm —murmuró Gaius—. Cada cosa a su tiempo.

Durante un instante pareció muy viejo y muy cansado. Miles contempló cómo el anciano cerraba los ojos, recomponía los rasgos y enderezaba los hombros agotados, calmando la voz hasta adquirir su cadencia habitual, brusca y directa al grano.

—Tengo que controlar esa tormenta durante unas horas más. Después dormiré lo que pueda, Miles. Pero no puedo dedicarle demasiado tiempo.

El soldado inclinó la cabeza.

—Mis palabras fueron precipitadas, mi señor.

—Pero honestas. No me debería haber enfadado contigo por eso. Mis disculpas, Miles.

—No es nada.

Gaius dejó escapar un suspiro reprimido y asintió.

—Haz algo por mí, capitán.

—Por supuesto.

—Dobla la guardia de la Ciudadela mientras dure el Festival. No tengo pruebas para apoyarme en ellas, pero no resulta descabellado que alguien pretenda desplegar la diplomacia de la daga durante el Final del Invierno. En especial desde que nos abandonó Fidelias. —Dicho esto, la mirada del Primer Señor se nubló, y Miles le hizo una mueca que pretendía ser comprensiva—. Él conoce la mayoría de los pasadizos en la Ciudadela y en las Profundidades.

Miles se encontró con los ojos de Gaius Sextus y asintió.

—Me ocuparé de ello.

Gaius asintió y bajó los brazos. Miles lo tomó como una despedida y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo delante de ella y miró hacia atrás.

—Descansad. Y pensad en lo que he dicho sobre un heredero, Sextus. Por favor. Una línea de sucesión clara puede despejar muchas de las preocupaciones.

Gaius asintió.

—Me estoy ocupando de eso. Es todo cuanto puedo decir.

Miles le hizo una reverencia a Gaius, se dio la vuelta y abrió la puerta. Un zumbido chirriante se deslizó al interior de la cámara de meditación.

—Vuestro paje ronca muy fuerte —observó Miles.

—No seas demasiado duro con él —comentó Gaius—. Lo criaron para ser pastor.

1

Tavi miró a hurtadillas alrededor de la esquina del dormitorio de los muchachos en el patio central de la Academia, antes de dirigirse al joven que tenía a su lado.

—Vuelves a tener esa expresión en la cara.

Ehren Patronus Vilius, un joven de poco más de un metro veinte de altura, escuálido, pálido y de ojos oscuros, jugueteaba con el dobladillo de la túnica y el sobreveste gris y ancho de un *academ*.

—¿Qué expresión?

Tavi se retiró de la esquina y se alisó con despreocupación el uniforme de estudiante. Daba igual cuántas veces pidiera que le ajustaran la ropa: su cuerpo iba varios pasos por delante de la modista. Las prendas le apretaban demasiado en los hombros y el pecho, y las mangas ni se acercaban a las muñecas de Tavi.

—Ya lo sabes, Ehren. Esa que adoptas cuando estás a punto de darle un consejo a alguien.

—Más bien es la que pongo cuando estoy a punto de darle a alguien un consejo que sé con certeza que no va a seguir. —Ehren también miró a hurtadillas al otro lado de la esquina y añadió—: Tavi, están todos ahí. Será mejor que nos vayamos. Solo hay un camino hacia el comedor. Nos van a ver.

—No están todos —insistió Tavi—. No están los gemelos.

—No. Solo están Brencis, Renzo y Varien. Cualquiera de ellos nos podría arrancar la piel a los dos juntos.

—Es posible que seamos más duros de lo que creen —replicó Tavi.

El chico más pequeño suspiró.

—Tavi, solo es cuestión de tiempo que le hagan daño a alguien. Tal vez mucho daño.

—No se atreverán —aseguró Tavi.

—Son ciudadanos, Tavi. Y nosotros no lo somos. Es tan sencillo como eso.

—No es así como funciona.

—¿Has prestado atención alguna vez a tus lecciones de historia? —replicó Ehren—. Por supuesto que es así como funciona. Dirán que ha sido un accidente y que lo sienten mucho. Aun en el caso de que se llegue a los tribunales, el magistrado les obligará a pagar una multa a tus familiares. Mientras tanto, tú irás por ahí echando en falta un ojo o un pie.

Tavi apretó las mandíbulas y se dispuso a doblar la esquina.

—No me voy a perder el desayuno. He pasado toda la noche en la Ciudadela. Me obligó a subir y bajar esas malditas escaleras una docena de veces, y como me salte otra comida más me voy a volver loco.

Ehren lo agarró del brazo. Su cadetera, formada por un cordón blanco, uno azul y

otro verde, le golpeó el escuálido pecho. Tres cordones daban a entender que los maestros de las furias de la Academia creían que Ehren carecía casi por completo de habilidades con el artificio de las furias.

Por supuesto, lucía tres cordones más que Tavi.

Ehren le sostuvo la mirada a Tavi y habló en voz baja.

—Si sales ahí solo es que ya estás loco. Por favor, espera unos minutos más.

Justo en ese momento sonó el tercer toque de campana de la mañana. Tres tañidos largos. Tavi le lanzó una sonrisita lúgubre al campanario.

—Última llamada. Si no nos ponemos en marcha ahora, no tendremos tiempo para comer. Si lo hacemos bien, podemos pasar a su lado cuando estén saliendo algunos alumnos. Puede que no nos vean.

—No sé dónde se ha metido Max —comentó Ehren.

Tavi miró de nuevo a su alrededor.

—No lo sé. Me fui al palacio poco antes del toque de queda, pero esta mañana he visto que no había dormido en su cama.

—Estuvo fuera toda la noche —murmuró Ehren—. No sé cómo espera aprobar si sigue así. Ni siquiera yo podré ayudarlo.

—Ya conoces a Max —replicó Tavi—. Hacer planes no se le da demasiado bien. —El estómago de Tavi se retorció a causa del hambre y emitió un gorgojeo—. Ya está —confirmó—. Tenemos que ponernos en marcha. ¿Vienes conmigo o no?

Ehren se mordió el labio y movió la cabeza.

—No tengo tanta hambre. ¿Nos vemos luego en clase?

Tavi sintió una oleada de decepción, pero le dio una palmada a Ehren en el brazo. Podía comprender la reticencia del muchacho. Ehren había crecido entre la tranquilidad de los libros y las mesas de sus padres, donde su gran memoria y su habilidad con las matemáticas habían compensado su falta de fuerza en el artificio de las furias. Antes de entrar en la Academia, Ehren no se había enfrentado nunca al tipo de crueldad despreocupada y caprichosa que los artífices de las furias jóvenes y poderosos podían mostrar con sus inferiores.

Tavi, por su parte, llevaba toda la vida enfrentándose a ese problema en particular.

—Nos vemos luego en clase —le aseguró a Ehren.

El muchacho más pequeño jugueteó con sus cadeteras. Tenía los dedos manchados de tinta.

—¿Estás seguro?

—No te preocupes. Todo irá bien.

Dicho esto, Tavi dobló la esquina y enfiló el patio en dirección al comedor.

Unos segundos más tarde, Tavi escuchó unas pisadas a la carrera y Ehren apareció jadeante a su lado, con expresión nerviosa pero decidida.

—Debería comer más —comentó—. Podría detener mi crecimiento.

Tavi le sonrió, y los dos atravesaron el patio.

La luz del sol primaveral, más cálido que el aire de montaña que cubría la capital de Alera, se derramaba sobre los terrenos de la Academia. El patio era un jardín muy bien cuidado que disponía de senderos de piedras blancas y lisas que lo atravesaban en una serie de trazados sinuosos. Las primeras flores habían acompañado a la hierba verde que había surgido de la tierra después de las heladas invernales, y sus colores, rojos y azules, decoraban el patio. Los estudiantes descansaban en los bancos, donde hablaban, leían y desayunaban, todos ellos vestidos con el uniforme gris. Los pájaros subían y bajaban a través de la luz del sol, y se posaban en los aleros de los edificios que rodeaban el patio. Después caían en picado para atrapar los insectos surgidos de sus agujeros para recoger las migajas que dejaban caer los *academ* descuidados.

Todo parecía pacífico, sencillo y encantador, más allá de cualquier cosa que se pudiera imaginar fuera de la poderosa capital de Alera.

Tavi lo odiaba.

Kalarus Brencis Minoris y sus matones se habían instalado en el lugar habitual, junto a una fuente situada ante la entrada del comedor. A Tavi le bastó con mirar al otro muchacho para que se le echara a perder la mañana. Brencis era un joven alto y guapo, de porte real y cara estrecha. Lucía un cabello con largos rizos, que se consideraban decadentes y a la moda en las ciudades del sur; en especial, en su hogar, Kalare. Su uniforme de *academ* estaba confeccionado con las telas más finas, cortadas para ajustar a la perfección, y bordadas con hebras de oro fino. Su cadetera brillaba con cuentas de piedras semipreciosas en lugar de vidrio barato, y descansaba pesada sobre su pecho con representantes múltiples de los seis colores, uno para cada faceta del artificio de las furias: rojo, azul, verde, marrón, blanco y plata.

Cuando Tavi y Ehren se acercaron a la fuente, un grupo de estudiantes de Parcia, cuyas pieles marrones y doradas brillaban bajo el sol matinal, empezó a pasar entre ellos y los matones. Tavi apretó el paso. Solo necesitaban pasar inadvertidos durante una decena de metros más.

No lo consiguieron. Brencis se levantó de su asiento situado junto a la fuente, con los labios dibujando una sonrisa amplia y alegre.

—Bueno, bueno —exclamó—. El pequeño escriba y su mascota han salido a dar una vuelta. No estoy seguro de que dejen entrar al anormal en el comedor si no le pones una correa, escriba.

Tavi ni se molestó en mirar a Brencis, y siguió adelante sin aminorar el paso. Cabía la posibilidad de que el muchacho no se preocupase en seguir molestándolos si no le prestaban atención.

Sin embargo, Ehren se detuvo y miró a Brencis. El muchacho se relamió los labios y dijo, con tono crispado:

—No es anormal.

La sonrisa de Brencis se ensanchó al acercarse.

—Por supuesto que lo es, escribanillo. La mascota del Primer Señor. En cierta ocasión realizó un truco, y ahora Gaius lo quiere ir enseñando por ahí, como si fuera un animal amaestrado.

—Ehren —llamó Tavi—. Vamos.

Los ojos oscuros de Ehren se endurecieron de repente y le tembló el labio inferior. Pero el muchacho levantó la barbilla y no apartó la mirada de Brencis.

—No es un anormal —insistió Ehren.

—¿Me estás llamando mentiroso, escriba? —preguntó Brencis. Su sonrisa se tornó malvada, y flexionó los dedos—. Y yo que pensaba que habías aprendido a respetar a los que son mejores que tú...

Tavi apretó los dientes de pura frustración. No era justo que idiotas como Brencis pudieran desplegar su fuerza con tal despreocupación, mientras que gente decente como Ehren siempre se llevaba la peor parte. Estaba claro que Brencis no los iba a dejar pasar sin provocar un incidente.

Tavi miró a Ehren y negó con la cabeza. Para empezar, el muchacho más pequeño no estaría allí si no hubiera seguido a Tavi. Eso hacía que este fuera responsable de todo lo que le ocurriera. Se dio la vuelta para encararse con Brencis.

—Brencis, por favor, déjanos tranquilos. Solo queremos desayunar algo —le rogó.

Brencis se puso la mano alrededor de la oreja, y su rostro reflejó una sorpresa fingida.

—¿Habéis oído algo? Varien, ¿has oído algo?

Detrás de Brencis, el primero de sus dos lacayos se puso en pie y se acercó. Varien era un chico de altura media y constitución recia. Su ropa no era tan fina como la de Brencis; aun así era mucho mejor que la de Tavi. La grasa adicional le otorgaba a la cara de Varien un aspecto petulante y consentido, y su cabello rubio y fino como el de un bebé era demasiado ralo como para rizarse de manera adecuada, que era el caso de Brencis. Su cadetera lucía numerosas cuentas en blanco y verde que no hacían juego con sus ojos turbios de color avellana.

—Creo que he oído cómo chillaba una rata.

—Es posible —reconoció Brencis, serio—. Entonces ¿qué, escriba? ¿Prefieres barro o agua?

Ehren tragó saliva y dio un paso atrás.

—Espera. No busco problemas.

Brencis siguió al muchacho más pequeño. Sus ojos se convirtieron en rendijas, y agarró a Ehren por la túnica de *academ*.

—¿Barro o agua, cerdito sin arrestos?

—Barro, mi señor —lo animó Varien, con los ojos iluminados con un brillo

malévolo—. Mételo hasta el cuello y deja que esos sesos tan listos se cuezan un rato al sol.

—¡Suéltame! —gritó Ehren, y alzó la voz hasta convertirla en un chillido de pánico.

—Que sea el barro —confirmó Brencis.

Señaló al suelo con una mano, y la tierra se balanceó y tembló. Durante un momento no ocurrió nada, pero entonces el suelo se empezó a mover, se ablandó y se alzó una burbuja creada mediante la mezcla repentina de tierra y de agua llamada por las furias, que provocó un «blup» repentino.

Tavi miró a su alrededor en busca de ayuda, pero no se veía a nadie. Ninguno de los maestros estaba presente en aquel momento y, con la excepción de Max, a ninguno de los estudiantes le apetecía desafiar a Brencis cuando este se divertía a expensas de los demás.

—¡Espera! —gritó Ehren—. Por favor, ¡estos son los únicos zapatos que tengo!

—Estupendo —replicó Brencis—. Parece que tu insignificante familia de campesinos tendrá que ahorrar durante otra generación antes de enviar a alguien aquí.

Tavi tenía que desviar de Ehren la atención de Brencis, y solo pudo pensar en una forma de conseguirlo. Se inclinó, recogió un puñado de tierra húmeda en la palma de la mano y se lo lanzó a Brencis a la cabeza.

El joven kalaran dejó escapar un corto resoplido de sorpresa cuando el barro le alcanzó la cara. Brencis se limpió el lodo y se sorprendió al ver sus dedos manchados. De repente se oyó un estallido de risitas ahogadas procedentes de los estudiantes que estaban presenciando el incidente, pero cuando Brencis miró a su alrededor, todos evitaron su mirada y ocultaron las sonrisas detrás de las manos levantadas sobre la boca. Brencis se fijó en Tavi con los ojos llenos de rabia.

—Vamos, Ehren —ordenó Tavi, mientras arrastraba al chico más pequeño detrás de él en dirección al comedor.

Ehren tropezó, pero corrió a toda prisa en esa dirección. Tavi empezó a seguirlo sin darle la espalda a Brencis.

—Tú —gruñó Brencis—. ¿Cómo te atreves?

—Déjalo, Brencis —replicó Tavi—. Ehren no te ha hecho nada.

—Tavi —siseó Ehren, en claro tono de advertencia.

Tavi sintió la presencia detrás de él justo en el mismo instante en que hablaba Ehren, y se agachó. Se inclinó hacia un lado a tiempo para evitar un par de fuertes bofetadas por parte de Renzo, el segundo matón de Brencis.

Renzo era enorme. Lo era a lo ancho, y a lo alto, y estaba construido a la misma escala de graneros y almacenes: grande, espacioso y simple. Tenía el cabello oscuro y el vello desaliñado del principio de una barba, con unos ojos pequeños en medio de una cara cuadrada. La túnica académica de Renzo estaba confeccionada en tela

sencilla, pero su tamaño significaba que debía de costar el doble que un atuendo normal. Renzo solo tenía gran cantidad de pesados cordones marrones en su cadetera. Dio otro paso hacia Tavi y lanzó hacia delante un puño enorme.

Tavi dio un salto para apartarse de la trayectoria de ese nuevo golpe.

—¡Ehren, encuentra al maestro Gallus! —le urgió.

Ehren lanzó un grito de sorpresa, y Tavi miró hacia atrás y vio que Varien agarraba por detrás al pequeño escriba y lo retorció hasta hacerle daño.

Distraído, Tavi fue incapaz de evitar la siguiente acometida de Renzo. El muchacho grande y silencioso lo levantó del suelo y lo lanzó a la fuente sin más ceremonias.

Tavi cayó al agua, y la impresión que le produjo el frío hizo que se le saliera el aliento de los pulmones. Pataleó durante un minuto, intentando discernir dónde estaba arriba y dónde estaba abajo, y más o menos consiguió alzarse sobre el medio metro de agua de la fuente. Se quedó sentado, escupiendo agua.

Brencis se cernió sobre la fuente con el barro goteándole por una oreja y manchando su preciosa tela. Su bello rostro estaba contorsionado en una expresión de fastidio. Levantó una mano y la giró con gesto lánguido.

El agua que rodeaba a Tavi se alzó por voluntad propia. El vapor, un calor lacerante, atravesó la superficie del agua de la fuente, y Tavi dejó escapar una exhalación ahogada, haciendo visera con una mano, mientras que con la otra se mantenía erguido. La oleada de calor pasó con la misma rapidez con que había llegado.

Tavi descubrió que no podía moverse en absoluto. Miró a su alrededor y, a medida que se aclaraba la nube de vapor, vio que el agua de la fuente se había transformado en hielo sólido. Un momento después, el frío empezó a atravesarle la piel, e intentó respirar hondo a través del abrazo del hielo.

—¿C... cómo...? —murmuró, mirando a Brencis—. ¿Cómo has hecho esto?

—Es una aplicación del artificio de las furias, anormal —respondió Brencis—. Al fin y al cabo, el artificio del fuego solo consiste en repartir el calor. Solo he sacado todo el calor del agua. Se trata de una aplicación avanzada, por supuesto. Tampoco pretendo que entiendas cómo funciona.

Tavi miró alrededor del patio. Varien seguía agarrando a Ehren con una llave dolorosa. El escriba estaba respirando con inhalaciones cortas y difíciles. Ya se habían ido muchos de los estudiantes que estaban allí unos minutos antes. De la media docena que se habían quedado, ninguno estaba mirando hacia la fuente, concentrados de repente en sus libros, sus desayunos o en los detalles de los techos que había al otro lado del recinto.

Los dientes fríos se convirtieron en colmillos dolorosos. Los brazos y las piernas de Tavi latían de dolor y le resultaba difícil respirar. Le recorrió una oleada de miedo

que hizo que se le acelerase el corazón.

—Brencis —empezó Tavi—. No lo hagas. Los maestros...

—No se van a preocupar por ti, anormal. —Miró a Tavi con una expresión relajada y calculadora—. Soy el hijo mayor de un Gran Señor de Alera. Tú no eres nadie. No eres nada. ¿Todavía no te has enterado?

Tavi sabía que el chico quería hacerle daño, sacarlo de sus casillas, y había elegido sus palabras con sumo cuidado. Sabía que Brencis lo estaba manipulando de manera deliberada, pero no parecía que eso supusiera ninguna diferencia. Las palabras le hacían daño. Durante la mayor parte de su joven vida, Tavi había soñado con dejar la propiedad de su tío y de su tía para ingresar en la Academia, con el objetivo de convertirse en alguien a pesar de su total ausencia de capacidad para el artificio de las furias.

Parecía que el destino le había descargado el golpe más cruel al concederle su deseo.

El frío hacía que fuera difícil hablar, pero Tavi lo intentó.

—Brencis, los dos vamos a recibir deméritos si los maestros ven esto. Déjame salir. Siento lo del barro.

—¿Qué lo sientes? Como si eso me importase —comentó Brencis—. Renzo.

Renzo echó el puño hacia atrás y golpeó a Tavi en la boca. El dolor lo atravesó como un rayo, sintió cómo se le abría el labio inferior y paladeó el sabor metálico de la sangre en la lengua. La rabia se unió al miedo, y tartamudeó:

—¡Qué te lleven los cuervos, Brencis! ¡Déjanos en paz!

—Sigue teniendo dientes, Renzo —señaló Brencis.

Renzo no dijo nada, pero golpeó de nuevo a Tavi, esta vez con más fuerza. Tavi intentó apartar la cabeza del golpe, pero el hielo lo mantenía bien sujeto, y no lo podía evitar de la misma manera que no podía dar una voltereta lateral. El dolor hizo que se le emborronara la vista con las lágrimas que intentaba contener con todas sus fuerzas.

—¡Suéltalo! —jadeó Ehren, pero nadie lo escuchó.

El dolor en las extremidades de Tavi fue a más, y sintió cómo se le entumecían los labios. Intentó gritar pidiendo ayuda, pero el sonido apenas fue perceptible, y no recibió ningún auxilio.

—Bien, anormal —continuó Brencis—. Querías que te dejara en paz. Creo que lo haré. Me pasaré después del almuerzo a ver si tienes algo más que decir.

Tavi levantó la mirada y vio que se acercaba una oportunidad, pero solo si conseguía captar la atención del matón. Fijó la mirada en Brencis y gruñó algo en voz muy baja.

Brencis inclinó la cabeza hacia un lado y dio un paso al frente.

—¿Qué ha sido eso?

—He dicho que eres patético —respondió Tavi con voz áspera—. Eres un hijo de mamá, demasiado cobarde para enfrentarse a nadie que sea lo suficientemente fuerte como para hacerle daño. Te fijas en gente como Ehren y yo porque eres débil. No vales nada.

Brencis entrecerró los ojos, mientras se inclinaba hacia delante con lentitud.

—¿Sabes, anormal? No es necesario que te deje solo.

Colocó una mano sobre el hielo, que se empezó a retorcer y mover, y dejó escapar crujidos y chirridos. Tavi sintió una aguda punzada de dolor en un hombro, que atravesó la agonía que le estaba produciendo el hielo.

—Si quieres —prosiguió Brencis—, me puedo quedar aquí contigo.

—¡Brencis! —balbuceó Varien.

—Adelante, hijito de mamá —gruñó Tavi mientras se inclinaba hacia delante—. Adelante, hazlo. ¿De qué tienes miedo?

Los ojos de Brencis brillaron de rabia, y el hielo se movió aún más.

—Tú lo has querido, paleta.

Tavi apretó los dientes para evitar un grito de dolor.

—¡Buenos días! —bramó una voz tempestuosa.

Un joven grande y musculoso, con el cabello cortado al cepillo como un legionare, se cernía sobre la espalda de Brencis y como si fuera por casualidad lo agarró por la parte trasera del manto y del cabello largo. Sin más preámbulos, el joven precipitó contra el hielo la cabeza de Brencis y la frente golpeó la superficie helada cerca de Tavi, lanzando un ruido sordo y contundente. Entonces el joven levantó a Brencis y lo arrojó lejos de la fuente, de manera que el joven señor aterrizó desmadejado en la hierba verde.

—¡Max! —gritó Ehren.

Renzo lanzó un torpe golpe contra la nuca de Max, pero el joven alto se inclinó por debajo de él y descargó un duro puñetazo contra la enorme barriga de Renzo. La respiración de este salió de su pecho como una explosión, e hizo que se tambaleara. Max agarró uno de sus brazos y lanzó a Renzo, quien se espatarró al lado de Brencis.

Max miró a Varien y entrecerró los ojos.

El joven noble palideció, soltó a Ehren y empezó a recular con las manos extendidas delante de él. Renzo y él pusieron en pie a Brencis, que estaba conmocionado, y los tres matones salieron del patio. Los murmullos y susurros emocionados de los *academ* presentes en el patio se alzaron cuando desaparecieron.

—Furias, Calderon —llamó Max a Tavi, lo suficientemente fuerte como para que lo oyese cualquiera que no fuera sordo—. Qué torpe estoy por las mañanas. Mira que tropezar directamente con esos dos...

Sin más dilación, se acercó a la fuente y contempló el aprieto de Tavi. Max asintió una vez, respiró hondo y estrechó los ojos en concentración. Entonces echó el

puño hacia atrás, y lo descargó contra el hielo cerca de Tavi. Una telaraña de grietas explotó a través de este, y algunas esquirlas afiladas golpearon contra la piel entumecida de Tavi. Max descargó el puño muchas veces más con su fuerza asistida por las furias que le ayudó a pulverizar el hielo que aprisionaba a Tavi. Al cabo de medio minuto, Tavi pudo sentir cómo se liberaba de sus ataduras de hielo, y Ehren y Max lo ayudaron a levantarse de la fuente y regresar al suelo firme.

Tavi se quedó tendido durante un momento. Jadeaba y le castañeteaban los dientes, mientras el frío entumecedor seguía presente en las extremidades y era incapaz de hablar.

—Cuervos —juró Max despreocupado y empezó a masajear con fuerza las extremidades de Tavi—. Un poco más y se congela.

Tavi sintió cómo se le retorcían brazos y piernas a medida que las punzadas y los agujonazos furiosos empezaban a recorrerle la piel. En cuanto pudo recuperar la voz, jadeó:

—Max, olvídate de eso. Llévame a desayunar.

—¿Desayunar? —se sorprendió Max—. Estás de broma, Calderon.

—Voy a conseguir un d... d... desayuno decente aunque me vaya la vida en ello.

—Oh. Entonces ya estás bastante bien —observó Max, y ayudó a Tavi a ponerse en pie—. Gracias por distraerlo hasta que lo tuve a tiro. Por cierto, ¿qué ha ocurrido?

—B... Brencis —escupió Tavi—. De nuevo.

Ehren asintió, muy serio.

—Me iba a enterrar de nuevo hasta el cuello, pero Tavi le lanzó un poco de barro a la cara.

—¡Ja! —se rio Max—. Me habría gustado verlo.

Ehren se mordió el labio, miró de reojo al chico grandote y dijo:

—Si no hubieras estado fuera toda la noche, quizá lo habrías hecho.

El *academ* más grande se ruborizó. Tavi pensó que los rasgos de Antillar Maximus no eran hermosos se mirase como se mirase. Pero eran marcados, duros y fuertes. Tenía los ojos grises lobunos de las Grandes Casas del norte, y combinaba la constitución recia con una gracia felina y despreocupada. Aunque lo normal era que se afeitase escrupulosamente todos los días, estaba claro que aquella mañana no había tenido tiempo, y la sombra del vello le otorgaba a sus facciones una apariencia rocosa que iba a juego con las marcas de la nariz que se había roto por dos veces. La ropa de Max era sencilla y estaba arrugada, y a duras penas podía contener los hombros y el pecho. Su cadetera, que contaba con un buen número de cuentas de colores, estaba anudada sin cuidado en todos los lugares por donde se había roto.

—Lo siento —murmuró Max, mientras ayudaba a un Tavi tambaleante que se dirigía hacia el comedor—. Tan solo ocurrió. Hay cosas que un hombre no se debería perder.

—Antillar —murmuró una voz femenina con un ronroneo bajo y gutural que arrastraba las consonantes con un acento ático.

Tavi abrió los ojos para ver a una joven deslumbrante, con el cabello oscuro recogido en una larga trenza que caía sobre el hombro izquierdo. Era sorprendentemente encantadora y sus ojos oscuros brillaban con una sensualidad que hacía tiempo que había enamorado a casi todos los hombres jóvenes de la Academia. Su uniforme de *academ* no conseguía ocultar del todo las curvas exuberantes de sus pechos, y las sedas sureñas con las que estaba confeccionado se ceñían a sus caderas y marcaban las formas de sus muslos mientras atravesaba el patio.

Max se dio la vuelta y le hizo una pequeña reverencia galante.

—Buenos días, Celine.

Celine sonrió, con una expresión de promesa perezosa, y permitió que Max le besase la mano. Dejó que su mano descansara en la de Max y suspiró.

—Oh, Antillar. Sé que te divierte dejar inconsciente a mi prometido, pero eres mucho... más grande que él. No me parece justo.

—La vida no es justa —intervino una segunda voz femenina. Una segunda belleza, indistinguible de Celine excepto por el cabello trenzado que le caía sobre el otro hombro, se unió a ellos. Deslizó una mano sobre el hombro contrario de Max, y añadió—: Mi hermana es muy romántica.

—Lady Celeste —murmuró Max—. Solo intento enseñarle modales. Es por su propio bien.

Celeste lanzó a Max una mirada de reojo.

—Eres un bruto malvado —le espetó.

Max retiró el brazo mientras les dedicaba una reverencia galante a las dos nobles.

—Celeste —replicó—. Celine. Confío en que durmieseis bien la pasada noche. Casi no llegáis al desayuno.

Las dos bocas se curvaron en una sonrisita idéntica.

—Bestia —comentó Celine.

—Sinvergüenza —añadió su hermana.

—Señoras. —Max les dedicó otra reverencia y contempló cómo se alejaban, mientras seguía al lado de Tavi y Ehren.

—Me p... pones enfermo, Max —comentó Tavi.

Ehren miró a las gemelas de refilón, y después a Max con una expresión desconcertada.

—¿Ahí es donde te metiste toda la noche? —preguntó parpadeando de sorpresa—. ¿Con las dos?

—Comparten habitación. No habría resultado muy educado tener solo a una y dejar a la otra abandonada —respondió Max con voz piadosa—. Solo hice lo que habría hecho cualquier caballero.

Tavi miró hacia atrás y sus ojos se vieron atraídos por el balanceo lento de las caderas de las muchachas mientras se alejaban.

—Enfermo, Max. Me pones enfermo.

Max rio.

—De nada.

Los tres entraron en el comedor a tiempo para conseguir los restos de la comida preparada en las cocinas aquella misma mañana, pero cuando encontraron sitio en una de las mesas redondas, se acercaron unos pasos a la carrera. Una chica que no era mucho mayor que Tavi, baja, fornida y sencilla, se detuvo delante de su mesa, mientras un repiqueteo de cuentas verdes y azules brillaban bajo un rayo de luz solar sobre la tela gris. Su cabello fino y castaño claro formaba una corona alrededor de su cabeza con los finos mechones que se le habían escapado de la trenza.

—No hay tiempo —jadeó—. Engullid eso y venid conmigo.

Tavi se quedó mirando su plato, que ya iba cargado de lonchas de jamón y rebanadas de pan recién horneado, y le frunció el ceño a la muchacha.

—No te vas a creer todo lo que he tenido que pasar para conseguir esto, Gaelle —le explicó—. Yo de aquí no me muevo hasta que no esté vacío.

Gaelle Patronus Sabinus miró furtivamente a su alrededor y se inclinó sobre la mesa para murmurar:

—El maestro Killian dice que nuestro examen final de combate va a empezar de inmediato.

—¿Ahora? —tartamudeó Ehren.

Max lanzó una mirada intensa hacia su plato también rebosante y preguntó:

—¿Antes de desayunar?

Tavi suspiró y echó hacia atrás la silla.

—Malditos cuervos y carroña sangrienta. —Se puso en pie, estremeciéndose con los latidos de brazos y piernas—. De acuerdo todo el mundo. Allá vamos.

2

Tavi entró el primero en el viejo estudio de piedra gris. Era un edificio de una sola planta y quizás unos veinte pasos cuadrados, ubicado en el patio occidental de la Academia y, por lo demás, carente de ninguna otra utilidad. No había ventanas que alegraran el estudio. El moho libraba una guerra silenciosa con la hiedra por la posesión de paredes y techos. No se diferenciaba en nada de los almacenes, excepto por una placa sobre la puerta que decía en letras sencillas: «MAESTRO KILLIAN - FURIAS SANADORAS».

Numerosos bancos desgastados pero bien tapizados rodeaban un estrado delante de una pizarra enorme. Los demás entraron detrás de Tavi. Max iba el último. El gran antillano cerró la puerta a sus espaldas y miró alrededor de la sala.

—¿Está todo el mundo preparado? —preguntó Max.

Tavi permaneció en silencio, pero Ehren y Gaelle respondieron que lo estaban. Max puso la mano plana sobre la puerta y cerró los ojos durante un momento.

—De acuerdo —informó—. Estamos solos.

Tavi apretó la mano con firmeza sobre un lugar específico de la pizarra, y al momento apareció una grieta, recta como una plomada. Empujó la pizarra con el hombro y, con un gruñido de esfuerzo, abrió la puerta oculta. Sintió una ráfaga de aire frío y miró hacia la estrecha escalera de piedra que giraba hacia las profundidades de la tierra.

Gaelle le pasó una lámpara. Todos lo imitaron. Tavi empezó a bajar por la escalera, seguido de cerca por los demás.

—¿No te lo he contado? Encontré un camino para llegar a Riverside a través de las Profundidades —murmuró Max.

Tavi soltó un bufido que los muros de piedra convirtieron en un siseo.

—Para llegar a las vinaterías, ¿verdad?

—Facilita la tarea de desaparecer de aquí —añadió Max—. De lo contrario es demasiado complicado como para intentarlo.

—Poca broma con esas cosas, Max —intervino Gaelle en voz muy baja—. Las Profundidades tienen kilómetros y kilómetros de extensión, y solo las grandes furias saben con lo que te puedes tropezar ahí abajo. Te deberías conformar con los caminos que han abierto para nosotros.

Tavi llegó al pie de la escalera y giró hacia la izquierda para entrar en un pasadizo amplio. Empezó a contar las puertas abiertas que tenía a su derecha.

—No está tan mal. He explorado un poco.

—Tavi —llamó Ehren con un tono exasperado—. Por cosas así el maestro Killian te carga con tareas extra. Para evitar que te metas en líos.

Tavi sonrió.

—Soy precavido.

Giraron al alcanzar otra sala, y el pasadizo se inclinó hacia debajo de manera ostensible.

—¿Y si cometes un error? —preguntó Ehren—. ¿Y si caes en una fisura? ¿O en un pozo antiguo lleno de agua? ¿O si te tropiezas con una furia salvaje?

Tavi se encogió de hombros.

—Todo entraña sus riesgos.

Gaelle arqueó una ceja.

—Pero a nadie le consta que ningún loco se haya ahogado, muerto de hambre o caído muerto en una biblioteca o en la panadería —comentó.

Tavi le lanzó una mirada de fastidio cuando alcanzaron el final de la pendiente, donde se cruzaba con otro pasillo. Algo parpadeó en la periferia de su campo visual. Giró a la derecha, resuelto a emprender el camino por el nuevo pasillo.

—¿Tavi? —preguntó Max—. ¿Ocurre algo?

—No estoy seguro —respondió Tavi—. Me ha parecido ver una luz por allí.

Gaelle ya había emprendido el camino por el pasillo de la izquierda, en dirección opuesta. La seguía Ehren.

—Vamos —ordenó—. Ya sabéis qué poco le gusta que le hagan esperar.

—También sabe qué poco nos gusta saltarnos las comidas —murmuró Max.

Tavi le lanzó una sonrisa rápida a su compañero. El pasadizo conducía a un par de puertas de hierro cubiertas de óxido. Tavi las abrió, y los cuatro *academ* entraron en el aula situada al otro lado.

La sala era mucho más grande que el comedor de la Academia, y su techo se perdía en las sombras. Una doble fila de pilares de piedra gris sostenía el techo, y las lámparas de furia colgadas de los pilares iluminaban la sala con un brillo duro y blanco verdoso. En el extremo más alejado de la sala se encontraba un gran cuadrado en el suelo, formado por capas de esteras de junco. A su lado había un pesado brasero de bronce, con carbones relucientes, que proporcionaban el único calor de la sala. A un lado de una de las filas de pilares, se encontraba una línea larga marcada en el suelo y destinada al entrenamiento con las armas. En el lado opuesto de la sala pudieron ver una maraña de cuerdas, palos de madera, vigas y estructuras variadas de alturas diversas: era una pista de obstáculos.

El maestro Killian estaba arrodillado al lado del brasero. Era un anciano arrugado, con un cabello que era poco más que una aureola blanquecina que rodeaba su calva reluciente. Delgado, bajo y frágil en apariencia, su ropa negra de académico era tan vieja que se había desgastado hasta quedar en un gris raído. Un par de calcetines de lana le cubrían los pies, y su bastón descansaba en el suelo a su lado. Al acercarse el grupo, Killian levantó la cabeza, y sus ojos ciegos y lechosos se volvieron hacia ellos.

—¿Esto ha sido la mayor rapidez posible? —preguntó con voz enfadada y

rasposa—. En mi época, a los aprendices de cursor los habrían azotado y tendido en un lecho de sal por moverse tan despacio.

Los cuatro se acercaron a las esteras de junco y se sentaron en fila, mirando al anciano.

—Lo sentimos, maestro —se disculpó Tavi—. Ha sido culpa mía. Brencis, de nuevo.

Killian alargó la mano en busca del bastón, lo cogió y se puso en pie.

—No es excusa. Solo tienes que encontrar una forma de evitar atraer su atención.

—Pero maestro... —protestó Tavi—. Solo quería desayunar.

Killian movió el bastón hacia el pecho de Tavi, y lo empujó ligeramente.

—Tener hambre hasta la hora del almuerzo no te habría hecho daño. Al menos habrías demostrado autodisciplina. Mejor aún, podrías haber demostrado previsión y haberte guardado un poco de la pasada cena para comértelo por la mañana.

Tavi sonrió sin humor.

—Sí, maestro —asintió.

—¿Os han visto entrar?

Los cuatro contestaron al unísono.

—No, maestro.

—Entonces está bien —reconoció Killian—. Si no tenéis ningún inconveniente, ¿podemos empezar con la prueba? Tú serás el primero, Tavi.

Se pusieron en pie. Killian se acercó con paso inseguro a las esteras y Tavi lo siguió. Mientras avanzaba sintió cómo el aire se espesaba contra su piel, y de alguna manera se volvía más espeso a medida que el viejo maestro llamaba a las furias del viento que le permitían sentir y observar cómo se movían. Killian se volvió hacia Tavi y asintió.

—Defiende y ataca —le indicó el anciano.

Con esas palabras, el hombrecillo movió el bastón contra la cabeza de Tavi, que casi no se pudo agachar a tiempo y en ese momento vio cómo el viejo maestro levantaba un pie enfundado en el calcetín que se lanzaba en un golpe lateral contra la rodilla. El muchacho giró el cuerpo para alejarse de él, y utilizó la inercia del movimiento para propinar una patada directa contra la barriga de Killian.

El viejo maestro dejó caer el bastón, atrapó el pie de Tavi por el tobillo y, con un giro, le hizo perder el equilibrio y lo envió contra la esterilla. Tavi se golpeó con fuerza suficiente para perder el aliento y quedó tendido durante un momento, buscando aire.

—¡No, no y no! —refunfuñó Killian—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Debes mover la cabeza al mismo tiempo que las piernas, so idiota. No puedes esperar que te salga bien un ataque si no tienes un objetivo claro. Debes girar la cara para ver el blanco. —Recogió el bastón y golpeó con fuerza a Tavi en la cabeza—. Y tu

coordinación no ha sido nada perfecta. Si algún día te encuentras en una misión y te atacan, este tipo de actuación desastrosa te conducirá a la muerte.

Tavi se masajeó con el ceño fruncido el punto de la cabeza donde había recibido la reprimenda de Killian. No hacía falta que el anciano lo golpease con tanta fuerza.

—Sí, maestro.

—Siéntate, muchacho. Antillar, ven. Veamos si lo puedes hacer mejor.

Max se colocó sobre la estera y pasó por una secuencia similar ante el maestro Killian. Actuó sin errores, con los ojos grises brillantes mientras iba girando la cabeza para mantener los ojos sobre su objetivo. Gaelle y Ehren fueron detrás, y todos ellos respondieron mejor que Tavi.

—Adecuado, pero por los pelos —bufó Killian—. Ehren, coge las varas.

El muchacho escuálido agarró un par de palos de casi dos metros de largo que estaban dispuestos en un armero colgado en la pared y se las entregó al maestro. Killian dejó el bastón a un lado y los aceptó.

—Muy bien, Tavi. Vamos a ver si has conseguido aprender algo con las varas.

Tavi cogió el otro palo de manos del maestro y los dos se saludaron, con las varas levantadas en vertical antes de que ambos se inclinasen en posición de combate.

—Defensa —indicó Killian con brusquedad, y el anciano hizo girar la vara a través de una serie de ataques, remolinos y golpes laterales, que se mezclaron con acometidas bajas y rápidas como el rayo dirigidas contra la barriga de Tavi.

Tavi se alejó del maestro, bloqueando los golpes laterales y desviando hacia un lado los ataques directos, antes de intentar un contraataque, pero pudo sentir una tensión férrea en sus hombros que enlenteció la acometida.

Killian apartó con rapidez el arma de Tavi. Descargó un fuerte golpe contra los dedos del muchacho, y después de dar un giro envió volando la vara de Tavi al otro lado la sala, donde golpeó contra uno de los pilares de piedra.

Killian marcó la esterilla con la punta de la vara, y un gesto de desaprobación frustrada se dibujó en su cara.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, chico? Tu cuerpo debe estar relajado hasta el momento de golpear. Si estás demasiado tenso, tus respuestas serán más lentas. En combate, la vida y la muerte se miden por la anchura de un cabello.

Tavi cerró en un puño la mano dolorida y bufó:

—Sí, maestro.

Killian movió la cabeza hacia la vara caída y Tavi fue a recogerla.

El anciano movió con la cabeza.

—Gaelle. Intenta mostrarle a Tavi lo que quiero decir.

Los otros siguieron por turno, y todos lo hicieron mejor que Tavi. Incluso Ehren.

Killian le pasó las varas a Tavi y recogió el bastón.

—A las marcas, niños.

Lo siguieron hacia las marcas de combate que estaban extendidas en el suelo. Killian se situó en el centro y golpeó el suelo con el bastón.

—Una vez más, Tavi. A ver si ahora podemos quitarnos de en medio.

Tavi suspiró y se acercó para colocarse delante de Killian.

Killian levantó el bastón hasta colocarlo en la posición de guardia de una espada.

—Estoy armado con una hoja —informó—. Desármame sin salirte de las marcas.

La punta del bastón se dirigió contra el cuello de Tavi. El muchacho desvió ligeramente el ataque con una mano mientras se retiraba. El anciano lo siguió, blandiendo el bastón contra la cabeza de Tavi, quien se agachó, rodó hacia atrás para evitar un tajo horizontal y se puso en pie para desviar otra acometida. Se situó dentro del círculo de la teórica espada y movió las manos para agarrar las muñecas del anciano.

El ataque fue demasiado tímido. En un ínfimo instante de duda, el maestro evitó que Tavi lo atrapara. El anciano movió el bastón a derecha e izquierda, y le provocó a Tavi un dolor repentino en forma de equis. Después lanzó la palma de su arrugada mano contra el pecho y obligó al muchacho a retroceder. Aprovechó ese momento para proyectar con firmeza la punta del bastón contra Tavi, y enviarlo al suelo.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —preguntó Killian, exasperado—. Una oveja habría sido más incisiva que tú. En cuanto te decides por el cuerpo a cuerpo, debes ir a fondo. Ataca con toda la velocidad y el poder que puedas reunir. O muere. Es tan sencillo como eso.

Tavi asintió sin mirar a los otros estudiantes.

—Sí, maestro —dijo en voz muy baja.

—La buena noticia, Tavi —continuó Killian con un tono ácido—, es que no tendrás que preocuparte por el hecho de que las entrañas se te derramen sobre las rodillas. La fuente de sangre que mana de tu corazón te matará mucho antes.

Tavi se puso en pie con un gesto de dolor.

—La mala noticia —prosiguió Killian— es que no veo manera de considerar como mínimamente aceptable tu actuación. Has suspendido.

Tavi no dijo nada. Se encaminó hacia el pilar más cercano para apoyarse en él y masajearse el pecho.

El maestro volvió a golpear la marca con el bastón.

—Ehren. Espero, por las grandes furias, que tengas un poco más de ánimos que él.

El examen concluyó cuando Gaelle apartó, con una patada irreprochable, el antebrazo del maestro, y envió el bastón al otro lado de la sala. Tavi contempló cómo los otros tres triunfaban donde él había fracasado. Se frotó los ojos e intentó hacer caso omiso del sueño que sentía. El estómago le rugía de manera casi dolorosa mientras se arrodillaba al lado de los demás estudiantes.

—Muy poco competentes —murmuró Killian, después de que terminara Gaelle—. Todos debéis pasar más tiempo practicando. Una cosa es hacerlo bien en un examen sobre la esterilla de entrenamiento, pero otra muy distinta es hacerlo en serio. Espero que todos estéis preparados para la prueba de infiltración a la conclusión del Final del Invierno.

—Sí, maestro —respondieron más o menos al unísono.

—Entonces, muy bien —concluyó Killian—. Marchaos, cachorritos. Aún es posible que os convirtáis en cursores. —Se detuvo para mirar a Tavi—. Casi todos vosotros, en cualquier caso. Esta mañana hablé con el personal de la cocina. Os han guardado algo caliente del desayuno.

Los estudiantes se pusieron en pie, pero Killian colocó el bastón encima de uno de los hombros de Tavi.

—Tú no, muchacho —le indicó—. Tú y yo vamos a hablar sobre tu actuación durante el examen. Los demás, fuera.

Ehren y Gaelle miraron a Tavi y se estremecieron, y le ofrecieron unas sonrisas de disculpa mientras se iban.

Max palmeó el hombro de Tavi con una mano grande cuando pasaba a su lado y le dijo en voz baja:

—No dejes que pueda contigo.

Max y los demás abandonaron la sala de entrenamiento y cerraron las enormes puertas de hierro a sus espaldas.

Killian se acercó al brasero y se sentó. Extendió las manos hacia el calor. Tavi se aproximó y se arrodilló delante de él. Killian cerró los ojos durante un momento, con expresión dolorida mientras abría y cerraba los dedos, estirando las manos. Tavi sabía que la artritis del maestro lo había estado atormentando.

—¿Ha estado bien? —preguntó Tavi.

La expresión del anciano se suavizó hasta convertirse en una sonrisa ligera.

—Has imitado bastante bien sus debilidades. Antillar se ha acordado de mirar antes de golpear. Gaelle recordó que debía estar relajada. Ehren se entregó sin vacilar.

—Eso es maravilloso. Supongo.

Killian ladeó la cabeza.

—No te hace feliz parecer tan torpe delante de tus amigos.

—Supongo que es eso. Pero... —Tavi frunció el ceño mientras reflexionaba—. Resulta muy duro engañarlos. No me gusta.

—Ni debe gustarte. Pero me parece que no es todo.

—No —reconoció Tavi—. Es que... bueno, son los únicos que saben que me estoy formando como cursor. Son los únicos con quienes puedo hablar de las cosas que me preocupan de verdad. Y sé que solo quieren ser amables. Pero también sé lo que no dicen. El cuidado con el que intentan ayudarme sin que yo sepa que lo hacen.

Ehren pensó hoy que me tenía que proteger de Brencis. Ehren.

Killian volvió a sonreír.

—Es leal.

Tavi frunció el ceño.

—Pero no tendría que hacerlo. Como si no estuviera ya lo suficientemente indefenso.

Killian torció el gesto.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que por mucho combate sin armas que aprenda, no me servirá para nada contra un buen artífice de las furias. Alguien como Brencis. Incluso si uso un arma.

—Eres injusto contigo mismo.

—No veo cómo —replicó Tavi.

—Eres mucho más capaz de lo que crees —explicó Killian—. Tal vez nunca llegues a ser un espadachín tan bueno como podría ser un artífice del metal, o tener la velocidad de un artífice del viento, o la fuerza de un artífice de la tierra. Pero el artificio de las furias no lo es todo. Pocos artífices desarrollan la disciplina para dominar muchas habilidades. Tú lo has hecho. Ahora estás mucho más preparado para enfrentarte a ellos que la mayor parte de quienes solo poseen un talento menor para el artificio de las furias. En cierta medida deberías sentirte orgulloso por eso.

—Si vos lo decís... —suspiró Tavi—. Pero no tengo la sensación de que sea verdad. No siento que tenga mucho de lo que enorgullecerme.

Killian rio y sonó con una sorprendente calidez.

—Eso dice el muchacho que detuvo una horda marat que se disponía a invadir Alera y se ganó el patronazgo del Primer Señor en persona. Tus dudas están más relacionadas con tener diecisiete años que por el hecho de tener o no tener las furias.

Tavi sintió que también sonreía un poco.

—¿Queréis que me someta ahora al examen de combate?

Killian movió una mano.

—No es necesario. Tengo otra cosa en la cabeza.

Tavi parpadeó.

—¿De verdad?

—Hummm. La Legión Cívica tiene problemas con ciertos delitos. De unos meses a esta parte, un ladrón ha estado robando a varios comerciantes y en casas, algunas de las cuales estaban guardadas por las furias. Hasta el momento, la legión ha sido incapaz de detener al ladrón.

Tavi frunció los labios, pensativo.

—Creía que disponían del apoyo de las furias de la ciudad. ¿No son capaces de señalar a quien burló a las furias de guardia?

—Lo pueden hacer. Deberían hacerlo. Pero no lo han hecho.

—¿Cómo es posible? —preguntó Tavi.

—No estoy seguro —respondió Killian—. Pero tengo una teoría. ¿Y si el ladrón realiza sus robos sin utilizar ningún artificio de las furias? Si no entra en juego ninguna furia, las furias de la ciudad no son de ninguna ayuda.

—Pero si no está utilizando ninguna furia, ¿cómo consigue entrar en los edificios guardados?

—Precisamente eso —reconoció Killian—. Y ahí radica la esencia de tu examen. Descubre cómo actúa este ladrón, y procura que lo detengan.

Tavi se dio cuenta de que se le alzaban las cejas.

—¿Por qué yo?

—Tienes un punto de vista único al respecto, Tavi. Creo que eres el más indicado para realizar la tarea.

—¿Atrapar a un ladrón que toda la Legión Cívica ha sido incapaz de encontrar?

La sonrisa de Killian se ensanchó.

—Esto debería ser sencillo para el héroe poderoso del valle de Calderon. Asegúrate de conseguirlo... y con discreción... antes de que se acabe el Final del Invierno.

—¿Qué? —exclamó Tavi—. Maestro, con todas mis asignaturas, y sirviendo en la Ciudadela por las noches, no sé cómo esperáis que lo haga.

—No lloriquees —replicó Killian—. Tienes verdadero potencial, jovencito. Pero si crees que las dificultades para ajustar tu agenda son insuperables, quizá quieras hablar con Su Majestad sobre tu regreso a casa.

Tavi tragó saliva.

—No —respondió—. Lo haré.

El maestro se puso en pie a duras penas.

—Entonces te sugiero que empieces. No tienes tiempo que perder.

3

Amara estiró los brazos y arqueó la espalda cuando finalmente dejó atrás los pesados nubarrones sobre la costa del mar de Hielo y salió de la niebla fría y cegadora hacia la calidez gloriosa del sol naciente. Durante unos pocos segundos, los bordes de las nubes formaron remolinos cuando su furia del viento Cirrus la sacó de su seno, y ella pudo ver el aspecto de la furia en el movimiento de las nubes: la silueta fantasmal de un caballo esbelto y de patas largas, rápido, grácil y hermoso.

Las nubes se elevaban en picos y caían en valles como montañas enormes, todo un reino de gracia lenta y belleza sobrecogedora. El brillo dorado del sol de primavera las envolvía en llamas y a cambio ellas dividían la luz en bandas de colores que bailaban y giraban a su alrededor.

Amara rio por la alegría pura que transmitían. No importaba la frecuencia con la que volaba, la belleza de los cielos no dejaba de llenarle el corazón, y la sensación de libertad y fuerza solo se volvía más intensa. Amara llamó a Cirrus y la furia la elevó con tanta velocidad que el viento le estiró la piel sobre las mejillas, y parte de una nube del tamaño de la Ciudadela de Alera se convirtió en una columna a su paso. Amara puso su brazos en ángulo para que el viento al pasar girase a su alrededor en círculos mareantes, hasta que la cabeza le dio vueltas y el aire se empezó a enrarecer y enfriar.

La presencia de Cirrus le permitía respirar sin dificultad, al menos durante algún tiempo, pero el azul del cielo por encima de ella se empezó a oscurecer, y unos instantes más tarde empezó a ver las estrellas. El frío se hizo más intenso, y el propio Cirrus empezó a cansarse a medida que la furia luchaba por conseguir suficiente aire para mantenerla a flote.

Con el corazón desbocado por la excitación, le hizo una señal a Cirrus para que se detuviese.

Sintió cómo se frenaba el ascenso, y durante un segundo delicioso quedó suspendida entre las estrellas y la tierra. Y entonces giró el cuerpo como una buceadora y cayó. El corazón le latió con una aprensión eléctrica, y se apretó fuerte las piernas y los brazos a los costados, con la cara dirigida hacia la tierra que se encontraba a sus pies. Al cabo de unos segundos se precipitaba hacia abajo a mayor velocidad que en la subida, y los ojos se le empañaron con las lágrimas que provocaba el viento, hasta que Cirrus colocó una parte de su ser delante de ellos para protegerlos.

Al hacerse más denso el aire, volvió a llamar a Cirrus para que la impulsara y su velocidad se dobló y redobló, formándose a su alrededor un ligero halo de luz. Ante sus ojos aparecieron las suaves colinas verdes del valle de Calderon, que ya estaban desafiando al invierno con los primeros brotes. El valle fue creciendo con una

lentitud engañosa.

Amara se sirvió de la velocidad, concentrando cada ápice de su voluntad en fortalecer su artificio de las furias y se colocó sobre la calzada que recorría toda la extensión del valle hasta alcanzar el asentamiento fortificado en su extremo oriental. Entonces apareció ante sus ojos el puesto avanzado de Guarnición.

Amara aulló de emoción, y extendió su poder hasta el límite, que provocó un trueno repentino y ensordecido. Jadeó y extendió brazos y piernas para detener la caída a unos trescientos metros del suelo del valle. Cirrus corrió a colocarse delante de ella para ayudarla a perder aún más velocidad y entonces ambos abandonaron la caída en picado, aprovechando la inercia para impulsarla como un rayo a lo largo de la calzada como una aullante ráfaga de viento huracanado. Agotada y jadeando por el esfuerzo de conseguir tanta velocidad, Amara se dirigió hacia las puertas de Guarnición, más rápida que una flecha lanzada por un arco. Recogió los vientos que se formaban a su alrededor a medida que se aproximaba a las puertas y el guardia que estaba de vigilancia sobre ella la saludó con la mano sin ni siquiera levantarse de la silla.

Amara sonrió y alteró el rumbo para detenerse sobre las almenas por encima de las puertas. Los vientos a su alrededor levantaron polvo y desechos que se elevaron en un remolino que iba formando una nube cada vez más grande alrededor del guardia, un centurión canoso llamado Girdali. El viejo soldado bajo y fornido había estado pelando con la daga la piel arrugada de una manzana procedente de los almacenes de invierno, y dispuso sobre ella una punta de la capa escarlata y azur hasta que se asentó el polvo. Después siguió con la tarea.

—Condesa —saludó de manera despreocupada—. Me alegra veros de nuevo.

—Girdali. —Le devolvió el saludo mientras se soltaba las correas de la mochila sellada del correo que llevaba a la espalda y la dejaba caer—. La mayoría de los soldados se ponen en pie y saludan cuando la nobleza viene de visita.

—La mayoría de los soldados no tienen un culo tan pelado como el mío —replicó alegre.

«Ni la mayoría de ellos lucen en los pantalones del uniforme los galones escarlatas de la Orden del León, la recompensa personal al valor del Primer Señor», pensó Amara, e intentó no sonreír.

—¿Qué haces de guardia? Creía que el mes pasado había traído los papeles de tu ascenso.

—Así es —confirmó Girdali y se comió un trozo arrugado de la piel de la manzana—. Lo rechacé.

—¿Tu ascenso?

—Cuervos, muchacha. —Juró con una cierta alegría por su atentado contra la delicadeza que pedía la tradición teniendo en cuenta su sexo—. Me he burlado de los oficiales durante toda mi carrera. ¿Qué tipo de idiota creéis que soy para convertirme

en uno de ellos?

Amara no lo pudo resistir más y rio a carcajadas.

—¿Puedes enviar a alguien para que avise al conde de que he llegado con despachos?

Giraldi bufó.

—Me parece que ya lo habéis avisado en persona. No conozco a muchas personas que cuando lleguen provoquen un trueno tan grande que haga temblar todos los platos del valle. Todo aquel que no sea sordo ya sabe que estáis aquí.

—Entonces te agradezco tu cortesía, centurión —se burló de él, mientras pasaba la mochila sobre un hombro y se encaminaba hacia la escalera. Sus cueros de vuelo crujieron al hacerlo.

—Es vergonzoso que una chica guapa vaya por ahí vestida de esa manera —se quejó Giraldi—. Ropa de hombre. Y demasiado ceñida para ser decente. Poneos un vestido.

—Esto es más práctico —respondió Amara mirando hacia atrás.

—Ya me doy cuenta del aspecto tan práctico que tenéis cada vez que venís a ver a Bernard —replicó Giraldi mientras arrastraba las palabras.

En contra de su voluntad, Amara notó que se le ruborizaban las mejillas, aunque entre el viento y el frío del vuelo dudaba que se le notase. Descendió hacia el patio occidental del campamento. Cuando Bernard tomó el mando de Guarnición en sustitución del anterior conde, Gram, ordenó que limpiasen todas las señales de la batalla que había tenido lugar justo hacía dos años. A pesar de ello, Amara siempre tenía la sensación de que aún podía ver manchas de sangre que habían pasado por alto, aunque sabía que toda la sangre derramada se había limpiado.

Lo que permanecían eran las manchas que había dejado en sus pensamientos y en su corazón.

Esta idea la despejó un poco, pero en realidad no le estropeó la sensación de felicidad que tenía aquella mañana. Se recordó que la vida allí, en la frontera oriental de Alera, podía ser dura y difícil. Miles de aleranos habían encontrado la muerte sobre el suelo de ese valle, y decenas de miles de marat. Aquel lugar había sido conquistado con dureza, peligros, traiciones y violencia durante casi un siglo.

Pero eso había empezado a cambiar, en gran parte gracias a los esfuerzos y el valor del hombre que lo supervisaba para la Corona, y por el que ella había cabalgado sobre los vientos más altos para verlo.

Bernard salió sonriendo del alojamiento del comandante en el centro del campamento. Aunque el corte de su ropa era un poco más elegante, y la tela un poco más fina, seguía luciendo los verdes y marrones sobrios del estatúder libre que había sido, en lugar de los colores más brillantes que proclamarían su linaje y relaciones. Era alto y con el cabello oscuro marcado por un principio de gris que, como la barba,

llevaba cortado al estilo de las legiones. Se detuvo para sostenerle la puerta a una doncella que iba cargada con ropa para lavar, y después se acercó a Amara con zancadas largas y confiadas. Esta pensó que Bernard tenía la constitución de un oso y se movía como un gato salvaje, y desde luego era más guapo que cualquier hombre a quien hubiera conocido. Pero lo que más le gustaban eran sus ojos. Los ojos gris verdosos eran como el propio Bernard: claros, abiertos, honestos y no perdían detalle.

—Conde —murmuró cuando se acercó y le ofreció la mano.

—Condesa —respondió él.

En sus ojos pudo ver un brillo que provocó que el corazón de Amara se acelerase un poco más cuando él cogió su mano con unos dedos delicados y se inclinó sobre ellos. Amara creyó que podía sentir su voz profunda en las entrañas cuando le dijo:

—Bienvenida a Guarnición, lady Cursor. ¿Habéis tenido un buen viaje?

—Por fin, ahora que ha mejorado el tiempo —respondió ella, y descansó la mano sobre el brazo de él mientras se dirigían a su oficina.

—¿Cómo están las cosas en la capital?

—Más entretenidas de lo habitual —contestó Amara—. El Consorcio Esclavista y la Liga Diánica están enfrascados en un duelo por las calles, y los senadores casi no pueden salir de casa sin verse asaltados por un partido o por el otro. Las ciudades del sur están haciendo todo lo posible por subir los precios de la cosecha de este año, como señal de protesta por la avaricia y las malas artes de los señores de la Muralla, mientras las ciudades de la Muralla exigen un aumento de los impuestos del sur miserable.

Bernard gruñó.

—¿Su Majestad?

—En buena forma —respondió Amara.

Le gustaba inhalar por la nariz mientras andaban, porque Bernard olía a pinaza, cuero y humo de leña, y a ella le gustaba este aroma.

—Pero este año ha realizado menos apariciones públicas que el año anterior. Se han extendido rumores de que al final le está fallando la salud.

—¿Y cuándo no los ha habido?

—Exacto. Tu sobrino es un alumno aventajado de la Academia, según todos los informes.

—¿De verdad? ¿Por fin ha...?

Amara negó con la cabeza.

—No. Y han llamado a una docena de maestros del arte para examinarlo y trabajar con él. Pero nada.

Bernard suspiró.

—Pero, por lo demás, lo está haciendo de manera excelente. Todos los instructores están muy impresionados con la manera en que funciona su mente.

—Bien —reconoció Bernard—. Estoy orgulloso de él. Siempre le enseñé que no debía dejar que su problema se interpusiera en su camino. Esa inteligencia y su habilidad le llevarán más lejos que el dominio de las furias. Pero a pesar de eso, tenía la esperanza... —Suspiró, dedicando una inclinación de cabeza respetuosa a un par de legioneros callidos que pasaron a su lado después de salir del comedor acompañados de sus esposas que oficialmente no existían—. ¿Qué órdenes envía el Primer Señor?

—Los despachos habituales y las invitaciones al Festival para ti y para los estatúder del valle.

Bernard arqueó una ceja.

—¿También ha enviado una para mi hermana?

—En especial para tu hermana —respondió Amara, quien frunció el ceño cuando entraron en la residencia del comandante y subieron la escalera hasta el despacho privado de Bernard—. Hay muchas cosas que necesitas saber, Bernard. Su Majestad me pidió que os informara a ambos sobre las circunstancias que rodean su asistencia. En privado.

Bernard asintió y abrió la puerta.

—Ya me parecía, porque ya ha hecho las maletas para el viaje. La avisaré y llegará esta tarde.

Amara entró en la habitación, mirando de reojo.

—¿Esta tarde?

—Hummm. Quizá no llegue hasta mañana por la mañana. —Bernard cerró la puerta a sus espaldas, y por casualidad corrió el pestillo, mientras se apoyaba en ella—. Sabes, Giraldi tiene razón, Amara. Una mujer no debería vestirse con cueros tan ajustados como esos.

Ella parpadeó con inocencia.

—¡Oh! ¿Por qué no?

—Hace que un hombre empiece a imaginarse cosas.

Ella se movió con lentitud. En el fondo, Bernard era un cazador y un hombre dotado de gran paciencia cuando era necesario. Amara había descubierto que hallaba gran placer en poner a prueba esa paciencia.

Y resultaba aún más placentero el que la perdiera.

Amara empezó a soltar de la trenza el cabello color miel oscura.

—¿Qué tipo de cosas, Vuestra Excelencia?

—Que deberías llevar un vestido —contestó con una voz en la que empezaba a aparecer un ligerísimo tono semejante al gruñido de una bestia. Le brillaron los ojos mientras la veía soltarse el cabello.

Amara deshizo los enredos del cabello con una precisión deliberada y se lo empezó a peinar con los dedos. En el pasado había llevado el cabello mucho más

corto, pero se lo había dejado crecer desde que descubrió que a Bernard le gustaba que lo llevase largo.

—Pero si fuera con un vestido —le explicó—, el viento lo haría jirones. Y cuando viniese a verte, mi señor, Girdali y sus hombres se quedarían mirando todo lo que los jirones no cubren. —Volvió a parpadear y dejó que el cabello le cayera en ondas desordenadas sobre los hombros, enmarcándole la cara. Contempló cómo sus ojos se entornaban de placer ante esta visión—. No podría ir por ahí con ese aspecto delante de una multitud de legionares. Como le he explicado al buen centurión, tan solo es una cuestión práctica.

Bernard se apartó de la puerta y se acercó a ella con pasos lentos. Se inclinó sobre ella y cogió la mochila de correo que aún llevaba colgada. Las puntas de los dedos se entretuvieron ligeramente sobre su hombro al hacerlo, y ella apenas tuvo la sensación de sentirlos a través de la chaqueta. Bernard era un artífice de la tierra de un poder formidable, y ese tipo de personas siempre llevaban consigo cierta sensación de algo puramente instintivo, de un deseo físico ciego que los rodeaba como su fuera un perfume tangible. Amara lo había sentido la primera vez que lo vio, y muchas más veces desde entonces.

Y cuando él se esforzaba, conseguía que su paciencia fuera la primera en desaparecer. No era justo, pero debía admitir que no tenía por qué quejarse de los resultados.

Bernard dejó a un lado la mochila de los despachos, y siguió avanzando hasta que su cuerpo presionó las caderas de Amara contra el escritorio y la obligó a que se echara un poco atrás para apartarse de él.

—No, no lo es —replicó en voz baja, y ella sintió cómo le recorría un escalofrío lento y animal ante su presencia.

Bernard levantó una mano y le tocó la mejilla con la punta de los dedos. Después la fue deslizado hasta su hombro, y bajó por el costado hasta las caderas. La caricia de sus dedos dejó un rastro, y le hizo sentirse sin aliento y con una necesidad urgente. Bernard dejó la mano sobre la cadera y le dijo:

—Si fuera práctico, lo podría apartar de mi camino con un solo gesto. —Se inclinó hacia delante y rozó su mejilla con los labios, ocultando la nariz y la boca en su cabello—. Hummm. Tenerte con un solo gesto. Eso sí que sería práctico.

Amara intentó alargar el momento, pero no lo veía desde hacía semanas y, casi contra su voluntad, sintió el placer sinuoso de su cuerpo que ansiaba y se amoldaba al de Bernard, con una pierna que se enredaba en su pantorrilla. Entonces él inclinó la boca sobre la suya y la besó, y la calidez lenta y sensual del delicioso sabor de su boca alejó cualquier otro pensamiento.

—Estás haciendo trampas —susurró Amara un momento después, jadeando mientras deslizaba las manos bajo su túnica para sentir los músculos pesados y

calientes de su espalda.

—No lo puedo evitar —gruñó Bernard. Él le abrió la parte delantera de la chaqueta y ella se arqueó hacia atrás, dejando que el aire frío traspasara el lino fino de su ropa interior—. Te deseo. Ha pasado demasiado tiempo.

—No pares —murmuró Amara, aunque el tono parecía un gemido muy bajo—. Demasiado tiempo.

Resonaron unas botas que subían por la escalera ante el despacho de Bernard.

Un escalón cada vez.

Ruidosas.

Bernard dejó escapar un gruñido de irritación con los ojos cerrados.

—¡Ejem! —tosió la voz de Girdali desde el exterior—. ¡Atchis! Menudo resfriado he pescado. Sí, señor, un resfriado. Tendré que ver a un sanador.

Bernard se enderezó y Amara tuvo que obligar a sus dedos a que se alejasen de él. Ella recuperó la vertical y perdió un poco el equilibrio, así que se sentó sobre el borde del escritorio de Bernard, con la cara enrojecida e intentando ajustar de nuevo todos los cierres de la chaqueta.

Bernard volvió a meter la túnica más o menos bajo el cinturón, pero los ojos le brillaban con una rabia tranquila. Se acercó a la puerta, y a Amara le sorprendió el enorme tamaño del hombre mientras la abría y se quedaba en el quicio, encarado con el centurión que se encontraba en el exterior.

—Lo siento, Bernard —se disculpó Girdali—. Pero... —Bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro y Amara no pudo escuchar el resto.

—Cuervos —soltó Bernard en una maldición repentina y salvaje.

Amara alzó la cabeza ante el tono de su voz.

—¿Cuánto tiempo hace? —preguntó el conde.

—Menos de una hora. ¿Zafarrancho de combate? —preguntó Girdali.

Bernard apretó las mandíbulas.

—No. Despliega tu centuria en las murallas. Uniforme de paseo.

Girdali frunció el ceño con la cabeza inclinada a un lado.

—No nos disponemos a luchar. Formamos una guardia de honor. ¿Entendido?

—Perfectamente, Vuestra Excelencia —respondió Girdali con una voz gangosa a causa de su nariz varias veces rota—. Queréis a nuestra mejor centuria con el equipo de combate completo para que les pueda dar una patada en el culo a los marat si alguno tiene la intención de luchar; pero si no lo hacen desea que el centurión más hermoso y encantador presente los saludos para que se sientan muy bienvenidos.

—Buen hombre.

La sonrisa de Girdali desapareció y bajó la voz con una expresión franca pero sin miedo.

—¿Crees que se está preparando un combate?

Bernard dio una palmada en el hombro del viejo soldado.

—No. Pero quiero que le digas en persona al capitán Gregor de los caballeros y a los demás centuriones que podría ser una buena idea el que realizaran una inspección de equipos y armas en sus barracones durante un rato, por si estoy equivocado.

—Sí, Vuestra Excelencia —confirmó Giraldi, quien golpeó el puño contra el corazón en un estricto saludo legionare, se despidió de Amara con un movimiento de cabeza y se fue.

Bernard se volvió hacia un armario de madera grande y fuerte, y lo abrió. Sacó una chaqueta de combate vieja y desgastada y se la puso con movimientos precisos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amara.

Bernard le entregó una hoja corta y ancha en una funda que iba unida a un cinturón.

—Puede que tengamos problemas.

El gladio era la espada corta de los legionares, y el arma más común en el Reino. Amara estaba muy familiarizada con él, y se ajustó el cinturón sin necesidad de mirarse los dedos.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una partida de guerra marat en la llanura —respondió Bernard—. Vienen en esta dirección.

4

Amara sintió que una presión lenta y silenciosa se le instalaba en los hombros.

—¿Cuántos son?

Bernard se encogió de hombros bajo la cota de malla y se fue ajustando los cierres.

—Doscientos, o quizá más —respondió.

—Pero ¿no es demasiado pequeña para ser una fuerza hostil? —preguntó Amara.

—Tal vez.

Ella frunció el ceño.

—Seguramente no creerás que Doroga nos vaya a atacar, ni mucho menos con tan pocos efectivos.

Bernard se encogió de hombros, sacó la pesada hacha de guerra del armero y se pasó la correa por el hombro.

—Es posible que no sea Doroga. Si alguien lo ha sustituido de la misma manera en que él lo hizo con Atsurak, existe la posibilidad de un ataque, y no voy a poner en peligro las vidas de mis hombres ni las de los civiles. Nos preparamos para lo peor. Pásame el arco.

Amara se volvió hacia la chimenea y bajó el arco del armario que estaba colgado por encima de ella, una media luna tallada de madera oscura tan gruesa como su tobillo. Se lo pasó, y el hombre grande sacó del armero un carcaj de guerra de boca ancha. Entonces usó una pierna para apuntalar el arco y, sin ningún esfuerzo aparente, dobló los extremos curvados que solo habrían podido manejar con seguridad dos hombres, y colocó la pesada cuerda del arma.

—Muchas gracias.

Amara alzó las cejas ante el arco armado.

—¿Crees que será necesario?

—No. Pero si ocurre algo malo, quiero que lleves de inmediato la noticia a Riva.

Ella frunció el ceño. Odiaba abandonar a Bernard cuando se enfrentaba a un peligro, pero su deber como mensajera del Primer Señor no dejaba lugar a dudas.

—Por supuesto.

—¿Es necesario que te busque una cota de mallas? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Ya estoy cansada del viaje de ida. Si tengo que volar, no quiero llevar más peso del imprescindible.

Bernard asintió y salió de la oficina, mientras Amara seguía sus pasos. Juntos atravesaron el patio oriental en dirección a la extensión enorme y amenazadora de la muralla que daba a las extensas llanuras de las tierras de los marat. La muralla tenía más de nueve metros de altura y de anchura, toda ella de basalto negro que parecía

formado de un único bloque titánico de piedra. Las almenas se extendían sin interrupciones por la parte superior de la muralla. Una puerta lo suficientemente alta y ancha para dejar pasar al más grande de los gargantes estaba cerrada por una única lámina de un acero oscuro que Amara no había visto nunca, y que el Primer Señor en persona había llamado desde las profundidades de la tierra después de la batalla de hacía dos años.

Subieron la escalera hasta las almenas, donde los ochenta veteranos canosos de Giraldi, los hombres que habían sobrevivido a la segunda batalla de Calderon, se estaban reuniendo en buen orden. El galón rojo sangre de la Orden del León era evidente en el ribete de sus pantalones y aunque iban vestidos con sus mejores galas, todos los hombres llevaban sus armas de guerra, de buen acero templado en combate.

A lo lejos, en la llanura se movían siluetas que se iban aproximando a la fortaleza, poco más que borrones oscuros e indefinidos.

Amara se inclinó en el espacio entre dos almenas de piedra y levantó las manos. Llamó a Cirrus y la furia hizo un remolino entre sus manos, manipulando el aire para que formase una lámina de luz doblada que agrandaba la imagen de los viajeros distantes.

—Se trata de Doroga —le informó a Bernard—. Si no me equivoco, le acompaña Hashat.

—¿Hashat? —preguntó Bernard con el ceño fruncido—. La necesita patrullando los pantanos orientales, y para mantener a raya al clan de los lobos. Es peligroso que viajen juntos y con tan poca compañía.

Amara también frunció el ceño mientras los estudiaba.

—Bernard, Hashat va a pie. Su caballo cojea. Hay más miembros del clan de los caballos a pie. También llevan literas. Caballos y gargantes sin jinetes. Animales heridos.

Bernard profundizó el ceño fruncido y asintió con un gesto seco.

—Tenías razón, centurión —comentó—. Se trata de una partida de guerra.

Giraldi asintió.

—Solo que no han venido para luchar contra nosotros. Cabe la posibilidad de que los persiga alguien.

—No. Su paso es demasiado lento —replicó Bernard—. Si los persiguiese alguien, ya los habría atrapado. Bajad las armas, y ordena que los sanadores ocupen sus puestos.

—Sí, señor.

El centurión le hizo una señal a sus hombres para que bajasen las armas y empezó a berrear órdenes, enviando a los soldados para que fueran a buscar las bañeras que debían llenar de agua y convocando a los artífices del agua de Guarnición para que se ocupasen de los heridos.

La partida de heridos de Doroga tardó más de una hora en llegar a la fortaleza. Para entonces, los cocineros ya habían llenado el aire con el aroma a carne asada y pan recién horneado. Además, habían colocado mesas de caballete cargadas de comida y reunido una pequeña montaña de heno para los gargantes. Por último, habían llenado de comida y agua los abrevaderos cercanos a los establos. Los legionarios de Giraldi despejaron una zona amplia en uno de los almacenes, y extendieron mantas con sábanas para los heridos.

Bernard abrió las puertas y salió para recibir a la partida marat. Amara permaneció a su lado. Avanzaron hasta unos seis metros del gargante enorme, negro y con heridas de guerra que montaba Doroga, y el olor penetrante y terroso de la bestia se les metió en la nariz.

El marat también era un hombre enorme, alto y de constitución fuerte incluso para los de su raza. Bajo su piel se deslizaban unos bloques de anchos músculos. Su áspero cabello blanco iba recogido hacia atrás en una trenza de combate, y tenía un corte en el pecho que se había cerrado bajo una gruesa costra de sangre. Sus rasgos eran brutales, pero los ojos oscuros brillaban con inteligencia y contemplaron a Bernard bajo sus pesadas cejas. Vestía la túnica que los estatúder de Calderon le habían entregado después de la batalla, aunque la había abierto por delante y le había arrancado las mangas para dejar sitio para sus brazos. No parecía que el viento frío le provocase ninguna incomodidad.

—Doroga —saludó Bernard.

Doroga le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza.

—Bernard. —Movi6 el pulgar por encima del hombro—. Heridos.

—Estamos preparados para ayudar. Hazlos entrar.

La boca ancha de Doroga se abrió en una sonrisa que mostró dientes cuadrados y fuertes. Le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza a Bernard y entonces desató un morral grande con correas cruzadas para llevarlo a la espalda, que tenía colgado de una cuerda que pendía de la manta de montar del gargante. Después agarró una cuerda de cuero con nudos y bajó del lomo de la bestia. Se acercó a Bernard y se saludaron al estilo marat, las manos cerrándose sobre el antebrazo del otro.

—Me siento agradecido. Algunos de los heridos están más allá de nuestras habilidades. Pero quizá tu pueblo tenga la voluntad de ayudarnos.

—Me siento honrado.

Bernard le hizo una señal a Giraldi para que se ocupase de los marat heridos, mientras que los mozos de cuadra se adelantaron para examinar a los caballos y gargantes, así como a un par de lobos ensangrentados.

—Tienes buen aspecto —comentó Bernard.

—¿Cómo está tu sobrino? —murmuró Doroga.

—Fuera, aprendiendo —respondió Bernard—. ¿Y Kitai?

—Fuera, aprendiendo —contestó Doroga, mirando a Amara—. Ah, la chica que vuela. Tienes que comer más, muchacha.

Amara rio.

—Lo intento, pero el Primer Señor me mantiene muy ocupada llevando mensajes.

—Correr demasiado hace eso —reconoció Doroga—. Búscate un hombre. Ten algunos bebés. Siempre funciona.

Una pequeña punzada de dolor atravesó las entrañas de Amara, pero hizo todo lo posible por mantener la sonrisa en la cara.

—Pensaré en ello.

—Oh —bufó Doroga—. Bernard, ¿quizá tengas algo roto en los pantalones?

La cara de Bernard se ruborizó hasta alcanzar un color escarlata.

—Uh. No.

Doroga se dio cuenta de la vergüenza del conde y estalló en una carcajada estruendosa.

—¡Aleranos! Todo el mundo se aparea —explicó Doroga—. A todo el mundo le gusta. Pero solo tu gente finge no hacer ninguna de las dos cosas.

Amara disfrutaba con el sonrojo de Bernard, aunque el dolor que le habían provocado las palabras de Doroga evitaba que ella se ruborizase también. Lo más probable era que Bernard la considerase demasiado cosmopolita como para avergonzarse con tal facilidad.

—Doroga —intervino para cambiar de tema—, ¿cómo te has hecho esa herida? ¿Qué le ha ocurrido a tu pueblo?

La sonrisa del jefe marat se desvaneció, y miró hacia atrás en dirección a la llanura con semblante lúgubre.

—Me la hice por idiota —respondió—. El resto solo os lo comentaré a solas. Deberíamos entrar.

Bernard frunció el ceño y le hizo un gesto de asentimiento a Doroga antes de indicarle que pasase. Entraron juntos en Guarnición y regresaron a la oficina de Bernard.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó Bernard.

—Después de que haya comido mi gente —respondió Doroga—. También sus *chala*. Sus animales.

—Comprendo. Toma asiento si quieres.

Doroga negó con la cabeza y empezó a pasear por la oficina. Abrió el armario, contempló los ladrillos de la chimenea, y extrajo muchos de los libros del modesto estante para ojearlos.

—Tu pueblo —comentó—. Es muy diferente del mío.

—En cierto sentido —asintió Bernard—. Pero similar en otros muchos.

—Sí. —Doroga pasó las páginas de *Las Crónicas de Gaius*, y se detuvo en los grabados de una de ellas—. Mi pueblo no sabe muchas de las cosas que conoce el tuyo. No tenemos estos... ¿cómo se llaman?

—Libros.

—Libros —repitió Doroga—. Ni el lenguaje de dibujos que tu pueblo usa en ellos. Pero somos un pueblo viejo, y no carecemos de conocimientos propios. —Hizo un gesto hacia su herida—. El polvo de planta sombría y hierba de arena se llevó el dolor, coaguló la sangre y cerró la herida. Vosotros habríais necesitado puntos de sutura, o vuestra magia.

—No pongo en duda ni la experiencia ni los conocimientos de tu pueblo, Doroga —reconoció Bernard—. Sois diferentes. Pero eso no os hace inferiores.

Doroga sonrió.

—No todos los aleranos piensan como tú.

—Es cierto.

—Nosotros tenemos nuestra sabiduría —prosiguió—, que pasa de generación en generación desde el primer amanecer. Le cantamos a nuestros hijos, y ellos a los suyos, y así recordamos lo que ha sido. —Se acercó a la chimenea y removió las brasas con un atizador. La luz anaranjada lanzó sombras inquietantes sobre el contorno de sus músculos e hizo que su expresión pareciera salvaje—. Pero he sido un gran idiota. Nuestra sabiduría me avisó, pero yo he sido demasiado idiota como para reconocer el peligro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Amara.

Doroga respiró hondo.

—El Bosque de Cera. ¿Has oído hablar de él, Bernard?

—Sí —respondió—. He ido una o dos veces. No he bajado nunca.

—Sabio gesto —reconoció Doroga—. Era un lugar mortal.

—¿Era?

El marat asintió.

—Ya no existe. Las criaturas que vivían allí se han ido.

Bernard parpadeó.

—¿Ido? ¿Adónde?

Doroga negó con la cabeza.

—No estoy seguro. Todavía. Pero nuestra sabiduría nos advierte contra ellas, y nos avisa de lo que van a hacer.

—¿Quieres decir que tu pueblo ha visto antes a esas cosas?

Doroga asintió.

—En el pasado lejano, nuestro pueblo no vivía donde ahora. Llegamos aquí desde otro lugar.

—¿Del otro lado del mar? —preguntó Amara.

Doroga se encogió de hombros.

—Del otro lado del mar. Del otro lado del cielo. Estábamos en otro sitio, y después nos encontramos aquí. Nuestro pueblo ha vivido en muchas tierras. Nos dirigimos hacia un nuevo lugar. Nos aliamos con lo que vive allí. Aprendemos. Crecemos. Cantamos las canciones de sabiduría a nuestros hijos.

Amara frunció el ceño.

—¿Quieres decir... que por eso hay diferentes tribus en tu pueblo?

Doroga parpadeó como habrían hecho sus maestros en la Academia ante estudiantes tardos en entendimiento, y asintió.

—Por los *chala*. Por los tótem. Nuestra sabiduría nos explica que hace mucho tiempo, en otro lugar, nos encontramos con una criatura. Que esta criatura robó el corazón y la mente de nuestro pueblo. Que ella y su progenie pasó de docenas a millones. Nos aplastó. Destruyó nuestras tierras y nuestros hogares. Robó nuestros hijos, y nuestras mujeres dieron a luz a su descendencia.

Bernard se sentó en una silla junto al fuego con el ceño fruncido.

—Es un demonio que puede adoptar muchas formas —continuó el marat—. Prueba la sangre y adopta la forma de la criatura que ha probado. Da a luz a su propia camada de criaturas. Transforma a sus enemigos en... cosas. Cosas de su propia creación, que luchan por la criatura. Sigue tomando. Matando. Procreando. Hasta que ya nada lucha contra ella.

Bernard entrecerró los ojos, concentrado en Doroga. Amara dio unos pocos pasos para colocarse detrás de su silla con una mano sobre su hombro.

—No se trata de un cuento alrededor de un fuego de campamento, alerano —explicó Doroga en voz baja—. No se trata de un error. La criatura es real. —El gran marat tragó saliva con una expresión cenicienta—. Puede adaptar muchas formas y dimensiones, y nuestra sabiduría nos advierte de que no confiemos tan solo en su apariencia para alertarnos de su presencia. En eso estribó mi error. No vi lo que era la criatura hasta que fue demasiado tarde.

—El Bosque de Cera —intervino Bernard.

Doroga asintió.

—Cuando tu sobrino y Kitai regresaron del Juicio, algo los siguió.

—¿Estás hablando de arañas de la cera? —preguntó Bernard.

Doroga negó con la cabeza.

—Algo más grande. Algo más.

—Espera —intervino Amara—. ¿De cuántas criaturas estás hablando? ¿De una sola?

—Sí —respondió Doroga—. Eso es lo que la convierte en una Abominación ante El Único.

Amara estuvo a punto de gruñir de frustración. Lo que pasaba era que el marat no

utilizaba el lenguaje de la misma forma que los aleranos, ni siquiera cuando hablaba en alerano.

—No creo que haya oído hablar nunca de nada parecido por aquí, Doroga.

Doroga se encogió de hombros.

—No. Por eso he venido. Para avisaros. —Se acercó un paso, se acuclilló y susurró—: La Abominación está aquí. La sabiduría nos enseña el nombre de sus descendientes. Los vordu-ha. —Tembló, como si enfermara por el hecho de pronunciar el nombre—. Y también nos dice el nombre de la propia criatura. Es el vord.

Durante un momento se extendió un silencio pesado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bernard.

Doroga hizo un gesto con la cabeza hacia el patio.

—Ayer al amanecer presenté batalla contra un nido vord con dos mil guerreros.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Amara.

La expresión del marat no se alteró y siguió fija en el fuego.

—Aquí.

Amara notó que se le abría la boca por la sorpresa.

—Pero ¿solo has traído doscientos con...?

Los rasgos de Doroga todavía eran salvajes y pétreos, mientras las palabras se difuminaban en el silencio.

—Pagamos con sangre la destrucción del vord en ese nido. Pero la sabiduría nos dice que cuando los vord abandonan un nido, se dividen en tres grupos para construir nidos nuevos. Para extender su especie. Rastreamos y destruimos uno de esos grupos. Pero hay dos más. Creo que uno de ellos está aquí, en tu valle, escondido en las laderas de la montaña llamada Garados.

Bernard frunció el ceño.

—¿Y dónde está el otro?

Como única respuesta, Doroga metió la mano en el morral y sacó una mochila de cuero, vieja y desgastada, que lanzó al regazo de Bernard.

Amara sintió cómo todo el cuerpo de Bernard se ponía rígido mientras contemplaba la mochila.

—Grandes furias —murmuró Bernard—. Tavi.

Los remolinos de polvo provocados por el colapso llenaban el interior de los establos de Isanaholt, y hacían que la luz del sol se deslizase aquí y allí a través del tejado para mostrar unos rayos de luz suaves y dorados. Isana se quedó mirando la viga enorme en los establos de la propiedad. Se había roto y caído, sin previo aviso, justo después de que hubiera entrado en el recinto para repartirle la comida a los animales. Si hubiera tomado otro camino, o si hubiera ido más lenta, ahora estaría muerta. Sería ella quien estuviera en lugar de los cuerpos aplastados y sangrientos de un par de gallinas desafortunadas, y no estaría sobresaltada por el susto.

Lo primero que pensó fue si le habría pasado algo a su gente. ¿Estaba alguno de ellos en el establo, o en el altillo? No lo quisieran las furias, pero ¿estaría alguno de los niños jugando allí dentro? Isana alargó la mano para llamar a su furia y, con la ayuda de Rill, creó un sortilegio que se deslizó a través del aire de los establos... Pero el recinto estaba vacío.

«Esa debía de ser la idea», pensó de repente al reparar en una posible explicación del accidente. Se puso en pie, aún temblando, y se acercó a la viga caída para examinarla.

Uno de los extremos de la viga estaba roto, arrancado con puntillas retorcidas y astillado por toda la superficie. El otro extremo estaba mucho más liso, casi tan limpio como si lo hubieran cortado con una sierra. Pero eso no lo había hecho ninguna hoja. La madera estaba quebradiza y polvorienta, como si la hubiera atacado un ejército de termitas. Un artificio de las furias, pensó Isana. Un artificio deliberado.

No había sido un accidente. No había sido en absoluto un accidente.

Alguien había intentado matarla.

De repente, Isana fue muy consciente de que estaba sola en los establos. Casi todos los habitantes de la explotación se encontraban en los campos, porque solo disponían de unos pocos días más para arar y sembrar, y los pastores estaban muy ocupados controlando los ciclos de apareamiento y asistiendo al nacimiento de corderos, terneros, niños y un par de gargantes. Incluso la cocina, el edificio más cercano al establo, estaba vacío en ese preciso instante, mientras las trabajadoras comían en la sala central.

En resumen, no era probable que nadie hubiera oído el estruendo de la viga al caer, y mucho menos que nadie la pudiera oír si pedía ayuda. Por un momento, Isana deseó desesperadamente que su hermano viviera todavía en la explotación. Pero Bernard no estaba. Tendría que cuidarse por sí misma.

Respiró hondo para tranquilizarse, y dio un par de pasos hasta la pared donde una horca colgaba de una viga. Descolgó la herramienta, tratando de no hacer ningún ruido, mientras ordenaba a la presencia de Rill que siguiera rastreando el establo. El

artificio de las furias había sido bastante preciso. Aunque el asesino se escondiera cerca, si era un hombre lo suficientemente endurecido, tal vez careciera de la emotividad necesaria para que Rill lo pudiera detectar. Pero aquello era mejor que nada.

Cuando era necesario, los artífices de la madera podían extender el poder de sus furias para ocultar su presencia a los ojos de los demás, si disponían de suficiente vegetación como para poder utilizarla. A petición de un artífice de la madera, los árboles cambiaban sus sombras, la hierba se retorció y se curvaba para esconderlos, y todo tipo de ilusiones sutiles de la luz y las sombras los podían ocultar a ojos entrenados y atentos. Y el establo casi estaba hundido hasta los tobillos en los juncos que se habían esparcido para mantenerlo caliente durante el invierno.

Isana se quedó quieta y en silencio durante un buen rato. Esperaba alguna señal de la presencia de otra persona. Tendría que hacer acopio de paciencia, porque no pasaría demasiado tiempo hasta que los hombres que regresaban del campo para la comida de mediodía llenasen la propiedad. Si su atacante siguiera allí, ya habría ido a por ella, al creerla vulnerable. Lo peor que podría hacer era perder la cabeza y correr de lleno hacia un ataque mucho menos sutil.

En el exterior se oyó el ruido de cascos que se acercaban al galope a la explotación, y alguien entró montado a caballo. El animal bufó y pataleó durante unos instantes, y entonces resonó la voz de un hombre joven:

—¡Hola, a todos! ¿Estatúder Isana?

Isana contuvo el aliento durante un momento. Después lo dejó escapar lentamente, y se relajó un poco. Había llegado alguien. Bajó la horca y dio un paso hacia la puerta por donde había entrado.

A su espalda se oyó un leve ruido sordo y un canto rodado dio un salto y cayó en el heno. Rill la avisó de repente de que justo detrás de ella había una oleada de pánico.

Isana se dio la vuelta, levantando la horca por instinto, y solo pudo vislumbrar el vago contorno de alguien que se ocultaba entre las sombras del establo. Vio un relámpago de acero, una sensación caliente en una de sus caderas, y sintió cómo los dientes de la horca se hundían con fuerza en carne viva. Dejó escapar un grito de terror y desafío, y empujó con fuerza la horca hacia delante, poniendo encima todo el peso de su cuerpo. Empujó al atacante de espaldas contra la pesada puerta de uno de los compartimentos de los caballos, y sintió con todo lujo de detalles el estallido repentino de dolor, sorpresa y terror puro que acometió a su atacante.

Los dientes se clavaron con fuerza en la puerta de madera, y el artificio de ocultamiento del atacante se tambaleó y desvaneció.

No era lo suficientemente joven como para llamarlo joven, pero tampoco era lo suficientemente viejo como para considerarlo un adulto. Al parecer, se encontraba en

la edad más peligrosa, cuando la fuerza, la habilidad y la confianza se citan con la ingenuidad y el idealismo; cuando los jóvenes hábiles dotados con los artificios de la violencia se pueden manipular para que utilicen sus habilidades con una eficacia brutal... y sin hacer preguntas.

El asesino la miró durante un momento con los ojos muy abiertos, y la cara ya pálida. El brazo que sostenía el arma sufrió un temblor y dejó escapar la espada, una hoja extraña ligeramente curvada en lugar del gladio típico. Empujó los dientes de la horca, pero sus dedos ya no tenían fuerza. Parecía como si uno de los dientes de acero le hubiera cortado una arteria de la barriga, porque una parte de su mente seguía actuando con un distanciamiento clínico. Era lo único que lo podría haber incapacitado con tanta rapidez. De no ser así, la podría haber atacado de nuevo con la espada, aunque estuviera herido.

Pero el resto de ella sentía que estaba a punto de sollozar de pura angustia. El lazo de Isana con Rill estaba demasiado abierto y era demasiado fuerte como para que resultara fácil no tenerlo en cuenta. Todo lo que sentía su atacante fluía hacia sus pensamientos y percepciones con una claridad sencilla y agónica. Ella percibía los latidos de dolor de sus heridas, así como la sensación de pánico y desesperación al darse cuenta de lo que había ocurrido y de que no podía evitar su destino.

Notó que sus temores y el dolor se iban difuminando en una sensación de sorpresa tenue y desconcertante, un reproche silencioso lleno de cansancio y pesadez. Asustada, retiró sus sentidos del joven, y sus pensamientos le gritaron a Rill que rompiera la conexión con el joven asesino. Lloró de alivio cuando las sensaciones que experimentaba desaparecieron de su interior, y lo miró a la cara.

El joven la observó durante un momento. Tenía los ojos del color de las nueces, y una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda.

Su cuerpo se tambaleó y el peso arrancó de la puerta los dientes de la horca. Entonces su cabeza cayó hacia delante y un poco ladeada. Sus ojos se tranquilizaron. Isana tembló y contempló cómo moría. Cuando estuvo muerto, tiró de la horca. No quería salir, y tuvo que poner un pie sobre el pecho del joven para conseguir el apoyo suficiente como para liberarla. Cuando por fin salió, unos perezosos hilos de sangre manaron de los agujeros en la barriga del cadáver. El cuerpo cayó hacia un lado, y sus ojos vidriosos se quedaron mirando a Isana.

Había matado al joven. Lo había matado. No era mayor que Tavi.

Era demasiado. Cayó de rodillas y su barriga perdió el control de su contenido. Se encontró mirando el suelo del establo y temblando mientras la atravesaban oleadas de disgusto, asco y miedo.

Unos pasos entraron en el establo, pero carecían de significado para ella. Isana se dejó caer hacia un lado cuando su estómago dejó de rebelarse. Se quedó allí tendida con los ojos cerrados, mientras los habitantes de la propiedad entraban en el establo.

Tan solo estaba segura de una cosa: si ella no hubiera matado a aquel hombre, él la habría matado a ella.

Alguien que tenía los recursos suficientes para contratar a un asesino profesional la quería ver muerta.

Isana cerró los ojos, demasiado cansada como para hacer nada más, y se sintió contenta de hacerles caso omiso a todos los que la rodeaban. Dejó que el olvido aliviase su angustia y terror.

6

—¿Cuánto tiempo lleva así? —tronó una voz profunda y masculina.

«Mi hermano», pensó Isana. Bernard.

La otra voz era vieja y ligeramente rasposa. Isana reconoció la confianza tranquila de la vieja Bitte.

—Desde poco antes de mediodía.

—Está pálida —comentó otra voz masculina, esta vez más aguda y menos resonante—. ¿Estás seguro de que está bien?

—Todo lo seguro que puedo estar, Aric —contestó Bernard—. No tiene heridas. —Soltó el aire poco a poco—. Parece que ha sufrido un colapso, porque ha extendido demasiado su artificio. Ya he visto en otras ocasiones como su trabajo le ha provocado reacciones similares.

—También puede ser una reacción ante la lucha —intervino Amara—. Un *shock*. Bernard asintió con un gruñido.

—A veces los legionarios novatos hacen lo mismo después de su primera batalla. Las grandes furias saben lo terrible que es matar a alguien.

Isana sintió la mano ancha y cálida de su hermano sobre su cabello. Olía a caballos sudorosos, cuero y polvo del camino, y su voz sonaba ligeramente angustiada.

—Pobre Isana. ¿Podemos hacer algo más por ella?

Isana respiró hondo e hizo un esfuerzo para hablar, pero apenas le salió un susurro.

—Empieza por lavarte las manos, hermanito. Huelen.

Bernard dejó escapar un grito de alegría, y acto seguido se sintió medio aplastada en uno de sus abrazos de oso.

—Es posible que necesite la espalda entera, Bernard —jadeó, pero notó que sonreía al hacerlo.

Justo entonces él la dejó sobre la cama, poniendo mucho cuidado en la tarea.

—Lo siento, Isana.

Ella le puso la mano sobre el brazo y le sonrió.

—Estoy bien. En serio.

—Estupendo —remachó Bitte con tono rasposo.

Era una anciana delgada, de cabello blanco y encorvada, y más animosa que la mayoría. Ya era una institución en el valle mucho antes de que tuviera lugar la primera batalla de Calderon, por no hablar de los acontecimientos más recientes. Se puso en pie y empezó a gesticular para echar a todo el mundo de allí.

—Fuera, todo el mundo, fuera. Todos tenéis que comer, y apostaría a que Isana necesitará algunos momentos de intimidad.

Isana le lanzó a Bitte una sonrisa de agradecimiento.

—Bajaré dentro de unos minutos —le aseguró a Bernard.

—¿Estás segura de que deberías...? —empezó él.

Ella levantó una mano y le dijo con mayor firmeza:

—Todo irá bien. Estoy hambrienta.

—De acuerdo —aceptó Bernard de mala gana, y se retiró ante Bitte como un toro complaciente ante un perro pastor—. Pero comamos en el estudio —añadió—. Tenemos que hablar de algunas cosas.

Isana frunció el ceño.

—En ese caso, por supuesto. Allí estaré.

Se fueron, e Isana tardó unos instantes en centrarse mientras se refrescaba. El estómago se le retorció de asco cuando vio la sangre en la falda y la túnica. Se quitó la ropa con toda la rapidez de que fue capaz, y la arrojó al fuego que ardía en la habitación. Era un desperdicio, pero sabía que no se la podría volver a poner. No después de ver cómo la oscuridad se cernía sobre los ojos del joven.

Trató de no pensar en ese momento, y también se quitó la ropa interior. Se puso vestimentas limpias. Deshizo la trenza que le recogía el largo cabello oscuro, y pensó, ociosa, que tenía más mechones grises. Encima de una cómoda había un espejito. Se contempló pensativa mientras se peinaba el cabello. Estaba más canosa, pero al mirarla, por supuesto, nadie adivinaría su edad. Era delgada (demasiado para los cánones de belleza), y sus rasgos seguían siendo los de una muchacha de poco más de veinte años, que no era ni por asomo su edad real. Si tuviera la de Bitte, su aspecto sería el de una mujer de unos treinta y tantos años, a excepción del cabello canoso, que se negaba a teñirse. Tal vez se debiera a que entre el cuerpo demasiado delgado y el don de la apariencia juvenil que poseían los artífices del agua, las canas eran lo único que la señalaban como una mujer y no como una muchacha. Eran la dudosa insignia del valor por todo lo que había sufrido y perdido a lo largo de esos años, pero eran todo cuanto tenía.

Dejó el cabello suelto, en lugar de trenzarlo de nuevo, y frunció el ceño ante su imagen en el espejo. ¿Cenar en el estudio en lugar de hacerlo en la sala? Eso debía de significar que a Bernard —o lo más probable, Amara— le preocupaba que los pudieran oír. Y eso significaba que Amara llegaba con alguna noticia de la Corona.

El estómago de Isana se retorció de nuevo, esta vez de ansiedad. El asesino del establo había llegado en un momento bastante improbable. ¿Qué posibilidades había de que ocurriera algo así solo unas pocas horas antes de la llegada al valle de un mensajero de la Corona? Parecía bastante difícil que ambos hechos no estuvieran relacionados.

Y eso llevaba a la cuestión de quién le había enviado al asesino. ¿Los enemigos de la Corona?

O el propio Gaius.

La idea no era tan ridícula como pudieran pensar los demás, máxime teniendo en cuenta lo que sabía. Isana había conocido a Gaius y sentido su presencia. Sabía que era un hombre de acero y piedra, con la voluntad de gobernar, de engañar y, cuando era necesario, asesinar para proteger su posición y a su pueblo. No dudaría en ordenar que la mataran si se convertía en una amenaza para él. Y por lo que sabía, ella podía serlo.

Tembló y arrinconó sus preocupaciones y temores, obligándose a envolverlos con fuerza y confianza. Había guardado secretos durante veinte años, y sabía jugar la partida como haría cualquier otro en el Reino. Por mucho que le gustara Amara, y por mucho que le gustara ver que había hecho feliz a su hermano, Amara era una cursor, y leal a la Corona.

No se podía confiar en ella.

Las salas de piedra de la propiedad se enfriarían a medida que el atardecer cubriera el valle, así que se colocó sobre los hombros un mantón pesado de color rojo oscuro, que se añadía al vestido azul profundo, se enfundó las zapatillas y se movió en silencio a través de los pasillos en dirección al estudio de Bernhardolt... No, al de Isanaholt. A su estudio.

La habitación no era grande, y, a esas profundidades, en las paredes de piedra del edificio no había ventanas. Dos mesas ocupaban la mayor parte del espacio, y una pizarra y unas estanterías cubrían las paredes. Durante el invierno, cuando tenían más tiempo libre, los niños de la propiedad aprendían aritmética básica, estudiaban los anales del artefacto de las furias como guía en el uso de sus propias furias, y aprendían al menos a leer un poco. Ahora, Bernard, Amara y Aric, el estatúder más joven del valle, ocupaban una mesa, que estaba dispuesta con la cena.

Isana entró en silencio y cerró la puerta a su espalda.

—Buenas noches. Siento mucho que no estuviera disponible para saludaros como es debido, Vuestras Excelencias, estatúder.

—Tonterías —replicó Aric, quien se puso en pie y le sonrió—. Buenas noches, Isana.

Bernard también se levantó, y esperaron a que Isana se sentara antes de hacerlo ellos.

Mantuvieron una conversación tranquila mientras comían, charlando sobre cosas irrelevantes.

—Casi no has hablado, Aric —comentó Isana, una vez acabada la comida, mientras apartaban los platos y seguían sentados sorbiendo té caliente—. ¿Cómo habéis pasado el invierno los tuyos y tú?

Aric frunció el ceño.

—Me temo que por eso estoy aquí. Yo... —Se sonrojó un poco—. Bueno. Para

serte sincero, tengo un problema y quería consultar contigo antes de molestar con él al conde Bernard.

Bernard también frunció el ceño.

—Por amor a las furias, Aric. Sigo siendo el mismo hombre que hace dos años, con o sin título. No debería preocuparte si me molestas cuando se trata de asuntos de las explotaciones.

—No, señor —replicó Aric—. No lo haré, Vuestra Excelencia, señor.

—Bien.

El joven se volvió hacia Isana antes de decir:

—Se han presentado algunos problemas, y es posible que pueda necesitar la ayuda del conde.

Amara se tapó la boca con la mano hasta que pudo ocultar la sonrisa detrás de la taza que estaba bebiendo. Bernard se reclinó con una sonrisa tolerante, pero Isana sintió algo más en él: una punzada repentina de ansiedad.

Aric escanció un poco más de vino y se retiró de la mesa. Era un hombre enjuto, todo brazos y piernas, demasiado joven aún como para tener la constitución musculosa y pesada de la madurez. No obstante, se consideraba que tenía una inteligencia poco común, y en los últimos dos años había trabajado muy duro en sus dos propiedades para romper todos los vínculos con lo que por lo general se consideraba una desafortunada relación sanguínea con su difunto padre, Kord.

—Algo ha estado de caza en la propiedad oriental —comentó con voz seria—. Le hemos perdido la pista a casi a un tercio del ganado que soltamos para que pastase libremente durante el invierno, y hemos llegado a la conclusión de que los debieron capturar dientilargos o incluso moas. Pero hemos perdido dos vacas más en los cercados desde que las recogimos.

Isana frunció el ceño.

—¿Quieres decir que las han matado?

—Quiero decir que las hemos perdido —recalcó Aric—. Por la noche se encontraban en los pastos. Por la mañana no estaban. Sin rastro. Sin sangre. Sin cadáveres. Solo desaparecidas.

Isana notó que se le alzaban las cejas.

—Eso es... raro. ¿Ladrones de ganado?

—Eso pensé —reconoció Aric—. Tomé a dos de mis artífices de la madera y fuimos a las colinas para rastrear a quienquiera que fuese. Buscamos su campamento y lo encontramos. —Aric tomó un buen trago de vino—. Parecía que podría haber unos veinte hombres, pero habían desaparecido. Las hogueras estaban apagadas, pero había un espetón con carne quemada sobre una de ellas. Había ropa, armas, mantas y herramientas desperdigadas por todas partes, como si se hubieran levantado y se hubieran ido sin llevarse nada.

La marca del ceño de Bernard se profundizó, y Aric se volvió para mirarlo muy serio.

—Estaba... mal, señor. Daba miedo. No conozco otra manera de describíroslo, pero hacía que se te erizase el vello de la nuca. Y estaba anocheciendo, así que cogí a mis hombres y volvimos con toda la rapidez que nos fue posible al recinto de la propiedad. —Su rostro palideció un poco más—. Uno de ellos, Grimard... ¿lo recordáis, señor, el hombre de la cicatriz sobre la nariz?

—Sí. Legionare de Ática, creo, retirado aquí con su primo. Lo vi destrozar a un par de guerreros lobos en la segunda batalla en Guarnición.

—Ese mismo —confirmó Aric—. No consiguió regresar al recinto.

—¿Por qué? —preguntó Isana—. ¿Qué ocurrió?

Aric negó con la cabeza.

—Íbamos en fila, conmigo en medio. Él se encontraba a unos cinco metros. En un momento estaba allí, pero cuando me di la vuelta para mirar un instante más tarde, había desaparecido. Solo... desaparecido, señor. Ni un sonido. Ningún rastro. Ninguna señal de él. —Aric bajó la mirada—. Me asusté y corrí. No lo debería haber hecho.

—Cuervos, muchacho —replicó Bernard con el ceño aún fruncido—. Por supuesto que debías hacer precisamente eso. Eso me habría asustado hasta la médula.

Aric levantó los ojos para mirarlo y los volvió a bajar, con la vergüenza aún marcada en sus rasgos.

—No sé lo que le voy a decir a la esposa de Grimard. Albergamos la esperanza de que siga vivo, señor, pero... —Aric movió la cabeza—. Pero no lo creo. No nos enfrentamos a bandidos o a los marat. No se me ocurre ninguna explicación. Solo es...

—Instinto —concluyó Bernard—. No dejes de contar con él, muchacho. ¿Cuándo ocurrió todo eso?

—La pasada noche. He dispuesto que los niños permanezcan dentro de las murallas de la propiedad, y que nadie salga si no es en grupos de al menos cuatro. Partí a primera hora de la mañana para hablar con Isana.

Bernard soltó el aire poco a poco, y miró a Amara. La cursor asintió, se puso en pie y se acercó a la puerta. Isana oyó cómo susurraba algo mientras tocaba la madera de la puerta y sus oídos le hicieron daño durante un breve instante y después se despejaron con un pequeño estallido.

—Ahora podemos hablar libremente —indicó Amara.

—¿Hablar libremente de qué? —preguntó Aric.

—Sobre algo de lo que Doroga me ha informado esta mañana —explicó Bernard—. Dice que existe una especie de criatura a la que llama vord, y que moraba en el Bosque de Cera, y que ocurrió algo que la obligó a abandonar su hogar.

Isana frunció el ceño mientras escuchaba cómo Bernard relataba el resto de lo que Doroga le había confiado sobre la criatura.

—No lo sé, señor —intervino Aric con la voz dubitativa—. Nunca he oído nada parecido. ¿Una criatura que cambia de forma y bebe sangre? Habríamos oído hablar de semejante cosa, ¿o no?

—Según Doroga, cuando oyes algo sobre ella, es muy posible que ya sea demasiado tarde —respondió Bernard—. Si está en lo cierto sobre la localización del nido en Garados, eso podría explicar las desapariciones en tu propiedad, Aric.

—¿Estás seguro de que no está contando ningún cuento? —preguntó Aric.

—Vi cómo nuestros sanadores remendaron a doscientos marat y, al menos, al mismo número de animales, Aric. No lo hicieron para gastarnos ninguna broma. Si Doroga dice que perdió casi dos mil guerreros, le creo. —A continuación relató el resto de la historia que le había contado Doroga.

Isana se cruzó de brazos y tembló.

—¿Qué hay del tercer nido?

Bernard y Amara intercambiaron otra de esas miradas, y no necesitó ninguno de los dones de su artificio de las furias para saber que su hermano mentía cuando le dijo:

—Doroga tiene a rastreadores siguiendo una pista. En cuanto lo encontremos, lo atacaremos. Pero primero me quiero concentrar en el nido que ya hemos localizado.

—Dos mil hombres —murmuró Aric—. ¿Qué vas a hacer para asaltar ese nido? No hay tantos hombres en todo el valle, Bernard.

—Los marat no tenían a los caballeros. Nosotros sí. Creo que al menos seremos capaces de contener a esos vord hasta que lleguen los refuerzos de Riva.

—Si llega ayuda de Riva —intervino Isana.

Bernard la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Ya has visto la reacción de Aric cuando le desvelaste tu fuente de información, y él conoce a Doroga. Que no te sorprenda si el Gran Señor de Riva no tiene en cuenta en absoluto la palabra de un bárbaro.

Amara se mordió los labios con los ojos entornados.

—Puede que tenga razón. Riva odia a los marat por varias razones.

—Pero han muerto aleranos, Amara —replicó Bernard.

—Tu argumento es razonable —reconoció Amara—. Es posible que Riva no lo sea. Ya va muy corto de fondos después de la reconstrucción de Guarnición y de ayudar a la reparación de las propiedades. Se quedará con los bolsillos vacíos si lo obligan a movilizar a sus legiones. Intentará evitarlo hasta que no sea totalmente necesario, y lo más seguro es que se quede quieto en lugar de perder dinero con las historias de fantasmas de un bárbaro sin furias. Incluso es posible que ya haya partido

para asistir a las ceremonias del Final del Invierno en la capital.

—También es posible que no lo haya hecho.

Amara levantó la mano en un gesto pacificador.

—Solo estoy diciendo que va a ser difícil conseguir ayuda basándonos en las observaciones de un jefe de horda marat. Riva no le tiene mucha simpatía a Doroga.

—Prefiero hacer algo a no hacer nada. Y en cualquier caso, ya he enviado al mensajero. Está hecho. No hay tiempo que perder.

—¿Por qué no? —preguntó Aric.

—Según Doroga, el nido crecerá y se dividirá en tres más al cabo de una semana. Si no atrapamos este ahora, es posible que los vord se extiendan con tal rapidez que no seremos capaces de encontrarlos y destruirlos. Y en ese caso, si Riva no responde de inmediato, nos tendremos que defender solos.

Aric asintió, aunque no parecía demasiado feliz.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—Regresa a tu propiedad —respondió Amara—. Empieza a llenar cubas con agua potable, prepara bañeras para los sanadores, vendas y cosas por el estilo. Utilizaremos Aricholt como base de operaciones mientras localizamos el nido.

—Muy bien —asintió Aric, levantándose de la mesa—. En ese caso, quiero regresar de inmediato.

—Puede ser peligroso después de anochecer —advirtió Amara.

—Daré un gran rodeo alrededor de la montaña —informó Aric—. Mi lugar está con mi gente.

Bernard lo miró durante un momento y después asintió.

—Ten cuidado, estatúder.

Murmuraron una despedida, y Aric abandonó el estudio.

Después de cerrar la puerta, Amara se volvió hacia Isana y le ofreció un sobre.

—¿Qué es esto? —preguntó Isana.

—Una invitación para el Final del Invierno, de parte de la Corona.

Isana alzó las cejas.

—Pero eso será dentro de unos días.

—Me han dado a entender que Su Majestad ya ha dispuesto a numerosos caballeros Aeris para que te lleven volando.

Isana negó con la cabeza.

—Me temo que eso no es posible —respondió—. Sobre todo hasta que no resolvamos el asunto de los vord. Se necesitarán sanadores.

Amara frunció el ceño.

—No se trata precisamente de una petición, estatúder Isana. Se te necesita en la capital. Te has convertido en objeto de discordia.

Isana parpadeó.

—¿De verdad?

—Desde luego. Al elevarte a una posición de igualdad con los miembros masculinos de la clase propietaria, Gaius ha declarado tácitamente una situación de igualdad entre hombres y mujeres. En consecuencia, muchas personas se lo han tomado como un permiso para establecer una serie de igualdades que antes se les negaban a las mujeres. Y otros se han aprovechado sin vergüenza alguna de la oportunidad. Varias ciudades han empezado a establecer impuestos de la misma cuantía para la venta de esclavas que de esclavos. El Consorcio Esclavista está furioso, y exige que la legislación restablezca las condiciones anteriores, y la Liga Diánica se ha alineado en su contra.

—No veo relación alguna entre eso y mi asistencia al Festival en la capital.

—El equilibrio de poderes ha empezado a cambiar en el Senado. Gaius necesita el apoyo de la Liga Diánica si no quiere perder el control. Y por eso te necesita allí, en el Festival, para que te vea todo el Reino, y de ese modo demuestres que lo apoyas con todas tus fuerzas.

—No —se negó Isana en redondo—. Aquí tengo deberes mucho más perentorios.

—¿Más perentorios que proteger la estabilidad del Reino? —preguntó Amara en tono suave—. Debes de estar muy ocupada.

Isana se puso en pie de golpe, entornó los ojos y bufó:

—No necesito que una niña me diga en qué consisten mis deberes.

Bernard se puso en pie y se quedó mirando sorprendido a Isana.

—Isana, por favor.

—No, Bernard —se negó Isana—. No soy la mascota de Gaius que se sienta o pasa por el aro cada vez que él chasquea los dedos.

—Por supuesto que no —intervino Amara—. Pero eres la única persona que le puede dar la ventaja que necesita para evitar que el Reino caiga en una guerra civil. Por ese motivo dispusieron tu muerte, ¿o acaso no habías pensado en ello todavía?

Bernard puso una mano cálida sobre el hombro de Isana para tranquilizarla, pero las palabras de Amara la golpearon como una copa de agua helada.

—¿Guerra civil? ¿Hasta ese punto hemos llegado?

Amara se apartó el cabello con cansancio.

—Cada día parece más probable. El Consorcio Esclavista dispone del apoyo de muchas de las ciudades del sur, y las ciudades del norte y del Muro del Escudo están al lado de la Liga Diánica. Gaius necesita mantener el control sobre la mayoría del Senado, y para ello necesita a la Liga Diánica. Mis órdenes consistían en entregarte esta información, y después acompañaros a ti y a tu hermano a la capital.

Isana se sentó poco a poco.

—Pero ahora han cambiado.

Amara asintió.

—Si lo que dice Doroga sobre los vord es cierto, estos pueden ser una amenaza letal. Hay que actuar contra ellos sin demora, así que Bernard y yo nos quedaremos para ocuparnos de eso, y nos uniremos a ti cuando podamos.

Bernard añadió:

—Y creemos saber adónde va el tercer grupo de vord.

Isana arqueó una ceja.

Bernard metió la mano en una bolsa que había llevado consigo, y sacó una mochila de cuero vieja y desgastada.

—Los exploradores de Doroga encontraron esto en el rastro que conducía a la capital.

Isana parpadeó ante la mochila.

—¿No es esa la vieja mochila de Fade?

—Sí —asintió Bernard—. Pero Fade se la dio a Tavi antes de entrar en el Bosque de Cera. Tavi la perdió durante la lucha allí abajo. Está impregnada de su olor.

—Sangre y cuervos —juró Isana—. ¿Me estás diciendo que esta criatura lo está siguiendo?

—Eso parece —respondió Amara—. Los caballeros Aeris llegarán por la mañana. Isana, tienes que ir a la capital y conseguir una audiencia con Gaius con toda la rapidez que puedas. Háblale de los vord, y arréglatelas para que te crea. Tiene que encontrar su nido y detenerlos.

—¿Por qué no le puedes enviar un correo?

—Porque es demasiado arriesgado —respondió Bernard—. Si el correo se retrasa o si Gaius está ocupado con los preparativos, mejor será que enviemos a alguien que nos pueda conseguir la ayuda adicional.

Amara asintió.

—A ti te querrá ver, estatúder Isana. Tal vez seas la única capaz de sortear el protocolo y acceder directamente a él.

—De acuerdo, lo haré. Hablaré con él —aceptó Isana—. Pero antes quiero asegurarme de que Tavi está bien.

Amara sonrió sin alegría y asintió.

—Muchas gracias. Mandarte sola al nido de serpientes no entraba dentro de mis planes. Hay un montón de personas interesadas en ti. Algunas de ellas pueden ser mendaces y peligrosas. Te puedo proporcionar un guardaespaldas, un hombre en quien confío; se llama Nedus. Se encontrará contigo en la Ciudadela y podrá ayudarte.

Isana asintió en silencio y se puso en pie.

—Gracias, Amara. Lo conseguiré. —Dio un paso hacia la puerta y se tambaleó, a punto de caer, pero Bernard la atrapó antes.

—¡Cuidado! ¿Te encuentras bien?

Isana cerró los ojos y movió la cabeza.

—Solo necesito descansar un poco. Por la mañana estaré bien. —Abrió los ojos y le frunció el ceño a su hermano—. ¿Tendrás cuidado?

—Tendré cuidado —le aseguró—. Si me prometes que tú también lo tendrás.

Ella le lanzó una media sonrisa.

—Hecho.

—No te preocupes, Isana —retumbó—. Me aseguraré de que todo el mundo esté a salvo. Sobre todo, Tavi.

Isana asintió y se encaminó hacia la puerta con algo más de firmeza.

—Lo haremos.

Siempre y cuando, por supuesto, ya no fuera demasiado tarde.

Entre el instante en que vio cómo la gente de la estatúder Isana la encontraba viva y el momento de la puesta de sol, Fidelias había recorrido más de dos centenares de kilómetros y había dejado atrás el valle de Calderon. Las piedras imbuidas con un artificio de las furias de la calzada prestaron su fuerza a su propia furia de tierra y a través de ella a Fidelias. Aunque casi contaba con tres veintenas de años, la larga carrera le había costado un esfuerzo comparativamente pequeño. Frenó cuando el hostel apareció a la vista, y caminó el último centenar de metros, jadeando y con las piernas y los brazos ardiendo ligeramente a causa del esfuerzo. Unas nubes grises cruzaban las llamas del anochecer, y empezó a llover.

Fidelias colocó sobre su cabeza la capucha del manto. Su cabello había raleado aún más durante los últimos años. Si no se cubría, la lluvia fría iba a ser tan molesta como poco saludable. Ningún espía que se preciase se permitiría pescar un resfriado. Se imaginó las consecuencias mortales de un estornudo o una tos mientras se encontraba dentro del establo con Isana y con su asesino en potencia.

No le importaba la idea de morir durante una misión, pero prefería atarse él mismo a una estaca para que lo devoraran los cuervos antes que permitir que ocurriera por un error estúpido.

El hostel era el establecimiento típico en la mitad septentrional del Reino: una muralla de tres metros de alto que rodeaba una sala, unos establos, un par de barracones de alojamiento y una herrería de dimensiones modestas. Pasó de largo por la sala, donde los viajeros debían de estar encargando la comida. Su estómago protestó. La música, el baile y la bebida no empezarán hasta más avanzada la velada, y hasta entonces no se iba a arriesgar a que lo reconocieran unos comensales aburridos que no tenían otra cosa que hacer que observar y conversar con los demás viajeros.

Subió con discreción por la escalera del segundo barracón de alojamiento, abrió la puerta de la habitación más alejada de la entrada y la atrancó a sus espaldas. Miró la cama durante un momento y le dolieron los músculos y las articulaciones, pero el deber era antes que la comodidad. Suspiró, le dio vida al fuego dispuesto en la chimenea, dejó a un lado el manto y vertió agua de una jarra en un cuenco bastante ancho. Entonces sacó un frasquito del morral, lo abrió y escanció en el cuenco unas pocas gotas procedentes de los profundos manantiales situados bajo la Ciudadela en Aquitania.

El agua en el cuenco se removió casi de inmediato, formó ondas, y una larga gota de líquido sobresalió de la superficie, componiendo poco a poco la silueta en miniatura de la mujer vestida con ropa de noche. Era más llamativa que hermosa, y aparentaba veintitantos años.

—Fidelias —saludó la forma femenina. Su voz sonaba débil, suave y muy lejana—. Llegas tarde.

—Mi señora Invidia —le respondió Fidelias a la imagen, con una inclinación de cabeza—. Me temo que la oposición no ha sido demasiado considerada con nuestras limitaciones de tiempo.

Ella sonrió.

—Se ha enviado a un agente. ¿Te ha informado de algo que no supieras?

—Nada sólido como la piedra. Pero llevaba un cuchillo carnicero de Kalare, y sabía lo que hacía —respondió Fidelias.

—Un cuervo de sangre de Kalare —explicó la imagen—. Entonces los rumores son ciertos. Kalarus tiene su propia estirpe de cursores.

—Eso parece.

Ella rio.

—Solo un hombre de gran integridad se puede resistir a decir: «Ya te lo dije».

—Muchas gracias, mi señora.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hemos estado cerca —respondió Fidelias—. Cuando falló su primer plan, se dejó llevar por el pánico y salió detrás de ella con esa hoja de carnicero.

—¿Ha muerto la estatúder?

—No. Lo detectó antes de que la pudiera acuchillar, y ella lo mató con una horca.

Las cejas de la imagen se alzaron sorprendidas.

—Impresionante.

—Es una mujer formidable, mi señora, dejando de lado el artificio del agua. Si puedo preguntar, mi señora, ¿cuáles han sido los resultados de la cumbre de la Liga?

La imagen de la mujer ladeó la cabeza y lo miró pensativa.

—Han decidido apoyar y promover la posición de la estatúder Isana —le informó. Fidelias asintió.

—Ya veo.

—¿De verdad? —preguntó la imagen—. ¿Ves realmente lo que puede significar? ¿Cómo puede afectar esto al curso de nuestra historia?

Fidelias frunció los labios.

—Supongo que a largo plazo puede implicar la paridad legal y política entre géneros. Intento no pensar en términos históricos, mi señora. Solo en causas y efectos prácticos.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que el efecto más inmediato será económico y, por tanto, político. El establecimiento de una mujer como ciudadana plena por derecho propio tendrá efectos inmediatos sobre el comercio de esclavos. Si se vuelve tan costoso comprar y vender a las esclavas como a los esclavos, eso perjudicará la economía de las

ciudades del sur. Tal vez por eso enviase Kalarus a un agente para eliminar a Isana de Calderon.

—El Gran Señor Kalarus es un cerdo depravado —replicó Invidia con tono desapasionado—. Estoy segura de que sufrió algún tipo de ataque cuando escuchó la noticia sobre la estatúder Isana.

Fidelias entornó los ojos.

—Ah. El Primer Señor estaba muy seguro de cómo iba a reaccionar el Gran Señor Kalarus.

La boca de Invidia se curvó en una sonrisa irónica.

—Desde luego. Gaius ha dividido en dos a sus enemigos al plantear este tema. Están la alianza de mi esposo en el norte, y la de Kalarus en el sur. Si la estatúder aparece para darle su apoyo, es posible que también le arrebate a mi esposo el de la Liga Diánica.

—¿No seguirán vuestro liderazgo, mi señora?

La imagen de Invidia hizo un gesto con la mano.

—Me halagas, pero no controlo la Liga hasta ese punto. Nadie puede. Mi esposo tan solo comprende las ventajas que le proporciona el apoyo de la Liga, y ellos ven lo que ganan a cambio. Nuestra relación es de beneficio mutuo.

—Supongo que vuestros asociados y aliados son conscientes de la situación.

—Muy conscientes —respondió Invidia—. El destino de la mujer será una demostración de la competencia de mi esposo. —Movi6 la cabeza, cansada—. El resultado de esta situación es absolutamente decisivo, Fidelias. Nuestro éxito consolidará las alianzas de mi esposo mientras debilita la fe de los seguidores de Kalarus. Un fracaso podría cercenar sin remedio nuestros planes para el futuro.

—A mi juicio, el momento parece prematuro para que se produzca un enfrentamiento con Kalarus.

Ella asintió.

—Desde luego yo no habría elegido este momento y lugar, pero al otorgarle la ciudadanía a esta mujer, Gaius ha forzado la mano ante Kalarus. —Movi6 la mano en un gesto desdeñoso—. No obstante, el enfrentamiento con la facción de Kalarus era inevitable.

Fidelias asintió.

—¿Cuáles son mis órdenes, mi señora?

—Debes venir de inmediato a la capital para el Final del Invierno.

Fidelias se quedó mirando la imagen durante un momento.

—Estáis bromeando —dijo por fin.

—No —replicó Invidia—. Isana será presentada formalmente al Reino y al Senado al concluir el Final del Invierno, como muestra de apoyo público a Gaius. Debemos evitarlo.

Fidelias se quedó mirando la imagen durante un momento, mientras la frustración se le acumulaba en el pecho con tal fuerza que no la pudo eliminar del todo de su voz.

—Soy un hombre buscado. Si me identifican en la capital, donde muchos conocen mi cara, me capturarán, interrogarán y matarán. Sin mencionar que la mujer me reconocerá en cuanto me vea.

La imagen lo miraba fijamente.

—¿Y?

Él no perdió la compostura.

—Y esto puede obstaculizar mi capacidad para moverme por la ciudad.

—Fidelias —le reprendió la imagen—, eres uno de los hombres más peligrosos que conozco. Y desde luego eres el que tiene más recursos. —La imagen le dirigió una mirada muy directa, casi hambrienta—. Eso es lo que te hace tan atractivo. Lo conseguirás. Te lo estamos ordenando mi esposo y yo.

Fidelias apretó los dientes, pero inclinó la cabeza.

—Sí, mi señora. Yo... pensaré en algo.

—Excelente —respondió la imagen—. El apoyo de Isana a Gaius puede costarle a mi esposo el apoyo de la Liga Diánica. Tienes que evitarlo a toda costa. Nuestro futuro, y el tuyo, dependen de ello.

La imagen acuosa se deslizó limpiamente de vuelta al cuenco y se desvaneció. Fidelias le dirigió una sonrisa lúgubre durante un momento, después maldijo y lo lanzó al otro lado de la habitación. El cuenco de cerámica se hizo añicos contra las piedras de la chimenea.

Fidelias se pasó la mano por la cara. Imposible. El Señor y la Señora de Aquitania le estaban pidiendo un imposible. Aquello lo arrastraría a la muerte.

Fidelias sonrió. No tendría ningún sentido intentar descansar esa noche, e incluso había perdido el apetito a causa de la tensión que le había producido la conversación con lady Invidia.

Se puso ropa seca, cogió el manto y sus pertenencias, y volvió a salir a la noche.

Las piernas de Tavi le ardían en el tejado donde estaba acucillado vigilando el Domus Malleus, un edificio que antes había sido una herrería enorme, y que ahora había sido reconvertido en una de las casas de comida más populares del barrio comercial de la ciudad de Alera. La penumbra asediaba el día, y las sombras habían empezado a llenar las calles. Las tiendas y los mercaderes estaban cerrando las ventanas y las puertas para pasar la noche y estaban guardando sus mercancías hasta que el mercado volviera a abrir a la mañana siguiente. El aroma a pan recién horneado y a carne asada llenaba el aire.

Las piernas de Tavi le daban tirones y le amenazaban con calambres. El silencio y la paciencia eran necesarias para cualquier cazador, y su tío le había enseñado todo lo que necesitaba saber para seguir un rastro y cazar. Tavi había rastreado a las enormes ovejas que criaba su tío a través de senderos de montaña, había atrapado caballos y terneros perdidos, sabía leer rastros, y había aprendido las costumbres de gatos salvajes y dientilargos que podían atacar los rebaños de su tío.

Como última lección, Bernard le había enseñado a cazar venados salvajes, unas criaturas tan silenciosas, alerta y rápidas que solo el más habilidoso y persistente de los cazadores tenía alguna posibilidad de abatirlos. Ese ladrón no era un ciervo de montaña, pero Tavi razonó que alguien tan astuto, tan difícil de atrapar incluso para legionares cívicos muy expertos, debía de poseer costumbres muy similares a las de los venados. El ladrón debía de ser muy receloso, precavido y rápido. La única manera de apresar a alguien así era determinar lo que necesitaba, y dónde lo conseguiría.

Así pues, Tavi se había pasado la tarde hablando con los oficiales de la Legión Cívica, informándose sobre dónde había actuado el ladrón y qué se había llevado. Los gustos del criminal eran muy eclécticos. Un joyero había perdido un valioso broche de plata para una capa y muchos peines de ébano, aunque no habían tocado objetos mucho más valiosos que se guardaban en el mismo lugar. A un sastre le habían sustraído tres capas valiosas. Un zapatero había perdido un par de botas de piel de garim. Pero lo más curioso era que una serie de casas de comida, tiendas de comestibles y panaderías habían sufrido frecuentes robos nocturnos.

Fuera quien fuese el ladrón, no buscaba dinero. De hecho, de la inmensamente variada lista de los objetos que había robado, parecía que se los llevaba por mero impulso, por simple diversión. Pero los robos reiterados en cocinas y despensas indicaban una característica en común con el ciervo de montaña del hogar salvaje de Tavi.

El ladrón tenía hambre.

En cuanto Tavi llegó a esa conclusión, el resto vino solo. Tan solo había esperado

a que las casas de comida empezasen a preparar las cenas, y después siguió su olfato hasta el edificio del que emanaba el aroma más delicioso. Encontró un lugar desde donde podía vigilar la entrada de la cocina, y se instaló para esperar la llegada del venado para forrajear.

Tavi no oyó ni vio cómo llegaba el ladrón, pero se le erizó el vello de la nuca, y un escalofrío extraño y punzante le bajó por la espalda. Se quedó inmóvil, casi sin atreverse a respirar. Un momento después vio una figura lenta y silenciosa, cubierta por un manto oscuro, que se deslizaba sobre el tejado del Domus Malleus y descendía para saltar con ligereza al suelo al lado de la puerta de la cocina.

Tavi bajó hasta la calle y la atravesó como una flecha hasta el callejón detrás del restaurante. Penetró en la calleja y se ocultó en una zona de sombras espesas, esperando que reapareciera su presa.

El ladrón salió de la cocina un par de latidos más tarde, deslizando algo bajo el manto.

Tavi contuvo la respiración mientras el ladrón se iba acercando como un fantasma por el callejón hacia el lugar donde se encontraba, y pasó a una zancada larga de su escondite. Tavi esperó a que el ladrón pasara de largo antes de salir de las sombras, agarrarlo por el manto y tirar con todas sus fuerzas.

El ladrón reaccionó con la velocidad de un gato precavido. Se volvió mientras Tavi tiraba de la capa y estrelló una olla de cerámica con sopa hirviendo en su cabeza. Tavi se apartó hacia un lado y el ladrón le lanzó una bandeja cargada con los restos de un asado, y le golpeó con fuerza en el pecho. Se tambaleó y cayó, después de perder el equilibrio. El ladrón se dio la vuelta y empezó a correr por la acera.

Tavi recuperó el equilibrio y emprendió la persecución. El ladrón tenía los pies ligeros, y el muchacho casi no pudo mantener el ritmo. Corrían en silencio por calles y callejones oscuros, entrando y saliendo de las esferas cálidas de las luces creadas por las furias. El ladrón tiró un barril cuando pasó por delante del taller de un tonelero, y Tavi tuvo que saltar por encima. Ganó terreno y se lanzó contra la espalda del ladrón. Falló pero agarró al hombre de una pierna y se la retorció, lo que le hizo perder el equilibrio hasta que cayó al suelo.

Se produjo una lucha loca y muda que solo duró unos segundos. Tavi intentó atrapar los brazos del ladrón a su espalda, pero su oponente fue demasiado rápido y se retorció hasta que pudo lanzar un codo contra la cabeza del chico. Este se agachó, pero el ladrón se dio la vuelta y le golpeó en la barbilla con el canto de la mano. Ante los ojos de Tavi aparecieron estrellitas y soltó al ladrón, quien se puso en pie y se desvaneció en la oscuridad antes de que Tavi pudiera reaccionar.

Reemprendió la persecución, pero fue en vano. El ladrón había conseguido huir.

Tavi soltó un improperio y salió a toda prisa del callejón oscuro hacia el Domus Malleus. Pensó que al menos se merecía una cena decente para compensar todas las

molestias que se había tomado.

Regresó a la calle con el ceño fruncido y tropezó con un transeúnte de grandes dimensiones.

—¿Tavi? —exclamó Max con un tono sorprendido—. ¿Qué haces por aquí?

Tavi se quedó parpadeando ante su compañero de habitación.

—¿Qué haces tú por aquí?

—Me está atacando un *academ* furioso procedente del valle de Calderon —respondió Max con tono jovial. Movi6 la capa para colocársela con firmeza sobre los hombros y se sacudi6 la túnica.

La niebla de última hora de la tarde se estaba volviendo espesa y fría. Tavi sintió que empezaba a temblar cuando el frío se abrió camino hasta su piel sudorosa. Movi6 la cabeza.

—Lo siento. Supongo que no iba demasiado despierto. Pero en serio, ¿qué estás haciendo por aquí?

Max sonrió.

—A un par de calles vive una joven viuda que se siente muy sola durante las noches de niebla.

—En esta época del año, todas las noches son neblinosas —le informó Tavi.

La sonrisa de Max se ensanchó.

—De eso también me he dado cuenta.

—La gente tiene buenos motivos para odiarte.

—Los celos son habituales entre los hombres inferiores —asintió Max, condescendiente—. Me toca. ¿Qué haces tú por aquí? No sería propio del niño mimado de Gaius que lo pescasen por ahí después del toque de queda.

—He quedado con alguien —respondió Tavi.

—Seguro que sí —asintió Max, amistoso—. ¿Quién?

—No eres el único que desaparece de la Academia después del anochecer.

Max estalló en una carcajada estruendosa.

Tavi le frunció el ceño.

—¿Qué es lo que te divierte?

—Está claro que no vas a ver a una chica.

—¿Cómo lo sabes? —exigió Tavi.

—Porque incluso alguien virgen como tú intentaría tener mejor aspecto. Ropa limpia, cabello peinado, recién bañado... Todo eso. Parece como si te hubieras estado revolcando por la calle.

Tavi se ruborizó de vergüenza.

—Cállate, Max. Ve a ver a tu viuda.

En su lugar, Max se apoyó en la pared de la casa de comidas y cruzó los brazos.

—Te podría haber dado en la cabeza en lugar de dejar que tropezaras conmigo. Y

nunca habrías sabido qué te había ocurrido —explicó Max—. Esto no es propio de ti. ¿Estás bien?

—Solo estoy demasiado ocupado —se excusó Tavi—. Después del examen de esta mañana me he pasado todo el día haciendo deberes de cálculo...

Max se estremeció.

—Siento mucho lo ocurrido, Tavi. Puede que Killian sea capaz de utilizar su artificio de las furias para arreglárselas a pesar de ser ciego, pero estoy jodidamente seguro de que no ve tus fortalezas.

Tavi se encogió de hombros.

—Esperaba que fuera más o menos así. Y esta noche tengo que asistir a Gaius.

—¿Otra vez? —se sorprendió Max.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no estás en el dormitorio planchando un poco la oreja?

Tavi empezó a mover vagamente la mano, pero entonces entornó los ojos y sonrió.

—¡Ajá! ¿Por qué no estás corriendo hacia tu viuda ansiosa, Max?

—Es temprano. Esperará —respondió Max con el ceño fruncido.

—¿Esperará hasta que completes la prueba que te ha puesto Killian? —preguntó Tavi.

Los hombros de Max se quedaron rígidos.

—¿De qué estás hablando?

—Tu propia prueba —explicó Tavi—. Killian te ha puesto una. Te envió a descubrir qué estoy haciendo.

Max no pudo ocultar una expresión de sorpresa y puso los ojos en blanco.

—Lo más probable es que Killian te dijera que te guardases tus secretos, sean cuales sean.

—Por supuesto. Y no, no te los voy a revelar.

—Cuervos, Calderon. Cuando te pones tan listillo desearía darte un buen puñetazo en la cara.

—Los celos son habituales entre los hombres inferiores —declamó Tavi con una pequeña sonrisa. Max amagó un puñetazo y Tavi apartó un poco la cabeza—. ¿Cuánto tiempo hace que me sigues?

—Un par de horas. Te perdí cuando dejaste de ir por el tejado.

—Si Killian se entera de que te he visto, te suspenderá en el acto.

Max se encogió de hombros con gesto desdeñoso.

—Solo es una prueba. Voy aprobando exámenes, del tipo que sea, desde que tengo recuerdo.

—El Gran Señor Antillus no quedará muy complacido si suspendes.

—Ahora sí que estoy seguro de que no podré conciliar el sueño —gruñó Max

arrastrando las palabras.

Tavi esbozó una media sonrisa.

—¿Existe realmente esa viuda?

Max sonrió.

—Si no existiera, estoy seguro de que podría conocer a alguna. O fabricarla, llegado el caso.

Tavi bufó.

—Entonces, ¿qué planes tienes para esta noche?

Max frunció los labios.

—Te podría seguir un poco más, pero no me parece justo. —Dibujó una equis sobre la barriga—. Palabra de honor. Te dejaré en paz en lugar de hacerte perder una hora de sueño intentando darme esquinazo.

Tavi asintió y le lanzó a su amigo una sonrisa de agradecimiento. Max había jurado que diría la verdad, una antigua costumbre norteña. Nunca se podría plantear romper una promesa formulada bajo palabra de honor.

—Gracias —dijo Tavi.

—Pero descubriré en qué andas metido —le recordó Max—. No lo hago por Killian, sino porque es necesario que alguien te demuestre que no eres ni mucho menos tan listo como crees.

—Entonces será mucho mejor que te vayas a la cama, Max. Eso solo va a ocurrir en tus sueños.

Los dientes de Max brillaron en la penumbra cuando Tavi aceptó el desafío. Se golpeó ligeramente el pecho con el puño, el saludo de un legionare, y desapareció en la noche neblinosa.

En cuanto Max se fue, Tavi se masajeó el pecho dolorido, donde le había golpeado la bandeja que le habían lanzado. A juzgar por la sensación que tenía, le iba a salir un cardenal. Uno grande. Pero al menos iba a conseguir una comida decente por sus dolencias, y apareció en la entrada del Domus Malleus.

El enorme carillón situado en lo alto de la Ciudadela empezó a dar la hora. Cada tañido emitía una presión baja y vibrante que podía agitar el agua en un cuenco, acompañado de una lluvia de tonos altos, hermosos y, en cierto modo, tristes.

El carillón sonó nueve veces y Tavi escupió una maldición. No tenía tiempo para pararse a comer. Si salía a buen paso en ese momento, tardaría cerca de una hora en abrirse camino a través de las calles de Alera hasta la Ciudadela del Primer Señor, y después descender hacia las profundidades, debajo de la fortaleza. Llegaría sucio y manchado de su misión, cubierto de sudor y más de una hora tarde para hacerse cargo de sus deberes con el Primer Señor.

Y tenía un examen de historia por la mañana.

Y aún no había atrapado al ladrón de Killian.

Tavi movió la cabeza y atravesó la capital, de regreso. Solo había recorrido un centenar de metros cuando los cielos rugieron y empezó a caer una cortina de lluvia lenta y pesada.

—Eres un héroe del Reino —murmuró Tavi para sí mismo y partió para atender al Primer Señor.

Jadeando, sucio y tarde, Tavi se detuvo ante la puerta de la cámara del Primer Señor. Intentó estirar la capa y la túnica, pero se las quedó mirando impotente. Ni una legión de expertos en limpieza conseguiría que estuviera presentable. Se mordió los labios, se apartó de la cara el cabello oscuro y mojado, y entró.

Gaius estaba de nuevo encima del remolino de colores de las baldosas del mosaico. Se inclinó, como si se viera asaltado por un gran cansancio o dolor. Tenía la cara pálida, y la barba incipiente solo parecía contener el vello que se había vuelto blanco. Pero lo peor eran los ojos. Estaban hundidos como pozos oscuros, con el blanco inyectado en sangre alrededor de unas pupilas cuyo color se había difuminado y ensombrecido. En su interior brillaban unos fuegos enfermizos y turbios, que no procedían de la determinación, el orgullo y la fuerza a los que se había acostumbrado Tavi, sino de algo mucho más quebradizo y que daba mucho más miedo.

Gaius lo miró con el ceño fruncido y le espetó:

—Llegas tarde.

Tavi inclinó profundamente la cabeza y no dio ninguna explicación.

—Sí, sire. No tengo excusa, y os presento mis disculpas.

Gaius se quedó en silencio durante un momento antes de empezar a toser. Movió una mano irritada hacia las baldosas, dispersando las formas y los colores que surgían de ellas, y se sentó ante el pequeño escritorio que tenía en la pared hasta que se le pasó el ataque de tos. El Primer Señor estaba sentado con los ojos cerrados y la respiración demasiado rápida y superficial.

—Acércate al armario, chico. Mi vino especiado.

Tavi se puso inmediatamente en pie y se acercó al armario cercano al banco en la antecámara. Tavi escanció y le ofreció una copa, y Gaius se la bebió con una mueca. Estudió a Tavi con una expresión de amargura.

—¿Por qué has llegado tarde?

—Exámenes finales —respondió Tavi—. Me han ocupado demasiado tiempo.

—Ah —replicó Gaius—. Parece que recuerdo muchos incidentes similares durante mi educación. Pero eso no es excusa para no ocuparte de tus deberes, muchacho.

—No, sire.

Gaius volvió a toser con un gesto de dolor y extendió la copa para que Tavi la volviera a llenar.

—¿Sire? ¿Os encontráis bien?

El relámpago amargo y quebradizo de rabia regresó a los ojos de Gaius.

—Bastante.

Tavi se lamió los labios con nerviosismo.

—Bueno, sire, parece que estáis... un poco mal.

La expresión del Primer Señor se afeó.

—¿Qué sabrás tú? Creo que el Primer Señor sabe mejor que un aprendiz bastardo de pastor si se encuentra bien o no.

Las palabras de Gaius golpearon a Tavi con más fuerza que un puño. Se apartó un paso y desvió la mirada.

—Os pido perdón, sire. No pretendía ofenderos.

—Por supuesto que no —replicó Gaius. Dejó a un lado la copa de vino con tanta fuerza que partió el pie—. Nadie pretende nunca ofender a alguien dotado de poder. Pero tus palabras han dejado muy claro tu falta de respeto por mi juicio, mi posición y mi persona.

—No, sire, no quería decir que...

La voz de Gaius se rompió a causa del enojo. Como reacción a ello tembló el propio suelo.

—Cállate, chico. No toleraré de buen grado más interrupciones. Tú no sabes nada de lo que tengo que hacer. De todo lo que tengo que sacrificar para proteger al Reino. Este Reino cuyos Grandes Señores ahora dan vueltas a mi alrededor como una manada de chacales. Como cuervos. Sin gratitud. Sin piedad. Sin respeto.

Tavi no dijo nada, pero las palabras del Primer Señor se arrastraban tanto en tono y dicción que empezó a tener problemas para comprender el discurso de Gaius. Nunca había escuchado hablar a Gaius con semejante falta de compostura.

—Aquí —prosiguió Gaius, quien agarró el cuello de Tavi con una fuerza repentina y terrorífica. Arrastró al muchacho detrás de sí hacia la cámara y en medio del mosaico de baldosas cuyo remolino de luces y colores latía y bailaba, y creó una nube de luces y sombras que formaban una imagen de las tierra del Reino.

En el centro del mosaico, Gaius levantó la otra mano en el aire, y los colores del mapa se mezclaron para aclararse de manera abrupta con la imagen de una tormenta terrible que se abatía sobre una desafortunada aldea costera.

—¿Ves? —gruñó Gaius.

El miedo de Tavi se disolvió un poco ante su fascinación. La imagen del pueblo se volvió más nítida, como si se estuvieran acercando. Vio a los habitantes corriendo tierra adentro, pero el mar los alcanzó con brazos de aguas negras. Las aguas cubrieron la aldea, y todos ellos desaparecieron.

—Cuervos —susurró Tavi. La barriga de Tavi dio un vuelco y se retorció, y dio gracias por no haber comido. Casi no podía hablar—. ¿No los podéis ayudar?

Gaius chilló. Su voz surgió como el rugido furioso de una bestia. Las lámparas de

furias emitieron una luz brillante y el aire de la cámara giró en un pequeño ciclón. El corazón de piedra de la montaña tembló y se agitó ante la rabia del Primer Señor, agitándose con tanta fuerza que Tavi cayó al suelo.

—¡Qué crees que estoy haciendo, muchacho! —aulló Gaius—. ¡Día! ¡Noche! ¡Y NO ES SUFICIENTE!

Se dio la vuelta con gran rapidez y gruñó algo en un tono salvaje, y la mesa y la silla a un lado de la sala hicieron algo más que estallar en llamas: se produjo un aullido, un relámpago de luz y calor y las ascuas abrasadas de los muebles de madera atravesaron la sala como una flecha, golpeando las paredes y dejando un fino rastro de cenizas en el aire.

—¡TODO SE HA IDO! ¡TODO! ¡NO ME QUEDA NADA QUE PUEDA SACRIFICAR, Y NO ES SUFICIENTE!

La voz del Primer Señor se quebró en ese momento y cayó sobre una rodilla. El viento, las llamas y las piedras se calmaron de nuevo. De repente volvió a ser solo un anciano, con la apariencia de alguien que hubiera envejecido demasiado deprisa y maltratado por un mundo muy agreste. Sus ojos se habían hundido aún más y temblaba, y Gaius se agarró del pecho con las dos manos, presa de un ataque de tos.

—Mi señor —jadeó Tavi y se acercó al anciano—. Sire, por favor. Deje que vaya a buscar ayuda.

La tos se calmó, aunque Tavi pensó que se debía más al debilitamiento de los pulmones de Gaius que a una mejora de su estado. El anciano se quedó mirando la imagen de la aldea costera con ojos nublados.

—No puedo. He intentado protegerlos. Ayudarlos. Lo he intentado con todas mis fuerzas. He perdido tanto. Y he fracasado —comentó.

Tavi descubrió que tenía lágrimas en los ojos.

—Sire.

—Fracasado —murmuró Gaius—. Fracasado.

Sus ojos se pusieron en blanco. Su respiración era rápida, superficial y rasposa. Sus labios parecían cortos y secos.

—¿Sire? —jadeó Tavi—. ¿Sire?

Se produjo un largo silencio en el que Tavi intentó levantar al Primer Señor, llamándolo tanto por el título como por el nombre.

Pero Gaius no respondió.

En ese instante, Tavi comprendió un hecho único y terrorífico: el destino del Primer Señor y, en consecuencia, de toda Alera se encontraba en sus manos.

Sabía que lo que hiciera a continuación tendría repercusiones por todo el Reino. Su impulso inmediato fue salir corriendo y gritando en busca de ayuda, pero se detuvo y, como le había enseñado el maestro Killian, se obligó a tranquilizarse y a dejar de lado sus emociones para enfrentarse al problema con una lógica fría.

No podía limitarse a salir a llamar a los guardias que, por supuesto, acudirían y avisarían a los médicos para que cuidaran del Primer Señor, pero entonces todo se haría público. Si se sabía que la salud del Primer Señor fallaba, podía resultar desastroso por una docena de motivos diferentes.

Tavi no estaba al tanto de los consejos privados del Primer Señor, pero no era duro de oído ni de mente. Por los fragmentos de conversaciones que había escuchado mientras estaba de servicio, sabía lo que estaba ocurriendo en el Reino. Gaius se encontraba en una situación comprometida ante numerosos Grandes Señores mucho más ambiciosos. Era un anciano sin heredero y, si lo empezaban a ver como un anciano decrepito sin heredero, se podía producir un levantamiento. Este podría consistir en un procedimiento oficial en el Senado y el Consejo de los Señores, pero también en una contienda militar a gran escala. Al fin y al cabo, ese era justo el motivo por el que Gaius había restaurado la Legión de la Corona: quería aumentar la seguridad de su reino y reducir las posibilidades de una guerra civil.

Pero aquello significaba también que quienquiera que estuviera decidido a arrebatarse el poder a Gaius se vería obligado a luchar casi con toda seguridad. Tavi había sido incapaz de comprender la misma idea de las legiones y de los Señores de Alera luchando entre ellos hasta que se desencadenó la segunda batalla de Calderon. Pero había visto qué resultados producían las furias cuando las lanzaban contra los ciudadanos y soldados de Alera, y esas imágenes todavía lo perseguían en sus pesadillas.

El chico sintió un escalofrío. Cuervos y furias, eso no. Otra vez no.

Tavi le hizo un reconocimiento al anciano. El corazón seguía latiendo, pero de manera desacompañada. La respiración era superficial, pero continuada. No podía hacer nada por él, lo que significaba que debía buscar la ayuda de alguien. Pero ¿en quién podía confiar? ¿En quién habría confiado Gaius?

—En sir Miles, so idiota —se oyó decir—. Miles es capitán de la Legión de la Corona. El Primer Señor confía en él, o de lo contrario Gaius no le habría concedido el mando de cinco mil hombres armados dentro de sus murallas.

Tavi no tenía más alternativa que abandonar al hombre caído para mandar a buscar al veterano capitán. Enrolló su manto bajo la cabeza de Gaius y después

arrancó un cojín de la silla del Primer Señor para levantarle las piernas al anciano. A continuación se dio la vuelta y subió a toda prisa la escalera hasta el segundo cuerpo de guardia.

Pero mientras se acercaba, escuchó voces airadas. Tavi se detuvo con el corazón en la boca. ¿Alguien se había enterado ya de lo que había sucedido? Avanzó con precaución hasta que pudo ver la espalda de los guardias en el segundo cuerpo de guardia. Todos los legionares estaban de pie, y se llevaban las manos a las armas. Mientras miraba, Tavi pudo oír botas que golpeaban el suelo al unísono, y los hombres que hasta entonces dormían salieron del dormitorio con la armadura colocada a toda prisa.

—Lo siento, señor —estaba diciendo Bartos, el legionare superior al mando del puesto—. Pero no se puede molestar a Su Majestad mientras se encuentra en su cámara privada.

La voz que habló a continuación no era humana. Era demasiado profunda, demasiado resonante, y las palabras se retorcían y extendían de una manera extraña, como si las hubieran desgarrado y partido en la boca llena de colmillos en las que habían nacido.

Uno de los canim había bajado por la escalera y sobresalía por encima de los legionares en el cuerpo de guardia.

Tavi solo había visto una vez en dos años a uno de los enemigos mortales del Reino, y a cierta distancia. Por supuesto había escuchado historias sobre ellos, pero no le habían impresionado tanto como el efecto que producía la presencia de la criatura. No le hacían justicia en absoluto.

El cane desplegó toda su estatura, y el techo a tres metros de altura casi no lo podía albergar. Cubierto con una piel del color de las profundidades más oscuras de la noche, la criatura se alzaba sobre dos piernas con la masa de dos o tres legionares grandes. Los hombros parecían demasiado estrechos para la altura, y sus brazos eran muy largos para las proporciones humanas. Sus dedos largos y romos estaban coronados por garras oscuras. Tavi tenía la incómoda sensación de que la cabeza del cane le recordaba la del lobo gigante al que había acompañado al clan de los Lobos de los marat, aunque más ancha y con el morro más corto. Unos músculos duros rodeaban la línea de la mandíbula del cane, y Tavi sabía que sus dientes afilados que brillaban con un color blanco amarillento podían atravesar el brazo o la pierna de un hombre sin demasiado esfuerzo. Los ojos del cane eran de un amarillo ambarino en medio de un escarlata oscuro, lo que le daba a la criatura la apariencia de verlo todo a través de un velo de sangre.

Tavi estudió más de cerca a la criatura. Aquel cane lucía una ropa casi a la moda alerana, pero confeccionada con mucha más tela. Solo vestía tonos grises y negros, y por encima llevaba la extraña capa circular al estilo canim que caía por detrás y le

llegaba hasta la mitad del pecho. Donde se veía el pelaje, algunas manchas y líneas blancas marcaban docenas de cicatrices de batalla. Una oreja triangular, cortada y con los bordes recortados a causa de viejas heridas, lucía un pendiente circular de oro brillante del que colgaba una calavera tallada en alguna piedra o gema de color sangre. Un anillo similar brillaba en medio del pelaje oscuro que le cubría la mano izquierda, y al costado del cane colgaba una de las enormes espadas de guerra parecidas a guadañas, de su raza.

Tavi se mordió los labios al reconocer al cane a partir de su ropa, su comportamiento y su apariencia. Era el embajador Varg, el jefe de manada de la embajada canim, y portavoz de su pueblo ante los aleranos.

—Quizá no me hayas oído, legionare —gruñó literalmente el cane, que mostró más dientes—. Necesito el consejo de tu Primer Señor, y me vas a llevar ante él ahora mismo.

—Con todos mis respetos, Señor Embajador —replicó Bartos, apretando los dientes al pronunciar cada palabra—. Su Majestad no me ha advertido de vuestra llegada, y tengo órdenes de no molestarlo durante sus meditaciones.

Varg bufó. Todos los legionares en la sala se apartaron ligeramente del cane, y eso que algunos se contaban entre los mejores hombres del Reino. Tavi tragó saliva. Si veteranos que se habían enfrentado a los canim en combate estaban atemorizados ante el embajador Varg, debían de tener muy buenas razones.

La rabia y el desprecio resonaron en las palabras gruñidas de Varg.

—Es obvio que Gaius no podía saber nada de mi llegada porque se trata de una visita inesperada. Vengo a tratar de un asunto importante para su pueblo y para el mío. —Varg respiró hondo, y retiró los labios de un arsenal de colmillos. Una mano llena de garras cayó sobre la funda de su hoja—. El comandante del primer puesto fue más educado. También sería un detalle por tu parte que te apartaras de mi camino.

La mirada de Bartos recorrió la sala como si estuviera buscando alternativas.

—Sencillamente no es posible —replicó el legionare.

—Hombrecillo —empezó Varg, cuya voz había quedado reducida a un murmullo casi inaudible—. No intentes probar mi determinación.

Bartos no respondió enseguida, y Tavi sabía, lo sabía por instinto, que era un error. Su vacilación era una declaración de debilidad, y hacer algo así ante un depredador agresivo era invitarlo al ataque. Si este se producía, la situación no haría más que empeorar.

Tavi tenía que actuar. El corazón le latía deprisa a causa del miedo, pero se obligó a adoptar una máscara de frialdad y entró con rapidez en el cuerpo de guardia.

—Legionare Bartos —llamó en voz alta—. El Primer Señor requiere la presencia inmediata de sir Miles.

La sala quedó en un silencio sorprendido. Bartos volvió la cabeza, y le parpadeó a

Tavi con gesto de sorpresa. Tavi no les había hablado nunca a los legionares con ese tono. Ya se disculparía con Bartos más adelante.

—¿Y bien, legionare? —exigió Tavi—. ¿A qué se debe el retraso? Envía ahora mismo a un hombre en busca de Miles.

—Oh —respondió Bartos—. Bueno, aquí el embajador desea ver al Primer Señor lo más rápido posible.

—Muy bien —replicó Tavi—. Le informaré en cuanto regrese con sir Miles.

Varg dejó escapar un gruñido muy profundo que vibró contra el pecho de Tavi.

—Inaceptable. Me conducirás hasta la cámara de Gaius y me anunciarás.

Tavi se quedó mirando a Varg durante un momento largo y silencioso. Entonces arqueó lentamente una ceja.

—¿Y vos sois...?

Se trataba de un insulto calculado, dada la notoriedad del embajador en la Ciudadela, y Varg debía saberlo. Sus ojos ambarinos quemaron de rabia pero replicó:

—El embajador Varg de los canim.

—Oh —replicó Tavi—. Me temo que no he visto vuestro nombre en la lista de citas de esta noche.

—Humm —se oyó a Bartos.

Tavi hizo girar los ojos y miró a Bartos.

—El Primer Señor requiere la presencia de Miles ahora, legionare.

—Oh —replicó Bartos—. Por supuesto. Nils.

Uno de los hombres se deslizó alrededor del cane furioso, y partió escaleras arriba a paso ligero. Tavi sabía que lo iba a tener difícil con la armadura completa. Miles tardaría bastante tiempo en llegar.

—Que el capitán se presente ante el Primer Señor en cuanto llegue —ordenó Tavi, y se dio la vuelta.

Varg bufó y Tavi se giró a tiempo para ver cómo movía un brazo y apartaba a Bartos como si fuera un muñeco de trapo. El cane se movía a una velocidad sobrenatural, y de una sola zancada aterrizó al lado de Tavi y lo agarró con una mano llena de dedos y garras largas. Varg bajó la boca hasta la cara de Tavi, y la visión del muchacho se llenó de colmillos malvados. El aliento del cane era caliente, húmedo y olía vagamente a carne vieja. El propio cane desprendía un olor extraño, un aroma acre pero sutil que Tavi percibía por primera vez.

—Llévame ante él ahora, chico, antes de que te parta el cuello. Me estoy cansando de...

Tavi sacó con gran rapidez la daga que llevaba en el cinturón debajo de la capa, y apoyó con fuerza la punta de la hoja en el cuello del embajador Varg.

El cane guardó silencio, sorprendido durante un segundo, y sus ojos sanguinolentos se estrecharon hasta convertirse en unas rajadas doradas.

—Podría partirte en dos.

Tavi mantuvo la voz con el mismo tono duro, mandón y fríamente educado.

—Desde luego. Y poco después moriríais desangrado, Señor Embajador. —Tavi sostuvo la mirada dura de los ojos de Varg. Estaba aterrorizado, pero sabía que no se podía permitir demostrarlo—. Serviréis mal a vuestro señor si morís de una manera tan ignominiosa. Muerto a manos de un cachorro humano.

—Llévame ante Gaius —repitió Varg—. Ahora.

—Aquí gobierna Gaius —le recordó Tavi—. No vos, embajador.

—No son las garras de Gaius las que descansan cerca de tu corazón, cachorro humano.

Tavi sintió cómo las garras del cane presionaban contra su carne.

Tavi mostró los dientes en una sonrisa sin alegría. Apretó la daga con un poco más de fuerza contra el pelaje espeso bajo el morro de Varg.

—Tanto yo como los legionares de Su Majestad obedecemos sus órdenes sin importarnos los inconvenientes que nos pueda causar. Me vais a soltar, Señor Embajador. Llevaré vuestra petición a Su Majestad a la primera oportunidad, y os traeré en persona su respuesta en cuanto me indique que lo haga. O, si lo preferís, os puedo cortar el cuello, vos me podéis partir en dos, y los dos moriremos sin ninguna necesidad. Vos decidís.

—¿Crees que le tengo miedo a la muerte? —preguntó el cane.

Los orificios nasales de Varg se abrieron y siguió estudiando la cara de Tavi, mientras le mostraba los dientes.

Tavi le devolvió la mirada, rezando para que no le empezasen a temblar las manos, y mantuvo la presión de la punta del cuchillo.

—Creo que vuestra muerte aquí, de esta manera, no le servirá de nada a vuestro pueblo.

Un gruñido subrayó las palabras de Varg.

—¿Qué sabrás tú de mi pueblo?

—Que tiene mal aliento, señor, si vos sois un buen ejemplo.

Las garras de Varg se contrajeron.

Tavi se quería gritar por aquella idiotez, pero mantuvo firmes la máscara y la daga.

La cabeza de Varg se alzó, y lanzó un sonido parecido a un ladrido. Soltó a Tavi. El muchacho dio un paso atrás y bajó el cuchillo con el corazón desbocado.

—Hueles a miedo, chico —comentó Varg—. Y eres un enano, incluso para tu especie. Y un loco. Pero al menos conoces tu deber.

El cane ladeó la cabeza hacia un lado, y mostró un trozo del cuello. El gesto parecía extremadamente extraño, pero a Tavi le recordó, en cierto sentido, un gesto respetuoso.

Él bajó ligeramente la cabeza en su propia reverencia, sin apartar la mirada, y guardó la daga.

El cane pasó la mirada por los legionares con una expresión de desprecio.

—Lo lamentaréis. Todos. Pronto.

Y dicho eso, Varg se ajustó la capa, salió de la sala y emprendió la ascensión de la escalera de caracol. Volvió a emitir el mismo sonido parecido a un ladrido, pero no miró atrás.

A Tavi le temblaban las piernas con fuerza. Se tambaleó hacia un banco apoyado en caballetes y se dejó caer.

—¿De qué cuervos iba todo esto? —tronó Bartos un segundo más tarde—. Tavi, ¿a qué crees que estás jugando?

Tavi movió la mano, intentando que no temblase.

—Bartos, señor, lo siento. No debería haberle hablado de esa manera. Le presento mis excusas, pero me pareció necesario aparentar que era vuestro superior.

El legionare intercambió miradas con algunos de sus compañeros.

—¿Por qué? —preguntó.

—Vacilasteis. Os habría atacado.

Bartos frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Tavi buscó las palabras.

—Aprendí un montón en el campo. Una de las cosas que aprendes es a tratar con los depredadores. No les puedes mostrar ninguna duda ni temor, pues en tal caso irán a por ti.

—¿Y crees que le estaba demostrando miedo? —exigió Bartos—. ¿Se trata de eso? ¿Qué estaba actuando como un cobarde?

Tavi negó con la cabeza y evitó mirar al legionare.

—Creo que el cane estaba interpretando vuestro comportamiento de esa manera, eso es todo. Para ellos son muy importantes el lenguaje corporal, la actitud y el comportamiento. No solo las palabras.

Bartos se sonrojó, pero uno de los legionares dijo:

—El chico tiene razón, Bar. Siempre intentas templar gaitas cuando tienes la impresión de que se prepara una pelea estúpida. Intentas encontrar la manera de evitarla. Tal vez hoy fuera una actitud equivocada.

El legionare se quedó mirando durante un momento al que había hablado, y suspiró. Se acercó al barril de cerveza, cogió un par de jarras y le ofreció una a Tavi. El muchacho asintió agradecido, y bebió el líquido amargo con la esperanza de que lo calmase.

—¿Qué quiso decir? —preguntó Tavi—. Cuando dijo que lo íbamos a lamentar.

—Parece bastante evidente —respondió Bartos—. Yo me andaría con cuidado

durante algún tiempo si paseara solo por sitios oscuros, muchacho.

—Debería volver con el Primer Señor —comentó Tavi—. Parecía preocupado. ¿Le podríais pedir a sir Miles que se dé prisa?

—Desde luego, chico —respondió Bartos, y dejó escapar una carcajada—. Cuervos y furias, qué huevos tienes. ¡Sacar ese cuchillo!

—Mal aliento —dijo otro de los legionares, y la sala estalló en una carcajada general.

Tavi sonrió, dejó que media docena de soldados le revolvieran el cabello y salió todo lo rápido que pudo. A continuación bajó la escalera a toda prisa y trató de regresar al lado del Primer Señor.

No había llegado a mitad de camino cuando resonaron por la escalera, encima de él, unas botas lentas y pesadas. Se refrenó, y al momento apareció sir Miles, que bajaba los escalones de seis en seis. Tavi tragó saliva. El paso debía de ser tremendamente doloroso para la pierna herida de Miles, pero se trataba de un poderoso artífice del metal, y la habilidad para hacer caso omiso del dolor era una disciplina del artificio de las furias que desarrollaban con frecuencia los más fuertes entre ellos.

Tavi empezó a bajar a toda velocidad y consiguió llegar al pie de la escalera justo detrás de Miles, quien se detuvo sorprendido y se quedó mirando la silueta inmóvil de Gaius en el suelo. Se acercó a su lado, le tocó el cuello al Primer Señor, y después se apartó un poco para levantarle los párpados y verle los ojos.

Gaius no se movió.

—Cuervos sangrientos —exclamó Miles—. ¿Qué ha ocurrido?

—Se derrumbó —jadeó Tavi—. Dijo que lo había intentado con todas sus fuerzas y no había sido suficiente. Me mostró como un pueblo quedaba engullido por el océano a causa de una tormenta. Estaba... Nunca lo había visto así, sir Miles. Chillaba. Como si no estuviera...

—Como si no se pudiera controlar —terminó Miles en voz baja.

—Sí, señor. Y tosía. Y bebía vino especiado.

Miles hizo un gesto de dolor.

—No es vino especiado.

—¿Qué es?

—Es un tónico medicinal que toma. Una droga que amortigua el dolor y no te deja sentir el cansancio. Estaba sobrepasando sus límites, y lo sabía.

—¿Se pondrá bien?

Miles levantó la mirada y movió la cabeza.

—No lo sé. Es posible que se recupere después de descansar un poco. O es posible que no sobreviva a esta noche. Aunque lo haga, es posible que no despierte.

—Cuervos —exclamó Tavi. Una punzada de dolor le atravesó las entrañas—.

Cuervos, no he hecho lo correcto. Debería haber mandado a buscar a un sanador.

Las cejas de Miles se alzaron de repente.

—¿Qué? No, muchacho, has hecho justo lo correcto. —El veterano soldado se pasó los dedos por el cabello—. Nadie debe saber lo que ha ocurrido aquí, Tavi.

—Pero...

—Quiero decir nadie —repitió Miles—. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Killian —murmuró Miles—. Y... que se lo lleven los cuervos, no sé si hay alguien más que pueda ayudar.

—¿Ayudar, señor?

—Vamos a necesitar a un sanador. Killian no domina el arte del agua, aunque posee algunas habilidades como médico y se puede confiar en él. Pero yo tengo que preparar la legión para el desfile del Final del Invierno. Provocaría demasiadas preguntas si no lo hago. Y Killian no se puede ocupar de Gaius solo.

—Yo le ayudaré —se ofreció Tavi.

Miles le lanzó una breve sonrisa.

—Ya me lo imaginaba. Pero no puedes desaparecer de repente de la Academia durante la semana de tus exámenes finales. La ausencia del paje favorito del Primer Señor no pasaría desapercibida.

—Entonces necesitamos más ayuda —afirmó Tavi.

Miles frunció el ceño.

—Lo sé. Pero no conozco a nadie más en quien se pueda confiar sin reservas.

—¿A nadie? —preguntó Tavi.

—Todos murieron hace veinte años —respondió Miles con amargura en la voz.

—¿Y los cursores? —sugirió Tavi—. Seguramente se pueda confiar en ellos.

—¿Cómo en Fidelias? —escupió Miles—. Solo me arriesgaría con la condesa Amara, pero no está aquí.

Tavi se quedó mirando al Primer Señor, que seguía inconsciente.

—¿Confiáis en mí?

Miles arqueó una ceja.

—Decidme lo que necesitáis. Quizá conozca a alguien que nos pueda ayudar.

Miles soltó lentamente el aire.

—No. Tavi, eres listo y Gaius confía en ti, pero eres demasiado joven para saber lo peligroso que es esto.

—¿Hasta qué punto será peligroso si no conseguimos que nos ayude nadie, señor? ¿Lo dejamos aquí tendido y esperamos un golpe de suerte? ¿Es eso menos peligroso que correr el riesgo conmigo?

Miles abrió la boca y la cerró apretando los dientes.

—Cuervos. Tienes razón. Me fastidia, pero tienes razón.

—Entonces, ¿qué necesitáis?

—Una enfermera. Alguien que lo pueda atender y alimentar durante todo el día. Y un doble, si conseguimos uno.

—¿Un doble?

Miles se lo aclaró.

—Un impostor. Alguien que pueda aparecer en los actos a los que asistiría Gaius. Para que lo vean en público, para que se coma los desayunos del Primer Señor y se asegure de que todo el mundo crea que todo sigue como siempre.

—Así que necesitáis a un artífice del agua muy poderoso. Alguien que pueda alterar su apariencia.

—Sí. Y no hay muchos hombres que tengan esa habilidad con el agua. Aunque tengan el talento. Es demasiado... No es masculino.

Tavi se sentó sobre los talones de cara a Miles.

—Conozco a dos personas que pueden ayudar.

Miles arqueó las cejas.

—El primero es un esclavo. Se llama Fade. Trabaja en la cocina y en los jardines de la Academia —le contó Tavi—. Lo conozco desde que nací. No parece muy brillante, pero no habla casi nunca y se las arregla muy bien para pasar desapercibido. Gaius lo trajo aquí conmigo.

Miles frunció los labios.

—¿De verdad? Estupendo. Haré que lo trasladen para que me ayude con las tareas de última hora. Nadie se dará cuenta de algo así antes del Final del Invierno. ¿Y el otro es...?

—Antillar Maximus —respondió Tavi—. Tiene casi tantas cuentas de agua en su cadetera como cualquier otro en la Academia, y ha perdido un montón de ellas.

—¿El bastardo del Gran Señor de Antillus? —preguntó Miles.

—Sí, señor —asintió Tavi.

—¿Crees realmente que puedes confiar en él, Tavi?

Tavi respiró hondo.

—Con mi vida, señor.

Miles soltó una carcajada rasposa.

—Sí. Me refería justo a eso. ¿Es lo suficientemente habilidoso como para cambiar de forma?

Tavi sonrió.

—Le estáis preguntando a la persona equivocada sobre el artificio de las furias, señor. Pero casi nunca practica su artificio, y a pesar de eso consigue las notas más altas de la clase. También podríais considerar que me pusiera en contacto...

—No —le interrumpió Miles—. Ya sería demasiada gente al corriente de lo que sucede. Nadie más, Tavi.

—¿Estáis seguro?

—Estoy seguro. No le puedes decir nada a nadie, Tavi. Asegúrate de que nadie se acerque lo suficiente como para darse cuenta de lo que ha ocurrido. Adopta todas las medidas necesarias para hacerlo. —Volvió la cara hacia Tavi y los ojos fríos de Miles le helaron hasta los huesos—. Y yo haré justo lo mismo. ¿Entendido?

A Tavi lo recorrió un escalofrío y bajó la mirada. Miles no había puesto la mano sobre la espada para darle más énfasis a sus palabras. No le hacía falta.

—Comprendo, señor.

—¿Estás seguro de que quieres que tus amigos se vean implicados en esto?

—No —respondió Tavi en voz baja—. Pero el Reino los necesita.

—Sí, muchacho. Así es. —Miles suspiró—. Pero ¿quién sabe? Con un poco de suerte, incluso es posible que no tengamos problemas.

—Sí, señor.

—Ahora me quedaré aquí. Tú ve a buscar a Killian y a los demás. —Se volvió a arrodillar al lado del Primer Señor—. Es posible que el Reino dependa de nosotros, chico. Mantén a todo el mundo alejado de él. No se lo digas a nadie.

—Mantendré a todo el mundo alejado de él —repitió Tavi con diligencia—. Y no se lo diré a nadie.

10

—Deja de preocuparte —ordenó Bernard—. Siempre que hables ahora mismo con Gaius estaremos bien.

—¿Estás seguro? —preguntó Isana—. ¿Estás seguro de que esto no acabará en una batalla?

—Tan seguro como se pueda estar de ello —le aseguró Bernard a su hermana desde la puerta del dormitorio. La luz del sol matinal se deslizaba por el suelo en rayos dorados que penetraban por las ventanas estrechas—. No me apetece lo más mínimo ver cómo le hacen daño a más buena gente. Solo quiero asegurarme de que esos vord se quedan donde están hasta que lleguen las legiones.

Isana terminó de recogerse el cabello oscuro y con mechones plateados en una trenza espesa, y contempló su reflejo en el espejo del vestidor. Aunque llevaba su mejor vestido, sabía perfectamente que en Alera Imperia, la capital, su ropa iba a parecer risible, burda y falta de estilo. Pensó que su reflejo parecía flaco, inseguro y preocupado.

—¿Estás seguro de que no atacarán ellos?

—Parece que Doroga confía en que disponemos de algo de tiempo antes de que estén preparados para hacerlo —explicó Bernard—. Ha mandado a buscar a más hombres de su tribu, pero se encuentran en los pastos del sur y es posible que tarden dos o tres semanas en llegar.

—¿Y qué ocurrirá si el Primer Señor no ordena que nos ayuden las legiones?

—Lo hará —afirmó Amara con voz confiada al entrar en la habitación—. Tu escolta ha llegado, Isana.

—Muchas gracias. ¿Voy bien?

Amara ajustó la parte delantera de la manga de Isana y le limpió un poco de pelusilla.

—Encantadora. Gaius siente un gran respeto por Doroga y por tu hermano. Se tomará en serio su advertencia.

—Me presentaré de inmediato ante él —replicó Isana, aunque no le hacía ninguna gracia la idea de hablar con Gaius. Los ojos del anciano veían demasiado como para que ella estuviera cómoda—. Pero sé que hay todo un protocolo para conseguir una audiencia. Él es el Primer Señor. Yo solo soy una estatúder. ¿Estás segura de que podré llegar a él?

—Si no puedes, habla con Tavi —sugirió Amara—. Nadie te puede negar el derecho a visitar a tu sobrino, y Tavi sirve con frecuencia a Su Majestad como paje. Él conoce a los guardias y al personal del Primer Señor. Él te podrá ayudar.

Isana miró de reojo a Amara y asintió.

—Ya veo —comentó—. Dos años. ¿Lo reconoceré?

Amara sonrió.

—Tendrás que subir unos cuantos peldaños para mirarlo a los ojos. Ha ganado en altura y en músculos.

—Los chicos crecen —reconoció Isana.

Amara se quedó mirando a Isana durante un momento.

—A veces la Academia cambia a la gente para peor. Pero a Tavi no —comentó—. Es la misma persona. Una buena persona, Isana. Creo que tienes todo el derecho a estar orgullosa de él.

Isana sintió una oleada de gratitud hacia Amara. Aunque nunca había compartido palabras o emociones semejantes, Isana pudo sentir la sinceridad de la mujer con la misma facilidad que podía ver su sonrisa. Cursor o no, Isana podía decir que las palabras eran exactamente lo que parecían: un elogio honesto y tranquilizador.

—Muchas gracias, condesa.

Amara inclinó la cabeza en un gesto que igualaba la sensación de respeto que Isana sintió en la mujer más joven.

—¿Bernard? —lo llamó Amara—. ¿Te importa si intercambio unas palabras con la estatúder?

—En absoluto —respondió Bernard amigable.

Isana ahogó una carcajada que amenazó con salir de su boca.

Al cabo de un instante, Amara arqueó una ceja y dijo:

—¿En privado?

Bernard parpadeó y se puso en pie de inmediato.

—Oh. De acuerdo, por supuesto. —Miró de la una a la otra con suspicacia—. Humm. Estaré en el granero. Debemos salir dentro de una hora. Me tengo que asegurar que Frederic... perdón, sir Frederic no haya salido y se haya olvidado la cabeza.

—Muchas gracias —repuso Isana.

Bernard le guiñó un ojo, tocó la mano de Amara y abandonó la habitación.

Amara cerró la puerta y apoyó los dedos en ella. Cerró los ojos durante un momento e Isana sintió de nuevo la extraña sensación de vacío en la habitación y se repitió la punzada de dolor en los oídos.

—Ya está —anunció Amara—. Discúlpame, pero tengo que asegurarme de que no nos oye nadie.

Isana notó cómo se le alzaban las cejas.

—¿Ahora crees que hay espías en mi casa?

—No. No, estatúder. Pero tengo que hablar contigo de algo personal.

Isana se puso en pie y ladeó ligeramente la cabeza.

—Por favor, explícate.

Amara asintió. Las ojeras eran más profundas que antes. Isana frunció el ceño

mientras estudiaba a la joven. Solo hacía unos pocos años que Amara había salido de la Academia, aunque Isana estaba segura de que la cursor había llevado una vida mucho más difícil que la mayoría. Amara había envejecido con más rapidez de lo que sería esperable en una mujer joven, y a Isana la invadió un extraño sentimiento de compasión por ella. Con todo lo que había ocurrido, a veces se olvidaba de lo joven que era la condesa.

—Estatúder —empezó Amara—. No sé cómo preguntarte esto de otro modo que limitándome a preguntártelo. —Vaciló.

—Adelante —la animó Isana.

Amara cruzó los brazos y no levantó la mirada.

—¿Qué he hecho para caerte mal, Isana?

La sensación de dolor y desesperación que surgió de la muchacha se cerró alrededor de Isana como una nube de brasas brillantes. Se dio la vuelta y se alejó hasta el extremo más lejano de la habitación. Tuvo que hacer un esfuerzo significativo para no perder la compostura y para mantener la calma.

—¿Qué quieres decir?

Amara se encogió de hombros, e Isana sintió que la joven empezaba a sentirse avergonzada.

—Quiero decir que no te gusto. Nunca me has tratado mal. Ni has dicho nada. Pero sé que no soy bienvenida en tu hogar.

Isana respiró hondo.

—No sé lo que quieres decir, Amara. Por supuesto que eres bienvenida.

Amara negó con la cabeza.

—Gracias por intentar convencerme. Pero te he visitado en numerosas ocasiones durante los dos últimos años. Y nunca me has vuelto la espalda. Nunca te has sentado en la misma mesa que yo, ni has comido conmigo... En vez de eso, sirves a todo el mundo. Nunca me miras a los ojos cuando me hablas. Y hasta el día de hoy, nunca habías estado en una habitación a solas conmigo.

Isana frunció el ceño ante las palabras de la joven y empezó a contestar, pero se calló de repente. ¿Tenía razón la cursor? Isana recorrió los recuerdos de los últimos dos años.

—Furias. —Suspiró—. ¿Realmente he hecho todo eso?

Amara asintió.

—Creía que... que debía haber hecho algo para merecérmelo. Esperaba que el tiempo fuera limando asperezas, pero no ha sido así.

Isana le lanzó una sonrisa huidiza.

—Dos años no son demasiado tiempo cuando se trata de curar ciertas heridas. Puede llevar más tiempo. Toda una vida.

—Nunca tuve la intención de herirte, Isana. Por favor, créeme. Bernard te adora y

nunca haría a propósito nada que pudiera hacerte daño. Si he dicho o hecho algo así, por favor, dímelo.

Isana recogió las manos sobre el regazo y se quedó mirando el suelo con el ceño fruncido.

—Nunca has hecho nada así. Nunca has sido tú.

La frustración se filtró en la voz de Amara.

—Entonces, ¿por qué?

Isana apretó los labios con fuerza.

—Eres una persona leal, Amara. Trabajas para Gaius. Le has jurado lealtad.

—¿Por qué te tendría que molestar eso?

—No lo hace. Pero Gaius, sí.

Los labios de Amara se convirtieron en una línea.

—¿Te ha mostrado algo más que generosidad y agradecimiento?

Una punzada de odio caliente y amargo atravesó a Isana, y sus palabras se quebraron con ella.

—Hoy casi me matan a causa de su gratitud y generosidad. Solo soy una chica de campo normal y corriente, Amara, pero no una idiota. Gaius me está usando como arma para dividir a sus enemigos. El nombramiento de Bernard como conde de Calderon por encima de las cabezas de los nobles de las Casas de Riva les sirve de recordatorio de que quien gobierna en Alera no es Rivus, sino Gaius. Somos unas simples herramientas.

—Eso no es justo, Isana —replicó Amara, pero su voz sonó apocada.

—¿Justo? —exigió Isana—. ¿Él ha sido justo? La posición y el reconocimiento que nos otorgó hace dos años no fueron ninguna recompensa. A mi hermano y a mí nos creó un pequeño ejército de enemigos, y después se llevó a Tavi a la Academia bajo su patronazgo, donde estoy segura de que mi sobrino ha conocido a otros que lo odian a muerte y que lo martirizan.

—Tavi está recibiendo la mejor educación en Alera —afirmó Amara—. No creo que estés molesta por eso. Está sano y bien. ¿Qué daño le ha hecho?

—Estoy segura de que está sano. Y bien. Y aprendiendo. Se trata de una manera maravillosamente educada de retener a Tavi como rehén —replicó Isana. Las palabras le dejaron un sabor amargo en la boca—. Gaius sabía cuánto deseaba Tavi ir a la Academia. Sabía que alejarse de aquí lo destruiría. Gaius nos manipuló. Nos dejó una sola alternativa: apostar todo por él si queríamos sobrevivir.

—No —replicó Amara—. No, no me puedo creer que él hiciera eso.

—Por supuesto que no. Le eres leal.

—Pero no lo soy a ciegas —recalcó Amara—. No sin razonarlo. Lo he visto. Lo conozco. Es un hombre decente, y tú interpretas sus acciones bajo la peor luz posible.

—Tengo razón —concluyó Isana. Una parte de ella se sintió sorprendida por el

veneno y el hielo en su voz—. Tengo razón.

La expresión y la postura de Amara vaciló de preocupación, pero su voz permaneció amable.

—Lo odias.

—Odiar es una palabra demasiado suave.

Amara parpadeó varias veces, desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque Gaius mató a... mi hermana menor.

Amara movió la cabeza.

—No. Él no es así. Es un Señor fuerte, pero no un asesino.

—No lo hizo directamente —reconoció Isana—. Pero él tuvo la culpa.

Amara se acarició el labio inferior.

—Lo haces responsable de lo que le ocurrió.

—Él es responsable. Sin él, Tavi no habría perdido a su madre. Ni a su padre.

—No lo entiendo. ¿Qué les ocurrió?

Isana se encogió de hombros.

—Mi familia era pobre, y mi hermana no se casó en su vigésimo cumpleaños. La enviaron al campamento de la Legión de la Corona para cumplir un término de servicio doméstico. Conoció a un soldado, se enamoró y le dio un hijo. Tavi.

Amara asintió lentamente.

—¿Cómo murieron?

—Política —contestó Isana—. Gaius le ordenó a la Legión de la Corona que se trasladase al valle de Calderon. Estaba presionando a Riva durante una época de tumultos, y amenazando al Senado al enviar una legión para detener una invasión de una horda marat mientras que al mismo tiempo advertía al Señor de Riva de que tenía la legión a mano.

Amara soltó un leve sonido siseante.

—La primera batalla de Calderon.

—Sí —asintió Isana en voz baja—. Los padres de Tavi estuvieron allí. Ninguno de ellos sobrevivió.

—Pero Isana —razonó Amara—, el Primer Señor no dispuso sus muertes. Expuso a la legión a un peligro cierto. Para eso existen. Fue una trágica pérdida, pero no puedes hacer responsable a Gaius por no haber previsto la horda marat que sorprendió incluso a sus comandantes.

—Estaban allí por orden suya. Él tuvo la culpa.

Amara cuadró los hombros y afirmó la mandíbula.

—Grandes furias, estatúder. Su propio hijo murió en la batalla.

—Lo sé —escupió Isana. De su boca intentaban salir más palabras, pero movió la cabeza y las detuvo. Fue una lucha feroz, porque la marea de odio que agitaba su

corazón era muy intensa—. No es lo único de lo que le hago responsable. —Cerró los ojos—. Existen otras razones.

—¿Cuáles son? —preguntó Amara.

—Las mías.

La cursor se quedó en silencio durante un largo rato, y después asintió.

—Entonces... supongo que debemos estar de acuerdo en que no estamos de acuerdo en este tema, estatúder.

—Ya lo sabía antes de empezar esta conversación, Amara —reconoció Isana. La oleada repentina de rabia se estaba desvaneciendo, retirándose y dejándola cansada e infeliz a su paso.

—Lo conozco como un señor disciplinado y capaz. Y como un hombre honorable y sincero. Ha sacrificado mucho por el bien del Reino... incluso a su propio hijo. Me siento orgullosa de servirle lo mejor que puedo.

—Y yo no lo perdonaré nunca —recalcó Isana—. Nunca.

Amara asintió envarada, e Isana pudo sentir su aflicción bajo la expresión educada que mantenía en el rostro.

—Lo siento, estatúder. Después de lo que ocurrió ayer... Lo siento. No debería haberte presionado.

Isana negó con la cabeza.

—Está bien, condesa. Es mejor que todo esto haya salido a la luz.

—Lo supongo —reconoció Amara. Tocó la puerta y la presión que tensaba el aire de la habitación se desvaneció—. Me aseguraré de que tu litera esté dispuesta, y de que la escolta haya comido.

—Espera —le pidió Isana.

Amara se detuvo con la mano sobre la puerta.

—Haces muy feliz a Bernard —le confió Isana en voz muy baja—. Más feliz de lo que le he visto en muchos años. No me quiero interponer entre vosotros, Amara. No es necesario que estemos de acuerdo sobre el Primer Señor para que estés con él.

Amara asintió y le lanzó una sonrisa silenciosa antes de abandonar la habitación.

Isana se miró en el espejo durante un momento y se puso en pie. Se acercó al arcón al pie de la cama y lo abrió. Sacó una pila de sábanas, el par de zapatos de reserva, una almohada y una pequeña caja de madera que contenía algunas joyas de plata que había comprado a lo largo de los años. Entonces apretó con fuerza a un lado del fondo de la caja, pidiendo a Rill que retirara el agua de la madera en aquel punto, que se encogió y soltó. Retiró las tiras de madera secas y dejó al descubierto un pequeño compartimento secreto debajo de ellas.

Sacó una pequeña bolsa de seda para llevar joyas. La desató, la abrió y vació el contenido sobre la palma de la mano.

Un elegante anillo de plata brillante unido a una delgada cadena de plata le cayó

en la palma. Era pesado y frío. El anillo llevaba una gema solitaria que por algún motivo cambiaba de un brillante azul diamante hasta un rubí rojo sangre en el centro. Dos águilas de plata grabadas, una ligeramente más grande que la otra, se acercaban entre sí para formar el engarce, y sostenía la gema entre sus alas.

El dolor y la pérdida antiguos la llenaron mientras miraba el anillo. Pero no le pidió a Rill que detuviera sus lágrimas.

Se pasó la cadena por encima de la cabeza y la escondió dentro del vestido. Se miró en el espejo durante un momento, y eliminó el enrojecimiento de sus ojos. No podía perder más tiempo mirando hacia atrás.

Isana levantó la barbilla, compuso la expresión y se fue para ayudar a la familia a la que amaba con todo su corazón, y al hombre que odiaba con toda su alma.

Amara estaba esperando cuando los caballeros Aeris enviados por la Corona descendieron desde las nubes de un color gris oscuro que tenía sobre la cabeza. La primavera tan al norte de la capital podía ser incómodamente fría y húmeda, pero la lluvia que anunciaba el retumbar ocasional de los truenos no había llegado aún. Amara reconoció al hombre que dirigía el contingente y por un momento consideró la posibilidad de hacer que las nubes cargadas de agua se vaciaran un poco antes sobre su enorme cabeza.

Sir Horatio volaba delante de la litera cerrada. Su armadura ornamentada hacía todo lo posible por brillar en el día nuboso, y la capa de terciopelo rojo estaba desplegada a su espalda. Un caballero con equipo de viaje volaba en cada esquina de la litera, soportando su peso, y cuatro más lo hacían en escolta alrededor de ella. El contingente descendió con más rapidez de la necesaria, y sus furias levantaron un ciclón en miniatura de vientos salvajes que revolviaron el cabello de Amara e hicieron que un rebaño de ovejas en un cercado cercano se arremolinaran en el extremo más alejado de este. Los habitantes de la propiedad que se afanaban en preparar alimentos y otros artículos para la cohorte de Bernard tuvieron que protegerse los ojos del polvo y la paja que había salido volando.

—Idiota —exclamó Amara con un suspiro, mientras colocaba a Cirrus entre ella y los escombros del vuelo.

Horatio tocó tierra con suavidad. Como subtribuno y caballero de la Legión de la Corona, se le permitía una filigrana de oro y plata en la armadura, y brillantes gemas tanto en el yelmo como en la empuñadura de la espada, pero el bordado dorado en la capa de terciopelo era una exageración. Horatio había amasado una fortuna ganando las Carreras del Viento, la competición anual de los artífices del viento durante el Final del Invierno, y se ufanaba de que todo el mundo lo supiera.

Por supuesto, le hacía mucha menos gracia que todo el mundo supiera que había perdido la mayor parte de sus riquezas durante el primer año en que Amara participó en el acontecimiento. Él nunca dejaría que ella se olvidase de aquello, aunque suponía que ella tampoco se sentía demasiado inclinada a que la educase alguien que también le había costado tanto dinero. Esperó hasta que los caballeros aterrizaron en el patio de la propiedad antes de acercarse a ellos.

—¡Buenos días, señor! —bramó Horatio con un tono metálico de barítono—. Oh, espera. No es un señor, ni mucho menos. Sois vos, condesa Amara. Perdonadme, pero desde allí parecíais un joven.

Unos años antes, el insulto a su físico le habría dolido de corazón. Pero eso fue antes de convertirse en cursor, y antes de Bernard.

—Es perfectamente comprensible, sir Horatio. Todos sabemos que los hombres

de vuestra edad empiezan a sufrir ciertas deficiencias.

Amara le hizo una reverencia con gracia cortesana y se dio cuenta de las risitas en voz baja procedentes de los otros caballeros.

Horatio le devolvió la reverencia con una sonrisa amarga, y miró a los hombres que tenía detrás de él. Los ocho caballeros encontraron puntos en los que fijar la mirada y adoptaron expresiones aburridas y profesionales.

—Por supuesto. Supongo que nuestra pasajera está dispuesta para partir.

—En breve —informó Amara—. Estoy segura de que en la cocina tendrán algo caliente para que coman vuestros hombres mientras esperan.

—No es necesario, condesa —replicó Horatio—. Por favor, informad a la propietaria Isana de que esperamos su llegada para partir de inmediato.

—Esperaréis hasta que la estatúder Isana lo crea conveniente —recalcó Amara, y dejó que su voz recorriera todo el patio—. Y como invitado en su propiedad, subtribuno, espero que os comportéis con la cortesía que se espera de un caballero y soldado de la Legión de la Corona ante una ciudadana del Reino.

Horatio entornó los ojos, que ardían de rabia, pero asintió con la más leve de las reverencias.

—Además —prosiguió Amara—, recomiendo encarecidamente que vuestros hombres descansen y coman mientras tengan la oportunidad. Si el tiempo empeora, necesitarán hacer acopio de todas sus fuerzas.

—No acepto órdenes de vos sobre la disposición de mi mando, condesa —cortó Horatio.

—Dios santo —exclamó una voz de mujer desde el interior de la litera—. Quizás os podamos entregar un garrote a cada uno, y así os podéis aporrear hasta la muerte. No se me ocurre ninguna otra manera más rápida de acabar con esta actitud indecorosa. Rolf, si eres tan amable...

Uno de los caballeros se acercó de inmediato a un lateral de la litera, abrió la puerta y ofreció una mano cortés para ayudar a una mujer pequeña a salir a la luz grisácea. Tal vez midiera metro y medio. Aun así, parecía frágil y delicada, de huesos tan ligeros como una golondrina de Parcia. Tenía la piel del color de la miel oscura y un cabello fino y brillante más oscuro que el carbón mojado. Su vestido era de seda de gran calidad, con tonalidades sutiles en marrón y gris, y el escote se hundía a mucha más profundidad de lo que se podría considerar adecuado para cualquier mujer en cualquier estación del año. Tenía unos rasgos encantadores e inolvidables, con unos ojos oscuros casi demasiado grandes para su cara. Engarzadas en el cabello llevaba dos tiras gemelas de perlas con los colores de la puesta de sol, procedentes de los mares cercanos a su provincia natal. Hacían juego con un segundo par de collares que lucía alrededor del cuello.

Las perlas del collar eran hermosas y de un valor incalculable, pero no ocultaban

el hecho de que estaban montadas sobre un elegante collar de esclava.

—Amara —saludó la mujer con una amplia sonrisa marcada en la boca—. Te pasas apenas unos pocos años alejada del sur civilizado, y te conviertes en una salvaje. —Extendió las manos—. Lo más probable es que te hayas olvidado de mí.

Amara notó que sonreía al contestar.

—Serai —devolvió el saludo, avanzando para coger sus manos. Como siempre que se encontraba delante de la belleza exquisita de Serai, se sentía alta y torpe pero, como siempre, no le importaba en absoluto—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Los ojos de Serai brillaron con una risa silenciosa, y se tambaleó un poco sobre los pies.

—Oh, querida, tan solo estoy muerta de cansancio. Creía que iba a estar bien, pero de un tiempo a esta parte me siento muy frágil. —Se apoyó en el brazo de Amara y le lanzó a Horatio una mirada que habría fundido el corazón de un mercader de Amarante—. Subtribuno, le pido disculpas por mi debilidad, pero ¿le parece bien si me siento durante un rato, y tal vez me tomo un refrigerio antes de partir?

Horatio pareció frustrado durante un momento y le lanzó una mirada enfurecida a Amara antes de contestar.

—Por supuesto, lady Serai.

Serai le sonrió con calidez.

—Se lo agradezco, mi señor. Odio ver que vuestros hombres y vos sufrís por mi causa. ¿No os uniréis a mí en la mesa?

Horatio hizo girar los ojos y suspiró.

—Supongo que un caballero no puede hacer otra cosa.

—Por supuesto que no —reconoció Serai, mientras le acariciaba un brazo con una mano pequeña y recorría las perlas que le rodeaban el cuello—. Las obligaciones del cargo no hacen sino esclavizarnos. —Se volvió hacia Amara y dijo—: ¿Hay algún sitio donde me pueda refrescar, querida?

—Por supuesto —respondió Amara—. Por aquí, lady Serai.

—Bendita seas —se lo agradeció Serai—. Subtribuno, me uniré dentro de un momento a vuestros hombres y a vos en el comedor.

Serai se alejó con la mano sobre el brazo de Amara y repartió una sonrisa encantadora entre los caballeros Aeris mientras pasaba a su lado. Los hombres le devolvieron la sonrisa y lanzaron miradas expectantes al paso de la esclava.

—Eres una mujer malvada —murmuró Amara, cuando ya no las podían oír—. Horatio no te perdonará nunca que lo hayas manipulado de esa manera en público.

—Horatio solo conserva el mando por el talento de sus subordinados —respondió Serai, con una sonrisa bailando en sus palabras. Un brillo pícaro le pasó por los ojos—. En el caso de Rolf, un gran talento.

Amara sintió cómo se le ruborizaban las mejillas.

—¡Serai!

—Bueno, querida, ¿qué esperabas? Bastante difícil resulta ser una cortesana sin dejarte llevar por ciertas incorrecciones. —Se tocó los labios con la lengua—. En el caso de Rolf, no deja de ser un capricho. Basta con decir que Horatio no supone ninguna amenaza para mí, y él lo sabe muy bien. —La sonrisa de Serai se desvaneció—. Casi me gustaría que Horatio intentase algo. Sería una diversión placentera.

—¿Qué quieres decir?

Serai levantó la mirada hacia ella con unos ojos opacos.

—En público no, querida.

Amara frunció el ceño, se quedó en silencio y condujo a Serai al interior del edificio, hasta las habitaciones para los invitados situadas encima de la sala principal. Dejó a Serai unos minutos sola en la habitación, y después entró y le pidió a Cirrus que sellara el cuarto ante posibles testigos. En cuanto el aire se espesó a su alrededor, Serai se sentó en una silla y dijo:

—Me alegro de volver a verte, Amara.

—Y yo —respondió Amara. Se arrodilló en el suelo al lado de Serai, de manera que sus ojos quedaban al mismo nivel—. ¿Qué haces aquí? Esperaba que el legado de los cursores enviara a Mira o Casandra.

—A Mira la asesinaron hace tres días en Kalare —respondió Serai. Recogió las manos, pero no antes de que Amara pudiera ver cómo temblaban los dedos de la cortesana—. Casandra desapareció hace unos cuantos días en Parcia. Se supone que o bien ha muerto o bien la han capturado.

Amara sintió como si alguien la hubiera golpeado en la barriga.

—Grandes furias —jadeó—. ¿Qué ha ocurrido?

—La guerra —contestó Serai—. Una guerra silenciosa que se libra en callejones y pasillos de servicio. A los cursores nos están cazando y asesinando.

—Pero ¿quién? —volvió a jadear Amara.

Serai movió los hombros en un leve encogimiento.

—¿Quién? La posibilidad más evidente es Kalare —respondió.

—Pero ¿cómo sabe dónde golpear?

—Traición, por supuesto. A los nuestros los han matado en la cama, y en los baños. Quienquiera que sea esa gente, alguien que nos conoce les está diciendo dónde deben atacar.

—Fidelias —anunció Amara. La palabra tenía un sabor amargo.

—Es probable —reconoció Serai—. Pero tenemos que dar por hecho que hay alguien más entre los cursores, y eso significa que no podemos confiar en nadie, sea cursor o no.

—Grandes furias —exclamó Amara—. ¿Y el Primer Señor?

—Las comunicaciones han quedado muy afectadas en las ciudades del sur.

Nuestros canales con el Primer Señor han quedado en silencio.

—¿Qué?

—Lo sé —reconoció Serai, presa de un escalofrío—. Mis órdenes iniciales del legado de los cursores consistían en enviarte un agente para escoltar a la estatúder Isana hasta el Festival. Pero cuando empezaron a sucederse estos acontecimientos quedó claro que cualquier intento de ponerme en contacto con otro cursor iba a ser muy peligroso. Tenía que hablar con alguien en quien confiase, de modo que aquí me tienes.

Amara tomó las manos de Serai entre las suyas y las apretó con fuerza.

—Muchas gracias.

Serai respondió con una sonrisa encantadora.

—Debemos dar por hecho que al Primer Señor no le han llegado noticias relativas a este asunto.

—Pretendes usar a Isana para que lo informe en persona —sugirió Amara.

—Exacto. No se me ocurre ningún medio más seguro para acceder a él.

—Tal vez no sea tan seguro —replicó Amara—. Ayer por la mañana intentaron matar a la estatúder Isana. El asesino usaba un cuchillo de Kalare.

Los ojos de Serai se abrieron de par en par.

—Grandes furias.

Amara asintió con una sonrisa lúgubre.

—Y ella se ha pasado toda la vida en provincias. No puede llegar a la capital sin un guía. Tendrás que orientarla entre los círculos políticos. —Dejó escapar el aire—. Y debes tener mucho cuidado, Serai. Intentarán eliminarla antes de la ceremonia de presentación.

Serai se mordió el labio.

—No soy una cobarde, Amara, pero tampoco soy una guardaespaldas. No tengo ninguna posibilidad de protegerla de un asesino bien entrenado. En tal caso, necesito que vengas con nosotras.

Amara negó con la cabeza.

—No puedo. La situación se ha complicado en el plano local. —Le explicó lo que Doroga les había contado de los vord—. No podemos permitir que se extiendan y multipliquen. La guarnición local va a necesitar a todo artífice que pueda conseguir para asegurarse de que las criaturas no vuelven a escapar.

Serai arqueó una ceja.

—Querida, ¿estás segura de todo esto? Quiero decir que sé que has tenido algunos contactos con esos bárbaros, pero ¿no crees que pueden estar exagerando?

—No —respondió Amara en voz baja—. Por lo que he visto, se les da fatal exagerar. Doroga llegó ayer con menos de doscientos supervivientes de una fuerza de dos mil.

—Oh, venga ya —replicó Serai—. Eso debe de ser una burda mentira. Incluso la moral de una legión quedaría hecha añicos ante algo así.

—Los marat no son legionares —le aclaró Amara—. No son como nosotros. Pero piensa en esto: luchan juntos hombres, mujeres y niños, al lado de sus familiares y amigos. No los abandonan, aunque ello signifique que morirán a su lado. Consideran que los vord son una amenaza, no solo contra su territorio sino también contra sus familias y sus vidas.

—Aun así —insistió Serai—. No eres una artífice de combate, Amara. Eres una cursor. Deja que quienes son llamados para cumplir sus deberes como soldados cumplan con su trabajo. Pero tú debes servir a tu vocación. Ven conmigo a la capital.

—No —se negó Amara.

Se acercó a la ventana y, durante un momento, miró por ella. Bernard y Frederic estaban levantando un par de cubas enormes con alimentos en conserva para colocarlos en los soportes de transporte a ambos lado de un gargante de carga. El toro bostezó, prácticamente sin darse cuenta de lo que debía de ser una carga de media tonelada que los dos artífices de la tierra acababan de colocar en su lugar.

—La guarnición local perdió a casi todos sus caballeros Aeris en la segunda batalla de Calderon, y ha sido difícil sustituirlos. Es posible que Bernard me necesite para llevar mensajes o realizar vuelos de reconocimiento.

Serai dejó escapar un pequeño jadeo.

Amara se dio la vuelta con el ceño fruncido para descubrir que la pequeña cortesana la estaba mirando con la boca abierta.

—Amara —la acusó Serai—. Eres su amante.

—¿Qué? —exclamó Amara—. Eso no tiene nada que...

—No intentes negarlo —la interrumpió Serai—. Lo estabas mirando ahí fuera, ¿o no?

—¿Qué tienes eso que ver con todo lo demás? —preguntó Amara.

—He visto tus ojos —le explicó Serai—. Cuando lo has llamado Bernard. Estaba ahí fuera haciendo algo muy masculino, ¿o lo vas a negar?

Amara sintió cómo se ruborizaba de nuevo.

—¿Cómo lo...?

—Sé de estas cosas, cariño —contestó con frivolidad—. Eso es lo que hago. —La mujercita cruzó la habitación para mirar por la ventana hacia el patio y arqueó una ceja—. ¿Quién es?

—Túnica verde —respondió Amara, apartándose de la ventana—. Cargando el gargante. Cabello oscuro, barba, algo canoso.

—Bien —reconoció Serai—. Pero no viejo. Yo diría que las canas le han salido pronto. Eso siempre hace atractivo a un hombre. Significa que tiene poder suficiente como para ostentar responsabilidades, y conciencia como para preocuparse por ellas.

Y... —Se detuvo y parpadeó—. Es bastante fuerte, ¿verdad?

—Lo es —reconoció Amara—. Y su puntería con el arco es sorprendente.

Serai la miró de reojo.

—Sé que resulta frívolo y típico, pero existe una innegable atracción primaria en un hombre fuerte. ¿No estás de acuerdo conmigo?

La cara de Amara ardía.

—Bueno. Sí. Encaja con él. —Respiró hondo—. Y puede ser muy amable.

Serai le lanzó una mirada abatida.

—Oh, pobre de mí. Es peor de lo que me temía. No eres su amante. Estás enamorada.

—No lo estoy —replicó Amara—. Quiero decir que lo veo con bastante frecuencia. He sido la correo de Gaius a esta región desde la segunda batalla de Calderon y... —Su voz se perdió—. No lo sé. No creo que haya estado enamorada nunca.

Serai se volvió de espaldas a la ventana. Amara pudo ver de refilón a Bernard dándoles instrucciones a un par de hombres para que engancharan unos caballos de tiro a un carromato con suministros, y comprobando después los cascos de los animales.

—¿Lo ves con la frecuencia suficiente? —preguntó Serai.

—Yo... No me importaría estar más a menudo cerca de él.

—Hummm —murmuró Serai—. ¿Qué es lo que más te gusta de él?

—Sus manos —respondió Amara de inmediato. La respuesta surgió antes de que pudiera pensar en ella. Sintió que se ruborizaba de nuevo—. Son fuertes. La piel es un poco basta. Pero son cálidas y amables.

—Ah —dijo Serai.

—O su boca —balbuceó Amara—. Quiero decir que sus ojos son de un color encantador, pero su boca es... Quiero decir que puede...

—Sabe besar —afirmó Serai.

Amara tartamudeó en silencio y se limitó a asentir.

—Bien —concluyó Serai—. Llegados a este punto, creo que puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que sabes lo que se siente cuando se ama.

Amara se mordió el labio.

—¿Lo crees de veras?

La cortesana sonrió con un poco de melancolía.

—Por supuesto, querida.

Amara vio cómo en el patio un par de niños, de no más de seis o siete años, saltaban de su escondite en el carromato a espaldas de Bernard. El hombre grande rugió, fingiendo una gran indignación, y se dio la vuelta durante unos instantes intentando atraparlos, hasta que los chicos perdieron pie y cayeron al suelo,

tambaleándose un poco mareados y riendo. Bernard les sonrió, les desordenó el cabello y les obligó a apartarse con un movimiento de la mano. Amara se dio cuenta de que estaba sonriendo.

La voz de Serai adoptó un tono muy bajo y muy suave.

—Lo tienes que dejar, por supuesto.

Amara notó que se le envaraba la espalda. Miró por la ventana, más allá de la mujer.

—Eres una cursor —explicó Serai—. Alguien en quien confía el Primer Señor en persona. Y has jurado que dedicarás tu vida a su servicio.

—Lo sé —reconoció Amara—. Pero...

Serai negó con la cabeza.

—Amara, no le puedes hacer esto si lo amas de verdad. Bernard es ahora un par del Reino. Tiene deberes y responsabilidades. Uno de ellos será tomar esposa. Una esposa cuya primera lealtad debe estar con él.

Amara se quedó mirando a Bernard y a los dos niños. De repente se le nubló la vista a causa de las lágrimas.

—Él tiene sus deberes —prosiguió Serai, en un tono compasivo pero decidido—. Y entre ellos se cuenta el de engendrar hijos para que la fuerza de la furia en su sangre fortalezca al Reino.

—Y yo estoy maldita —susurró Amara. Apretó la mano sobre el bajo vientre, y casi pudo sentir las cicatrices invisibles de las picadas que había dejado la enfermedad. Percibió en la lengua el sabor amargo de la hiel—. Yo no le puedo dar hijos.

Serai negó con la cabeza y se dio la vuelta para mirar por la ventana hacia el patio. Frederic conducía otro par de gargantes enormes por el patio, y empezó a colocar el arnés para sujetar la carga con ayuda de Bernard, mientras que otros hombres iban y venían en un flujo constante, colocando sacos y cajas en el suelo para que las cargasen en los animales cuando estuvieran dispuestos. Entonces Serai se puso de puntillas y, con suavidad, bajó un toldillo.

—Lo siento, querida.

—Nunca había pensado a fondo en ello —reconoció Amara, mientras le caían más lágrimas—. Quiero decir que era tan feliz que nunca...

—El amor es fuego, Amara. Si te aproximas demasiado, te quemarás. —Serai se acercó a Amara y le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Sabes lo que tienes que hacer.

—Sí.

—Entonces lo mejor será que lo hagas rápido. Con limpieza. —Serai suspiró—. Sé de lo que estoy hablando. Cuánto lo siento, querida.

Amara cerró los ojos y desconsolada inclinó la cabeza contra la caricia de Serai.

No podía detener las lágrimas. Ni lo intentó.

—Están ocurriendo muchas cosas, y todas a la vez —comentó Serai después de un momento—. No puede ser ninguna coincidencia. ¿O sí?

Amara negó con la cabeza.

—No creo que lo sea.

—Furias —jadeó Serai y sus ojos expresivos parecían poseídos.

—Serai —intervino Amara en voz baja—, creo que aquí existe una amenaza real contra el Reino. Me voy a quedar.

Serai parpadeó.

—Querida, por supuesto que te vas a quedar. No necesito a una guardaespaldas que está prendada de un hombre como ese... Para mí resultas inútil.

Amara se atragantó con la carcajada que le provocaron las palabras de Serai, y colocó los brazos alrededor de la cortesana en un fuerte abrazo.

—¿Estarás bien?

—Por supuesto, querida —respondió Serai.

Pero a pesar de la voz cálida y divertida, Amara notó que la pequeña cortesana estaba temblando. A cambio, Serai sintió probablemente el temblor de Amara.

Amara se retiró, dejó las manos sobre los hombros de Serai y la miró a los ojos.

—Deber. Es posible que los vord estén dentro de la capital. Ahora mismo es probable que haya más asesinos buscando a la estatúder. Están asesinando a los cursores. Y si la Corona no envía refuerzos a la guarnición local, morirán muchos más civiles y legionares. Y tal vez yo con ellos.

A Serai se le cerraron los ojos durante un momento e inclinó la cabeza con un leve asentimiento.

—Lo sé. Pero... Amara, tengo miedo... Miedo de no estar preparada para este tipo de situaciones. Yo trabajo en grandes salones y dormitorios con vino y perfume, no en callejones oscuros con capas y cuchillos. No me gustan los cuchillos. Ni siquiera sé de cuchillos. Y mis capas son demasiado caras como para arriesgarme a que se manchen de sangre.

Amara le apretó los hombros con suavidad y sonrió.

—Bueno. Quizá no lleguemos a eso.

Serai le devolvió a Amara una sonrisa temblorosa.

—Espero que no. Sería de lo más incómodo. —Movié la cabeza y suavizó la ansiedad de su expresión—. Mírate, Amara. Ahora eres muy alta y fuerte. No tienes nada que ver con la chica del campo a quien vi volar sobre el mar.

—Parece como si hubiera pasado mucho tiempo —reconoció Amara.

Serai asintió y retiró un mechón de cabello que le había caído sobre la mejilla. Su expresión se volvió profesional.

—¿Vamos allá?

Amara levantó la mano y se desvaneció la presión del aislamiento impuesto por Cirrus.

—Isana debería estar preparada para partir dentro de poco tiempo. Sé precavida y rápida, Serai. Nos estamos quedando sin tiempo.

Tavi tardó tres horas en encontrar a Max, quien estaba de verdad en la casa de una joven viuda. Tardó otra hora en encontrar la manera de entrar en la casa, y media hora más en conseguir que su amigo recuperara la conciencia, se vistiera y se tambaleara de vuelta a la Ciudadela a través de las calles de la capital iluminadas por las furias. Cuando llegaron les recibieron las luces de la Academia en la hora más silenciosa de la noche, durante el momento frío y vacío justo antes de que el amanecer empezara a teñir de color el cielo.

Entraron a través de uno de los pocos accesos ocultos dispuestos para el uso de los cursores en formación en la Academia. Tavi arrastró a su amigo directamente a los baños y, sin mayores ceremonias, lo tiró a una gran piscina de agua fría.

Por supuesto, Max tenía la fenomenal capacidad de recuperación de cualquiera que estuviera dotado de su poder natural para el artificio de las furias, pero también había desarrollado, para compensar, una formidable variedad de talentos que aplicaba cuando se iba de juerga. No era la primera vez que Tavi le había administrado a Max un tratamiento de emergencia para devolverle la cordura después de una de sus noches en la ciudad. El impacto del agua hizo que el hombretón chillara y pataleara al cabo de un latido, pero cuando salía del agua por la escalerilla, Tavi se interpuso en su camino, le dio la vuelta y lo empujó de regreso a la piscina.

Después de una docena más de chapuzones en la piscina helada, Max se llevó las manos a las sienes con un gemido.

—Grandes furias, Calderon, estoy despierto. ¿Vas a dejar que salga de esta maldita agua helada hasta que se me lleven los cuervos?

—No hasta que abras los ojos —respondió Tavi con firmeza.

—De acuerdo, de acuerdo —resopló Max y le dedicó a Tavi una mirada inyectada en sangre—. ¿Ahora estás contento?

—Exultante —replicó Tavi.

Max gruñó, salió a trompicones de la piscina helada y dio manotazos hasta quitarse la ropa. Después se sumergió en el agua caliente y dorada como el sol gracias a la luz de las furias de uno de los baños calientes. Como siempre, la red cuadriculada de cicatrices en la espalda de Max atrajo la atención de Tavi. Eran las marcas de un látigo o de un gato de nueve colas que solo se pudieron formar antes de que Max adquiriese todo su poder con el artificio de las furias. Tavi hizo un gesto de dolor por pura empatía. Siempre que veía las cicatrices de su amigo seguían sorprendiéndolo y horrorizándolo.

Miró alrededor de los baños. La sala era enorme, con numerosas piscinas para bañarse, que imitaban saltos de agua y que ocupaban un espacio muy amplio rodeado de paredes, suelos, columnas y techo de mármol blanco. Unos parterres de plantas,

que incluso tenían árboles, suavizaban el entorno severo y frío del mármol, y en una docena de zonas se habían dispuesto estancias donde los bañistas podían departir mientras esperaban su turno en las piscinas. Suaves lámparas de furia en azul, verde y dorado tintaban cada piscina e indicaban la temperatura. El sonido del agua que caía rebotaba de un lado a otro en la piedra, y llenaba el aire con un sonido que bastaba para ahogar las voces a un par de pasos de distancia. Era uno de los pocos lugares de la capital donde se podía estar razonablemente seguro de mantener una conversación en privado.

Los baños estaban vacíos, y los esclavos que atendían a los bañistas aún tardarían una hora en llegar. Tavi y Max estaban solos.

Tavi se desnudó, aunque era algo más pudoroso que su amigo. En el campo, bañarse era una cuestión práctica y privada. Le había costado adaptarse a las costumbres de baño comunitarias que se practicaban en la mayoría de las ciudades, y Tavi no había conseguido eliminar por completo la punzada de incomodidad cuando se desnudaba.

—Oh, por decirlo en voz alta, paleta —exclamó Max sin abrir los ojos—. Es el baño de hombres. No hay nadie más, y ni siquiera tengo los ojos abiertos. —Le lanzó a Tavi otra mirada, aunque esta vez menos intensa que la primera—. Si me hubieras dejado donde me encontraste, habrías dispuesto de los baños para ti solo.

Tavi se deslizó en la piscina al lado de Max y mantuvo la voz baja, casi inaudible bajo el camuflaje del sonido del agua.

—Hay problemas, Max.

La mala cara de Max se desvaneció y sus ojos enrojecidos brillaron con un interés repentino.

—¿Qué tipo de problemas?

Tavi se lo explicó.

—¡Malditos cuervos! —rugió Max—. ¿Quieres que me maten, o qué?

—Sí. A decir verdad, nunca me has parecido demasiado útil, Max. —Tavi contempló cómo su amigo parpadeaba durante un segundo y después fruncía el ceño.

—Ja, ja —replicó Max—. Qué gracioso eres.

—Deberías saber que no lo soy —repuso Tavi—. Si pudiera hacerlo cualquier otro, no te habría metido en medio.

—¿De verdad que no? —preguntó Max, ofendido de repente—. ¿Y por qué no?

—Porque no hace ni diez segundos que sabes lo que está pasando y ya te estás quejando.

—Me gusta quejarme. Es el derecho sagrado de todo soldado —gruñó Max.

Tavi notó que una sonrisa afloraba a sus labios.

—Ya no eres un legionare, Max. Eres un cursor. O un cursor en formación, en todo caso.

—Sigo ofendido —declaró Max. Al cabo de un momento, añadió—: Tavi, eres mi amigo. Si necesitas mi ayuda, puedes contar con ella tanto si quieres como si no.

Tavi se mordió los labios mirando a Max.

—¿De verdad?

—Así es mucho más sencillo —confirmó Max arrastrando las palabras—. Con que voy a ser el doble de Gaius...

—¿Te ves capaz? —preguntó Tavi.

Max se estiró en el agua caliente, desplegando en respuesta una sonrisa confiada.

—No tengo ni idea.

Tavi resopló, se acercó al salto de agua, cogió un estropajo y se lo empezó a pasar por la piel, limpiando el sudor y todos los problemas del día antes de tomar un peine con jabón y pasárselo a toda prisa por el cabello. Salió para hundirse en una piscina más fría. Emergió temblando, y se secó con una toalla. Max salió de las piscinas unos momentos más tarde, también limpio y aseado, y los dos se pusieron la ropa limpia que les habían dejado los asistentes del baño, mientras colocaban las prendas sucias en sus taquillas respectivas.

—¿Qué hago? —preguntó Max.

—Ve a la Ciudadela, atraviesa la galería meridional y entra en la sala occidental hasta llegar a la escalera de bajada.

—Hay puestos de guardia —señaló Max.

—Sí. Detente en el primer cuerpo de guardia y pregunta por sir Miles. Está esperando noticias tuyas. Lo más probable es que Killian también esté allí.

Max alzó las cejas.

—¿Miles quiere que se ocupen los cursores? Creía que no quería que hubiese mucha gente al tanto.

—No creo que Miles sepa que Killian sigue en activo —respondió Tavi—. Y mucho menos que es el legado actual.

Max se dio un manotazo airado en la cabeza, e hizo saltar agua de su cabello bien peinado.

—Voy a volverme loco intentando controlar quién tiene permiso para saber qué.

—Fuiste tú quien aceptó que lo entrenaran como cursor —le recordó Tavi.

—Deja de pisotear mi derecho sagrado, Calderon.

Tavi sonrió.

—Haz lo mismo que yo: no le digas nada a nadie.

Max asintió.

—Me parece un buen plan.

—Pongámonos en marcha. Se supone que debo llevar a alguien más. Nos encontraremos allí.

Max se puso en pie para irse, pero se detuvo.

—Tavi —empezó—. Aunque no me esté quejando, eso no significa que esto no vaya a ser peligroso. Muy peligroso.

—Lo sé.

—Solo me quería asegurar de que lo sabías —recalcó Max—. Si te metes en problemas... Quiero decir... Si necesitas mi ayuda, no dejes que el orgullo te impida acudir a mí. Quiero decir que es posible que se acaben desplegando algunos artificios de combate bastante serios. Si se da el caso, yo te cubriré.

—Muchas gracias —respondió Tavi sin demasiada emoción—. Pero si llegamos a ese punto, lo más probable es que hayamos fracasado hasta tal punto que mi legión personal no sea de ayuda.

Max soltó una triste carcajada en respuesta, cuadró los hombros y salió de los baños sin mirar atrás.

—Cúbrete las espaldas.

—Tú también.

Tavi esperó un momento hasta que Max abandonó los baños y salió corriendo hacia el alojamiento de los sirvientes. Cuando llegó allí, una franja de luz azul en el horizonte oriental del cielo nocturno había aparecido para anunciar la llegada del amanecer, y el personal de la Academia empezaba a ponerse en marcha. Tavi se abrió camino con precaución por pasillos de servicio y escaleras abarrotadas de trastos. Evitaba que lo vieran. Se movió en silencio por los pasillos a oscuras, sin llevar ninguna lámpara y confiando en las escasas y débiles luces de los recibidores. El muchacho atravesó un último pasillo lleno de objetos hasta llegar a una puerta hasta media altura que daba paso a un espacio diminuto en el muro: la habitación de Fade.

Tavi escuchó atentamente por si se acercaba alguien y cuando estuvo seguro de que no lo estaba observando nadie, abrió la puerta y entró en silencio.

La habitación del esclavo era fría, húmeda y mohosa. No se trataba más que de un error del diseño, que había unido dos paredes de piedra de la Academia con otras cubiertas de yeso deslucido. El techo se encontraba a metro y medio escaso de altura, y no contenía otra cosa que un arcón viejo y usado sin tapa, y una estera para dormir que estaba ocupada.

Tavi se acercó en silencio a la estera y bajó la mano para despertar a su ocupante.

Se dio cuenta, medio latido tarde, de que la forma bajo las sábanas era un simple amasijo de mantas, colocados en el lugar a modo de distracción. Tavi se dio la vuelta, se agachó y su mano se movió hacia la daga, pero se produjo un movimiento rápido y silencioso en la oscuridad, y alguien agarró limpiamente el arma que llevaba en el cinturón, empujó a Tavi con fuerza en un hombro y lo tumbó en el suelo. El atacante lo siguió de cerca. Un latido más tarde, Tavi se encontró atrapado con una rodilla en el pecho y con el filo frío de su propia arma apretado contra la garganta.

—Luz —ordenó una voz tranquila, y una lámpara de furia vieja y tenue en una

pared brilló en un tono escarlata.

El hombre que se agachaba sobre Tavi era de una altura y constitución poco destacables. El cabello le caía en mechones desgreñados hasta los hombros y delante de la mayor parte de la cara, de un color marrón con muchos mechones grises. Tavi casi no podía ver el brillo de los ojos oscuros detrás de él. Lo único que pudo ver era que tenía terribles destrozos en el rostro, producto de las quemaduras que infligían las legiones a aquellos a quienes se condenaba por cobardes. Sus antebrazos eran tan delgados y fibrosos como el antiguo collar de esclavo de cuero que llevaba alrededor del cuello, y estaban cubiertos de cicatrices blancas. Algunas eran las marcas pequeñas y reconocibles de las quemaduras que se había ganado en su forja de herrero, pero las otras eran rectas y finas, como las que Tavi solo había visto en los brazos del viejo Giraldi en Guarnición, y en los de sir Miles.

—Fade —llamó Tavi con el pecho contraído por el pánico provocado por el rápido ataque. El corazón le latía fuerte y acelerado—. Fade. Soy yo.

Fade alzó la barbilla durante un momento y lo miró durante un momento, antes de levantar el cuerpo y alejarse del joven.

—Tavi —lo reconoció Fade con la voz espesa y pesada a causa del sueño reciente—. ¿Herido?

—Estoy bien —le aseguró Tavi.

—Furtivo —le reprochó Fade con el ceño fruncido—. Entras furtivo en mi habitación.

Tavi se sentó.

—Sí. Lo siento, te he asustado.

Fade tomó la daga por la punta, y se la ofreció a Tavi con la empuñadura sobre la muñeca. El joven recogió el arma y volvió a meterla en la funda.

—Dormido —explicó Fade y bostezó. Añadió al final un sonido suave y arrastrado como si estuviera ululando.

—Fade —empezó Tavi—. Recuerdo las almenas de Calderon. Sé que estás actuando. Sé que no eres un idiota descerebrado.

Fade le ofreció a Tavi una sonrisa amplia y triste.

—Fade —confirmó en un tono alegre y vacío.

Tavi se lo quedó mirando.

—No —le reprochó Tavi—. Guarda tus secretos si quieres. Pero no me insultes con esta charada. Necesito que me ayudes.

Fade se quedó completamente quieto durante un momento, antes de ladear la cabeza hacia un lado y hablar con una voz que ahora era más baja y suave.

—¿Por qué?

Tavi movió la cabeza.

—Aquí no. Ven conmigo. Te lo explicaré.

Fade soltó el aire con la exhalación muy larga.

—Gaius.

—Sí.

El esclavo cerró los ojos durante un momento. Después se acercó al arcón y extrajo un puñado de objetos y una sábana de reserva. Apretó con fuerza contra el fondo del arcón, y se produjo un crujido que sonó a vacío. Extrajo una funda del arcón y blandió una hoja recta, el gladio de un legionare. Fade examinó la hoja bajo la luz mortecina y la volvió a enfundar, lio una toga vieja y voluminosa de tela de saco raída, y deslizó el arma en medio.

—Listo.

Tavi condujo a Fade hacia los pasillos de la Academia, se encaminó hacia la más cercana de las rutas secretas que bajaban hacia los pisos superiores de las Profundidades y apareció cerca de la Ciudadela. La entrada de las Profundidades no era precisamente una puerta secreta, pero se encontraba en las sombras profundas de un vestíbulo especialmente abarrotado y tortuoso, y si no se sabía adónde mirar, la abertura baja y estrecha de la escalera era casi invisible.

Tavi condujo a Fade por una serie de pasillos poco transitados con moho y aire húmedo. Su ruta le condujo durante unos momentos por los niveles más superficiales de las Profundidades, antes de cruzar por debajo de las murallas de la Ciudadela. Llegaron a la escalera que llevaba a la cámara de meditación del Primer Señor y descendieron, aunque los legionares que estaban alerta los detuvieron en cada uno de los puestos. Las piernas de Tavi latían con un dolor brutal con cada latido de su corazón, pero se obligó a hacer caso omiso de las quejas de su cuerpo cansado, y siguió adelante.

Tavi se dio cuenta de que Fade estudiaba el suelo sin levantar la vista. El cabello le caía delante de la cara y se fundía con la tela basta de su ropa. Su apariencia era la de un hombre anciano, envarado por una artritis evidente, vacilante y precavido. O al menos lo parecía cuando pasaba por cada uno de los puestos de guardia. Una vez fuera de la vista, en la escalera de caracol, se movía con un silencio felino.

Al pie de la escalera, la puerta de la cámara del Primer Señor estaba cerrada a cal y canto. Tavi extrajo el cuchillo y golpeó con el pomo la puerta de acero oscuro con un ritmo fijo y entrecortado. Al cabo de un rato se abrió, y la figura de Miles se recortó en el quicio.

—Por todos los cuervos, ¿dónde te habías metido, muchacho? —lo abroncó.

—Humm. Buscando al hombre de quien os hablé, sir Miles. Este es Fade.

—Has tardado bastante tiempo —gruñó Miles, y le lanzó una mirada fría al esclavo—. Dentro de cuatro horas, Gaius debe aparecer en su palco en los preliminares de las Carreras del Viento. A Antillar no le ha ido muy bien su imitación, pero Killian no puede perder tiempo instruyéndolo hasta que esté seguro

de que se atiende al Primer Señor. Deberías haber traído primero al esclavo.

—Sí, señor —reconoció Tavi—. Estoy seguro de que la próxima vez que ocurra lo recordaré.

La expresión de Miles se agrió.

—Entra —ordenó—. Fade, ¿verdad? He dispuesto que bajen algo de ropa de cama y un camastro. Tendrás que arreglarlo todo y ayudarnos a colocar en él a Gaius.

Fade se quedó helado, y Tavi vio que sus ojos brillaban de sorpresa detrás de las greñas.

—¿Gaius?

—Parece que se ha pasado un poco con el artificio de las furias —le contó Tavi—. Es posible que se haya dejado la salud. Se vino abajo hace muchas horas.

—¿Vivo? —preguntó Fade.

—De momento —respondió Tavi.

—Pero no seguirá así si no lo metemos en una cama y cuidamos de él —gruñó Miles—. Tavi, tienes que llevar algunos mensajes. Rutinarios, como siempre. Asegúrate de que todo el mundo lo crea. ¿De acuerdo?

Por allí se alejaba la posibilidad de dormir un poco, pensó Tavi. Y al ritmo que iban los acontecimientos, lo más probable era que también se perdiera los exámenes. Suspiró.

Fade entró en la cámara arrastrando los pies y se acercó a la cama a la que se había referido Miles. El camastro era un simple armazón, habitual en las legiones, y Fade no tuvo ningún problema en montarlo.

Miles se acercó al escritorio de Gaius apoyado contra la pared y recogió una pila pequeña de sobres. Volvió y se los entregó a Tavi sin hacerle ningún comentario. Tavi estaba a punto de preguntarle a quién debía entregarle el primero cuando los ojos de Miles se entornaron y se le frunció el ceño.

—Tú —ordenó—. Fade. Ven aquí.

Tavi vio cómo Fade se relamía los labios y, con la cabeza gacha, se incorporaba para encararse con Miles.

El capitán se acercó a Fade.

—Muéstrame la cara.

Fade emitió un leve sonido de angustia, e hizo una reverencia con gesto asustado.

Miles alargó la mano y le hizo el cabello a un lado. Ello reveló las terribles cicatrices de la marca de cobardía de Fade. Miles frunció aún más el ceño.

—¿Sir Miles? —preguntó Tavi—. Os encontráis bien.

Miles se pasó los dedos a través de su cabello rapado.

—Cansado —respondió—. Quizá me esté imaginando cosas. En cierto sentido me resulta familiar.

—Quizá lo hayáis visto trabajando, capitán —sugirió Tavi con mucho cuidado de

mantener un tono neutral.

—Tal vez sea eso —reconoció Miles, quien respiró hondo y cuadró los hombros—. Sigo teniendo una legión a la que dirigir. Me voy para hacer la instrucción matinal.

—Rutina como siempre —repitió Tavi.

—Eso mismo. Killian se ocupará de todo hasta que yo vuelva. Obedécele y no hagas preguntas. ¿Me has entendido?

Miles se dio la vuelta y se fue sin esperar respuesta.

Tavi suspiró y cruzó las baldosas para ayudar a Fade a terminar de ensamblar el camastro y poner las sábanas. Al otro lado de la sala, Gaius yacía de espaldas con la piel gris y pálida. Killian estaba arrodillado a su lado, el brasero para calentar el té estaba encendido, y un vapor de olor nauseabundo surgía de los carbones.

—Tavi —llamó Fade en voz baja—. No lo puedo hacer. No puedo estar cerca de Miles. Me reconocerá.

—¿Eso sería malo? —preguntó Tavi también en susurros.

—Tendría que luchar contra él. —Las palabras fueron simples, amables, y sin más adorno que un ligero tono de tristeza o remordimiento—. Me tengo que ir.

—Necesitamos que nos ayudes, Fade —le suplicó Tavi—. Gaius necesita que lo ayudes. No lo puedes abandonar.

Fade movió la cabeza.

—¿Qué sabe Miles sobre mí? —preguntó.

—Tu nombre. Que confío en ti. Que Gaius te trajo a la Academia conmigo.

—Malditas furias —suspiró Fade—. Tavi, necesito que hagas algo por mí. Por favor.

—Solo tienes que decirlo —respondió Tavi de inmediato.

—No le cuentes a Miles nada más sobre mí. Si pregunta, miente, o ponle excusas, o haz lo que estimes necesario. No nos podemos permitir que sucumba a un ataque de ira.

—¿Qué? —preguntó Tavi—. ¿Y por qué iba a hacer algo así?

—Porque —respondió Fade— es mi hermano.

Aunque se había pasado la mayor parte del día inconsciente, Isana se sentía extenuada cuando terminó de hacer el equipaje y se instaló en la litera cerrada.

Nunca había volado en una litera, ya fuera abierta o cerrada a los elementos, pero la experiencia le resultó demasiado familiar como para considerarse terrorífica. Se diferenciaba poco de cualquier otro vehículo cerrado, al menos en el interior, lo que hacía que fuera aún más desconcertante mirar por las ventanas y ver de vez en cuando un ave de presa o los tentáculos algodonosos de las nubes teñidas de un dorado oscuro con el final de la tarde. Durante un rato se quedó contemplando la llegada de la noche y la tierra que corría muy lejos bajo sus pies, mientras el corazón le latía desbocado.

—Lleva mucho tiempo anocheciendo —murmuró Isana, casi sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Serai levantó la mirada del bordado que tenía en el regazo y miró por la ventana. La luz coloreaba las perlas en el collar con sombras rosadas y doradas.

—Estamos volando hacia la puesta de sol, estatúder, muy alto y muy rápido. El sol se nos adelantará con el tiempo. Siempre me han gustado los atardeceres, aunque me gusta pasar más tiempo en ellos.

Isana volvió su atención a la mujer, estudiando su perfil. La presencia emocional de Serai casi no estaba presente, siendo algo ligera como una pluma y nebuloso. Cuando la esclava hablaba aparecían muy pocas de las profundas inflexiones emocionales que Isana estaba acostumbrada a percibir en quienes la rodeaban. Isana podía contar con los dedos de una mano las personas que habían conseguido ocultarle sus emociones.

Isana levantó los dedos hacia la parte delantera del vestido y tocó pensativa el anillo oculto que colgaba de la cadena. Estaba claro que Serai era mucho más formidable de lo que aparentaba.

—¿Voláis a menudo? —le preguntó Isana.

—De vez en cuando —contestó Serai—. El viaje puede durar hasta mañana a estas horas, o tal vez más. No nos detendremos hasta que los hombres de Rolf necesiten intercambiar los puestos de porteador, estatúder, y eso puede ser mucho después de anochecer. Deberíais descansar.

—¿Parezco enferma? —preguntó Isana.

—Amara me relató lo de vuestro encuentro de esta mañana —contestó Serai. Su expresión no cambió, y no se frenó el movimiento de la aguja, pero Isana sintió una ligera corriente de inquietud en el comportamiento de la cortesana—. Eso bastaría para dejar extenuada a cualquiera. Ahora estáis a salvo.

Isana miró a Serai en silencio durante un momento.

—¿Lo estoy? —preguntó.

—Estáis tan segura aquí como en vuestra casa —le aseguró Serai, dejando entrever un filo seco por debajo de las palabras pronunciadas con ligereza—. Yo permaneceré despierta y os despertaré si ocurre algo.

La voz, la presencia y la actitud de Serai transmitían el tono sutil de la verdad, algo que pocas personas honestas conseguían ocultar. Isana sintió cómo se relajaba, al menos durante un rato. La mujer quería protegerla, de eso estaba segura. Y Serai tenía razón. La impresión, la sorpresa y el miedo que se traslucían en el rostro del joven al que había matado seguían presentes en todos sus pensamientos. Reclinó la espalda y cerró los ojos.

No esperaba dormirse, pero cuando volvió a abrir los ojos una luz pálida inundaba la litera desde las ventanillas del lado opuesto, y sintió agarrotados los hombros y el cuello. Tuvo que parpadear durante un buen rato para ahuyentar el sueño inesperado.

—Ah —exclamó Serai—. Buenos días, estatúder.

—¿Buenos días? —preguntó Isana, mientras reprimía un bostezo y se sentaba. Tenía una capa enrollada bajo la cabeza y la cubría una sábana suave y pesada—. ¿Me he quedado dormida?

—Profundamente —le confirmó Serai—. No os despertasteis cuando nos paramos la pasada noche, y Rolf fue un encanto y os prestó la capa cuando reemprendimos la marcha.

—Lo siento —se disculpó Isana—. ¿Seguro que habéis descansado?

—Hasta ahora no —respondió la cortesana—. He estado aquí, tal como os dije que haría, excepto durante unos momentos necesarios, que me sustituyó Rolf hasta que regresé.

—Lo siento —repitió Isana, avergonzada y le ofreció la capa a Serai—. Tomad, por favor. Debéis descansar.

—¿Y dejaros sin conversación? —preguntó Serai—. ¿Qué tipo de compañera de viaje sería si hiciera algo así? —Le ofreció a Isana una leve sonrisa—. Tengo un toque de artificio del metal en la sangre de mi familia, y puedo pasarme unos pocos días sin dormir.

—Eso no significa que sea bueno para vos —replicó Isana.

—Debo confesar que, como regla general, siento una atracción malsana por todo lo que no sea bueno para mí —confesó—. Y en cualquier caso, deberíamos tardar menos de una hora en llegar a la capital.

—Pero creía que habíais dicho que tardaríamos al menos todo un día.

Serai frunció el ceño mientras miraba por la ventanilla. La luz de un azul blanquecino del amanecer, pura y clara, hizo que le brillara la piel. Sus ojos oscuros parecieron aún más insondables.

—Así debería ser, pero Rolf dice que hemos tenido la suerte de volar con un viento rápido y poco habitual que nos empujaba. Nunca había experimentado nada igual volando entre las ciudades, ni mucho menos volando desde las provincias más lejanas.

Isana reflexionó durante un momento. Aquella situación cambiaba las cosas. Apenas disponía de una hora para prepararse para llegar a la capital, y lo más probable era que fuera su última oportunidad de hablar con Serai con relativa intimidad. Apenas le quedaba tiempo para descubrir lo que pudiera de la mujer a través de la conversación, así que no tenía sentido andarse con sutilezas.

Isana respiró hondo y se dirigió a la cortesana.

—¿Viajáis con frecuencia por esta ruta?

—Varias veces cada estación. Mi amo encuentra todo tipo de razones para enviarme a visitar las diferentes ciudades.

—Vuestro amo. Queréis decir Gaius —afirmó Isana.

Serai frunció los labios, pensativa.

—Soy una súbdita leal de la Corona, por supuesto —confirmó—. Pero mi propietario es lord Forcius Rufus, que es el primo del Gran Señor de Forcia y tiene propiedades en la zona septentrional del valle.

—¿Vivís en el valle de Amarante? —preguntó Isana.

—Por el momento, sí —respondió Serai—. Echaré de menos los huertos en flor, lo que es una lástima, porque hacen que todo el valle huelga como el paraíso. ¿Lo habéis visto?

Isana negó con la cabeza.

—¿Es tan hermoso como dice todo el mundo?

Serai asintió y suspiró.

—Y aún más. Aunque me gusta mucho viajar, echo de menos mi hogar. A pesar de eso, supongo que estoy contenta por viajar, y mucho más por regresar. Quizá sea dos veces afortunada.

—Suenan como si fuera un lugar encantador. —Isana recogió las manos sobre el regazo—. Y una conversación igualmente encantadora y entretenida.

Serai le devolvió la mirada a Isana con una sonrisa.

—¿De verdad?

—Entonces, ¿sois una cursora?

—Querida, yo solo soy una esclava de placer encumbrada, que le hace a Gaius un favor por cuenta de su amo. Y aunque fuera libre, no creo que tuviera el temperamento que requiere la profesión. El heroísmo, el deber y todo eso. Agotador.

Isana arqueó una ceja.

—Supongo que una espía de la Corona no sería demasiado útil si lo fuera proclamando por ahí.

Serai sonrió.

—Esa parece una afirmación razonable, querida.

Isana asintió, pero sus sentidos ampliados por el artificio continuaban ciegos a la presencia de Serai. Resultaba una sensación tremendamente frustrante. Estaba segura de que su compañera era una de las seguidoras del Primer Señor. ¿Por qué otra razón la habrían elegido los cursores para acompañar a Isana? Eso significaba que no podía bajar la guardia. El deber de Serai era proteger los intereses de Gaius, no los de Isana.

Pero al mismo tiempo, Isana no era tan tonta como para pensar que no necesitaba una escolta en Alera Imperia, capital de todo el Reino. Nunca había estado en una de las grandes ciudades que formaban el corazón de la sociedad de Alera. Sabía que durante el Final del Invierno las diversas facciones políticas y económicas de la capital no dejarían de conspirar. Había escuchado historias acerca de cómo dichos grupos se dedicaban al chantaje, la extorsión, el asesinato y cosas peores. La vida en el campo no la había preparado para hacer frente a semejante situación.

Isana era muy consciente de que al viajar a la capital se enfrentaba a un peligro mortal. Los enemigos de Gaius no la atacarían por sus actos, sino por lo que representaba. Isana simbolizaba el apoyo al Primer Señor. Los enemigos de Gaius ya habían decidido que iban a destruir ese símbolo. Y lo volverían a intentar.

Una sensación de náuseas y nervios atravesó el estómago de Isana, porque Tavi también era un símbolo.

Isana necesitaba una escolta para navegar por las aguas traicioneras de la capital, y Serai era su única guía y su aliada más vital. Si de verdad quería proteger a Tavi de cualquier conspiración mortal que se estuviera fraguando, Isana necesitaba asegurarse a toda costa el apoyo y la cooperación de la cortesana. No le bastaba con unos pocos momentos de sinceridad.

—Serai —volvió a hablar Isana—. ¿Tenéis familia?

El rostro y el comportamiento de la pequeña cortesana se volvieron opacos de repente.

—No, querida.

Isana no pudo sentir nada a través de Rill, pero sus ojos se abrieron de par en par con una intuición repentina.

—Queréis decir que ya no la tenéis.

Serai arqueó una ceja con expresión sorprendida, pero levantó la barbilla sin apartar la mirada.

—Ya no la tengo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Isana con suavidad.

Serai se quedó en silencio durante un rato.

—Nuestra explotación sufrió una epidemia. Se trataba de una enfermedad grave, que se llevó por delante las vidas de mi marido y de mi hija, que solo tenía tres

semanas. Mi hermano y mis padres murieron también. Y los demás habitantes. Solo sobreviví yo, así que ya no tengo familia.

Serai apartó la mirada y contempló el exterior por la ventanilla. Se llevó una al vientre, y un estallido repentino de pura angustia golpeó a Isana como una ola de agua hirviendo.

—Lo siento —le dijo a la cortesana, y cabeceó—. Nunca habría pensado que fuerais del campo.

Serai sonrió sin mirar a Isana y sus ojos seguían secos.

—Entré a servir después de recuperarme. Para pagarles un entierro decente. Allí me convertí en una... —dejó pasar una pausa ligera pero deliberada— cortesana. A muchos les gustaba tal como era.

—Lo siento mucho —repitió Isana—. Lamento haberos recordado todo ese dolor.

—No es necesario que lo sintáis, querida. De eso hace mucho tiempo.

—No lo parece, a jugar por vuestro aspecto.

—Mi familia también tiene... tenía un toque de artificio del agua —reconoció Serai con una voz impregnada de una alegría que Isana sabía forzada—. Nada que se aproxime al vuestro, estatúder, pero puedo eliminar las arruguitas ocasionales.

La litera se tambaleó, e Isana sintió cómo la cabeza le daba vueltas. Miró desesperada por la ventanilla, pero solo vio una niebla blanca y espesa. Uno de sus pies se levantó ligeramente del suelo, y el miedo le heló el aliento en la garganta.

—Todo va bien —la tranquilizó Serai y puso una mano sobre la rodilla de Isana—. Estamos descendiendo. Casi hemos llegado. Aterrizaremos en unos instantes.

Isana cubrió la mano de Serai con la suya. Sintió los dedos de la cortesana calientes, como febriles. La mano de Isana debía de estar helada.

—No queda mucho tiempo.

—¿Qué queréis decir?

Isana se obligó a no mirar el espectáculo mareante que veía a través de la ventanilla. En vez de eso, miró a la otra mujer.

—Serai —empezó con voz temblorosa—, si los pudierais traer de vuelta, ¿lo haríais?

A Serai se le abrieron los ojos de par en par; pero la sorpresa inicial no tardó en convertirse en una rabia fría y dura como el ágata.

—¿Qué preguntas son esas, querida? —contestó sin cambiar el tono—. Por supuesto que lo haría.

Isana cubrió la mano de Serai con las dos manos, se inclinó hacia delante y la miró directamente a los ojos.

—Por eso vengo al Festival. Mi familia está en peligro. No me importa Gaius. No me importa el hombre que está sentado en el trono. No me importan ni la política ni las conspiraciones ni el poder. Solo me preocupa que el niño a quien he criado está en

peligro, y mi hermano corre peligro de muerte si no soy capaz de enviarle ayuda. Ellos son todo lo que tengo en este mundo.

Serai inclinó la cabeza hacia un lado, en una pregunta sin formular.

Isana sintió cómo le temblaba la voz al hablar.

—Ayudadme.

Serai se enderezó lentamente a medida que comprendía y se le iluminaban los ojos.

Isana le apretó la mano.

—Ayudadme.

La presencia de Serai se volvió claramente dolorosa, pero su rostro y sus ojos permanecieron tranquilos.

—Ayudaros, ¿a expensas del deber con mi amo?

—Llegado el caso, sí —reconoció Isana—. Haré todo lo que sea necesario por ayudarlos. Pero no sé si lo podré hacer yo sola. Por favor, Serai. Ellos son mi familia.

—Estatúder, lamento que vuestra familia esté en peligro. Pero los sirvientes de la Corona son la única familia que conozco. Cumpliré con mi deber.

—¿Cómo podéis decir eso? —preguntó Isana—. ¿Cómo podéis permanecer tan indiferente?

—No es indiferencia —replicó Serai—. Sé lo que está en juego... mucho mejor que nadie. Si por mí fuera, haría caso omiso de los altos intereses del Reino para salvarles las vidas a vuestros familiares.

Una verdad plateada resonaba en ese susurro, pero también su decisión. Otra dolorosa punzada de miedo por su familia atravesó el pecho de Isana, que bajó la cabeza y cerró los ojos, intentando desenmarañar el laberinto complejo y oculto de emociones de la cortesana.

—No lo entiendo.

—Si por mí fuera, os ayudaría. Pero no depende de mí —contestó Serai con voz compasiva e inflexible—. He jurado que me dedicaría al servicio del Reino. El mundo de Carna es un lugar frío y cruel, mi señora. Está lleno de peligros y enemigos de nuestro pueblo. El Reino es lo que les da seguridad.

Un desprecio repentino y amargo le llenó de llamas la garganta. Isana dejó escapar el aire que no llegó a convertirse en una carcajada burlona.

—Qué irónico es que alguien a quien el Reino no pudo proteger esté dispuesta a sacrificar otras familias en su servicio.

Serai retiró la mano de la rabia fría y controlada de Isana que se reflejaba ahora en su voz y en su comportamiento.

—Si no existiera un Reino que las protegiera, no habría familias.

—Si no existieran las familias —escupió Isana—, el Reino no tendría nada que proteger. ¿Cómo decís eso cuando es posible que tengáis el poder de ayudarlos?

El comportamiento y el tono de Serai siguieron siendo distantes y difíciles de interpretar.

—Como mujer acostumbrada a utilizar su poder para sacar a la luz el momento más difícil de mi vida en un intento de manipular mi voluntad, Isana, no creo que estéis en posición de criticarme.

Isana cerró las manos, muy frustrada.

—Solo pedía ayuda para proteger a mi familia.

—A expensas de mi lealtad —recordó Serai con voz tranquila—. No es que no quiera ayudaros, estatúder. Ni a vuestra familia. Pero en el Reino hay muchas mujeres con familia y, si pudiera salvar a diez mil de ellas mediante el sacrificio de la vuestra, lo haría. No sería correcto, pero sería necesario. Y es mi deber. He aceptado un juramento como sirvienta del Reino, y no seré una perjura.

Isana miró por la ventanilla.

—Ya es suficiente. Comprendo. —Después de un momento, añadió—: Y tenéis razón. Os pido disculpas, señora. No debería haber intentado usar contra vos el dolor de vuestra pérdida.

—Quizá —replicó Serai con un tono profesional—. O quizá no. He enterrado a toda una familia, estatúder. Duele más de lo que nadie pueda imaginarse. Es posible que tampoco fuera muy diferente si intentase protegerlos.

—Estoy aterrada. ¿Y si no lo puedo hacer sola?

Serai sonrió de repente.

—No hará falta, querida. Escuchadme. —Se inclinó hacia delante con la mirada fija en Isana—. Cumpliré con mi deber con respecto a mi amo. Pero moriré antes de permitir que os hagan daño a vos o a los vuestros. Este es el juramento que os hago.

La sinceridad resonaba en sus palabras en un tono claro y plateado de verdad que ni siguiera el gesto de Serai podía contener en su totalidad.

—No es necesario que juréis eso —comentó Isana.

—No —reconoció Serai—. No lo es. Pero en cualquier caso, no supone ninguna diferencia. No podría vivir conmigo misma si permitiera que le ocurriera a otra familia. Ni lo desearía. —Movi6 la cabeza—. Sé que no es lo que queráis oír, pero es todo cuanto puedo hacer. Por favor, creed que no haré menos.

—Os creo —confirmó Isana en voz baja—. Muchas gracias.

Serai asintió con expresión serena y su presencia volvió a ser tranquila y contenida.

—Señoras —llamó una voz desde el exterior de la litera.

Uno de los caballeros de escolta apareció en la ventanilla, un hombre joven con rasgos marcados y ojos oscuros e intensos. Iba sin afeitado y parecía muy cansado.

—Las corrientes pueden ser impredecibles mientras descendemos. Hay un par de cinturones de seguridad, y les recomiendo que se los pongan.

Serai levantó la vista con una sonrisa.

—Sí, Rolf. Me parece recordar que ya hemos mantenido antes esta conversación. ¿Dónde está el subtribuno?

El caballero sonrió e hizo una reverencia con la cabeza. Entonces se acercó y susurró.

—Está durmiendo en el techo. Se cansó durante la noche y casi se cae del cielo.

—Qué humillante para el gran campeón de las carreras si llega en semejantes condiciones. ¿No te indicó que lo despertaras antes de entrar en la capital? —preguntó Serai.

—Resulta extraño —respondió Rolf—. No lo recuerdo. Yo también estoy muy cansado. —Le lanzó una mirada despectiva al techo de la litera y añadió—: Por favor, señoras, poneos los cinturones. Ya casi estamos.

Serai le mostró a Isana cómo tenía que ajustarse con un nudo los cinturones fuertemente trenzados. Un momento después la litera empezó a dar saltos, tumbos y tirones. Fue una sensación terrible, pero Isana cerró los ojos y se agarró con ambas manos a los cinturones. Se produjo un golpe repentino que les hizo temblar hasta los huesos, e Isana se dio cuenta de que por fin estaban en el suelo.

Serai dejó escapar un suspiro de alegría y metió la costura en un bolso de tela pequeño. Soltaron los cinturones y salieron de la litera hacia una luz del sol dorada y cegadora.

Isana miró a su alrededor a Alera Imperia, el corazón de todo el Reino.

Se encontraban encima de una plataforma de mármol blanco, más grande que todo el recinto amurallado de Isanaholt. El viento soplaba con auténtica fuerza, e Isana tuvo que protegerse los ojos. A su alrededor estaban descendiendo otras literas, las más grandes de las cuales llevaban una docena de artífices del viento. Los caballeros Aeris iban vestidos con las libreas brillantes de los Grandes Señores de cada ciudad, y de ellas salían hombres y mujeres vestidos con telas inmensamente caras, que relucían con las joyas engarzadas y con los bordados en oro y plata, mientras que las ráfagas de viento no alcanzaban sus peinados ni vestimentas.

Muchos hombres con túnicas marrones corrían alrededor de las literas en cuanto tocaban tierra. Las recogían de inmediato con la fuerza del artificio de las furias, y las conducían hacia una amplia escalera que bajaba de la plataforma, de modo que pudieran aterrizar otras. También llegaron otros hombres con túnica marrón que portaban comida y bebida para los caballeros recién llegados, muchos de los cuales, entre ellos Rolf y los otros caballeros que habían transportado a Isana y Serai, estaban sentados en la plataforma, totalmente extenuados.

—Isana —la llamó Serai a través del fuerte viento. Estaba de puntillas para hablarle al oído a otro hombre con túnica marrón, que asentía y aceptaba unas cuantas monedas brillantes de manos de la cortesana con una cortés reverencia. Serai le hizo

una seña—. Isana, venid conmigo. Es por aquí.

—Pero ¿y mi bolsa...? —objetó Isana a gritos.

Serai se acercó y se estiró. Profirió un grito ahogado.

—La entregarán en la casa. Tenemos que salir de la plataforma antes que alguien aterrice sobre... ¡Isana!

Serai se lanzó de repente contra el costado de Isana. Con gran sorpresa, Isana cayó al suelo y vio cómo una daga corta y pesada atravesaba el espacio donde un instante antes había estado su cabeza.

Se produjo un crujido lo suficientemente fuerte como para superar el rugido constante del viento. Todas las cabezas se volvieron hacia ellos. El pomo de la daga voladora había golpeado un lateral de la litera con tanta fuerza que había destrozado la madera laqueada y la había dejado cubierta de astillas y grietas.

Serai echó un rápido vistazo a su alrededor y señaló hacia la espalda de otro hombre con túnica marrón que desaparecía por la escalera.

—¡Rolf!

El caballero levantó la vista de donde estaba sentado, agotado, y quedó desorientado durante un segundo. Después se puso en pie algo tambaleante.

—¡Cuervos y malditas furias! —rugió una voz furiosa desde la parte superior de la litera.

Horatio se sentó, se resbaló y se cayó del techo de la litera, profiriendo maldiciones a voz en grito.

Rolf corrió hacia la escalera, jadeando al cabo de unos pocos pasos, y miró hacia abajo durante un momento. Se volvió para mirar a Serai y negó con la cabeza, con expresión frustrada.

—¡Te degradaré por esto! —rugió Horatio, mientras intentaba ponerse en pie.

A su alrededor, los ciudadanos del Reino señalaban al subtribuno medio dormido, entre sonrisas y carcajadas. Pocos se habían dado cuenta de que alguien acababa de intentar perpetrar un asesinato sangriento.

La cara de Serai estaba pálida e Isana pudo ver y sentir el terror en ella. Serai se puso en pie y le ofreció la mano a Isana.

—¿Os encontráis bien?

—Sí —respondió Isana, pero se tambaleó y casi perdió el equilibrio con las rachas de viento huracanado, y casi golpeó a una mujer alta que lucía un vestido rojo y una capa negra—. Disculpadme, señora. Serai, ¿quién era?

—No lo sé —respondió Serai, a la que le temblaban las manos y tenía los ojos muy abiertos—. Vi manchas en su túnica. No me di cuenta hasta el último instante que era sangre.

—¿Qué?

—Luego os lo cuento. Quedaos cerca.

—¿Qué vamos a hacer?

Los ojos de la cortesana se convirtieron en rendijas y el miedo fue sustituido por un desafío férreo.

—Darnos prisa, estatúder —respondió Serai—. Mantened los ojos abiertos y venid conmigo.

—Muy bien —tronó el maestro Gallus con su quejumbrosa voz de tenor—. Se acabó el tiempo.

La cabeza de Tavi se levantó de repente de la superficie de la mesa y parpadeó legañoso alrededor del aula. Cerca de doscientos *academ* estaban sentados en filas abarrotadas ante mesas bajas o en el suelo, y escribían furiosamente en largas hojas de papel.

—Tiempo —repitió Gallus con un tono de enojo en la voz—. Dejad de escribir. Si no habéis terminado ya de completar el examen, otros segundos de garabatos no os van a ayudar. Los papeles, a la izquierda.

Tavi se pasó la mano por la boca, limpiando la baba de los labios con la manga de la túnica gris. Los últimos centímetros de la página seguían visiblemente en blanco. Esperó a que le llegase la pila de papeles, añadió el suyo y se la pasó a Ehren.

—¿Cuánto tiempo he estado ausente? —murmuró.

—Las dos últimas —respondió Ehren, enderezando la pila con un gesto rápido de sus brazos escuálidos antes de pasarla.

—¿Crees que habré aprobado? —preguntó Tavi, quien sentía la boca pastosa, y le dolía todo de cansancio.

—Creo que deberías haber dormido anoche —contestó Ehren con remilgos—. Idiota. ¿Quieres suspender?

—No era mi intención —murmuró Tavi.

Ehren y él se pusieron en pie y empezaron a salir poco a poco del aula abarrotada, junto con los otros estudiantes.

—Lo digo en serio. ¿Crees que habré aprobado?

Ehren suspiró y se frotó los ojos.

—Es posible. En cualquier caso, lo más probable es que nadie, excepto yo y quizá tú, haya sabido responder a las dos últimas.

—Eso está bien —reconoció Tavi—. Supongo.

—El estudio del cálculo es importante —comentó Ehren—. En sentido amplio, resulta esencial para la supervivencia del Reino. Existe toda una serie de factores que lo hacen totalmente necesario.

Tavi dejó que la ironía le tiñera la voz.

—Quizá solo estoy cansado. Pero calcular la duración del viaje de un barco mercante o repasar el pago de impuestos de las provincias más alejadas me parece algo bastante trivial en este momento.

Ehren lo miró durante un instante con una expresión de auténtico ultraje, como si Tavi acabara de sugerir que iban a almorzar bebés dentro de una empanada.

—Estás bromeando —dijo por fin—. ¿Verdad que estás bromeando, Tavi?

Tavi suspiró.

Fuera del aula, los estudiantes estallaron en conversaciones, quejas, risas y alguna canción ocasional, y enfilaron el pasillo más cercano en dirección al patio principal, formando un río viviente de túnicas grises y mentes cansadas. Tavi se estiró en cuanto salió al aire libre.

—Ahí dentro hace demasiado calor después de un examen largo —le explicó a Ehren. El aire se estaba volviendo blando.

—Se llama humedad, Tavi —lo corrigió Ehren.

—Llevaba casi dos días sin dormir, y estaba blando.

Gaelle estaba esperando en el arco que conducía al patio. Se puso de puntillas en un esfuerzo inútil por mirar por encima de la multitud, hasta que vislumbró a Tavi y Ehren. La cara triste de la chica se iluminó cuando los vio. Se acercó a la carrera, murmurando un montón de disculpas mientras nadaba contra la corriente gris.

—Ehren, Tavi, ¿ha ido muy mal?

Tavi emitió un sonido a medio camino entre el gruñido y el quejido.

Ehren hizo rodar los ojos.

—Más o menos como me imaginaba —le respondió a Gaelle—. Lo harás bien. —Frunció el ceño y miró alrededor—. ¿Dónde está Max?

—No lo sé —contestó Gaelle, mirando de un lado al otro con gesto preocupado—. No lo he visto. Tavi, ¿lo has visto?

Tavi dudó durante un instante. No quería mentirles a sus amigos, pero había mucho en juego. No solo tenía que mentir, sino que también debía hacerlo bien.

—¿Qué? —preguntó somnoliento para disimular la pausa.

—Que si has visto a Max —repitió Gaelle con una voz cada vez más exasperada.

—Oh. La pasada noche dijo algo sobre una joven viuda —respondió Tavi, haciendo un gesto vago con la mano.

—¿La noche antes de un examen? —balbució Ehren—. Eso es... está muy mal... Creo que me tendría que tumbar un rato.

—Y tú también deberías hacerlo, Tavi —le recomendó Gaelle—. Tienes el aspecto de alguien que se va a quedar dormido de pie.

—Lo hizo durante el examen —confirmó Ehren.

—Tavi —ordenó Gaelle—. Vete a la cama.

Tavi se frotó los ojos.

—Me gustaría, pero no pude terminar toda la entrega de cartas antes de empezar el examen. Una más, y entonces me podré ir a dormir.

—¿Te pasas toda la noche despierto, después haces un examen, y aún te exige que repartas cartas? —se indignó Gaelle—. Eso es cruel.

—¿Qué es cruel? —preguntó Ehren.

Tavi empezó a responder, pero se precipitó contra la espalda de un estudiante.

Tavi salió rebotado y aturdido por el impacto. El otro estudiante cayó, se puso en pie con una maldición y se volvió para encararse con Tavi.

Era Brencis. El cabello oscuro del arrogante joven estaba revuelto y grasiento después del examen. El enorme Renzo se alzaba sobre él un poco más atrás y hacia un lado. Varien se encontraba a la izquierda de Brencis, con los ojos brillando de expectación y malicia.

—El anormal —anunció Brencis con tono neutro—. El pequeño escriba. Oh, y su cerdita. Tendría que hundiros hasta el cuello en un pozo negro.

—Me sentiría complacido de ayudarte, mi señor.

Tavi se puso tenso. Brencis no iba a olvidarse de cómo lo había humillado Max la mañana del día anterior. Como no podía hacer gran cosa para vengarse de Max, tendría que encontrar otra víctima propiciatoria para su ira. Tavi, sin ir más lejos.

Brencis se acercó a Tavi y bufó.

—Puedes considerarte afortunado, anormal, porque hoy tengo cosas más importantes que hacer.

Se dio la vuelta y se alejó sin mirar atrás. Varien parpadeó durante un instante y lo siguió. Renzo hizo lo mismo, aunque sin cambiar su expresión siempre plácida.

—Uf —exclamó Tavi.

—Interesante —musitó Gaelle.

—Bueno, eso sí que no me lo esperaba —reconoció Ehren—. ¿Qué crees que le pasa a Brencis?

—Quizás haya madurado por fin —sugirió Gaelle.

Tavi intercambió una mirada escéptica con Ehren.

Gaelle suspiró.

—Sí, bueno. Puede ocurrir, ¿sabéis? Algún día.

—Mientras estamos conteniendo la respiración —se burló Tavi—. Voy a entregar la última carta y a dormir un poco.

—Bien —asintió Gaelle—. ¿Adónde la tienes que llevar?

—Uh. —Tavi se registró los bolsillos hasta que encontró el sobre y miró el nombre que había escrito—. Oh, malditos cuervos —maldijo con un suspiro—. Nos vemos luego.

Saludó con la mano a sus amigos y partió con un trote cansino en dirección al alojamiento del embajador Varg.

No se encontraba muy lejos de la Ciudadela, pero a Tavi le dolían las cansadas piernas, y le pareció que tardaba una eternidad en llegar al Salón Negro: un pasillo largo de piedras oscuras y mal cortadas que era muy diferente del resto de la fortaleza de mármol del Primer Señor. La entrada al salón disponía de un portón formado por barras de acero oscuro tan anchas y duras como el rastrillo de una fortaleza. Delante del portón se encontraban un par de soldados de la Guardia Real de rojo y azul; eran

miembros jóvenes, como se dio cuenta Tavi, con la armadura y el armamento completos, como siempre. Estaban de cara al portón.

Al otro lado del portón, una vela solitaria daba luz suficiente para mostrarle a Tavi un par de canim sentados sobre el trasero. Medio cubiertos por sus capas circulares, Tavi podía distinguir pocos rasgos más allá de los ángulos marcados de su armadura sobre los hombros y los codos y el brillo del metal en las empuñaduras de sus espadas y en las puntas de las lanzas. La forma de sus cabezas estaba medio oculta en las capuchas, pero se distinguían los morros lobunos, los dientes y el leve brillo rojo fuego de sus ojos inhumanos. Aunque estaban sentados en el suelo, su actitud era tan rígida, alerta y preparada como las de los guardias aleranos que tenían delante.

Tavi se acercó al portón y, al hacerlo, lo envolvió el olor de la embajada canim. Era almizclado, sutil y espeso, y le recordaba al mismo tiempo la herrería de su antiguo hogar y la guarida de un lobo gigante.

—Guardia —llamó Tavi—. Traigo una carta para Su Excelencia, el embajador Varg.

Uno de los aleranos miró hacia atrás y le hizo un gesto para que pasara. Tavi se acercó al portón. Al otro lado descansaba sobre el basto suelo un cesto de cuero en su lugar habitual, a una largada de brazo de los barrotes, y Tavi se inclinó hacia delante para dejar caer la carta en el cesto. Ya había completado la tarea en su imaginación, y esperaba dormir por fin.

Casi no vio cómo se movía el cane más cercano a él.

El guardia inhumano se deslizó hacia delante con una gracia repentina y sinuosa, y un brazo largo salió lanzado para atrapar a Tavi por la muñeca. El corazón le dio un vuelco, con una aprensión repentina que era demasiado vaga y cansada como para convertirse en pánico. Podría haber movido el brazo en círculo hacia el pulgar del cane para librarse de su mano, y echarse hacia atrás, pero si lo hubiera hecho seguramente se habría abierto el brazo en las garras del cane. No tenía ni la menor posibilidad de librarse del guardia si intentaba valerse de la fuerza bruta.

Todo eso pasó por su mente en el espacio de un latido. Detrás de él oyó los jadeos de los dos guardias aleranos y el sonido del acero rozando con el cuero cuando blandieron las espadas.

Tavi dejó el brazo donde estaba, agarrado por el cane, y levantó la mano libre hacia los guardias.

—Esperad —les indicó con la voz tranquila.

Entonces levantó la vista —levantó mucho la vista— para fijarla en el guardia cane con una mirada neutra.

—¿Qué quieres, guardia? —exigió Tavi con tono impaciente y perentorio.

El cane le lanzó una mirada salvaje e insondable, y le soltó la muñeca con un

gesto lento y deliberado que dejó un rastro inocuo de la punta de las garras del cane sobre la piel de Tavi.

—Su Excelencia —gruñó el cane— exige que el mensajero le entregue la carta directamente en sus manos.

—Aléjate de él, perro —rugió el guardia alerano.

El cane alzó la vista, y enseñó sus colmillos amarillos en un gruñido silencioso.

—Está bien, legionare —indicó Tavi en voz baja—. Se trata de una petición perfectamente razonable. El embajador tiene derecho a recibir las cartas directamente del Primer Señor, si así lo desea.

Los dos canim dejaron escapar unos aullidos bajos y balbuceantes. El que había agarrado el brazo de Tavi abrió el portón. Tavi contempló durante un momento la facilidad con que el enorme cane abría el enorme portal de acero. Después tragó saliva, cogió una vela, recogió el sobre y entró en el Salón Negro.

El guardia cane siguió a Tavi, ligeramente detrás de él. Tavi se detuvo y se fue rezagando hasta que pudo ver al cane por el rabillo del ojo. El guardia avanzó, con pasos sinuosos y relajados, y miró a Tavi con lo que parecía una gran curiosidad mientras se dirigía hacia el final del Salón Negro. Pasaron delante de numerosas puertas abiertas e irregulares, pero las sombras que las ocupaban eran demasiado espesas para que Tavi pudiera ver lo que había más allá.

Al final del salón se encontraba la única puerta que había podido ver Tavi, fabricada en algún tipo de madera densa y pesada de un color oscuro que brillaba con tonalidades profundamente rojas y con matices púrpuras muy oscuros bajo la luz de la vela de Tavi.

El guardia de Tavi lo adelantó con esas zancadas largas y silenciosas de un cane adulto, y pasó las garras lentamente sobre la madera oscura. Fuera lo que fuese, la madera era dura. Las pesadas garras del cane arañaron con fuerza, pero no aparecieron ni muestras ni señales en la madera.

De dentro de la habitación surgió un gruñido, un sonido que hizo que un escalofrío repentino le recorriera la espalda a Tavi. El guardia contestó con un sonido similar, aunque algo más agudo. Se produjo un breve silencio, seguido de un gemido parecido a una risita ahogada, y al final tronó la voz de Varg:

—Hazlo entrar.

El guardia abrió la puerta y se alejó sin mirar a Tavi. El muchacho tragó saliva, respiró hondo y entró en la habitación.

Al cruzar el quicio de la puerta, una corriente de aire apagó la vela.

Tavi se quedó totalmente a oscuras. Oyó dos gruñidos muy bajos que procedían uno de cada lado, y Tavi fue muy consciente de lo vulnerable que era y del fuerte olor a almizcle y carne de la cámara. Era el hedor de un depredador.

Sus ojos tardaron un buen rato en acostumbrarse a la falta de luz, pero empezó a

distinguir detalles de una leve luz escarlata y de sombras negras. En el centro del suelo había un lecho de brasas que casi no brillaban en medio de una leve depresión, y algún tipo de esteras pesadas fabricadas con un material que no pudo identificar rodeaban las brasas. La habitación tenía la forma de un cuenco puesto boca abajo, con las paredes que se iban uniendo hacia un techo que no era demasiado alto, y que Tavi casi podía tocar con las manos. A varios metros, y ocultos en las sombras, se encontraban los que Tavi tomó por dos guardias. No obstante, cuando miró de nuevo los identificó como unos maniqués cubiertos con armaduras, aunque eran más altos y anchos que los que solían soportar las armaduras de los legionares que no estaban de servicio. Uno de los maniqués lucía la silueta extraña de la armadura de los canim, pero el otro estaba vacío.

Procedente de la pared trasera de la sala, Tavi oyó el goteo del agua, y casi pudo ver el resplandor de la tenue luz roja en un estanque, cuya superficie quedaba perturbada por un goteo pequeño y regular.

Por instinto, Tavi se dio la vuelta y miró casi directamente detrás de sí.

—Embajador —saludó con un tono respetuoso—. Tengo un mensaje para vos, señor.

Otro gruñido bajo atravesó la habitación, extrañamente retorcido por la forma de las paredes, o por la composición de las piedras, de manera que rebotaba como si surgiera de varias fuentes a la vez. Un brillo de ojos rojos apareció más de medio metro por encima de Tavi y entonces Varg salió de la oscuridad y penetró en la luz de color sangre.

—Bien —respondió el cane, que seguía vestido con la capa y la armadura—. El uso controlado del instinto. Con demasiada frecuencia tu razón se deja llevar por él, o no le presta atención.

Tavi no tenía ni idea de cómo debía responder a eso, excepto ofreciéndole el sobre a Varg.

—Muchas gracias, Su Excelencia.

Varg cogió el sobre y lo abrió con un gesto rápido y descuidado de una garra que cortó el papel casi sin emitir ningún susurro. Abrió la misiva que contenía y la leyó. Lanzó otro gruñido.

—Vaya. No me van a hacer ni caso.

Tavi se lo quedó mirando con una expresión neutra.

—Yo solo entrego el mensaje, señor.

—¿De verdad? —preguntó Varg—. Entonces recaerá sobre vuestras cabezas.

—Ya veis, mi señor —siseó una voz ronca pero más aguda desde el quicio de la puerta—. No tienen ningún respeto por vos ni por nuestro pueblo. Nos tendríamos que deshacer de este lugar y regresar a las Tierras de Sangre.

Tavi y Varg se volvieron hacia la puerta, donde estaba acucillado un cane al que

Tavi no conocía. No llevaba armadura, pero iba envuelto en un manto largo de color escarlata oscuro. Las manos como patas eran bastante más delgadas y oscuras que las de Varg, y su pelaje rojizo parecía ralo y enfermizo. El morro era mucho más estrecho y puntiagudo, y su lengua colgaba de un lado, y se movía con nerviosismo.

—Sarl —gruñó Varg—. No te he llamado.

El cane se retiró la capucha de la cabeza y la movió hacia un lado en un gesto exagerado que Tavi comprendió de repente. El cane le estaba ofreciendo su cuello a Varg en un gesto inequívoco de deferencia o respeto.

—Disculpas, mi poderoso señor —replicó Sarl—. Pero he venido para informaros de que han llegado noticias, y el cambio de guardia se producirá dentro de dos días.

Tavi frunció los labios. Nunca había oído a un cane hablar en alerano, excepto a Varg. No podía imaginar por qué se había dirigido Sarl a su superior en una lengua que Tavi podía comprender perfectamente.

—Muy bien, Sarl —gruñó Varg—. Fuera.

—Como deseéis, mi señor —respondió Sarl, quien le ofreció de nuevo el cuello y se inclinó.

El cane se retiró andando de espaldas y arañando el suelo, y desapareció a toda prisa por el pasillo.

—Mi secretario —explicó Varg.

Aunque solo eran suposiciones, a Tavi le dio la impresión de que el gruñido del embajador era entre pensativo y divertido.

—Se ocupa de los asuntos que cree que se me escapan.

—Estoy familiarizado con el concepto —reconoció Tavi.

Los dientes de Varg aparecieron cuando dejó abierta la boca.

—Sí. Me lo imagino. Eso es todo, cachorro.

Tavi empezó a hacer una reverencia, pero entonces lo asaltó una idea. El gesto no podía tener el mismo significado desde el punto de vista del cane. Lo que entre los aleranos era una muestra de respeto podía ser algo muy diferente en una sociedad cuyos miembros luchaban entre sí y se arrancaban el cuello con los dientes, como si fueran lobos. Un lobo que se agachaba y bajaba la barbilla se estaba preparando para luchar. Desde luego, Varg era consciente de las diferencias gestuales, porque estaba claro que no consideraba las reverencias como un preliminar del combate, pero a Tavi le pareció que de todos modos era una falta de educación realizar un gesto que debía de soliviantar los instintos del embajador cada vez que lo veía.

En su lugar, Tavi ladeó un poco la cabeza, imitando el gesto que el propio Varg había realizado antes.

—Entonces me despido, Excelencia.

Empezó a pasar al lado de Varg, pero de repente el cane alzó una pesada mano parecida a una garra y le bloqueó el paso.

Tavi tragó saliva y alzó la mirada hacia el cane. Durante un instante se encontró con los ojos del embajador.

Varg lo miró con los colmillos reluciendo antes de decir:

—Enciende tu vela en mi fuego antes de irte. Tu visión nocturna es débil. No quiero que tropieces en mi pasillo y empieces a gimotear como un cachorrillo.

Tavi dejó escapar el aire poco a poco y volvió a ladear la cabeza.

—Sí, señor.

Varg movió los hombros en un gesto extraño y regresó hacia el estanque.

Tavi se acercó a las brasas y encendió la vela, esta vez protegiendo la llama con la mano. Contempló cómo el cane se agachaba, tan cómodo a cuatro patas como erguido, y bebía directamente del estanque. Pero no se atrevió a quedarse mirando, pese a lo fascinante que resultaba. Tavi se dio la vuelta y salió deprisa.

Justo antes de atravesar el quicio de la puerta, Varg gruñó:

—Alerano.

Tavi se detuvo.

—Tengo ratas.

Tavi parpadeó.

—¿Señor?

—Ratas —repitió Varg con un gruñido, y giró la cabeza para mirar por encima de un hombro blindado.

Tavi podía ver poco más que el resplandor de colmillos y ojos rojos.

—Las oigo por las noches. Hay ratas en mis paredes.

Tavi frunció el ceño.

—Oh.

—Fuera —ordenó Varg.

Tavi correteó por el vestíbulo, de regreso hacia la Ciudadela propiamente dicha. Caminaba sin prisas, rumiando las palabras del embajador. Estaba claro que no hablaba de un simple problema con las ratas. Por supuesto, los roedores podían ser un fastidio, pero estaba seguro de que el cane podía solucionarlo solo. Aún más sorprendente era la referencia a las paredes. Las paredes de las estancias de los canim en el Salón Negro eran de piedra. Las ratas eran unas tuneladoras pertinaces, y podían atravesarlo casi todo, pero eran incapaces de horadar la roca sólida.

A Tavi le parecía que Varg era el tipo de individuo que no decía ninguna palabra de más. Tavi ya se había dado cuenta de que el embajador era el tipo de guerrero que luchaba con una eficacia simple y mortal. Por eso parecía razonable concluir que si tenía alternativas, Varg no iba a perder más tiempo en hablar que en derramar sangre.

Los ojos de Tavi bajaron hacia la llama de la vela. Después se dirigieron a las paredes. Dio un par de pasos rápidos para situarse al lado del muro más cercano y bajó la mano.

A pesar del aire quieto del pasillo, la llama parpadeó y se inclinó muy ligeramente.

El corazón le empezó a latir con más rapidez, y Tavi siguió la dirección de la llama, moviéndose poco a poco a lo largo del muro. Al cabo de un momento encontró la fuente de la pequeña corriente de aire en una estrecha abertura en la pared, que no había visto antes. Colocó la palma de la mano sobre ella y empujó.

Una sección de piedras se deslizó sin hacer ruido y dejó libre una abertura, de manera que lo oculto fue visible de repente. Tavi levantó la vela. Justo al otro lado del pasillo secreto, una escalera bajaba por las piedras.

Los canim tenían una entrada a las Profundidades.

Tavi estaba demasiado lejos de la entrada del Salón Negro como para ver a los guardias con claridad, y solo cabía esperar que ellos tampoco pudieran distinguirlo. Protegiendo una vez más con la mano la llama de la vela, se acercó hasta la escalera y bajó por ella haciendo el mínimo ruido posible.

Unas voces que surgían delante de él lo obligaron a detenerse y a escuchar.

Tavi estaba seguro de que el primero que hablaba era un cane, Sarl, porque reconoció el tono servil de su voz ronca.

—Y os digo que todo está preparado. No hay nada que temer.

—Hablar no cuesta nada, cane —replicó una voz humana, tan bajo que Tavi casi no la podía oír—. Muéstramelo.

—Eso no formaba parte del acuerdo —protestó el cane y se produjo un sonido de aleteo, como cuando un perro mueve la cola—. Debéis creer en mis palabras.

—¿Se cree que no lo hago? —preguntó el otro.

—Ahora es demasiado tarde para que cambiéis de opinión —respondió Sarl, con un siseo desagradable—. No discutamos por lo que no puede... —El cane guardó silencio de repente.

—¿Qué ocurre? —preguntó la segunda voz.

—Un olor —respondió Sarl, con un pequeño gañido hambriento—. Hay alguien cerca.

El corazón de Tavi se desbocó y subió rápidamente por la escalera con todo el silencio que le permitían sus cansadas piernas. Una vez en el pasillo, salió corriendo en dirección a la Ciudadela. Cuando se acercó, los guardias canim se pusieron en pie, gruñendo y con los ojos fijos en él.

—Su Excelencia me ha despedido —jadeó Tavi.

Los guardias intercambiaron una mirada, y uno de ellos abrió el portón. En cuanto salió Tavi y oyó cómo se cerraba a sus espaldas, se movieron las sombras y apareció Sarl en el Salón Negro, que atravesó a toda prisa. Sus orejas puntiagudas se aplastaron contra el cráneo cuando vio a Tavi. El cane se agachó un poco, mientras los labios se retiraban un poco de los colmillos a un lado de la boca.

Tavi le devolvió la mirada al cane. No necesitaba la intuición para comprender el brillo de odio puro y hambriento que vio en los ojos del secretario canim.

Sarl se dio la vuelta y regresó a las sombras, con movimientos muy controlados. Tavi huyó. Las piernas le temblaban a causa del miedo, y trató de poner toda la distancia posible entre él y los residentes en el Salón Negro.

Amara espoleó el caballo y se situó al lado del de Bernard bajo la luz del sol matinal.

—Algo va mal —murmuró.

Bernard frunció el ceño y la miró. Iban a la cabeza de la columna de legionares de Guarnición. Dos docenas de campesinos locales, veteranos de las legiones, cabalgaban con armas y armadura formando la caballería auxiliar. Dos docenas más llevaban los grandes arcos de caza habituales entre los habitantes de la región y marchaban en columna detrás de los legionares. Detrás de ellos traqueteaban un par de carros pesados tirados por gargantes, seguidos por Doroga en su enorme gargante y por la retaguardia en la que formaban la mayoría de los caballeros a quienes comandaba Bernard. Iban montados y serios.

Bernard había añadido el yelmo a la cota de mallas y sostenía cruzado en la silla el arco con una flecha dispuesta en la cuerda.

—Entonces te has dado cuenta.

Amara tragó saliva y asintió.

—No hay venados.

Bernard asintió con un gesto casi imperceptible. Sus labios casi no se movieron cuando habló.

—En esta época del año, la columna los debería estar asustando cada pocos centenares de metros.

—¿Y eso qué significa?

Los hombres de Bernard se movieron en un ligero encogimiento.

—Por lo general, pensaría que otro contingente de tropas los ha asustado y que están preparando un ataque por sorpresa.

—¿Y ahora? —preguntó Amara.

Apartó los labios, y dejó ver los caninos.

—Creo que esas criaturas ya los han espantado, y que es posible que estén preparando un ataque por sorpresa.

Amara se lamió los labios, mientras contemplaba las colinas suaves que les rodeaban.

—¿Qué vamos a hacer?

—Relajarnos. Confiar en los exploradores —respondió Bernard—. Tener los ojos abiertos. Pueden existir otras explicaciones para la ausencia de los venados.

—¿Cómo cuáles?

—Por ejemplo, es posible que los hombres de Aric hayan matado todos los que podían para preparar nuestra llegada y cubrir las necesidades alimentarias de las tropas. También cabe tener en cuenta los moas que se han quedado en el valle

después de la batalla. Uno de ellos podría haber matado a las hembras mientras daban a luz durante el invierno. A veces lo hacen.

—¿Y si no ha ocurrido nada de eso? —preguntó Amara.

—Entonces prepárate para despegar —respondió Bernard.

—Estoy preparada para hacerlo desde antes de abandonar la propiedad —replicó con mala cara—. No me gusta sentir que soy la presa.

Bernard sonrió y compartió la calidez de la sonrisa con ella al encontrarse con su mirada.

—No voy a dejar que me cacen en mi propia casa, querida condesa. Ni tampoco voy a permitir que cacen a mis invitados. —Hizo un gesto hacia la columna que les seguía con un leve ladeo de la cabeza—. Paciencia. Fe. Las legiones de Alera han salido adelante durante mil años en un mundo donde enemigos de todo tipo han intentado destruirlas. Nosotros también sobreviviremos a esto.

Amara suspiró.

—Lo siento, Bernard. Pero he visto demasiadas amenazas contra Alera en las que la legión no podía hacer nada en absoluto. ¿Cuánto falta para Aricholt?

—Llegaremos antes de mediodía —respondió Bernard.

—Supongo que querrás ver el campamento del que nos habló Aric.

—Desde luego —confirmó Bernard—. Antes de anochecer.

—¿Por qué no dejas que se ocupen los caballeros Aeris?

—Porque con arreglo a mi experiencia, jinete del viento, los caballeros Aeris no se enteran de casi nada de lo que ocurre bajo las ramas y la maleza porque se desplazan a varias docenas de metros por encima de ellas. —Volvió a sonreír—. Además, ¿qué iba a tener de divertido?

Amara alzó las cejas.

—Estás disfrutando con esto —le acusó.

Los ojos de Bernard volvieron a su revisión atenta y relajada de los bosques que les rodeaban, y se encogió de hombros.

—El invierno ha sido muy largo y, desde el momento en que me convertí en conde de Calderon, apenas he estado en el campo más que unas pocas horas. No me había dado cuenta de cuánto lo echaba de menos.

—Loco —replicó Amara.

—Oh, venga ya —le reprochó Bernard—. Tienes que admitir que resulta emocionante. Una criatura nueva, misteriosa y peligrosa. Una posible amenaza para el Reino. La oportunidad de enfrentarnos a ella, y de derrotarla.

—Benditas furias —suspiró Amara—. Eres peor que un chiquillo.

Bernard rio con un sonido que tenía tanto de alegre como de desagradable. Los músculos que se le marcaban en el cuello se endurecían y relajaban con los movimientos del caballo, y sus grandes manos sostenían con firmeza el gran arco.

Amara se sintió impresionada de nuevo por las dimensiones del hombre y recordaba muy bien el poder y las habilidades mortales que podía desplegar. En su comportamiento había algo lobuno, algo que sugería que su sonrisa tranquila era solo una máscara, que justo bajo la superficie habitaba algo mucho más terrible y mucho más dispuesto a probar la sangre.

—Amara —murmuró—. Algo amenaza mi hogar. Después de lo ocurrido hace un tiempo, sé lo que está en juego. Y no dejaría que nadie más se encargara de controlar esa amenaza. —Su ojos de color verde avellana reflejaban por igual la corteza y las hojas recién nacidas, peligrosos y brillantes—. Soy un cazador. Perseguiré a esas criaturas y las atraparé. Y cuando el Primer Señor envíe ayuda suficiente, las destruiré.

Su tono era tranquilo y objetivo, sin apenas relación con la ferocidad que ocultaba, y Amara se dio cuenta de que la reconfortaban hasta extremos irracionales. Los hombros se le relajaron un poco, y el temblor que le había estado amenazando las manos se calmó.

—Además —comentó Bernard arrastrando las palabras—, hace una mañana encantadora para cabalgar por el campo con una chica guapa. ¿Por qué no la vamos a disfrutar?

Amara puso los ojos en blanco y empezó a sonreír, pero las palabras de Serai resonaron en voz baja en su corazón.

«Lo tienes que dejar, por supuesto».

Respiró hondo y convirtió su expresión en una máscara neutra, antes de decir:

—Creo que lo mejor para todos es que elimine toda posible distracción, Su Excelencia. Debe estar concentrado en su deber.

Bernard parpadeó y la miró con la sorpresa marcada en la cara.

—¿Amara?

—Si me disculpáis, conde. —Se despidió en un tono educado y apartó el caballo de la fila, dejando que se entretuviese con la hierba nueva mientras esperaba a que pasase la columna. Durante un momento sintió los ojos de Bernard sobre ella, pero no le devolvió la mirada.

Esperó hasta que pasaron los carros y entonces espoleó al caballo para que se colocase al lado del gargante gigantesco de Doroga. El caballo se negó a acercarse a menos de seis metros del animal, a pesar de todos los esfuerzos de Amara.

—Doroga —llamó al jefe marat.

—Aquí estoy —le contestó mientras miraba divertido cómo luchaba con los nervios del caballo—. ¿Deseas algo?

—Hablar contigo —respondió Amara—. Esperaba... —Se calló cuando una rama baja le golpeó en la cara y se le clavó de manera casi imperceptible—. Esperaba hacerte unas preguntas.

Doroga estalló en una carcajada.

—Vas a perder la cabeza. Tu jefe Gaius vendrá a buscarla a mi choza. —Movi6 un brazo y lanz6 una cuerda de cuero con nudos por un lado de la manta de montar, que qued6 a metro y medio del suelo—. Sube.

Amara asinti6 y le pas6 las riendas del caballo a uno de los hombres m6s cercanos, antes de desmontar y salir corriendo para igualar el paso del gargante de Doroga. Agarr6 la cuerda y se impuls6 con cuidado hasta su lomo, desde donde Doroga la agarr6 por el antebrazo con un pu6o de hierro y la alz6 hasta un asiento m6s estable.

—Ya veo que Bernard se ha comido la sopa equivocada —murmur6 Doroga, mientras se daba la vuelta para mirar hacia delante.

Amara parpade6.

—¿Qu6?

Doroga sonri6.

—Cuando era joven y acababa de tomar a mi esposa como compa6era, me despert6 a la ma6ana siguiente, me acerqu6 al fuego y me com6 la sopa que hab6a all6. Proclam6 a todo el campamento que era la mejor sopa que una mujer hab6a cocinado nunca para un hombre.

Amara alz6 las cejas.

—¿No la hab6a cocinado tu esposa?

—No lo hab6a hecho —confirm6 Doroga—. Era de Hashat. Y despu6s de nuestra noche de bodas, me pas6 los siete d6as siguientes durmiendo en el suelo delante de nuestra tienda para pedirle perd6n.

Amara rio.

—No te puedo imaginar en esa tesitura.

—Era muy joven —le record6 Doroga—. Y deseaba con fervor que ella volviera a ser feliz conmigo. —Mir6 hacia atr6s—. De la misma manera que Bernard desea que seas feliz con 6l.

Amara movi6 la cabeza.

—No se trata de eso.

—S6. Porque Bernard no sabe que se ha comido la sopa equivocada.

Amara suspir6.

—No. Porque no estamos casados.

Doroga buf6.

—Sois pareja.

—No, no de esa manera.

—Os hab6is apareado —le explic6 con paciencia, como si hablara con una ni6a peque6a—. Eso os convierte en pareja.

Amara se ruboriz6.

—Nosotros... lo hemos hecho. Lo hacemos. Pero no lo somos.

Doroga se volvió para mirarla con una expresión que se había transformado en la viva imagen del escepticismo.

—Tu pueblo lo hace todo demasiado complicado. Dile que se ha comido la sopa equivocada, y da el tema por zanjado.

—No se trata de nada que Bernard haya hecho.

—¿Tú te has comido la sopa? —preguntó Doroga.

—No —respondió Amara, exasperada—. No había ninguna sopa. Doroga, Bernard y yo... no podemos seguir juntos.

—Oh —replicó Doroga, y movió la cabeza en un gesto de desconcierto. Durante un instante se puso la mano sobre los ojos, como si fuera un ciego—. Ya veo.

—Tengo obligaciones con Gaius —explicó Amara—. Al igual que él.

—Ese Gaius —comentó Doroga—. Me pareció listo.

—Sí.

—Entonces debería saber que ningún jefe puede mandar sobre el corazón. —Doroga asintió—. Si se interpone en ese camino, acabará aprendiendo que el amor es el amor y que lo único que puede hacer al respecto es matar a todo el mundo o apartarse. Tú también lo deberías aprender.

—¿Aprender el qué? —preguntó Amara.

Doroga se golpeó la cabeza con un dedo.

—La cabeza no tiene nada que ver con el corazón. Tu corazón quiere lo que quiere. La cabeza debe aprender que puede matar al corazón o apartarse de su camino.

—¿Quieres decir que apartarme de Bernard me matará el corazón? —preguntó Amara.

—Tu corazón. Y también el suyo. —Doroga se encogió de hombros—. Debes elegir.

—Los corazones rotos se curan con el tiempo —replicó Amara.

Algo cruzó por el rostro de Doroga, e hizo que pareciera más pesado y más triste. Levantó una mano hacia una de sus trenzas, donde había trenzado su cabello pálido con mechones rojizos que Amara supuso que estaban teñidos.

—A veces lo hacen. A veces no lo hacen. —Se volvió para mirarla—. Amara, tienes algo que no todo el mundo encuentra. Los que lo pierden estarían dispuestos a morir para volver a encontrarlo. No lo rechaces a la ligera.

Amara guardó silencio. Se movía al ritmo de los pasos largos y lentos del gargante.

Resultaba difícil aceptar las palabras de Doroga. Nadie le había hablado del amor en esos términos. Por supuesto que siempre había creído en él. Su padre y su madre habían estado muy enamorados, o eso le parecía en su infancia. Pero cuando se unió a

los cursores, el amor se convirtió en un medio para alcanzar un fin, en el actor principal de una tragedia sobre la pérdida y el deber. El único amor que se podía permitir un cursor era el que sentía por el señor y el Reino. Amara lo sabía desde antes de acabar su formación. Es más, había creído en ello.

Pero en los dos últimos años las cosas habían cambiado. Ella había cambiado. Bernard no se había convertido en una persona importante para ella, sino en una parte fundamental de su ser. Formaba parte de sus pensamientos, como el respirar, el comer y el dormir. A la vez presente y ausente, inolvidable cuando estaba ausente y colmándola con una sensación de plenitud cuando lo tenía delante.

Era muy delicado para tratarse de un hombre tan fuerte. Cuando sus manos, sus brazos y su boca le rozaban el cuerpo, se movía como si temiera que ella fuera a romperse si él la apretaba demasiado. Las noches que habían pasado juntos habían sido y seguían siendo una hoguera de pasión, porque él era un amante perversamente paciente que se deleitaba con las respuestas que ella le ofrecía. Pero la cosa iba más allá, y él la abrazaba en las tranquilas horas posteriores, mientras los dos estaban cansados, contentos y adormilados. Ella se perdía en sus abrazos y no sentía ni preocupación ni tristeza ni ansiedad. Solo sentía belleza, deseo y seguridad.

Seguridad. Tuvo que realizar un gran esfuerzo para conjurar las lágrimas. Sabía muy bien que el mundo era un lugar muy poco seguro. Conocía los muchos peligros que amenazaban al Reino, y hasta qué punto un único error tenía el potencial de destruirlo. No podía dejar que las emociones nublaran su juicio.

No importaba hasta qué punto las deseara.

Era una cursor. Vasallo por juramento de la Corona, una sirvienta del Reino de Alera, depositaria de sus secretos más ocultos, y guardiana contra sus enemigos más insidiosos. Su deber exigía muchos sacrificios para que los demás pudieran seguir seguros y libres. Hacía mucho tiempo que había abandonado la idea de una vida de seguridad. Su deber le exigía renunciar a semejantes lujos, al igual que al amor.

¿O no era así?

—Pensaré en lo que me has dicho —le comentó a Doroga en voz baja.

—Bien —respondió él.

—Pero ahora no es el momento más indicado —replicó Amara. Sus emociones ya la estaban distraendo. Tenía que saber más sobre el peligro al que se enfrentaban ahora y por el momento Doroga era su única fuente de información—. Tenemos un problema más inmediato.

—Así es —asintió Doroga—. El viejo enemigo. La Abominación ante El Único. Amara miró con el ceño fruncido del jefe marat hacia el sol.

—Ante El Único. ¿Quieres decir ante el sol?

Doroga la miró sin entender.

—El sol —explicó Amara con un gesto—. Eso es lo que quieres decir cuando

mencionas a El Único, ¿o no?

—No —respondió Doroga con tono divertido—. El sol no es El Único. No has entendido nada.

—Entonces explícamelo —exigió Amara exasperada.

—¿Por qué? —preguntó Doroga.

La pregunta era sencilla, pero las palabras iban cargadas de un gran peso. Eso hizo que Amara dudara y se lo pensara antes de responder.

—Porque quiero comprenderte —contestó—. Quiero saber más sobre tu pueblo y sobre ti. Qué hace que seáis como sois. Qué compartimos y qué no.

Doroga frunció los labios. Entonces asintió una vez para sí mismo, se dio la vuelta para encararse con Amara y cruzó las piernas. Puso las manos en el regazo, y al cabo de un momento empezó a hablar en un tono que le recordó a Amara a algunos de los mejores maestros en la Academia.

—El Único son todas las cosas. Es el sol, sí. Y la luz del sol entre los árboles. Y la tierra y el cielo. Es la lluvia en primavera, el hielo del invierno. Es el fuego y las estrellas de la noche. Es el trueno y las nubes, el viento y el mar. Es el ciervo, el lobo, el zorro y el gargante. —Doroga colocó una mano grande sobre el pecho—. Él es yo. —Entonces extendió la mano y tocó la frente de Amara con un dedo—. Y él es tú.

—Pero he visto como tu gente se refiere a El Único y señala el sol con un gesto.

Doroga movió una mano.

—¿Tú eres Gaius?

—Por supuesto que no —respondió Amara.

—Pero eres su sirviente por juramento, ¿verdad? ¿Su mensajera? ¿Sus manos? ¿Y a veces das órdenes en su nombre?

—Sí —reconoció Amara.

—Lo mismo ocurre con El Único —explicó Doroga—. Del sol procede la vida, al igual que de El Único. El sol no es El Único, pero es como le presentamos nuestros respetos.

Amara movió la cabeza.

—Nunca he oído nada igual de tu pueblo.

Doroga asintió.

—Pocos aleranos lo han hecho. El Único es todo lo que es, todo lo que fue, todo lo que será. Los mundos, los cielos... todo forma parte de El Único. Todos nosotros formamos parte de El Único. Cada uno de nosotros lo hace con un propósito y una responsabilidad.

—¿Qué propósito? —preguntó Amara.

Doroga sonrió.

—El gargante, para cavar. El lobo, para cazar. El ciervo, para correr. El águila, para volar. Todos estamos hechos para cumplir un propósito, alerana.

Amara arqueó una ceja.

—¿Y cuál es el tuyo?

—El mismo que el de todo mi pueblo —respondió Doroga—: Aprender. —Casi de manera inconsciente apoyó una mano sobre el lomo del gargante que seguía con su paso regular—. Cada uno de nosotros siente una llamada que lo une a otra pieza de El Único. Crecemos con ella. Empezamos a sentir lo que siente, y a saber lo que sabe. Caminante piensa que todo ese metal oxidado que lleva tu pueblo apesta, alerana. Pero también huele las manzanas de invierno en los carromatos y cree que debería hacerse con un barril. Se alegra de que la primavera llegue con rapidez, porque está cansado del heno. Quiere cavar hasta encontrar las raíces de algunos árboles jóvenes para almorzar, pero sabe que para mí es importante que sigamos adelante. Así que sigue andando.

Amara parpadeó lentamente.

—¿Sabes todo eso de tu gargante?

—Los dos formamos parte de El Único, y por eso ambos somos más fuertes y sabios —explicó Doroga y sonrió—. Y Caminante no es mío. Somos compañeros.

El gargante dejó escapar un mugido atronador y movió los colmillos, haciendo que la manta de montar se desplazara adelante y atrás. Doroga dejó escapar una carcajada que también fue estruendosa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Amara un poco turbada.

—No se trata tanto de decir —explicó Doroga—. Pero... me ha hecho saber cómo se siente. Caminante piensa que solo seremos compañeros hasta que esté demasiado hambriento. Y en ese caso le puedo dar de comer o apartarme de esas manzanas.

Amara se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—Y las otras tribus están...

—Unidas —terminó Doroga.

—¿Unidas con sus tótems?

—Caballo con caballo, Lobo con lobo, Moa con moa, sí —confirmó Doroga—. Y otros muchos más. Así es como aprende mi pueblo. No se trata solo de la sabiduría de la mente —se puso el puño sobre el pecho—, sino de la sabiduría del corazón. Ambas son igual de importantes. Las dos forman parte de El Único.

Amara movió la cabeza. Las creencias de los bárbaros eran mucho más complejas de lo que había creído posible. Y si Doroga estaba explicando literalmente la verdad sobre la unión de los marat con sus animales, eso significaba que podían ser mucho más fuertes de lo que los aleranos habían creído hasta entonces.

Por ejemplo, Hashat, la jefa del clan de los caballos, lucía en el cinturón de su sable los cierres de las capas de tres guardias reales. Amara había dado por supuesto que los habría saqueado después del primer día de la primera batalla de Calderon,

pero ahora ya no estaba tan segura. Si la mujer marat, que por aquel entonces debía de ser una joven guerrera, se había enfrentado a caballo a la guardia personal del príncipe, su unión con la montura debió de otorgarle una ventaja decisiva, incluso sobre los artífices del metal aleranos. Durante la segunda batalla de Calderon, el gargante de Doroga había pasado a través de unas murallas que se habían erigido para soportar la presión de todo tipo de batallas, desde los grandes arietes impulsados por la fuerza de los artífices de la tierra hasta las lluvias de fuego y los huracanes de viento impulsados por las furias.

—Doroga —preguntó Amara—, ¿por qué tu gente no ha guerreado con más frecuencia contra Alera?

Doroga se encogió de hombros.

—No había ninguna razón para hacerlo —respondió—. Solemos luchar entre nosotros. Es una prueba que nos presenta El Único para saber quién es más fuerte. Y tenemos diferencias de pensamiento y creencias, al igual que tu pueblo. Pero no luchamos hasta que una parte ha muerto. En cuanto queda demostrada la fuerza, el combate cesa.

—Pero hace dos años mataste a Atsurak durante la batalla —le recordó Amara.

La expresión de Doroga se tiñó de algo que parecía tristeza.

—Atsurak se había vuelto demasiado salvaje. Demasiado sediento de sangre. Había traicionado su propósito ante El Único. Había dejado de aprender, y había empezado a olvidar quién y qué era. Su padre murió en el Campo de los Locos, lo que mi tribu llama la primera batalla de Calderon, y se convirtió en un hombre sediento de venganza. Condujo a otros muchos en esta locura. Él y sus seguidores mataron a toda una tribu de mi pueblo. —Doroga acarició de nuevo la trenza y movió la cabeza—. Yo albergaba la esperanza de que al madurar aprendiera a olvidar su odio. Pero no lo hizo. Durante un tiempo temí que lo odiaría por lo que me había hecho. Pero ahora se acabó, y ya está hecho. No estoy orgulloso de lo que le hice a Atsurak. Pero no podía hacer nada más y seguir sirviendo a El Único.

—Mató a tu compañera —afirmó Amara en voz baja.

Doroga cerró los ojos y asintió.

—A ella no le gustaba pasar el invierno con mi tribu en las tierras del sur, en las dunas junto al mar. Decía que se dormía demasiado. Ese año se quedó con su gente.

Amara movió la cabeza.

—No quiero faltarles al respeto a tus creencias, pero debo preguntarte una cosa.

Doroga asintió.

—¿Por qué luchas para destruir al antiguo enemigo si todos formamos parte de El Único? ¿Ellos no forman parte del mismo como tu pueblo o el mío?

Doroga guardó silencio durante un momento.

—El Único nos creó a todos para ser libres —respondió—. Para aprender. Para

encontrar una causa común con los demás y volvernos más fuertes y sabios. Pero el antiguo enemigo pervierte esa unión de fuerzas. Con el enemigo no existe ni elección ni libertad. Ellos arrebatan. Fuerzan la unión de todas las cosas, hasta que no queda nada más.

Amara sintió un escalofrío.

—¿Quieres decir que se unen con ellos como vosotros os unís a vuestros tótems?

La cara de Doroga se contorsionó con una mueca de asco y Amara vio con una sensación de gran incomodidad la primera muestra de miedo que veía en el rostro de un marat.

—Más profunda. Más dura. Unirte al enemigo es dejar de ser. Una muerte en vida. No seguiré hablando de ello.

—Muy bien —se conformó Amara—. Muchas gracias.

Doroga asintió y se dio la vuelta para mirar hacia delante.

Amara desató la cuerda que colgaba de la manta de montar y la dejó caer por el costado del gargante, disponiéndose a bajar cuando la orden de parar recorrió la columna. Amara levantó la vista y vio a Bernard calmando a su caballo nervioso con una mano levantada.

Uno de los exploradores apareció por el camino con el caballo corriendo a galope tendido en dirección a la columna. Al acercarse el jinete y refrenar, Bernard le hizo un gesto, y los dos recorrieron la columna uno al lado del otro, hasta que se aproximaron al gargante de Doroga.

—De acuerdo —asintió Bernard, haciendo un gesto del explorador a Amara y Doroga—, que lo escuchen.

—Aricholt, señor —jadeó el hombre—. Acabo de estar allí.

Amara vio cómo Bernard apretaba la mandíbula.

—¿Qué ha ocurrido?

—Está vacío, señor —contestó el explorador—. Solo... vacío. No hay nadie. No hay fuegos. No hay ganado.

—¿Una batalla? —preguntó Amara.

El explorador negó con la cabeza.

—No, señora. No hay nada roto ni sangre. Es como si se hubieran ido.

Bernard frunció el ceño ante esas palabras y levantó la vista hacia Amara. No lo mostró en la cara, pero ella pudo ver la preocupación en el fondo de sus ojos, que era similar a la preocupación y el miedo que sentía ella. ¿Desaparecidos? ¿Toda una explotación? Había más de un centenar de hombres, mujeres y niños que consideraban que Aricholt era su hogar.

—Es demasiado tarde para salvarlos —murmuró Doroga—. Así es como empieza.

—No lo entiendo —reconoció Isana—. Es un *academ*. Se encuentra en la Academia, que tampoco es tan grande. ¿Qué quieres decir con que no pueden encontrar a mi sobrino?

El recadero a quien había contratado Serai sonrió. Era un muchacho demasiado joven como para trabajar en los muelles, pero demasiado mayor como para no tener que trabajar. Su cabello de color arena estaba húmedo a causa del sudor de las carreras entre la Ciudadela y la residencia privada en el Barrio de los Ciudadanos.

—Perdone, mi señora ciudadana —jadeó el muchacho—. He hecho lo que me pidió y he preguntado por él en todos los lugares a los que se permite entrar a los visitantes de la Academia.

—¿Y estás seguro de que lo has probado en su alojamiento, en los dormitorios?

—Sí, mi señora —respondió el chico con una disculpa en el tono—. No hubo respuesta. Deslicé su nota bajo la puerta. Es posible que esté de exámenes.

—¿Desde el amanecer? —preguntó Isana—. Eso es ridículo.

—La sugerencia de Antonino tiene su lógica, estatúder —murmuró Serai desde un lado—. La semana de exámenes finales es extremadamente exigente.

Isana se sentó poco a poco en el murete de lajas que rodeaba la fuente central del jardín, con la espalda recta y los ojos cerrados.

—Ya veo.

Los pájaros piaban de fondo, brillantes y alegres en la cálida tarde que casi daba la sensación de ser primavera. La mansión a la que Serai había llevado a Isana era de las pequeñas, para los criterios de la capital, pero los diseñadores habían decorado la casa con una elegancia que hacía que las residencias más grandes y ricas que la rodeaban parecieran ordinarias en comparación.

Isana abrió los ojos. Aunque seguía marcado por el frío de la noche invernal, el jardín había empezado a despertar para la primavera. Ya se habían formado los capullos en las plantas de floración temprana y en los tres árboles cuidadosamente podados. Rodeado por todos lados por la mansión de tres plantas, las vides trepadoras y colgantes escondían casi por completo el mármol plateado del edificio, de manera que el jardín parecía más un claro en un bosque espeso que una parte de una casa de la ciudad. Las abejas no se habían despertado aún de su sopor invernal, ni la mayoría de los pájaros habían regresado de su viaje anual, pero no pasaría mucho tiempo hasta que el jardín estuviera lleno de movimiento, desbordado por el brotar de la vida.

La primavera siempre había sido su estación del año preferida, y su felicidad había sido contagiosa. Isana siempre sentía con gran claridad las emociones de su familia, sin importar le la estación, pero durante la primavera eran mucho más felices.

Ese pensamiento la condujo hasta Bernard. Su hermano se dirigía hacia el peligro

a la cabeza de gente a quien conocía desde siempre. Ese día iba a llegar a Aricholt, y quizá ya se encontraba allí. Cabía la posibilidad de que sus hombres se enfrentasen al peligro que representaban los vord a la mañana siguiente.

Y lo único que podía hacer Isana era quedarse sentada en el jardín, escuchando el fluir del agua en una elegante fuente de mármol.

Se puso en pie y recorrió el jardín de punta a punta, mientras Serai le pagaba a Antonino con un brillante cobre de cinco aries. El muchacho se embolsó la moneda como un rayo, le hizo una reverencia a Isana y Serai, y se retiró del jardín sin decir palabra. Serai observó cómo se alejaba, y después se volvió a acomodar junto a la fuente con su labor de costura.

—Vais a abrir una senda en la hierba, querida.

—Esto tarda demasiado —replicó Isana en voz baja—. Tenemos que hacer algo.

—Lo estamos haciendo —le explicó Serai con tono plácido—. Nuestro anfitrión, sir Nedus, ha enviado una nota a través de los canales adecuados para solicitar una audiencia.

—Eso fue hace horas —se impacientó Isana—. Parece algo bastante sencillo. ¿Cuánto vamos a tardar en recibir una respuesta?

—Las ceremonias del Final del Invierno son muy largas, estatúder. Miles de ciudadanos visitan la capital, y literalmente cientos de ellos también están buscando una audiencia por una u otra razón. Se considera de gran prestigio que te concedan una audiencia con Gaius durante las festividades.

—Esto es diferente —cortó Isana—. Él me ha ordenado venir. Y vos sois su enviada.

Serai levantó a toda prisa los ojos con una mirada de advertencia, y otra mirada significativa hacia la casa que los rodeaba. Isana sintió una punzada de vergüenza.

—Esto es diferente —repitió.

—Sí, lo es —confirmó Serai—. Por desgracia, el personal del Primer Consejero no está al corriente de los detalles. Tenemos que ponernos en contacto con él a través de los canales habituales.

—Pero puede que no consigamos llegar a él —insistió Isana—. Deberíamos presentar la petición en persona.

—Isana, esta mañana un asesino profesional ha intentado quitaros la vida. Si abandonáis esta casa, las posibilidades de llegar a la Ciudadela sin sufrir otro atentado son, en el mejor de los casos, dudosas.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo —replicó Isana.

—Pero yo no —afirmó Serai con tranquilidad—. En cualquier caso, esa no es la manera de acercarse al Primer Señor de Alera, estatúder. Si hiciéramos lo que sugerís, lo más probable es que no nos prestasen atención.

—Entonces insistiríamos —remachó Isana.

Los dedos de Serai se movieron con calma y tranquilidad.

—En ese caso nos detendrían y encerrarían en espera de juicio hasta el final del Festival. Debemos tener paciencia.

Isana apretó los labios y miró a Serai durante un momento, antes de obligarse a regresar junto a la fuente.

—¿Estáis segura de que esta es la manera más rápida?

—No es la manera más rápida —respondió Serai—. Es la única manera.

—¿Cuánto más tendremos que esperar?

—Nedus tiene amigos y aliados en la Ciudadela. Pronto nos llegará algún tipo de respuesta. —Dejó de lado la costura y le sonrió a Isana—. ¿Os gustaría tomar un poco de vino?

—No, gracias —respondió Isana.

Serai se acercó hasta una mesita casi oculta en un rincón del jardín, donde habían dejado unas copas y un decantador de cristal lleno de vino. Sirvió el líquido de color rosado en una copa y le dio unos sorbitos muy cortos.

Isana se la quedó mirando y solo con un gran esfuerzo pudo sentir el temor de la mujer. Serai se llevó el vino a la fuente y se acomodó al lado de Isana.

—¿Os puedo preguntar una cosa? —le dijo Isana.

—Por supuesto.

—En la plataforma de aterrizaje, ¿cómo supisteis que aquel hombre era un asesino?

—La sangre de su túnica —respondió Serai.

—No entiendo.

La pequeña cortesana movió la mano libre para tocarse ligeramente debajo del brazo.

—Aquí había manchas de sangre. —Levantó la mirada hacia Isana—. Tal vez a consecuencia de un cuchillo clavado en el corazón entre las costillas y en un movimiento ascendente a través de los pulmones. Es una de las maneras más seguras de matar a un hombre en silencio.

Isana se quedó mirando a Serai durante un momento.

—Oh.

La cortesana prosiguió en un tono bajo y tranquilo.

—Si no se hace a la perfección, puede que brote demasiada sangre. Lo más probable es que el asesino necesite una segunda puñalada para acabar con el trabajador de la plataforma a quien le robó la túnica. Había una mancha bastante grande a lo largo de toda la tela, y eso fue lo que provocó que lo mirase más de cerca. Tuvimos mucha suerte.

—Ha tenido que morir un hombre para que alguien pudiera asesinarme —concluyó Isana—. ¿En qué sentido tuvimos suerte?

Serai se encogió de hombros.

—Nosotras no lo hemos matado, querida. Tuvimos la suerte de que nuestro asesino fuera inexperto y se precipitase.

—¿Qué queréis decir?

—Corrió un riesgo considerable para conseguir la túnica con la que tenía que disfrazarse. Si hubiera dispuesto de tiempo suficiente para trazar un plan, nunca habría puesto en peligro su misión con un asesinato innecesario, ni se habría acercado con un disfraz imperfecto a causa de una mancha sospechosa. Eso limitaba en exceso su capacidad para fundirse con el entorno, y alguien mucho más veterano y experto no lo habría intentado jamás. También tuvimos la suerte de que estuviera herido.

—¿Cómo lo podéis saber?

—El asesino era diestro, pero os lanzó el cuchillo con la izquierda.

Isana frunció el ceño.

—La mancha de sangre se encontraba en el lado derecho de la túnica.

—Exacto. El asesino se acercó al trabajador desde atrás y lo apuñaló con la hoja en la mano derecha. Sabemos que la muerte no fue limpia. Sabemos que el trabajador tal vez fuera un artífice de tierra. Resulta razonable dar por sentado que le devolvió el golpe a su atacante con una fuerza apoyada por su furia; tal vez se tratase de un golpe a ciegas hacia atrás lanzado con el brazo o el codo derecho, que dio en el brazo del asesino.

Isana miró a Serai. Le aterraba el tono práctico y tranquilo de la cortesana mientras hablaba sobre violencia calculada y asesinatos. Una oleada de miedo atravesó a Isana, quien se volvió a sentar en la fuente. Unos hombres dotados de una determinación y unas habilidades terribles estaban decididos a acabar con su vida, y la única que la protegía era una mujer escurridiza y de apariencia frágil con un vestido de seda de escote pronunciado.

Serai volvió a sorber un poco de vino.

—Si se hubiera podido acercarse un poco más antes de que lo viéramos, o si hubiera podido lanzar con su brazo preferido, estaríais muerta, estatúder.

—Las grandes furias nos protejan —susurró Isana—. Mi sobrino. ¿Creéis que está en peligro?

—Nada hace indicar que lo esté, y en el interior de la Ciudadela está tan seguro como en cualquier otro lugar del Reino. —Serai e Isana se tocaron las manos—. Paciencia. En cuanto podamos contactar con Gaius, él protegerá a vuestra familia. Tiene muchas razones para hacerlo.

La antigua y amarga tristeza atravesó a Isana, y de repente el anillo unido a la cadena que le colgaba del cuello le pareció muy pesado.

—Estoy segura de que alberga las mejores intenciones.

La espalda de Serai se estiró ligeramente e Isana sintió una oleada repentina de

comprensión y sospecha procedente de la cortesana.

—Isana —replicó Serai en voz baja, pero con los ojos oscuros fijos en ella—, conocéis a Gaius, ¿verdad?

Isana sintió una punzada de pánico en el vientre, pero lo mantuvo alejado de su voz, su expresión y su postura mientras se ponía en pie y se alejaba.

—Solo por su reputación.

Serai se levantó para seguirla, pero antes de que pudiera hablar, el jardín se llenó con el sonido de las campanillas de la casa que no dejaban de sonar. Unas voces llamaron desde la calle que pasaba delante de la mansión y unos instantes más tarde, un hombre mayor pero de aspecto robusto, cubierto con ropas de calidad, entró en el jardín cojeando con rapidez.

—Sir Nedus —saludó Serai, quien le ofreció una reverencia llena de gracia.

—Señoras —devolvió Nedus el saludo.

Alto y delgado, Nedus había sido capitán de caballeros durante treinta años antes de retirarse, y eso aún se reflejaba en sus movimientos precisos y eficientes. Hizo una ligera reverencia a cada una de las damas y sonrió, lo que era un gesto muy expresivo si se tenían en cuenta sus cejas plateadas y desbordantes.

—¿Os habéis vuelto a beber todo mi vino, Serai?

—He dejado una gota en la botella —respondió mientras se acercaba a la mesita—. Por favor, mi señor, sentaros.

—¿Estatúder? —preguntó Nedus.

—Por supuesto —contestó Isana.

Nedus asintió en señal de agradecimiento y se dejó caer sobre el banco de piedra que rodeaba la fuente, masajeándose la cadera con una mano.

—Espero que no penséis que soy un patán.

—En absoluto —le aseguró Isana—. ¿Estáis dolorido?

—Nada que no ocurra cada vez que paso horas de pie tratando con idiotas —respondió Nedus—. He debido de andar durante horas. —Serai entregó a Nedus una copa de vino y el viejo caballero la engulló de un largo trago—. Las furias os bendigan, Serai. Sed una buena chica y...

Serai sacó la botella que llevaba escondida a la espalda y, sonriendo, volvió a llenar la copa de Nedus.

—Mujer maravillosa —exclamó Nedus—. Si supierais cocinar, compraría vuestro contrato.

—No estoy a vuestro alcance, querido —replicó Serai con una sonrisa y tocándole la mejilla con un gesto de cariño.

Isana se controló para no lanzar una maldición en voz alta y se acomodó antes de preguntar:

—¿Qué ha ocurrido, señor?

—Burocracia —escupió Nedus—. La oficina del Primer Consejero estaba abarrotada hasta el techo. Si alguien hubiera incendiado el edificio, la mitad de los idiotas del Reino se habrían convertido en cenizas y nosotros seríamos mucho más felices.

—¿Tantos hay? —preguntó Serai.

—Peor que nunca —confirmó Nedus—. La oficina quería todas las peticiones por escrito, pero no proporcionaba papel ni tinta para hacerlo. La Academia se negaba a entregar ni lo uno ni lo otro durante los exámenes, todas las tiendas en la Ciudadela habían agotado existencias, y los recaderos exigían a los suplicantes una maldita fortuna por ir corriendo hasta el Barrio de los Mercaderes para conseguirles papel y tinta, benditos sean sus corazones avariciosos.

—¿Cuánto os ha costado? —preguntó Serai.

—Ni un aries de cobre —contestó Nedus—. Está ocurriendo algo raro. Las exigencias del Primer Consejero solo eran una excusa.

—¿Cómo lo podéis saber? —preguntó Isana.

—Porque soborné a un escribano de la oficina con una docena de águilas de oro para saberlo —respondió Nedus.

Isana se quedó mirando a Nedus. Doce monedas de oro podían comprar todos los suministros necesarios para una explotación durante un año o más. Era una pequeña fortuna.

Nedus terminó la segunda copa de vino y la dejó a un lado.

—Había llegado la noticia de que no se iban a conceder más audiencias con el Primer Señor —explicó—. Pero también había ordenado al Primer Consejero que no la hiciera pública. El idiota se quedó bloqueado cuanto tuvo que imaginarse cómo iba a evitar que nadie viera al Primer Señor sin esgrimir razón alguna. Y por el aspecto de la gente en la oficina, no creo que espere llegar al final del día sin que alguien le prenda fuego al inmueble.

Serai frunció el ceño e intercambió una mirada larga con Isana.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Isana en voz baja.

—Que no podemos llegar a él por esa vía —respondió Serai—. Más allá de eso, no estoy segura. Nedus, ¿tenéis la más mínima idea de por qué iba a hacer algo así el Primer Señor?

Nedus negó con la cabeza.

—Había un rumor bastante extendido entre el personal del Consejero de que la salud del Primer Señor se había resentido por fin, pero nadie sabía nada concreto. —Cogió la botella de manos de Serai y se la terminó de un solo trago—. He intentado dar con sir Miles para hablar con él, pero no lo he podido localizar.

—¿Sir Miles? —preguntó Isana.

—Capitán de la Guardia Real y de la Legión de la Corona —le informó Serai.

—En mis tiempos era un aguador de los caballeros de Gaius —añadió Nedus—. Él y su hermano Araris. Miles era un escudero inútil, pero creció bastante bien. Se acuerda de mí. Eso podría haber ayudado, pero no lo he podido encontrar. Lo siento, niña. Te he fallado.

—Por supuesto que no, querido —murmuró Serai—. Gaius está impidiendo que lo vean, y no hay manera de encontrar a su capitán. Está claro que aquí pasa algo.

—No está tan aislado —añadió Nedus—. Esta mañana presidió como siempre las tandas de clasificación de las Carreras del Viento.

—Es posible —reconoció Isana con las cejas fruncidas y pensando con rapidez. Miró a Isana antes de añadir—: Ahora tenemos que considerar medios más peligrosos para acercarnos a él.

Abrió una bolsa pequeña que llevaba colgada del cinturón, sacó un trozo de papel doblado y se lo ofreció a Isana.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Una invitación —respondió Serai—. Lady Kalare ofrece esta tarde una fiesta en su jardín.

Las cejas de Nedus se alzaron completamente sorprendidas.

—Cuervos, mujer. ¿Cómo habéis conseguido una invitación?

—La he escrito —respondió la cortesana con serenidad—. La letra de lady Kalare es bastante sencilla de imitar.

Nedus estalló en una carcajada.

—Peligroso. Muy peligroso.

—No quiero asistir a una fiesta —protestó Isana—. Quiero llegar al Primer Señor.

—Sin posibilidades de conseguir una audiencia ni de contactar con vuestro sobrino, debemos intentar algo menos directo. Cada uno de los Grandes Señores tiene cada año una audiencia con el Primer Señor, al igual que el Senador Decano, el Regus del Consorcio Comercial y el jefe de la Liga Diánica. La mayoría de ellos, por no decir que todos, estarán en la fiesta.

Isana frunció el ceño.

—¿Queréis convencer a uno de ellos para que nos deje acompañarlo en su audiencia?

—No es nada raro —explicó Serai—. En circunstancias normales, no tendréis el privilegio de hablar con el Primer Señor, pero cuando estemos de verdad ante la presencia de Gaius, ya resolveremos el problema por la vía directa.

—Muy... peligroso —repitió Nedus.

—¿Por qué? —preguntó Isana.

—Allí estarán los enemigos de Gaius, estatúder.

Isana respiró lentamente.

—Ya veo. Pensáis que alguien podría aprovechar la oportunidad para matarme.

—Es posible —confirmó Serai—. Lord y lady Kalare serán los anfitriones. Kalare se lleva mal con Gaius y con la Liga Diánica, y es probable que esté detrás de los atentados contra vuestra vida. Y supongo que ya estáis al tanto de las inclinaciones políticas de lord y lady Aquitania.

Isana sintió cómo la mano se le cerraba en un puño.

—Desde luego. ¿Ellos también asistirán?

—Casi con toda seguridad —respondió Serai—. Los Grandes Señores más leales a Gaius gobiernan las ciudades del Escudo en el norte. Raro es el año en que más de uno de ellos puede asistir al Festival, y este invierno ha sido especialmente duro para los Grandes Señores del norte.

—Queréis decir que los aliados de Gaius no estarán allí para protegerme.

—Es lo más probable —confirmó Serai.

—¿Hay alguna posibilidad real de que consigamos acceder a Gaius si asistimos a esa fiesta?

—Pocas —reconoció Serai con tono franco—. Pero desde luego, las hay. Y tampoco deberíamos olvidar que tenéis el favor de la Liga Diánica. Llevan mucho tiempo esperando que una mujer consiga la ciudadanía al margen de las estructuras del matrimonio o de las legiones. Les interesa protegeros y apoyaros.

—¿La Liga va a ir a su lado por las calles para asegurarse de que el asesino no la abata de camino a la fiesta? —gruñó Nedus.

Isana sintió que le temblaban los dedos, de manera que los apretó sobre la frente.

—¿Estáis segura de que no hay ninguna otra manera de acceder a la presencia de Gaius?

—Con rapidez, no —respondió Serai—. Hasta que no haya pasado el Final del Invierno, nuestras opciones están muy limitadas.

Isana se obligó a hacer caso omiso del miedo y la preocupación. No le apetecía morir, pero tampoco podía dejar que nadie detuviera su mensaje, a pesar del peligro. El Final del Invierno tardaría algunos días en terminar. Tavi podía encontrarse en peligro en ese momento, y lo más seguro era que su hermano se tuviera que enfrentar a él antes de que transcurriese otro día. A ella no le quedaba tiempo para esperar, y ellos no disponían de días.

—Muy bien —aceptó Isana—. Parece ser que vamos a asistir a una fiesta.

Ya era la última hora de la tarde cuando regresó Fidelias de reunir información de sus contactos en las zonas menos recomendables de Alera Imperia. Apareció de los pasajes laberínticos de las Profundidades en la bodega de la mansión de Aquitania y fue un alivio llegar a un sitio donde era bastante poco probable que lo pudieran reconocer unos ojos atentos. Subió directamente por la escalera de servicio hasta el piso superior de la mansión, donde la fastuosa *suite* principal de lord y lady Aquitania se extendía con todo su lujoso esplendor.

Fidelias entró en la sala de estar de la *suite*, se acercó al gabinete donde se guardaban una serie de licores y se sirvió del contenido de una botella antigua de cristal azul. Escanció el líquido claro dentro de una copa ancha y baja, y se la llevó hacia un sillón muy acolchado que se encontraba delante de unos amplios ventanales.

Se sentó y cerró los ojos, sorbiendo lentamente el líquido que sintió frío como el hielo sobre los labios.

Una puerta se abrió a sus espaldas y unos pasos ligeros entraron en la estancia.

—Vino helado —murmuró lady Aquitania—. Nunca me lo habría esperado de ti.

—Hace mucho tiempo acordé señales con mis contactos... En este caso, pedir una bebida. Entonces era lo suficientemente idiota como para tomarme cinco o seis aguardientes en una noche.

—Ya veo —asintió lady Aquitania y se sentó en el sillón que estaba delante de Fidelias.

Su presencia personal era magnética. Tenía ese tipo de belleza que la mayoría de las mujeres no acertaban a envidiar. No era la de la juventud efímera, aunque sus habilidades con el artificio del agua desde luego le permitían parecer tan joven como quisiera. Pero en su lugar, la belleza de Invidia Aquitania era algo que solo podía mejorar con el paso de los años. Se fundamentaba en una fuerza tan sólida como la roca que pasaba a través de las líneas de las mejillas y las mandíbulas, y continuaba hasta el granito oscuro de sus ojos. Todo el porte y la apariencia de lady Invidia era de un poder elegante, y cuando se sentó con su vestido de seda escarlata y miró a Fidelias, sintió esa fuerza y percibió el principio de rabia fríamente contenida que le teñía la voz con la misma suavidad que las primeras heladas del otoño.

—¿Y qué has sabido?

Fidelias tomó otro sorbo de la bebida fría, negándose a que le apremiasen.

—Isana se encuentra aquí. Está en compañía de Serai.

Lady Aquitania frunció el ceño.

—¿La cortesana?

—La cursor —respondió Fidelias—. O al menos eso sospecho.

—¿Una de las manos secretas de Gaius?

Fidelias asintió.

—Es lo más probable, aunque como el legado de los cursores, sus identidades nunca se han revelado por completo. Está con Isana en casa de sir Nedus, en el paseo de los Jardines.

Lady Aquitania arqueó una ceja.

—¿No está en la Ciudadela?

—No, mi señora. Y hasta el momento no he podido descubrir por qué.

—Interesante —murmuró—. ¿Qué más?

—Estoy seguro de que el asesino de la plataforma del viento era un hombre de Kalare.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No era un sicario local —respondió Fidelias—. Mis informantes en la ciudad se habrían enterado de algo así, no necesariamente de a quién se lo habían encargado, pero de algo. No sabían nada. Así que ha tenido que ser alguien de fuera de la ciudad. Entre esto y la información que logré a través del asesino en Isanaholt, estoy convencido de ello.

—Doy por hecho que no has conseguido nada que se pueda demostrar ante un tribunal —concluyó Invidia, quien le ofreció una sonrisa tan delgada y fina como una daga.

—Kalare sigue intentando eliminar a Isana —afirmó Fidelias—. Sospecho que sus agentes están usando las Profundidades para facilitar sus movimientos.

Invidia frunció el ceño.

—¿Las cavernas bajo la ciudad?

—Sí. Todas las fuentes con las que he hablado informan de hombres desaparecidos en las Profundidades. Supongo que los cuervos de sangre están eliminando a los testigos antes de que tengan la oportunidad de difundir rumores sobre ellos.

Invidia asintió.

—Lo que indicaría la presencia de varios miembros de la banda de Kalare.

—Es lo más probable.

—Pero no tiene demasiado sentido —replicó Invidia—. El intento de hoy contra la vida de Isana fue precipitado, incluso torpe. ¿Por qué atacar con un agente herido si disponen de otros?

Fidelias alzó una ceja impresionado.

—Y ni siquiera os he tenido que enseñar a plantear las preguntas correctas.

—Yo no soy mi esposo, querido espía —le recordó mientras trazaba una sonrisa con la boca—. ¿Y bien?

Fidelias soltó el aire poco a poco.

—No os va a gustar la respuesta, mi señora. Pero no lo sé. Hay otros factores en

juego. Esas desapariciones... No los puedo hacer responsables. Y...

Ella se inclinó un poco hacia delante, arqueando una ceja.

—¿Y?

—No estoy seguro —respondió Fidelias y tomó otro sorbo de aquel líquido frío y ardiente—. Pero creo que hay algún problema entre los cursores.

—¿Qué te lo hace sospechar?

Fidelias movió la cabeza.

—Está claro que no he podido hablar directamente con ninguno de ellos. Pero las personas con quienes he contactado debían de saber algo sobre sus movimientos y actividades más recientes. Pero no hay nada. Sin mencionar que Serai se está implicando mucho y en público en todos los acontecimientos, con el gran riesgo que supone revelar sus lealtades.

—No entiendo nada —reconoció Invidia.

—Yo tampoco estoy seguro —reconoció Fidelias—. Pero algo flota en el aire. —Miró a Invidia a los ojos—. Creo que alguien les ha declarado la guerra a los cursores.

Invidia arqueó una ceja.

—Eso... representaría un golpe mortal contra Gaius.

—Sí.

—Pero ¿quién dispondría de la información necesaria para hacer algo así?

—Yo —respondió Fidelias.

—Esa idea me ha pasado por la cabeza —reconoció Invidia—. ¿Lo has hecho?

Fidelias negó con la cabeza, contento de que no tuviera necesidad de ocultar sus emociones para confundir las habilidades de Invidia como artífice del agua.

—No. Abandoné a los cursores porque creía que el Reino necesitaba un líder más fuerte, y que Gaius es incapaz de ejercer sus deberes como Primer Señor. No tengo ningún agravio con los cursores que lo sirven de buena fe, ni les deseo ningún mal.

—¿Cómo la chica? ¿Cómo se llamaba?

—Amara —respondió Fidelias.

—¿Ningún agravio, mi espía? ¿Ningún mal?

—Es una idiota —respondió él—. Es joven. En su momento yo también fui ambas cosas.

—Hummm —murmuró Invidia—. Con cuánto cuidado te ocultas ante mí cuando hablas de ella.

Fidelias le dio vueltas en la copa al último trago de vino helado.

—¿De verdad?

—Sí.

Él movió la cabeza y terminó de beber.

—Voy a averiguar todo lo que pueda, y esta noche me ocuparé de Isana.

—Aquí hay demasiados misterios para que me sienta cómoda —comentó lady Aquitania—. Pero ten en cuenta, mi espía, que quien más me preocupa es la estatúder. No quiero que todo el Reino sepa que Kalarus la ha eliminado. Quiero ser yo quien decida su destino.

Fidelias asintió.

—He dispuesto una vigilancia alrededor de la mansión de sir Nedus. Cuando salga, lo sabré y allí estaré.

—Pero ¿por qué no está en la Ciudadela? —murmuró lady Aquitania—. Lo más seguro es que Gaius sepa que es vital para fortalecer su autoridad.

—Es lo más seguro, Vuestra Gracia.

—Y con Serai. —Invidia esbozó una ligera sonrisa y movió la cabeza—. Nunca habría imaginado que fuera una herramienta de Gaius. He hablado con ella muchas veces, y nunca he percibido nada en ella.

—Es muy eficaz con las artes del engaño, mi señora, y una herramienta valiosa de la Corona. Lleva todo el día enviando mensajeros a la Ciudadela por cuenta de la estatúder.

Invidia frunció el ceño.

—¿A Gaius?

—Al chico en la Academia.

Invidia bufó.

—Familia. Sentimientos, supongo.

—Corre el rumor de que es uno de los pajes personales de Gaius. Quizá se trate de un intento de llegar al Primer Señor a través de él.

Lady Aquitania frunció los labios.

—Si la guardia de palacio está en alerta máxima, y si, como crees, los propios cursores tienen problemas serios, es posible que los canales de comunicación con Gaius se hayan cortado por completo. —Una arruga muy fina apareció entre sus cejas, y después sonrió—. Está asustado y a la defensiva.

Fidelias depositó la copa vacía y asintió mientras se levantaba.

—Es posible.

—Excelente —anunció Invidia, quien también se puso en pie—. Bien. Tengo que prepararme para otra pequeña reunión deprimente, Fidelias... y nada menos que en la mansión de Kalarus. Quizá pueda obtener más información. Te dejo para que te ocupes de la estatúder.

Fidelias le hizo una reverencia a lady Aquitania, dio un paso atrás y se retiró.

—Fidelias —lo llamó justo antes de llegar a la puerta.

Se detuvo y miró hacia atrás.

—La estatúder representa una amenaza política significativa para nuestros planes. Esta noche vas a ocuparte de ella —le ordenó—. Ni se te ocurra fracasar.

Estas últimas palabras tenían un filo helado de acero.

—Lo comprendo, mi señora —le respondió y regresó a la entrada en sombras de las Profundidades.

Tavi dormía como un muerto, y se despertó cuando alguien le movió el hombro con un gesto brusco. Se estiró poco a poco con los músculos atrofiados por la incomodidad de horas de dormir sin moverse, y se limpió la baba de la boca.

—¿Qué? —murmuró.

La iluminación del dormitorio que compartía con Max era muy tenue. A juzgar por la cantidad de luz, debía de estar acercándose la hora del crepúsculo. Se había pasado horas durmiendo.

—He dicho —replicó una voz severa y rica en matices— que deberías levantarte enseguida.

Tavi parpadeó y miró a quien le había despertado.

Gaius le devolvió una mirada severa.

—No tengo tiempo que perder con aprendices de pastor cuyos sueños son demasiado profundos como para servir al Primer Señor del Reino.

—Sire —balbució Tavi y se sentó. Se retiró el cabello de los ojos y parpadeó para quitarse el sueño de encima—. Perdonadme.

—Esperaba algo más de ti —comentó Gaius con expresión severa—. Un comportamiento más parecido..., más parecido al del bastardo de Antillus, por ejemplo. Es un joven excelente. Con una gran reputación de lealtad. Honor. Deber. Y guapo hasta decir basta.

Tavi puso los ojos en blanco y golpeó a «Gaius» ligeramente en el estómago con un puño.

—Uf —exclamó el falso Gaius, con una voz que volvía al tono y cadencia habituales de Max.

Los rasgos del Primer Señor se deslizaron y cambiaron, convirtiéndose en la nariz rota y el aspecto bien parecido y duro de Max. La boca del muchacho de más edad mostraba una amplia sonrisa.

—Bastante bien, ¿no te parece? Te he engañado durante un momento.

Tavi se masajeó la nuca, intentando soltar un músculo agarrotado.

—Solo durante un momento.

—Ah —replicó Max—. Pero tú sabes dónde está en realidad, y en qué estado se encuentra. Nadie más lo sabe, o al menos esa es la idea. —Estiró las piernas y se miró los dedos de los pies—. Además, ya he asistido a la ceremonia inaugural de las Carreras del Viento y a media docena de actos menores. Me basta con tener un aspecto malhumorado y reducir los intercambios verbales a una o dos sílabas, y todo el mundo se aparta de mi camino para que no me enfade. —Max movió las cejas—. Está bien ser el Primer Señor.

—Silencio —advirtió Tavi a su amigo, mirando a su alrededor—. No es seguro

mantener esta conversación en estas habitaciones.

—Tampoco creo que sean el primer lugar donde buscarían unos espías —replicó Max con un movimiento descuidado del pie enfundado en una bota—. ¿Has podido descansar un poco?

—Eso parece —respondió Tavi con una mueca de dolor.

—Ha llegado el momento de volver al trabajo —anunció Max—. Cámbiate de ropa y ven conmigo.

Tavi se puso en pie de un salto.

—¿Adónde vamos?

—Voy a seguir con mi brillante interpretación —respondió Max—. En cualquier caso, después de que nosotros, los pajes, atendamos al Primer Señor en su cámara. Me vas a aconsejar.

—¿Aconsejarte?

—Sí. Fuiste tú quien presentó el trabajo más importante sobre el artificio de las furias durante el primer año, y tendré que hablar ante el consejo de no sé qué o de no sé cuántos.

—¿El Consejo de Portavoces de la Sociedad de Artificios? —preguntó Tavi.

Max asintió.

—Esos tipos se van a reunir con el Primer Señor para que apruebe más estudios sobre oh... —Max entornó los ojos—. Cerveza artrítica. Sigo pensando que esas no son las palabras correctas.

Tavi parpadeó.

—¿Teorema antropomórfico?

Max asintió de nuevo, con la misma despreocupación que antes.

—Eso es. Tengo que saberlo todo sobre el tema para cuando lleguemos a palacio, y tú me lo tienes que enseñar.

Tavi se quedó mirando a su compañero de habitación y se empezó a quitar la ropa para ponerse una muda limpia. Ni siquiera se había molestado en desnudarse antes de derrumbarse en la cama, después de huir del Salón Negro aquella misma mañana. Se había acabado de despertar antes de vestirse de nuevo y pasarse el peine por el cabello.

—Me estoy dando prisa.

—Oh —exclamó Max, mientras se agachaba y recogía un sobre del suelo—. Alguien lo ha pasado bajo la puerta.

Tavi cogió el sobre y reconoció enseguida la letra.

—Mi tía Isana.

En el exterior, las campanadas del crepúsculo empezaron a sonar, e indicaron la llegada de la noche.

—Cuervos —juró Max. Se puso en pie y se encaminó hacia la puerta—. Vamos.

Tengo que estar allí en un cuarto de hora.

Tavi dobló el sobre y lo metió en la bolsa que le colgaba del cinturón.

—De acuerdo, de acuerdo.

Salieron de la habitación y cruzaron el recinto en dirección a una de las entradas ocultas a las Profundidades.

—¿Qué necesitas saber?

—Bueno —respondió Max al cabo de unos pasos—. Humm. Todo.

Tavi miró desanimado al chico más grande.

—Max, eso lo dimos en clase. Elementos esenciales del artificio de las furias. Asististe a esa asignatura.

—Bueno, sí.

—De hecho, la dimos juntos.

Max asintió con el ceño fruncido.

—Y estuviste presente durante la mayor parte del tiempo —recordó Tavi.

—Desde luego —reconoció Max—. Era por la tarde. No tengo nada que objetar a la educación siempre que no interfiera con mi siesta.

—¿Escuchaste algo? —preguntó Tavi.

—Humm —pensó Max—. Tengo claro que Rivus Mara estaba sentada en la fila de delante de nosotros. ¿Te acuerdas de ella? Era la pelirroja de enormes... —Tosió—. Ojos. Nos pasamos algunas de esas clases comprobando quién podía hacerle el mejor artificio de tierra al otro.

Eso explicaba por qué Max se había dejado ver casi todos los días y por qué se dirigía hacia un destino desconocido en cuanto salía de clase, pensó Tavi con amargura.

—¿Cuántas son algunas?

—Todas ellas —reconoció Max—. Excepto el día en que tenía resaca.

—¿Qué? ¿Cómo conseguiste redactar el trabajo para que te aprobaran?

—Bueno. ¿Te acuerdas de Igenia? ¿La rubia de Placida? Era lo suficientemente buena para...

—Oh, cállate, Max —gruñó Tavi—. Fue una asignatura trimestral, ¿cómo cuervos se supone que te lo puedo explicar todo en los próximos quince minutos?

—Con alegría y sin quejarte —respondió Max con una sonrisa—. Como un miembro real y capaz del Reino y un sirviente de la Corona.

Tavi suspiró mientras se aseguraba de que nadie los podía ver antes de penetrar en un cobertizo que no estaba cerrado con llave y levantaban la trampilla oculta en el suelo para llegar a la escalera que conducía hacia las Profundidades. Max encendió una lámpara de furias y se la entregó a Tavi, mientras cogía otra para él.

—¿Estás preparado para atender? —le preguntó Tavi.

—Desde luego, desde luego.

—Teorema antropomórfico —anunció Tavi—. De acuerdo, sabes que las furias son los seres que habitan en los elementos.

—Sí, Tavi —asintió Max con ironía—. Gracias a mi extensa educación, he llegado hasta ahí.

Tavi hizo como que no había oído el comentario.

—Desde los principios de la historia de Alera se ha planteado un debate entre los artífices de las furias sobre la naturaleza de esos seres. Eso es lo que intentan describir las diversas teorías. Existen controversias acerca de si la naturaleza de las furias es realmente intrínseca, y hasta qué punto las obligamos a convertirse en lo que son.

—¿Eh? —exclamó Max.

Tavi se encogió de hombros.

—Les damos órdenes a las furias con nuestros pensamientos. —Siguió usando el plural inclusivo. «Nuestros», aunque se podía argumentar que era el único alerano vivo que podía decir «vuestros»—. Eso es lo que afirma la teoría del antropomorfismo impuesto. Quizás una parte de nuestros pensamientos le den forma a la manera en que nuestras furias se manifiestan ante nosotros. Quizás una furia del viento por sí misma no se parece a nada que conozcamos. Pero cuando la encuentra un artífice y la usa, es posible que ese artífice piense que debería tener el aspecto de un caballo, o de un águila, o de cualquier otra cosa. Por eso, cuando la furia se manifiesta en su forma visible, tiene ese aspecto.

—Vale, vale, de acuerdo —asintió Max—. Es posible que les demos forma sin darnos cuenta, ¿cierto?

—Cierto —confirmó Tavi—. Y esa es la teoría predominante en las ciudades y entre la mayoría de los ciudadanos. Pero otros estudiosos apoyan la teoría antropomórfica natural. Insisten en que como las furias están asociadas a alguna porción específica de su elemento, por ejemplo una montaña, una corriente de agua, un bosque o lo que sea, cada una de ellas tiene una identidad, un talento y una personalidad únicas.

—¿Y por eso tanta gente del campo les pone nombre a sus furias? —sugirió Max.

—Exacto. Y por eso la gente de la ciudad suele despreciar la idea, porque la considera una superstición campesina. Pero todos los habitantes del valle de Calderon les han dado nombre a sus furias, y todas tienen un aspecto diferente. Tienen habilidades diversas. En apariencia son bastante más fuertes que la mayoría de las furias urbanas. Desde luego, los aleranos que viven en las regiones más primitivas del Reino suelen dominar furias más poderosas que los de otras regiones.

—Entonces, ¿por qué debería creer nadie que la teoría impuesta es la correcta?

Tavi se encogió de hombros.

—Afirman que como el artífice se está imaginando una criatura individualizada

con forma, personalidad y una serie de capacidades, aunque no se admita a sí mismo que lo está haciendo, es capaz de hacer más cosas porque parece que depende mucho menos de su propio pensamiento.

—¿Por eso un artífice que le pone nombre a su furia puede hacer mucho más porque es demasiado idiota como para saber que no puede hacerlo? —preguntó Max.

—Eso es lo que sostienen los partidarios de la teoría antropomórfica impuesta.

—Menuda tontería —concluyó Max.

—Quizá —reconoció Tavi—. Pero también es posible que tengan razón.

—Bueno. ¿Cómo explican los teóricos naturales el que mucha gente tenga furias sin una identidad específica?

Tavi asintió. Era una buena pregunta. Tal vez Max no tuviera ni una pizca de autodisciplina, pero su cerebro funcionaba a la perfección.

—Los teóricos naturales dicen que las furias de las tierras cada vez más domesticadas suelen venirse abajo. Pierden sus identidades específicas cuando pasan de generación en generación y, al igual que el paisaje natural, se vuelven cada vez más sedentarias y domésticas. Siguen presentes, pero en lugar de adoptar su forma natural, se han dividido en una cantidad incontable de trocitos que el artífice reúne cuando quiere que se haga algo. No son tan fuertes, pero tampoco tienen rarezas ni debilidades, y por eso son más fiables.

Max gruñó.

—Tiene sentido —comentó—. Mi viejo me censuró cuando le puse nombre a una de mis furias. —La voz de Max adquirió un tono tan duro y amargo que Tavi casi no pudo oírla—. Insistió en que era una tontería infantil. Que me tenía que quitar esa costumbre antes de que me buscara un problema. Era más difícil hacer las cosas a su manera, pero no quería ni oír hablar de alternativas.

Tavi vio el dolor en los ojos de su amigo y pensó en todas las cicatrices de su espalda. Quizá Max tenía razones para no prestarle atención a esa asignatura en particular que no tenían nada que ver con sus juergas. Tavi se había sentido muy solo con su dolorosa sensación de aislamiento mientras atendía a la teoría básica y a la historia del artificio de las furias. Pero quizá despertaba tantos recuerdos dolorosos en Max como en él.

—Entonces —suspiró Max durante un momento—, ¿quién tiene razón?

—Ni idea —respondió Tavi—. Nadie está seguro.

—Sí, sí —replicó Max con impaciencia—. Pero ¿cuál cree Gaius que es la cierta? El Consejo de Portavoces se embarcará en algún tipo de debate.

—Lo hacen todos los años —le contó Tavi—. El año pasado estuve presente. Gaius no toma partido. Se juntan para convencerlo de lo que creen que han aprendido, y él siempre escucha, asiente, no enfada a nadie y no toma partido. Creo que el Consejo de Portavoces en realidad solo quiere una excusa para beberse el

mejor vino del Primer Señor, e intentar quedar por encima de sus oponentes y rivales delante de él.

Max sonrió.

—Cuervos. Me alegro de no ser el Primer Señor. Esas cosas me volverían loco en un día y medio. —Movi6 la cabeza—. ¿Qué hago si alguien intenta engatusarme para arrancarme una respuesta?

—Ser evasivo —sugiri6 Tavi, disfrutando de la vaguedad descorazonadora de la respuesta.

—¿Y si empiezan a hablar de alguna teorí de la que no tengo ni idea?

—Pues entonces, haz lo mismo que haces cuando los maestros te plantean una pregunta durante las clases y no sabes la respuesta.

Max parpade6.

—¿Eructar?

Tavi suspir6.

—No. No, Max. Distrae su atenci6n. Gana tiempo. Pero intenta no utilizar ninguna funci6n corporal para conseguirlo.

Max suspir6.

—La diplomacia es m6s complicada de lo que creía.

—Solo es una cena —lo anim6 Tavi—. Lo har6s bien.

—Siempre lo hago —replic6 Max, pero su voz carecía de buena parte de la arrogancia habitual.

—¿C6mo se encuentra? —pregunt6 Tavi.

—No se ha movido —respondi6 Max—. No se ha despertado. Pero Killian dice que sus latidos son m6s fuertes.

—Eso es bueno —reconoci6 Tavi, mientras se mordía los labios—. ¿Qué ocurrirá si...?

—¿Si no se despierta? —concluy6 Max muy serio.

—SÍ.

Max respir6 lentamente.

—Las legiones lucharán por la Corona, y morirá un mont6n de gente.

Tavi movi6 la cabeza.

—Pero existe una ley, y hay precedentes de la muerte de un Primer Señor sin heredero. El Consejo de Señores y el Senado presentarán sus candidatos y decidirán cuál es el m6s adecuado para asumir la Corona. ¿No?

—Oficialmente, desde luego. Pero decidan lo que decidan, ser6 una soluci6n provisional. Los Grandes Señores que aspiren al trono se portarán bien durante un tiempo, pero antes o despu6s, uno de ellos perder6 la partida polítca y optar6 por la vía militar.

—La guerra civil.

—Sí —confirmó Max y sonrió—. Y mientras esperamos que ocurra todo eso, las ciudades del sur dejarán en la estacada a las ciudades del Escudo. Y sin ese apoyo... —Max movió la cabeza—. He estado destinado dos rondas de servicio en la Muralla del Escudo. La defendemos contra los Hombres de Hielo, pero no somos tan invencibles como parece creer el resto del Reino. He visto con mis propios ojos cómo estaba a punto de romperse la Muralla del Escudo... en más de una ocasión. Sin el apoyo de la Corona, no tardará ni tres años en caer. Cuatro, como mucho.

Se pasaron un rato atravesando los túneles en silencio. Tavi solía olvidar que los conocimientos de Max sobre las disposiciones militares de los diversos Grandes Señores y de las legiones se podían igualar a sus propios conocimientos de la sociedad, la política y la historia alerana, o a los de Gaele sobre el comercio de bienes y el movimiento del dinero, o a los de Ehren sobre cálculos y estadísticas. Cada uno de ellos tenía sus fortalezas, de acuerdo con sus inclinaciones. Esa era una de las razones por las que los habían seleccionado para formarse como cursores.

—Max —dijo Tavi en voz baja—, lo puedes hacer. Estaré a tu lado. Te ayudaré si surge algún problema.

Su amigo respiró hondo y bajó la mirada hacia él. La boca se le torció en una media sonrisa.

—Lo que pasa es que hay mucho en juego con esta actuación, Tavi. Si lo hago mal, puede morir un montón de gente. —Suspiró—. Casi desearía haber prestado atención en clase.

Tavi arqueó una ceja.

Max guiñó el ojo.

—He dicho casi.

En su conjunto, las cosas podrían haber ido peor.

«Gaius» recibió al Consejo de Portavoces en su sala de audiencias privadas, que era tan grande como una sala de conferencias de la Academia. Entre el Consejo de Portavoces, sus esposas, sus ayudantes y sus esposas, asistían cincuenta o sesenta personas, además de una docena de miembros de la Guardia Real. Max interpretó bien su papel, moviéndose entre los invitados y charlando tranquilamente, mientras Tavi observaba y escuchaba desde un asiento oculto en una alcoba cerrada por cortinas. Max dudó una vez, cuando un joven Portavoz especialmente atrevido sacó a relucir un punto particularmente oscuro sobre el artificio de las furias, pero Tavi apareció rápido para intervenir y le entregó al falso Primer Señor un trozo de papel plegado con unas líneas garabateadas a mano. Max desdobló el papel, lo miró y se excusó educadamente por abandonar la conversación para llevarse a Tavi hacia un lado, en apariencia para darle instrucciones.

—Muchas gracias —dijo Max—. ¿Qué demonios significa «propensidad proporcional inversa»?

—Ni idea, de verdad —respondió Tavi, mientras asentía como si aceptara un orden.

—Al menos, ahora no me siento tan idiota. ¿Cómo lo estoy haciendo?

—Deja de mirarle el corpiño a lady Erasmus —le indicó Tavi.

Max arqueó una ceja y bufó.

—No lo he hecho.

—Sí lo has hecho, y ya está bien.

Max suspiró.

—Tavi, soy varón y joven. Algunas cosas se escapan a mi control.

—Pues recupéralo —ordenó Tavi, e inclinó profundamente la cabeza, dio dos pasos hacia atrás y se retiró hacia la alcoba.

Excepto eso, las cosas habían ido bastante bien, hasta que sonó la campana de medianoche, indicando a los invitados que había llegado el momento de irse. Los invitados, los sirvientes y al final los guardias abandonaron la sala de audiencias, dejando detrás de ellos una tranquilidad y un silencio muy placenteros.

Max exhaló ruidosamente, cogió una botella de vino de una de las mesas y se dejó caer en una silla. Tomó un buen trago de la botella, hizo una mueca de dolor y estiró un poco la espalda.

Tavi surgió de la alcoba cerrada por cortinas.

—¿Qué estás haciendo?

—Estirarme —gruñó Max. El tono sonaba muy extraño para salir de la boca del Primer Señor—. Gaius tiene más o menos mi altura, pero es más estrecho de hombros. Al cabo de un rato empieza a doler horrores. —Trasegó un poco más de vino—. Pero ¡cuervos!, quiero tomar un buen trago.

—Al menos ponte tu ropa antes de actuar de esa forma. Te podría ver alguien.

Max emitió un ruido muy grosero con los labios y con la lengua.

—Estas son las habitaciones privadas del Primer Señor, Tavi. Aquí no entra nadie sin estar invitado.

En cuanto las palabras salieron de la boca de Max, Tavi oyó unos pasos y el suave roce del pomo de la puerta al girar en una entrada oculta situada en el otro extremo de la sala. Reaccionó sin pensar y regresó a la alcoba tapada por las cortinas, espionando a través de un agujero pequeño.

La puerta se abrió, y la Primera Dama entró tranquilamente en el salón.

Gaius Caria, la esposa del Primer Señor, era una mujer no más de diez años mayor que Tavi y Max. Era de dominio público que en su matrimonio con Gaius había más de acuerdo político que de amor, y Gaius lo había utilizado para abrir una cuña entre los Grandes Señores de Forcia y Kalare, con la que destruyó una alianza política que en tiempos había llegado a amenazar el poder de la corona.

Caria era una mujer joven de linaje impecable, habilidades formidables como

artífice de las furias y una belleza elegante y sencilla. Su cabello largo, lacio y fino colgaba en una trenza muy espesa que llevaba sobre un hombro, con un hilo de perlas de fuego entrelazadas con los mechones negros. Su vestido estaba confeccionado con la seda más fina y el color puro de marfil cremoso del atuendo quedaba resaltado por el azul y el escarlata reales, los colores de la Casa de Gaius. Las joyas brillaban en su mano izquierda, en ambas muñecas, en el cuello y en las orejas, con zafiros y rubíes color sangre que hacían juego con los colores del vestido. Tenía la piel muy pálida, los ojos oscuros, y su boca mostraba un perfil duro y peligroso.

—Mi señor esposo —saludó, y le ofreció una pequeña reverencia al falso Gaius. Una vibración de furia contenida tensaba todas las fibras de su ser.

A Tavi se le subió el corazón a la garganta. Idiota, idiota. Por supuesto que la esposa del Primer Señor sería admitida ante su presencia. Sus aposentos privados estaban unidos por una serie de vestíbulos y puertas, como había sido la costumbre de la Casa de Gaius durante siglos.

Y que los cuervos se los llevaran a todos, después de todo lo sucedido no se había parado a pensar en la posibilidad de que Max tuviera que engañar a la esposa de Gaius en persona. Estaban a punto de descubrirlos. Tavi estaba dispuesto a señalar su presencia, y darle cualquier explicación a la Primera Dama, antes de que ella lo averiguara por sí misma.

Pero dudó. Su instinto lo avisaba a gritos y, aunque no tenía ninguna razón para creerlo, se dio cuenta de que tenía la sensación, casi la certeza, de que revelar la charada a la Primera Dama sería una idea desastrosa.

Así pues, esperó detrás de las cortinas, inmóvil y sin apenas respirar.

Max había conseguido adoptar una posición más creíble sentado en la silla antes de que la Primera Dama entrase en la sala. Su expresión se volvió reservada y sobria, y se puso en pie con una pequeña reverencia cortés que imitaba a la perfección la dignidad de Gaius.

—Mi señora esposa —respondió al saludo.

Los ojos de Caria volaron de su rostro hacia la botella y de vuelta.

—¿Os he disgustado de alguna manera, mi señor?

«Gaius» frunció el ceño, y después frunció los labios, pensativo.

—¿Y por qué pensáis eso?

—Esperaba vuestra llamada para la recepción, mi señor, como hablamos hace algunas semanas, pero no la he recibido.

Max alzó las cejas, aunque el gesto dio más la sensación de ser producto del cansancio que de verdadera sorpresa.

—Ah, es cierto. Lo olvidé.

—Lo olvidasteis —repitió Caria con un tono que rezumaba desdén—. Lo olvidasteis.

—Soy el Primer Señor de Alera, mi señora —le explicó Max—. No soy una agenda con patas.

Ella sonrió e inclinó la cabeza, aunque la expresión era de amargura.

—Por supuesto, mi señor. Estoy segura de que todo el mundo comprenderá por qué habéis insultado a vuestra esposa delante de todo el Reino.

Tavi se estremeció. Nadie le había preguntado por la ausencia de la Primera Dama. Es más, si trascendía que el Primer Señor le había prohibido aparecer a su lado en un acto tan trivial, la noticia iba a correr con rapidez.

—No era mi intención humillaros, Caria —explicó Max, quien se levantó de la silla para acercarse a ella.

—Nunca hacéis nada sin motivo —replicó—. Si no era vuestra intención, entonces ¿por qué lo habéis hecho?

Maxladeó la cabeza y la miró evaluándola.

—Quizá quería guardar para mí vuestra presencia. Ese vestido es encantador. Las joyas, exquisitas, aunque no le hacen justicia a la mujer que las luce.

Caria se quedó helada durante un momento en perfecto silencio, con los labios abiertos de pura sorpresa.

—Yo... os lo agradezco, mi señor.

Max le sonrió y se acercó un paso. Alzó la mano y colocó el dedo índice bajo su barbilla.

—Quizá quería que estuvierais aquí cuando pudiera contar con toda vuestra atención.

—Mi... mi señor —tartamudeó Caria—. No comprendo.

—Si una multitud enorme y aburrida estuviera ahora mismo a nuestro alrededor —le explicó Max con los ojos fijos en los de ella—, sería bastante difícil hacer algo así.

Entonces se inclinó y besó en los labios a la Primera Dama de Alera, la esposa del hombre más poderoso del mundo, sin preámbulos y con pasión.

Tavi se quedó mirando a Max. Menudo idiota.

El beso se prolongó durante una eternidad, mientras la mano de Max se deslizaba hacia la nuca de Caria, sosteniendo el beso como si fuera su propietario. Cuando retiró su boca de la Primera Dama, sus mejillas estaban teñidas de un color rosado y respiraba con rapidez.

Max la miró a los ojos.

—Os presento mis disculpas. Ha sido un error honesto, mi señora —le confesó—. De verdad. Encontraré alguna manera de compensaros.

Mientras lo decía, su mirada descendió por la parte delantera del vestido de seda y volvió a fijarse en los ojos de Caria, cálidos y brumosos.

Caria se relamió los labios, y pareció que durante unos instantes intentaba

encontrar las palabras.

—Muy bien, mi señor —consiguió decir por fin.

—Mi paje llegará en cualquier momento —le explicó, mientras le acariciaba la mejilla con el pulgar—. Tengo que atender algunos asuntos. Con suerte podré disponer de una parte de la noche cuando termine. —Arqueó la ceja en una pregunta silenciosa.

Las mejillas de Caria se ruborizaron aún más.

—Si el deber os lo permite, mi señor. Me sentiré complacida.

Max sonrió.

—Tenía la esperanza de que dijerais eso. —Retiró la mano y le hizo una ligera reverencia—. Mi señora.

—Mi señor —respondió ella, con otra reverencia, antes de retirarse.

Tavi esperó durante un buen rato mientras respiraba largo y hondo, antes de salir de la alcoba y mirar fijamente a Max. Su amigo se tambaleó hasta la silla más cercana, se sentó, levantó la botella de vino hasta la boca con una mano temblorosa y acabó con el contenido en un trago largo.

—Estás loco —le recriminó Tavi en voz baja.

—No se me ocurrió ninguna otra cosa —replicó Max, y mientras hablaba el tono de su voz se fue deslizándose lentamente hacia el que le era propio—. Malditos cuervos, Tavi. ¿Se lo habrá creído?

Tavi frunció el ceño mientras miraba hacia la puerta.

—¿Sabes?, creo que es posible. Estaba totalmente descolocada.

—Eso espero —gruñó Max, quien cerró los ojos y frunció el ceño, mientras la forma de su cara empezó a cambiar con tal lentitud que era difícil precisar qué rasgo estaba transformándose—. Le he echado encima suficiente artificio de tierra como para que un buey gargante tuviera ganas de aparearse.

Tavi movió débilmente la cabeza.

—Cuervos, Max, es su esposa.

Max movió la cabeza y al cabo de unos segundos más volvió a parecer él.

—¿Qué otra cosa querías que hiciera? —preguntó—. Si me hubiera puesto a discutir con ella, habría empezado a referirse a conversaciones y temas del pasado a los que no tendría ni idea de cómo responder. Me habría descubierto en cinco minutos. Mi única baza era tomar la iniciativa.

—¿Ha sido eso lo que has tomado? —preguntó Tavi con tono seco.

Max tembló y se encaminó hacia la alcoba mientras se quitaba la ropa del Primer Señor para ponerse de nuevo la suya.

—No tenía alternativa. Tenía que asegurarme de que no pensara demasiado o se habría dado cuenta de algo. —Pasó la cabeza por el cuello de su túnica—. Y por las furias, Tavi, si hay algo que sé hacer como un gran señor es besar a una chica guapa.

—Supongo que eso es cierto —reconoció Tavi—. Pero... se podría pensar que ella reconocería el beso de su esposo.

Max bufó.

—Sí, seguro.

Tavi frunció el ceño y alzó una ceja inquisitiva ante Max.

Max se encogió de hombros.

—Está claro, ¿o no? Son unos completos extraños.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes?

—Los hombres con poder, los hombres como Gaius, tienen dos tipos diferentes de mujeres en sus vidas. Sus compañeras políticas y aquellas a las que quieren de verdad.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Tavi.

La expresión de Max se volvió distante y sombría.

—Experiencia. —Movié la cabeza y se pasó la mano por el cabello—. Créeme, si existe algo que no sabe una mujer política, es como es el deseo de su esposo. Es muy posible que Gaius no la haya besado desde la boda.

—¿De verdad?

—Sí. Y por supuesto, no hay nadie en el Reino que se arriesgaría a despertar la ira de Gaius convirtiéndose en su amante. Este tipo de situación provocan en la pobre mujer una... ah... frustración considerable. Así que la he explotado.

Tavi movió la cabeza.

—Eso... eso está mal... de alguna manera. Quiero decir que comprendo las presiones políticas entre los señores cuando se trata del matrimonio, pero... supongo que siempre pensé que habría algún tipo de amor.

—Los nobles no se casan por amor, Tavi. Ese es un lujo para campesinos y hombres libres. —Su boca hizo un gesto de amargura—. En cualquier caso, no sabía qué otra cosa podía hacer. Y ha funcionado.

Tavi asintió.

—Eso parece.

Max se terminó de vestir y se lamió los labios.

—Humm, Tavi. En serio, no es necesario que le mencionemos esto a nadie, ¿verdad? —Lo miró con gesto dubitativo—. Por favor.

—¿Mencionar el qué? —respondió Tavi con una sonrisa inocente.

Max dejó escapar un suspiro de alivio y una sonrisa.

—Eres estupendo, Calderon.

—Quizá te podría chantajear con esto más tarde.

—No, no eres de esos.

Se encaminaron hacia la puerta que conducía a una escalera estrecha que bajaba hacia la sección más cercana de las Profundidades.

—Oh, hola —exclamó Max—. ¿Qué dice la carta de tu tía?

Tavi chasqueó los dedos y frunció el ceño.

—Ya sabía yo que me olvidaba de algo.

Metió la mano en la bolsa y sacó la carta de la tía Isana. La abrió y la leyó bajo la luz de una lámpara en el inicio de la escalera.

Tavi se quedó mirando las palabras y sintió que le empezaban a temblar las manos.

Max se dio cuenta y su voz sonó alarmada.

—¿Qué ocurre?

—Me tengo que ir —respondió Tavi con una voz ahogada hasta quedar reducida a un susurro y tragó saliva—. Algo va mal. Tengo que ir a verla ahora mismo.

Amara llegó a Aricholt a mediodía. La columna se detuvo a poco menos de un kilómetro de los muros de la propiedad, en una elevación que dominaba el valle que contenía los muros y los edificios de la explotación en un cuenco de tierra verde. Bernard no hizo caso de las objeciones de su capitán de caballeros ni de su Primera Lanza y descendió hacia el recinto desierto en busca de cualquier amenaza potencial. Uno rato más tarde regresó con el ceño fruncido y la columna emprendió la marcha para atravesar el portón de Aricholt.

El lugar había cambiado para mejor desde la primera vez que lo viera Amara. Hacía unos años, bajo el mando de Kord, un esclavista y asesino, el lugar había sido poco más que una serie de edificios en ruinas alrededor de un refugio de una sola planta contra las tormentas, que daba cabida tanto a los residentes de la explotación como a sus animales. Desde entonces, Aric había atraído a trabajadores nuevos que se habían desplazado a una zona potencialmente rica y desde luego muy hermosa. Uno de los nuevos residentes había encontrado una pequeña veta de plata en las tierras de Aric, y los beneficios del hallazgo no solo habían pagado las deudas de su padre, sino que también le habían dejado dinero suficiente para toda su vida.

Pero Aric no había atesorado el dinero, sino que se lo había gastado en su gente y en su hogar. Una muralla nueva, tan gruesa y sólida como la de Isanaholt, protegía ahora los edificios del recinto, que eran de piedra sólida, incluido un establo grande para los animales, que podía albergar incluso los cuatro gargantes que compró Aric para el trabajo pesado que debía realizar en su propiedad si quería prosperar. En el transcurso de esos años, la explotación había cambiado. Lo que antes era un puñado de cabañas y cobertizos destartados y cubiertos de malas hierbas, que albergaban a individuos miserables y esclavos patéticos, se había convertido en un hogar próspero y hermoso para más de un centenar de personas.

Por eso, al contemplarlo, la sensación era aún más espeluznante. No había ninguna señal de actividad dentro de las murallas ni en los campos cercanos. El humo no salía de las chimeneas. Ningún animal se movía en los cercados ni en los pastos cercanos al recinto. No había ningún niño corriendo o jugando. Ningún pájaro cantaba. Al oeste del asentamiento, la mole inmensa y oscura de la montaña llamada Garados se alzaba como una lúgubre amenaza.

Solo quedaba el silencio, tan espeso y profundo como el fondo del mar.

Casi todas las puertas de los edificios estaban abiertas, batiéndose adelante y atrás con el viento. Los portones de los cercados del ganado también estaban abiertos, así como las puertas del granero de piedra.

—Capitán —llamó Bernard en voz baja.

El capitán Janus, un veterano con canas de las legiones y un caballero Terra de

habilidades portentosas, espoleó su caballo en la cabeza de la columna de caballeros que los había acompañado hasta Aricholt. Janus, el oficial superior de los caballeros bajo el mando de Bernard como conde de Calderon, era un hombre por debajo de la estatura media, pero tenía un cuello tan grueso como la cintura de Amara, y sus músculos desarrollados y marcados eran tremendamente poderosos incluso sin la ayuda del artificio de las furias para apoyarlos. Iba vestido con la cota de malla de un plateado oscuro y mate de las legiones, y sus rasgos marcados estaban atravesados por una cicatriz larga y fea que le cruzaba una mejilla y que le estiraba la comisura de la boca en una sonrisita perpetua y maliciosa.

—Señor —respondió Janus, con una voz que para su sorpresa tenía el tono de un tenor ligero y estaba marcada por la suave claridad de un acento refinado y educado.

—Informe, por favor.

Janus asintió.

—Sí, mi señor. Mis caballeros Aeris han sobrevolado toda la cuenca y no han encontrado ninguna presencia, ya sean los residentes o de cualquier otra persona. Los he dispuesto en un diamante suelto a algo más de un kilómetro del recinto, para que actúen como centinelas por si alguien intenta acercarse. Les he ordenado que extremen las precauciones.

—Muchas gracias. ¿Giraldi?

—Mi señor —respondió el Primera Lanza, saliendo de las filas de la infantería para golpear con fuerza su peto en señal de saludo.

—Dispón una guardia en las murallas y colabora con el capitán Janus para convertir este lugar en un puesto defensivo. Quiero a veinte hombres divididos en grupos de cuatro para revisar cada una de las habitaciones en todos los edificios de esta explotación para asegurarnos de que están vacíos. Después de eso, recoge todas las reservas de alimentos que puedas encontrar y haz un inventario.

—Entendido, mi señor.

Giraldi asintió y volvió a saludar, antes de darse la vuelta para sacar el bastón que llevaba en el cinturón y empezar a ladrar órdenes a sus hombres. Janus se volvió hacia sus subordinados con una voz mucho más baja que la de Giraldi pero moviéndose con el mismo tipo de determinación y mando.

Amara se quedó atrás, mirando pensativa a Bernard. Cuando lo conoció, era un estatúder, y ni siquiera tenía la ciudadanía plena. Pero incluso entonces tenía el tipo de presencia que exigía obediencia y lealtad. Siempre había sido resolutivo, justo y fuerte. Pero nunca lo había visto en esta tesitura, en su nuevo papel como conde de Calderon, al mando de oficiales y soldados de la legión de Alera con la confianza tranquila que proporciona la experiencia y los conocimientos. Sabía que había servido en la legión, por supuesto, porque a todo varón de Alera se le exigía que sirviera al menos durante un turno de servicio que duraba de dos a cuatro años.

Le sorprendía porque había considerado que la decisión de Gaius de nombrar a Bernard como nuevo conde de Calderon era una maniobra política que principalmente pretendía demostrar la autoridad del Primer Señor. Pero era posible que Gaius hubiera visto mejor que ella el potencial de Bernard. Resultaba obvio que se sentía cómodo en su papel y trabajaba con la concentración de un hombre decidido a ejercer sus responsabilidades con toda su capacidad.

Podía ver la reacción de los hombres ante esa situación: Giraldi, un legionare veterano y con mucha experiencia, respetaba mucho a Bernard, como todos los hombres de su centuria. Ganarse el respeto de soldados profesionales y veteranos no era fácil, pero él lo había conseguido. Y lo que resultaba aún más sorprendente era que disfrutara del mismo respeto silencioso del capitán Janus, que consideraba claramente que Bernard era competente en su labor y tenía la voluntad de trabajar tan duro y enfrentarse exactamente a las mismas situaciones que exigía a sus hombres.

Pero pensó que lo importante quedaba en evidencia para todo el mundo que conocía a Bernard: era un hombre decente.

Amara sintió cómo la atravesaba una cálida corriente de orgullo. En los momentos que se podía permitir pensamientos ociosos, le seguía pareciendo un golpe de suerte sorprendente que hubiera podido encontrar un hombre amable y fuerte que estaba claro que deseaba su compañía.

«Lo tienes que dejar, por supuesto».

Las palabras amables e inflexibles de Serai ahogaron la oleada de calor e hicieron que se volviera a hundir en el fondo de su pecho. No podía refutarlas. Estaba claro que los deberes de Bernard hacia el Reino eran necesarios. Alera necesitaba todo artífice poderoso de las furias para sobrevivir en un mundo hostil, y sus ciudadanos y su nobleza representaban lo mejor de esa fuerza. La costumbre exigía que los ciudadanos y la nobleza por un igual buscasen esposas con la misma fuerza, si era posible. El deber y la ley exigían que la nobleza tomase esposas que pudieran proporcionar hijos con grandes dones. La fuerza de Bernard como artífice era formidable y con más de una furia por compartir. Era un artífice fuerte y un buen hombre. Iba a ser un buen marido. Un padre fuerte. Iba a hacer muy, pero que muy feliz a alguna mujer cuando se casase con ella.

Pero esa mujer no podía ser Amara.

Ella movió la cabeza para expulsar de sus pensamientos esa línea de razonamiento. Se encontraba allí para detener a los vord. Le debía a los hombres de la columna de Bernard que concentrase todos sus pensamientos en los objetivos que se debían alcanzar. Ocurriese lo que ocurriese, no iba a dejar que sus preocupaciones personales la distrajeran de hacer todo lo que estuviera en su poder para proteger las vidas de los legionares bajo el mando de Bernard, y para destruir lo que posiblemente era el peligro más letal contra el Reino.

Vio cómo Bernard se arrodillaba en el suelo, colocando la palma extendida sobre la tierra. Cerró los ojos y murmuró:

—Brutus.

El suelo a su lado tembló ligeramente antes de que la tierra se ondease y rompiese como la superficie de un estanque al paso de una piedra. A partir de esas ondas surgió del suelo un perro enorme, más grande que algunos ponis y formado totalmente de piedras y tierra, que se acarició la ancha cabeza de piedra contra la mano estirada de Bernard. Este sonrió y pellizcó ligeramente al perro en la oreja. Entonces Brutus se sentó muy atento con los ojos verdes —esmeraldas de verdad— fijos en Bernard.

El conde murmuró algo más, y Brutus abrió la boca en lo que pareció un ladrido. El sonido que surgió de la furia de tierra fue similar al de un gran deslizamiento de tierra. La furia se hundió de inmediato en la tierra, mientras Bernard se quedó quieto y agachado, con la mano sobre el suelo.

Amara se acercó a él en silencio y se detuvo a varios pasos.

—¿Condesa? —susurró Bernard al cabo de un momento, aunque sonaba algo distraído.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

Se produjo otro leve temblor en la tierra, esta vez pronunciado y breve. Amara sintió cómo surgía bajo sus botas.

—Intento ver si por ahí fuera se mueve alguien. En un buen día puedo rastrear cualquier cosa que esté a cinco o seis kilómetros de distancia.

—¿De verdad? ¿Tan lejos?

—Vivo aquí desde hace mucho tiempo —respondió Bernard—. Conozco este valle. Por eso es posible. —Gruñó, y frunció el ceño durante un instante—. Eso no está bien.

—¿Qué es lo que no está bien?

—Hay algo... —De repente Bernard se puso en pie con la cara pálida y gritó—: ¡Capitán! ¡Frederic!

Al instante unas botas resonaron en las piedras del patio y Frederic se acercó a la carrera desde el exterior de los muros, donde la columna de gargantes, en compañía de Doroga, esperaba a que registrasen el recinto en busca de peligros ocultos antes de entrar. Unos segundos más tarde el capitán Janus saltó de la muralla de la propiedad directamente al patio, absorbiendo el golpe de la caída con su fuerza ampliada por un artificio de las furias, y corrió hacia ellos sin demora ni dificultad.

—Capitán —explicó Bernard—, hemos encontrado una cámara en los cimientos de la explotación. Estaba abierta y, después, sellada.

Los ojos de Janus se abrieron de par en par.

—¿Una cámara sellada?

—Eso será —respondió Bernard—. Las furias de la explotación la intentan

mantener sellada, y hay demasiada piedra para que la pueda mover solo porque todas se oponen a mí.

Janus asintió con un gesto seco y se quitó los guantes. Se arrodilló en el suelo, apretó las manos contra las piedras del patio y cerró los ojos.

—Frederic —indicó Bernard con voz dura y controlada—, cuando haga un gesto con la cabeza quiero que abras un camino hacia esa cámara, que sea lo suficientemente grande como para que pase un hombre a pie. El capitán y yo contendremos a las furias de la propiedad para que no te molesten.

Frederic tragó saliva.

—Eso es un montón de roca, señor. No estoy seguro de que pueda.

—Ahora eres un caballero del Reino, Frederic —replicó Bernard con una voz cargada de autoridad—. No pienses si lo puedes hacer. Hazlo.

Frederic tragó saliva y asintió, mientras una pátina de sudor le cubría el labio superior.

Bernard se volvió hacia Amara.

—Condesa, necesito que estéis dispuesta para ponerlos en marcha —le indicó.

Amara frunció el ceño.

—¿Qué debo hacer? No sé a qué os referís cuando decís que se trata de una cámara sellada.

—Se trata de algo que ha ocurrido algunas veces en una explotación que está sufriendo un ataque —explicó Bernard—. Alguien crea una cámara en los cimientos de la propiedad, y después cierra la piedra a su alrededor.

—Por qué haría alguien algo... —Amara frunció el ceño—. Así esconden a sus hijos —jadeó, comprendiendo de repente—, para protegerlos de quienes estén atacando el recinto.

Bernard asintió lúgubre.

—Y la cámara no es demasiado grande para contener mucho aire. Nosotros abriremos un camino hasta la cámara y lo mantendremos abierto, pero no podremos resistir demasiado. Baja con algunos de los hombres y saca a toda prisa a todos los que puedas.

—Muy bien.

Bernard le tocó el brazo.

—Amara —empezó—. No sé decir cuánto tiempo llevan encerrados ahí dentro. Puede ser una hora. Puede ser un día. Pero no puedo sentir ningún movimiento.

Ella sintió una punzada en el vientre.

—Es posible que hayamos llegado tarde.

Bernard sonrió sin alegría y le apretó el brazo. Después se acercó al lado de Janus y se arrodilló, colocando las manos en el suelo junto a las del capitán.

—¡Centurión! —llamó Amara—. ¡Necesito diez hombres para ayudar a los

posibles supervivientes de la propiedad!

—Sí, mi señora —respondió Giraldi. Al instante, diez hombres se colocaron detrás de Amara... y diez más, con las armas dispuestas, a su lado—. Solo en caso que no sean residentes, mi señora —gruñó Giraldi en voz baja—. No hace ningún daño ser precavido.

Amara sonrió y asintió.

—Muy bien. ¿Crees realmente que puedan ser enemigos?

Giraldi negó con la cabeza.

—¿Sellados en la roca durante un tiempo que solo las furias conocen? Dudo mucho que tenga demasiada importancia aunque se trate de los vord. —Respiró hondo y dijo—: No es necesario que bajéis cuando abran, condesa.

—Sí —replicó Amara—, lo es.

Giraldi frunció el ceño pero no dijo nada más.

Bernard y Janus hablaron en voz baja durante unos instantes.

—Casi estamos —anunció Bernard con voz tensa—. Preparaos. No lo podremos mantener abierto durante mucho tiempo.

—Estamos listos —confirmó Amara.

Bernard asintió.

—Ahora, Frederic —ordenó.

El suelo volvió a temblar y se oyó un sonido chirriante y quejumbroso. Justo delante de los pies de Frederic las piedras del patio empezaron a agitarse de repente y se hundieron, como si el suelo que había debajo de ellas se hubiera convertido en una sopa lodosa. Amara se acercó al agujero y percibió la visión más bien inquietante de las piedras fluyendo como si fueran agua, alisándose hasta formar una rampa inclinada y resbaladiza que bajaba al interior de la tierra.

—Allí —indicó Bernard—. Deprisa.

—Señor —llamó Frederic con un gruñido angustiado—. No lo puede tener abierto durante mucho tiempo.

—Resiste todo lo que puedas —aulló Bernard, con el rostro enrojecido y empezando a sudar.

—Centurión —gritó Amara, y empezó a descender por la rampa.

Giraldi rugió las órdenes y el sonido de las pesadas botas golpeando la piedra siguieron a los talones de Amara.

La rampa se hundía algo más de seis metros y terminaba en una abertura baja que daba a una habitación pequeña y en forma de huevo. El aire olía a cerrado, denso y demasiado húmedo. Había siluetas en la penumbra de la sala: bultos de ropa inmóviles. Amara se acercó al más cercano y se arrodilló: un niño, demasiado pequeño para poder andar.

—Son niños —le gritó a Giraldi.

—Fuera con ellos —ladró Giraldi—. Movedlos, muchachos, ya habéis oído a la condesa.

Los legionares entraron en tropel en la cámara, cogieron las formas inmóviles al azar y salieron a toda prisa. Amara fue la última en abandonar la habitación y justo en ese momento el suelo liso de piedra se lanzó de repente hacia arriba a la vez que el techo se hundía. Amara lanzó una mirada hacia atrás y tuvo una visión incómoda que le recordaba las fauces hambrientas de un lobo gigante cuando el lecho de roca fluyó y se movió como un ser vivo. La abertura hacia la cámara se contrajo y las paredes a ambos lados de la rampa se acercaron de repente.

—¡Deprisa! —le gritó al hombre que tenía delante.

—No puedo —gruñó Frederic.

Los legionares subieron corriendo la rampa, pero la piedra se estaba hundiendo hacia dentro con demasiada rapidez. Casi sin notar el peso del niño inmóvil que llevaba en brazos, Amara llamó a Cirrus y su furia bajó aullando por el hueco en la piedra como si fuera un huracán. Vientos violentos y peligrosos barrieron abruptamente la rampa por debajo y detrás de ellos, y después se precipitaron hacia la superficie como si fueran un gigante enloquecido. Los vientos empujaron a Amara contra la espalda del legionare que tenía delante, antes de atrapar también al hombre y continuar la carga, lanzándolos a ambos contra el hombre que iba delante en la fila, hasta que un total de media docena de legionares subieron volando la rampa y se alejaron del puño de piedra que se iba cerrando.

El suelo volvió a crujir con un sonido duro y odioso, y la piedra se cerró sin junta para adquirir la forma anterior, atrapando la punta de la trenza de Amara. La trenza la sujetó con la fuerza de una cuerda y el viento que la impulsaba le hizo perder pie y saltar en el aire cuando el cabello quedó atrapado por la ropa. Cayó de espaldas sobre el suelo liso y se quedó sin aliento mientras la recorría un dolor inmovilizante.

—¡Artífices del agua! —bramó Giraldi—. ¡Sanadores!

Alguien cogió con suavidad al niño de brazos de Amara, y fue vagamente consciente de las presencias de los artífices del agua de la infantería y de bastantes soldados veteranos con bolsas de sanadores colgadas del hombro corriendo hacia ellos.

—Tranquila, tranquila —dijo Bernard desde algún lugar cercano y su voz sonaba cansada.

Amara sintió su mano sobre el hombro.

—¿Están bien? —jadeó—. ¿Y los niños?

—Se están ocupando de ellos —respondió Bernard con suavidad, mientras sus manos le tocaban brevemente la cabeza y después recorrían la nuca, tanteando—. ¿Te has dado en la cabeza?

Amara negó con la cabeza.

—No. La roca ha atrapado la trenza.

Oyó cómo Bernard dejaba escapar un leve suspiro de alivio, y después sintió como recorría la trenza. Cuando llegó a la punta, comentó:

—Solo son unos cuatro centímetros, justo en el lazo.

—Estupendo —reconoció Amara.

Oyó el chasquido de la daga de Bernard al salir de su cinturón, antes de aplicar la hoja afilada a la punta de su trenza y cortarla para liberarla de la roca.

Amara suspiró al cesar la presión sobre el cuero cabelludo.

—Ayúdame a sentarme —le pidió.

Bernard le dio la mano y tiró de ella hasta que quedó sentada en el patio. Amara intentó recuperar el aliento y empezó a deshacer metódicamente la trenza suelta antes de que se convirtiera en una maraña de nudos.

—¿Señor? —se anunció Janus—. Parece que hemos llegado a tiempo.

Bernard cerró los ojos.

—Gracias a las grandes furias. ¿Qué tenemos aquí?

—Niños —informó Janus—. Ninguno de ellos de más de ocho o nueve años, y dos bebés. Cuatro chicos, cinco chicas y una dama joven. Están inconscientes, pero respiran, y el pulso es fuerte.

—¿Una dama joven? —preguntó Amara—. La cuidadora de la propiedad.

Bernard entornó los ojos a causa del sol y asintió.

—Tiene sentido.

Se puso en pie y se acercó a las formas tendidas de los niños y de la joven. Amara se levantó, se detuvo hasta que recuperó el equilibrio y lo siguió.

Bernard sonrió sin alegría.

—Es Heddy. La esposa de Aric.

Amara bajó la mirada hacia una mujer joven de aspecto frágil con un cabello rubio pálido y piel muy clara, que solo estaba ligeramente marcada por el sol y el viento.

—Los sellaron ahí dentro —murmuró—. Y dispusieron a sus furias para asegurarse de que no pudieran salir. ¿Por qué iban a hacer algo así?

—Para impedir que nadie llegara a ellos excepto las personas que los pusieron allí —explicó Bernard.

—Pero ¿por qué?

Bernard se encogió de hombros.

—Quizá los adultos pensaron que si no estaban por aquí para sacar a sus hijos, no querían que quienquiera que los atacase tuviera la oportunidad de hacerlo.

—¿Aunque muriesen?

—Hay cosas peores que la muerte —intervino Doroga.

Su tono profundo sorprendió a Amara que dio un respingo de tensión. El enorme jefe marat se había colocado a sus espaldas más silencioso que un león de las praderas de Amarante.

—Algunas de ellas son mucho peores.

Uno de los bebés empezó a llorar y dejó escapar un grito de queja y un instante después se vio acompañado por los sollozos exhaustos de otro niño. Amara levantó la mirada y vio que todos los niños se empezaban a mover.

El artífice del agua de Girdali, un veterano llamado Harger, se levantó del lado del niño cercano a Heddy y se arrodilló al costado de la joven. Colocó las puntas de los dedos suavemente sobre las sienes de Heddy y cerró los ojos durante unos instantes. Después levantó la mirada hacia Bernard.

—Su cuerpo está completamente extenuado —informó—. Tampoco sé si su mente funciona demasiado bien en estos momentos. Quizá lo mejor sea darle la oportunidad de dormir.

Bernard frunció el ceño y miró a Amara con una ceja levantada.

Ella sonrió sin ganas.

—Tenemos que hablar con ella y descubrir lo que ha ocurrido.

—Quizá nos lo pueda explicar alguno de los niños —sugirió Bernard.

—¿Crees que habrán comprendido lo que estaba pasando?

Bernard los miró, con el ceño aún más fruncido y negó con la cabeza.

—Tal vez no. No lo suficiente como para arriesgar más vidas por lo que recuerde un niño pequeño.

Amara asintió.

—Despiértala, Harger —ordenó Bernard con suavidad—. Con todo el cuidado que puedas.

El viejo artífice del agua asintió, con sus dudas claramente visibles en los ojos, pero se volvió hacia Heddy, tocó de nuevo sus sienes y frunció el ceño concentrado.

Heddy se despertó al instante y violentamente, gritando un lamento duro y torturado. Sus ojos azul pálido se abrieron de golpe, tan abiertos como los ojos aterrados de un animal que está seguro de que su hambriento perseguidor se dispone a matarlo. Agitó salvajemente los brazos y las piernas, y una brisa repentina y fría, fuerte pero sin dirección, barrió el patio y giró violentamente, levantando polvo, paja y piedrecitas.

—¡No! —chilló Heddy—. ¡No, no, no!

Siguió gritando la misma palabra una y otra vez, y sonaba como si se estuviera destrozando la garganta al hacerlo.

—¡Heddy! —la llamó Bernard, con los ojos medio entornados ante el vendaval de desechos—. ¡Heddy! Todo va bien. ¡Estás a salvo!

Ella siguió gritando, luchando y pateando, y mordió la mano de un legionare que

se había arrodillado al lado de Harger y Bernard en un intento por contenerla. Luchaba con una fuerza nacida del miedo, que era tan intensa que parecía producto de la locura.

—¡Malditos cuervos! —gruñó Harger—. Tendremos que sedarla.

—Espera —intervino Amara y se arrodilló al lado de la joven—. Heddy —dijo con la voz más suave que pudo para que la oyera por encima de los gritos—. Heddy, todo está bien. Heddy, los niños están bien. Ha llegado el conde con los soldados de Guarnición. Estáis a salvo. Los niños están a salvo.

Los ojos aterrorizados de Heddy volaron hacia Amara y por primera vez desde que se había despertado se fijaron en algo. Sus gritos se refrenaron un poco, pero su expresión siguió siendo torturada y desesperada. Amara se sintió conmovida al ver tanto dolor en la mujer, pero mantuvo la voz suave, repitiendo las palabras tranquilizadoras a la joven aterrorizada. Cuando Heddy se calmó un poco más, Amara colocó la mano sobre la cabeza de la joven, y le apartó una y otra vez de la frente el cabello fino como una telaraña.

Tardó cerca de media hora, pero los gritos de Heddy se convirtieron en sollozos, después en gemidos y por último en una serie de gimoteos lastimeros. Mantuvo la mirada fija en la cara de Amara, como si estuviera desesperada por encontrar algún punto de referencia. Con un temblor final, Heddy se quedó en silencio y se le cerraron los ojos, rebosantes de lágrimas.

Amara levantó la vista hacia Bernard y Harger.

—Creo que ahora está bien. Quizá los caballeros me deberían dejar un rato a solas con ella. Dejad que la cuide.

Harger asintió de inmediato y se puso en pie. Bernard parecía menos seguro, pero también le asintió a Amara, y se fue junto al capitán Janus y el centurión Giraldi para hablar en voz baja.

—¿Me puedes oír, Heddy? —preguntó Amara en un susurro.

La chica asintió.

—¿Me puedes mirar, por favor?

Heddy gimoteó y empezó a temblar.

—De acuerdo —la tranquilizó Amara—. Está bien. No es necesario. Puedes hablar conmigo con los ojos cerrados.

La cabeza de Heddy hizo un gesto seco de asentimiento y siguió temblando con sollozos silenciosos. Las lágrimas le corrían por las mejillas y caían en las piedras del patio.

—Anna —dijo al cabo de un momento y levantó de golpe la cabeza del suelo, mirando hacia el sonido de una niña llorando—. Anna está llorando.

—Chist, tranquila —la calmó Amara—. Los niños están bien. Nos estamos ocupando de ellos.

Heddy se volvió a tender, temblando a causa del esfuerzo que había tenido que realizar para medio incorporarse.

—De acuerdo.

—Heddy —la llamó Amara, manteniendo la voz suave y baja—. Necesito saber lo que te ha ocurrido. ¿Me lo puedes explicar?

—B-Bardos —respondió Heddy—. Nuestro nuevo herrero. Hombre grande. Barba rojiza.

—No lo conozco —admitió Amara.

—Buen hombre. El mejor amigo de Aric. Él nos envió a la cámara. Dijo que se aseguraría de que no nos... —La cara de Heddy se retorció en un terrible gesto de dolor—. No nos tomaran, como a los demás.

—¿Tomados? —preguntó Amara en voz baja—. ¿Qué quieres decir?

La voz de la joven se convirtió en el dolor rasgando la garganta.

—Tomados. Cambiados. Siendo ellos y no siendo ellos. Aric, no. Aric, no. —Se enroscó con fuerza—. Oh, mi Aric. Ayúdanos, ayúdanos, ayúdanos.

Una mano enorme y amable apareció en su hombro y Amara levantó la mirada para ver el gesto preocupado y silencioso de Doroga.

—Déjala —indicó.

—Tenemos que saber lo que ha ocurrido.

Doroga asintió.

—Yo te lo diré. Déjala descansar.

Amara le frunció el ceño al gran marat.

—¿Cómo lo sabes?

Se puso en pie y miró alrededor del recinto.

—Rastros en el exterior —explicó— que se alejan. Zapatos, sin zapatos, hombre y mujer. Vacas, ovejas, caballos, gargantes. —Hizo un gesto alrededor del lugar—. Los vord llegaron hace dos o tres días. Tomaron al primero. Al principio, no a todos. Primero, unos pocos.

Amara movió la cabeza con la mano aún sobre la forma enroscada de la joven llorosa.

—Tomar. ¿Qué quieres decir?

—Los vord —explicó Doroga—. Entran dentro de ti. Entran por la boca, la nariz y las orejas. Se abren camino. Entonces mueres, pero tienen tu cuerpo. Tienen tu aspecto. Pueden actuar como tú.

Amara miró a Doroga asqueada.

—¿Qué?

—No sé qué aspecto tienen exactamente —siguió explicando Doroga—. Los vord tienen muchas formas. Algunos son como las Guardianas del Silencio. Como arañas. Pero pueden ser pequeños, como un bocado. —Movié la cabeza—. Los Tomadores

son pequeños, para que puedan entrar en ti.

—¿Cómo... una especie de gusano? Un parásito.

Doroga ladeó la cabeza y una gran trenza se le deslizó por el hombro.

—Parásito. No conozco esa palabra.

—Es la criatura que se une a otra criatura —explicó Amara—. Como un piojo o una pulga. Se alimentan de la criatura huésped para sobrevivir.

—Los vord no son así —replicó Doroga—. La criatura huésped no sobrevive. Solo se quedan con su aspecto.

—¿Qué quieres decir?

—Digamos que un vord se mete en mi cabeza. Doroga muere. El Doroga que se encuentra aquí. —Se dio un golpecito en la cabeza con el pulgar—. Lo que Doroga siente, desaparece. Pero este Doroga —se golpeó ligeramente el pecho con la mano— sigue existiendo. Tú no lo sabes, porque solo conoces como el verdadero Doroga —se tocó la cabeza— al que puedes ver y con el que puedes hablar. —Se tocó el pecho.

Amara sintió un escalofrío.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido aquí?

—Lo que le ocurrió a mi pueblo —respondió Doroga—. Llegaron los tomadores. Tomaron a unos pocos. Miraron alrededor, quizá decidiendo cuál sería el siguiente al que tomarían. Después los tomaron. Hasta que hubo mucho más tomados que libres. Tomaron a más de setecientos del clan del lobo de esa manera. Una manada, de golpe.

—¿Y luchaste contra eso? —preguntó Amara—. ¿Marat tomados?

Doroga asintió con los ojos velados.

—Primero ellos, y después encontramos el nido. Luchamos contra las Guardianas del Silencio. Como grandes arañas. Y sus guerreros. Más grandes y más rápidos. Mataron a mi gente, a nuestros *chala*. —Inhaló lentamente—. Y después nos ocupamos de la reina vord en aquel nido. Una criatura que... —Movié la cabeza y Amara vio algo que no creyó que vería nunca en Doroga: la sombra del miedo en sus ojos—. La reina fue la peor. De ella nacen todos los demás: guardianas, tomadores y guerreros. Teníamos que seguir, o de lo contrario la reina habría escapado para fundar otro nido y empezar de nuevo.

Amara frunció los labios y asintió.

—Por eso luchasteis hasta el final.

Doroga asintió.

—Y por eso hay que encontrar y destruir a la reina que está cerca de este lugar. Antes de que le nazcan nuevas reinas.

—¿Qué crees que ha ocurrido aquí? —preguntó Amara.

—Llegaron tomadores —respondió Doroga—. Eso es lo que quería decir con que eran ellos y no eran ellos. Ese Aric del que ha hablado es uno de los que tomaron. Ese

hombre que los selló en la piedra debía estar libre. Quizás uno de los últimos de su pueblo que siguió libre.

—Entonces, ¿dónde está ahora? —preguntó Amara.

—Tomado, o muerto.

Amara movió la cabeza.

—Esto no es... Esto es demasiado increíble. Nunca había oído nada igual. Nadie había visto nunca nada igual.

—Nosotros sí —murmuró Doroga—. Hace mucho tiempo. Hace tanto tiempo que apenas circulan historias al respecto. Pero lo hemos visto.

—Pero no puede ser —replicó Amara en voz baja—. No puede ser así.

—¿Por qué no?

—No es posible que tomaran a Aric. Fue él quien vino a avisar a Bernard. Si ahora es uno de esos vord, entonces sabrán...

Amara sintió que la punzada lenta y dolorosa de una certidumbre helada se le alojaba en el pecho.

Los ojos de Doroga se estrecharon hasta convertirse en una rendija. Entonces se dio la vuelta hacia un lado y cogió el enorme garrote de guerra que había dejado apoyado en el muro.

—¡Calderon! —rugió y al otro lado de la muralla del recinto, su gargante respondió con un resonante mugido de alarma—. ¡Calderon! ¡A las armas!

Amara se puso en pie tambaleante y miró rápidamente a su alrededor en busca de Bernard.

Y fue en ese momento cuando oyó que los legionares empezaron a chillar.

Amara le gritó una orden al sanador más cercano para que cuidase a Heddy y llamó a Cirrus. Su furia se arremolinó a su alrededor y el viento levantó una nube de polvo que delineó la silueta vaga de un caballo de patas largas en medio del viento. Amara gritó y sintió cómo Cirrus la elevaba del suelo hacia el cielo abierto por encima de Aricholt.

Giró en círculos, moviendo los ojos por el suelo que tenía debajo y hacia el cielo por encima, asumiendo lo que estaba ocurriendo.

En el recinto a sus pies, vio a los legionares saliendo a la carrera del enorme granero de piedra. El último hombre dejó escapar un grito y cayó de repente al suelo, golpeando con fuerza el suelo de piedra. Algo lo agarraba por el tobillo y empezó a arrastrarlo de vuelta al interior del granero. El soldado gritó y sus compañeros legionares dieron la vuelta inmediatamente para ayudarlo.

Amara levantó las manos a la altura de los ojos, con las palmas enfrentadas, y colocó a Cirrus en el aire delante de su cara, concentrando el viento para que doblase la luz y acercase su visión a varias decenas de metros del granero de piedra.

La espada del legionare golpeaba una extremidad brillante, negra y de aspecto duro como nada que Amara hubiera visto nunca, excepto quizá las pinzas de una langosta. La espada se hundió en la pinza del vord, pero solo un poco. El legionare golpeó una y otra vez, pero solo consiguió reducir la fuerza de la pinza y no la pudo cortar por entero.

Los hombres alejaron a rastras del granero a su compañero herido, con la bota rebotando y girada en un ángulo horrible.

El guerrero vord los siguió y salió a la luz del sol.

Amara miró a la criatura y sintió que se quedaba helada. El guerrero vord era del tamaño de un poni, y debía tener un peso de unos doscientos kilos. Estaba cubierto por unas placas de aspecto resbaladizo y lustre lacado formadas por algún tipo de cuero oscuro. Cuatro extremidades surgían rectas a los lados de un cuerpo central giboso, redondeado y encorvado como el torso de una pulga. La cabeza se extendía desde ese cuerpo sobre un cuello corto y segmentado. Espinas y espirales de quitina rodeaban la cabeza y un par de ojos diminutos, hundidos en unos huecos profundos, miraban con una malevolencia escarlata. Unas mandíbulas enormes y parecidas a un escarabajo sobresalían de esa cara quitinosa, y cada mandíbula terminada en una pinza como la que había herido al legionare.

El vord salió corriendo por la puerta en persecución de su presa, con su aspecto extraño, desgarrado y veloz. Dos de los legionares se dieron la vuelta para encararse con él, espada en mano, mientras el tercero alejaba a rastras al hombre herido. El vord avanzó con un salto repentino que lo llevó encima de uno de los legionares. El

hombre se lanzó hacia un lado, pero no con la velocidad suficiente como para evitar que el vord lo derribara en tierra. Aterrizó sobre él y le atrapó la cintura entre las mandíbulas. Se fueron cerrando y el hombre chilló de dolor.

Su compañero cargó contra la espalda del vord, gritando y tajando furiosamente con su gladio corto y letal. Uno de los golpes impactó sobre una protuberancia redondeada en la espalda de la criatura, que dejó escapar un líquido verdoso, translúcido y viscoso.

Una serie de chasquidos parecidos a detonaciones salieron del vord, que soltó al primer legionare para darse la vuelta hacia el nuevo atacante y saltó como antes. El legionare se tiró hacia un lado y al aterrizar el vord le golpeó con dureza en el grueso cuello. El golpe mordió carne, aunque el cuero acorazado del vord casi no se abrió. Pero había sido suficiente para herirle.

Más líquido, nauseabundo y de un marrón verdoso, salió a borbotones de la herida y más chasquidos surgieron del monstruo. Se tambaleó hacia un lado, incapaz de mantener el equilibrio a pesar de las cuatro patas. El legionare recogió de inmediato a su compañero herido y empezó a alejar al hombre a rastras del vord sangrante y tambaleante. Se movía todo lo rápido que podía.

No fue suficiente.

Otra media docena de criaturas salieron a la carrera del granero como avispas enfurecidas de un panal y el chasquido zumbador del vord herido se convirtió en un coro extraño y terrorífico. El rugido vibrante aumentó y las espaldas gibosas y redondeadas de esas cosas se partieron de repente para dar paso a unas alas anchas y negruzcas, que les permitieron emprender el vuelo y abalanzarse sobre los legionares en retirada.

Los vord los destrozaron ante los ojos horrorizados de Amara.

Todo ocurrió con rapidez y de principio a fin no duró más que un puñado de segundos, sin que hubiera nada que se pudiera hacer para salvar a los legionares condenados.

Más vord surgieron de los otros edificios del recinto y Amara vio a tres de ellos saliendo por el pozo de la explotación. Oyó cómo Giraldi gritaba por encima del zumbido de crujidos rabiosos y una llamarada repentina se elevó en el aire cuando uno de los caballeros Ignus del capitán Janus descargó furias de fuego sobre uno de los vord atacantes.

Otro grito, este mucho más cercano, desplazó hacia arriba la mirada de Amara para ver a uno de los caballeros Aeris luchando contra un par de guerreros vord alados. El hombre extendió una mano y una ráfaga de viento con la fuerza de un huracán envió a uno de los vord dando vueltas hacia un lado, girando descontrolado hasta caer a tierra. Pero el segundo vord extendió las alas en el último momento y lo golpeó en el pecho, agarrándolo con las patas, mientras que las mandíbulas en forma

de pinzas cortaban y arrancaban. El caballero chilló, y los dos se precipitaron hacia el suelo.

Por debajo de ella, los veteranos de la centuria de Girdi se habían unido de inmediato para resistir juntos, con la espalda apoyada en la muralla de piedra del recinto y con uno de los edificios asegurando uno de los flancos. Ocho o nueve de los vord saltaron hacia delante para encontrarse con un muro sólido de pesados escudos y hojas legionares en la primera fila, mientras que las dos filas posteriores blandían las lanzas en una colaboración letal con sus compañeros del frente. Apoyándose entre ellos, los veteranos de Girdi detuvieron la carga de los vord con los hombres gritando un desafío mientras blandían el acero frío y mortal. La sangre y el nauseabundo fluido de los vord salpicaron las piedras del patio.

La otra centuria tenía serios problemas. Solo la mitad de los hombres habían conseguido concentrarse y bolsas de una media docena de legionares o de un puñado de campesinos armadas estaban repartidas por la muralla y en el patio. Los vord ya habían dejado una docena de cadáveres desmembrados que se desangraban sobre las piedras. Atrapados y aislados, Amara sabía que los pequeños grupos de aleranos iban a morir en pocos minutos.

Oyó otro grito justo debajo de ella, el lamento de un niño, y Amara bajó la mirada para ver cómo tres de los vord se dirigían al unísono hacia los sanadores y los supervivientes en el patio. No había nadie cerca para ayudarlos.

Con un aullido de terror y rabia, Amara blandió la espada y se precipitó en un vuelo en picado que habría superado a un halcón hambriento. No recuperó la horizontal hasta el último instante y pasó delante del vord que iba en cabeza. Al pasar golpeó con la espada y aunque no era especialmente fuerte, la velocidad del picado transmitió al golpe la fuerza de la embestida de un toro. La conmoción del impacto le subió por el brazo hasta el hombro y en los dedos sintió una explosión de pinchazos que los dejaron parcialmente entumecidos.

Amara pasó de largo y giró para encargarse de la defensa de los niños y sanadores en peligro. El vord en cabeza había quedado conmocionado por el golpe de Amara, que se había llevado limpiamente la mitad de una de sus mandíbulas, y un icor cenagoso marrón y verde salió a borbotones de la extremidad cercenada.

El vord movió la cabeza con violencia, recuperó el equilibrio y se volvió para cargar contra Amara, mientras sus dos compañeros atacaban a los sanadores.

El vord saltó hacia arriba, intentando aterrizar encima de Amara, pero la cursor ya había visto la táctica. Al saltar el vord, Amara extendió un brazo y llamó a Cirrus. Una ráfaga repentina de viento aullante impactó contra el vord a medio salto y lo precipitó con violencia contra la muralla exterior del recinto. Con un gruñido, Amara volvió a mover la mano y los vientos precipitaron la espalda de la criatura contra las piedras. Al golpearlas, se oyó un crujido y un desgarró. El vord pataleó y consiguió

rodar para ponerse en pie con sus cuatro patas, pero ahora un fluido verde luminoso le corría por el recubrimiento de placas y goteaba hacia el suelo. Al cabo de unos segundos, el vord se acomodó suavemente en tierra, como una vela que quedase flácida al perder el viento.

Un grito a espaldas de Amara la obligó a darse la vuelta para ver que uno de los vord agarraba a Harger por la pierna con una de sus pinzas, rompiendo el hueso con un movimiento de su horrible cabeza. Amara pudo oír con claridad el terrible crujido.

El otro vord cerraba las mandíbulas alrededor de la cintura de otro sanador, moviendo la cabeza de un lado a otro hasta que se rompió el cuello del hombre. Entonces lo dejó caer y cargó contra los niños y Heddy, que estaban aterrorizados.

Amara quería gritar de frustración, pero entonces le lanzó una mirada al vord que había matado y al otro que había muerto delante del granero y se dio cuenta de algo importante.

Si estaba en lo cierto, había descubierto una debilidad que podía atacar.

Amara llamó de nuevo a Cirrus y salió disparada sobre las piedras del patio, precipitándose sobre el segundo vord, mientras sus ojos buscaban el blanco. Lo encontró y cuando pasaba veloz junto al vord, extendió el brazo con la espada corta para golpear la protuberancia bulbosa en la base del caparazón redondeado.

La espada atravesó la piel del vord y un borbotón repentino de icor verde atravesó el aire y manchó las piedras del patio. El vord parloteó y se quejó de aquella manera tan extraña que había oído antes y se empezó a tambalear adelante y atrás en plena confusión, dando a los niños la oportunidad de apartarse de la criatura. Amara se dio la vuelta a media altura, cambiando de dirección y se precipitó sobre el segundo vord, que había liberado el tobillo de Harger e intentaba atraparlo por la cintura.

Amara golpeó al pasar de largo, y la espada alcanzó de nuevo su objetivo. El icor verde medio luminoso volvió a teñir el aire. Harger salió rodando de debajo de las mandíbulas tremendamente flexibles del vord, a pesar del dolor que le ocasionaban sus heridas. El vord se giró para cargar medio atontado contra Amara, pero ella se elevó en el aire antes de que la pudiera alcanzar. El vord se tambaleó los últimos pasos, como si fuera incapaz de ver que su víctima ya no se encontraba allí, y se derrumbó sobre las piedras del patio.

Amara aterrizó al lado de los niños. Heddy y el sanador superviviente intentaban reunirlos y trasladarlos. Amara corrió hacia Harger.

—¡No! —le gruñó Harger, mientras le salía sangre del tobillo—. Mi señora, llevaos a los niños. Dejadme.

—En pie, sanador —replicó Amara, que se inclinó para agarrar el brazo derecho del hombre y se lo pasó sobre el hombro para poder soportar su peso cuando se levantase—. ¡Hacia la centuria de Girdali! —les gritó a los otros dos adultos.

Una sombra cayó sobre ellos.

Amara levantó los ojos y vio a más vord que descendían desde el cielo, con sus alas rígidas zumbando como una oleada de sonido furioso. Al menos una docena de las criaturas estaban descendiendo directamente hacia ella y con tanta velocidad que no había posibilidad de huir, aunque hubiera estado sola. Contempló cómo los vord descendían en un momento largo e interminable de miedo y se dio cuenta de que estaba a punto de morir.

Entonces se produjo una explosión y el fuego atravesó el aire, justo en medio de las filas de la formación de descenso de los vord. Se tambalearon y cayeron, parlotando con unos crujidos duros y ensordecedores incluso en medio de la vibración de las alas quemadas. Dos de ellos estallaron en llamas y desaparecieron del cielo. Se precipitaron al suelo en una espiral enloquecida, dejando un rastro de humo negro y nubes de carne abrasada hasta convertirse en ceniza fina.

Más estallidos de llamas letales mataron a más vord, pero una de las criaturas consiguió llegar a tierra sobre las piedras a unos pocos pasos de Amara y el herido Harger. Se dio la vuelta para atacarla y cuando Amara intentó agacharse, el peso de Harger la arrastró repentinamente hacia abajo.

Entonces se oyó el zumbido profundo del arco pesado de un maestro en el artefacto de la madera y una flecha se hundió en el ojo izquierdo del vord, penetrando a tanta profundidad que solo se veían las plumas marrones y verdes. El vord chasqueó en lo que parecía un grito de agonía, mientras sufría convulsiones, y un latido más tarde una segunda flecha se alojó en el otro ojo de la criatura.

El capitán Janus cargó contra el vord cegado con un pesado mandoble de dos manos que sostenía solo con la mano derecha. Janus gritó, movió la espada con un poder sobrehumano y golpeó con limpieza a través del cuello acorazado del vord, cortando la cabeza del cuerpo, mientras se derramaba el icor apestoso.

—¡Vamos! —gritó Bernard, y Amara levantó la mirada para ver como se acercaba corriendo, con el arco en la mano y las flechas verdes y marrones saltando en la aljaba de guerra que le colgaba de la cadera.

Bernard agarró a Harger, se lo colocó sobre un hombro y se precipitó hacia la puerta de la gran sala de la propiedad.

Amara se puso en pie para seguirlo y levantó la mirada para ver que dos de los caballeros Ignus bajo el mando de Bernard flanqueaban la puerta abierta. Uno de ellos se concentró en uno de los vord voladores, cerró de pronto el puño y cobró vida otra flor de fuego que abrasó la carne de la criatura.

Amara se aseguró que se habían recogido todos los niños y se mantuvo cerca de Bernard. Detrás de ellos, oyó cómo Janus gritaba una orden y miró atrás para ver que el capitán de caballeros trotaba de espaldas espada en mano para defender la retaguardia. Dos artefactos de fuego rugieron por encima de ellos cuando Amara entró corriendo en la gran sala, y otra explosión, esta vez más lejana, añadió su rugido

sombrío al caos ensordecedor de la batalla.

Amara cayó de rodillas en cuanto estuvieron seguros en el interior, porque de repente su cuerpo estaba demasiado débil y cansado para soportar su peso. Se quedó tendida durante unos instantes, jadeando con fuerza, hasta que oyó cómo Bernard se acercaba a ella y se arrodillaba a su lado. Le tocó la espalda con una mano ancha.

—Amara —murmuró—, ¿estás herida?

Ella negó en silencio con la cabeza.

—Cansada —consiguió susurrar al fin—. Demasiado artificio por un día. —El mareo y las náuseas siguieron al cansancio, y le resultó en extremo difícil pensar en la idea de levantarse—. ¿Qué está pasando?

—No va bien —reconoció Bernard con voz sombría—. Nos han cogido desprevenidos.

Otro par de botas se acercaron con rapidez y Amara levantó la mirada y vio a Janus a su lado.

—Su Excelencia, mis caballeros han salvado a todos los que han podido de los que habían quedado aislados de la centuria de Félix, pero hasta ahora ha perdido a la mitad de sus hombres. La formación de Giraldi aguanta por el momento.

—¿Los auxiliares? —preguntó Bernard con voz tensa.

Janus negó con la cabeza.

El rostro del conde palideció.

—¿Doroga?

—El marat y su gargante se han unido a lo que queda de la centuria de Félix, junto con mis hombres. Sus defensas se están afirmando.

Bernard asintió.

—¿Los caballeros?

—Diez han caído —respondió Janus con una voz tranquila y sin emoción—. Todos nuestros caballeros Aeris cayeron intentando detener la llegada de la segunda oleada. Y Harmonus ha muerto.

El vientre de Amara le dio un retortijón nervioso. Un tercio de los caballeros de Guarnición estaban muertos y Harmonus había sido el artífice del agua más poderoso del destacamento. Los caballeros y las legiones se apoyaban mucho en la capacidad de sus artífices del agua para devolver a la acción a los heridos, y la muerte de Harmonus era un golpe demoledor tanto contra la capacidad táctica de las tropas como contra su moral.

—Por el momento los estamos manteniendo a raya —prosiguió Janus—. Los veteranos de Giraldi han perdido a un hombre y el apestoso gargante del marat está aplastando a esas cosas como si fueran insectos. Pero los artífices del fuego se están cansando y no podrán mantener este ritmo durante mucho tiempo.

Bernard asintió con un gesto seco.

—Tenemos que concentrar las fuerzas. Indica a Giraldi que se una a la centuria de Félix y tráelos aquí. No vamos a encontrar un sitio mejor para defendernos.

Janus asintió y se golpeó el corazón con el puño en señal de saludo, antes de darse la vuelta para regresar al caos ensordecedor de la lucha.

Pero al hacerlo, Amara oyó un chillido muy agudo, casi como el grito de un halcón. Antes de que se hubiera dispersado el sonido, un trueno siseante atravesó todo el recinto. Amara levantó la cabeza en dirección a la puerta y sin mediar palabra Bernard la cogió del brazo y la ayudó a ponerse en pie, antes de acercarse a su lado hasta la entrada.

Al llegar a ella, el trueno empezó a remitir y Amara levantó la mirada para ver a los vord en vuelo, docenas de ellos levantándose en el aire y retirándose hacia Garados.

—Huyen —comentó Amara en voz baja.

Bernard negó con la cabeza.

—Se están retirando de la incursión —le explicó en voz baja—. Mira el patio.

Amara frunció el ceño y lo hizo. La escena era de pesadilla: la sangre corría a través de las grietas en el patio embaldosado, marcando de escarlata el contorno de cada piedra y dejando aquí y allá pequeños charcos de un rojo intenso bajo el brillo del sol. El aire apestaba a sangre y vísceras, y al hedor acre y penetrante de los vord abrasados.

Los cadáveres destrozados y mezclados de caballeros y legionares cubrían el suelo. Mirara donde mirase, Amara vio los restos de soldados que habían estado vivos bajo el sol matinal. Ahora los muertos yacían en una maraña confusa de carne sin vida que hacía que fuera imposible que descansaran en una tumba que no fuera común.

En cuanto a los vord, habían matado a menos de treinta. La mayoría de ellos habían sido barridos del aire por los caballeros Ignus, aunque los hombres de Giraldi eran responsables de dos más y cuatro yacían aplastados en el extremo más alejado del patio bajo las patas con garras del gargante del jefe, Caminante.

Amara contó veintiséis vord muertos. Al menos el doble habían levantado el vuelo cuando se retiraron. Tal vez algunos hubieran muerto extramuros, pero no podían ser muchos.

Amara ya había visto antes la sangre y la muerte. Pero aquello había sido tan salvaje, tan repentino y mortal que sintió como si lo que había visto hubiera penetrado en su mente antes de tener la oportunidad de blindarla contra el horror. Su estómago se retorció de asco, y eso fue todo lo que pudo hacer para controlarse. No tuvo voluntad suficiente para evitar que las lágrimas le nublaran la visión y, misericordiosas, diluyeran aquella escena horrorosa en una neblina acuosa.

La mano de Bernard le apretó el hombro.

—Amara, tienes que descansar. Te enviaré a un sanador.

—No —se negó en voz baja—. Hay heridos. Primero deben ocuparse de ellos.

—Por supuesto —asintió Bernard—. Frederic —llamó—. Trae y monta algunos camastros. Traeremos aquí a los heridos.

—Sí, señor —respondió Frederic en algún punto situado a sus espaldas.

Lo siguiente que supo Amara fue que estaba tendida en un camastro, y Bernard extendía una sábana encima de ella. Estaba demasiado cansada como para protestar.

—Bernard —dijo.

—¿Sí?

—Ocúpate de los heridos. Que los hombres coman. Después nos tenemos que reunir para decidir el próximo paso.

—¿El próximo paso? —murmuró.

—Sí —respondió Amara—. Los vord nos han hecho daño. Otro ataque puede acabar con nosotros. Tenemos que considerar la posibilidad de retirarnos antes de conseguir más ayuda.

Bernard se quedó en silencio durante un momento.

—Los vord han matado a los gargantes y a los caballos, condesa —explicó—. De hecho, sospecho que ese era el objetivo del ataque: matar a los caballos y a los sanadores y herir a todos los legionares que pudieran.

—¿Por qué iban a hacer algo así? —preguntó Amara.

—Para dejarnos con un montón de heridos.

—Para atraparnos aquí —concluyó Amara.

Bernard asintió.

—Podemos huir, pero tendremos que dejar atrás a los heridos.

—Nunca —se negó Amara en redondo.

Bernard asintió.

—Entonces lo mejor será que descanses mientras puedas, condesa. No vamos a ninguna parte.

—Me siento ridícula —se quejó Isana, mientras se miraba en el gran espejo y fruncía el ceño ante el vestido que le había procurado Serai—. Tengo un aspecto ridículo.

El vestido era de una seda azul oscura, pero cortado y recogido según el estilo de las ciudades de las regiones septentrionales del Reino, acompañado de un corpiño adornado con cuentas que apretaba con fuerza el pecho de Isana y conseguía que incluso su extrema delgadez aparentara algo que se asemejaba a un pecho femenino. La habían obligado a quitarse la cadena con el anillo y ahora lo llevaba en una bolsa de tela que había metido en un bolsillo interior del vestido.

Serai le presentó unas joyas de plata sencillas pero encantadoras: anillos, un brazalete y un collar, adornado con unas piedras de ónice oscuro. Después de una mirada evaluadora, deshizo la trenza que recogía el cabello de Isana y lo cepilló en mechones oscuros y brillantes, que entrelazó con cuentas de plata que llegaban hasta la cintura. Después de eso, Serai insistió en aplicar algunos cosméticos a la cara de Isana, aunque se conformó con una capa muy ligera. Cuando Isana miró hacia el espejo, casi no reconoció a la mujer que le devolvía la mirada. Parecía... de alguna manera no parecía real, como si otra persona pretendiera parecerse a Isana.

—Estáis encantadora —la alabó Serai.

—No lo estoy —replicó Isana—. Esa no... esa no... soy yo. Yo no tengo ese aspecto.

—Ahora sí, querida. Tenéis un aspecto deslumbrante e insisto en llevarme todo el mérito por ello. —Serai, que esta vez iba vestida con un vestido de seda de un color ámbar oscuro, pasó el peine por numerosos puntos en el cabello de Isana, ajustándolo con un brillo de pícaro divertimento en los ojos—. Me han dicho que a lord Rodas le gustan las figuras delgadas y el cabello oscuro. Su esposa se va a subir por las paredes si se da cuenta de que os mira.

Isana movió la cabeza.

—No me interesa lo más mínimo que nadie se me quede mirando. En particular, en una fiesta organizada por el hombre que ha enviado a unos asesinos a matarme.

—No hay ninguna prueba de que Kalare esté detrás de los atentados, querida. Aún. —La cortesana se apartó de Isana para contemplar en el espejo su aspecto perfecto y sonrió de placer ante su propia imagen—. Estamos deslumbrantes... y es necesario que así sea, si queremos transmitir una buena impresión y alcanzar nuestros objetivos. Es algo vano, estúpido y superficial, pero no por ello es menos cierto.

Isana volvió a mover la cabeza.

—Todo esto es una enorme estupidez. Hay vidas en peligro, y nuestra única esperanza de conseguir que alguien haga algo para evitarlo es arrodillarnos ante la

moda para conseguir algunos favores en una fiesta en un jardín. No tenemos tiempo para estas tonterías.

—Vivimos en una sociedad, Isana, que se ha construido con miles de años de trabajo duro, esfuerzo y guerra. Por necesidad somos víctimas de su historia y de sus instituciones.

Serai ladeó la cabeza durante un momento, contemplando pensativa su reflejo y entonces soltó unos cuantos mechones rizados de las peinetas que mantenían la mayor parte de su cabello estirado hacia atrás, para que cayeran y le enmarcaran la cara. La cortesana sonrió e Isana sintió que le apretaba la mano y que tenía los dedos calientes.

—Y admitidlo: el vestido os va perfecto.

Isana se dio cuenta de que sonreía a pesar de sus preocupaciones y se movió adelante y atrás ante el espejo.

—Supongo que no le haré daño a nadie si llevo algo bonito.

—Es que de eso se trata —recalcó Serai—. ¿Nos vamos? Nuestro carruaje llegará dentro de un momento, y quiero tener la oportunidad de regodearme con la expresión de la cara de sir Nedus cuando os vea.

—Serai —protestó Isana con poco entusiasmo—. Sabéis que no me interesa, ni albergo la más mínima intención de obtener ese tipo de atención.

—Pues deberíais intentarlo. Puede ser bastante satisfactorio. —Se calló mientras miraba a Isana y preguntó—: ¿Hay algún hombre que preferiríais que os viera esta noche?

Isana puso los dedos de la mano suavemente sobre la bolsa que llevaba escondida.

—Lo hubo.

—¿Ahora ya no forma parte de vuestra vida? —preguntó Serai.

—Murió. —Isana no pretendía que su voz sonase tan plana y dura, pero había ocurrido y no podía decir que lo lamentase—. No me gusta hablar de ello.

—Por supuesto —asintió Serai con voz pensativa—. Perdonad mi indiscreción.

Entonces sonrió como si la conversación no hubiera tenido lugar y tomó a Isana por el brazo para conducirla hasta la entrada de la mansión de sir Nedus.

En el último momento, Serai avanzó unos pasos por delante de Isana, adelantándose al inicio de la escalinata que conducía al vestíbulo principal de la casa con la intención de llamar la atención de su anfitrión y realizar una presentación algo adornada y teatral de Isana cuando apareció algo cohibida.

El rostro arrugado del viejo caballero de cabello blanco se abrió inmediatamente en una amplia sonrisa.

—Furias, muchacha. Nunca habría pensado que pudierais hacer unos arreglos tan extraordinarios.

—¡Nedus! —le amonestó Serai, moviendo un dedo en su dirección—. ¿Cómo os atrevéis a subestimar mis habilidades con los cosméticos?

Isana se dio cuenta de que estaba sonriendo de nuevo y descendió los escalones al lado de Serai.

—Serai me ha dicho que os debo agradecer el vestido, sir Nedus. Estoy muy agradecida por vuestra generosidad y espero recompensaros en cuanto pueda.

El anciano caballero movió una mano.

—No es nada, estatúder. A los ancianos idiotas les encanta gastarse el oro en chicas hermosas. —Le lanzó una mirada a Serai—. O eso me han dicho. Señoras, permítanme que las acompañe hasta el carruaje.

—Y supongo que ese es vuestro deber —le recordó Serai, al aceptar el brazo que le ofrecía Nedus con una reverencia cortesana e Isana los siguió cuando salieron por la puerta de la casa.

Allí les esperaba un carruaje blanco y plateado tirado por cuatro caballos grises, cuyas riendas sostenía un cochero con librea gris, mientras que otro lacayo bajaba del puesto en la parte trasera del vehículo, desplegaba los escalones para subir al mismo y abría la puerta para las mujeres.

—Muy bonito —murmuró Serai dirigiéndose a Nedus, pero se quedó mirando al caballero y comentó—: Me he dado cuenta de que esta noche lleváis vuestra espada, señor.

Nedus pareció sorprendido.

—Furias. ¿De verdad?

—Es más, también me he dado cuenta de que vuestra ropa se parece mucho a la librea de los cocheros.

—Sorprendente —exclamó Nedus con una sonrisa—. Sin duda se trata de algún tipo de fascinante coincidencia.

Serai se detuvo y le frunció el ceño al anciano con la cara muy seria.

—Y el asiento al lado del cochero está vacío para que lo ocupe un hombre de armas. ¿A qué estáis jugando?

—¿Por qué? ¿Qué queréis decir?

Serai suspiró.

—Nedus, querido, esto no es lo que os pedí. En vuestra época ya hicisteis suficiente por el Reino. Estáis retirado. No tengo la intención de arrastraros a algo peligroso. Quedaos aquí.

—Lo siento mucho, pero no estoy seguro de lo que estáis hablando, lady Serai —respondió Nedus con amabilidad—. Solo os estoy acompañando al carruaje.

—No, no lo estáis haciendo —replicó Serai con el ceño fruncido.

El anciano caballero miró a Isana y le guiñó el ojo.

—Bueno, posiblemente no. Pero se me ocurre que si tuviera la intención de llevar

mis armas en este carruaje, realmente no podríais hacer gran cosa para impedirlo, mi señora. En cuanto subáis a él, yo podría montar en el pescante y no deberíais desdeñar la protección adicional, sin importar lo que estéis dispuesta a aceptar de mí.

La boca de Serai se apretó en una línea recta.

—No vais a dejar que os convenza de lo contrario, ¿verdad?

Nedus sonrió con inocencia.

Serai dejó escapar un suspiro exasperado y le tocó el brazo.

—Al menos prometedme que tendréis cuidado.

—Hay espadachines viejos y espadachines duros —replicó Nedus, utilizando con desparpajo la vieja máxima de la legión—. Pero muy pocos espadachines viejos y duros. —Abrió la puerta del carruaje y dijo—: Señoras, por favor.

Serai e Isana se acomodaron en el habitáculo ricamente decorado. Nedus cerró la puerta y un momento después el carruaje se puso en marcha. Isana contempló la cara de Serai, sintiendo la ansiedad de la cursor a pesar de la indiferencia que mostraba habitualmente.

—Teméis por él —murmuró Isana.

Serai le devolvió una sonrisa dolorida.

—En su época fue uno de los hombres vivos más peligrosos. Pero de eso hace mucho.

—Os adora —murmuró Isana—. Como a una hija.

La sonrisa de Serai se volvió un poco triste.

—Lo sé.

La diminuta cortesana recogió las manos en el regazo y miró atentamente por la ventanilla del carruaje, de manera que el resto del corto viaje hasta la fiesta pasó en silencio.

La casa en la ciudad de lord Kalare era más grande que todo Isanaholt y se elevaba siete pisos hacia el cielo. Los balcones y las escaleras rodeaban todo el exterior del edificio, que estaba cubierto de una vegetación espesa de plantas de hojas anchas, flores y árboles pequeños, dispuestos en pequeños y hermosos jardines en miniatura, que se completaban con numerosas fuentes bellamente iluminadas. Los cocheros podrían haber pasado por las puertas principales de la casa sin agachar la cabeza ni preocuparse demasiado por la posición de las ruedas del carruaje. Pendones del Final del Invierno con el verde y el gris de la ciudad de Kalare festoneaban las barandillas de todos los balcones, ventanas y pilares, y habían envuelto las dos filas de estatuas que conducían hasta la puerta principal.

Con la invitación falsificada en una mano confiada, Serai condujo a Isana por el paseo iluminado hasta alcanzar la puerta de la mansión.

—Creo que la casa dice algo de nuestro anfitrión —comentó Serai—. Rica. Grande. Llamativa. Indulgente. Diría algo más, pero supongo que parecería

desagradable.

—¿Puedo suponer que no sentís demasiado aprecio por lord Kalare? —preguntó Isana.

—Nunca lo he sentido —respondió Serai con alegría—. Dejando de lado sus actividades más recientes, siempre me ha parecido que el hombre era un patán malvado y sin carácter. Siempre he tenido la esperanza de que contraiga una enfermedad devastadora que le exponga a niveles letales de humillación.

Isana se dio cuenta de que estaba riendo.

—¡Cielo santo! Pero ¿a pesar de eso asistís a su fiesta?

—¿Por qué no debería hacerlo? —se sorprendió Serai—. Él me adora.

—¿De verdad?

—Por supuesto, querida. Todo el mundo lo hace. Aquí soy muy bienvenida.

—Si os adora tanto, ¿por qué no estabais invitada desde el principio?

—Porque la lista la ha confeccionado lady Kalare —respondió Serai—. Como norma general, ella no adora a toda mujer atractiva que despierta el interés de su marido. —La cortesana bufó—. Lo cierto es que es bastante mezquina sobre el tema.

—¿Por qué tengo la impresión que os encanta restregarle esa falta de aprecio en su propia cara?

Serai movió una mano desdeñosa.

—Tonterías, querida. La presunción no es digna de una dama.

Serai se acercó al portero que esperaba en el quicio de la puerta y le entregó la invitación. El hombre solo la miró por encima y respondió a la sonrisa de Serai con una reverencia y un cortés murmullo de bienvenida. Serai condujo a Isana hacia un arco de entrada inmenso flanqueado por estatuas. Pasaron por debajo de él y las zapatillas emitieron un ligero roce sobre el suelo de piedra. Atravesaron zonas de luz procedentes de lámparas de furias coloreadas que colgaban aquí y allí entre las estatuas, y el paseo fue bastante silencioso.

Sin duda, la penumbra y el silencio eran intencionados, porque cuando Isana llegó al final del pasaje, se abrió hacia el enorme jardín que formaba el corazón de la mansión. El jardín era fabuloso, incluyendo la poda ornamental en forma de caballos y gargantes, una sección del follaje espeso y de color verde purpúreo de los árboles exóticos de la Jungla de las Acacias Amarillas y docenas de fuentes. Lámparas de furias de todos los colores emitían una luz muy brillante y diablillos en forma de chispas saltaban rítmicamente de lámpara en lámpara en largos rayos de luz y color, porque cada diablillo seguía con precisión los pasos de una danza de una complejidad imposible de aprehender, que tenía su eco en los chorros de agua que saltaban con gracia de una fuente a la siguiente en un contrapunto rítmico.

El color de la luz que caía sobre cualquier parte del jardín cambiaba entre un latido y el siguiente, e hizo que Isana se sintiera un poco mareada. La música flotaba

por todo el jardín, compuesta por gaitas, cuerdas, un tambor lento y una flauta de madera llena de gran dignidad y alegría.

Y la gente. Isana había visto muy pocas veces a tanta gente en un mismo lugar, y todo el mundo lucía ropas que habrían podido pagar los impuestos de su explotación durante un mes, como mínimo. Había gente con el color dorado de la soleada costa meridional, gente con las facciones delgadas y algo severas de las montañas al oeste de la capital, y gente con la piel más oscura de los pueblos marineros de la costa occidental. Las joyas brillaban en sus nidos en medio de las prendas de vestir de gran riqueza, anillos y amuletos, cuyos colores chocaban y emitían acordes con la luz en sus cambios continuos.

El olor delicioso de hojaldre recién horneado y de carne asada llenaba el aire, así como el aroma fresco de las flores y de la hierba acabada de segar, y la nariz de Isana percibió una docena de perfumes exóticos cuando los invitados pasaron a un lado y a otro por delante de ella. En un rincón del jardín, un juglar entretenía a media docena de niños de edades diversas, y en otro tocaban los tambores con más rapidez y fuerza, mientras que tres esclavas se movían sinuosas a través de los pasos complejos y exigentes de una danza tradicional de Kalare.

Isana se quedó parada, mirándolo todo con la boca abierta.

—Furias —jadeó.

Serai le dio un golpecito en la mano.

—Recordad. Por ricos y poderosos que sean, solo son personas. Y esta casa y el jardín los han comprado con simple dinero —murmuró—. Kalare está realizando un esfuerzo para demostrar su riqueza y su prosperidad. Sin duda intenta superar cualquier fiesta que estén preparando Aquitania y Rodas.

—Nunca había visto nada igual —comentó Isana.

Serai sonrió y miró alrededor. Isana vio algo melancólico en su mirada.

—Sí, supongo que es bastante agradable. —Siguió sonriendo, pero Isana sintió un ligero tono de amargura mientras hablaba—. Pero yo he visto lo que ocurre en lugares como este, estatúder. Ya no puedo apreciar la fachada.

—¿Realmente es tan horroroso? —preguntó Isana en voz baja.

—Lo puede ser —respondió Serai—. Pero al fin y al cabo, aquí es donde realizó mi trabajo. Quizás esté saturada. Por aquí, querida. Quedémonos a un lado durante un momento para que quienes lleguen detrás no nos pisen el vestido.

Serai tiró de Isana hacia un lado y pasó un momento mirando alrededor del jardín. Una arruga muy fina apareció entre sus cejas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isana en voz baja.

—Esta noche la asistencia es un poco más partidista de lo que me esperaba —murmuró Serai.

—¿Qué queréis decir?

—Buena parte de los Grandes Señores destacan por su ausencia —contestó Serai—. Antillus y Frigia no están aquí, como es natural, y no han enviado a ningún representante. Parcia y Ática no han venido, pero han enviado a sus senadores más veteranos en su representación. Eso va a molestar a Kalare. Se trata de un insulto calculado. —Los ojos de la pequeña cortesana se movieron por el jardín—. Lord y lady Riva están aquí, al igual que lady Placida, pero no su esposo. Lord y lady Rodas están allí, junto al seto. Y ¡sorpresa!, parece que también está Aquitania.

—¿Aquitania? —preguntó Isana con voz neutra.

Serai la miró con fiereza. Excepto por los ojos, la sonrisa de la cortesana era una máscara firme e impenetrable.

—Querida, debéis contener vuestras emociones. Casi todos los presentes tienen tantas habilidades con el artificio del agua como vos. Y aunque algunos sentimientos mejoran cuando se comparten con los demás, no creo que la rabia sea uno de ellos, en especial cuando casi todos los presentes también tienen una habilidad terrible con los artificios de fuego.

Isana apretó los labios con fuerza hasta formar una línea.

—Su ambición mató a algunos de mis amigos, de mis trabajadores, de mis vecinos. Y también habría matado a mi familia si no hubiera sido por nuestra buena suerte.

Los ojos de Serai se abrieron de par en par con gran preocupación.

—Querida —dijo con voz engolada—. No debéis. Sin duda hay una docena de artífices del viento escuchando todo lo que pueden. No debéis decir esas cosas en público, donde es posible que os estén oyendo. Las consecuencias podrían ser peligrosas.

—Solo es la verdad —insistió Isana.

—Nadie lo puede demostrar —replicó Serai y su mano apretó el brazo de Isana—. Y estáis aquí en calidad de estatúder, lo que significa que sois una ciudadana. Y también significa que si difamáis a Aquitania en público se verá obligado a desafiaros en el *juris macto*.

Isana se volvió para mirar a Serai con gran sorpresa.

—¿Un duelo? ¿Yo?

—Si lucháis contra él, os matará. Y la única forma de evitar el duelo será retirar la afirmación en público, lo que sería una manera extraordinaria de conseguir que no se le pueda acusar de nuevo. —Los ojos de la cortesana se volvieron fríos y duros como piedras—. Os vais a controlar, estatúder, o por vuestro propio bien os dejaré inconsciente y os arrastraré de regreso a la mansión de Nedus.

Isana se quedó mirando a la mujer diminuta con la boca abierta.

—Llegará el momento de castigar a todos los que hayan pretendido debilitar la autoridad de la Corona —continuó Serai con ojos de acero—. Pero si hay que

hacerlo, se hará de la manera apropiada.

Ante la determinación razonada de Serai, Isana se obligó a dejar de lado su rabia y amargura. Tenía toda una vida de práctica para resistirse a la influencia de las emociones que podía sentir en los demás, y eso le daba una pequeña ventaja para contener las propias.

—Tenéis razón. No sé qué me ha pasado.

La cortesana asintió y sus ojos se suavizaron para hacer juego con su sonrisa.

—Furias, mirad lo que habéis hecho. Me habéis obligado a amenazaros con violencia física, querida, y eso es algo que ninguna dama que se precie haría nunca. Me siento realmente bruta.

—Os presento mis disculpas —replicó Isana.

Serai le dio un golpecito en el brazo.

—Por suerte soy la mujer más refinada y tolerante del Reino. Os perdonaré. — Serai hizo un gesto altivo—. Al final.

—Mientras tanto, ¿con quién deberíamos hablar? —preguntó Isana.

Serai frunció los labios pensativa.

—Empecemos con lady Placida, que es la cronista de la Liga Diánica, y su esposo permanece bastante distante tanto de Kalare como de Aquitania.

—¿Entonces apoyan a la Corona? —preguntó Isana.

Serai arqueó una ceja.

—No exactamente. Pero paga los impuestos sin quejarse, y sus hijos y él han servido varias veces en las legiones de la Muralla del Escudo, en la zona de Antillus. Luchará por el Reino, pero su mayor preocupación es el gobierno de sus tierras con las mínimas interferencias posibles. Mientras pueda seguir así no le preocupa la identidad del próximo Primer Señor.

—Nunca comprenderé la política. ¿Por qué nos va a ayudar?

—Lo más probable es que no lo haga por voluntad propia —respondió Serai—. Pero existe la posibilidad que su esposa sí quiera. Sospecho que la Liga Diánica debe de estar muy interesada en establecer alguna relación con vos.

—Queréis decir que quiere que les deba favores con la mayor rapidez posible —replicó Isana con tono seco.

—Vuestra comprensión de la política me parece bastante acertada —reconoció Serai con los ojos brillantes y condujo a Isana para presentarle a lady Pacida.

La esposa de lord Placida era una mujer excepcionalmente alta con una cara delgada, severa y con cejas espesas que anunciaban el intelecto excepcional que se escondía detrás de ellas. Lucía el color oscuro de la casa gobernante en Placida, un verde esmeralda oscuro y de muchos matices, cuyo tinte se fabricaba con una planta que solo se encontraba en las cimas más altas de las montañas cercanas a Placida. También lucía joyas de oro encastadas con esmeraldas y amatistas, siendo cada pieza

muy hermosa en su elegante sencillez. No aparentaba más de veintitantos años, aunque su cabello castaño, como el de Isana, quedaba ligeramente matizado de plata y gris. Lo llevaba cubierto por una red sencilla que caía hasta la base del cuello y olía a aceite de rosas.

—Serai —murmuró y le sonrió a la cortesana cuando se acercó. Su voz era sorprendentemente ligera y dulce. Se adelantó con las manos extendidas, y Serai las cogió con una sonrisa—. Ha pasado mucho tiempo desde que nos visitasteis.

Serai inclinó la cabeza en un gesto de deferencia ante la posición de lady Placida.

—Muchas gracias, Vuestra Gracia. ¿Y cómo se encuentra vuestro señor esposo, si puedo preguntar?

Lady Placida puso los ojos en blanco y murmuró con sequedad:

—No se encontraba lo suficientemente bien como para asistir a la festividad de esta noche. Sin duda, algo flota en el aire.

—Sin duda —asintió Serai con tono serio—. Si se me permite el atrevimiento, ¿le podríais transmitir mis mejores deseos para que se recupere lo antes posible?

—Encantada —respondió la Gran Señora, antes de volverse hacia Isana y sonreír educadamente—. Y vos, señora, ¿sería posible que fuerais Isana de Calderon?

En respuesta, Isana inclinó la cabeza.

—Si os place, Vuestra Gracia, solo Isana.

Lady Placida arqueó una ceja y estudió a Isana con ojos intensos y alerta.

—No, estatúder. Me temo que no puedo estar de acuerdo. Es más, de todas las mujeres del Reino, me parece que sois la que más os merecéis el honorífico. Vos habéis hecho algo que no había hecho nunca una mujer a lo largo de toda la historia de Alera. Habéis ganado un rango y un título sin recurrir al matrimonio o al asesinato.

Isana movió la cabeza.

—Si alguien se merece el mérito, debe ser el primer Señor. Yo tuve poco que decir en el asunto.

Lady Placida sonrió.

—Resulta raro que la historia tome nota de las casualidades cuando recoge los acontecimientos. Y por lo que he oído, sospecho que se podría argumentar que os habéis ganado el título de sobra.

—Muchas mujeres se han ganado un título, Vuestra Gracia. No me parece que sea un factor determinante si lo recibieron de verdad o no.

Lady Placida rio.

—Eso es cierto, pero quizás está empezando a cambiar. —Le ofreció sus manos—. Ha sido un gran placer conoceros, estatúder.

Isana tomó las manos de la mujer durante un momento y sonrió.

—Igualmente.

—Por favor, decidme que Serai no es vuestra guía en la capital —murmuró la

Gran Señora.

Serai suspiró.

—Todo el mundo piensa lo peor de mí.

—Silencio, querida —replicó lady Placida con calma y con los ojos brillantes—. Yo no pienso lo peor de vos. Resulta que lo sé. Y tiemblo al pensar en el tipo de experiencias chocantes a las que vais a exponer a la buena estatúder.

Serai extendió el labio inferior.

—Muy pocas. Me alojo en la mansión de sir Nedus. Debo desplegar mi mejor comportamiento.

Lady Placida asintió comprensiva.

—Isana, ¿ha hablado con vos algún miembro del consejo de la Liga Diánica?

—Aún no, Vuestra Gracia —contestó Isana.

—Ah —exclamó Lady Placida—. Bien, no os voy a aburrir con un discurso de reclutamiento en medio de una fiesta, pero me gustaría disfrutar de la oportunidad de hablar del tema con vos antes de terminar el Final del Invierno. Creo que hay muchas cosas que la Liga y vos nos podemos ofrecer mutuamente.

—No sé qué podría ofrecer yo, Vuestra Gracia —replicó Isana.

—Un ejemplo, para empezar —explicó lady Placida—. La noticia de vuestro nombramiento se ha extendido como un reguero de pólvora. Hay miles de mujeres en el Reino que han visto que ahora es posible que se les abran puertas que antes estaban vedadas.

—Vuestra Gracia —mintió Serai con delicadeza—, me temo que el tiempo de la estatúder está muy limitado como invitada del Primer Señor, pero resulta que conozco a la bellísima esclava a cargo de su agenda y estaré encantada de hablar con ella a vuestro favor para ver si podemos encontrar un hueco.

Lady Placida rio.

—Mi tiempo también está algo limitado.

—No lo dudo —reconoció Serai—. Pero quizá se pueda arreglar algo. ¿Qué tal son vuestras mañanas?

—En su mayor parte llenas de recepciones interminables, excepto para la audiencia de mi señor esposo con el Primer Señor.

Serai arqueó una ceja pensativa.

—Por lo general hay que dar un buen paseo durante la audiencia. Quizá podríais permitir que la estatúder os acompañase para conversar.

—Una idea excelente —reconoció lady Placida—. Pero me temo que llega dos días tarde. Este año mi señor esposo era el primero en la lista. —Sus palabras fueron ligeras y amables, pero Isana vio en sus ojos algo astuto y calculador durante un instante—. Haré que alguien de mi personal se ponga en contacto con vos para tomar un té con la estatúder; por supuesto, si estáis de acuerdo, Isana.

—Oh, sí. Por supuesto —asintió Isana.

—Excelente —dijo lady Placida sonriendo—. Entonces, hasta que nos volvamos a ver.

Se dio la vuelta para entablar conversación con un par de caballeros de barba gris que lucían el fajín de color púrpura oscuro que los identificaba como senadores.

El estómago de Isana le dio un retortijón de frustración y preocupación. Miró a Serai y dijo:

—Debe de haber alguien más.

Serai frunció el ceño durante un momento a la espalda de la Gran Señora y le murmuró a Isana:

—Por supuesto, querida. Si no tienes éxito la primera vez, sigue el curso de acción más probable. —La cortesana miró por el jardín—. Hummm. Lord y lady Riva tal vez no estén muy interesados en ayudarnos, lo siento. Deben de estar muy resentidos por la forma en que el Primer Señor nombró a vuestro hermano como nuevo conde de Calderon sin consultarlos al respecto.

—¿Qué nos queda entonces? —preguntó Isana.

Serai movió la cabeza.

—Lo seguiremos intentando hasta que hayáis oído un no de todo el mundo. Pero dejadme que hable con lord Rodas.

—¿No debería acompañaros?

—No —respondió Serai con firmeza—. Recordad, creo que le vais a gustar bastante. Prefiero presentaros como una sorpresa. Le insinuaré la idea de llevaros con él. Solo miradme y acercaos cuando haga un gesto, querida.

—De acuerdo —asintió Isana.

Serai se deslizó entre los invitados, sonriendo e intercambiando saludos al pasar. Isana la contempló y se sintió de repente vulnerable sin la presencia y el consejo de la cursor. Isana miró a su alrededor, buscando un lugar donde esperar sin tener que saltar como una gata asustada cada vez que pasase alguien por detrás de ella. Había un largo banco de piedra al lado de una fuente cercana e Isana se instaló con suavidad en él, asegurándose de que podía ver a Serai.

Un momento después una mujer con un vestido rojo se sentó en el otro extremo del banco y le hizo a Isana un amable gesto de saludo. Era alta, con el cabello oscuro pero con mechones plateados. Tenía unos encantadores ojos gris claro, aunque las facciones eran algo extrañas.

Isana le devolvió el saludo con una sonrisa, y a continuación frunció el ceño, pensativa. La mujer le parecía conocida y un instante después la reconoció del ataque en la plataforma del viento. Era la mujer con la que había tropezado Isana.

—Mi señora —empezó Isana—, me temo que no tuve la oportunidad de presentaros mis excusas esta mañana en la plataforma del viento.

La mujer arqueó una ceja con una expresión de sorpresa y después sonrió de repente.

—Oh, en la plataforma de aterrizaje. No se rompió ningún hueso, así que no es necesario disculparse.

—Aun así, me fui sin hacerlo.

La mujer sonrió.

—¿Es vuestra primera vez en la plataforma del viento de la capital?

—Sí —respondió Isana.

—Puede ser apabullante —asintió la mujer—. Tantos artífices del viento, portadores y literas. Todo ese polvo volando por todos lados y, por supuesto, nadie puede ver nada. Durante el Final del Invierno es una locura. No se sienta mal, estatúder.

Isana parpadeó sorprendida ante la mujer.

—¿Me habéis reconocido?

—Muchos lo han hecho —respondió la mujer—. Este año sois una de las mujeres más famosas del Reino. Estoy segura de que la Liga Diánica habrá tirado la casa por la ventana para recibirlos.

Isana se obligó a desplegar una sonrisa de cortesía, pero controlando con fuerza sus emociones.

—Resulta muy halagador. Acabo de hablar con lady Placida.

La mujer de rojo rio.

—Aria es muchas cosas... pero ninguna de ellas es halagadora. Espero que haya sido agradable con vos.

—Mucho —reconoció Isana—. No había esperado este tipo de... —Vaciló, buscando una frase que no fuera ofensiva para una noble.

—¿Cortesía? —sugirió la mujer—. ¿Cordialidad común muy poco común en una noble?

—No habría utilizado esos términos para describirlo, mi señora —replicó Isana, pero no pudo eliminar del tono un humor irónico.

La mujer rio.

—Y sospecho que es así porque tenéis conciencia, mientras que la mayor parte de la gente que hay aquí solo lo haría por sus ambiciones políticas. Las ambiciones son incompatibles con la conciencia, ¿sabéis? Las dos se estrangulan directamente y dejan a su paso un caos tremendo.

Isana rio.

—¿Y vos, mi señora? ¿Sois una mujer de conciencia o de ambición?

La señora sonrió.

—Esa es una pregunta que no se suele formular en la corte.

—¿Y cómo es eso?

—Porque una mujer de conciencia os diría que es una persona con conciencia. Una mujer de ambición os diría que es una persona de conciencia... solo que de una manera mucho más convincente.

Isana arqueó una ceja, sonriendo.

—Ya veo. Entonces deberé ser mucho más circunspecta con mis preguntas.

—No lo hagáis —replicó la señora—. Resulta refrescante encontrar una mente nueva con preguntas nuevas. Bienvenida a Alera Imperia, estatúder.

Isana inclinó la cabeza ante la señora y murmuró con gratitud sincera:

—Muchas gracias.

—Por supuesto. Es lo mínimo que puedo hacer.

Isana levantó la mirada para ver a Serai hablando con un hombre de mejillas hundidas y vestido de oro y sable, los colores de la Casa de Rodas. La cortesana estaba riendo por algo que estaba diciendo el Gran Señor cuando miró hacia Isana.

La sonrisa se heló en el rostro de Serai, que se volvió hacia Rodas y le dijo algo, antes de darse la vuelta y cruzar inmediatamente el jardín para unirse a Isana y la mujer con el vestido rojo.

—Estatúder —saludó Serai con una sonrisa y le hizo una profunda reverencia a la mujer de rojo—. Lady Aquitania.

La mirada de Isana voló de Serai a la mujer de rojo, mientras que la rabia y el odio que había sentido antes amenazaban con liberarse.

—Vos. —Se atragantó con la frase y tuvo que tomar aire para volver a empezar—. ¿Vos sois lady Aquitania?

La señora miró a Serai con una mirada fría y murmuró en tono seco:

—¿No mencioné mi nombre? Qué descuido por mi parte. —Le hizo una pequeña inclinación de cabeza a Isana y prosiguió—: Soy Invidia, esposa de Aquitanus Attis, Gran Señor de Aquitania. Y me gustaría mucho hablar del futuro con vos, estatúder.

Isana se puso en pie y levantó la barbilla mientras miraba hacia abajo a lady Aquitania.

—No veo qué interés podría haber en esa conversación, Vuestra Gracia —replicó.

—¿Por qué no?

Isana sintió cómo Serai se colocaba a su lado y los dedos de la cortesana se cerraron alrededor de la muñeca de Isana, ordenándole que se contuviera.

—Porque en cualquier futuro que pueda imaginar, vos y yo no tenemos nada que ver la una con la otra.

Lady Aquitania sonrió con una expresión fría y contenida.

—El futuro es un camino enrevesado. No es posible prever todas sus revueltas.

—Quizá no —reconoció Isana—. Pero es posible elegir a los compañeros de viaje. Y yo no voy a caminar con una tr...

Las uñas de Serai se hundieron con fuerza en el brazo de Isana y la estatúder casi

no se pudo contener de pronunciar la palabra «traidora». Respiró hondo y se tranquilizó antes de continuar.

—No voy a ir con una compañera de viaje por la que tengo pocas razones para que me guste... y muchas menos para confiar en ella.

Lady Aquitania paseó tranquilamente la mirada de Isana a Serai.

—Sí. Puedo ver que vuestro gusto y el mío en cuanto a compañeras difiere de manera significativa. Pero tened en mente, estatúder, que la ruta puede ser peligrosa. Existen muchos peligros tanto evidentes como ocultos. Resulta inteligente andar con alguien que sea capaz de protegeros de ambos.

—E incluso es mucho más inteligente elegir compañeros que no se vuelvan contra ti cuando se les presente la oportunidad —replicó Isana, que bajó la voz hasta convertirse casi en un susurro—. Vi la daga de vuestro esposo, Vuestra Gracia. Enterré hombres, mujeres y niños que murieron por su culpa. Nunca andaría por voluntad propia con alguien como vos.

Los ojos de lady Aquitania se entornaron, antes de asentir, y su mirada se trasladó hacia Serai.

—¿Doy por hecho, Serai, que sois la guía de la estatúder en la capital?

—Su Majestad le hizo una petición a mi amo, quien me prestó para que ejerciera esta función —respondió Serai con una sonrisa—. Y si se da la coincidencia de que conozco la moda de la nueva temporada durante el ejercicio de mis deberes, tan solo tengo que aceptarlo.

Lady Aquitania sonrió.

—Bueno, no es como nuestro baile de Medio Verano, pero nos tendremos que conformar.

—Nada se puede comparar a Medio Verano en Aquitania —replicó Serai—. Y vuestro vestido es precioso.

Lady Aquitania sonrió en lo que pareció una expresión de placer genuino.

—¿Esta antigualla? —preguntó con ingenuidad y haciendo un gesto desdenoso con la mano.

La seda escarlata del vestido pasó a través de una neblina de colores hasta asentarse en un tono ámbar como el vestido de Serai, pero con una tonalidad más profundamente carmesí.

Los labios de Serai se separaron y amplió su sonrisa.

—Oh, furias. ¿Es difícil hacer eso?

—No más que cualquier grifo u horno —respondió lady Aquitania—. Se trata de una nueva línea de sedas en la que lleva trabajando desde hace años mi maestro tejedor. —Otro gesto devolvió la seda a su tono original, aunque se oscurecía del escarlata al negro en una suave degradación al final de las mangas y en el borde de la falda—. Mi señor esposo sugirió que se utilizase para reflejar el estado de ánimo de

quien lo llevase, pero por el amor de Dios, como si no tuviéramos ya suficientes problemas para manejar a los hombres. Si de repente pudieran conocer de verdad nuestros estados de ánimo, estoy segura de que sería un desastre espantoso. Así que insistí en que fuera una simple moda.

Serai miró el vestido con melancolía.

—¿Supongo que la nueva seda debe de ser cara?

Lady Aquitania se encogió de hombros.

—Sí, pero no descabelladamente cara. Y es posible que pueda arreglar algo para vos, si nos visitáis en Medio Verano.

La máscara sonriente volvió a la cara de Serai.

—Eso es muy generoso, Vuestra Gracia. Y muy tentador, pero me temo que debo consultar con mi amo antes de tomar una decisión.

—Por supuesto. Sé muy bien la alta estima que tiene vuestra lealtad y cómo la dirige. —Se produjo un silencio y la sonrisa de lady Aquitania puso un énfasis suave pero definitivo en él—. ¿Estáis segura de que no os gustaría venir? Estos vestidos van a ser el furor en el próximo par de temporadas. Me encantaría veros con uno, y vos sois, al fin y al cabo, una asesora de valor incalculable en estos temas. Sería una verdadera pena que no se os reconociera como la punta de lanza de los estilos más novedosos.

Isana notó que los dedos de la cortesana se aferraban de nuevo a su brazo.

—Sois muy generosa, Vuestra Gracia —replicó Serai y dudó un instante tan fugaz que Isana casi no se dio cuenta de la extraña pausa—. Me temo que aún estoy bastante desconcentrada a causa de tanto viaje. Dejadme dormir un poco y consideraré las posibilidades.

—Por supuesto, querida. Mientras tanto, ofrecedle un buen servicio a vuestro amo y a la estatúder, Serai. La capital puede ser un lugar peligroso para quienes no la conocen. Sería una gran pérdida para la Liga si le ocurriera algo.

—Os aseguro, Vuestra Gracia, que a Isana la cuidan más manos que las que se pueden ver con facilidad.

—De eso estoy segura —replicó lady Aquitania. Se puso en pie con suavidad y les inclinó la cabeza a Isana y Serai, sin apartar los ojos grises de Isana—. Señoras, estoy segura de que volveremos a hablar.

Las estaba despidiendo. Isana entrecerró los ojos y se preparó para defender su territorio, pero los tirones silenciosos de Serai en su brazo la alejaron de lady Aquitania hacia otra zona del jardín.

—Lo sabía —comentó Isana en voz baja—. Sabía cómo reaccionaría si se presentaba.

—Obviamente —replicó Serai con voz temblorosa.

Isana sintió una escalofrío de aprensión que le llegaba desde la cortesana y se

quedó mirando a la mujer más menuda.

—¿Os encontráis bien?

Serai miró a su alrededor.

—Aquí no —respondió—. Hablaremos más tarde.

—Muy bien —asintió Isana—. ¿Habéis hablado con lord Rodas?

—Sí.

—¿Dónde está?

Serai negó con la cabeza.

—Él y los otros Grandes Señores se han ido al extremo más alejado del jardín para presenciar el duelo oficial de Kalare con su hijo, Brencis, para obtener la ciudadanía. Su audiencia con el Primer Señor será mañana, pero su grupo ya es demasiado grande. —Se lamió los labios—. Creo que nos tendríamos que ir, estatúder, cuanto antes.

Isana sintió cómo se tensaba de nuevo.

—¿Estamos en peligro?

Serai miró hacia lady Aquitania al otro lado del jardín e Isana notó que empezaba a temblar con más fuerza.

—Sí, lo estamos.

Isana sintió que el miedo de Serai se le agarraba a las entrañas.

—¿Qué debemos hacer?

—Yo... yo no lo sé... —La pequeña cortesana respiró hondo y cerró los ojos durante un momento. Los volvió a abrir, e Isana comprendió que se obligaba a infundir seguridad en su voz—. Deberíamos irnos lo antes posible. Os presentaré a suficientes personas como para cumplir con el protocolo, pero regresaremos de inmediato a la casa de Nedus.

Isana notó que se le cerraba la garganta.

—Hemos fracasado.

Serai levantó la barbilla y le dio un golpecito con firmeza en el brazo de Isana.

—Aún no hemos triunfado. Esa es la diferencia. Encontraremos un medio.

Había regresado la actitud confiada de la cortesana, pero Isana creyó percibir aún un ligerísimo temblor en su mano. Y vio cómo Serai lanzaba otra mirada en dirección a lady Aquitania y sus ojos se movían con demasiada rapidez como para no traicionar su nerviosismo.

Isana miró hacia atrás y se encontró con los ojos grises y fríos de lady Aquitania al otro lado del jardín.

La estatúder sintió un escalofrío y apartó la mirada.

En menos de media hora, Serai había presentado a Isana más de una docena de nobles y ciudadanos prominentes de la capital, había seducido y halagado a cada uno de ellos y de alguna manera consiguió abandonar cada una de las conversaciones con una agradable brevedad. Isana se dio cuenta de que la cortesana era una maestra en el arte del ingenio y la conversación. Un senador anciano y amistoso había amenazado con alargar la conversación durante horas, pero Serai había deslizado con destreza una broma que le había provocado una carcajada estruendosa en medio de un trago de vino, de manera que hubo que emprender acciones inmediatas para salvar la túnica que llevaba puesta. Un joven señor del Ática le había hablado a Serai con hermosas frases educadas —y larguísimas— que no acompañaban en nada a sus ojos de depredador, pero la cursor se había puesto de puntillas para susurrarle algo al oído que hizo que una lenta sonrisa le curvase la comisura de los labios y se despidió «hasta más tarde».

Hubo media docena más de incidentes similares, y la cortesana reaccionó ante cada uno de ellos con precisión, presencia de ánimo, ingenio y una cegadora rapidez de pensamiento. Isana estaba bastante segura de que con la ayuda de Serai había establecido una especie de récord de velocidad en transmitirle una buena impresión a la flor y nata de la sociedad de Alera. Ella había tratado de ofrecerles su mejor sonrisa, había emitido comentarios corteses y había evitado pisarles a los nobles de la fiesta ni el dobladillo de su vestido de seda.

Serai le pidió a un sirviente que le indicase al cochero que las recogiese delante de la casa. Isana y ella se acababan de dar la vuelta para abandonar el jardín cuando se interpuso en su camino un hombre con una túnica gris granito adornada con cuentas de piedras verdes semipreciosas y una sonrisa agradable. No era tan alto como Isana, ni tampoco se podía decir que su constitución fuera especialmente atlética. Tenía una barbilla débil oculta bajo una perilla recortada a la perfección, lucía anillos en todos los dedos y llevaba una diadema de acero que le atravesaba la frente.

—Señoras —saludó con una leve reverencia—. Debo disculparme ante las dos por haberme olvidado de mis deberes como anfitrión. Debo de haber pasado por alto sus nombres en la lista de invitados, o de lo contrario habría encontrado tiempo para visitarlos.

—Vuestra Gracia —murmuró Serai, y se dobló en una profunda reverencia—. Qué alegría de volveros a ver.

—Y a vos, Serai. Estáis tan encantadora como siempre. —Los ojos del hombre estaban entornados y sospechaban, no tanto por un pensamiento activo, pensó Isana, sino por una costumbre adquirida—. Debo admitir cuánto me sorprende el que mi

señora esposa os haya hecho llegar una invitación.

Serai le dedicó una sonrisa arrebatadora.

—Supongo que a veces se producen accidentes afortunados. Gran Señor Kalare, os presento a la estatúder Isana del valle de Calderon.

Los ojos entornados de Kalare volaron hacia Isana y la escrutaron de arriba abajo. No se produjo ninguna reacción emocional en él. Miró a Isana como otro hombre podría haber repasado una columna de números.

—Ah. Bien, qué sorpresa más encantadora. —Sonrió, y en el gesto hubo la misma emoción que había percibido en su mirada—. He oído hablar mucho de vos.

—Y yo de vos, Vuestra Gracia —murmuró Isana.

—De verdad. Espero que solo cosas buenas.

—Muchas cosas —replicó Isana.

La falsa sonrisa de Kalare se desvaneció.

—Mi señor —intervino Serai, rompiendo el silencio antes de que este se volviera incómodo—. Me temo que mi viaje más reciente me ha dejado sumida en un estado de salud no demasiado perfecto. Vamos a retirarnos antes de que me quede dormida y me convierta en el hazmerreír de la fiesta.

—Un hazmerreír —murmuró Kalare, que se quedó mirando a Serai durante un momento antes de decir—: He estado pensando en la posibilidad de compraros a vuestro amo actual, Serai.

Ella le lanzó una sonrisa que consiguió parecer ingenua y vulnerable a causa del cansancio.

—Me halagáis, mi señor.

La voz de Kalare era plana.

—No lo decía como un cumplido, esclava.

Serai bajó los ojos e hizo otra reverencia.

—Por supuesto que no, Vuestra Gracia. Por favor, perdonad mi presunción. Pero no creo que mi amo me haya puesto precio.

—Todo tiene un precio, esclava. Todo. —La comisura de su boca mostró un gesto desagradable—. No me gusta que me traten de idiota, y no olvido a mis enemigos.

—¿Mi señor? —preguntó Serai, que sonó totalmente sorprendida.

Kalare dejó escapar una dura carcajada llena de amargura.

—Creo que sirves bien a tu amo, Serai. Pero tarde o temprano cambiarás ese collar por el de otro. Deberías pensar con sumo detenimiento quién será el próximo al que sirvas. —Su mirada vagó hacia Isana y murmuró—: Y deberías pensar con sumo detenimiento en las compañías que frecuentas. El mundo es un lugar peligroso.

Serai no levantó los ojos.

—Así lo haré, mi señor.

Kalare levantó la mirada hacia Isana.

—Ha sido un placer conoceros, estatúder. Permitidme que os desee un seguro viaje a casa.

Isana le devolvió la mirada sin sonreír.

—Desde luego, mi señor, y creedme cuando os digo que os deseo que vuestro camino sea igual de agradable.

Los ojos de Kalare se estrecharon hasta quedar reducidos a unas rendijas, pero antes de que pudiera hablar se le acercó un sirviente con la librea gris y verde de la Casa de Kalarus, y le entregó una chaqueta acolchada y una espada de madera de entrenamiento.

—Mi señor —murmuró con una reverencia—. Vuestro hijo está dispuesto para enfrentarse a vos, con los señores Aquitania, Rodas y Forcia como testigos.

Los ojos de Kalare se movieron hacia el sirviente. El hombre palideció un poco y volvió a hacer una reverencia.

Serai se lamió los labios, mirando del sirviente a Kalare.

—Mi señor, ¿Brencis ya esta preparado para retaros por la ciudadanía? La última vez que lo vi era tan alto como yo.

Kalare, sin mirar a Serai, le descargó una bofetada con la mano abierta en la mejilla. Isana sabía que si hubiera utilizado la fuerza de las furias, el golpe podría haber matado a Serai, pero solo fue una bofetada fuerte y llena de desprecio que lanzó a la cortesana hacia un lado.

—Zorra mentirosa. No presumas de hablar conmigo como si fueras una de mis pares —dijo Kalare—. Estás en mi casa. Tu amo no está aquí para hablar por ti. Mantente en tu sitio, o haré que te arranquen ese vestido a latigazos. ¿Has entendido?

Serai se recuperó, pero la mejilla ya se había empezado a enrojecer donde le había alcanzado la bofetada, y sus ojos parecían un poco vidriosos y aturdidos.

Un silencio sorprendido descendió sobre el jardín, e Isana sintió la presión repentina de que todas las miradas de la fiesta se dirigieran hacia ellas.

—Responde, esclava —ordenó Kalare con voz tranquila.

Entonces se acercó a Serai y volvió a levantar la mano.

El cuerpo de Isana se llenó de una rabia fría y repentina. Avanzó para interponerse entre los dos, y levantó un brazo para interceptar la mano de Kalare.

Kalare apretó los dientes.

—¿Quién te has creído que eres, mujer?

Isana se encaró con él, y esa misma ira helada transformó su voz tranquila en una espada de acero.

—Creo que soy ciudadana del Reino, mi señor. Creo que golpear a otro ciudadano es una ofensa a ojos de la ley del Reino. Creo que estoy aquí por invitación de mi patrón, Gaius Sextus, Primer Señor de Alera. —Miró a Kalare a los ojos y dio un paso más al frente, encarándose con él a la distancia de la anchura de un cabello—. Y,

mi señor, creo que no sois lo suficientemente idiota ni arrogante para creer por un solo instante que me podéis golpear a mí en público sin que haya repercusiones.

El único sonido en el jardín era el agradable borboteo del agua en las fuentes.

Kalare cambió el peso de un pie a otro, incómodo y sus ojos entornados se relajaron y se volvieron más soñolientos que suspicaces.

—Supongo que no —reconoció—. Pero no te creas que lo voy a olvidar.

—Ya seremos dos, Vuestra Gracia —replicó Isana.

Los músculos se tensaron a lo largo de la mandíbula de Kalare y habló a través de los dientes apretados.

—Salid de mi casa.

Isana ladeó la cabeza con el mínimo gesto de saludo, se apartó de Kalare, tocó el brazo de Serai y abandonó con ella el jardín.

En lugar de encaminarse hacia la puerta principal, Serai miró alrededor del vestíbulo, cogió de la mano a Isana y la condujo con decisión hacia un pasillo lateral.

—¿Adónde vamos? —preguntó Isana.

—A la puerta de la cocina en la parte trasera de la casa —respondió Serai.

—Pero le habéis dicho a Nedus y a sus hombres que nos recojan en la puerta delantera.

—Se lo dije al sirviente para despistar a quienquiera que nos estuviera oyendo, querida —explicó Serai—. Será mejor que nadie nos siga a casa. Al fin y al cabo es la casa de Kalare, y estoy segura de que los sirvientes le informarán de vuestros movimientos. Nedus sabrá que nos tiene que recoger en la parte trasera.

—Ya veo —asintió Isana, mientras la cortesana la conducía a través de la ajetreada cocina y salían por la puerta trasera de la casa a la calle oscura y tranquila donde las esperaba Nedus y el carruaje.

Subieron a toda prisa al vehículo sin decir palabra, y Nedus cerró la puerta detrás de ellas. El cochero espoleó enseguida los caballos y el carruaje partió a gran velocidad.

—Lady Aquitania —comentó Isana en voz baja—, no era como me esperaba.

—Es de las que sonrío mientras te apuñala, estatúder. No os engañéis, es una mujer peligrosa.

—¿Creéis que pueda estar detrás de los ataques?

Serai se quedó mirando la cortina que tapaba la ventanilla del carruaje y se encogió de hombros con una expresión remota.

—Desde luego es capaz de ello, y sabe cosas que no debería saber.

—Que sois una cursor —tanteó Isana.

Serai respiró poco a poco, y asintió.

—Sí. Parece que he quedado al descubierto. Ella lo sabe y, a juzgar por la manera de hablar de Kalare, diría que él también.

—Pero ¿cómo?

—Recordad que alguien ha estado matando cursores a diestro y siniestro, querida. Es posible que le arrancara esa información a uno de ellos.

«O que uno de ellos sea un traidor», pensó Isana.

—¿Qué significa para vos quedar al descubierto? —preguntó a Serai en voz baja.

—Cualquier enemigo de la Corona podría darse el gusto de eliminarme —respondió con voz tranquila y objetiva—. Solo será cuestión de tiempo. El secreto era mi mayor defensa, y los enemigos de Gaius se tendrían que enfrentar a escasas consecuencias, si es que hay alguna, por matar a una esclava. Si no es por otra razón, Kalare lo hará por el mero placer de escupirle al Primer Señor a la cara.

—Pero ¿Gaius no os protegerá?

—Si puede —respondió Serai y movió la cabeza—. De un tiempo a esta parte ha ido perdiendo poder entre los Grandes Señores, y no se está haciendo más joven. No será Primer Señor para siempre, y cuando no... —La cortesana se encogió de hombros.

Isana sintió una punzada en el estómago.

—De eso iba toda esa charla sobre el vestido. Lady Aquitania os estaba ofreciendo un puesto a su lado, ¿estoy en lo cierto?

—Más que eso. Debo pensar que me estaba ofreciendo la libertad, un título, y lo más probable es que un puesto, pase lo que pase, con los cursores bajo el gobierno de su marido.

Isana se quedó en silencio durante un momento.

—Es una buena oferta —reconoció.

Serai asintió en silencio.

Isana recogió las manos en el regazo.

—¿Por qué no la habéis aceptado?

—Tenía que pagar un precio demasiado alto.

Isana frunció el ceño.

—¿Precio? ¿Qué precio?

—¿No está claro, querida? Ella sabía que yo soy vuestra guardiana. Me ofreció poder a cambio de vos. Y me dejó claro que los resultados podrían ser desagradables si la rechazaba.

Isana tragó saliva.

—¿Creéis que me quiere ver muerta?

—Es posible —reconoció Serai, y asintió—. O quizá solo bajo su control. Lo que podría ser mucho peor, dependiendo de lo que suceda durante los próximos años. Por lo que ha dicho, parece bastante claro que su esposo está casi preparado para dirigirse contra la Corona.

Viajaron en silencio durante un rato.

—O es posible que no haya sido una amenaza —sugirió Isana.

Serai arqueó una ceja.

—¿Cómo es posible?

—Bueno —respondió lentamente Isana—, si se ha corrido la voz de vuestra verdadera lealtad y vos no lo sabíais... ¿no podría ser que lo que os ha dicho sea una advertencia? ¿Para hacéroslo ver?

Las cejas de Serai se alzaron con delicadeza.

—Sí. Sí, supongo que visto así, es posible.

—Pero ¿por qué os iba a avisar?

Serai negó con la cabeza.

—Eso es difícil de decir. Suponiendo que haya sido una advertencia, y que Kalare y Aquitania no estén trabajando juntos para derrocar a Gaius, lo más probable es que me advirtiera en un intento de evitar que Kalare tenga la oportunidad de matarme. O de capturarme para arrancarme los secretos que guardo.

—Entonces nos encontramos en el mismo horno. A quienquiera que esté matando a los cursores no le importaría vernos muertas a las dos.

—Desde luego —reconoció Serai, quien se miró las manos. Isana hizo lo mismo. Le temblaban ostensiblemente. Serai las recogió y apretó sobre el regazo—. En cualquier caso, y teniendo en cuenta lo poco que sabemos sobre el clima actual, me pareció de lo más acertado irnos antes de que ocurriera algo desagradable. —Hizo una pausa y añadió—: Siento mucho que no hayamos conseguido llegar a oídos del Primer Señor.

—Pero debemos hacerlo —insistió Isana en voz baja.

—Sí. Pero recordad, estatúder, que mi prioridad es protegeros, no intentar resolver los asuntos en el valle de Calderon.

—Pero no hay tiempo.

—No podréis conseguir el apoyo del Primer Señor desde la tumba, estatúder —replicó Serai con tono franco y serio—. Muerta no tendréis ninguna utilidad para vuestra familia. Y entre vos y yo, si muero antes de tener la oportunidad de lucir un vestido confeccionado con esa seda nueva de Aquitania, no os lo perdonaré nunca.

Isana intentó sonreír ante su intento de frivolar, pero se veía muy subrayado por una corriente emocional de ansiedad.

—Eso imagino, pero ¿cuál es el siguiente paso?

—Volver a la casa de una pieza —respondió Serai—. Y a partir de ahí, creo que una buena copa de vino me calmará los nervios. Y un baño caliente.

Isana la miró con imparcialidad.

—¿Y después de eso?

—¿Después del vino y de un baño humeante? Me sorprendería que no me quedase dormida.

Isana apretó los labios hasta quedar reducidos a una línea.

—No necesito que me entretengáis con evasivas divertidas. Necesito saber cómo vamos a acceder hasta Gaius.

—Oh —se sorprendió Serai y frunció los labios pensativa—. Salir de la casa de Nedus es un riesgo, estatúder. Ahora lo es para ambas. ¿Cuál creéis que debería ser nuestro siguiente paso?

—Mi sobrino —respondió Isana con firmeza—. Por la mañana iremos a la Academia y daremos con él para que le pueda llevar el mensaje al Primer Señor.

Serai frunció el ceño.

—Las calles no son lo suficientemente seguras para vos...

—Que los cuervos se lleven las calles —la interrumpió Isana con un claro tono de gruñido enojado en la voz.

Serai suspiró.

—Es un riesgo.

—Y debemos correrlo —replicó Isana—. No nos queda tiempo para nada más.

Serai volvió a fruncir el ceño y apartó la mirada.

—Y además —prosiguió Isana—, estoy preocupada por Tavi. Ahora ya le debe de haber llegado el mensaje... Se lo dejaron en su habitación. Pero no ha venido a verme.

—Al menos que lo haya hecho —señaló Serai— y ahora esté esperando nuestro regreso en la mansión de Nedus.

—En cualquier caso, quiero encontrarlo y asegurarme de que está bien.

Serai suspiró.

—Por supuesto que sí. —Levantó una mano para apretar los dedos ligeramente sobre la mejilla enrojecida con los ojos cerrados—. Espero que me perdonaréis, estatúder. Estoy... un poco conmocionada. No pienso con la claridad que debería. —Miró a Isana, y dijo con sencillez—: Tengo miedo.

Isana se encontró con su mirada y le respondió en el tono más amable posible:

—Está bien. No pasa nada por tener miedo.

Serai movió una mano en un pequeño gesto de frustración.

—No estoy acostumbrada a ello. ¿Qué ocurrirá si me empiezo a comer las uñas? ¿Podéis imaginar lo horrible que sería? Una pesadilla.

Isana estuvo a punto de echarse a reír. Posiblemente la cortesana tenía miedo, porque estaba jugando en un terreno que no conocía contra oponentes violentos y letales, como un ratón entre gatos hambrientos, pero poseía el tipo de espíritu que se negaba a dejarse hundir. Los gestos y el diálogo engañosamente frívolos eran su manera de reírse de sus miedos.

—Supongo que siempre podríamos cubrirnos las manos con dedales —murmuró Isana—. Resulta de gran importancia para la seguridad del Reino que preservemos

vuestras uñas.

Serai asintió con seriedad.

—Desde luego, querida. Por cualquier medio, si es necesario.

Un momento más tarde el carruaje se detuvo, e Isana oyó los pasos que se acercaban para abrir la puerta. Nedus le murmuró algo al cochero. La puerta se abrió, Serai salió y bajó por los escalones desplegados.

—En realidad es una vergüenza... Tanta política. Me molesta sobremanera que me obliguen a abandonar una fiesta antes de tiempo.

Los asesinos llegaron sin hacer ruido ni advertencias.

Isana oyó un jadeo duro y repentino procedente del conductor del carruaje. Serai se quedó helada sobre los escalones, y un huracán repentino de miedo helado asaltó los sentidos de Isana. Nedus gritó y oyó el chirrido metálico de una espada al salir de la funda. Se oyeron pasos suaves y el resonar de acero contra acero.

—¡Atrás! —gritó Serai.

Isana vio una figura oscura, un hombre con una espada, que se acercaba al carruaje. Su hoja se dirigió contra Serai, pero la cortesana apartó el filo con la mano izquierda y se cortó la carne del antebrazo, emitiendo una lluvia de gotas de sangre. La otra mano de la cortesana voló hacia su cabello, hacia lo que Isana había tomado como el mango de una peineta cubierta de joyas. En su lugar, Serai blandió una hoja delgada y afilada como una aguja que clavó en el ojo del asesino. El hombre chilló y cayó.

Serai se inclinó hacia fuera para agarrar el pomo de la puerta y empezó a cerrarla.

Se oyó un siseo, el golpe seco de un impacto, y la cabeza de acero ensangrentado de una flecha salió por la espalda de Serai. La sangre fluyó sobre la seda rasgada de su vestido color ámbar.

—Oh —exclamó Serai con una voz sorprendida y sin fuerza.

—¡Serai! —chilló Isana.

La cortesana cayó lentamente hacia delante y fuera del carruaje.

Isana salió a toda prisa del vehículo y se lanzó en ayuda de la mujer. Agarró a Serai del brazo y tiró de él para intentar que la cortesana volviera a entrar en el carruaje. Isana resbaló en la sangre de Serai, y cayó. Una segunda flecha le pasó por encima del hombro al hacerlo, y se clavó hasta las plumas en el roble pesado de la estructura del coche.

Oyó otro grito a su derecha, y vio a Nedus con la espalda contra el carruaje y enfrentándose a un par de asesinos, hombres de aspecto duro con ropa oscura. Un tercer atacante se estaba desangrando sobre los adoquines. Mientras Isana miraba, la espada del anciano artífice del metal salió disparada para bloquear en alto y devolvió un tajo que abrió el cuello de su atacante.

Pero el golpe había abierto la guardia del viejo caballero, y el otro asesino avanzó

con su hoja corta y pesada que atravesó los órganos vitales de Nedus.

Nedus se giró hacia el tercer hombre, sin mostrar ninguna señal de dolor, y agarró con una mano la muñeca que sostenía el arma. En lugar de alejar al hombre de un empujón, Nedus se limitó a retenerlo con un puño de hierro, y con una determinación sombría clavó su espada en la boca del asesino.

Asesino y caballero se derrumbaron sobre el suelo, mientras la sangre de los dos manaba como el agua de una copa rota.

Aterrorizada, Isana tiró de Serai, intentando que la cursor volviera al carruaje, antes...

Algo la golpeó y sintió una punzada mareante en el vientre. Isana bajó la mirada para ver otra flecha. Esta se le había clavado en la curva de la cintura por encima de la cadera. Isana se la quedó mirando durante un momento, totalmente conmocionada, y después vio los quince centímetros de astil ensangrentado que sobresalían por la parte baja de la espalda.

Lo siguiente fue el dolor. Un dolor terrible. Lo vio todo rojo durante un segundo, y el corazón empezó a latirle como un trueno. Miró a Serai y la volvió a agarrar, insegura de lo que debía hacer, pero decidida a alejar a la mujer caída de las flechas del arquero oculto.

Serai rodó hacia un lado con los ojos abiertos y fijos. La flecha le había atravesado el corazón.

Isana oyó unos pasos que se acercaban. Levantó la mirada, aunque el dolor hacía que la visión casi palpitase, y vio a un hombre que surgía de la oscuridad con un arco en la mano.

Lo reconoció. Más bajo de lo normal, canoso a causa de la edad, algo calvo, fornido y confiado. Sus facciones eran regulares, sin nada especial, ni feo ni atractivo. Lo había visto una vez en las murallas durante la terrible batalla en Guarnición. Había visto cómo asesinaba a los hombres con sus flechas, había tirado a Fade de las murallas con un nudo corredizo alrededor del cuello y había intentado asesinar a su sobrino.

Fidelias, un antiguo cursor Callidus, y ahora un traidor a la Corona.

Los ojos del hombre se movían de un lado a otro mientras andaba, cuidadoso, suspicaz y alerta. Sacó otra flecha de la aljaba y la colocó en la cuerda del arco. Miró los cadáveres de manera desapasionada. Entonces sus ojos fríos e inmisericordes cayeron sobre Isana.

El dolor se la llevó.

—Para —se quejo Max—. Furias, Calderon, ¿a qué viene esta carrera, malditos sean los cuervos?

Tavi miró hacia atrás mientras bajaba a toda prisa por las calles que descendían de la Ciudadela. Las lámparas de furia de todos los colores por el Final del Invierno iluminaban el camino con un resplandor suave en rosa, amarillo y azul cielo, y a pesar de lo avanzado de la hora, las calles estaban abarrotadas.

—No estoy seguro, pero sé que algo va muy mal.

Max suspiró y emprendió un trote suave hasta que alcanzó a Tavi.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué decía la carta?

Tavi movió la cabeza.

—Oh, lo habitual. Cómo estás, cosas sin importancia que han ocurrido en casa, y que se aloja en la mansión de alguien llamado Nedus en el paseo de los Jardines.

—Oh —exclamó Max—. No me extraña que te hayas dejado llevar por el pánico. Es una carta terrible. Desde luego, se merece que no vayamos a informar a Killian y tal vez pongamos en peligro la seguridad de la Corona.

Tavi miró a Max.

—Escribió detalles que no son correctos. Llamó a mi tío Bernhardt, cuando su nombre es Bernard. Me cuenta que a mi hermana pequeña le van muy bien sus clases de lectura, pero yo no tengo ninguna hermana. Algo va mal, pero no lo quería plasmar en papel.

Max frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que la carta es auténtica? Puedo pensar en algunas personas a quienes no les importaría tropezarse contigo en un callejón oscuro a altas horas de la madrugada.

—Es de su puño y letra —respondió Tavi—. De eso estoy seguro.

Max caminó en silencio a su lado durante un rato.

—¿Sabes qué? Creo que deberías ir a verla y descubrir lo que está pasando.

—¿Eso crees?

Max asintió con seriedad.

—Sí, y lo mejor es que lleves contigo a alguien grande y amenazador, solo por si acaso.

—Esa también es una buena idea —reconoció Tavi, cuando ambos giraron hacia el paseo de los Jardines—. ¿Cómo sabremos cuál es la casa de Nedus?

—Ya he estado allí antes —respondió Max.

—¿Hay allí alguna viuda joven? —preguntó Tavi.

Max bufó.

—No. Pero sir Nedus fue el mejor espadachín de su generación. Entrenó a

muchos de los mejores. El príncipe Septimus, Araris Valeriano, el capitán Miles de la Legión de la Corona, Aldrick ex Gladius, Lartos y Martos de Parcia, y una docena más.

—¿Has estudiado con él? —preguntó Tavi.

Max asintió.

—Sí, durante el primer año. Es un hombre sólido, y sigue teniendo un buen brazo para la espada, aunque está a punto de cumplir los ochenta años. Es el mejor maestro que he tenido nunca, incluido mi padre.

—¿Y sigues estudiando con él?

—No —respondió Max.

—¿Por qué no?

Max se encogió de hombros.

—Me dijo que ya no me podía enseñar nada más sobre la palestra de entrenamiento, y que lo demás lo tendría que aprender por mí mismo en el campo de batalla.

Tavi asintió, pensativo, y se mordió el labio inferior.

—¿En qué situación se encuentra con respecto a la Corona?

—Es un lealista de la línea dura a la Casa de Gaius y al cargo de Primer Señor. Pero si me lo preguntas, te diría que personalmente detesta a Gaius.

—¿Y eso por qué?

Max se encogió de hombros, pero habló con una confianza absoluta.

—Hay alguna historia entre los dos. No conozco los detalles. Pero nunca se ha mezclado con traidores a la Corona. Es sólido. —Max hizo un gesto hacia una casa cercana que era grande y encantadora, pero quedaba empequeñecida por sus vecinas—. Aquí es.

Pero cuando llegaron a la puerta les informaron que lord Nedus y sus invitadas no se encontraban en casa. Tavi mostró al portero la carta de su tía, y el hombre asintió y regresó con otro sobre, que le entregó a Tavi.

Tavi lo cogió y leyó mientras andaban de regreso por la calle.

—Está... Oh, grandes furias, Max. Está en la fiesta que organiza lord Kalare en su jardín.

Las cejas de Max se alzaron de repente.

—¿De verdad? Por lo que me has contado de ella, no me parecía que le gustase demasiado socializar.

—Y no le gusta —replicó Tavi con el ceño fruncido.

—Me apuesto algo a que la Liga Diánica se va a lanzar sobre ella como un banco de lucios frigios. —Max cogió la carta y la leyó con el ceño fruncido—. Dice que espera tener la oportunidad de visitar el palacio con uno de los Grandes Señores. —Max alzó la vista y frunció el ceño—. Pero el único momento en que los Grandes

Señores entran en el palacio durante el Final del Invierno es para las audiencias con el Primer Señor.

—Intenta llegar hasta Gaius —comentó Tavi en voz baja—. No lo ha conseguido, y no lo puede decir claramente por miedo a que intercepten el mensaje. Por eso intenta ponerse en contacto conmigo, para llegar hasta Gaius.

—Bueno, no podrá hacerlo —replicó Max con calma.

—Lo sé —reconoció Tavi en voz baja—. Ese es el problema.

—¿Qué?

—Mi tía... Bueno, tengo la impresión de que ella y sir Nedus estarían de acuerdo sobre el Primer Señor. Nunca quiso acercarse a menos de un kilómetro de él.

—Entonces, ¿por qué quiere verlo ahora? —preguntó Max.

Tavi se encogió de hombros.

—Pero no lo haría si no estuviera desesperada por ver a Gaius. El mensaje codificado. Se aloja en casa de un lealista a la Corona, en lugar de hacerlo en la Ciudadela... y asiste a actos sociales.

—Y nada menos que en casa de Kalare. Eso es peligroso.

Tavi frunció el ceño, reflexionando.

—Kalare y Aquitania son los Grandes Señores más fuertes, y rivales. Ambos odian a Gaius, y mi tía disfruta del favor de Gaius.

—Sí —asintió Max—. Allí no tendrá lo que se dice una cálida bienvenida.

—Lo más seguro es que lo sepa. ¿Por qué va precisamente allí? —Respiró hondo—. No sé decirte por qué, pero me preocupa de verdad. Yo... Es como en la segunda batalla de Calderon. Mi instinto me está gritando que esto es muy serio.

Max estudió a Tavi durante un largo minuto antes de asentir lentamente.

—Es posible que tengas razón. Para mí es como un par de veces en la Muralla. Malas noches. Pero tu tía no va a ver a Gaius, Tavi. Ni siquiera a mí. Killian no querrá ni oír hablar de ello.

—No es necesario que lo haga —replicó Tavi—. Vamos.

—¿Adónde? —preguntó Max con alegría.

—A la mansión de Kalare —respondió Tavi—. Hablaré con ella. Yo puedo hablar por ella con el Primer Señor. No comprometemos la seguridad, Killian sigue feliz y si ella ha venido con algo serio, entonces...

—Entonces, ¿qué? —preguntó Max poniendo el dedo en la llaga—. ¿Planeas emitir alguna orden real para arreglarlo? —La mirada de Max se encontró con la de Tavi—. A decir verdad, estoy muy asustado, Tavi. Haga lo que haga cuando voy disfrazado, será Gaius quien tenga que afrontar las consecuencias. Y yo no soy el Primer Señor. No tengo la autoridad necesaria para ordenar que las legiones entren en acción, ni para enviar ayuda o el apoyo de la Corona.

Tavi frunció el ceño.

—Killian diría que las legiones y el legado del tesoro no lo saben.

Max bufó.

—Lo sé yo, y con eso me basta.

Tavi movió la cabeza.

—¿Crees que Gaius preferiría que nos quedáramos sin hacer nada cuando están atacando a sus súbditos y sus tierras?

Max le lanzó a Tavi una mirada agria.

—Te iba mejor que a mí en retórica. No voy a discutir contigo. Y no me importa lo que digas. No voy a empezar a establecer políticas y emitir proclamas en nombre de Gaius. Desobedecer las reglas de la Academia que protegen a las familias de los estudiantes de que se puedan sentir avergonzadas es una cosa; pero enviar a la gente a un peligro cierto es otra muy diferente.

—Está bien. Pues hablaremos con mi tía —propuso Tavi—. Descubriremos qué es lo que va mal. Si es algo serio, se la presentamos a Killian y dejamos que Miles y él decidan lo que hay que hacer. ¿De acuerdo?

Max asintió.

—De acuerdo, aunque necesitarás la ayuda de las furias si Brencis te ve en la fiesta de su padre.

Tavi dejó escapar un gruñido de irritación.

—Me había olvidado de él.

—No —replicó Max—. Tavi, quería hablar contigo sobre él. No creo que Brencis esté bien. ¿Sabes lo que quiero decir?

Tavi frunció el ceño.

—¿De la cabeza?

—Sí —respondió Max—. Es peligroso. Por eso siempre le he zurrado un poco cada vez que he tenido la oportunidad, para dejarle claro que me debe temer y dejarme en paz. En el fondo es un cobarde, pero no te tiene miedo. Eso significa que lo más probable es que disfrute cuando piensa en hacerte daño, y tú te vas a meter en el hogar de su familia.

—Es que no le tengo miedo, Max.

—Lo sé —reconoció Max—. Y eres un idiota.

Tavi suspiró.

—Si te sientes mejor, entraré y saldré a toda prisa. En cualquier caso, cuanto antes regresemos a la Ciudadela, menos ansias asesinas tendrá Killian.

Max asintió.

—Buena idea, y así solo nos asesinará un poco.

Tavi se detuvo delante de la mansión de lord Kalare en el paseo de los Jardines y la estudió durante un buen rato con el ceño fruncido. Si no se hubiera pasado tanto tiempo en el palacio del Primer Señor en la Ciudadela, la mansión de Kalare le habría impresionado. El lugar era ridículamente grande, pensó Tavi. Todo Bernardholt — ahora Isanaholt, como se recordó a sí mismo— habría cabido dentro de la mansión, y habría quedado sitio suficiente para que pudieran pastar las ovejas. La casa estaba ricamente amueblada, iluminada, ajardinada y decorada, y Tavi no pudo evitar acordarse con aprensión de las furcias que había cerca del río, esas caras pintadas, ropa chillona y sonrisas falsas que nunca alcanzaban sus ojos cansados.

Respiró hondo y emprendió el camino hacia la casa a lo largo de la doble fila de estatuas. Cuatro hombres con ropa común lo adelantaron. Tenían los rostros curtidos y la mirada recelosa, y Tavi vio la empuñadura de una espada bajo la capa del tercer hombre. No los perdió de vista mientras se acercaban a la mansión, y vio a un sirviente de aspecto preocupado que corría para reunirse con ellos en la calle, mientras tiraba de cuatro caballos ensillados.

—¿Has visto eso? —murmuró Max.

Tavi asintió.

—No tienen el aspecto de dignatarios de fiesta.

—Parecen ayudantes por contrato —sugirió Max.

—Pero un lacayo sale corriendo para proporcionarles caballos —murmuró Tavi—. ¿Sicarios?

—Es muy probable.

Los hombres montaron y, cuando uno de ellos dio una orden en voz baja, partieron al galope de inmediato.

—Y con prisa —señaló Max.

—Lo más probable es que vayan a desearle a alguien un feliz Final del Invierno —sugirió Tavi.

Max bufó en voz baja.

El portero les cortó el paso con la barbilla levantada.

—Perdonadme, jóvenes señores, pero esta es una reunión privada.

Tavi asintió.

—Por supuesto, señor.

En ese momento levantó la bolsa de los despachos en la que solía llevar documentos, confeccionada con una pieza de cuero fino de color azul y escarlata con la imagen dorada del águila real.

—Traigo despachos de Su Majestad.

El portero relajó un poco su postura arrogante.

—Por supuesto, señor. Estaré encantado de entregarlos en su nombre.

Tavi le sonrió y se encogió de hombros.

—Lo siento —se disculpó—, pero tengo órdenes de entregarlos directamente en manos de sus receptores. —Hizo un gesto hacia Max—. Creo que debe de ser algo sensible, porque el capitán Miles ha enviado un guardia conmigo.

El portero les frunció el ceño a los dos.

—Por supuesto, joven señor. Si me acompañáis, os llevaré hasta el jardín mientras espera vuestra escolta.

Max intervino con voz neutra pero totalmente decidida.

—Voy con él. Órdenes.

El portero se lamió los labios y asintió.

—Ah. Sí. Por aquí, caballeros.

Los condujo a través de la misma espléndida decadencia hacia los jardines en el centro de la mansión. Tavi caminaba detrás del hombre, intentando aparentar aburrimiento. Las botas de Max golpeaban el suelo con la cadencia rítmica y disciplinada de la marcha de un legionare.

El portero —o más bien el mayordomo, según supuso Tavi— se detuvo a la entrada del jardín y se volvió hacia Tavi. Luces de colores cambiantes parpadeaban y resplandecían detrás del hombre y el jardín zumbaba con las conversaciones y la música. El aroma a comida, vino y perfume atravesó el aliento de Tavi.

—Si me decís cómo se llama la persona en cuestión, señor, le indicaré que se una a vos para recibir la carta.

—Desde luego —respondió Tavi—. Estaré muy agradecido si podéis llamar a la estatúder Isana.

El mayordomo vaciló, y Tavi vio cómo le pasaba algo inconcreto por los ojos.

—La estatúder ya no se encuentra aquí, joven —aclaró el hombre—. Se fue no hace ni un cuarto de hora.

Tavi frunció el ceño e intercambió una mirada con Max.

—¿De verdad? ¿Por qué razón?

—No estoy seguro de ello, joven señor —respondió el hombre.

Max le hizo un gesto muy leve a Tavi antes de decir:

—La segunda misiva es para lady Placida. Traedla.

El mayordomo miró a Max con suspicacia, antes de volverse hacia Tavi. Este le ofreció al hombre un gesto con la mirada cómplice que se da entre sirvientes.

—Por favor, invitadla a venir, señor.

El hombre frunció los labios pensativo y se encogió de hombros.

—Como deseéis, joven señor. Un momento.

El hombre desapareció en el jardín.

—¿Lady Placida? —le preguntó Tavi a Max.

—La conozco —contestó Max—. Ella debe de saber lo que está pasando.

—Necesitaremos un poco de intimidad —señaló Tavi.

Max asintió, se concentró con el ceño fruncido, e hizo un gesto vago con la mano. Tavi sintió de repente una presión en los oídos, al principio punzante, pero que remitió enseguida.

—Hecho —confirmó Max.

—Gracias —replicó Tavi.

Poco después se acercó una mujer alta con facciones severas y distantes, que lucía unas joyas sencillas y elegantes, y un vestido precioso de un fascinante color verde oscuro, acompañada por el mayordomo. Se detuvo, estudiándolos, y Tavi sintió el peso de su mirada de una manera tan palpable como el roce de una mano suave. Le frunció el ceño y profundizó el gesto al ver a Max. Despidió al mayordomo con unas palabras y un gesto con la muñeca, y se acercó a ellos.

Penetró en la zona que Max había protegido contra las escuchas mediante furias del viento y arqueó la ceja. Entonces se acercó y se cernió sobre Tavi antes de murmurar:

—¿Esto no es una misiva del Primer Señor?

Tavi abrió la bolsa y le pasó un papel doblado. No había nada escrito en él, pero Tavi siguió con la actuación por si alguien los estaba observando.

—No, Vuestra Gracia. Me temo que no.

Ella lo aceptó, lo abrió y se lo quedó mirando como si leyese.

—Oh, cómo me gusta el Final del Invierno en la capital. Buenas noches, Maximus.

—Buenas noches, mi señora. Vuestro vestido es encantador.

La comisura de los labios esbozó una leve sonrisa.

—Me alegra que aceptases mi consejo de halagar a las damas con cumplidos.

—He descubierto que es una táctica de lo más efectiva, mi señora —replicó Max.

Lady Placida alzó una ceja.

—He creado un monstruo —comentó.

—A veces las damas chillan —replicó Max con suavidad—. Pero además de eso, no me atrevería a decir que soy un monstruo.

Su gesto se endureció.

—Lo que podríamos considerar un milagro. Sé que tu padre está en la Muralla, pero esperaba ver aquí a tu madrastra.

—Se lo han prohibido —explicó Max—. O eso me ha dicho un pajarito.

—No te escriben —afirmó más que preguntó lady Placida—. Supongo que no. —Dobló la carta y le ofreció a Max una sonrisa muy breve—. Es muy agradable verte, Maximus, pero ¿me podéis explicar por qué me habéis asociado públicamente con el Primer Señor delante de la mitad del Consejo de Señores y de miembros del Senado?

—Vuestra Gracia —respondió Tavi—, he venido a hablar con mi tía Isana. Creo que tiene algún tipo de problema y querría ayudarla.

—Así que eres tú —murmuró lady Placida, y entornó los ojos mientras reflexionaba.

—Tavi del valle de Calderon, Vuestra Gracia —presentó Max.

—Por favor, señora —insistió Tavi—. ¿Nos podéis decir lo que sepáis de ella?

—Lo consideraría un favor personal, mi señora —añadió Max y puso una mano firme sobre el hombro de Tavi.

Las cejas de lady Placida se alzaron de repente ante este gesto y volvió a estudiar a Tavi, esta vez con mayor interés.

—Ha estado aquí en compañía de la cortesana de Amarante, Serai. Hablaron con mucha gente.

—¿Cómo quién? —preguntó Tavi.

—Yo misma, lady Aquitania, una serie de nobles y dignatarios, y lord Kalare.

—¿Kalare? —repitió Tavi con el ceño fruncido.

Una voz masculina estridente retumbó por el jardín y fue seguido por una serie de vítores y aplausos de cortesía.

—Bien —comentó lady Placida—. Parece que Brencis ha ganado su duelo para reclamar la ciudadanía. Qué sorpresa.

—Brencis no se podría abrir paso con la espada a través de un rebaño de ovejas —bufó Max—. Odio los falsos duelos.

—Señora, por favor —volvió Tavi al tema—. ¿Sabéis por qué se ha ido tan pronto?

Lady Placida negó con la cabeza.

—No estoy segura, pero poco antes de partir tuvieron una discusión muy poco agradable con lord Kalare.

Tavi miró hacia un lado en dirección al pasillo al sentir que de repente recibía una atención indeseada. Dos jóvenes se encontraban a unos tres metros de él y Tavi los reconoció a los dos. Iban vestidos con sus mejores ropas, pero Varien, rubio y de ojos acuosos, y el enorme Renzo no se podían confundir con nadie más.

Varien miró a Tavi durante un segundo y después a Max. Entonces le susurró algo a Renzo y los dos se alejaron con rapidez hacia el jardín. A Tavi se le aceleró el corazón. Los problemas estaban a punto de llegar.

—¿Hasta qué punto fue desagradable la discusión? —preguntó Max.

—Abofeteó a Serai en público. —Los labios de lady Placida se apretaron hasta formar una línea fina—. A mí no me vale de nada un hombre que golpea a una mujer por el simple hecho que sabe que puede hacerlo.

—Se me ocurren una o dos cosas que podría hacer con él —gruñó Max.

—Ten cuidado, Maximus —replicó lady Placida con una advertencia instantánea

—. Guarda tus palabras.

—Cuervos —espetó Tavi.

Los dos se callaron para mirar a Tavi.

—¿Habéis dicho que se fueron de manera precipitada, Vuestra Gracia? —preguntó.

—Sí, mucho —respondió lady Placida.

—Max —dijo Tavi con el corazón desbocado—, esos sicarios a quienes hemos visto al llegar van detrás de mi tía.

—Malditos cuervos —maldijo Max—. Aria, por favor, ¿nos podéis excusar?

Lady Placida asintió.

—Ten cuidado, Maximus. Te debo la vida de mi hijo, y no querría perder la oportunidad de pagarte la deuda.

—Ya me conocéis, Vuestra Gracia.

—Por eso —replicó lady Placida, inclinando la cabeza hacia Tavi y volviéndole a sonreír a Max, antes de regresar al jardín y despedirlos con el mismo gesto de la mano que había usado para librarse del mayordomo.

—Vamos —ordenó Tavi con la voz tensa y empezó a salir corriendo de la casa—. Tenemos que darnos prisa. ¿Nos puedes llevar un poco más rápido?

Max dudó durante un segundo.

—No en un sitio tan cerrado. Si nos intentase impulsar con un artificio del viento, lo más seguro es que nos estrellase contra un edificio. —Se ruborizó—. No es... uno de mis puntos fuertes.

—Cuervos —juró Tavi—. Pero ¿te puedes impulsar tú?

—Sí.

—Vete. Avísalos. Yo llegaré cuando pueda.

—Tavi, no sabemos si esos sicarios iban detrás de ella —señaló Max.

—Ni tampoco sabemos que no iban detrás de ella. Ella es mi familia. Si me equivoco y está a salvo, te dejo que te burles de mí durante todo un año.

Max asintió con un gesto seco cuando salieron por la puerta delantera.

—¿Qué aspecto tiene?

—Cabello largo y oscuro con algunas canas, muy delgada, y si le miras la cara parece que tiene veinte años.

Max se detuvo.

—¿Guapa?

—Max —bufó Tavi.

—Vale, vale —lo tranquilizó Max—. Te veré allí.

El joven dio un par de zancadas largas antes de saltar hacia arriba y un viento repentino se levantó con un rugido y lo elevó en el aire, llevándolo hacia el cielo nocturno, sin que apartase la mano de la espada durante todo el camino.

Tavi miró con amargura durante un segundo cómo se alejaba Max, mientras sus emociones eran un remolino de miedo, preocupación y los celos puros y furiosos que rara vez se permitía sentir. Relativamente pocos habitantes del Reino podían controlar con suficiente poder a las furias del viento para volar. Morían más personas jóvenes en accidentes con los artificios del viento que en ninguna otra forma de artificio de las furias, porque intentaban superar los límites de sus habilidades e imitar a quienes podían alcanzar el cielo. Tavi no estaba solo en esos celos. Pero el peligro potencial al que se enfrentaba su tía Isana le amargaba de manera especial cuando era consciente de su falta de poder.

Tavi no dejó que la repentina marea de emociones evitase que saliera a la carrera hacia la casa de Nedus. No podía igualar el tiempo que iba a tardar Max en llegar, pero tenía que superarse. Sobre todo cuando se trataba de tía Isana. Nunca había sido un corredor lento y los años que había pasado en la capital le habían dado centímetros de altura y kilos de músculos, todos ellos esbeltos y endurecidos por los deberes constantes para el Primer Señor. Quizás había una docena de hombres en la ciudad que podían igualar su velocidad sin ningún artificio de las furias, pero ni uno más. El muchacho voló por el paseo de los Jardines, que estaba iluminado y decorado para la festividad.

Si los sicarios estaban allí, lo más seguro era que fueran espadachines expertos, probablemente artífices del metal, que solían sobrepasar a los espadachines más letales y con más talento pero que no disponían del artificio del metal. Por su aspecto duro, tenían experiencia, y eso quería decir que trabajarían bien juntos. Si solo fuera un hombre de esas características, Tavi se podría haber abalanzado sobre él o podría haber provocado una distracción para acercarse lo suficiente e intentar un ataque por sorpresa. Pero con cuatro hombres, no le quedaba esa alternativa, y atacarlos, aunque hubiera ido armado con algo más que el cuchillo que le colgaba sobre la cadera, habría sido un suicidio.

A juzgar por su experiencia en la sala de entrenamiento, Tavi sabía que Max era del tipo de espadachín que se podía convertir en una leyenda y en protagonista de canciones, o que podía morir a causa de un exceso de confianza antes de llegar a ese punto. Max era una hoja letal, pero la sala de entrenamiento era muy diferente a las calles, y los compañeros de esgrima no se iban a comportar de la misma manera que unos asesinos profesionales. La experiencia de Max en las legiones tampoco le habría preparado para el tipo de lucha sucia que se podía desplegar en las calles de la capital. Aunque Tavi confiaba en Max más que en otras tres o cuatro personas a quienes conocía, excepto quizás el Primer Señor, temía por su amigo.

Aun así, temía aún más por su tía. Tavi sabía que Isana había pasado toda la vida en el campo y tenía muy poca idea de lo traicionera que podía ser la capital. No podía imaginar que estuviera en compañía de una cortesana si conociera la profesión de la

mujer. Tavi tampoco se podía imaginar que su tía llegase a la capital sin algún tipo de guardia o escolta, en especial si estaba aquí por invitación de Gaius. Seguramente, habría podido contar al menos con la compañía de su hermano menor, Bernard. Pensando en eso, ¿por qué el Primer Señor no le había asignado a Amara o uno de los cursores para que la acompañase mientras se encontraba en palacio? Gaius no tenía ninguna razón para llamarla a la capital con la única finalidad de permitir que le hicieran daño. Ella era un símbolo de su autoridad.

Todo aquello significaba que las comunicaciones habían quedado interrumpidas en algún nivel. Isana era vulnerable, y quizás estaba desprotegida, o tal vez bajo la guía de alguien que la conduciría hacia el peligro. En cuanto Tavi la encontrase, se la llevaría inmediatamente a la seguridad del palacio. Aunque no le pudiera decir nada de lo que le ocurría al Primer Señor, el hecho de protegerla favorecía el interés de Gaius, y Tavi estaba seguro de que podría convencer a Killian para que la alojara en las habitaciones de los invitados, donde la presencia de la Guardia Real la protegería de un peligro mortal.

Suponiendo que se encontrase bien.

Un escalofrío lo atravesó y le proporcionó aún más velocidad a sus piernas mientras corría incansable, concentrado y aterrorizado por la mujer que lo había criado como si fuera su hijo.

Cuando Renzo apareció por detrás de un carruaje aparcado y sin cochero, Tavi casi no tuvo tiempo de darse cuenta antes de que el enorme muchacho lo golpease con el movimiento de su brazo. Tavi se retorció y recibió el golpe en los dos brazos, pero la fuerza impulsada por las furias del chico mucho más grande fue imparable, y envió a Tavi tambaleándose contra el muro de piedra que rodeaba el terreno de otra gran mansión.

Consiguió evitar golpearse contra la pared o romperse el hombro con el impacto. Aparte de eso, lo único que pudo hacer Tavi fue caer al suelo. Pudo saborear la sangre en la boca. Renzo se cernió sobre él con su túnica marrón, los ojos de cerdo entornados y las dos manos cerradas en puños que tenían el tamaño de martillos.

Alguien dejó escapar una carcajada nerviosa, y Tavi volvió la cabeza para ver cómo Varien se acercaba desde el mismo escondite.

—Vaya, vaya —comentó Varien—. Míralo, creo que va a llorar.

Tavi probó los brazos y las piernas, antes de colocar las manos en el suelo para levantarse. Al hacerlo, los temores, las preocupaciones y la humillación se fundieron en algo que solo tenía bordes duros y filos aserrados. Su tía estaba en peligro. El Reino podía estar en peligro. Y aquellos dos idiotas arrogantes habían elegido este momento, de entre todos los momentos posibles, para interferir.

—Varien —replicó Tavi en voz baja—. No tengo tiempo para esto.

—No vas a tener que esperar mucho —le explicó Varien con tono burlón—.

Nosotros hemos venido por delante, pero Brencis no tardará mucho en venir a hablar contigo sobre la grosería que supone el presentarte en una fiesta sin invitación.

Tavi se enderezó y se encaró con Varien y Renzo. Cuando habló, una voz extraña le salió de los labios, con un tono duro, frío y mandón.

—Apartaos de mi camino. Los dos.

La risita de Varien vaciló y sus ojos azules y acuosos parpadearon varias veces mientras miraba a Tavi. Después de una pausa dubitativa, empezó a hablar.

—Vuelve a abrir la boca —lo cortó Tavi con el mismo tono frío— y te romperé la mandíbula. Apártate.

Un relámpago de miedo atravesó la cara de Varien, seguida de una oleada de rabia.

—No me puedes hablar...

Tavi disparó la bota contra la barriga de Varien, y el golpe le impactó de lleno. El chico más alto se dobló con un jadeo y se agarró el vientre. Sin detenerse, Tavi lo agarró por el cabello y, con todo el peso de su cuerpo, precipitó al chico contra las piedras de la calle, de manera que el peso combinado de los dos impactó en un ángulo oblicuo en la barbilla de Varien. Se oyó un crujido terrible, y Varien dejó escapar un chillido de dolor.

Tavi se puso en pie de un salto, mientras lo atravesaba una oleada de excitación y alegría salvajes. Renzo se adelantó y disparó el brazo contra Tavi en otro amplio golpe lateral. Tavi pasó por debajo y respondió con el puño que se movía en una extensión corta y vertical, formando con el brazo y el codo una sola línea, junto con la pierna que tenía adelantada. Hasta el último gramo de potencia en el cuerpo de Tavi impactó en la punta de la mandíbula de Renzo. La cabeza del chico mucho más grande salió disparada hacia atrás y hacia arriba, pero no cayó. Se tambaleó sobre los pies, con los ojos parpadeando en una confusión sorprendida y tiró hacia atrás el puño enorme para golpear de nuevo.

Tavi apretó los dientes, dio un paso a un lado y lanzó un patada hacia abajo contra la rodilla del muchacho. Con el crujido, Renzo dejó escapar un bramido y cayó, rugiendo, maldiciendo y aferrando con ambas manos la rodilla herida.

Tavi se puso en pie y bajó la mirada hacia los dos chicos que lo habían atormentado, mientras se retorcían y gritaban de dolor. Sus chillidos habían empezado a llamar la atención de las mansiones vecinas y de los transeúntes en la calle. Alguien estaba llamando ya a los legionares cívicos, y Tavi sabía que llegarían en cualquier momento.

Los chillidos de Varien se habían convertido en sollozos de dolor. Renzo no estaba en mejor disposición, pero consiguió apretar los dientes ante los sonidos de dolor, de manera que salían como los gritos de una bestia herida.

Tavi se los quedó mirando.

Había visto cosas horribles durante la segunda batalla de Calderon. Había presenciado cómo Doroga conducía su enorme toro a través de un mar de cadáveres marat quemados y ensangrentados, mientras los heridos gritaban su dolor hacia un cielo indiferente. Había visto cómo los cuervos de Alera, conscientes de la batalla, descendían en nubes para deleitarse con los ojos y las lenguas de los muertos y los moribundos, marat y aleranos por un igual, con una espantosa falta de preferencia entre cadáveres y heridos. Tavi había visto las murallas de Guarnición casi literalmente pintadas con sangre. Había visto cómo hombres y mujeres morían aplastados, apuñalados, atravesados y estrangulados mientras luchaban por sus vidas y había chapoteado a través de charcos de sangre aún caliente mientras atravesaba a la carrera toda esa carnicería.

Durante un tiempo lo habían perseguido las pesadillas. Se habían vuelto menos frecuentes, pero los detalles no se habían desvanecido de la memoria. Con demasiada frecuencia se daba cuenta de que miraba hacia atrás, contemplándolos con una especie de fascinada repulsión.

Había visto cosas terribles. Se había enfrentado a ellas. Las había odiado y aún lo seguían aterrorizando, pero se había enfrentado a la simple existencia de esa destrucción odiosa sin dejar que controlase su vida.

Pero aquello era diferente.

Tavi no le había hecho daño a nadie durante la segunda batalla de Calderon, pero el dolor que sufrían ahora Renzo y Varien se lo había provocado con sus propias manos, por su propia voluntad, por su propia elección.

No había dignidad alguna en lo que les había hecho. Ni tampoco había nada de lo que enorgullecerse. La alegría repentina que le había recorrido el cuerpo durante la lucha rápida y brutal se había diluido y desvanecido. De alguna manera siempre había ansiado este momento, el instante en que pudiera usar sus habilidades contra aquellos que siempre le habían hecho sentir tan pequeño e impotente. Esperaba sentir satisfacción y ansias de triunfo. Pero en su lugar solo sentía un vacío que se estaba llenando con unas náuseas repentinas y mareantes. Nunca había herido a nadie de tanta gravedad. Se sentía manchado, como si hubiera perdido algo valioso que no sabía que poseyera.

Les había hecho daño a los otros chicos, les había causado terribles heridas. Era la única manera en que los podía vencer. Todo lo que no hubiera sido una herida que los dejase fuera de combate les habría permitido utilizar sus furias contra él, y en ese caso no habría podido hacer nada más que sufrir lo que quisieran hacerle. Por eso les había hecho daño. Malherido. En el transcurso de unos pocos segundos, rememoró todas las humillaciones y el dolor que le habían sido inflingidos durante dos años por partida doble.

Había sido necesario.

Pero eso no significaba que fuera correcto.

—Lo siento —se disculpó Tavi en voz baja, aunque el hielo en su voz seguía marcando las palabras—. Siento haber tenido que hacer esto.

Empezó a añadir algo más, pero entonces movió la cabeza, se dio la vuelta y reemprendió la carrera hacia la mansión de sir Nedus. Una vez estuviera seguro de que su tía estaba a salvo ya se ocuparía de los cargos y los problemas legales con la Legión Cívica.

Pero antes de recorrer unos pocos pasos, las piedras bajo sus pies se elevaron y lo lanzaron con dureza contra el muro de piedra más cercano. No estaba prevenido, y la cabeza le golpeó con fuerza contra la roca y el relámpago de una luz fantasmal le cegó. Sintió cómo caía e intentó levantarse, pero una mano áspera lo agarró y lo lanzó con una facilidad terrible. Voló por el aire y aterrizó en el empedrado, y cuando dejó de dar vueltas las estrellitas habían empezado a desaparecer de sus ojos.

Levantó la mirada para comprobar que se encontraba en un callejón oscuro y sin salida, entre una vinatería pequeña y cara y un orfebre. Inexplicablemente se había levantado la niebla y al parpadear se espesó y le cubrió la cara. Tavi se puso de rodillas para ver como Kalarus Brencis Minoris se cernía sobre él, vestido con un jubón gris y verde, una diadema de hierro con una piedra verde sobre las cejas y las joyas formales que le brillaban en los dedos y en el cuello. El cabello de Brencis iba estirado hacia atrás y recogido en la trenza que las ciudades del sur empleaban en sus guerreros de cabello largo, y del cinturón le colgaban una espada y una daga. Sus ojos crueles estaban entrecerrados y ardían con algo salvaje y desagradable a lo que Tavi no supo poner nombre.

—¿Así que pensaste que sería divertido burlarte de mí colándote en la fiesta de mi padre? —empezó Brencis en voz baja, a medida que la niebla seguía espesándose—. ¿Quizá para beber vino? ¿Para robar algo valioso?

—Estaba entregando una misiva del Primer Señor —consiguió decir Tavi.

Aunque a juzgar por el efecto que tuvieron sus palabras, se podría haber quedado callado.

—Y ahora has atacado y herido a mis amigos y compañeros de fatigas. Aunque supongo que dirás que tenías instrucciones del Primer Señor para hacerlo, ¿verdad, cobarde?

—Brencis —replicó Tavi a través de los dientes apretados—, esto no va contigo.

—Cuervos que no —bufó Brencis.

Para entonces la niebla se había convertido en una sábana espesa a su alrededor, y Tavi no podía ver mucho más que un par de pasos por delante.

—He soportado por última vez tu insolencia. —Brencis empuñó con indiferencia la espada que le colgaba a un lado y después blandió la daga con la mano izquierda—. Nunca más.

Tavi se quedó mirando la luz inquietante que bailaba en el fondo de los ojos de Brencis y se obligó a ponerse en pie.

—No lo hagas, Brencis. No seas idiota.

—¡No voy a permitir que me hable de esa manera un anormal sin furias! —bramó Brencis, y se abalanzó sobre Tavi, con la espada extendida por delante en un claro intento de alcanzar el vientre de Tavi.

Tavi sacó el cuchillo y consiguió detener el envite y desviarlo hacia un lado, de manera que la punta de la espada de Brencis le pasó de largo. Pero había sido una parada afortunada, y Tavi lo sabía. En cuanto Brencis empezase a fintar, su hoja pequeña no le serviría de nada, y Tavi dio un salto para alejarse del atacante, buscando a la desesperada una salida del callejón. Pero no había ninguna.

—Campesino estúpido —lo insultó Brencis con una sonrisa—. Siempre he sabido que eras un cerdito apestoso y sin agallas.

—Los legionares cívicos ya están de camino —replicó Tavi con voz temblorosa.

—Hay tiempo suficiente —precisó Brencis—. Nadie verá nada a través de la niebla. —Sus ojos brillaron con una diversión malvada—. Qué coincidencia más extraña que apareciera justo ahora.

Atacó de nuevo, y el acero brillante de su espada apuntó hacia el cuello de Tavi, que se agachó por debajo, pero la bota de Brencis se alzó para golpearlo en la cabeza. Tavi consiguió recibir parte de la patada en el hombro, pero la fuerza de Brencis ayudada por las furias se podía igualar con la de Renzo y se tambaleó hacia un lado. Solo la pared del orfebre impidió que cayera al suelo y el mundo giraba muy deprisa a su alrededor cuando Brencis levantó la espada para asestarle una poderosa estocada mortal de arriba abajo.

El instinto de Tavi le estaba chillando y de alguna manera consiguió tirarse hacia atrás cuando bajó la espada. Sintió una caliente punzada de dolor en el brazo izquierdo. Blandió la daga con la intención de cortar la mano de la espada de Brencis, pero el chico mucho más alto lo evitó con gran facilidad. Entonces Brencis levantó la mano y movió la muñeca, y una ráfaga de viento repentino lanzó al suelo a Tavi. Lo empujó de espaldas por el callejón hasta el muro que cerraba el final. Luchó para ponerse en pie, pero solo consiguió que el viento lo aplastase con la espalda contra la pared, donde unas manos feas y deformes surgieron limpiamente de las piedras y le atraparon por las muñecas y las piernas en un agarre demoledor.

Brencis recorrió con suma tranquilidad el callejón mientras miraba a Tavi con una expresión petulante. Enfundó la daga y lo abofeteó con desdén a un lado de la cara y después al otro al aprovechar la inercia del revés. Los golpes, aunque descargados con la mano abierta, le alcanzaron como puños pesados, y el mundo se redujo a un túnel totalmente ocupado por los rasgos delgados y arrogantes de Kalarus Brencis Minoris.

—No me puedo creer que seas tan idiota. ¿Creías que me podías insultar y desafiar una y otra vez? ¿Creías que podías sobrevivir a algo así? No eres nada, Tavi. No eres nadie. No eres un artífice. Ni siquiera un ciudadano. Solo eres la mascota favorita de un viejo chocho.

Brencis presionó la punta de la espada contra la mejilla de Tavi, que sintió otra punzada de dolor y notó cómo la sangre le corría sobre la mandíbula. Brencis miró a Tavi a los ojos. Los ojos del joven noble eran... extraños. Las pupilas estaban demasiado dilatadas, y su cara brillaba con el resplandor del sudor. El aliento le apestaba a vino.

Tavi tragó saliva e intentó pensar con claridad.

—Brencis —dijo en voz baja—. Estás bebido. Intoxicado. Has tomado drogas. No te controlas.

Brencis lo abofeteó dos veces más con pequeños golpes desdeñosos.

—Me parece que disiento.

Tavi se sintió desorientado y su estómago le dio vueltas y retortijones.

—Brencis, debes parar y pensar. Si...

Y entonces Brencis lanzó el puño contra el vientre de Tavi y, aunque el muchacho consiguió endurecer el abdomen y dejó escapar un fuerte jadeo cuando recibió el puñetazo, amortiguando el impacto, lo descargó con más fuerza de la que Tavi había sentido nunca y lo dejó sin respiración.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —chilló Brencis con el rostro pálido de rabia—. Hago lo que me da la gana. Vas a morir porque yo lo quiero. —Se lamió los labios y apretó la mano alrededor de la empuñadura de la espada—. No tienes ni idea del tiempo que llevo esperando que suceda esto.

En algún punto de la niebla a espaldas de Brencis se oyó el chirrido del metal cuando la espada sale de su funda.

—Curioso —comentó Max, y el amigo de Tavi salió de la niebla con una espada de legionare en la mano—. Eso mismo estaba pensando yo.

Brencis se quedó helado y aunque no retiró la punta de la espada de la mejilla de Tavi, miró hacia atrás.

—Apártate de él, Brencis —ordenó Max.

Los labios de Brencis se retorcieron en una mueca burlona.

—El bastardo. No, Antillar. Te vas tú. Vete ahora mismo, o mataré a tu amiguito campesino.

—Acabas de decir que lo quieres matar de todas formas —replicó Max—. ¿Tan estúpido te parezco?

—¡Lárgate! —chilló Brencis—. ¡Lo voy a matar! ¡Ahora mismo!

—Estoy seguro de ello —reconoció Max con expresión ausente—. Pero entonces yo te mataré a ti. Tú lo sabes. Yo lo sé. Sé listo, Brencis, date por vencido.

Tavi vio cómo el cuerpo de Brencis empezaba a templar y miraba rápidamente de Tavi a Max y de Max a Tavi. Sus ojos, demasiado abiertos, demasiado inyectados en sangre, ardían con un fuego desesperado y extraño, y de repente se entornaron.

—¡Max! —gritó Tavi en un intento por avisar a su amigo.

Al mismo tiempo, Brencis se alejó de Tavi, se giró, extendió la mano y el fuego llenó el estrecho callejón en una tormenta letal y repentina que salió de ninguna parte y se dirigía contra Max.

Durante un segundo, Tavi no pudo ver nada, pero entonces percibió una sombra entre las llamas, una silueta oscura agachada y con un brazo levantado como si se quisiera proteger los ojos. La llama se desvaneció de repente y dejó a Max agachado con una rodilla en tierra, el antebrazo izquierdo levantado por protegerse los ojos y la espada en la mano. La punta de la espada brillaba con un color rojo cereza, y la ropa de Max estaba ennegrecida y quemada en muchos puntos, pero se puso de nuevo en pie, aparentemente ileso y empezó a andar hacia Brencis.

—Tendrás que hacerlo mejor —anunció en voz baja.

Brencis le dio la espalda a Tavi y se encaró con Max emitiendo un gruñido. Hizo un gesto y los adoquines delante de sus pies se liberaron del suelo y volaron hacia Max en una nube pesada y letal.

Max alzó la mano izquierda y la cerró en un puño con expresión lúgubre. Una de las paredes de piedra del callejón fluyó de repente como si fuera agua y se extendió entre Max y las piedras que le habían lanzado, que golpearon la pared que se había formado delante de Max, convirtiéndose en gravilla con el impacto. Un segundo después, la pared volvió a su posición original. Max bajó el brazo y siguió avanzando.

Brencis volvió a gruñir y una gran zona de piedras empezó a surgir del suelo, pero Max hizo un gesto seco hacia una pila de leña casi vacía que se apilaba contra una pared y una docena de leños, cada uno del tamaño del muslo de Tavi, se flexionaron de repente y saltaron hacia Brencis.

Brencis liberó las piedras que había empezado a levantar y su espada se convirtió en una red de acero que interceptó cada leño y lo partió limpiamente, de manera que los trozos se alejaron inofensivos. Max cargó hacia delante con la espada en la mano y con un grito de rabia frustrada y miedo, mientras Brencis avanzó para encontrarse con él. Las hojas resonaron con dureza en el callejón, el acero chirrió y las chispas salieron volando en una llovizna de fuego cada vez que se encontraban las espadas. Los dos se atacaron y fintaron, pasaron de largo y se dieron la vuelta para atacarse una y otra vez con movimientos gráciles y suaves como si fueran un par de bailarines.

Tavi vio la sorpresa dibujada en la cara de Max durante un segundo, después del tercer envite. Tavi sabía que era un espadachín consumado, pero estaba claro que había subestimado a Kalare Brencis. El otro muchacho estaba a su altura, y otro par

de envites dieron lugar a más entrechocar de acero y nada de sangre.

Y entonces Brencis miró a Tavi, le lanzó a Max una sonrisa muy fea, alzó la mano y la movió hacia Tavi. El fuego surgió de la punta de sus dedos y se precipitó hacia el chico indefenso.

—¡No! —gritó Max, que se giró con un movimiento de la mano y una ráfaga de viento se levantó delante de Tavi, conteniendo las llamas y protegiéndolo del fuego, aunque el aire se calentó lo suficiente como para hacerle daño en los pulmones.

—¡Max! —chilló Tavi.

Brencis clavó su espada reluciente en la espalda de Max, y la punta le salió por el vientre.

El rostro de Max palideció, y sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

Brencis retorció la hoja una, dos veces y entonces la sacó.

Max soltó el aire con lentitud, y cayó de manos y rodillas. Un silencio repentino llenó el callejón.

—Sí —exclamó Brencis, jadeando y con los ojos brillantes—. Sí. Por fin.

Hizo un gesto con la mano, y una malvada ráfaga de viento formó sobre la espalda de Max una línea tan fina que atravesó su camisa y abrió un surco largo y sangriento en su piel.

—Bastardo. Tan engreído. Tan seguro de ti mismo.

Brencis movió la muñeca una y otra vez, abriendo las cicatrices en la espalda de Max y convirtiéndolas en nuevas fuentes de dolor y sangre.

Max dejó escapar un gemido y cada golpe lo empujaba más contra el suelo. Pero cuando levantó la mirada hacia Tavi, su cara mostraba una determinación desafiante además de dolor y miedo. Tavi sintió que sus ataduras en muñecas y tobillos se empezaban a soltar de repente, y su miedo y rabia frustrados alcanzaron un nuevo cenit cuando comprendió qué intenciones tenía Max.

Brencis no le prestaba ninguna atención a Tavi, que estaba totalmente concentrado en seguir azotando a Max, sin dejar de gruñir ni de maldecirlo. Max dejó escapar un gemido muy fuerte y se derrumbó casi por completo sobre el suelo. Tavi quedó abruptamente liberado de la piedra.

Afirmó los pies en el suelo, le dio la vuelta a la empuñadura del cuchillo, atrapó la parte plana de la hoja entre los dedos y, con un movimiento instintivo y practicado, lo lanzó contra el cuello de Brencis. Dio vueltas en el aire y Brencis no se dio cuenta de que llegaba hasta que ya era demasiado tarde. Se agachó para evitar el cuchillo, pero su hoja impactó con fuerza, chorreó sangre de la mejilla de Brencis, y se clavó por completo en la oreja del chico. Brencis chilló ante el dolor repentino.

Tavi sabía que solo disponía de unos segundos antes de que Brencis se recuperase y los matase a los dos. Salió disparado hacia delante, saltó por encima de Max y golpeó el pecho de Brencis con su hombro. Ambos cayeron, y Brencis intentó

alcanzar la daga, pero Tavi le metió el pulgar en el ojo con una desesperación feroz y Brencis volvió a chillar.

No había tiempo para pensar, ni para técnicas, ni para tácticas complejas. La lucha era demasiado fea, elemental y brutal. Brencis agarró a Tavi del cuello con la mano que tenía libre y empezó a apretar. Trataba de partirle la tráquea con su fuerza impulsada por las furias, pero Tavi contraatacó mordiéndole el antebrazo hasta que la boca se le llenó de sangre. Brencis chilló. Tavi empezó a golpear al muchacho, descargando los puños como si fueran pesados mazos, mientras Brencis intentaba sin éxito blandir la espada en el cuerpo a cuerpo de la pelea.

Tavi gritó y no cedió, con la fuerza que le proporcionaban el terror y la rabia. Brencis intentó alejarse a gatas, pero Tavi lo agarró por el cuello y empezó a golpearle la cara al chico contra las piedras del suelo. Una y otra vez precipitó la cara de Brencis contra los adoquines, con todo su peso sobre la espalda del otro, hasta que el cuerpo que tenía debajo se quedó flojo de repente.

Y entonces un martillo lo golpeó en la cabeza, y lo tiró hacia atrás y lejos de Brencis.

Tavi aterrizó hecho un revoltijo. Apenas podía ver. Aun así levantó la mirada, con la cabeza latiéndole en punzadas que le provocaban arcadas, y vio cómo un hombre salía de la niebla, vestido de verde y gris. Tavi lo reconoció vagamente como el Gran Señor Kalare. El hombre miró con desprecio a Tavi, y después se acercó a Brencis. Movi6 a su hijo con la punta de la bota.

—Levántate —ordenó Kalare con una voz que temblaba de rabia y amargura.

Tavi vio detrás de él las siluetas patéticas y encorvadas de Varien y Renzo, que se apoyaban el uno en el otro para no caer.

Brencis se revolvió y después empezó a levantar la cabeza poco a poco. Se sentó y su cara era un amasijo de cortes, sangre y magulladuras. Tenía abierta la boca ensangrentada, y Tavi pudo ver los dientes rotos.

—Eres patético —le recriminó Kalare y en su voz no había compasión ni preocupación por su hijo—. Los tenías y has permitido que este... pequeño don nadie anormal te venza.

Brencis intentó decir algo, pero se limitó a emitir una masa de sonidos y sollozos carentes de significado.

—No hay excusas —prosiguió Kalare—. Ninguna. —Levantó la mirada hacia los dos chicos al fondo del callejón—. Nadie debe saber nunca que tú, mi hijo, caíste derrotado a manos de este campesino. Nunca. No podemos permitir que la noticia de esta humillación salga de aquí.

El corazón le dio un vuelco a Tavi. Max seguía respirando, pero yacía inmóvil en un charco formado por su propia sangre. Tavi intentó ponerse en pie, pero no pudo hacer ninguna otra cosa por evitar vomitar. Sabía que el Gran Señor Kalare estaba a

punto de matarlos. Contempló impotente cómo Kalare levantaba una mano, y la tierra empezó a temblar a su alrededor.

Pero entonces la luz inundó el callejón, una luz dorada y cegadora que alejó la niebla con la misma rapidez con la que el sol se habría elevado sobre Alera Imperia. La luz le hizo daño en los ojos y Tavi levantó una mano para protegerse de ella.

Placida Aria, Gran Señora de Placida, apareció en la entrada del callejón con media centuria de la Legión Cívica detrás de ella. Tenía levantado un brazo delgado con la muñeca paralela al suelo y sobre ella descansaba la silueta de un halcón cazador formada por un fuego puro y dorado. Esa luz caía sobre el callejón y lo iluminaba todo.

—Vuestra Gracia —saludó Placida y su voz resonaba con la claridad de una trompeta de plata, tranquila y con una fuerza inconfundible—. ¿Qué pasa aquí?

Los temblores del suelo cesaron de repente. Kalare miró a Tavi durante un momento con ojos vacíos, y después se volvió hacia Lady Placida y los legionarios.

—Un asalto, Vuestra Gracia. Antillar Maximus ha atacado y malherido a mi hijo y a sus compañeros de la Academia.

Lady Placida entornó los ojos.

—¿De verdad? —Pasó la mirada de Kalare a los chicos en el suelo, a Brencis, Renzo y Varien—. ¿Y vos habéis presenciado este asalto?

—La última parte —respondió Kalare—. Se cruzaron espadas. Antillar estaba intentando matar a mi hijo después de haber apalizado de gravedad a estos muchachos. Mi hijo y sus amigos pueden prestar testimonio sobre los hechos.

—N... no —tartamudeó Tavi—. Eso no es lo que ha ocurrido.

—Chico —le cortó Kalare con voz furiosa—. Esto es asunto de ciudadanos. Refrena esa lengua.

—¡No! Vos no sois... —El aire se espesó de repente en la garganta de Tavi, obligándole a callar y levantó la mirada para ver cómo Kalare fruncía ligeramente el ceño.

—Chico —intervino lady Placida con voz helada—. Refrena esa lengua. El Gran Señor tiene razón, esto es un asunto de ciudadanos. —Miró a Tavi durante un segundo, y Tavi creyó ver cómo una expresión le pasaba por la cara, una disculpa. Sus siguientes palabras fueron más tranquilas y menos heladas—. Aquí debes permanecer en silencio. ¿Comprendes?

La presión de su garganta se relajó, y Tavi pudo respirar de nuevo. Se quedó mirando a lady Placida durante un momento y asintió.

Lady Placida le devolvió el gesto, y después se volvió hacia el hombre que se encontraba a su lado.

—Capitán, con vuestro permiso, atenderé de inmediato las heridas de los implicados, antes de que os llevéis detenidos a los acusados.

—Por supuesto, mi señora —aceptó el legionare a su lado—, y estamos muy agradecidos de vuestra ayuda.

—Muchas gracias —replicó y empezó a recorrer el callejón hacia Tavi y Max.

Kalare se dio la vuelta para encararse con ella, y se interpuso a las claras en su camino.

Placida era algunos centímetros más alta que Kalare, y lo miró desde arriba con una expresión serena y distante. El halcón de fuego que llevaba sobre la muñeca y que seguía muy presente, movió las alas inquieto, lanzando chispas que planearon hasta el suelo.

—¿Sí, Vuestra Gracia?

Kalare respondió en voz muy baja.

—No me querréis como enemigo, mujer.

—Teniendo en cuenta lo que sé de vos, Vuestra Gracia, no veo qué otra cosa podríais ser.

—Vete —le ordenó con voz de mando.

Lady Placida se rio de él con un sonido alegre y burlón.

—Qué extraño me parece que Antillar Maximus infligiese todas esas heridas con las manos. No sé si sabéis que posee una fuerza considerable con el artificio de las furias.

—Es el hijo bastardo de un bárbaro apestoso. Es lo que cabría esperar —replicó Kalare.

—Lo mismo que las heridas en sus nudillos después de semejante barbaridad. Pero tiene las manos ilesas, y todas las heridas que tiene Antillar están en su espalda.

Kalare la miró con una rabia silenciosa.

—Resulta extraño que las manos del otro chico presenten un aspecto tan terriblemente desastroso, Vuestra Gracia. Nudillos despellejados en ambas manos. Parece raro, ¿no creéis? Parecería como si el chico de Calderon hubiera vencido no solo a vuestro hijo, sino también a sus compañeros. —Frunció los labios con gesto burlón, como si estuviera pensando—. ¿El chico de Calderon no es el que no tiene ninguna capacidad en el artificio de las furias?

Los ojos de Kalare brillaron de rabia.

—Zorra arrogante, te voy a...

Los ojos grises de lady Placida siguieron tan tranquilos y duros como unas montañas distantes.

—¿Qué vais a hacer, Vuestra Gracia? ¿Me vais a retar en *juris macto*?

—Os esconderíais detrás de vuestro marido —respondió Kalare.

—Al contrario —replicó lady Placida—. Me enfrentaré a vos aquí y ahora si es el deseo de Vuestra Gracia. Los duelos no me resultan ajenos, como recordaréis de mi duelo por la ciudadanía.

La mejilla de Kalare empezó a temblar rítmicamente.

—Sí —señaló lady Placida—, lo recordáis. —Miró a Brencis y a sus compañeros—. Cuidad de vuestro hijo, Vuestra Gracia. Este asalto se ha terminado. Así que por favor, ¿querréis apartaros para que pueda asistir a los heridos...? —La pregunta fue muy educada, pero sus ojos no se apartaron de Kalare.

—Esto no lo voy a olvidar —murmuró Kalare, mientras se apartaba—. Os lo prometo.

—No os podríais creer lo poco que me importa —replicó lady Placida, y pasó a su lado sin lanzarle ni una mirada, mientras que el halcón de fuego dejaba a su paso una ristra de chispas que caían al suelo.

Llegó al lado de Tavi y Max, y dejó el halcón en el suelo a su lado, con una expresión muy profesional. Tavi contempló cómo Kalare ayudaba a su hijo a ponerse en pie y se fue con él y con sus compañeros.

Tavi soltó el aire poco a poco.

—Se han ido, Vuestra Gracia —comentó.

Lady Placida asintió con calma. Sus ojos se entornaron durante un momento al ver las cicatrices que se habían abierto en la espalda de Max. También descubrió la estocada a través de la parte baja de la espalda e hizo una mueca de dolor.

—¿Vivirá? —preguntó Tavi en voz baja.

—Eso creo —contestó ella—. Él mismo ha conseguido cicatrizar la peor parte, pero no está fuera de peligro. Ha resultado un golpe de suerte que siguiera a Kalare cuando se fue.

Lady Placida movió la mano y la colocó encima de la herida, y después deslizó la otra mano por debajo de Max, cubriendo la herida que había producido la espada al salir por el otro lado. Cerró los ojos durante dos o tres momentos silenciosos y después retiró las manos con mucho cuidado. La herida de la espalda se había cerrado, dejando una cicatriz cubierta de piel rosada y costra.

Tavi parpadeó poco a poco ante lo que acababa de ver.

—Ni siquiera habéis usado una bañera.

Lady Placida sonrió levemente.

—No tenía una a mano. —Echó una mirada hacia atrás en dirección a los legionares y preguntó—. ¿Qué ha ocurrido de verdad?

Tavi le explicó la pelea con toda la tranquilidad y concisión que pudo.

—Vuestra Gracia —suplicó—, es muy importante que Max regrese conmigo a la Ciudadela. Por favor, no lo pueden detener esta noche.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, pero eso es imposible, joven. Un Gran Señor y tres ciudadanos han acusado a Maximus de haber cometido un crimen. Estoy segura de que cualquier tribunal razonable lo declarará inocente, pero no se puede evitar el proceso judicial.

—Pero no puede. Ahora mismo, no.

—¿Y por qué no? —preguntó lady Placida.

Tavi la miró con una frustración impotente.

—Tú estás bastante a salvo, al menos de una acusación legal —le explicó lady Placida—. No existe ninguna posibilidad de que Kalare deje que su hijo te acuse de dejarlo medio muerto.

—Eso no es lo que me preocupa —replicó Tavi.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

Tavi sintió cómo se ruborizaba y apartó la mirada de lady Placida.

Ella suspiró.

—Te ruego que estés agradecido de que los dos estéis vivos —comentó—. Esto se parece bastante a un milagro.

—¿Tavi? —llamó Max con voz débil y cansada.

Tavi se volvió de inmediato hacia su amigo.

—Estoy aquí. ¿Te encuentras bien?

—He estado peor —murmuró Max.

—Maximus —intervino lady Placida con firmeza—. Debes permanecer en silencio hasta que te traslademos a una cama en condiciones, aunque sea en una celda. Estás malherido.

Max negó levemente con la cabeza.

—Tengo que decírselo, Vuestra Gracia. Por favor. A solas.

Lady Placida arqueó una ceja ante Max, pero después asintió y se puso en pie. Hizo un gesto y el halcón de fuego voló hacia ella, desvaneciéndose en la nada mientras lo hacía. Regresó con tranquilidad hacia los legionares y empezó a hablar con ellos.

—Tavi —empezó Max—. Fui hasta la casa de sir Nedus.

—¿Sí? —Tavi se inclinó sobre él con el corazón latiéndole al mismo ritmo que la cabeza.

—Los atacaron delante de la casa. Sir Nedus está muerto, al igual que el cochero y la cortesana. También los sicarios.

A Tavi le dio un vuelco el corazón.

—¿Tía Isana?

—No la vi, Tavi. Desaparecido. Había un rastro de sangre. Tal vez se la llevaron a algún sitio. —Empezó a decir algo más, pero puso los ojos en blanco y después los cerró.

Tavi se quedó mirando estupefacto a su amigo mientras los legionares se reunían a su alrededor y se lo llevaban a la cárcel. Después se acercó a la mansión de sir Nedus y descubrió que la Legión Cívica ya estaba presente en la macabra escena. Los cuerpos estaban dispuestos en una fila y ninguno de ellos era su tía.

Había desaparecido. Tal vez la habían secuestrado. Era muy posible que ya estuviera muerta.

Max, la única persona que podía mantener la ilusión de un Gaius fuerte, estaba en prisión. Sin su presencia como doble de Gaius, el Reino se podía encaminar hacia una guerra civil que permitiría que sus enemigos lo destruyesen por completo. Y había sido una decisión de Tavi lo que había provocado aquel despropósito.

Tavi se dio la vuelta y empezó a andar lenta y dolorosamente por las calles que conducían a la Ciudadela. Tenía que contarle a Killian lo que había pasado, porque ya no podía hacer nada más por su familia, ni por su amigo ni por su señor.

Amara se despertó con la sensación de que algo pequeño le rozaba el pie. Le dio una patada a lo que fuera y oyó un leve sonido de pasos en el suelo. Un ratón o una rata. Una explotación no estaba nunca libre de ellos, y daba igual la cantidad de gatos o de furias que se empleasen para mantenerlos a raya. Se sentó adormilada y se frotó la cara con las manos.

La gran sala de la propiedad estaba llena de hombres heridos. Alguien había encendido los fuegos en las chimeneas gemelas a ambos lados de la sala, y los guardias vigilaban ambas puertas. Se puso en pie y se estiró, mirando alrededor del salón hasta que localizó a Bernard al lado de una de las puertas. Hablaba en voz baja con Girdali. Cruzó la sala para llegar a su lado, sorteando muchos heridos en camastros y esterillas para dormir.

—Condesa —saludó Bernard con un gesto de cortesía con la cabeza—. Deberías estar acostada.

—Estoy bien —replicó—. ¿Durante cuánto tiempo he estado ausente?

—Unas dos horas —respondió Girdali, tocándose con un dedo el borde del yelmo en un gesto vago de respeto—. La vi en el patio. No estuvo nada mal para ser una..., eeh...

—¿Una mujer? —preguntó Amara con malicia.

Girdali bufó.

—Una civil —respondió con suavidad.

Bernard dejó escapar una carcajada.

—¿Y los supervivientes? —preguntó Amara.

Bernard señaló con la cabeza hacia la zona más oscura en el centro de la sala, donde se encontraban la mayoría de los camastros y esterillas.

—Durmiendo.

—¿Los hombres?

Bernard señaló hacia las pesadas bañeras apoyadas en una de las paredes, que estaban boca abajo y secándose.

—Los sanadores han conseguido que los heridos que podían andar vuelvan a estar en forma para combatir, pero sin Harmonus no hemos podido recuperar a los hombres a quienes han lisiado de manera intencionada. Demasiados huesos que soldar sin más artífices del agua. Y algunos de los heridos más graves... —Bernard movió la cabeza.

—¿Hemos perdido más hombres?

Bernard asintió.

—Han muerto cuatro más. No pudimos hacer nada por ellos, y dos de los tres sanadores que quedan también están heridos. Hicieron todo lo que pudieron para ayudar a los demás, pero es demasiado trabajo y no hay manos suficientes.

—¿Y nuestros caballeros?

—Descansando —respondió Bernard con otro gesto hacia los camastros—. Quiero que se recuperen lo antes posible.

Giraldi bufó en voz baja.

—Decid la verdad, Bernard. Disfrutáis obligando a la infantería a seguir de pie y sin descanso.

—Es verdad —reconoció Bernard muy serio—. Pero esta vez solo ha sido una coincidencia afortunada.

Amara se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—Centurión, me pregunto si estarías dispuesto a encontrarme algo para comer...

—Por supuesto, Su Excelencia. —Giraldi golpeó el puño contra el centro del peto y se encaminó hacia el fuego más cercano y una mesa de provisiones que se encontraba a su lado.

Bernard vio cómo se alejaba el centurión. Amara cruzó los brazos y se apoyó en el quicio de la puerta, mirando hacia el exterior mientras la luz del sol de última hora de la tarde se derramaba por el patio macabro. La visión amenazó con desencadenar un ciclón de miedo, rabia y culpa, y Amara tuvo que cerrar los ojos durante un momento para no perder el control.

—¿Qué vamos a hacer, Bernard?

El hombre grande frunció el ceño hacia el patio y después de un momento Amara abrió los ojos y estudió sus facciones. Bernard parecía cansado, perseguido, y cuando habló su voz estaba cargada de culpa.

—No estoy seguro —confesó al fin—. Hasta hace un momento no hemos conseguido asegurar el recinto y cuidar de los heridos.

Amara miró hacia los restos que había en el patio. Los legionares habían reunido a los caídos, que yacían frente a una de las murallas exteriores del recinto, cubiertos con sus capas. Los cuervos volaban de un lado para otro, y algunos picoteaban los bordes de los cadáveres cubiertos, pero la mayoría de ellos se interesaron por unos restos que estaban demasiado esparcidos como para poder recuperarlos.

Amara puso una mano sobre el brazo de Bernard.

—Eran conscientes de los riesgos —comentó en voz baja.

—Y esperaban que los comandase alguien con dotes de mando —replicó Bernard.

—Esto era imprevisible, Bernard. No te puedes culpar por lo que ha ocurrido.

—Puedo —reconoció Bernard en voz baja—. Lo mismo que lord Riva y Su Majestad. Debería haber sido más precavido y esperar la llegada de los refuerzos.

—No había tiempo —le recordó Amara y le apretó la muñeca—. Bernard, seguimos sin tener tiempo si Doroga está en lo cierto. Hay que decidir un curso de acción.

—¿Aunque sea erróneo? —preguntó Bernard—. ¿Aunque signifique que más

hombres van a encontrarse con la muerte?

Amara respiró hondo, y respondió en voz baja y en tono suave con palabras carentes de rencor:

—Sí. Aunque signifique las muertes de todos ellos. Aunque signifique tu muerte. Aunque signifique mi muerte. Estamos aquí para proteger al Reino. Hay decenas de miles de campesinos que viven de aquí a Riva. Si estos vord pueden extenderse con la rapidez que ha señalado Doroga, las vidas de esas personas están en nuestras manos. Lo que hagamos en las próximas horas podrá salvarlos.

—O matarlos —añadió Bernard.

—¿Preferirías que no hiciéramos nada? —preguntó Amara—. Para eso, mejor les cortamos el cuello.

Bernard la miró durante un momento y cerró los ojos.

—Tienes razón, por supuesto —murmuró—. Los atacaremos. Lucharemos.

Amara asintió.

—Bien.

—Pero no puedo luchar contra algo que no he visto —replicó—. No sabemos dónde están. Esas cosas ya nos han tendido una trampa. Seríamos unos idiotas si saliéramos a ciegas a su encuentro. Sería sacrificar más vidas a cambio de nada.

Amara frunció el ceño.

—Estoy de acuerdo.

Bernard asintió.

—Esa es la cuestión: queremos encontrarlos y exterminarlos. ¿Qué paso debemos dar ahora?

—Esa parte es simple —respondió ella—. Reunamos toda la información que podamos. —Amara miró alrededor de la gran sala—. ¿Dónde está Doroga?

—Fuera —respondió Bernard—. Se ha negado a dejar solo a Caminante.

Amara frunció el ceño.

—Él es la única persona que tiene experiencia con los vord. No nos podemos permitir que se arriesgue de esa manera.

Bernard esbozó una media sonrisa.

—No creo que ahí fuera no esté más seguro que nosotros aquí. Parece que los vord no han impresionado a Caminante.

Amara asintió.

—De acuerdo. Vamos a hablar con él.

Bernard asintió y le hizo un gesto a Giraldi. El centurión regresó a la puerta con una taza de latón de boca ancha en una mano. Ocupó de nuevo su puesto en la entrada y le ofreció a Amara la taza humeante, que estaba llena de la sopa espesa, picante y sustanciosa que recibía el sobrenombre de «sangre de legionare». Amara se lo agradeció con un gesto y se llevó la taza mientras Bernard y ella salían para hablar

con Doroga.

El jefe marat se encontraba en el mismo rincón que había defendido durante el ataque. La sangre y el icor se habían secado sobre su piel pálida y le proporcionaban un aspecto mucho más salvaje de lo habitual. Caminante estaba muy quieto, con la pata delantera izquierda levantada, mientras Doroga examinaba las almohadillas del pie del animal.

—Doroga —saludó Amara.

El marat devolvió el saludo con un gruñido sin levantar la vista.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bernard.

—Los pies —murmuró el marat—. Siempre le ayudo a cuidarse los pies. Los pies son importantes cuando eres tan grande como Caminante. —Levantó la mirada hacia ellos, y parpadeó a causa de la luz del sol—. ¿Cuándo saldremos detrás de ellos?

La cara de Bernard se iluminó con una sonrisa que mostraba sus dientes blancos.

—¿Quién dice que vamos a ir tras ellos?

Doroga bufó.

—Eso depende —le explicó Amara a Doroga—. Necesitamos saber todo lo que podamos sobre ellos antes de tomar una decisión. ¿Qué más nos puedes contar de los vord?

Doroga terminó con la garra. Miró a Amara durante un momento y se desplazó hacia la pata trasera de Caminante. Doroga golpeó la pata de Caminante con la palma de la mano. El gargante la levantó en diagonal y Doroga empezó a examinar el pie.

—Toman a todos los que pueden. Destruyen todo lo que no pueden tomar. Se extienden con rapidez. Si no los matas con rapidez, morirás.

—Eso ya lo sabemos —reconoció Amara.

—Bien —replicó Doroga—. Vámonos.

—Hay más cosas de que hablar —insistió Amara.

Doroga la miró sin comprender.

—Por ejemplo —explicó Amara—, he descubierto un punto débil en las jorobas que llevan en la espalda. Parece que si las golpeas sueltan una especie de fluido verdoso, se desorientan y mueren.

Doroga asintió.

—Lo he visto. He estado pensando en ello. Creo que se asfixian.

Amara arqueó una ceja.

—¿Perdona?

—Se asfixian —repitió Doroga, que frunció el ceño pensando y levantó la mirada como si estuviera buscando una palabra—. Se ahogan. Sofocan. Dan saltos de terror y después mueren. Como peces fuera del agua.

—¿Son peces? —preguntó Bernard con tono escéptico.

—No —respondió Doroga—, pero quizá respiran algo que no es aire, como los

peces. Cuando se termina lo que respiran, mueren. Esa cosa verde que hay en los bultos de su espalda.

Amara frunció los labios pensativa.

—¿Por qué lo dices?

—Porque huele a lo mismo que hay bajo el *croach*. Quizá lo consiguen allí.

—Tavi me habló del *croach* —musitó Bernard—. La capa que le daba su nombre al Bosque de Cera. Habían extendido esa sustancia por todo el valle.

Doroga gruñó y asintió.

—También se extendía sobre el nido que destruyó mi pueblo.

Amara frunció el ceño pensativa.

—Entonces es muy posible que ese *croach* no sea algo parecido... parecido a la cera de las abejas —razonó—. No es solo algo que utilizan para construir. Doroga, Tavi me explicó que aquellas cosas, las arañas de la cera, defendían el *croach* cuando se rompía. ¿Eso es cierto?

Doroga asintió.

—Las llamamos las Guardianas del Silencio. Y sí. Solo los más ligeros de mi pueblo podían andar sobre el *croach* sin romperlo.

—Eso tiene sentido —confirmó Amara—. Si el *croach* contiene todo lo que necesitan para sobrevivir... —Movié la cabeza—. ¿Cuánto tiempo llevaba el Bosque de Cera en ese valle?

Bernard se encogió de hombros.

—Cuando llegué a Calderon, llevaba allí hasta donde podían recordar los más viejos del lugar.

Doroga asintió.

—Mi abuelo estuvo allí cuando era un muchacho.

—Pero las arañas, o guardianas, ¿no aparecían nunca en ningún otro lugar? —preguntó Amara.

—Nunca —respondió Doroga sin dudar—. Solo se encontraban en el valle.

Amara miró hacia uno de los vord muertos.

—Entonces no podían abandonarlo. Esas cosas son rápidas y agresivas. Antes debía de existir algo que las retenía en algún lugar. Para sobrevivir debían de quedarse donde hubiera *croach*.

—Si eso es cierto —razonó Bernard—, ¿por qué se están extendiendo ahora? Fueron sedentarios durante años.

Doroga bajó la pata de Caminante.

—Algo cambió —intervino en voz baja.

—Pero ¿qué? —preguntó Amara.

—Algo despertó —respondió Doroga—. Tavi y mi cach... y Kitai despertaron algo que vivía en el centro del *croach*. Los persiguió cuando huían. Yo le tiré una

roca.

—Tal como lo explicó Tavi —intervino Bernard—, la roca era del tamaño de un poni.

Doroga se encogió de hombros.

—Se la tiré a la criatura que los perseguía. Le acerté a la criatura. La herí. La criatura huyó. Las guardianas la acompañaron. La protegieron.

—¿La habías visto antes? —preguntó Amara.

—Nunca —contestó Doroga.

—¿La puedes describir?

Doroga susurró algo mientras reflexionaba, y después hizo un gesto hacia un vord caído.

—Como estos. Pero no como estos. Más largo. Más delgado. Aspecto extraño. Como si todavía no fuera lo que debía ser.

—Doroga, tu pueblo ha perseguido a esta raza durante muchos años. ¿Cómo es posible que Tavi y Kitai despertasen a esa criatura? —preguntó Bernard.

—Quizá no te has dado cuenta —respondió Doroga con una expresión neutra—. Tavi hace las cosas a lo grande.

Bernard arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Vio cómo las guardianas veían el calor del cuerpo. Vio cómo respondían al daño al *croach*. Así que le prendió fuego.

Bernard parpadeó.

—Tavi... ¿incendió el Bosque de Cera?

—No te contó esa parte, ¿verdad? —comentó Doroga.

—Pues no —reconoció Bernard.

—La criatura mordió a Kitai. La envenenó. Tavi estaba escalando para salir, pero volvió a buscarla cuando la pudo dejar allí. Su misión era conseguir una seta que solo crecía en el bosque. Un remedio poderoso contra el veneno y la enfermedad. Cada uno de ellos llevaba una. Tavi le entregó la suya a Kitai para salvarla del veneno, aunque sabía que le costaría la carrera. Y la vida. —Doroga miró la cabeza—. La salvó. Y por eso, Bernard, maté a Atsurak en la batalla. Porque el chico salvó a mi Kitai. Fue un acto de valentía.

—¿Tavi hizo eso? —preguntó Bernard en voz baja.

—Tampoco te contó esa parte, ¿verdad? —volvió a preguntar Doroga.

—Él... tiene un enfoque muy particular cuando describe las cosas —respondió Bernard—. No habló de su papel en esta dramática historia.

—Doroga —preguntó Amara—, si Tavi echó a perder la carrera al salvar a tu hija, ¿cómo ganó el juicio?

Doroga se encogió de hombros.

—Kitai le entregó su seta para hacer honor a su coraje. Su sacrificio. Eso le costó algo que deseaba mucho.

—No le contaste esa parte, ¿verdad? —preguntó Bernard con una sonrisa.

Amara frunció el ceño y cerró los ojos durante un momento, reflexionando.

—Creo que sé lo que pasó. —Abrió los ojos y descubrió que los dos hombres la estaban mirando—. Creo que Tavi y Kitai despertaron a la reina vord. Supongo que estaría dormida o hibernando por alguna razón, y los dos hicieron algo que permitió despertarla.

Doroga asintió lentamente.

—Es posible. Primero se despierta la reina. Engendra dos reinas menores. Se separan y fundan nuevos nidos.

—Lo que significa que tienen que cubrir zonas nuevas con el *croach* —concluyó Amara—. Si realmente lo necesitan para sobrevivir.

—Los podemos encontrar —anunció Bernard con la voz emocionada—. Brutus conoce la sensación del Bosque de Cera. Puede encontrar algo parecido en esta zona.

Doroga gruñó.

—Lo mismo le ocurre a Caminante. Tiene mejor olfato que yo. Los podemos localizar y presentar batalla.

—No es necesario que lo hagamos —precisó Amara—. Basta con que destruyamos el *croach*. Si nuestra suposición es correcta, eso acabará con todos, tarde o temprano.

—Si tienes razón —intervino Bernard—, lucharán como locos por protegerlo.

Amara asintió.

—Entonces debemos saber cómo nos enfrentaremos a ellos. Esas arañas de la cera, ¿qué tipo de amenaza representan?

—Tienen una picadura venenosa —respondió Doroga—. Son más o menos del tamaño de un lobo pequeño. Bastante malas, pero nada que se iguale con esas cosas. —Hizo un gesto con el pie hacia uno de los caparzones aplastados y aplanados de un vord muerto.

—¿Crees que un legionare acorazado sería capaz de enfrentarse a una de ellas? —preguntó Amara.

Doroga asintió.

—La piel de metal detendría los colmillos de las guardianas. Sin la picadura no son gran cosa.

—Eso deja a los guerreros —señaló Amara, y miró alrededor del patio—, que son un poco más formidables.

—No si tomamos la iniciativa —replicó Bernard—. La centuria de Giraldi resistió bastante bien gracias al trabajo en equipo.

—Sí —asintió Doroga con un gesto de la cabeza—. Impresionante. Tu pueblo se

debe de aburrir horrores practicando ese tipo de lucha, todos tan apretujados.

Bernard sonrió.

—Sí, pero vale la pena.

—Lo he visto —reconoció Doroga—. Deberíamos pensar en atacar de noche. Las guardianas siempre son más lentas por la noche. Quizá los otros vord también lo sean.

—Ataque nocturno —repitió Bernard—. Asunto peligroso. Pueden salir mal un montón de cosas.

—¿Y la reina? —preguntó Amara—. Doroga, ¿luchaste contra la reina en el nido que destruiste?

Doroga asintió.

—La reina estaba protegida bajo una maraña de árboles caídos con dos crías de reina. La guardaban demasiados guerreros para entrar a por ella, así que Hashat prendió fuego a los árboles y matamos a todo lo que salió. Las crías de reina cayeron con facilidad. La reina fue la última en salir, rodeada de vord. Fue difícil echarle un buen vistazo. Más pequeña que los vord, pero más rápida. Mató a dos de mis hombres y a sus gargantes. Todo era humo y fuego, no pude ver nada. Pero Hashat la atacó y me gritó dónde debía golpear. Caminante aplastó a la reina. No quedó mucho.

—¿Lo podría hacer de nuevo? —preguntó Amara.

Doroga se encogió de hombros.

—Parece que sus patas están bien.

—Entonces es posible que tengamos un plan. Podemos enfrentarnos a las arañas, los vord, y la reina —enumeró Amara—. Atacamos y utilizamos a los legionares para proteger a nuestros caballeros Ignus, que incendian el *croach*. Cuando esté hecho, nos podemos retirar y dejamos que los vord se asfixien.

Doroga negó con la cabeza.

—Estás olvidando algo.

—¿Qué?

—Los tomados —respondió Doroga, y el marat se reclinó contra el muro. Se ocultó cuanto pudo en la sombra de la muralla y levantó la vista al cielo en señal de disculpa—. Los tomados pertenecen ahora a los vord. Tendremos que matarlos.

—Has dicho ya varias veces que han tomado a tu gente —intervino Amara—. ¿A qué te refieres exactamente?

—Tomados —repitió Doroga, que pareció perdido durante un momento, buscando las palabras—. El cuerpo está allí, pero la persona no lo está. Los miras a los ojos y no ves nada. Están muertos, pero los vord han tomado su fuerza.

—¿Los controlan los vord? —preguntó Amara.

—No parece posible —intervino Bernard con el ceño fruncido.

—En absoluto —replicó Amara—. ¿Has visto alguna vez lo que puede llegar a

hacerle un collar disciplinario a un esclavo? Si lo llevas a un extremo, puedes controlar a cualquiera.

—Es más que eso —explicó Doroga—. No queda nada en el interior. Solo el cascarón. Y el cascarón es rápido y fuerte. No siente dolor, ni tiene miedo, ni habla. Solo el exterior es el mismo.

El vientre de Amara sintió una punzada de terror.

—Los... habitantes de aquí. Todo el mundo que ha desaparecido...

Doroga asintió.

—No solo los hombres. Las mujeres. Los viejos. Cualquier niño tomado. Matarán hasta que los maten. —Cerró los ojos durante un momento—. Por esos sufrimos tantas bajas. Resulta difícil luchar contra cosas como esas. Vi cómo vacilaban un montón de buenos guerreros. Solo durante un instante, y murieron por ello.

Los tres se quedaron en silencio durante un momento.

—Doroga —preguntó Amara en voz baja—, ¿por qué has dicho antes que pueden cambiar de forma?

—Porque cambian —respondió Doroga—. En las historias, mi pueblo se ha encontrado tres veces con los vord. Cada vez tenían un aspecto diferente. Armas diferentes. Pero actuaban de la misma manera. Intentaban tomar a todo el mundo.

—¿Cómo se consigue esa toma? —presionó Amara—. ¿Es una especie de artificio de las furias?

Doroga gruñó y movió la cabeza.

—No estoy seguro de lo que es —respondió—. En algunas historias, los vord solo te miran. Te controlan como una bestia estúpida.

Caminante hizo que temblara el suelo con un bramido muy bajo que terminó con un bufido, y golpeó a Doroga con una pata cubierta de un pelaje espeso.

—Cállate, bestia —replicó Doroga sin prestarle atención, mientras recuperaba el equilibrio y se apoyaba en el gargante—. En otras historias, envenenan el agua. A veces envían algo que se mete dentro de ti. —Se encogió de hombros—. No he visto cómo ocurre. Solo he visto los resultados. Han sucumbido tribus enteras de cazadores. Dudo que supieran lo que estaba ocurriendo hasta que ya era demasiado tarde.

Se quedaron en silencio durante un buen rato.

—No me gusta nada mencionarlo —intervino Bernard en voz baja—, pero si las personas que han tomado... ¿Y si los vord pueden utilizar sus furias?

Un lento escalofrío de miedo recorrió la espalda de Amara.

—¿Doroga? —preguntó.

El marat negó con la cabeza.

—No lo sé. Apenas conozco a las furias.

—Eso podría cambiarlo todo —comentó Bernard—. Las furias de los caballeros

nos dan una ventaja decisiva. Algunos de ellos son gente muy capaz. Tienen que serlo estando tan lejos del resto del Reino.

Amara asintió lentamente.

—Suponiendo que los vord tuvieran acceso a la fuerza de las furias —replicó Amara—, ¿cambiaría eso en algo nuestro deber?

Bernard negó con la cabeza.

—No.

—Entonces tenemos que ponernos en el peor de los casos —sugirió Amara—. Mantendremos a los caballeros en la reserva para contrarrestar sus artificios de las furias, hasta que estemos seguros de lo uno o de lo otro. Si los tienen, los caballeros los podrán contener, al menos durante el tiempo suficiente para que los caballeros Ignus quemen el *croach*. ¿Lo podemos hacer?

Bernard frunció el ceño durante un momento y asintió con lentitud.

—Si tu razonamiento es correcto, sí —reconoció—. ¿Qué piensas, Doroga?

Doroga gruñó.

—Creo que tenemos demasiados «si» y «quizá». No me gusta.

—Ni a mí tampoco —reconoció Amara—. Pero es lo que hay.

Bernard asintió.

—Entonces nos ponemos en marcha. Me llevaré a los caballeros y a la centuria de Giraldi. Dejaré aquí a Félix para que cuide de los heridos.

Amara asintió y le rugieron las tripas. Levantó la taza de sopa que había quedado olvidada y se la bebió. Tenía un sabor demasiado salado, pero le entró muy bien.

—De acuerdo, pero tenemos que establecer unas contraseñas, Bernard. Si los aleranos tomados no pueden hablar, eso nos permitirá distinguir entre amigos y enemigos si se produce alguna confusión. No debemos dar por sentado que estamos mejor protegidos frente a eso que los civiles.

—Buena idea —reconoció Bernard, que miró alrededor del patio con los ojos sombríos—. Grandes furias, pero no me sienta nada bien en el estómago. Todo salió huyendo ante esas cosas. Excepto los cuervos y nosotros, no hay ni un animal en casi un kilómetro a la redonda. Ni pájaros. Ni siquiera una maldita rata.

Amara terminó la sopa y miró fijamente a Bernard.

—¿Qué?

—Me pone los pelos de punta —reconoció Bernard—. Eso es todo.

—¿Qué quieres decir con que no hay ratas? —preguntó, y oyó cómo le temblaba la voz.

—Lo siento —se disculpó Bernard—. Solo estaba pensando en voz alta.

El terror hizo que se le entumecieran los dedos de la mano y la taza de latón cayó al suelo. El recuerdo táctil de algo pequeño arrastrándose sobre su pie cuando se despertaba le golpeó en la cabeza con un estallido brillante y escarlata de miedo y

comprensión.

«A veces envían algo que se mete dentro de ti».

—Oh, no —jadeó Amara, dándose la vuelta con rapidez hacia la gran sala que estaba en sombras, donde caballeros cansados, legionares y civiles heridos descansaban y dormían—. Oh, no, no, no.

A sus espaldas, Amara oyó cómo Bernard dejaba escapar una maldición llena de sorpresa, y dos pares de pasos pesados que la seguían de vuelta a la gran sala, donde se encontraba Girdali en una guardia lacónica. El viejo centurión frunció el ceño cuando vio que Amara acudía a la carrera.

—¿Su Excelencia? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Ocurre algo?

—Saca a todo el mundo —gritó Amara—. Todo el mundo fuera. Ahora.

Girdali parpadeó.

—Inc...

—¡Hazlo! —chilló Amara y Girdali se pudo rígido automáticamente ante el sonido de la firme autoridad que transmitía su voz y golpeó el peto con el puño, antes de darse la vuelta y empezar a ladrar una ristra de órdenes.

—¿Amara? —preguntó Bernard—. ¿Qué ocurre?

—Sentí que una rata o un ratón me rozaban el pie cuando desperté —le contó Amara, con las manos cerradas en unos puños llenos de impotencia—. Pero acabas de decir que no hay ninguna.

Bernard frunció el ceño.

—¿Pudiste haberlo soñado?

—Grandes furias —jadeó Amara—. Eso espero, porque si lo vord toman a la gente enviando cosas que se meten en tu interior mientras duermes, tenemos un problema. La mayoría de los caballeros estaban durmiendo cerca de mí, en los camastros donde había menos luz.

A Bernard se le cortó la respiración.

—Cuervos sangrientos —maldijo en voz baja—. ¿Quieres decir que crees que había... cosas... merodeando por la sala?

—Creo que esto forma parte de su primer ataque —respondió Amara—. Solo que esta parte es más silenciosa.

Doroga gruñó.

—Ahora tiene sentido que los vord se retiraran tan pronto. Os dejó todos esos heridos de los que ocuparse. Sabían que los llevarías adentro. Entonces enviaron a los tomadores.

Dentro de la sala, Girdali siguió gritando órdenes. Cada lámpara de furia que había en el interior resplandecía al máximo, y la sala estaba lo suficientemente iluminada como para hacerle daño en los ojos a Amara. Se puso a un lado de la puerta cuando los legionares más cercanos a ella recogieron las armas y los escudos y se encaminaron hacia el exterior a paso ligero. Muchos hombres cojeaban con un dolor indisimulable. A los heridos los tuvieron que sacar con sus camastros, con un hombre a cada extremo.

Amara contuvo un grito para que se apresuraran en salir del edificio, pero Giraldi ya se estaba ocupando de ello. Amara rogaba desesperada que hubiera llegado a una conclusión incorrecta, y que la evacuación de la sala fuera una medida innecesaria. Pero algo en las entrañas le decía que no estaba equivocada, que era una trampa perfectamente dispuesta y se estaba empezando a cerrar.

Dos hombres que cargaban un camastro salieron al exterior. Amara les frunció el ceño y se mordió un labio. Los siguientes fueron numerosos caballeros Terra, fuertemente acorazados, que salían al patio con las piezas de la armadura aún puesta. Algunos de los hombres merodeaban alrededor en grupos de dos o tres, hablando en voz baja y con expresiones desconcertadas. Giraldi empezó a gritarles una orden, pero se detuvo con un esfuerzo visible y se dio la vuelta para seguir reprendiendo a los jóvenes legionarios de la centuria de Félix.

Amara frunció el ceño y estudió a los hombres ociosos a los que Giraldi no había ordenado nada. Eran caballeros, todos ellos. ¿Por qué no habían salido?

—Caballeros —los llamó Amara—. Con el resto de nosotros, por favor.

Los caballeros levantaron la mirada hacia ella y muchos de ellos golpearon el puño en el peto en señal de respuesta. Todos se encaminaron a la puerta, y se pusieron en fila detrás de los camilleros.

«Estaban esperando una orden —pensó Amara—. Seguramente el capitán Janus habría deducido que la orden de evacuación era para todo el mundo».

Otro camastro pasó a su lado, y Amara casi no se dio cuenta de que el hombre que cargaba con el pie del camastro era el capitán Janus. La boca del capitán tenía un tic irregular en una de las comisuras, y miró alrededor hasta que su mirada se encontró con la de Amara.

Ella lo miró sorprendida. Los ojos del hombre estaban... mal. Simplemente mal. Janus era un oficial excelente y concienzudo, cuya mente siempre estaba ocupada en cómo podía mejorar la dirección y la protección de sus hombres, cumplir con su deber y servir al Reino. Incluso cuando estaba comiendo o en instrucción con las armas, ya estuviera relajado o enfadado, sus ojos siempre emitían un reflejo y una expresión, mientras que su mente valoraba, planeaba y sopesaba la situación.

Esos reflejos se habían desvanecido.

El tiempo se detuvo. Los ojos de Janus estaban medio caídos, sin parpadear, y su expresión era extrañamente flácida. Su mirada se encontró con la de Amara, y fuera lo que fuese lo que la estaba mirando, no era el capitán Janus.

«Grandes furias —pensó Amara—. Lo han tomado».

Algo extraño y enloquecido parpadeó a través de los ojos del hombre tomado en respuesta a la comprensión de Amara. Cambió el agarre del camastro y lo arrancó de las manos del hombre que iba al otro extremo. El hombre herido en el camastro gritó cuando cayó sobre el suelo de piedra.

Janus movió el pesado camastro en un giro a dos manos que golpeó a Amara en el hombro y la derribó al suelo. Entonces se dio la vuelta, y con otro giro del camastro le partió el cráneo al hombre que tenía a sus espaldas caminando hacia atrás cargado con otro camastro. El hombre se derrumbó sin emitir ni un sonido. Janus lanzó el pesado camastro contra el siguiente hombre, y el proyectil golpeó con tal fuerza que derribó a unos cuantos más.

Janus volvió a la carrera hacia la puerta, pero al pasar al lado de Amara, esta extendió el pie y golpeó con destreza el tobillo del hombre, que lo hizo trastabillar hasta la puerta.

—¡Bernard! —gritó Amara, y se puso en pie para seguirlo—. ¡Giraldi! ¡Han tomado a Janus! —Salió al exterior y vio que Janus caminaba con calma en línea recta hacia Harger—. ¡Detenedlo! —chilló—. ¡Detened a ese hombre!

Un par de legionares cerca de Janus lo miraron y se interpusieron en el camino del hombre. Uno de ellos levantó una mano.

—Perdonadme, señor. La condesa quería que...

Janus agarró la mano levantada del legionare y con un movimiento despreocupado y de fuerza salvaje lo convirtió en un amasijo de carne aplastada y huesos rotos. El legionare chilló y se tambaleó cuando lo soltó Janus. El segundo legionare se quedó helado durante unos instantes, y entonces su mano salió disparada hacia la empuñadura de la espada.

Janus descargó el puño contra la cabeza del legionare, que impactó con tanta fuerza que Amara oyó claramente cómo se le rompía el cuello. Se derrumbó sobre el suelo como un monigote sin huesos.

—¡Va hacia Harger! —gritó Amara—. ¡Proteged al sanador! ¡Qué no llegue a él!

Blandió la espada, llamó a Cirrus para que le prestase su velocidad y corrió hacia la espalda de Janus.

Justo antes de llegar a la distancia de su espada, Janus se dio la vuelta para enfrentarse con ella y le lanzó un puño demoledor contra la cabeza. Amara lo vio como un movimiento lento y perezoso, en lugar del golpe demoledor que sabía que había lanzado con la velocidad de la lengua de un lagarto venenoso. Ella alteró su equilibrio en un movimiento que también pareció lento y somnoliento, y dejó que el puñetazo pasara de largo sin que le acertase en la cabeza. Aprovechó la inercia para golpear hacia abajo con el gladio corto y pesado, y la hoja se hundió profundamente en el muslo derecho de Janus.

Por la reacción que demostró el capitán herido, lo podría haber golpeado con un puñado de plumas. Sin detenerse, otro puñetazo voló hacia su cabeza.

Amara se dejó caer, pasando por debajo del rechazazo de Janus y esperó que la herida en el muslo lo derribara mientras ella rodaba hacia delante y se ponía en pie a varios pasos de distancia.

Janus se la quedó mirando durante un segundo y a continuación se dio la vuelta y reemprendió la marcha hacia Harger. El sanador extenuado, que también yacía en un camastro, no se había despertado a pesar del ajeteo. Su cara parecía macilenta y la barba de un gris férreo estaba marcada de blanco. Dos legionares se lo llevaban mientras otra media docena se disponía en una línea de escudos que esperaban a Janus con las armas en la mano.

Janus lanzó una patada que golpeó el centro del escudo de un legionare. El impacto lanzó al hombre a varias decenas de metros y aterrizó sobre las piedras en una mala postura. El legionare al lado del hombre golpeado abrió el brazo de Janus desde el hombro hasta el codo con un tajo duro, pero el hombre tomado le hizo caso omiso, agarró el escudo del legionare con las dos manos y lo lanzó con una fuerza demoledora contra el siguiente hombre de la fila.

Y entonces apareció Bernard con las manos vacías para encararse con Janus. A Amara se le salía el corazón por la boca, pues temía por él. Bernard gruñó una maldición en voz baja y lanzó el puño contra Janus con la fuerza increíble que le proporcionaba Brutus. El puñetazo impactó en Janus como un ariete, de manera que se arqueó hacia atrás y aterrizó de espaldas sobre los adoquines. Bernard señaló al hombre caído y gritó:

—¡Brutus!

Los adoquines se levantaron y entre ellos surgieron las mandíbulas terrosas del perro que aferraron la pierna de Janus antes de que el hombre tomado se pudiera poner en pie.

Los ojos de Janus se abrieron de par en par y su cabeza giró para examinar al perro de piedra que lo tenía atrapado. Su cabeza se ladeó en un movimiento lento y extrañamente elástico. Después volvió a mirar a Bernard y movió la palma de la mano hacia el conde.

La tierra se elevó y avanzó como una ola de más de medio metro de altura, que se acercó a Bernard con una velocidad increíble y le golpeó con fuerza en una pierna, derribando al conde.

A Amara le dio un vuelco el corazón.

Los tomados podían utilizar las furias.

Se lanzó hacia delante y descargó la espada contra el cuello de Janus. El hombre se volvió al acercarse y la hoja pasó limpiamente a través de la palma extendida de Janus, que giró el brazo hacia un lado en un semicírculo y la espada, atrapada en la carne y los huesos de la mano, se le escapó de su agarre.

Amara se tiró hacia un lado cuando Janus intentó agarrarla con la otra mano.

—¡Amara! —rugió Doroga.

Amara volvió la cabeza para ver cómo el jefe marat levantaba en el aire el pesado garrote desde detrás de una multitud de legionares confusos que le impedían el paso.

La pesada cabeza del garrote golpeó el suelo y Amara agarró el mango largo cuando saltó hacia ella. No podía desaprovechar la inercia que le proporcionaba el garrote, porque era demasiado pesado para que lo pudiera blandir por sí misma. En su lugar, agarró el mango con las dos manos, que tenían los nudillos blancos, realizó un giro completo con el arma pesada y letal, y golpeó directamente la cabeza del capitán Janus.

Sintió la fragilidad crujiente y quebradiza del cráneo del hombre tomado, que se partía bajo la fuerza increíble que descargó el garrote. Se tambaleó porque el peso del garrote le hizo perder el equilibrio. El impacto le aplastó el cráneo a Janus hasta el pecho y, después de unos segundos de movimientos espasmódicos y contorsiones, se fue quedando quieto poco a poco.

Amara oyó otros gritos y chillidos. Un legionare estaba tendido sobre el quicio de la puerta, lanzando unos chillidos terribles en voz muy alta y con una mezcla de dolor insoportable y terror que no se podía reconocer como procedente de una garganta humana. Le había desaparecido el brazo izquierdo desde el hombro y su sangre se convirtió en un gran charco a sus pies hasta que los gritos dieron lugar al silencio al cabo de unos segundos. Amara oyó el resonar del acero contra el acero, más gritos y la tranquila voz de mando de Giraldi ladrando órdenes.

Miró alrededor del patio, jadeando. La acción solo había durado unos segundos, pero se sentía extenuada y débil. Harger, que ahora estaba rodeado por los legionares, parecía ileso. Amara corrió hacia Bernard y se arrodilló a su lado.

—¿Estás herido?

—Me he quedado sin aliento —respondió Bernard en voz baja, que estaba sentado muy envarado y masajeándose la cabeza como si estuviera medio atontado —. Cuida de los hombres.

Amara asintió y se puso en pie.

Doroga se acercó a ellos y le frunció el ceño a Bernard.

—¿Te estás muriendo?

Bernard parpadeó mientras apretaba la palma de la mano sobre la parte trasera de la cabeza.

—Casi me gustaría que fuera así.

Doroga bufó, recuperó su garrote y analizó el extremo, que mostró a Bernard.

—Tu cabeza está mejor que esta.

La maza del garrote estaba cubierta de un color escarlata y cabellos oscuros pegados a la sangre. Amara lo vio y sintió náuseas. Janus. Lo conocía desde hacía dos años. Le gustaba. Lo respetaba. Siempre había sido tremendamente cortés y considerado, y sabía que Bernard tenía en gran estima su experiencia y profesionalidad.

Y ella lo había matado. Le había aplastado el cráneo.

Amara intentó no vomitar.

Doroga la miró fijamente.

—Estaba tomado. No podías hacer nada.

—Lo sé.

—Habría matado a todo el mundo.

—Eso también lo sé —reconoció Amara—. Pero aun así, no resulta más fácil.

Doroga movió la cabeza.

—No lo has matado. Lo hicieron los vord. Como los hombres que murieron en la emboscada.

Amara no respondió.

Un momento después apareció Girdali, quien golpeó el peto con la mano.

—Condesa. Conde Bernard.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Bernard en voz baja—. He oído el ruido de más luchas.

Girdali asintió.

—Tres de los hombres heridos... se pusieron en pie y empezaron a matar gente. Eran casi tan fuertes como artífices de la tierra. Hemos tenido que matarlos... y nos ha llevado un rato. —Respiró hondo y se quedó mirando el cadáver de Janus durante un segundo—. Y sir Tyrus también se volvió loco. Atacó a sir Kerns y lo ha matado. Se precipitó a la carrera contra sir Jager y le ha cortado limpiamente la pierna. He tenido que matar a Tyrus.

Bernard se quedó mirando a Girdali durante un momento.

—Cuervos.

Girdali asintió lúgubre, mirando con asco alrededor del patio infestado de cuervos.

—Sí.

Doroga miró del uno al otro con el ceño fruncido.

—¿Qué significa eso?

—Teníamos tres artífices del fuego entre los caballeros —explicó Bernard en voz baja—. Eran nuestra arma ofensiva más poderosa, y ahora dos de ellos están muertos y uno herido. ¿Se puede mover, Girdali?

El centurión negó con la cabeza.

—Tiene suerte de estar vivo. No había artífices del agua para curar al herido. Ahora están con él mis mejores sanadores con hilo y aguja, pero no podrá viajar.

—Cuervos —maldijo Bernard en voz baja.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Girdali.

Amara escuchó a Bernard mientras le explicaba lo que sabía de los tomadores vord.

—Así que creemos que algunos de ellos debían de estar esperando dentro de la

gran sala, hasta que nuestra gente se quedó dormida.

Unos pasos resonaron en los adoquines y el joven caballero Frederic llegó corriendo desde la gran sala con una taza de latón entre las manos.

—¡Señor! —saludó Frederic.

—Un momento, Fred —le indicó Bernard que siguió hablando con Giraldi—. ¿Cómo mató Tyrus a Kerns?

—Gladio —respondió Giraldi—. Directo en la espalda.

Amara frunció el ceño.

—¿Nada de artefacto de fuego?

—Gracias a las furias, no —contestó Giraldi—. Un artefacto del fuego habría matado a todo el mundo.

—¿Y los otros tomados? —presionó Amara.

—Con las manos desnudas —respondió Giraldi.

Amara se quedó mirando al centurión y después intercambió una mirada de desconcierto con Bernard.

—Pero Janus usó un artefacto de tierra aquí fuera. ¿Por qué los tomados que había dentro de la sala no utilizaron ningún artefacto?

Bernard movió la cabeza perplejo.

—¿Crees que hay alguna razón para ello?

—Señor —repitió Frederic con la palma de la mano tapando la taza y una expresión de impaciencia o tensión.

—Ahora no, por favor —le respondió Amara a Frederic—. Dar por hecho que no hay ninguna razón lógica para ello no nos llevará a ninguna parte —le explicó a Bernard—. Lo que pasó aquí fuera fue algo diferente de lo que ocurrió ahí dentro. Tenemos que descubrir qué es.

Bernard gruñó.

—Giraldi, ¿qué más me puedes decir de los tomados en la gran sala?

Giraldi se encogió de hombros.

—No mucho, señor. Fue rápido y sangriento. Espadas y cuchillos. Uno de los hombres usó el astil de la lanza para romperle el cuello a uno de los tomados.

—Ejercicio de armas —reconoció Amara—. Centurión, ¿se empleó algún artefacto?

Giraldi frunció el ceño.

—Ninguno evidente, mi señora. Tengo cierto dominio de artefacto del metal, pero no se trata de algo que tenga que hacer para usarlo, si entiende lo que quiero decir. Es posible que uno de los hombres usase un poco de artefacto de tierra para tirarle un caballete a uno de los tomados para frenarlo cuando se dirigía contra los niños.

Amara frunció el ceño.

—Pero recurrir a una furia en busca de fuerza es un uso internalizado del artefacto

de las furias, como tu habilidad mejorada en la esgrima. O la capacidad como arquero de Bernard. —Levantó la mirada hacia Bernard—. Pero tú le indicaste a Brutus que atrapase a Janus, y fue después de que lo hicieras... —Frunció el ceño—. Casi pareció sorprenderse cuando ocurrió, como si lo pudiera sentir de alguna manera, y entonces lanzó su propia furia contra ti, Bernard.

Bernard frunció el ceño.

—Pero ¿eso qué significa?

—No creo que pudiera realizar ningún artificio de las furias cuando salió —explicó Amara—. Si hubiera podido, creo que lo habría dirigido directamente contra Harger.

Bernard asintió.

—Crees que no lo pudo usar hasta... ¿cuándo? ¿Hasta que alguien se lo mostró? ¿Hasta que alguien inició un artificio?

Amara movió la cabeza.

—Quizá. No lo sé.

Giraldi gruñó.

—¿Janus iba detrás de nuestro sanador? Cuervos.

Bernard asintió.

—Nuestros sanadores. Nuestros artífices del fuego. Estos vord, sean lo que sean, no son idiotas. Nos tendieron una trampa y atacan conscientemente a nuestros artífices más poderosos. Han predicho bastantes de nuestros movimientos. Eso significa que nos conocen, que nos conocen mejor que nosotros a ellos. —Bernard gruñó y se puso en pie tambaleándose—. Esas son malas noticias.

—Señor —intervino por tercera vez Frederic.

—Espera un momento —replicó Bernard, levantando una mano hacia Frederic—. Amara, ¿dijiste que sentiste como algo te rozaba el pie mientras estabas dormida?

—Sí —respondió ella.

Bernard asintió.

—Entonces podemos pensar que esos tomadores son muy pequeños, más o menos del tamaño de un ratón o de una rata pequeña. Todos tenemos que dormir tarde o temprano. Aún somos vulnerables ante ellos. Tenemos que descubrir algún tipo de defensa.

—¿No nos podemos asegurar de que la gran sala está libre de ellos? —preguntó Amara.

—Lo más seguro es que no —respondió Bernard—. En primer lugar, no sabemos qué aspecto tienen. Y en segundo, algo del tamaño de un ratón puede encontrar grietas en las piedras, agujeros en las paredes, lugares por donde entrar y sitios donde esconderse, lo mismo que hacen las ratas.

—No creo que sea buena idea acampar en el exterior —musitó Amara.

—Desde luego que no.

—Tenemos que saber más de esos tomadores —reconoció Amara—. Si pudiéramos echarle un vistazo a uno, eso nos ayudaría a elaborar un plan.

Frederic dejó escapar un suspiro explosivo de frustración, dio un paso para colocarse entre ellos y golpeó la boca de la copa contra los adoquines con un gesto rápido. Amara lo miró sorprendida y el joven caballero le devolvió la mirada.

—Se parecen a esto —anunció.

Levantó la copa del suelo.

Amara se quedó mirando al tomador. Era tan largo como su mano, y muy delgado. Su carne era nauseabunda, de un color pálido, recorrido de sangre escarlata, y el cuerpo estaba cubierto por segmentos sobrepuestos de quitina traslúcida. Docenas de patas le sobresalían por ambos lados del cuerpo, y unas antenas tan largas como el cuerpo salían de los dos extremos de la criatura. La cabeza era un bulto casi invisible en una punta del cuerpo, e iba armado con mandíbulas cortas y de aspecto afilado.

El tomador se enroscó en una bola temblorosa cuando lo tocó la luz, como si no pudiera soportar su brillo. Las patas y las placas quitinosas arañaron las piedras.

—Mira —murmuró Amara, apuntando hacia el tomador—. Su espalda.

Allí había dos bultos como en los guerreros. Amara extendió la mano para tocarlo y, con una velocidad cegadora, el cuerpo del tomador se dio la vuelta y las fuertes mandíbulas se aferraron a un dedo de Amara. La cursor dejó escapar un siseo y apartó la muñeca. La mordedura del tomador era sorprendentemente fuerte, y necesitaron varios intentos para soltar a la criatura y apartarla de ella.

Bernard se dio la vuelta y lo pisó con la bota. El cuerpo del tomador emitió un crujido cuando quedó aplastado.

—Cuervos —jadeó Girdi en voz baja.

Todo el mundo se volvió hacia Frederic.

—Estaba moviendo uno de los cadáveres —explicó Frederic en voz baja—. Tyrus. Le habían cortado la cabeza, y esa cosa salió de... —Frederic, con un aspecto algo verdoso, tragó saliva—. Salió por la boca de la cabeza, señor.

Una sensación de quemazón extraña e incómoda había empezado a latir a través del dedo de Amara en los escasos segundos que siguieron a la mordedura del tomador. Al cabo de unos pocos latidos, se le habían entumecido todo el dedo y la mano, y también la muñeca. Intentó cerrar los dedos y se dio cuenta de que apenas los podía mover.

—La mordedura —anunció—. Tiene algún tipo de veneno.

Frederic asintió y levantó su mano flácida y entumecida.

—Sí, señora. Me mordió varias veces cuando lo atrapé, pero no me siento enfermo ni nada por el estilo.

Amara asintió con una sonrisa sombría.

—No tendría sentido que el veneno de un tomador fuera letal. Pongámonos en lo mejor. Estas cosas debieron de acercarse a los hombres que estaban durmiendo y se metieron por sus bocas. —Se empezó a sentir adormilada—. Y después asumieron el control.

Giraldi frunció el ceño.

—Pero si se te metieran en la boca lo notarías. Esas cosas son lo suficientemente grandes como para asfixiarte.

—No si te han mordido —respondió Amara—. No si estás entumecido y no lo puedes sentir. En especial, si ya estabas dormido desde un buen principio.

—Grandes furias —jadeó Bernard.

Amara siguió su razonamiento lógico.

—No escogen las víctimas al azar. Janus. Nuestros caballeros. —Respiró para tranquilizarse—. Y yo.

—Estatúder —intervino Frederic—, uh, quiero decir, conde Bernard. Hemos hecho un recuento en el interior: faltan cuatro hombres.

Bernard arqueó una ceja.

—¿No están en el recinto?

—No los hemos podido encontrar —respondió Frederic—. Pero la puerta más alejada de la sala estaba abierta.

—Los han tomado —murmuró Amara—. Es la única explicación. Salieron por esa puerta lateral para abandonar el recinto antes de que nosotros o Doroga los viéramos. —Respiró hondo—. Bernard, cuanto más esperemos, más posibilidades tenemos de sufrir bajas. Tenemos que eliminar ese nido de inmediato.

—De acuerdo —asintió Bernard en voz baja—. Pero ¿lo conseguiremos? Si los artífices del fuego no nos apoyan en el combate, no sé hasta qué punto podemos ser efectivos.

—¿Nos queda alguna alternativa? —preguntó Amara en voz baja.

Bernard cruzó los brazos sobre el pecho, miró hacia el sol y negó con la cabeza.

—Supongo que no —reconoció—. Cualquier ventaja será bienvenida. Tenemos que crear aquello que necesitamos. —Bernard asintió con un gesto seco y se volvió hacia Giraldi—. Quiero que tu centuria esté dispuesta para emprender la marcha dentro de diez minutos. Cuéntale a Félix lo de los tomadores, y asegúrate de que todos los hombres saben lo que son. Dile que redacte un informe con todo lo que sabemos hasta el momento, y que lo deje donde cualquier tropa de relevo pueda encontrarlo en caso de que nosotros... no seamos capaces de explicárselo en persona. Tendrá que vigilarse entre sí para evitar a los tomadores, y dormir por turnos.

Giraldi golpeó el peto con el puño y se alejó, mientras gritaba órdenes.

Bernard se volvió hacia Amara.

—Condesa, os nombro comandante de los caballeros. Tendremos que exprimir al máximo la fuerza de nuestros caballeros. Quiero que seas la responsable.

Amara se lamió los labios y asintió.

—Muy bien.

—Frederic —prosiguió Bernard—, reúne a todos los caballeros Terra que nos quedan y haz que te cubran mientras revisas algunos de los edificios. Quiero que todas las lámparas de furia que haya fuera de la gran sala vengan con nosotros cuando nos vayamos. Muévetes.

Frederic asintió y salió disparado.

—¿Lámparas de furia? —murmuró Amara.

Bernard intercambió una mirada con Doroga y el gran marat esbozó una ancha sonrisa.

—Lámparas de furia —repitió Bernard—. Atacaremos el nido vord al caer la noche.

Fidelias abrió la puerta de la habitación y se hizo a un lado, dejando entrar una neblina de humo e incienso, el sonido de flautas de junco y el murmullo apagado de sonidos humanos que se filtraban a través de las salas del burdel como perfume barato. La figura encapuchada y cubierta con una capa al otro lado de la puerta se deslizó hacia el interior de la habitación y se echó la capucha hacia atrás. Invidia Aquitania miró alrededor de la habitación con un expresión inescrutable y, mientras extendía sus sentidos para descubrir la intrusión de algún artificio de las furias, Fidelias cerró la puerta y la atrancó.

Lady Invidia asintió para sí misma, satisfecha, y Fidelias sintió cómo extendía su propio artificio para garantizar que su conversación fuera privada. Hablaba en voz baja y tensa.

—¿Qué ha ocurrido? Los rumores que corren por las calles son una locura.

—Los hombres de Kalare las siguieron hasta la mansión de sir Nedus —informó Fidelias—. Tres sicarios y un arquero. Atacaron cuando Isana bajó del carruaje.

Invidia miró hacia la figura muy quieta que yacía en la cama de la habitación.

—¿Y?

—Asesinaron a sir Nedus, junto con Serai y el cochero. Le dispararon a la estatúder.

La mirada dura y fría de Invidia se centró en Fidelias.

—¿Y los asesinos?

—Muertos. Sir Nedus mató a los sicarios, pero el arquero estaba bien escondido. Tardé más de lo que pensaba en encontrarlo y matarlo.

—Y, en consecuencia, la estatúder recibió un flechazo. —Invidia cruzó la habitación hasta la cama y se quedó mirando el rostro pálido e inconsciente de Isana de Calderon—. ¿Es grave la herida?

—Si no hay infecciones, vivirá, incluso sin ningún artificio. Ha tenido mucha suerte. Extraje la flecha, y he limpiado y vendado la herida. —Se encogió de hombros—. No creo que se sienta muy cómoda cuando se despierte.

Invidia asintió.

—Tendremos que meterla en una bañera en cuanto sea posible. La gente de Kalare no se va a rendir ahora. Será mucho mejor si no es una inválida. —Frunció el ceño—. Y supongo que le despertará algún sentimiento de gratitud.

Fidelias arqueó una ceja.

—¿Por algo que podría hacer por sí misma cuando se despierte?

Invidia se encogió de hombros.

—Por ofrecerle algo que no le ha proporcionado Gaius: protección. Estoy segura de que está aquí porque él la invitó. Sea lo que sea que haya ocurrido, el simple hecho

de que no le haya proporcionado protección suficiente pesará mucho en su contra.

—El que sea en contra de Gaius no tiene por qué significar que sea a favor vuestro, Vuestra Gracia —señaló Fidelias—. Si es como la mayoría de los campesinos, no querrá tener nada que ver con ningún noble importante, ni mucho menos con la esposa del hombre que orquestó el ataque que estuvo a punto de destruir su hogar y su familia.

—Eso no fue nada personal —aclaró Invidia.

—Para Isana sí que lo fue —le recordó Fidelias.

Ella movió una mano y suspiró.

—Lo sé, lo sé. Cuando me encontré con ella en la fiesta de Kalare, creí durante un instante que estaba a punto de saltar sobre mí. Intenté avisarlas de que estaban en peligro y de que era posible que se conociera la identidad de Serai. Creí que habían entendido porque se fueron con bastante rapidez.

—Es posible que en aquel momento ya no tuviera importancia —aclaró Fidelias—. En cualquier caso, tenemos que suponer que Kalare hará que su gente la busque cuando no aparezca su cadáver.

Invidia asintió.

—¿Hasta qué punto es seguro este sitio?

—No tanto como me gustaría —respondió Fidelias—. Me avisarán con tiempo suficiente si me tengo que ir. Eso es lo máximo a lo que puedo aspirar siendo realista, excepto si me traslado a las Profundidades... o a vuestra mansión.

—Desde luego que no —replicó Invidia—. Los cuervos de sangre de Kalare merodean por las Profundidades, y, si tus sospechas son correctas, resultaría bastante embarazoso que te encontrasen en la mansión de mi esposo. Y estoy segura de que te está buscando mucha gente. Si los cursores no están tan desorganizados como crees, no les costará mucho deducir que si estás en la ciudad te alojas en la mansión.

Fidelias asintió.

—Le sugiero a Vuestra Gracia que se plantee el traslado de Isana a vuestra mansión, aunque yo no vaya.

—No le caigo demasiado bien, querido espía.

Fidelias esbozó una media sonrisa.

—Os aseguro que yo le caigo incluso peor.

—Confío en que puedas vivir con eso —replicó Invidia—. Quiero que cuides de ella en persona hasta que se despierte. Haz todo lo que tengas que hacer, pero asegúrate de que le quede claro lo vulnerable que es antes de ponerte en contacto conmigo. —Se calló durante un momento—. Los mensajes que ha enviado y las compañías que ha frecuentado... Isana da... la sensación de estar desesperada. Descubre por qué.

—No parece muy probable que me convierta en su confidente —replicó Fidelias

con sequedad.

—Si estoy en lo cierto, es posible que no importe —reconoció Invidia y se volvió a colocar la capucha para ocultar el rostro—. La mueven unas emociones muy poderosas, y sospecho que cree que su familia está en peligro. Para protegerla es posible que esté dispuesta a prestarme su apoyo.

—Quizá —estuvo de acuerdo Fidelias—. Pero creo que descubriréis que no es tan indulgente como otros participantes en el juego, Vuestra Gracia. Vos y yo comprendemos la necesidad de aliarnos hoy con el oponente político de ayer. Pero para alguien como ella seréis siempre la esposa y ayudante del hombre que intentó destruir su hogar y su familia. Así es la gente del campo.

—Ahora ya no está en el campo, Fidelias. Tiene que darse cuenta de eso. Si puedes, oblígala a comprender cuál es su nueva situación. Ponte en contacto conmigo cuando creas que esté todo lo dispuesta que sea posible.

—Muy bien.

—Para nosotros es imprescindible, querido espía. Si la matan, los señores comprenderán que Kalare ha ganado el asalto. Si aparece en el Senado bajo la protección de Gaius, el Primer Señor habrá controlado la situación. Debe aparecer ante el Senado con los colores de mi señor esposo. Entonces habremos superado por igual a Kalare y a Gaius.

—Comprendo, Vuestra Gracia —asintió Fidelias—. Pero no sé si esa victoria es posible.

—Vamos, vamos, Fidelias. Por supuesto que es posible, si trabajamos duro y con inteligencia. —Se acercó hasta la puerta y la abrió lentamente—. Y no tardes demasiado, mi espía —le advirtió—. El tiempo es fugaz.

—¿Cuándo no lo es? —replicó Fidelias.

Los dientes de Invidia brillaron con gran blancura cuando sonrió bajo la capucha, antes de salir de la habitación y cerrar la puerta a su espalda.

Fidelias miró la puerta y se hundió en la única silla de la habitación. Le dolían hasta los huesos y estaba bastante cansado, pero no se atrevía a bajar la guardia. Todos los que estuvieran interesados en reclamar la recompensa que ofrecía por él la Corona debían de estar buscándolo sin lugar a dudas. Pero los cazarrecompensas eran una preocupación secundaria. Los cuervos de sangre de Kalare estaban más organizados, eran más capaces y les resultaba mucho más fácil seguir cualquier rastro. El hecho de que pareciera que habían extendido su influencia en las Profundidades, que siempre habían sido los territorios de caza de los cursores y de los bajos fondos criminales, demostraba a las claras hasta qué punto habían prosperado.

Pero Fidelias no tenía que preocuparse solo por los cazarrecompensas y asesinos rivales. Además, la estatúder había demostrado que era capaz de llevar a cabo acciones decisivas y letales. Si se quedaba dormido y ella estaba herida e

inconsciente, era muy posible que cuando se despertase lo volviera a demostrar, y no le apetecía encontrarse en el lado equivocado para padecer más acciones violentas. Otras veces había estado cansado, de manera que esperaba a que ella se despertase.

Más allá de eso, no estaba seguro de nada. Lo que le pedía Invidia podía ser imposible, pero no era del tipo que aceptaba con facilidad el fracaso. Su vida podía estar en juego si Isana de Calderon se negaba a colaborar.

Fidelias intentó no pensar en eso. No habría sobrevivido a una vida de servicio en las sombras para permitir que sus miedos y dudas dominasen sus pensamientos.

Por eso se acomodó en la silla, escuchó la música, la charla y los gritos de los que disfrutaban de la hospitalidad del burdel, y esperó a que se despertase la estatúder, para poder convencerla de que lo ayudase a derrocar al Primer Señor de Alera en beneficio de lord y lady Aquitania.

Killian levantó una mano temblorosa hasta su cara y apoyó la frente en la palma abierta. Se quedó en silencio durante un momento, pero a Tavi ese momento le pareció que duraba días, o quizá más.

Tavi se lamió los labios y miró a Fade, quien parecía dormir en el suelo al lado del camastro de Gaius. Pero no estaba dormido. Tavi no estaba seguro de cómo lo sabía, pero tenía la certeza de que Fade estaba despierto y lo escuchaba todo con atención. El Primer Señor tenía el mismo aspecto que la última vez que Tavi lo había visto. Parecía que Gaius seguía hundido en sí mismo con un rostro frágil y carente de color.

Sir Miles, que había estado sentado en el nuevo escritorio en un rincón de la sala de meditación, leyendo metódicamente todos los mensajes que se le enviaban al Primer Señor, tenía el aspecto de alguien a quien le hubieran dado una patada en el estómago.

—No quería que ocurriera nada de esto —rompió el silencio Tavi—. Ni tampoco Max.

—Eso espero —replicó Killian con voz suave.

—Vosotros... —Miles respiró hondo en un claro intento de contener el enfado. Apretó los dientes y con la misma claridad perdió los estribos—. ¡Idiotas! —gritó—. ¡Estúpidos idiotas, que se os lleven los cuervos! ¿Cómo habéis podido hacer algo así? ¿Qué imbécil traidor se ha llevado el cerebro de vuestras cabezas sin seso? —Apretó las manos y las volvió a abrir y cerrar varias veces, como si estuviera estrangulando crías de pato—. ¿Tenéis idea de lo que habéis hecho?

Tavi sintió que se le ruborizaba la cara.

—Fue un accidente.

Miles gruñó y abofeteó el aire.

—¿Fue un accidente el que los dos abandonarais la Ciudadela cuando sabíais que debíais estar disponibles? ¿Cuándo sabéis lo que hay en juego?

—Fue por mi tía —explicó Tavi—. Fui a ayudarla. Creía que tenía problemas. —Tavi sintió que se le emborronaba la vista con lágrimas de frustración, y se las limpió violentamente con una manga—. Y tenía razón.

—Tu tía es una persona, Tavi —gruñó Miles—. Lo que has hecho ha puesto en peligro todo Alera.

—Yo no tengo parentesco con todo Alera —le respondió Tavi a gritos—. Prácticamente es la única persona con quien tengo vínculo de sangre. Mi única familia. ¿Comprendéis lo que significa? ¿Tenéis familia, sir Miles?

Se produjo un silencio pesado y parte del enfado se desvaneció del rostro del capitán.

—Ahora ya no —reconoció Miles en voz baja.

La mirada de Tavi se posó en Fade, quien estaba tendido justo en la misma posición, pero le pareció que podía sentir en él una especie de tensión atenta al mencionar Miles a su familia.

Miles suspiró.

—Pero por las furias, muchacho. Es posible que tus acciones nos hayan puesto a todos en peligro. El Reino solo se sostiene con pinzas. Si se corre la noticia de la situación de Gaius, podría desencadenarse una guerra civil. Un ataque por parte de nuestros enemigos. Muerte y destrucción para miles de personas.

Tavi se encogió ante las palabras del capitán.

—Lo sé —reconoció—, lo sé.

—Caballeros —intervino Killian levantando la voz—, todos sabemos lo que está en juego. Los reproches son inútiles por el momento. Ahora nuestro deber consiste en minimizar los daños y dar los pasos necesarios para mitigarlos. —Sus ojos ciegos se volvieron hacia Tavi y su voz adquirió una frialdad ligera pero inconfundible—. Después de la crisis tendremos tiempo de considerar las consecuencias adecuadas por las decisiones tomadas.

Tavi tragó saliva.

—Sí, señor.

—Daños —escupió Miles—. Esa es una bonita manera de decirlo. No tenemos un Primer Señor que pueda aparecer ante todo el Reino en los actos sociales de más alto nivel. Cuando no aparezca, los Grandes Señores empezarán a plantear preguntas. Empezarán a repartir dinero por todas partes. Tarde o temprano, alguien se dará cuenta de que nadie sabe dónde está Gaius.

—En ese momento —musitó Killian—, podemos esperar que intenten algún tipo de acción para comprobar la autoridad del Primer Señor. Si lo hacen y Gaius no responde de ninguna manera, tan solo será cuestión de tiempo que alguien intente apoderarse de la Corona.

—¿Podríamos encontrar otro doble? —preguntó Miles.

Killian negó con la cabeza.

—Casi ha sido un milagro que Antillar fuera capaz de personificarlo. No conozco ningún otro artífice que sea capaz hacerlo, y de confianza. Lo mejor será que nos inventemos excusas que pueda poner el Primer Señor para todo lo que queda del Final del Invierno, y que nos concentremos en los medios de que disponemos para responder a los intentos de los Grandes Señores.

—¿Crees que los podremos engatusar? —preguntó Miles.

—Creo que necesitarán tiempo para convencerse de que tienen una oportunidad —respondió Killian—. Nuestra respuesta estará encaminada a prolongar ese tiempo para darle al Primer Señor una oportunidad de recuperarse.

Miles gruñó.

—Si el Primer Señor no aparece durante el Final del Invierno ni en la presentación de un nuevo ciudadano ante el Senado y los Señores, es posible que su reputación no se recupere jamás.

—No estoy demasiado seguro de que podamos conseguir nada mejor —replicó Killian.

—Humm —intervino Tavi—. ¿Qué pasa con Max?

Killian arqueó una ceja.

—¿Qué pasa con él?

—Si lo necesitamos con tanta urgencia, ¿no lo podemos sacar de la cárcel? —Tavi movió la cabeza—. Quiero decir que tenemos el sello del Primer Señor. Podríamos emitir una orden.

—Imposible —negó Miles en redondo—. Antillar está acusado de un asalto mortal y del intento de asesinato de un ciudadano... y, además, hijo de un Gran Señor. Todo eso sin mencionar a los otros dos jóvenes, que ya se están formando como caballeros de las legiones de Kalare. Antillar debe quedar bajo custodia de la Legión Cívica hasta el juicio. Ni siquiera Gaius puede contravenir esa ley.

Tavi se mordió el labio.

—Bueno. ¿Y si... de alguna manera lo sacamos de manera extraoficial?

Miles frunció el ceño.

—Una fuga. —Se estiró hacia arriba la nariz mientras reflexionaba—. ¿Killian?

—Lord Antillus no ha mantenido nunca en secreto el linaje de Maximus —respondió Killian—. Lo retienen en la Torre Gris.

Miles parpadeó.

—Ah.

—¿Qué es la Torre Gris? —preguntó Tavi—. Nunca he oído hablar de ella.

—No es un lugar del que se hable en buena compañía —contestó Killian con voz cansada—. Se supone que la Torre es capaz de retener a cualquier artífice del Reino, incluso al Primer Señor si fuera necesario, para que ni siquiera los Grandes Señores se encuentren más allá del alcance de la ley. El Consejo de Señores en pleno estableció las medidas de seguridad alrededor de la Torre Gris.

—¿Qué tipo de medidas? —preguntó Tavi.

—Las mismas que se pueden encontrar por el palacio, en las joyerías importantes o en el tesoro de los señores, solo que mucho más potentes. Sería necesario que muchos Grandes Señores trabajaran coordinados para elaborar un artificio de las furias que les permitiera entrar o salir. Y la Guardia Gris vigila los accesos convencionales.

—¿Quiénes son? —preguntó Tavi.

—Algunos de los mejores artífices del metal y espadachines del Reino —

respondió Miles—. Para entrar sin ningún artificio y sacar a Antillar, tendríamos que matar a algunos hombres muy decentes. Y si lo hiciéramos durante el Final del Invierno, nos perseguiría medio Reino, de manera que sería inútil para nuestros objetivos.

Tavi frunció el ceño.

—¿Y el soborno?

Miles negó con la cabeza.

—Los guardias grises se escogen de manera escrupulosa porque son lo suficientemente íntegros para resistirse al soborno. Y no solo eso. Además, la ley establece que la Corona pagará una prima del doble de la cantidad de cualquier intento de soborno si el guardia entrega a quien lo haya intentado. En los últimos quinientos años, ni uno solo de los guardias grises ha aceptado un soborno, y solo un puñado de idiotas lo han intentado.

—Tiene que haber alguna forma de entrar —insistió Tavi.

—Sí —reconoció Killian—. Se pueden atravesar medidas de protección establecidas con artificios de las furias que son demasiado poderosas para superarlas, o te puedes abrir camino luchando a través de la Guardia Gris. No hay ninguna otra manera de entrar o salir. —Se calló durante un latido, y concluyó—: Esa es la idea cuando se tiene una torre prisión.

Tavi sintió cómo se volvía a ruborizar.

—Simplemente quería decir que debe de haber algún curso de acción que podamos tomar. Solo se encuentra allí porque me salvó la vida. Brencis iba a matarme.

—Eso fue muy noble por parte de Maximus.

—Sí.

La voz de Killian se volvió severa.

—La verdad incómoda es que los cursores apenas necesitan nobleza. Deseamos previsión, juicio e inteligencia.

—Entonces, lo que queréis decir —concluyó Tavi— es que Max debió dejarme morir.

Miles frunció el ceño, pero no dijo nada, mientras miraba a Killian.

—En primer lugar, me tendríais que haber traído la información, y desde luego tú no deberías haber abandonado la Ciudadela sin consultarme.

—Pero no lo podemos dejar allí. Max ni siquiera... —empezó Tavi.

Killian negó con la cabeza y acalló a Tavi.

—Antillar se ha retirado del juego, Tavi. Ya no podemos hacer nada por él.

Tavi frunció el ceño mirando al suelo y se cruzó de brazos.

—¿Y mi tía Isana? ¿También me vais a decir que no podemos hacer nada por ella?

Killian frunció el ceño.

—¿Existe alguna razón lógica por la que debemos distraer nuestros limitados recursos para ayudarla?

—Sí —respondió Tavi—. Sabéis tan bien como yo que el Primer Señor la estaba utilizando para dividir lo que sospechaba que era una alianza de numerosos Grandes Señores. Que la nombró estatúder sin consultar a lord Rivus al respecto, y que por eso se ha convertido en un símbolo de su poder. Si la ha invitado al Final del Invierno y le ocurre algo, será un golpe contra los fundamentos de su poder. —Tavi tragó saliva—. Suponiendo que siga viva.

Killian permaneció en silencio durante un momento.

—En condiciones normales, tendrías razón —reconoció—. Pero ahora nos encontramos en la nada envidiable posición de tener que elegir cuál de las bazas de Gaius debemos sacrificar.

—Ella no es ninguna baza —replicó Tavi, y su voz sonó con una fuerza y una autoridad repentinos. Miles lo miró e incluso Killian ladeó la cabeza sorprendido—. Es mi tía —continuó Tavi—. Mi sangre. Me cuidó en lugar de mi madre muerta, y le debo todo lo que tengo en mi vida. Es más, es una ciudadana de Alera que se encuentra aquí por invitación y en apoyo de la Corona. Él le debe protección en un momento de necesidad.

Killian esbozó una media sonrisa.

—¿Incluso a expensas del resto del Reino?

Tavi respiró hondo a través de la nariz.

—Maestro —empezó a responder—, si el Primer Señor y nosotros, sus servidores, ya no somos capaces de proteger a los habitantes del Reino de cualquier daño, entonces no deberíamos estar aquí.

Miles gruñó.

—Tavi, eso es traición.

Tavi levantó la barbilla y miró a Miles.

—No es traición, sir Miles. Es la verdad. No es una verdad bonita, o una verdad feliz, o una verdad cómoda. Simplemente es la verdad. —Miró a Miles a los ojos—. Estoy con el Primer Señor, sir Miles. Él es mi patrón, y lo apoyaré sin importar lo que ocurra. Pero si no somos capaces de vivir a la altura de las obligaciones del cargo de Primer Señor, entonces ¿cómo podremos justificar el que retengamos su poder?

El silencio cayó sobre la cámara.

Killian se quedó totalmente quieto durante un buen rato.

—Tavi, desde el punto de vista moral tienes razón —dijo al fin—. Desde el punto de vista ético es correcto. Pero para servir mejor al Primer Señor debemos realizar una elección difícil. No importa lo horrible que parezca. —Killian dejó que Tavi absorbiera las palabras durante un momento y entonces giró ligeramente la cabeza

hacia Miles en busca de apoyo—. ¿Capitán?

Miles se había quedado en silencio y ahora estaba apoyado en el muro, estudiando a Tavi con los labios fruncidos. El pulgar golpeaba rítmicamente la empuñadura de la espada.

Tavi se encontró con los ojos del viejo soldado y no apartó la mirada.

Miles respiró hondo.

—Killian —respondió—, el chico tiene razón. Nuestro deber en este momento es actuar como le habría gustado al Primer Señor, no que protegiésemos sus intereses políticos. Gaius no habría abandonado nunca a Isana después de pedirle que viniera. Por tanto, le debemos protección, tanto por el Primer Señor como por la estatúder.

Los labios de Killian temblaron un poco al apretarlos.

—Miles —dijo con un ligero tono de súplica.

—Es lo que Gaius querría que hiciéramos —repitió Miles sin ablandarse—. Algunas cosas son importantes, Killian. Algunas cosas no se pueden abandonar sin destruir lo que nosotros y nuestros antepasados han trabajado toda una vida por erigir.

—No podemos basar nuestras decisiones en las pasiones —afirmó Killian en un tono repentinamente duro—. Mucho depende de nosotros.

Tavi levantó de golpe la cabeza y se quedó mirando a Killian mientras empezaba a comprender.

—Erais su amigo —afirmó—. Erais amigo de sir Nedus.

Killian respondió en voz baja, con un tono suave, preciso y tranquilo.

—Servimos juntos en las legiones. Entramos juntos al servicio de la Guardia Real. Ha sido mi amigo durante sesenta y cuatro años. —La voz de Killian no cambió mientras las lágrimas resbalaban de sus ojos ciegos—. Sabía que venía a la capital, y dadas las circunstancias era posible que no estuviera segura en el palacio. Nedus protegía a tu tía porque yo confiaba en él y se lo pedí. Ha muerto porque yo lo coloqué en una posición peligrosa. Pero todo eso no cambia en nada nuestro deber.

Tavi lo miró fijamente.

—¿Sabíais que mi tía estaba aquí? ¿Y que podría estar en peligro?

—Por eso me aseguré de que Nedus le ofrecía su hospitalidad —respondió Killian con un tono que de repente parecía quebradizo y duro—. Se suponía que se iba a quedar en su mansión hasta que se calmara la situación. No puedo imaginar qué la impulsó a abandonarla, ni por qué lo permitió Nedus. Quizá intentase ponerse en contacto conmigo, pero... —Movi6 la cabeza—. No comprendo lo que está ocurriendo.

—¿Y si tenía una buena razón para correr el riesgo? —preguntó Tavi en voz baja—. ¿Algo por lo que consideraba que valía la pena arriesgarse?

Killian negó con la cabeza y no contestó.

—El chico tiene razón —repitió Miles—. En su momento fue un guardia real y

nunca fue un idiota. Fue mi *patriserus* de la espada. También el de Rari. Sabía mejor que nadie los riesgos de exponer a la estatúder. Si lo hizo, debía considerarlo necesario.

—¿No crees que ya lo sé? —replicó Killian en voz baja—. Si permito que esto nos distraiga de nuestro objetivo, es posible que perdamos Alera. Y si le resto importancia al sacrificio de Nedus, puede significar que estamos expuestos a una amenaza imprevista de la que nos quería avisar con desesperación. Debo elegir. Y no debo dejar que mis sentimientos, por fuertes que sean, me dicten la elección. Hay demasiado en juego.

Tavi miró a Killian y de repente dejó de percibir el intelecto afilado y la calma mortal del legado de los cursores, y vio la pena profunda y amarga de un anciano que intentaba no derrumbarse ante una tormenta sobrecogedora de ansiedad, incertidumbre y pérdida. Killian no era un hombre joven. Literalmente, el futuro de todo el Reino descansaba sobre sus frágiles hombros y había descubierto que debajo de una carga tan pesada había más fragilidad que fortaleza. Su lucha por mantener el control, para apoyarse únicamente en el intelecto para guiar sus decisiones, era su única defensa contra la tormenta de peligro y deber que le exigía que actuara y que en cambio lo mantenía clavado e inmóvil.

Y Tavi comprendió de repente qué podría desequilibrar esa balanza. Se odió por pensar en las palabras. Se odió por pensar en pronunciarlas. Se odió por inhalar el aire que las iba a impulsar hacia el alma herida y sangrante de un anciano.

Pero era la única manera de ayudar a su tía Isana.

—Entonces la cuestión es si confiáis o no en el juicio de sir Nedus. Si lo hacéis, y si dejamos a la estatúder en manos del destino —comentó Tavi en voz baja—, entonces habrá muerto por nada.

Killian giró de repente la cabeza como si quisiera mirar una daga que le habían hundido en las entrañas.

Tavi se obligó a contemplar el dolor del anciano. El dolor que había provocado en Killian durante un momento de debilidad. El dolor que sabía que obligaría a actuar a Killian. Se produjo otro silencio y Tavi se sintió enfermo de repente a causa de una rabia que no se dirigía contra nadie más que hacia él mismo.

Levantó los ojos y descubrió que Miles lo estaba mirando, con algo duro en los ojos. Pero no se movió ni habló, dejando que el silencio fuera el sustituto de su apoyo.

—No sé cómo podemos ayudarla —reconoció Killian al final, con un graznido—. No lo sé solo con nosotros tres.

—Dadme a Ehren y Gaelle —sugirió Tavi de inmediato—. Liberadlos de los exámenes finales. Dejad que investiguen, y veamos lo que pueden descubrir. No tienen que saber nada de Gaius. Al fin y al cabo, Isana es mi tía. Todo el mundo lo

sabe. Sería natural que buscara su ayuda para encontrarla. Y... es posible que también se lo pueda pedir a lady Placida, que es una de los dirigentes de la Liga Diánica. La Liga tiene un gran interés en proteger a mi tía. Es posible que quiera emplear su influencia para localizarla.

Las cejas blancas y desgredadas de Killian se juntaron.

—Sabes que es posible que ya esté muerta.

Tavi respiró de manera pausada. Sus tácticas, el tema de la discusión y las imágenes horribles que le corrían por la cabeza eran terroríficas. Pero mantuvo en calma la respiración y habló de los escenarios de pesadilla con un tono tranquilo y razonable, como si estuviera analizando situaciones teóricas en el aula.

—Lo más lógico es que siga viva —replicó—. Si los sicarios que vimos la querían muerta, habríamos encontrado su cuerpo al lado de los de sir Nedus y Serai. Pero se la llevaron del lugar. Creo que alguien tiene la esperanza de utilizarla de alguna manera, en lugar de eliminarla.

—¿De qué manera? —preguntó el viejo cursor.

—Quizá pidiéndole su apoyo y alianza —respondió Tavi—. Con la esperanza de ganarse el apoyo de un símbolo muy visible, si es posible, en lugar de destruirlo.

—En tu opinión, ¿lo hará? —preguntó Miles.

Tavi se lamió los labios, pensando su respuesta con todo el cuidado que pudo.

—No siente demasiada simpatía por Gaius —reconoció—. Pero mucho menos por los que orquestaron el ataque de los marat contra el valle de Calderon. Antes se arrancaría los ojos que apoyar a alguien así.

Killian expulsó lentamente el aire.

—Muy bien, Tavi. Pide a Ehren y Gaelle que te ayuden, pero no les digas que mi deseo es que lo hagan, y no les reveles más detalles de la situación. Ponte en contacto con lady Placida para pedir su ayuda, aunque no espero que esté demasiado ansiosa de ayudarte. Al entregarle en público un mensaje de Gaius, has demostrado tácitamente que lord y lady Placida son lealistas.

—¿Y no son leales? —preguntó Tavi.

—No están interesados en elegir bando —respondió Killian—. Pero es posible que los hayas obligado a hacerlo. En mi opinión, no estarán muy contentos con tus actos. Ve con cuidado cuando los veas.

Miles gruñó.

—Maestro, tengo algunos contactos en la ciudad. En su mayoría, legionares retirados. Hay dos o tres hombres a quienes les puedo pedir que investiguen la desaparición de Isana. Me gustaría ponerme en contacto con ellos de inmediato.

Killian asintió. Miles se apartó de la pared y se encaminó hacia la puerta. Se detuvo al lado de Tavi y miró al joven.

—Tavi, lo que he dicho antes...

—Estaba completamente justificado, señor —reconoció Tavi en voz baja.

Miles se quedó mirando al muchacho durante un instante más, y después contempló el dolor en los rasgos de Killian.

—Quizá no fue suficiente.

El capitán saludó a Tavi con gesto rígido y formal y salió de la cámara con las botas marcando un ritmo rápido y enojado.

Dejó a Tavi con Killian, Fade y un Gaius inconsciente.

Se quedaron en silencio durante un momento. A Tavi le parecía que la respiración de Gaius era más estable y profunda, pero podía ser su imaginación. Fade se estiró y se sentó, parpadeando hacia Tavi como si fuera un búho.

—Sin la presencia del capitán —explicó Killian—, tengo que revisar la correspondencia del Primer Señor. Sé que quieres partir de inmediato, Tavi, pero necesito que me la leas antes de irte. Está en el escritorio.

—De acuerdo —asintió Tavi. Se puso en pie y se obligó a no expulsar un suspiro de impaciencia.

Se acercó al escritorio, se sentó en la silla y tomó una pila de una docena de sobres de tamaños diversos y un tubo largo de cuero. Abrió la primera carta y la leyó en diagonal.

—Del senador Parmus, informando a la Corona de la situación de las carreteras en...

—Por ahora te la puedes saltar —indicó Killian en voz baja.

Tavi dejó la carta y fue a por la siguiente.

—Una invitación de lady Riva para asistir a su reunión anual de despedida en...

—Sáltatela.

Abrió la carta siguiente.

—Carta de lord Phrygius, deseándole al Primer Señor un feliz Final del Invierno en su ausencia, debido a sus deberes militares.

—¿Detalles? —preguntó Killian—. ¿Inteligencia táctica?

—Nada específico, señor.

—La siguiente.

Tavi repasó numerosas cartas rutinarias como las anteriores, hasta que llegó a la última que había en el tubo de cuero. La cogió y el recipiente le transmitió una sensación extraña en la mano que le produjo un escalofrío que le bajó por la espalda. Frunció el ceño ante aquel cuero tan peculiar, y de repente comprendió la fuente de su incomodidad.

Estaba hecho de piel humana.

Tavi tragó saliva y abrió el tubo. El tapón emitió un chirrido feo e inquietante al rozar el material del recipiente. Tavi dejó caer una hoja de pergamino, e intentó no tocar el tubo más de lo imprescindible.

El pergamino, cubierto con letras grandes y gruesas, también estaba elaborado con una piel humana finamente curtida. Tavi tragó saliva, incómodo, y leyó el mensaje.

—Del embajador Varg —leyó—. Y por la propia mano del embajador, según dice.

Las cejas pesadas de Killian se fruncieron.

—¿Eh?

—Avisa al Primer Señor de que el barco correo canim ha llegado con el relevo de su guardia de honor, y que zarpará de la capital para navegar por el Gaul dentro de dos días.

Killian se golpeó la barbilla con el dedo índice.

—Interesante.

—¿De verdad? —preguntó Tavi.

—Sí.

—¿Por qué?

Killian se acarició la barbilla.

—Porque no tiene ningún interés. Se trata de una notificación rutinaria.

Tavi empezó a seguir la línea de pensamiento del maestro.

—Y si es totalmente rutinaria —sugirió—, ¿por qué la ha escrito el embajador de su puño y letra?

—Precisamente —reconoció Killian—. El correo canim va y viene cada dos meses, poco más o menos. Al embajador se le permiten seis guardias, y cada barco trae cuatro de relevo, de manera que los guardias no pasan aquí más de cuatro meses de servicio. Se trata de una visión bastante habitual. —Hizo un gesto vago hacia sus ojos ciegos—. O eso me han dicho.

Tavi frunció el ceño.

—Maestro, cuando entregué el mensaje al embajador insistió en decirme que tenía problemas con las ratas. Él... bueno, me señaló de manera indirecta una puerta secreta y encontré una entrada a las Profundidades en el Salón Negro.

El ceño de Killian se profundizó.

—Entonces la han encontrado.

—¿Siempre ha estado ahí? —preguntó Tavi.

—Obviamente —respondió Killian—. Creo que Gaius Tertius se quiso asegurar de que disponíamos de un acceso en caso que necesitésemos entrar por la fuerza. Pero creía que no la habían descubierto.

—¿Por qué se iba a molestar Varg en indicarnos que la conoce? —preguntó Tavi.

Killian reflexionó durante un momento antes de decir:

—Para serte sincero, no lo sé. Puedo pensar en varias razones: por despecho, para mostrarnos que no le hemos engañado... Pero nuestro conocimiento de su

conocimiento solo puede reducir cualquier ventaja que pudiera obtener del conocimiento de la puerta, y Varg no es de los que le da ventaja a nadie.

—Bajé un poco por el pasaje —explicó Tavi—. Oí al segundo de Varg, Sarl, hablando con un alerano.

Killian ladeó la cabeza.

—¿De verdad? ¿Qué dijeron?

Tavi pensó en ello durante un momento y después repitió la conversación.

—Muy poco específico —murmuró Killian.

—Lo sé —reconoció Tavi—. Siento mucho no haberos informado enseguida, señor. Tenía mucho miedo cuando salí de allí, no había dormido y...

—Relájate, Tavi. Nadie puede aguantar indefinidamente sin descansar. Los jóvenes de tu edad parece que necesitan más descanso que nadie. —El viejo cursor dejó escapar el aire—. Supongo que eso vale para todos. Merece la pena que reflexionemos al respecto más tarde, cuando no haya ningún tema urgente entre manos —comentó—. ¿Hay más correo?

—No, señor. Eso es todo.

—Muy bien. Ya te puedes ir a cumplir tu misión.

Tavi se puso en pie.

—Sí, señor. —Empezó a andar hacia la puerta y se detuvo—. ¿Maestro?

—¿Humm? —preguntó Killian.

—Señor... ¿sabéis qué quiso decir el capitán cuando dijo que Nedus también había entrenado a «Rari»?

Tavi vio por el rabillo del ojo que Fade lo miraba con gran atención, pero no desvió los ojos hacia el esclavo.

—Araris Valeriano —respondió Killian—. Su hermano mayor.

—¿Había mala sangre entre ellos? —preguntó Tavi.

Killian dejó traslucir una expresión irritada, pero su respuesta llegó con un tono paciente.

—Tuvieron una discusión, y aún no se habían reconciliado cuando Araris murió en la primera batalla de Calderon, con el príncipe.

—¿Qué tipo de discusión? —preguntó Tavi.

—El famoso duelo de Araris Valeriano y Aldrick ex Gladius —contestó Killian—. Verás, en principio tenía que ser Miles el que peleara contra Aldrick por... —Movié una mano—. Lo he olvidado. Algún tipo de desacuerdo por una mujer. Pero de camino hacia el duelo, Miles resbaló y cayó en la calle delante de un carromato cargado de agua, que le pasó por encima de la pierna y le aplastó la rodilla de tan mala manera que ni siquiera los artífices del agua se la pudieron curar del todo. Araris, como testigo de Miles, lo sustituyó en el duelo.

—¿Y eso fue lo que se interpuso entre ellos? —preguntó Tavi—. ¿Por qué?

—Miles acusó a Araris de empujarlo delante del carro —respondió Killian—. Afirmó que lo había hecho por afán de protegerlo.

Tavi miró a Fade por el rabillo del ojo, pero el esclavo se había quedado totalmente quieto.

—¿Es verdad?

—Si se hubieran enfrentado, Aldrick habría matado a Miles —afirmó Killian sin la más mínima duda en la voz—. Miles era muy joven en aquel entonces, y ni siquiera había terminado de crecer, mientras que Aldrick era... es... un terror con una espada.

—¿Araris empujó realmente al capitán Miles? —preguntó Tavi.

—Dudo que nunca lleguemos a saber la verdad. Pero Miles estaba demasiado herido para acompañar al príncipe y a su legión en la batalla de las Siete Colinas. Estaba de camino hacia el valle de Calderon para unirse al príncipe cuando atacaron los marat y empezó la primera batalla de Calderon. Araris murió al lado del príncipe. Miles y su hermano no se volvieron a ver. Nunca tuvieron la oportunidad de reconciliarse. Te sugiero que evites el tema.

Tavi se giró para mirar a Fade.

El esclavo evitó sus ojos y Tavi no pudo leer nada en los rasgos destrozados del hombre.

—Ya veo —asintió en voz baja—. Muchas gracias, maestro.

Killian levantó una mano, cortando a Tavi.

—Basta —murmuró el anciano—. Ve a cumplir con tus deberes.

—Sí, señor —asintió Tavi y se retiró de la cámara de meditación para buscar a Ehren y Gaelle.

—¿Tienes idea de la hora que es? —murmuró Ehren—. Y tenemos un examen de historia a la tercera campana. —Se dio la vuelta, se volvió a acomodar en la almohada y murmuró—: Vuelve después del examen.

Tavi miró hacia el camastro de Gaelle al otro lado de la habitación y los dos sacaron a Ehren de la cama. El chico flacucho dejó escapar un aullido mientras lo arrastraban hacia la puerta del dormitorio. De camino, Tavi agarró unos pantalones, calcetines y botas, que estaban perfectamente dispuestos para ponérselos por la mañana.

—Silencio —le ordenó a Ehren—. Vamos. No queremos que los vigilantes nocturnos vengan a buscarnos.

Ehren se calmó y empezó a tambalearse hasta que les pudo seguir el ritmo, y después de varias docenas de pasos parpadeó y murmuró:

—¿Qué está pasando?

—Te lo cuento dentro de un minuto —respondió Tavi.

Gaelle y él condujeron a Ehren hacia la zona cubierta de maleza del recinto de la Academia donde se suponía que se encontraba el aula de Killian. Tavi sacó la llave de la puerta de debajo de una piedra cercana, abrió la puerta y los tres jóvenes entraron deprisa.

Una vez dentro, Tavi se aseguró que las sombras eran bastante espesas antes de murmurar:

—De acuerdo —indicó a Gaelle, que hizo que la llama de una lámpara de furias cobrase una vida mortecina.

Ehren le lanzó a Gaelle una mirada cohibida, recuperó su ropa y se la puso con bastante precipitación, a pesar de que su camisón de dormir le llegaba bien por debajo de las rodillas.

—Nos vamos a buscar un problema —comentó—. Tavi, ¿qué estás haciendo?

—Necesito vuestra ayuda —respondió en voz baja.

—¿No puede esperar? —preguntó Ehren.

Tavi negó con la cabeza y Gaelle le frunció el ceño.

—Tavi —murmuró—. ¿Qué va mal? Tienes un aspecto horrible.

Ante ese comentario, Ehren también frunció el ceño y lo estudió.

—¿Tavi? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —contestó Tavi y respiró hondo—. Mi tía no lo está. Ha venido a la capital para su presentación durante la conclusión del Final del Invierno. Su grupo fue atacado. Su compañera y sus guardias han sido asesinados. A ella la han secuestrado.

Gaelle emitió un jadeo.

—Oh, furias, Tavi, eso es horrible.

Ehren se pasó los dedos ociosos por el cabello enmarañado.

—Cuervos.

—Está en peligro —prosiguió Tavi en voz baja—. La tengo que encontrar y necesito vuestra ayuda.

Ehren bufó.

—¿Nuestra ayuda? Tavi, sé razonable. Estoy seguro de que la Legión Cívica ya la está buscando y la Corona va a poner el Reino patas arriba hasta que la encuentre. Gaius no puede permitir que le ocurra nada a la estatúder Isana.

Gaelle frunció el ceño.

—Ehren tiene razón, Tavi. Quiero decir que soy tu amiga y haré todo lo que pueda para ayudarte, pero estoy segura de que hay personas mucho más capaces investigando la desaparición de tu tía.

—No —replicó Tavi en voz baja—. No las hay. Al menos no creo que nadie con una posibilidad real de éxito la va a buscar.

La expresión de Ehren se volvió insegura.

—¿Tavi? ¿Qué quieres decir?

Tavi respiró hondo antes de contestar.

—Mirad, se supone que no os debería decir nada, pero la Corona se encuentra, por el momento, extremadamente limitada en la ayuda que puede proporcionar.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Gaelle.

—No puedo darte detalles —respondió Tavi—. Basta con decir que la Corona no va a ponerlo todo patas arriba para buscar a mi tía.

Gaelle parpadeó, sorprendida.

—¿Y los cursores? Lo más seguro es que ellos puedan ayudar.

Tavi negó con la cabeza.

—No, hay... —Sonrió con tristeza—. No os puedo decir nada más. Lo siento. La única ayuda que va a recibir mi tía es la que le pueda proporcionar yo.

Ehren frunció el ceño.

—Tavi, ¿no confías en nosotros?

—No es eso —contestó Tavi—, porque sí confío.

Gaelle lo miró fijamente.

—Eso significa que tienes órdenes de no hablar con nosotros al respecto —afirmó en voz alta.

Ehren asintió pensativo.

—Y el único que da una orden de ese tipo es el maestro Killian.

—O el Primer Señor —murmuró Gaelle—. Lo que significa... —Su cara palideció un poco.

Ehren tragó saliva.

—Lo que significa que está ocurriendo algo muy serio... Algo lo suficientemente serio como para ocupar todos los recursos de los cursores y de la Corona. Y quienquiera que le dio la orden teme que haya una traición dentro de la Ciudadela, porque ni siquiera nosotros conocemos toda la historia.

Gaëlle asintió de manera pausada.

—Y como estudiantes que acabamos de aprender un poco sobre inteligencia, representamos un riesgo menor para las cuestiones de seguridad. —Le frunció el ceño a Tavi—. ¿Le ha ocurrido algo al Primer Señor?

Tavi utilizó toda la experiencia adquirida al criarse con una tremendamente sensible artífice del agua, para eliminar cualquier expresión de su cara o de su voz al contestar.

—No os puedo explicar nada más de lo que ya he dicho.

—Pero si lo hacemos —presionó Gaëlle—, estaremos en peligro.

—Probablemente —reconoció Tavi en voz baja.

Ehren tembló.

—Yo diría que se lo habrías pedido primero a Max —comentó—. ¿Por qué no está aquí?

—No estoy seguro de dónde está —respondió Tavi—. Pero en cuanto lo vea, también se lo pediré a él.

Ehren frunció el ceño y bajó la mirada hacia el suelo.

—Tavi, nos quedan dos días más de exámenes, y aún tenemos que completar nuestros ejercicios finales para Killian. Es imposible hacerlo y, además, investigar.

—Lo sé —reconoció Tavi—. Os estoy pidiendo una quimera a ambos. Por favor, creedme cuando os digo que no lo haría si no estuviera desesperado. Tenemos que encontrar a mi tía, tanto por ella como para ayudar a la Corona.

—Pero... —Ehren suspiró—. Historia.

—Creo que más tarde podremos conseguir que la Academia nos otorgue un trato especial —replicó Tavi—. Pero no te puedo prometer nada, Ehren. Lo siento.

—Mi admisión en la Academia estuvo condicionada. Si suspendo cualquier asignatura me devolverán a casa —le informó Ehren.

Tavi movió la cabeza.

—Te has estado formando como cursor, Ehren. La Corona no dejará que te expulsen si el deber te ha alejado de los estudios.

Gaëlle arqueó las cejas.

—Pero ¿esto es el deber, Tavi?

—Lo es —respondió Tavi.

—¿Cómo podemos estar seguros? —preguntó Gaëlle.

—Tendréis que confiar en mí. —Tavi la miró fijamente.

Gaëlle y Ehren intercambiaron una mirada.

—Bueno, por supuesto que te vamos a ayudar, Tavi —aceptó por fin Gaelle con un pequeño jadeo—. Eres nuestro amigo y tienes razón en la importancia de tu tía para la Corona. —Sonrió sin alegría—. Tampoco me lo estaba pasando precisamente bien con el encargo de Killian.

—Oh, bien —suspiró Ehren—. Sí, por supuesto que te vamos a ayudar.

—Muchas gracias —se lo agradeció Tavi y esbozó una ligera sonrisa—. Si queréis, incluso os puedo ayudar con los encargos para el maestro. Ese será nuestro pequeño secreto.

Ehren dejó escapar una carcajada irónica.

—Casi no me puedo imaginar adónde nos puede llevar eso. —Terminó de atarse las botas—. Dinos lo que puedas sobre el ataque contra tu tía.

Tavi les explicó la visita a la fiesta de jardín de lord Kalare y lo que había descubierto allí y más tarde, omitiendo cualquier referencia a Max o a Brencis y a sus matones.

—Parece que Kalare envió a esos sicarios para matar al séquito de tu tía —comentó Ehren.

—Parece una conclusión demasiado obvia —intervino Gaelle—. Es posible que fuera un encuentro planeado para despistar a Tavi.

—No creo que importe —replicó Tavi—. Los hombres que se la llevaron no la van a llevar en ningún caso a la mansión de Kalare, que se ha estado protegiendo de cualquier relación con los asesinos y el secuestro.

—Eso es cierto —reconoció Ehren y miró a Gaelle—. Es posible que el personal de la casa de Kalare haya visto algo. Y es bastante probable que el mayordomo emplease el servicio de proveedores externos para servir parte de la comida. Es posible que vieran algo sin darse cuenta.

Gaelle asintió.

—Debía haber personas en las calles cercanas. Llamaremos a las puertas y hablaremos con la gente en el recorrido. También se deben estar extendiendo los rumores y nunca se sabe cuándo pueden ser útiles. ¿Tú qué prefieres?

—Las calles —respondió Ehren.

Gaelle asintió.

—Entonces yo me dedicaré al personal de Kalare y a los proveedores.

—Si la han secuestrado —comentó Tavi—, es posible que se estén preparando para irse con ella. Yo me ocuparé del río y hablaré con los responsables de los muelles y de las calzadas para asegurarme de que tienen los ojos bien abiertos. —Esbozó una media sonrisa—. Escuchadme, sonamos casi como cursores.

—Sorprendente —reconoció Gaelle con la boca curvada en una pequeña sonrisa.

Los tres jóvenes se miraron y Tavi pudo ver reflejado en los ojos de sus amigos el nerviosismo que sentía en su vientre.

—Tened cuidado —les recomendó en voz baja—. No corráis riesgos y salid corriendo ante la primera señal de peligro.

Ehren tragó saliva y asintió. Gaelle puso brevemente la mano sobre la de Tavi.

—De acuerdo —concluyó Tavi—. En marcha. Deberíamos salir por separado.

Gaelle asintió y apagó la luz de la lámpara de furias. Esperaron hasta que los ojos se ajustaron a la penumbra y salieron del aula.

—Buena suerte, Tavi —jadeó Ehren unos instantes más tardes y se desvaneció en la oscuridad de la madrugada.

Tavi se agachó en la oscuridad con los ojos cerrados y de repente se sintió muy pequeño y muy asustado. Acababa de pedirles a sus amigos que lo ayudaran. Si sufrían cualquier daño, él sería el culpable. Max languidecía en la Torre Gris como prisionero porque había intentado ayudarlo. Él también era el culpable. Y no importaba lo que se dijese para convencerse, también se sentía responsable de lo que le había ocurrido a su tía Isana. Si no se hubiera visto implicado en los acontecimientos que condujeron a la segunda batalla de Calderon, es posible que el Primer Señor no hubiera visto nunca la oportunidad de utilizarla al nombrarla estatúder.

Por supuesto, si no se hubiera visto implicado, su tía también podría estar muerta, junto con el resto de los habitantes del valle de Calderon. Aun así, no podía evitar que lo aplastase el peso de la culpa.

Si no hubieran detenido a Max, pensó Tavi. Si Gaius se despertase. Las órdenes directas del Primer Señor podían poner en movimiento a la Legión Cívica, podían enviar a la Legión de la Corona para que ayudase en la búsqueda, podían cobrarse favores que debían por igual, señores, grandes señores y senadores, y en general, podían cambiar toda la situación.

Pero Gaius no podía emprender ninguna acción. Max estaba encerrado en la prisión de máxima seguridad del Reino, con artificios de las furias que nadie podía sortear...

Al menos que alguien pudiera.

Tavi alzó la cabeza sorprendido al darse cuenta de algo. De hecho, había alguien capaz de sortear el tipo de artificios de seguridad que mantenían a Max encerrado en la Torre Gris. Alguien que, sin utilizar artificios propios, había conseguido sortear, evitar o inutilizar los artificios que protegían por igual los negocios de joyeros, orfebres y las más humildes panaderías y herrerías.

Y si había podido superar sin ningún esfuerzo esos artificios, también podría entrar en la Torre Gris. Si alguien podía llegar hasta Max y sacarlo de su prisión sin llamar la atención, los guardias podrían permanecer en su ignorancia durante el tiempo suficiente para que Max pudiera regresar a la Ciudadela y volver a interpretar el papel de Gaius Sextus. Y entonces habría un Primer Señor que podría volver patas

arriba la ciudad para liberar a su tía Isana de sus captores.

Eso significaba que el paso siguiente de Tavi estaba totalmente claro.

Tenía que encontrar y atrapar al Gato Negro.

Aquello ya no era un simple ejercicio del que dependía su graduación. Tavi tenía que convencer al ladrón para que lo ayudase a entrar en la Torre Gris y liberase a su amigo Max. Lo antes posible. Cada instante que recorrían las estrellas en el cielo era un momento en que quienquiera que retuviera a su tía podía disponer de ella.

Tavi entrecerró los ojos reflexionando antes de ponerse en pie, abandonar el aula y cerrar la puerta a sus espaldas. Devolvió la llave a su escondite y salió corriendo en silencio, perdiéndose en la noche con pasos decididos.

Tavi no sabía muy bien por qué se decidió a encaminarse hacia la calle de los Artesanos al pie de la montaña coronada en lo más alto por la Ciudadela. Se encontraba muy lejos de las celebraciones elegantes y las fiestas de jardín en las calles que se elevaban por encima del resto de la ciudad. Aquí no se podían encontrar joyerías ni orfebres. En la calle de los Artesanos vivían los que se ganaban la vida con el trabajo de sus manos: herreros, herradores, carreteros, tejedores, panaderos, albañiles, carniceros, vendedores, carpinteros y zapateros. Para lo que era habitual en el campo, cada una de las casas era extremadamente próspera, pero a pesar de eso la calle de los Artesanos seguía siendo pobre en comparación con las calles de los ciudadanos que se extendían por encima de ella y a las que seguían los rangos ascendentes de la nobleza.

Pero lo que le faltaba a la calle de los Artesanos en extravagancias, lo compensaba en entusiasmo. Para la gente que se tenía que ganar el jornal cada día para sobrevivir, la celebración del Final del Invierno era de las más esperadas del año y se realizaba un gran esfuerzo para planificar los actos festivos. En consecuencia, literalmente no quedaba ninguna hora del día o de la noche en la que parte (o toda) la calle de los Artesanos fuera testigo de una reunión callejera en la que hubiera comida, bebida, música, baile y juegos con un zumbido alegre y constante.

Tavi iba vestido con sus prendas más oscuras y llevaba la vieja capa verde con la capucha puesta para ocultar la cara. Al llegar al paseo de los Jardines, la contempló durante un momento con una especie de desaliento medio divertido. Las celebraciones estaban en todo su apogeo, con las lámparas de furia iluminando la noche, que casi parecía el día. Podía oír al menos tres grupos de músicos diferentes y a lo largo de las calles abarrotadas se habían marcado con tiza varias zonas en los adoquines para reservar espacio para los bailarines que giraban y se bamboleaban siguiendo los pasos.

Tavi recorrió el paseo. De vez en cuando levantaba la vista. Concentró su atención en lo que sus orejas y su nariz le indicaban de lo que tenía alrededor, pero cuando llegó al cruce con la calle del Sur, se detuvo de repente.

Lo primero que notó en el entorno fue el cambio de música. En lugar de instrumentos, había un pequeño grupo vocal que cantaba una melodía compleja que resonaba por la calle con alegre energía. Al mismo tiempo, el aroma sobrecogedor de panes dulces recién horneados llenó sus sentidos, y la boca se le hizo agua. Llevaba horas sin comer, y miró hambriento hacia la panadería, que por la hora debería estar cerrada y en silencio, pero que en vez de eso estaba ofreciendo montones de panes dulces y hojaldres.

Tavi miró a su alrededor, se deslizó a un lado de la calle entre dos tiendas y

encontró una caja para subirse a ella. La utilizó para alcanzar la parte superior del alféizar de la ventana y desde allí se impulsó hacia arriba hasta llegar al alero y con rapidez hacia el tejado. Una vez lo consiguió, se pudo dar la vuelta y saltar con suavidad de un tejado al siguiente, que estaba dividido en dos pisos, uno de los cuales se elevaba otro nivel. Tavi también lo escaló y empezó a recorrer la calle de los Artesanos, saltando con suavidad de tejado en tejado, que se encontraban muy juntos, con los ojos, los oídos y la nariz bien abiertos.

De repente lo asaltó sin ninguna razón aparente un escalofrío de excitación y Tavi estuvo seguro de que su instinto no le había engañado. Encontró una zona de sombras profundas detrás de una chimenea y se deslizó en ella, agachándose en una inmovilidad precavida.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Se produjo un destello de movimiento en el extremo más alejado de la calle de los Artesanos, y Tavi vio una figura con capa y capucha que se deslizaba sobre los tejados con la misma suavidad y silencio que había utilizado él. Sintió cómo los labios se le estiraban en una sonrisa. Reconoció la capa gris y el movimiento fluido. Una vez más había encontrado al Gato Negro.

La figura se detuvo al borde del tejado para bajar la vista hacia los vocalistas, antes de agacharse en una posición relajada y colocar los dedos con suavidad sobre el tejado. Bajo la capucha de la capa, la cabeza del Gato se ladeó y se quedó totalmente quieto. Resultaba evidente que estaba fascinado por los cantantes. A su vez, Tavi vigilaba al Gato, y por un momento le recorrió una sensación extraña y molesta de reconocimiento. Entonces el Gato se puso en pie y se deslizó hacia el tejado siguiente y su cara cubierta se volvió hacia la panadería, con sus mesas con grandes pilas de panes dulces frescos y humeantes, mientras que una matrona con las mejillas coloradas vendía las barras con rapidez. Una especie de tensión, de hambre, tiñó los movimientos del Gato, quien se desvaneció por el extremo más alejado del edificio.

Tavi esperó hasta que el Gato desapareció de la vista antes de ponerse en pie y saltar hacia el tejado de la panadería. Encontró otra zona oscura para ocultar su presencia justo en el momento en que el Gato con capa oscura surgía entre los dos edificios al otro lado de la calle y caminaba tranquilamente por la calle abarrotada y sus pies dieron uno o dos pasos rítmicos cuando pasaron al lado del grupo vocal. El Gato frenó la marcha durante una fracción de segundo, y pasó al lado de la mesa cuando la matrona que había detrás de ella se volvió para depositar unas pequeñas monedas de plata dentro de una caja fuerte. La capa del Gato ondeó al pasar junto a la mesa. Si Tavi no lo hubiera estado observando con atención, nunca habría visto cómo desaparecía una barra bajo la capa del ladrón.

El Gato no perdió el tiempo y se deslizó en el espacio entre la panadería y la zapatería que había a su lado y recorrió el callejón con rapidez y en silencio.

Tavi se puso en pie y caminó en silencio por el tejado y puso la mano sobre el

cinturón en busca del pesado rollo de cuerda dura y flexible que colgaba de él. Dejó caer con la punta de los dedos el lazo en el extremo suelto de la cuerda y lo fue abriendo con los movimientos prácticos y expertos que sus manos habían aprendido a lo largo de los años de manejar a los carneros de montaña grandes, tercos y agresivos de su tío. Se trataba de un lanzamiento largo y desde un ángulo complicado, pero se agachó al borde del tejado y giró el lazo en círculos antes de lanzarlo hacia abajo.

El lazo aterrizó alrededor de la cabeza encapuchada del Gato. El ladrón se movió hacia un lado y consiguió meter dos dedos dentro del lazo antes de que Tavi pudiera tirar de la cuerda. Tavi plantó los pies y tiró con fuerza de la soga. La cuerda levantó al Gato del suelo e hizo que se columpiase hacia un lado.

Tavi pasó la cuerda dos veces alrededor de la chimenea de la panadería y la fijó con un nudo de pastor con una serie de movimientos rápidos y familiares, antes de saltar del tejado al callejón, aterrizando con una flexión que le hizo dar un brinco hacia la espalda del Gato Negro. Lo golpeó con fuerza, y el Gato salió impulsado hacia la pared donde el impacto lo dejó sin aliento.

Los dedos del pie del Gato golpearon con dureza y si no hubiese llevado unas pesadas botas de cuero, se los habría roto.

—Estate quieto —gruñó Tavi y tiró de la cuerda, intentando que su oponente no recuperase el equilibrio.

Se oyó un chasquido y un cuchillo se precipitó contra la mano que Tavi tenía en la soga. Apartó los dedos con rapidez y la hoja se hundió con fuerza en la cuerda trenzada, que era demasiado dura para que una sola cuchillada la pudiese partir, pero el Gato alzó la mano libre para estabilizar la cuerda y terminar el corte.

La soga se partió. Tavi lanzó de nuevo al Gato contra la pared, agarró la muñeca en la que sostenía el cuchillo y la golpeó con fuerza contra el muro de piedra de la panadería. El cuchillo cayó al suelo. Tavi lanzó el canto de la mano contra el cuello del Gato, descargando un golpe amortiguado a través de la pesada capa. El Gato se tambaleó. Tavi se dio la vuelta y lanzó al ladrón al suelo con la cara hacia abajo. Aterrizó sobre su espalda y echó hacia atrás un brazo delgado, con lo que placó al Gato en el sitio.

—Estate quieto —volvió a gruñir Tavi—. No estoy con la Legión Cívica. Solo quiero hablar contigo.

De repente el Gato Negro dejó de retorcerse, y algo en la forma de quedarse quieto le hizo pensar en que estaba muy sorprendido. El Gato Negro relajó de repente la tensión en los músculos que estaban tocando a Tavi.

Tavi miró a su cautivo, y entonces retiró la capucha que le cubría la cabeza al Gato Negro.

Una melena de rizos finos y de un blanco plateado se soltó de la capucha y enmarcó la curva pálida y suave de la mejilla sonrojada de una mujer joven. Sus ojos,

ligeramente sesgados en el rabillo, eran de una tonalidad verde brillante idéntica a la de Tavi, y su expresión era de una sorpresa indescriptible.

—¿Alerano? —jadeó.

—Kitai —bufó Tavi—. ¿Tú eres el Gato Negro?

Ella giró la cabeza todo lo que pudo para mirarlo, y sus grandes ojos pudieron verse incluso con la penumbra del callejón. Tavi la miró durante un buen rato y los músculos del abdomen le temblaron de repente con gran excitación. De pronto fue muy consciente de las extremidades fuertes y delgadas de la joven marat que tenía debajo, de la calidez de su piel y de la manera en que su respiración no se había tranquilizado a pesar de que había dejado de luchar contra él. Le soltó la muñeca con parsimonia, y ella retiró con la misma parsimonia el brazo que se había quedado entre los dos cuerpos.

Tavi sintió un escalofrío y se inclinó un poco más. Respiraba por la nariz. Unos mechones de cabellos finos le cosquilleaban en ella. Kitai olía a muchas esencias, a perfumes suave que tal vez hubiera robado en tiendas caras, a la fresca calidez de los panes dulces aún calientes y, por debajo de todo eso, a brezo y al aire limpio del invierno. Al moverse, Kitai también movió la cabeza hacia él, su sien le rozó la barbilla y sintió el aliento caliente en el cuello. Tenía los ojos casi cerrados.

—Bien —murmuró Kitai después de un momento—. Ya me tienes, alerano. Y ahora, o haces algo o me sueltas.

Tavi sintió cómo se ruborizaba violentamente al mismo tiempo que bajaba los brazos y apartaba su peso de Kitai. La chica marat lo miró durante un momento sin moverse con la boca ladeada en una leve sonrisa, antes de levantarse con una gracia felina. Miró a su alrededor durante un instante y vio en el suelo su mal adquirida barra de pan dulce, aplastada durante la lucha.

—Mira lo que has hecho —se quejó—. Me has destrozado la cena, alerano.

Kitai frunció el ceño y se lo quedó mirando durante un momento, con un brillo de enojo en los ojos mientras lo recorría de pies a cabeza, antes de colocarse delante de él con las manos en las caderas. Tavi parpadeó con suavidad y bajó la mirada hacia ella.

—Has crecido —le reprochó—. Eres más alto.

—Han pasado dos años —le recordó Tavi.

Kitai emitió un ligero bufido de disgusto. Bajo la capa llevaba una túnica oscura de hombre, confeccionada con una seda cara y bordada a mano con flores de Forcia, con unos pesados pantalones de cuero procedentes de las legiones, que habrían costado una pequeña fortuna. La chica marat también había cambiado y, aunque estaba claro que era algo más alta que antes, se había desarrollado de otra manera en extremo interesante. Tavi tuvo que obligarse a no mirar el trozo pálido de carne suave que revelaba el escote de su túnica. Su mejilla tenía un trozo enrojecido de carne

erosionada, que compartía espacio con un moretón cada vez más oscuro, donde Tavi la había golpeado por primera vez contra la pared. Tenía una marca similar en el cuello, aunque era más fina y precisa, donde la había atrapado el lazo de Tavi.

Si sentía dolor, no lo demostraba. Le lanzó a Tavi una mirada inteligente y desafiante.

—Doroga me dijo que me harías algo así.

—¿Hacer qué? —preguntó Tavi.

—Crecer —respondió, y volvió a recorrerlo con la mirada sin el menor recato—. Hacerte más fuerte.

—Humm —replicó Tavi—. ¿Lo siento?

Ella lo miró y se dio la vuelta hasta que descubrió el cuchillo. Lo recogió, y Tavi vio que la hoja estaba repujada en oro y plata, y la empuñadura reproducía un diseño con ámbar y amatistas, que probablemente le habría costado los ingresos de todo un año del modesto estipendio mensual que le permitía Gaius. Más joyas relucían en su cuello, en ambas muñecas y en una oreja, y Tavi juzgó, para su pesar, que el valor de los bienes que había robado tal vez la haría merecedora de una ejecución si la capturaban las autoridades.

—Kitai —dijo por fin—, ¿qué cuervos estás haciendo aquí?

—Morirme de hambre —replicó, y le dio un golpecito con la punta del pie a la barra destrozada—. Gracias a ti, alerano.

Tavi movió la cabeza.

—¿Y qué estabas haciendo antes de eso?

—No me moría de hambre —respondió con un bufido.

—Cuervos, Kitai. ¿A qué has venido aquí?

Sus labios se apretaron hasta formar una línea antes de responder.

—Estoy vigilando.

—Uh. ¿El qué?

—Estoy vigilando —contestó—. ¿No sabes nada?

—Estoy empezando a pensar que no —reconoció Tavi—. ¿Qué estás vigilando?

Kitai hizo rodar los ojos en un gesto que demostraba tanto enfado como desdén.

—Eres un idiota. —Entornó los ojos—. Pero ¿qué estabas haciendo en ese tejado? ¿Por qué me has atacado?

—No sabía que eras tú —respondió Tavi—. Intentaba atrapar al ladrón llamado el Gato Negro, y supongo que lo he hecho.

Kitai entrecerró los ojos.

—A veces El Único bendice con la buena suerte incluso a los idiotas, alerano. —Cruzó los brazos—. Me has encontrado. ¿Qué quieres?

Tavi se mordió los labios, pensativo. Para Kitai era muy peligroso encontrarse en Alera, y mucho más en la capital. Las experiencias del Reino con otras razas de

Carna siempre habían sido tensas, hostiles y violentas. Cuando los marat barrieron la legión del príncipe Gaius Septimus en la primera batalla de Calderon, crearon toda una generación de viudas, huérfanos y familias desconsoladas. Y como la Legión de la Corona se reclutaba en la ciudad de Alera Imperia, había miles, por no decir decenas de miles de individuos que sentían un rencor amargo contra los marat.

Debido a la constitución atlética de Kitai, así como a su piel pálida, el cabello y en especial a sus ojos exóticamente rasgados, la reconocerían de inmediato como una bárbara del este. Si a eso se le añadía todo lo que había robado (y, de paso, la humillación que le había infligido a la Legión Cívica), nunca llegaría a ver el interior de una cárcel o de un tribunal de justicia. Si la descubrían, lo más probable sería que la atrapase una turba furiosa y la lapidaran, colgaran o quemaran allí mismo, mientras la Legión Cívica miraba hacia otro lado.

A Tavi le rugió el estómago. A continuación, suspiró.

—Lo primero —anunció— será buscarnos algo de comida para los dos. ¿Podrías esperarme aquí?

Kitai arqueó una ceja.

—¿Crees que no puedo robar comida para mí?

—No voy a robar —respondió Tavi—. Piensa en ello como una disculpa por haber destrozado tu pan dulce.

Kitai frunció el ceño durante un instante, pero después asintió con precaución.

—Muy bien —aceptó.

Tavi llevaba el dinero suficiente para comprar un par de muslos de ave, una barra de pan dulce y una jarra de sidra. Regresó con todo ello al callejón en penumbra donde lo esperaba Kitai, paciente y silenciosa. Tavi le pasó un muslo y partió la barra por la mitad, y dejó que ella escogiese. Después de eso se reclinó en la pared a su lado y se concentró en la solemne tarea de comer.

Estaba claro que Kitai estaba al menos tan hambrienta como Tavi, y devoraron la carne y el pan en unos instantes. Tavi se tomó un buen trago de la jarra y le ofreció el resto a Kitai.

La chica marat bebió y se limpió la boca con una manga, y después se volvió hacia Tavi. Le brillaban los ojos exóticos. Dejó a un lado la jarra vacía y lo estudió mientras se relamía las migas y la grasa de los dedos. A Tavi le resultó fascinante, y esperó en silencio durante un momento.

Kitai le lanzó una sonrisa lenta.

—¿Sí, alerano? —le preguntó—. ¿Quieres algo?

Tavi parpadeó y tosió. Apartó la mirada mientras se volvía a sonrojar. Se recordó con gran seriedad lo que estaba en juego, y que no se podía permitir ninguna distracción cuando le podía costar la vida a tanta gente. El peso terrible de sus responsabilidades apartó la imagen de los dedos y la boca de Kitai, y la sustituyó por

una gran ansiedad.

—Sí, en realidad sí —respondió—. Necesito que me ayudes.

La sonrisita juguetona de Kitai se desvaneció y lo miró con una expresión de curiosidad, incluso de preocupación.

—¿Para qué?

—Para entrar en un edificio —contestó—. Necesito saber cómo has conseguido sortear todas las medidas de seguridad de los lugares que has saqueado.

Kitai frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Un hombre está encerrado en una torre prisión. Necesito sacarlo de la Torre Gris sin hacer saltar ninguna alarma establecida con un artificio de las furias, y sin que nadie nos vea. Oh, y necesito hacerlo de manera que nadie se dé cuenta de que ha desaparecido durante al menos un cuarto de hora.

Kitai lo absorbió todo de inmediato.

—¿Será peligroso?

—Mucho —reconoció Tavi—. Si nos cogen, nos meterán en la cárcel o nos matarán a los dos.

Kitai asintió con expresión pensativa.

—Entonces será mejor que no nos pesquen.

—O que fracasemos —recalcó Tavi—. Kitai, esto puede ser importante no solo para mí, sino también para toda Alera.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Tavi frunció el ceño.

—No tenemos demasiado tiempo para explicaciones. ¿Qué sabes de la política alerana?

—Sé que toda tu gente está loca —respondió Kitai.

A pesar de sí mismo, no pudo evitar que le saliera de los labios una carcajada que contuvo a duras penas.

—Creo que sé por qué lo ves de esa manera —reconoció Tavi—. ¿Necesitas una razón que no sea la locura?

—Lo preferiría —respondió Kitai.

Tavi se lo pensó durante un momento.

—El hombre encarcelado es mi amigo y está allí por defenderme.

Kitai lo miró durante un instante y asintió.

—Razón suficiente —reconoció.

—¿Me ayudarás?

—Sí, alerano —contestó, mientras estudiaba sus facciones con ojos pensativos—. Te ayudaré.

Él asintió muy serio.

—Muchas gracias.

Los dientes de Tavi relucieron en el callejón en penumbra.

—No me des las gracias. No hasta que veas lo que debemos hacer para entrar en esa torre.

Tavi miró a través de un espacio enorme de aire vacío hacia la Torre Gris, y su corazón latió con lo que algunas personas podrían calificar de terror abyecto.

No le resultó difícil dar con alguien que le indicara dónde se encontraba la Torre Gris. Tan solo le preguntó a un legionare cívico cuyo exceso de alegría se mostraba en la nariz enrojecida y en un aliento casi incendiario. Le contó que estaba de visita en la ciudad y que quería verla. El legionare había sido amistoso y servicial, y le había dado a Tavi una orientación que solo comprendió a medias debido a los sonidos sibilantes, pastosos y mal articulados que emitió. Después de eso, Tavi y Kitai se deslizaron a través de las calles de la capital, cuidándose de evitar las celebraciones más activas, como las de la calle de los Artesanos.

Ahora estaban en lo alto de un acueducto que conducía el agua desde un manantial en las montañas, fuera de la capital, y que atravesaba la gran cuenca verde de campos y explotaciones que rodeaban la ciudad. El acueducto se dividía en una docena de ramales que alimentaban de agua fresca los depósitos de toda la ciudad. Desde su atalaya, Tavi podía ver la inclinación casi imperceptible del acueducto, que pasaba por encima de casi todo un vecindario, y sus enormes arcos sostenían en lo más alto el canal de piedra por donde corría el agua cantarina con un soniquete constante mientras Kitai y él seguían avanzando sin pausa. A solo unos centenares de metros por delante, el acueducto pasaba entre el cuartel general y los barracones de la Legión Cívica a un lado y la Torre Gris al otro.

Kitai lo miró de reojo, sin frenar el paso, avanzando con una confianza perfecta a pesar de la brisa nocturna y el paso estrecho y resbaladizo que ofrecía el borde del acueducto.

—¿Quieres que vaya más despacio?

—No —respondió Tavi irritado y concentrado en su destino e intentando no pensar en lo fácil que sería caer hacia una muerte humillante—. Sigue adelante.

Kitai se encogió de hombros con una sonrisita engreída marcándole los labios y se alejó de él.

Tavi estudió la Torre mientras se acercaban. Le sorprendió la sencillez del edificio. Tampoco se parecía demasiado a una torre. Tavi se había imaginado algo elegante y sombrío, quizás algo oscuro, recto y amenazador, donde los prisioneros tendrían suerte si podían tirarse desde lo alto de la torre para encontrar una muerte humillante. En cambio, el edificio no se distinguía demasiado de los cercanos barracones de la legión. Era más alto, las ventanas muy estrechas y se veían menos puertas. La torre estaba rodeada por una zona de césped bastante amplia, que a su vez estaba limitada por una empalizada. Se veían guardias ante las puertas de la empalizada que daba a la entrada delantera del edificio, y patrullando alrededor del

exterior de la misma.

—Tiene un aspecto bastante... bonito —murmuró Tavi—. En realidad, bastante agradable.

—No existe ninguna cárcel agradable —replicó Kitai.

La muchacha se detuvo de repente y Tavi estuvo a punto de tropezarse con ella, pero pudo recuperar el equilibrio y la miró fijamente mientras otro grupo de cantantes vagabundos pasaban por la calle bajo el acueducto. Cada miembro del grupo sostenía una vela mientras caminaban, interpretando una de las melodías tradicionales de la festividad.

Kitai miró de cerca al grupo mientras pasaba.

—¿Te gusta la música?

—Todos cantáis mal —respondió Kitai con la mirada llena de intensidad y curiosidad—. No lo hacéis bien.

—¿Por qué dices eso?

Ella levantó una mano irritada.

—Entre mi pueblo, cantas la canción con los labios. A veces muchas canciones a la vez. Cada uno que canta teje su canción con las que ya se están cantando. Al menos tres de ellos, o no vale la pena hacerlo. Pero vosotros los aleranos solo cantáis una, y todos cantáis de la misma manera. —Movió la cabeza con una expresión de perplejidad—. Toda la práctica que necesitáis para hacerlo debe de aburrir mortalmente a tu gente.

Tavi sonrió.

—¿Pero te gustan los resultados?

Kitai contempló cómo el grupo se perdía de vista y su voz sonó melancólica.

—No lo hacéis bien.

La muchacha avanzó de nuevo y Tavi la siguió hasta que se encontraron a la altura de la Torre Gris. Tavi miró por encima del borde del acueducto de piedra: había una caída de unos buenos quince metros hasta la tierra endurecida por innumerables botas de un campo de instrucción de la legión, que se apoyaba en el muro que rodeaba la torre. Un fresco viento primaveral llegó desde las montañas, frío y rápido, y Tavi se tuvo que echar hacia atrás para no perder el equilibrio y caer. Se obligó a fijar los ojos en el tejado de la torre en lugar de mirar hacia abajo.

—Deben de ser unos quince metros —le comentó a Kitai en voz baja—. Ni siquiera tú podrías saltarlos.

—Cierto —reconoció Kitai, mientras echaba hacia atrás la capa para liberar sus brazos y abrir una bolsa grande y pesada de cuero curtido por los marat. De ella sacó un rollo de cuerda gris, que casi parecía metálica.

Tavi la miró con el ceño fruncido.

—¿Es esa cuerda que se fabrica con cabello de Hombres de hielo?

—Sí —contestó.

Volvió a meter la mano en la bolsa y sacó tres ganchos de metal muy simples. Los unió encajando unos pequeños resaltos en los huecos de los ganchos y los fijó sólidamente con un trozo de cuerda de cuero, de manera que los ganchos se cerraban con unos dedos de acero alrededor de un hueco central.

—Ese gancho de escalada no es de fabricación marat —comentó Tavi.

—No. Era de un ladrón alerano. Una noche vi cómo robaba una casa.

—¿Y se lo robaste?

Kitai sonrió y sus dedos volaron mientras anudaba la cuerda al gancho.

—El Único nos enseña que lo que uno les da a los demás, lo recibe en recompensa. —Le lanzó una sonrisa enseñando unos dientes afilados y le ordenó—: Agáchate, alerano.

Tavi se dejó caer sobre una rodilla mientras Kitai levantaba el gancho y lo hacía girar en un círculo, soltando cuerda y ganando velocidad. No tardó mucho tiempo. Cuatro, cinco vueltas, dejó escapar un siseo, y lanzó el gancho y la cuerda para cubrir la distancia que los separaba del tejado. El metal chocó con suavidad contra la piedra.

Kitai empezó a recoger la cuerda, muy lentamente y con mucho cuidado. La cuerda se resistió de repente y ella se inclinó hacia atrás, aumentando cada vez más la presión.

—Aquí —indicó—. En la bolsa. Hay una punta de metal y un martillo.

Tavi deslizó la mano dentro de la bolsa y los encontró. La punta tenía un anillo abierto en el extremo romo y Tavi la cogió enseguida. A continuación se arrodilló con punta y martillo, y se quitó la capa que dobló varias veces antes de clavar con cuidado la punta entre las piedras del acueducto, utilizando la tela para amortiguar el sonido de los martillazos. Tavi la clavó en un ángulo opuesto al sentido de la presión de la cuerda, y cuando terminó, levantó la mirada y vio que Kitai estaba comprobando la punta con aprobación.

Ella le dio el cabo de la cuerda marat y Tavi la pasó por el ojo en el extremo de la punta. Recogió el último metro muy poco a poco, con Kitai manteniendo con sumo cuidado la presión contra el gancho de agarre, hasta que fue capaz de apoyar todo su peso sobre ella sin que se moviera.

Kitai asintió con un gesto seco y sus manos volaron al ejecutar otro nudo, con el que Tavi no estaba familiarizado. La chica tiró de la cuerda, utilizando el nudo para tensarla aún más antes de soltarla y lanzarle un gesto de asentimiento a Tavi.

El muchacho soltó poco a poco la cuerda, que emitió un leve zumbido y quedó fijada entre el acueducto y la Torre, brillando como una telaraña bajo el ambiente radiante de las miles de lámparas de furia de la ciudad.

—Así que —comentó Tavi— cruzamos por la cuerda para evitar las furias de tierra y madera en la extensión de césped. ¿Cierto?

—Sí —asintió Kitai.

—Eso nos deja con las furias de viento de guardia alrededor del tejado —reconoció Tavi—. Y parece que pueda haber gárgolas a cada lado. ¿Ves allí esos bultos?

Kitai frunció el ceño.

—¿Qué es una gárgola?

—Es una furia de tierra —explicó Tavi—. Una estatua que es capaz de percibir y moverse. No son muy rápidas, pero sí muy fuertes.

—¿Intentarán hacernos daños?

—Probablemente —respondió Tavi en voz baja—. Responderán ante movimientos en el tejado.

—Entonces no debemos poner los pies en el tejado, ¿es eso?

Tavi asintió.

—Es posible que funcione. Pero no veo otra forma de entrar que a través de la puerta en el tejado. Hay guardias en todas las puertas inferiores.

—Dame tu capa —le pidió Kitai.

Tavi se la pasó.

—¿Qué vas a hacer?

—Ocuparme de las furias de viento —respondió.

Kitai se quitó la capa y metió las dos en la corriente fría del agua que corría por el acueducto, empapándolas bien. Después abrió otra bolsa y sacó un pesado bote de madera, que estaba lleno de sal y empezó a extenderla sobre las capas mojadas.

Tavi la miró con el ceño fruncido.

—Sé que la sal les resulta dolorosa a las furias de viento —reconoció—. Pero ¿funciona de verdad?

Kitai se detuvo y lo miró, después bajó la vista hacia su ropa y sus joyas, antes de volver a mirar a Tavi.

Él alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo, si tú lo dices.

Kitai se levantó un momento después y le lanzó la capa. Tavi la cazó al vuelo y se puso la masa empapada. Kitai hizo lo mismo.

—¿Estás listo, alerano?

—¿Listo para qué? —preguntó Tavi—. Aún no estoy seguro cómo vamos a entrar sin tocar el tejado.

Kitai señaló hacia las ventanas estrechas en el piso más alto.

—Entraré por allí. Espera a que esté en el otro lado antes de empezar a cruzar. La cuerda no está pensada para aguantar a dos personas.

—Será mejor que vaya yo primero —sugirió Tavi—. Soy más pesado y si se va a soltar, lo hará conmigo.

Kitai frunció el ceño, pero asintió, antes de hacer un gesto hacia la cuerda.

—Adelante, pero déjame sitio para trabajar cuando llegues al otro lado.

Tavi asintió y se dio la vuelta para mirar la delgada cuerda que se extendía hasta la Torre Gris. Tragó saliva y sintió cómo le temblaban los dedos. Pero se obligó a ponerse en marcha y se agachó para cogerla entre las manos. Se dejó caer, con la cabeza hacia la Torre Gris, las manos en la cuerda y los talones cruzados en forma de X para aguantarse las piernas. Soplaban el viento, la cuerda se mecía y Tavi rezó para que el gancho no se soltase de su agarre. Entonces, con todo el cuidado y la suavidad que fue capaz, empezó a deslizarse sobre el abismo en dirección hacia la Torre Gris. Miró una vez atrás para ver cómo Kitai lo estaba contemplando con los ojos brillando de picardía y con una mano sobre la boca, que no ocultaba lo que se estaba divirtiendo.

Tavi se obligó a concentrarse en la tarea que tenía entre manos con el movimiento constante y seguro de brazos y piernas, dedos y manos. No se dio prisa, sino que se desplazó con gran precaución hasta que cruzó la distancia. Pudo ver el alféizar de una ventana y bajó los pies con cuidado para apoyarlos en él hasta que estuvo seguro de que aguantaría su peso. Entonces se apoyó con más fuerza en el alféizar y miró hacia Kitai con una mano en la cuerda para no perder el equilibrio.

La muchacha marat no se colgó de la cuerda como había hecho él, sino que dio un paso como si fuera tan ancha y firme como una viga de madera pesada. Con los brazos en jarras se movió con una especie de arrogancia despreocupada de la caída mortal que tenía debajo, cruzó la distancia en un tercio del tiempo que había tardado Tavi, saltó, girando en el aire y aterrizó con los talones bien firmes a su lado en el alféizar.

Tavi la miró durante un momento, y ella le guiñó un ojo.

—¿Sí?

Él movió la cabeza.

—¿Dónde aprendiste eso?

—¿A caminar sobre la cuerda? —preguntó.

—Sí. Ha sido... impresionante.

—Era un juego de cachorros. Todos lo jugamos cuando somos pequeños. —Sonrió—. Se me daba mucho mejor cuando era más joven. Podría haber corrido por ella. —Se volvió hacia la ventana y miró a través del vidrio—. Una sala. No veo a nadie.

Tavi miró.

—Ni yo tampoco —confirmó antes de sacar el cuchillo del cinturón y probar el filo sobre el vidrio que cubría la ventana. Era una sola hoja insertada directamente en la piedra mediante un artificio—. Tendremos que romperla —informó a Kitai.

Ella asintió con un gesto seco y de otra bolsa sacó un trozo de algún tipo de tela

gruesa, que enrolló con rapidez antes de sacar una botellita y abrirla. Cuando vertió una especie de sustancia espesa y aceitosa en la palma de la mano se produjo un hedor muy fuerte y Kitai la extendió sobre la ventana. Se limpió con rapidez la sustancia de la piel con la tela, y empezó a mover los labios con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tavi.

—Contar —contestó—. Vas a conseguir que pierda la cuenta.

Kitai siguió contando durante más o menos un minuto antes de colocar la tela sobre la ventana, donde quedó pegada casi al instante. Extendió la tela todo lo que pudo y esperó un poco más antes de sacar el cuchillo y golpear el vidrio con un golpe seco y preciso con el pomo redondeado.

El vidrio se rompió con un crujido seco. Kitai lo volvió a golpear en diversos puntos y retiró lentamente la tela. Tavi vio que el vidrio de la ventana estaba pegado a la tela. A continuación, Kitai cogió el trozo de la tela con la que se había limpiado la mano y la presionó contra el muro al lado de la ventana, donde quedó enganchada con tanta fuerza como contra el vidrio.

Miró a Tavi mientras retiraba algunos trozos astillados de vidrio que habían quedado sueltos, antes de doblarse con gran flexibilidad y entrar en la Torre Gris a través de la ventana.

Tavi movió la cabeza y se dirigió hacia la ventana, agarrándose con cuidado a la cuerda. Se sentía torpe y lento en comparación con la chica marat, lo que era ligeramente enojoso, pero al mismo tiempo sentía un verdadero placer al ver su habilidad y confianza. Como él, Kitai no tenía capacidad para manipular las furias, pero estaba claro que no creía que eso representara ninguna desventaja y no tenía ninguna razón para pensar lo contrario, porque se había pasado los últimos meses burlándose de las medidas de seguridad establecidas mediante artificios de las furias y derrotándolas con inteligencia y habilidad.

Tavi memorizó el truco con el adhesivo y la tela para usarlo en el futuro, y entró en la Torre con un salto que le llevó a agacharse al lado de Kitai.

Se encontraban en una especie de vestíbulo con ventanas a un lado y unas pesadas puertas de madera en el otro. Tavi se acercó a la puerta más cercana y tanteó el pomo.

—Cerrada —informó con un susurro y metió la mano en la bolsa que le colgaba del cinturón, de la que sacó un rollo de cuero que contenía algunas pequeñas herramientas.

—¿Qué estás haciendo?

—Abrir —contestó.

Tavi deslizó una herramienta en la cerradura, cerró los ojos y notó que se abría camino a través del mecanismo de cierre. Un momento después afirmó el agarre de la herramienta y la giró ligeramente, soltando el pestillo.

Tavi abrió la puerta que daba a un dormitorio pequeño y desierto. Había una

cama, una silla, un orinal y nada más que paredes de piedra desnudas.

—Una celda —murmuró y volvió a cerrar la puerta.

Kitai le quitó la herramienta de las manos, la miró y después fijó sus ojos en Tavi.

—¿Cómo? —preguntó.

—He estado aprendiendo este tipo de cosas —contestó Tavi—. Te lo mostraré más tarde. ¿Cómo has podido robar todo eso sin saber cómo se abre una cerradura?

—Robando las llaves —contestó Kitai—. Obviamente.

—Obviamente —musitó Tavi—. Vamos.

Recorrieron la sala y Tavi comprobó todas las puertas. Todas las habitaciones eran iguales: grises, sencillas y vacías.

—No debe de estar en este piso —murmuró Tavi cuando llegaron al final de la sala.

Allí había una puerta que abrió Tavi para dar paso a una escalera que giraba hacia abajo, iluminada por la mortecina luz anaranjada de una lámpara de furia. El sonido rebotaría con alegría a lo largo de la escalera, de manera que Tavi le lanzó un aviso a Kitai para que permaneciera en silencio, antes de atravesar la puerta y pisar el primer escalón. No había bajado más de tres o cuatro escalones cuando oyó el sonido de una canción que resonaba a través de la parte inferior de la torre, otra melodía del Final del Invierno, aunque esa interpretación se basaba más en la bebida que en la práctica.

Tavi sonrió y se movió con algo más de rapidez. Si los guardias en la parte inferior estaban bebidos, iba a ser bastante más fácil moverse por la Torre.

Se detuvieron en el descansillo del siguiente piso, y Tavi abrió la puerta que daba al vestíbulo. Descubrió otra fila de celdas, similares a las del piso superior. Las pasaron de largo para bajar un piso más, cuando Kitai agarró de repente a Tavi por el hombro y apretó los dedos en señal de advertencia.

Justo por debajo de ellos llegó el sonido de cómo se abría una cerradura pesada y voces de hombres que hablaban entre ellos. Tavi se quedó helado. Los pasos empezaron a bajar por la escalera hacia la canción.

Tavi esperó hasta que se desvanecieron antes de bajar el resto de los escalones, intentando que la excitación no le hiciese resbalar. Abrió la cerradura de la puerta que daba a la escalera con la misma facilidad que las demás, que daba paso a una zona muy diferente de los pisos superiores.

Aunque el mobiliario seguía siendo muy sencillo, todo el piso estaba dedicado a una habitación muy grande. Había una bañera enorme, numerosas estanterías con libros al lado de sofás y sillones sencillos en los que uno se podía sentar a leer, una mesa para cuatro personas donde se podía servir la comida y una cama grande, aunque todo ello se encontraba detrás de unos pesados barrotes de acero con una sola puerta. Las ventanas también estaban aseguradas con barrotes.

—Os he dicho que estoy bien —dijo una voz pesada y cansada, que surgía de

algún punto del bulto debajo de las sábanas de la cama—. Solo necesito descansar.

—Max —siseó Tavi.

Max, con el cabello corto húmedo y aplastado contra la cabeza, se sentó de un salto en la cama y se le descolgó la mandíbula.

—¿Tavi? ¿Cómo cuervos has entrado aquí? ¿Qué cuervos estás haciendo aquí?

—Liberarte —respondió Tavi, mientras se acercaba a la puerta de barrotes y Kitai dejaba ligeramente abierta la puerta que daba a la escalera y se quedaba vigilando.

Tavi empezó a trabajar en la cerradura.

—No te molestes —le recomendó Max—. La llave está sobre la mesa en el muro norte.

Tavi se dio la vuelta, la vio y la cogió.

—Esto no es lo que se dice muy seguro.

—Todos los que acaban en esta celda están detenidos más que nada por motivos políticos —explicó Max—. Los barrotes tan solo son decorativos. —Sonrió con tristeza—. Además, los artificios de las furias no funcionan aquí dentro.

—Pobrecito bebé, sin artificios —se burló Tavi, metiendo la llave en la cerradura—. Vamos. Vístete y salgamos de aquí.

—¿Estás de broma, verdad?

—No. Te necesitamos, Max.

—Tavi —replicó Max—. No seas loco. No sé cómo has entrado aquí, pero...

—Alerano —siseó Kitai—. Falta poco para el amanecer. —Volvió la cabeza hacia Tavi y se le cayó la capucha de la cabeza—. Nos tenemos que ir, con o sin él.

—¿Quién es? —preguntó Max y parpadeó—. Es una marat.

—Esta es Kitai. Kitai, este es Max.

—Es una marat —jadeó Max.

Kitai arqueó una ceja pálida.

—¿Es corto de entendederas? —le preguntó a Tavi.

—A veces también me lo parece —reconoció Tavi, quien entró en la celda y se acercó a Max—. Vamos. Mira, no podemos dejar que ese idiota de Brencis provoque el caos en todo el Reino. Te vamos a sacar de aquí. Bajaremos hasta las Profundidades, apareceremos cerca del palacio y te llevaremos con Killian si nadie tiene una idea mejor. Vuelves al trabajo y ayudas a mi tía.

—Huir de prisión es una ofensa al Reino —explicó Max—. Me podrían colgar por ello. Más aún, te podrían colgar a ti por ayudarme. Y grandes y malditas furias, Tavi, lo estás haciendo en compañía de una marat.

—No menciones a Kitai delante de Killian y Miles. El resto lo arreglaremos más tarde —replicó Tavi.

—¿Cómo?

—No lo sé. Aún. Pero lo haremos, Max. Un montón de gente puede sufrir daños

si la situación se nos va de las manos.

—No se puede conseguir —afirmó Max—. Tavi, es posible que hayas entrado, pero los artificios que bloquean las vías de salida son más numerosos y el doble de fuertes. Detectarán todo lo que intente hacer y...

Tavi recogió unos pantalones anchos de lino y se los tiró a Max a la cabeza.

—Póntelos. Hemos entrado sin utilizar ninguna furia, y vamos a salir de la misma manera.

Max miró a Tavi durante un segundo con escepticismo.

—¿Cómo?

Kitai emitió un sonido de disgusto.

—Aquí todo el mundo piensa que no se puede hacer nada sin hechicería, alerano. Lo repito: estáis todos locos.

Tavi se volvió hacia Max.

—Max, esta noche me has salvado la vida. Pero necesito que me sigas ayudando, y te juro que en cuanto mi familia esté a salvo haré todo lo que esté en mi poder para asegurarme de que no te castigan por esto.

—Todo lo que esté en tu poder, ¿eh? —replicó Max.

—Ya sé que no es mucho.

Max miró a Tavi durante un segundo antes de bajar los pies de la cama y ponerse los pantalones de lino.

—Ya tengo bastante. —Dejó escapar un siseo de incomodidad al levantarse sobre unos pies tambaleantes—. Lo siento. Me han curado las heridas, pero sigo bastante entumecido.

Tavi metió las almohadas debajo de las sábanas, imitando el bulto que formaba Max, antes de poner el hombro bajo el brazo de su amigo para darle apoyo. Con suerte, los guardias dejarían que «Max» durmiese en paz durante horas antes de que se dieran cuenta de que el prisionero no se encontraba ya en su celda. Salieron y Tavi cerró la celda a sus espaldas y devolvió la llave a su lugar.

—Tavi —murmuró Max, mientras subían por la escalera, seguido por Kitai—. Nunca he tenido un amigo que hiciera algo así por mí. Muchas gracias.

—Eh —replicó Tavi—, no me des las gracias hasta que veas por dónde vamos a salir.

—Y entonces salimos por el mismo camino por donde habíamos entrado, maestro, y ahora estamos aquí. No nos han visto entrar en las Profundidades ni venir hacia aquí, excepto en el puesto de guardia de la escalera.

Tavi se encontraba delante de Killian, intentando con todas sus fuerzas que su expresión, y en especial el tono de voz, fueran regulares y tranquilos.

Killian, sentado en la silla al lado de la cama de Gaius, tamborileaba lentamente con los dedos sobre el bastón.

—Déjame ver si lo he entendido bien —replicó el anciano maestro—. Saliste de aquí y encontraste la Torre Gris. Entonces entraste a través de una ventana del séptimo piso, pasando por un gancho y una cuerda tirada desde lo alto del acueducto, protegiéndote de las furias de viento con una capa cubierta de sal y de las furias de tierra al no tocar el suelo. Después buscaste a Antillar piso por piso, lo encontraste, lo liberaste y lo sacaste de allí sin que os vieran.

—Sí, maestro —asintió Tavi, que golpeó a Max con la cadera.

—No se ha dejado nada en el tintero —comentó Max—. En realidad, la habitación donde estaba era bastante más bonita que ninguna de las que he tenido.

—Hummm —murmuró Killian y su voz se volvió seca—. Gaius Secundus hizo instalar una *suite* en la prisión cuando arrestó a la esposa de lord Rodas, hace unos ochocientos años. La acusaron de traición, pero nunca la juzgaron ni la condenaron, a pesar de sesiones de interrogatorio con el Primer Señor, tres veces por semana durante quince años.

Max soltó una carcajada.

—Eso resulta una forma un poco extremada de retener a una amante.

—Evitó una guerra civil —replicó Killian—. De hecho, los archivos sugieren que en realidad era una traidora al trono, lo que hace que el asunto sea más sorprendente... o mucho más comprensible. No estoy seguro de cuál de las dos opciones.

Tavi soltó lentamente el aire. Killian estaba complacido y quizás algo más que complacido. El maestro solo se dedicaba a contar historias cuando estaba de buen humor.

—Tavi —prosiguió Killian—, siento curiosidad por saber qué te inspiró para que probases ese método.

Tavi miró de reojo a Max.

—Humm. Mi examen final con vos, señor. He estado investigando un poco.

—¿Y esta investigación fue tan concluyente que apostaste el Reino? —preguntó con voz suave—. ¿Comprendes las consecuencias que habría acarreado el que te hubieran capturado o matado?

—Si tenía éxito, todo se arreglaría. Si me hubieran detenido y Gaius no hubiera aparecido para apoyarme, su situación habría salido a la luz. Si me mataban, no tendría que pasar el examen final de historia con el maestro Larus. —Se encogió de hombros—. Una posibilidad entre tres no es una apuesta demasiado aventurada, señor.

Killian dejó escapar una carcajada corta y sombría.

—No, si ganas. —Movi6 la cabeza—. No puedo creer lo temerario que has sido, *academ*. Pero has salido adelante. Lo más probable es que a lo largo de tu vida descubras que los éxitos y las victorias suelen ensombrecer los riesgos que corres, mientras que los fracasos amplifican las idioteces que cometes.

—Sí, señor —reconoció Tavi respetuoso.

El bast6n de Killian sali6 disparado de repente y golpe6 a Tavi en el muslo. La pierna se dobl6 durante un segundo entumecida y sin fuerza, y Tavi cay6 pesadamente al suelo mientras le recorría una oleada de dolor.

—Si vuelves a desobedecer una de mis 6rdenes —le inform6 Killian en voz baja —, te mataré. —El maestro ciego se qued6 mirando a Tavi sin verlo—. ¿Comprendes?

Tavi dej6 escapar un jadeo sordo en sentido afirmativo y se agarr6 la pierna hasta que se empez6 a desvanecer el fuego que sentía.

—No estamos jugando, muchacho —prosigui6 Killian—. Así que quiero estar totalmente seguro de que eres consciente de las consecuencias. ¿Hay alguna parte de esta afirmaci6n que no seas capaz de comprender?

—Entiendo, maestro —respondi6 Tavi.

—Muy bien. —Los ojos ciegos se volvieron hacia Max—. Antillar, eres un idiota. Pero me alegro de tenerte de vuelta.

—¿Tambi6n me vais a golpear? —pregunt6 Max con recelo.

—Por supuesto que no —respondi6 Killian—. Esta noche te han herido. Pero te golpearé cuando pase la crisis si eso hace que te sientas mejor.

—No, no es necesario —replic6 Max.

Killian asinti6.

—¿Puedes seguir interpretando el papel?

—Sí, señor —respondi6 Max y Tavi pens6 que su voz sonaba mucho más segura que el aspecto de su amigo—. Dadme unas horas para descansar y estaré listo.

—Muy bien —asinti6 Killian—. Ocupa el camastro. No nos podemos permitir que te vean yendo y viniendo de tu habitaci6n.

—¿Maestro? —pregunt6 Tavi—. Ahora que Max está de vuelta...

Killian suspir6.

—Sí, Tavi. Redactaré 6rdenes para iniciar una b6squeda a gran escala de la estatúder Isana. ¿Estás satisfecho?

—Desde luego, señor.

—Excelente. Tengo más cartas que debes entregar. Después de eso quiero que descanses. Preséntate después de tu examen de historia. Fuera.

—Sí, señor —asintió Tavi, que cogió una pila de cartas y se volvió para encaminarse hacia la puerta, arrastrando la pierna que le seguía dando latidos.

—Oh, Tavi —llamó Killian justo cuando llegaba a ella.

—¿Señor?

—¿Quién más entró contigo en la Torre Gris?

Tavi ahogó cualquier gesto de sorpresa y una subida de adrenalina.

—Nadie, señor. ¿Por qué lo preguntáis?

Killian asintió.

—Has afirmado que «salimos» por el mismo camino por donde «entramos». Eso implica que había alguien más contigo.

—Oh. Ha sido un desliz verbal, maestro. Quería decir que estaba solo.

—Sí —murmuró Killian—, estoy seguro de ello.

Tavi no dijo nada y el anciano maestro se lo quedó mirando con esos ojos ciegos durante un minuto de sólido silencio.

Killian chasqueó la lengua y levantó la mano, su voz era suave pero nada divertida.

—Como quieras. Más tarde volveremos a este tema. —Movi6 la mano para que se fuera.

Tavi sali6 deprisa de la c6mara de meditaci6n y se dispuso a entregar las cartas. Antes de sonar la segunda campana de la ma6ana, entreg6 la 6ltima carta, otra misiva para el embajador Varg en el Sal6n Negro.

Tavi se acerc6 al puesto de guardia y se encontr6 con la misma pareja que hab6a visto el d6a anterior. Hab6a algo en sus expresiones y comportamiento que parec6a extra6o, aunque no pod6a concretar en qu6, y Tavi mir6 hacia la entrada de la embajada canim hasta que se dio cuenta de lo que no encajaba.

No estaban presentes los guardias canim. Los aleranos estaban como siempre de cara a la embajada, pero sus colegas canim hab6an desaparecido. Tavi pas6 entre ellos y los salud6 con un gesto, pas6 la carta entre los barrotes y la dej6 caer en el cesto que estaba dispuesto para ello. Despu6s se volvi6 hacia los aleranos de servicio.

—¿D6nde est6n los guardias? —pregunt6.

—Ni idea —respondi6 uno de ellos—. No los hemos visto en toda la ma6ana.

—Eso es raro —coment6 Tavi.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —replic6 el guardia—. Este sitio ya es bastante extra6o sin que se le a6ada nada m6s.

Tavi le hizo un gesto de despedida a los hombres y sali6 corriendo de palacio, de regreso a la Academia para volver a la habitaci6n que compart6a con Max.

De camino, sintió que de repente estaba temblando. Se le empezó a acelerar la respiración, aunque solo iba andando, y tuvo un retortijón.

Tía Isana secuestrada y desaparecida. Y si él hubiera sido un poco más rápido, o más listo, o no hubiera dormido tan profundamente para oír la llegada del mensajero, casi seguro de que no se la hubieran llevado. Suponiendo que había sido secuestrada. Suponiendo que no se la habían llevado a otro sitio para matarla.

Las lágrimas le nublaron la vista, y sus pasos vacilaron durante un segundo. Su mente había agotado los temas para entretenerse, pensó con torpeza. Mientras había estado en movimiento, persiguiendo a Kitai, entrando en la Torre Gris, rescatando a Max y mintiéndole al maestro Killian, se había concentrado en la tarea que tenía entre manos. Ahora, sin embargo, tenía un respiro temporal de esos deberes y todos los sentimientos que había ahogado volvían a inundar sus pensamientos, tan inevitables como la marea.

Tavi abrió de golpe la puerta de su habitación, la cerró de un portazo y se apoyó en ella mirando al techo. No dejaba de llorar. Debería ser capaz de controlarse, pero no podía. Quizás estaba demasiado tenso, demasiado cansado.

En la habitación a oscuras, Tavi oyó un movimiento y un instante después Kitai preguntó con suavidad:

—¿Alerano? ¿No te encuentras bien?

Tavi se pasó la manga por los ojos y miró a Kitai, que se encontraba delante de él con una expresión de desconcierto.

—Yo... estoy preocupado.

—¿Por qué?

Tavi cruzó los brazos.

—No te lo puedo decir.

Las pálidas cejas de Kitai se alzaron de repente.

—¿Por qué no?

—Seguridad —respondió Tavi.

Ella lo miró sin comprender.

—Secretos peligrosos —aclaró Tavi—. Si los enemigos de Gaius se enteran, es posible que un montón de gente resulte herida o muerta.

—Ahhh —replicó Kitai—. Pero yo no soy enemiga de Gaius, así que me lo puedes contar.

—No, Kitai —empezó Tavi—. No lo has entendido. Es...

Parpadeó durante un segundo y se lo volvió a pensar. Estaba claro que Kitai no era ninguna amenaza para Gaius. De hecho, de toda la gente en Alera Imperia, tal vez fuera ella la única persona (sin contar al propio Tavi) que sin duda no era un enemigo de la Corona. Estaba claro que Kitai no tenía inclinaciones políticas ni se jugaba el poder o la autoridad, ni tenía intereses en conflicto. Era una extranjera en el Reino, y

por eso Kitai era inmune a la influencia de presiones políticas y personales.

Y él ansiaba mucho hablar con alguien, aunque solo fuera para sacarse la maraña de serpientes que le corroía las entrañas.

—Si te lo explico —prosiguió—, me tienes que prometer que nunca hablarás con nadie de ello excepto conmigo.

Ella frunció un poco el ceño, con los ojos fijos en su cara, y asintió.

—Muy bien.

Tavi dejó escapar lentamente el aire y se deslizó a lo largo de la puerta hasta sentarse en el suelo. Kitai se instaló delante de él con las piernas cruzadas y una expresión que mezclaba el interés, la preocupación y el desconcierto.

Tavi le explicó todo lo que le había ocurrido durante los últimos días. Ella lo escuchó con paciencia, interrumpiéndolo únicamente para aclarar palabras o preguntar por personas que no conocía.

—Y ahora —concluyó Tavi—, la tía Isana está en peligro y es posible que sea demasiado tarde para ayudarla. Y lo peor es que estoy casi seguro de que quería llegar al Primer Señor porque en Calderon hay algún tipo de problema.

—Allí tienes amigos —recalcó Kitai en voz baja— y familia.

Tavi asintió.

—Pero no sé qué debo hacer, y eso me preocupa.

Kitai apoyó la barbilla en la palma de una mano y lo miró con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Por qué?

—Porque me temo que hay algo que no he captado —respondió—. Algo más que podría hacer para ayudar. ¿Y si existe una manera de resolver todo este embrollo y no soy lo suficientemente listo para pensar en ella?

—¿Y si cae una piedra del cielo y te mata dónde estás sentado, alerano? —replicó Kitai.

Tavi parpadeó.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que no lo puedes controlar todo. Que no podrás cambiar esas cosas por mucho que te preocupes por ellas.

Tavi frunció el ceño y bajó la mirada.

—Quizá —reconoció—. Quizá.

—¿Alerano?

—¿Sí?

Kitai se mordió pensativa el labio inferior.

—¿Has dicho que esa criatura, Varg, ha estado actuando de manera extraña?

—Eso parece —respondió Tavi.

—¿Es posible que lo haga porque está implicado en lo que le ocurre a tu jefe?

Tavi frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Kitai se encogió de hombros.

—Solo que de todo lo que me has explicado, Varg es el único que no tiene estómago para igualar a sus manos.

Tavi parpadeó.

—¿Qué?

Ella sonrió.

—Es un dicho del clan de los caballos, difícil de traducir. Significa que Varg no tienen ninguna razón para actuar como lo está haciendo, así que la pregunta que te debes plantear es por qué lo hace.

Tavi siguió con el ceño fruncido mientras pensaba a toda velocidad.

—Porque es posible que tenga una razón para hacer todas esas cosas. Quizá no lo podamos entender desde nuestro punto de vista.

—Entonces, ¿cuál puede ser su razón? —preguntó Kitai.

—No lo sé —reconoció Tavi—. ¿Y tú?

—Ni idea —respondió Kitai sin inmutarse—. Quizá se lo deberías preguntar a Varg.

—No es exactamente la clase de tipo que se dedica a las conversaciones amistosas —le explicó Tavi.

—Entonces obsérvalo, y sus acciones hablarán por él.

Tavi suspiró.

—Tengo que hablar sobre esto con el maestro Killian. No creo que me pueda dedicar a seguir a Varg por todas partes. Y en cualquier caso, eso no es lo importante para mí.

—Lo es tu tía —afirmó Kitai.

Tía Isana. Tavi sintió de repente una punzada de dolor desde la cabeza a los pies, y su ansiedad amenazó con aplastarlo una vez más. Se sentía tan impotente... y odiaba esa sensación con la pasión ardiente de toda una vida de experiencia. Se le cerró de nuevo la garganta y bajó los párpados.

—Solo quiero que esté a salvo. Quiero ayudarla. Eso es todo. —Bajó la cabeza.

Kitai se movió en silencio y se sentó a su lado con la espalda apoyada en la puerta. Se desplazó un poco hacia un lado, se apretó contra su costado, se acomodó y se relajó sin decir nada pero proporcionando la calidez sólida de su presencia en un apoyo silencioso.

—Yo perdí a mi madre —le contó Kitai al cabo de un rato—. No quería que nadie sintiera ese dolor, alerano. Sé que Isana ha sido como una madre para ti.

—Sí, lo ha sido.

—Una vez salvaste la vida de mi padre. Aún estoy en deuda contigo por eso. Te

ayudaré si puedo.

Tavi se apoyó un poco en ella, incapaz de expresar la gratitud que sentía. Un momento después sintió unos dedos cálidos sobre su cara y abrió los ojos para hundirse en los de Kitai que se encontraba a la anchura de un cabello. Se quedó helado, sin atreverse a hacer ningún movimiento.

La chica marat pasó los dedos sobre su mejilla, la línea de la mandíbula y colocó unos mechones rebeldes de cabellos oscuros detrás de sus orejas.

—He decidido que no me gusta cuando te duele —explicó en voz bajas, sin abandonar sus ojos—. Estás agotado, alerano. Tienes enemigos suficientes sin necesidad de abrirte heridas con cosas que no podías evitar. Descansa mientras puedas.

—Estoy demasiado cansado como para dormir —replicó Tavi.

Kitai lo miró durante un momento antes de suspirar.

—Locos. Todos vosotros.

Tavi intentó sonreír.

—¿Incluso yo?

—Especialmente tú, alerano.

Ella le devolvió la sonrisa con ojos luminosos y se acercó.

Tavi sintió cómo se relajaba un poco, apoyándose más en ella y disfrutando de la calidez sencilla de su presencia.

—Kitai —le preguntó—, ¿por qué estás aquí?

Ella se quedó en silencio durante un momento antes de responder.

—He venido a avisarte.

—¿Avisarme?

Ella asintió.

—La criatura del Valle del Silencio. La que despertaste durante el Juicio. ¿Te acuerdas?

Tavi sintió un escalofrío.

—Sí.

—Sobrevivió —le informó—. El *croach* murió. Las guardianas murieron. Pero abandonó el valle. Tenía tu mochila. Tenía tu rastro.

Tavi volvió a temblar.

—Ha venido aquí —prosiguió Kitai en voz baja—. Perdí su rastro durante una tormenta dos días antes de llegar a la ciudad. Pero había venido directamente a por ti durante todo el camino. La he estado buscando durante meses, pero no ha aparecido.

Tavi pensó en ello durante un momento.

—Bueno, algo así no puede pasar desapercibido en la capital —replicó—. Un bicho gigantesco y horrible se destaca por sí solo.

—Quizá también ha muerto —sugirió Kitai—, como las guardianas.

Tavi se rascó la barbilla.

—Pero el Gato Negro ha estado robando durante meses —reflexionó—. Llevas meses aquí. Si solo viniste a avisarme, lo podrías haber hecho e irte, lo que significa que hay alguna otra razón para tu estancia.

Algo parpadeó en sus profundos ojos verdes.

—Ya te lo dije: estoy aquí para vigilar. —Hizo énfasis en la palabra—. Para saber de ti y de tu gente.

—¿Por qué? —preguntó Tavi.

—Es la costumbre de mi pueblo —respondió Kitai—. Después de saberse que... —Su voz se perdió y apartó la mirada.

Tavi frunció el ceño, pero algo le decía que no se lo tomaría demasiado bien si la presionaba sobre el tema y no quería decir nada que provocase que ella se alejara. Por el momento no quería nada más que quedarse allí sentada a su lado y hablar.

—¿Qué has aprendido? —preguntó.

Sus ojos volvieron a los suyos y cuando se encontraron, Tavi sintió un escalofrío.

—Muchas cosas —respondió en voz baja—. Que existe un lugar donde unos pocos aprenden todo lo que vale la pena. Que tú, que tienes valor e inteligencia, eres despreciado por la mayoría de tu pueblo porque no tienes hechicería.

—En realidad no se trata de hechicería —empezó Tavi.

Kitai no cambió de expresión, puso la punta de los dedos ligeramente sobre los labios de Tavi y continuó como si él no hubiera hablado.

—He visto cómo protegías a los demás, aunque ellos creen que eres más débil que ellos. He visto a muy pocas personas decentes, como el chico que sacamos de la torre. —Se calló durante un momento, meditando—. He visto a mujeres cambiando placer por monedas para alimentar a sus hijos y a otras que hacen lo mismo para no prestarles atención a sus hijos y volverse unas idiotas con vino y polvos. He visto a hombres que trabajan de sol a sol y que vuelven a casa con esposas que los desprecian porque nunca están allí. He visto a hombres golpear y abusar de los que deberían proteger, incluso a sus propios hijos. He visto a tu gente esclavizar personas de su propio pueblo. Los he visto luchar para librarse de ello. He visto a hombres de la ley traicionándola y a hombres que odian la ley siendo amables. He visto defensores corteses, sanadores sádicos, burlas contra los creadores de belleza mientras se ensalza a los artífices de la destrucción.

Kitai movió lentamente la cabeza.

—Tu pueblo, alerano, sois las criaturas más malvadas y bondadosas, más salvajes y nobles, más traicioneras y leales, más terroríficas y fascinantes que he visto nunca. —Sus dedos volvieron a acariciar la mejilla de Tavi—. Y tú eres único entre ellos.

Tavi se quedó en silencio durante un buen rato.

—No me extraña que creas que estamos locos —comentó por fin.

—Creo que tu pueblo podría ser grande —prosiguió en voz baja—. Algo de verdadero valor. Algo de lo que El Único se podría sentir orgulloso. Tenéis ese potencial en vuestro interior. Pero hay demasiada ansia de poder. Traiciones. Máscaras falsas. Y errores intencionados.

Tavi frunció el ceño.

—¿Errores intencionados?

Kitai asintió.

—Cuando alguien dice algo, pero no es cierto. El que habla está equivocado, pero es como si quisiera estarlo.

Tavi pensó en ello durante un segundo y entonces comprendió.

—Te refieres a las mentiras. ^[1]

Kitai parpadeó confundida.

—¿Qué yace? ¿Quién está tendido?

—No, no —aclaró Tavi—. Es una palabra: «mentiras». Cuando dices algo que no es verdad, de manera intencionada, para que el otro crea que es cierto.

—Pero... significa tumbarse, para dormir. A veces tiene el sentido de aparearse.

—También significa decir algo que no es cierto —explicó Tavi.

Tavi parpadeó lentamente.

—¿Por qué ibais a utilizar la misma palabra para las dos cosas? Eso es ridículo.

—Tenemos un montón de palabras así —reconoció Tavi—. Pueden tener más de un significado.

—Eso es estúpido —insistió Kitai—. Ya resulta suficientemente difícil comunicarse sin complicarlo con palabras que tienen más de un significado.

—Eso es cierto —asintió Tavi en voz baja—. Llámalo falsedad en sus lugar. Creo que todo alerano lo comprendería.

—¿Quieres decir que todos los aleranos lo hacen? —preguntó Kitai—. ¿Decir cosas que no son correctas? Hablar falsedades.

—La mayoría.

Kitai dejó escapar un leve suspiro de disgusto.

—Lágrimas de El Único, ¿por qué? ¿Es que el mundo no es un lugar suficientemente peligroso?

—¿Tu pueblo no mi... uh, no dice falsedades? —preguntó Tavi.

—¿Por qué lo tendríamos que hacer?

—Bueno —respondió Tavi—, a veces los aleranos dicen falsedades para no herir los sentimientos de alguien.

Kitai movió la cabeza.

—No decir algo no es como si ese algo no existiera —replicó.

Tavi sonrió de manera casi imperceptible.

—Es cierto. Supongo que tenemos la esperanza de que no ocurra.

Los ojos de Kitai se entornaron.

—Entonces tu gente se dice falsedades incluso a ellos mismos. —Volvió a mover la cabeza—. Locura. —Y trazó una línea ligera y cálida con los dedos sobre la curva de la oreja de Tavi.

—Kitai —le preguntó Tavi en voz muy baja—, ¿recuerdas cuando subíamos por la cuerda en el Valle del Silencio?

Ella tembló con los ojos fijos en los de él y asintió.

—Ocurrió algo entre los dos, ¿verdad? —Tavi no se había dado cuenta de que había levantado una mano hasta la cara de Kitai hasta que sintió la piel cálida y suave de su mejilla bajo la punta de los dedos—. Tus ojos cambiaron. Eso tiene algún significado para ti.

Kitai se quedó en silencio durante un momento y, para su sorpresa, las lágrimas se le acumularon en los ojos. La boca le tembló, pero no dijo nada, sino que asintió con un gesto lento y casi imperceptible de la cabeza.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó con suavidad.

Ella tragó saliva y movió la cabeza.

Tavi tuvo una intuición repentina y la siguió.

—Eso es lo que quisiste decir cuando me explicaste que habías venido a vigilar —comentó—. Si hubiera sido un gargante, estarías vigilando gargantes. Si hubiera sido un caballo, estarías vigilando caballos.

Las lágrimas caían de sus ojos verdes, pero su respiración era tranquila y no apartó la mirada.

Tavi pasó el dedo suavemente sobre su cabello pálido, que era muy fino y suave.

—Los clanes de tu pueblo. Moa, Lobo, Caballo, Gargante. De alguna manera... se unen a ellos.

—Sí, alerano —reconoció ella en voz baja—. Nuestros *chala*. Nuestros tótem.

—Entonces... eso significa que yo soy tu *chala*.

Ella sufrió un fuerte escalofrío y su garganta dejó escapar un leve gemido. Y entonces se apretó contra él y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Tavi rodeó sus hombros con el brazo sin pensárselo y la abrazó. No se sintió demasiado sorprendido por la sensación. Nunca había abrazado a una chica de esa manera. Kitai era cálida y suave, y el aroma de su cabello y de su piel era mareante. Sintió cómo se le aceleraba el corazón y la respiración al reaccionar su cuerpo ante su cercanía. Pero por debajo de eso había otro nivel de sensaciones completamente diferentes. De una manera profunda e inexplicable, sentía que estaba haciendo lo correcto cuando la sostenía contra él, bajo su brazo. Apretó un poco el abrazo, y Kitai se acercó un poco más y se apoyó en él con algo más de fuerza. Temblaba a causa de las lágrimas silenciosas.

Tavi empezó a hablar, pero algo le dijo que no lo hiciera. Así que esperó y la

sostuvo.

—Yo quería un caballo, alerano —susurró Kitai con la voz rota—. Lo tenía todo planeado. Cabalgaría con la hermana de mi madre, Hashat. Llegaría hasta el horizonte sin ninguna otra razón que ver lo que había al otro lado. Correría con el viento y desafiaría al trueno de las tormentas de verano con el sonido de mis compañeros de clan galopando por las praderas.

Tavi esperó. En algún momento había descubierto que la mano izquierda de Kitai estaba entrelazada con la suya y sus dedos se unían entre ellos con unas pequeñas punzadas que eran simple y perfectamente correctas.

—Y entonces llegaste tú —continuó en voz baja—. Desafiaste a Skagara ante mi pueblo en el *horto*. Te atreviste con el Valle del Silencio. Me venciste en el Juicio. Volviste a por mí poniendo en peligro tu vida cuando me podrías haber dejado morir. Y tenías unos ojos preciosos. —Levantó la cara cubierta de lágrimas, con sus ojos buscando una vez más los de Tavi—. Yo no quería que ocurriera. No lo elegí.

Tavi le devolvió la mirada. El pulso en el cuello de ella latía al unísono con su corazón. Respiraban juntos.

—Y ahora —intervino Tavi en voz baja— estás aquí, intentando saber más de mí. Todo te resulta extraño.

Ella asintió con parsimonia.

—Esto no le había ocurrido nunca a nadie de mi pueblo —susurró—. Nunca.

Y entonces Tavi comprendió su dolor, su pena y su miedo.

—No tienes compañeros de clan —reconoció con suavidad—. No tienes ningún clan entre tu pueblo.

Más lágrimas cayeron de sus ojos y su voz era baja, tranquila, regular.

—Estoy sola.

Tavi la miró fijamente a los ojos y solo pudo paladear la angustia que se encontraba por debajo de la superficie tranquila de sus palabras. La muchacha seguía temblando y sus pensamientos y emociones volaban con tanta velocidad y eran tan densos que él no podría haber captado ninguno para analizarlo con detenimiento. Pero sabía que Kitai era valiente, hermosa e inteligente, y que su presencia era algo bueno en esencia. Se dio cuenta de que no le gustaba nada verla sufrir.

Tavi se inclinó hacia delante y cogió su cara entre las manos. Los dos temblaron y él casi no se atrevió a moverse por medio a romper ese momento de estremecimiento. Durante un rato, no supo cuánto duró, no hubo nada más que los dos, la profundidad mareante de sus ojos verdes, la calidez de su piel que se apretaba contra su costado, suave bajo las puntas de los dedos, sus propios dedos enfebrecidos acariciando su rostro y su cuello, a través del cabello.

El tiempo pasó, pero no le preocupaba. Sus ojos convertían el tiempo en algo sin importancia, algo que se tenía que ajustar a sus necesidades y no al contrario. El

momento duró hasta que terminó y solo entonces el tiempo retomó su curso.

Tavi miró en los ojos de Kitai, con las caras casi tocándose y dijo en voz baja, tranquila y segura:

—No estás sola.

Amara miró hacia abajo en dirección a la cueva de los forajidos a través del campo de aumento de aire más denso que Cirrus había creado entre sus manos extendidas.

—Tenías razón —le murmuró a Bernard, mientras lo llamaba con la cabeza y movía un poco las manos para que él pudiera mirar por encima de su hombro—. ¿Allí, lo ves, saliendo de la boca de la cueva? ¿Eso es el *croach*?

El suelo en unos doscientos metros en todas direcciones a partir de la entrada de la cueva estaba cubierto de una sustancia espesa y de apariencia viscosa que brillaba húmeda bajo la luz del sol poniente. Había engullido los matorrales espesos delante de la entrada de la cueva, convirtiéndolos en una burbuja semitraslúcida del tamaño de una casa pequeña. Los árboles cercanos a la cueva, en su mayor parte de hoja perenne, también habían quedado engullidos y solo les quedaban libres las ramas más altas de esa cubierta gomosa. En definitiva, otorgaba a la ladera de la colina alrededor de la cueva una apariencia pustulenta y enfermiza, en especial con la mole antigua de la montaña llamada Garados elevándose detrás de ella.

—Esa es la sustancia del Bosque de Cera, de acuerdo —reconoció Bernard en voz baja—. Esa cueva siempre ha traído problemas. La ocupaban los forajidos porque está lo suficientemente cerca de Garados para que ninguno de los locales tenga ganas de acercarse a ella.

—¿La montaña es peligrosa? —preguntó Amara.

—No le gusta la gente —respondió Bernard—. Le he pedido a Brutus que suavice nuestros pasos para que la vieja roca no nos detecte. Si no nos acercamos más, la montaña no nos debería ocasionar ningún problema.

Amara asintió.

—Allí, ¿lo ves? —exclamó—. Movimiento.

Bernard miró a través de las manos levantadas.

—Arañas de la cera —informó y tragó saliva—. Muchas. Se están desplazando hacia el borde del *croach*.

Los pasos pesados de Doroga se acercaron y detuvieron a su lado.

—Agh —gruñó—. Están extendiendo el *croach*, como si fuera mantequilla. Crece por sí mismo pero me imagino que intentan que crezca con mayor rapidez.

—¿Por qué harán algo así? —murmuró Amara.

Doroga se encogió de hombros.

—Es lo que hacen. Si se abren camino, estará por todas partes.

Amara sintió un escalofrío helado que le recorrió la espalda.

—No lo harán —replicó Bernard—. No hay señales de nadie de nuestra gente, ni tomados ni sin tomar. Tampoco veo a ninguno de sus guerreros.

—Están ahí —afirmó Doroga con voz confiada—. Están ahí en el *croach* y no los puedes ver. Fundidos dentro de él.

Bernard apoyó una mano en el hombro de Amara y se puso en pie, inhalando lentamente.

—Soy de la opinión de que debemos seguir adelante con el plan —le explicó—. Esperaremos hasta que oscurezca y les golpearemos con fuerza. Nos acercaremos lo suficiente para asegurarnos de que los vord están ahí y acabaremos con ellos. ¿Condesa?

Amara soltó a Cirrus y bajó las manos.

—No nos podemos quedar por aquí y esperar que vengan a por nosotros —respondió y miró hacia atrás a Bernard—. Pero estas son tus tierras, conde. Apoyaré tu decisión.

—¿Qué es lo que hay que decidir? —preguntó Doroga—. Esto es muy sencillo: matarlos o morir.

Bernard mostró los dientes.

—Prefiero cazar a ser cazado —reconoció—. Doroga, voy a dar una vuelta a esa cueva para ver si nos está esperando alguna otra sorpresa. ¿Quieres venir?

—¿Por qué no? —respondió Doroga—. Caminante está pastando. Es mejor que estar por aquí contemplando cómo arranca cosas.

—Condesa —continuó Bernard—, si te apetece, me gustaría saber lo que puedes ver desde el aire antes de que no quede luz.

—Por supuesto —asintió Amara.

—Tres horas —anunció Bernard al cabo de un momento—. Le voy a decir a Giraldi que se prepare para atacar dentro de tres horas, justo después de anochecer. Si no nos espera ninguna sorpresa, será el momento de acabar con ellos.

Amara inhaló y exhaló profundamente, antes de levantarse con una calma forzada y una confianza que no sentía, y llamó a Cirrus para que la elevara en el aire. Seguía cansada por un exceso de artificios de viento, pero tenía aguante suficiente para un vuelo corto sobre el potencial campo de batalla. Solo le iba a llevar un momento.

Y en cuanto hubiera acabado, las horas que quedaban hasta que se pusieran en marcha le iban a parecer una eternidad.

En cuando Amara regresó de su vuelo sin incidentes (y sin descubrir nada) sobre el nido vord, se instaló con la espalda apoyada en un árbol para descansar. Cuando se despertó, estaba tendida de lado, medio enroscada y con la cabeza apoyada en la capa de Bernard. Reconoció el olor sin necesidad de abrir los ojos y se quedó tendida durante un momento, respirando lentamente. Pero a su alrededor, los veteranos de Giraldi se estaban poniendo en movimiento y las armas y las armaduras emitían leves ruidos de metal chocando contra metal y rascando contra el cuero mientras se aseguraban las armas y el equipo en preparación del combate. Nadie hablaba, excepto

por frases cortas y susurrados de afirmación mientras se comprobaban entre ellos el equipo y la fijación de los cierres.

Amara se sentó lentamente, después se puso en pie y se estiró haciendo un gesto de dolor. La malla no le ajustaba bien, aunque era tolerablemente funcional, pero sus músculos no estaban acostumbrados al peso de la armadura y daban punzadas y se contraían dolorosamente en los momentos y los lugares más inesperados cuando los ponía en tensión. Buscó al hombre más cercano al nido de los vord y se acercó a él.

—Condesa —murmuró Bernard.

En el cielo lucía una media luna muy débil, velada de vez en cuando por las nubes, y casi no había luz suficiente para que pudiera reconocer su perfil mientras contemplaba el nido de los vord. Sus ojos brillaban en la sombra de su cara, fijos y sin parpadear.

De noche el nido de los vord parecía hermoso e inquietante. Una luz verde surgía del *croach*, un color tenue y espectral que creaba formas y remolinos de color, aunque no conseguía iluminar demasiado. La luz verde latía lentamente, como si estuviera en consonancia con algún corazón enorme, haciendo que las sombras cambiaran y rodaran en olas lentas a su alrededor.

—Es hermoso —comentó Amara en voz baja.

—Sí —reconoció Bernard—. Hasta que piensas en lo que representa. Quiero que desaparezca.

—Desde luego —asintió Amara en un susurro.

Ella se colocó a su lado y contempló el nido durante un rato, hasta que sintió un escalofrío y se volvió hacia Bernard.

—Muchas gracias —le dijo y le extendió la capa enrollada.

Bernard se giró para aceptarla y ella percibió la sonrisa en su voz.

—Siempre.

Se puso la capa alrededor de los hombros y la fijó, dejando el brazo izquierdo libre para disparar.

—O quizá nunca —rectificó con voz pensativa—. Has cambiado de opinión con respecto a nosotros.

Amara se quedó de repente muy quieta y se alegró de que la oscuridad ocultara su expresión. Pudo mantener la voz tranquila y así podía decirle una mentira, pero no podía hacerlo mirándole a la cara.

—Ambos tenemos deberes hacia el Reino —respondió en voz baja—. Sufrí la plaga cuando era una niña.

Bernard se quedó en silencio durante un rato largo.

—No lo sabía —dijo por fin.

—¿Ves por qué tiene que ser así? —le preguntó.

Más silencio.

—Nunca te podré dar hijos Bernard —le explicó—. Eso ya sería suficiente para obligarte a buscar otra esposa, según la ley. O perder tu ciudadanía.

—Para empezar, yo no la busqué nunca —replicó Bernard—. Por ti, podría pasarme sin ella.

—Bernard —insistió con un tono de frustración en la voz—, hay pocos hombres decentes entre los ciudadanos. En especial, entre los nobles. El Reino te necesita donde estás.

—Que los cuervos se lleven al Reino —maldijo Bernard—. He vivido antes como hombre libre y lo puedo volver a hacer.

Amara respiró hondo.

—Yo también he realizado juramentos, Bernard —explicó con mucha suavidad—. Y sigo creyendo en ellos y no voy a ser una perjura. Le soy leal a la Corona, y no puedo ni quiero dejar de lado mis deberes, o aceptar otros que puedan entrar en conflicto con ellos.

—¿Crees que estoy en conflicto con la Corona? —preguntó Bernard en voz baja.

—Creo que te mereces a alguien que pueda ser tu esposa —respondió Amara—. Que pueda ser la madre de tus hijos. Que pueda estar a tu lado sin importar lo que pase. —Tragó saliva—. Yo no puedo ser eso para ti. No mientras siga vigente mi juramento a Gaius.

Ambos se quedaron en silencio durante un rato, hasta que finalmente Bernard movió la cabeza.

—Condesa, voy a luchar contra ti por esto. Con uñas y dientes. Pretendo casarme contigo antes de acabar el año. Pero por el momento, ambos tenemos asuntos más urgentes y ha llegado el momento de concentrarnos en ellos.

—Pero...

—Quiero que vayas con Giraldi y te asegures de que todos los hombres tienen su lámpara —ordenó Bernard—. Y después de eso, ocupa tu posición con Doroga.

—Bernard —replicó Amara.

—Condesa —la interrumpió—, estas son mis tierras. Estos hombres están bajo mi mando. Si no queréis servir con ellos, tenéis mi permiso para marcharos. Pero si os quedáis, espero que me obedezcáis. ¿Está claro?

—Perfectamente, Su Excelencia —respondió Amara, que no estaba segura si estaba enfadada o divertida por su tono, pero sus emociones eran demasiado turbulentas para permitirse cualquier reacción que no fuera la profesionalidad.

Inclinó la cabeza ante Bernard y se dio la vuelta para regresar con los legionares y encontrar a Giraldi. Confirmó que cada legionare llevaba dos lámparas de furia y después de eso se abrió camino hasta la retaguardia de la columna, donde el olor acre de Caminante, el gargante de Doroga, resultaba un guía casi tan fiable como la luz mortecina.

—Amara —saludó Doroga, que se encontraba en la oscuridad, apoyado en el costado de Caminante.

—¿Estás preparado? —le preguntó Amara.

—Humm. Ha resultado bastante fácil cargarlo. ¿Estás segura de esto?

—No —reconoció—. Pero ¿qué es seguro en la vida?

Doroga sonrió, mostrando los dientes que lanzaron un resplandor blanco y repentino.

—La muerte —respondió.

—Eso anima —replicó con tono seco—. Muchas gracias.

—No hay de qué. ¿Tienes miedo a morir?

—¿Tú no? —preguntó Amara.

El jefe marat ladeó la cabeza pensativo.

—En su momento tenía miedo. Ahora... no estoy seguro. Lo que viene después, no lo sabe nadie. Pero nosotros creemos que no es el fin y allí donde conduzca ese sendero, están aquellos que lo han recorrido antes que yo y me harán compañía. —Cruzó los enormes brazos sobre el pecho—. Mi compañera, la madre de Kitai. Y después de la batalla de la pasada noche, muchos de mi pueblo. Amigos. Familia. A veces pienso que será agradable verlos de nuevo. —Levantó la vista hacia la luna mortecina—. Pero Kitai está aquí, así que creo que me voy a quedar todo el tiempo que pueda. Es posible que necesite a su padre, y sería un irresponsable si la dejase sola.

—Creo que yo también voy a intentar no morir —le explicó Amara—. Aunque... mi familia también me está esperando allí.

—Entonces será bueno que cabalgues conmigo esta noche —concluyó Doroga.

El marat agarró la pesada cuerda de montar con nudos y subió con facilidad al lomo de Caminante. Desde allí se inclinó, tirando la cuerda hacia Amara y extendiendo la mano para ayudarla a subir.

—No importa lo que ocurra, tenemos algo por lo que sobrevivir.

Amara dejó escapar un leve chasquido y subió hasta instalarse detrás de Doroga sobre la manta de montar que se extendía sobre el ancho lomo de Caminante. El gargante cambió el peso de un lado a otro, inquieto. El líquido se agitó en los barriles de madera que colgaban a ambos lados del animal.

Doroga espoléó a Caminante para que avanzase, y el animal se movió con pasos lentos y silenciosos hacia la zona en que los legionares estaban formando sus filas. Amara contempló cómo Girdi iba de un lado a otro de la formación, bastón en mano, inspeccionando a cada hombre bajo la mortecina luz de la luna. No quedaba nada del sarcasmo y de las bravatas habituales del centurión, cuyos ojos estaban atentos; su expresión era dura y señaló varias deficiencias en dos legionares diferentes con un golpe seco del bastón. Los hombres tampoco hablaban ni

bromeaban, sino que movían los ojos en silencio cuando el centurión pasaba de largo. Cada rostro estaba tenso, concentrado en la tarea que tenía por delante. Tenían miedo, por supuesto, solo los idiotas no lo tendrían, y los veteranos legionares no eran idiotas. Pero eran soldados profesionales, legionares aleranos, el producto de más de mil años de tradición, y el miedo era un enemigo al que nunca se iban a rendir o que nunca les iba a derrotar.

Giraldi levantó la mirada hacia ella cuando el gargante se acercó en silencio y se tocó el peto con el bastón en señal de saludo. Amara se lo devolvió con un gesto de la cabeza y el gargante siguió adelante, hasta detenerse al lado de Bernard y los caballeros que quedaban: media docena tanto de tierra como de madera, ninguno tan dotado como Janus o Bernard, pero cada uno de ellos un soldado sólido con muchos años de servicio en las legiones. Habían dejado de lado los escudos, pero los artífices de la madera llevaban arcos gruesos mientras que los artífices de tierra cargaban con pesados mazos, excepto el joven sir Frederic, que había optado por llevar su lanza a la batalla.

Bernard levantó la mirada hacia Amara y Doroga.

—¿Listos?

Doroga asintió.

—¿Centurión? —preguntó Bernard a las sombras a su espalda.

—Listos, mi señor —llegó la respuesta de Giraldi en voz baja.

—Adelante —ordenó Bernard, mientras hacía girar la mano en el aire trazando un círculo corto que terminó apuntando hacia el nido.

El inmenso lomo del gargante se movió de un lado al otro cuando el animal empezó a avanzar, sin que hubiera ninguna señal visible por parte de Doroga. Amara oyó unos pocos crujidos amortiguados procedentes de botas de cuero desgastadas y el repiqueteo de lo que debió de ser el borde de un escudo contra el acero de la armadura, pero más allá de eso, los legionares y los caballeros se movieron en un silencio absoluto. Mirando a su alrededor, casi no podía ver la fila delantera de los legionares que iban detrás de ellos, aunque no se encontraban a más de una docena de pasos. Las sombras se movían y emborronaban a su alrededor, como resultado de diversas capas de artificios de la madera.

El corazón de Amara empezó a latir con más fuerza cuando se acercaron a la espectral luz verde del *croach*.

—¿Es esto lo que hizo tu pueblo? —le preguntó a Doroga con un susurro.

—Con más gritos —respondió Doroga.

—¿Y si acuden enseguida? —susurró.

—No lo harán —le aseguró Doroga—, hasta que las guardianas no les avisen.

—Pero ¿y si lo hacen...?

—Pagarán cara nuestra muerte.

La boca de Amara se secó e intentó tragar saliva, pero no parecía que pudiera mover la garganta. Así que se quedó callada y esperó mientras avanzaban en un silencio tenso y dispuesto.

Bernard y sus caballeros llegaron al borde del *croach*. Se detuvo para que los legionares que venían detrás se pudieran poner en formación y respiró hondo. Levantó el arco mientras se arrodillaba, con una flecha de caza de punta ancha dispuesta sobre la madera doblada. Alineó la flecha con la superficie del *croach* y la soltó. El gran arco zumbó y la flecha salió disparada sobre la superficie y a treinta o cuarenta metros empezó a cortar una incisión larga y fina en la superficie del *croach*. La sustancia cerosa se abrió y empezó a burbujear como si estuviera hirviendo y el fluido verde y luminoso empezó a manar por la herida de varios metros de longitud.

El nido vord entró en erupción con un estallido de movimiento y un coro extraño de aullidos y siseos que se elevó hacia el cielo nocturno. Las arañas de la cera, unas criaturas tan grandes como un perro de tamaño medio, surgieron del *croach*. Sus cuerpos estaban hechos por una sustancia pálida y parcialmente traslúcida que se confundía con el *croach*. Unas placas se sobreponían las unas a las otras para acorazar sus cuerpos mientras que unas patas quitinosas de muchas articulaciones las impulsaban en saltos que cubrían veinte metros de una sola vez. Las arañas emitían chillidos parecidos a aullidos y silbidos agudos, corriendo hacia el largo corte en el *croach*. Amara se sobresaltó a causa de la sorpresa, nunca habría creído que pudiera haber tantas y tan cerca, casi bajo sus narices, pero invisibles. Había docenas, moviéndose por el *croach*, y mientras miraba, las docenas se convirtieron en veintenas y después en centenares.

Bernard y sus caballeros Flora tiraron de los arcos y empezaron a trabajar. Las flechas sisearon infaliblemente hacia las arañas de cera mientras se movían y saltaban por el *croach*, montadas con puntas finas como estiletes para atravesar la armadura. Disparadas desde los arcos pesados que solo los artífices de la madera podían doblar, resultaron letales. Las flechas acertaron una y otra vez, atravesando las arañas y dejándolas pataleando y moribundas, y durante todo un minuto no se dieron cuenta de que las estaban atacando.

Algunas de las arañas más cercanas se dieron la vuelta para encararse con las tropas aleranas, girando los ojos con un brillo más luminoso, y empezaron a saltar de un lado a otro, emitiendo más silbidos estruendosos. Otras acudieron a la llamada y al cabo de unos segundos toda una horda se había olvidado del *croach* herido y empezó a correr hacia los atacantes.

—¡Ahora! —rugió Bernard.

Los arqueros se retiraron a la retaguardia, sin dejar de disparar, y las flechas derribaron a las arañas de la cera cuando se encontraban en el aire volando hacia los aleranos. La mitad de la infantería de Giraldi avanzó sobre la superficie del *croach*,

clavaron con fuerza los escudos en la sustancia cerosa y aguantaron con firmeza cuando la oleada de arañas de la cera golpeó contra el muro de escudos.

Los legionares trabajaron juntos, dejando de lado las lanzas habituales a favor de las espadas cortas y pesadas que descargaron contra las arañas sin misericordia ni vacilación. Un hombre vaciló cuando tres arañas lo superaron y le hundieron sus colmillos venenosos en el cuello, de manera que se derrumbó, creando una brecha peligrosa en la línea de escudos. Girdali bramó una orden y el legionare que iba detrás del primero cogió al hombre herido y lo retiró hacia atrás, antes de ocupar su puesto en el frente. La matanza siguió adelante durante al menos medio minuto, antes de que se produjese una vacilación en el avance de las arañas de cera.

—¡Segunda fila! —bramó Girdali.

Como un solo hombre, los legionares en el muro de escudos se dieron la vuelta, permitiendo que avanzase la segunda fila de soldados de refresco, que clavaron sus escudos un paso por delante de los primeros y aplicaron sus espadas con un efecto mortal. Unos interminables segundos más tarde, otro respiro en la presión permitió que avanzase la tercera fila y después la cuarta, permitiendo cada una de ellas que avanzasen legionares descansados contra la marea de arañas de la cera.

Sus pesadas botas rompieron la superficie del *croach* de manera que el fluido viscoso que contenía manó y chapoteó a cada paso e hizo que fuera difícil seguir en pie, pero habían hecho instrucción, maniobrado y combatido antes en el barro, y los veteranos de Girdali mantuvieron la línea y avanzaron sin descanso hacia la cueva, mientras los arqueros de Bernard protegían sus flancos, derribando con sus flechas a las arañas que intentaban atacar por los lados.

—Estamos casi a medio camino —murmuró Doroga—. Vendrán pronto. Entonces...

De la boca de la cueva surgió otro chillido, este algo más profundo, más estridente y con más mando que los anteriores. Durante un segundo cayó el silencio y después hubo movimiento. Las arañas se empezaron a alejar a saltos de los aleranos, retirándose, y mientras lo hacían, los guerreros vord salieron de la boca de la caverna.

Corrieron hacia la línea alerana, con las placas oscuras de su armadura chirriando y chasqueando y las feroces mandíbulas muy abiertas.

—¡Doroga! —gritó Bernard—. ¡Girdali, retirada!

El jefe marat le bramó algo a Caminante y el gargante se dio la vuelta y empezó a deshacer el camino por el que había venido, siguiendo el canal abierto a través del *croach* aplastado. Mientras lo hacía, Amara se inclinó sobre los barriles colgados de los costados de Caminante y quitó los grandes tampones que cubrían los agujeros en su base. Aceite de lámpara mezclado con el licor más fuerte que pudieron encontrar los veteranos de Girdali fluyó en una corriente constante mientras Caminante se retiraba, dejando dos ríos anchos que se extendían a través del canal abierto en el

croach. Los veteranos de Girdali salieron corriendo para alcanzar el borde del *croach* y los vord los siguieron en una persecución ansiosa.

Cuando los primeros legionares llegaron al final del *croach*, Girdali bramó otra orden. Los hombres se dieron la vuelta y volvieron a formar la línea, esta vez a ambos lados del canal, de manera que los muros de escudos encerraban a los guerreros vord entre ellos. Los vord, temerarios y agresivos, corrieron directamente contra los aleranos, en un camino marcado por los muros de escudos, que los conducían directamente hacia Doroga, Caminante y la fuerza demoledora de los caballeros Terra de Bernard.

Caminante dejó escapar un bramido de batalla, levantándose sobre las patas traseras para derribar a un vord en el aire cuando intentaba alzar el vuelo, y la fuerza demoledora del gargante era suficiente para destrozarse la armadura vord. Cayó destrozado al suelo, mientras que Amara se aferraba con desesperación a la cintura de Doroga para no caer del lomo del animal.

Los caballeros Terra defendían los flancos del gargante, y trozos de tierra, impulsados por el artificio de los caballeros, salieron disparados contra los vord cuando se acercaban, frenando la inercia de su carga y exponiéndoles a los golpes bien dirigidos de los mazos salvajes que aplastaban las placas de la armadura de los vord como si fueran cáscaras de huevo.

Pero todo esto no era más que el prelude del verdadero ataque.

—¡Girdali! —gritó Bernard.

—¡Fuego! —bramó el centurión—. ¡Fuego, fuego, fuego!

A lo largo del muro de escudos de la legión, las lámparas de furia cobraron vida y resplandecieron con todo su poder.

Al unísono, los legionares tiraron las lámparas contra el líquido viscoso del *croach* roto, mezclado con el aceite de lámpara y el alcohol.

Las llamas se extendieron a una velocidad sorprendente y los fuegos individuales en casi un centenar de puntos se encontraron con rapidez, fundiéndose y alimentándose entre ellos. Al cabo de unos segundos, el fuego cobró más vida y empezó a consumir a los guerreros vord atrapados.

Ahora los legionares tuvieron que luchar en serio, a medida que los vord desesperados intentaban salir de la trampa. Los hombres gritaban. El humo negro y un hedor insoportable llenaron el aire. Girdali gritó órdenes, que casi no se podían oír por encima del chasquido y el cliqueo frenéticos de los vord acorazados.

Y las filas aguantaron. Los vord al final de la trampa consiguieron darse la vuelta y correr de regreso a la cueva.

—¡Condesa! —gritó Bernard.

Amara llamó a Cirrus y sintió la presencia repentina y ansiosa de su furia de viento. Respiró hondo, se concentró y gritó:

—¡Lista!

—¡Abajo, abajo, abajo! —rugió Giraldi.

Amara vio cómo todo se movía con gran lentitud. A lo largo de las filas, los legionarios dieron de repente un paso atrás y pusieron una rodilla en tierra, se giraron hacia un lado y levantaron los escudos curvados que se cerraron sobre ellos como si fuera la tapa de un ataúd. Los vord desesperados se tambaleaban y se abrían camino por encima de sus muertos, mientras que los que habían conseguido retirarse se dirigían directamente hacia la cueva.

Amara dejó que Cirrus penetrara en sus pensamientos y lo envió con toda su fuerza de voluntad para que volara hacia los vord que huían.

Un huracán de viento violento barrió el aire a la orden de Amara. Atrapó el líquido en llamas y lo lanzó en una tormenta repentina y cegadora de llamas florecientes. El fuego engulló el aire, alimentado salvajemente por el viento, y el calor abrasó el *croach* allí donde lo tocaba, fundiéndolo como la cera que parecía. Los árboles cubiertos de *croach* estallaron como infiernos individuales, y el fuego frenético, impulsado por el viento de Amara, siguió adelante.

Engulló al último de los vord que había atacado a unos quince metros de la boca de la cueva y siguió adelante, mientras los fuegos se extendían y giraban enloquecidos, quemando el *croach* en cuanto lo tocaban.

La concentración y la voluntad de Amara se tambalearon en un espasmo repentino y nauseabundo de cansancio, y se derrumbó contra la espalda de Doroga. Sin el viento huracanado que los alimentase y empujase, los fuegos empezaron a dividirse en incendios individuales, pero no quedaba ninguna señal del *croach* sobre la superficie, solo tierra ennegrecida y árboles en llamas.

Lo habían conseguido.

Amara cerró los ojos agotada. No se dio cuenta de que se deslizaba hacia un lado hasta que empezó a caer y Doroga se tuvo que dar la vuelta y la cogió con un brazo muy musculoso antes de que cayese del lomo de Caminante y se golpease contra el suelo.

El mundo se emborronó durante un momento y después oyó a Bernard repartiendo órdenes. Se obligó a levantar la cabeza y miró alrededor hasta que vislumbró a Bernard.

—Bernard —lo llamó de manera casi imperceptible.

El conde levantó la vista desde donde estaba arrodillado, sosteniendo a un soldado herido mientras un sanador retiraba de la pierna del hombre una esquirla rota de la mandíbula de un vord.

—La reina —gritó Amara—. ¿Hemos matado a la reina?

—Aún no lo sé —respondió—. No hasta que hayamos revisado la cueva, pero es una trampa mortal. Tiene un techo alto, pero no es profunda. No me sorprendería que

la tormenta de fuego hubiera abrasado a todo lo que había dentro.

—Tenemos que darnos prisa —indicó, mientras Doroga hacía girar lentamente a Caminante para mirar hacia el interior de la cueva—. Tenemos que acabar con ella antes de que pueda recuperarse. Tenemos que matar a la reina o todo habrá sido por nada.

—Comprendido. Pero aquí hay hombres moribundos y no tenemos artífices del agua. Primero nos ocuparemos de ellos.

—¡Eh! —gruñó Doroga—. Vosotros dos. La reina no está en la cueva.

—¿Qué? —Amara levantó la cabeza adormilada—. ¿Qué quieres decir?

Doroga señaló lúgubre hacia la cresta de la colina que se encontraba detrás de ellos, en dirección a Aricholt.

Allí se encontraban los habitantes de la explotación tomados. Formaban un grupo silencioso, una simple multitud de personas de todas las edades y ambos sexos que estaban de pie bajo la mortecina luz de la luna y miraban a las fuerzas aleranas con ojos vacíos.

A su lado se encontraba la centuria de Félix, junto con lo que parecían todos los legionares que se habían visto obligados a dejar atrás en Aricholt.

Y a todos ellos los habían tomado.

A la cabeza de la hueste silenciosa, había algo agachado y Amara no tuvo ninguna duda de lo que estaba contemplando. Era más o menos del tamaño de un hombre y no parecía nada más que una sombra con una silueta extraña. Si no hubiera sido por el brillo luminoso de los ojos, Amara habría pensado que la reina vord era solo una ilusión de la mala luz y las grandes sombras.

Pero era real. Inició un paso tranquilo y lento para bajar por la ladera de la colina, moviéndose de manera extraña, como si caminase sobre cuatro patas cuando estaba formada para andar con dos, y en el mismo instante toda la hueste empezó a avanzar.

—Furias —jadeó Amara, casi demasiado cansada para sentirse aterrorizada por lo que estaba viendo.

Mientras habían cerrado la trampa contra los vord, estos los habían rodeado para atacar al objetivo más débil. En Aricholt unos pocos tomados habían resultado mortales y ahora superaban en número a los legionares que quedaban para enfrentarse a ellos.

—Bernard —preguntó en voz baja—. ¿Cuántos heridos?

—Dos docenas —respondió, cansado.

Los tomados bajaron la colina, sin grandes prisas, dirigidos por una sombra con ojos brillantes al frente. Algo parecido a un siseo, a una risita susurrada levantó ecos a través de la noche, bailando entre las chipas de los árboles en llamas.

—Son muchos —afirmó Amara en voz baja—. Demasiados. ¿Podemos salir corriendo?

—No con tantos heridos —respondió Bernard—. Y aunque los pudiéramos mover, estamos de espaldas a Garados. Nos tendríamos que retirar por sus laderas y nadie puede ocultar tanto movimiento a la montaña.

Amara asintió y respiró hondo.

—Entonces tenemos que luchar.

—Sí —reconoció Bernard—. ¿Giraldi?

El centurión apareció al momento con sangre en la pierna y lucía una abolladura salvaje en las placas superiores que le protegían el hombro, pero golpeó el pecho con el puño.

—Sí, mi señor.

—Que todo el mundo se ponga en marcha —ordenó en voz baja—. Nos retiramos a la cueva. Allí podremos luchar por turnos. Quizá podamos resistir durante un tiempo.

Giraldi miró a Bernard durante un momento y su cara no tenía ninguna expresión, excepto por los ojos preocupados. Después asintió, volvió a saludar, se dio la vuelta y empezó a transmitir las órdenes en voz baja.

Amara cerró los ojos cansados. Una parte de ella se preguntaba si lo mejor no era dormir y que los acontecimientos siguieran su curso. Estaba tan cansada e intentó encontrar alguna razón para seguir adelante, para alejar la desesperación.

«El deber», pensó. Tenía el deber de hacer todo lo que pudiera para proteger a los nobles, a los legionares y a los campesinos del Reino. Ese deber no le permitía rendirse ante la muerte. Pero le parecía que estaba vacío. Más que nada en el mundo, quería estar en algún sitio caliente y seguro, pero el deber era un refugio frío y desnudo para un espíritu herido.

Volvió a levantar la mirada y vio a Bernard ayudando a levantar a un hombre herido, que partió cojeando hacia la cueva mientras se apoyaba en el astil de la lanza. Ayudó al hombre a ponerse en movimiento, animándole, y se volvió hacia el siguiente soldado que necesitaba ayuda, mientras organizaba la retirada que, aunque solo fuera temporalmente, alargaría sus vidas.

Él era razón suficiente.

Doroga empezó a reír de manera repentina.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —le preguntó en voz baja.

—Estuvo bien lo que hablamos antes —murmuró Doroga con ojos alegres—. En caso contrario, habría olvidado que no importa lo que ocurra porque tenemos algo por lo que sobrevivir.

Seguía riendo para sí mismo cuando hizo que Caminante diera la vuelta y se uniera a la retaguardia de la columna alerana.

Amara giró la cabeza mientras avanzaban y vio cómo la reina vord y los tomados se acercaban lentamente a ellos.

Tavi le frunció el ceño a Ehren.

—¿Qué quieres decir con nada? —susurró.

—Lo siento —respondió Ehren también con un susurro—. He hecho todo lo que he podido con el tiempo disponible. Durante el ataque alguien debió de apagar las luces de la calle. Mucha gente vio la pelea, e incluso hubo dos testigos del inicio del ataque, pero alguien apagó las farolas. Después de eso, nada.

Tavi soltó lentamente el aire y apoyó la cabeza en la pared. El ambiente en el aula de exámenes era algo más que sofocante. La parte escrita del examen de historia había empezado después de la comida de mediodía y concluyó cuatro horas más tarde, para dar paso al examen oral individual. La luz del atardecer extendía sus dedos anaranjados a través de las ventanas superiores de la sala. Ninguno del centenar de estudiantes presentes dejaba de estar ansioso por salir de allí.

El maestro Larus, un hombre de hombros caídos con una melena impresionante de cabello plateado y una barba de un blanco immaculado, hizo un gesto con la cabeza al estudiante que estaba de pie delante de su cátedra y movió la mano para despedirlo. Se tomó un instante para apuntar una nota en el primero de una pila de pergaminos, antes de mirar a Tavi y Ehren.

—Caballeros —tronó su voz sonora con un deje de enojo—. Espero que mostréis suficiente cortesía a vuestros compañeros estudiantes para permanecer en un silencio respetuoso durante sus exámenes. Al igual que espero que ellos lo hagan por vosotros. —En especial, entornó los ojos al mirar a Tavi—. De hecho, si no fuera ese el caso, me vería obligado a hablar largo y tendido sobre el tema de la cortesía académica. ¿Puedo confiar en que no sea necesario?

Se produjo un siseo de telas cuando toda la clase se volvió para mirarlos. Un centenar de miradas irritadas y amenazadoras se concentraron en Tavi y Ehren, con la promesa silenciosa de un tumulto en el fondo de los ojos.

—No, maestro —contestó Tavi, que intentaba que sonase arrepentido.

—Lo siento, maestro —le apoyó Ehren, que era mejor que Tavi en fingirlo o estaba realmente arrepentido.

—Excelente —replicó Larus—. Ahora veamos. Ah, Demetrius Ania, si podéis venir hacia delante. Sois la siguiente. Por favor, ¿me podéis hablar de los avances económicos producidos durante el gobierno de Gaius Tertius, y de sus efectos sobre el desarrollo del valle de Amarante?

La joven empezó a titubear en busca de una respuesta bajo la mirada fija y amenazadora de Larus.

Tavi se inclinó hacia Ehren.

—No tiene sentido —susurró—. ¿Para qué iba a apagar las luces un arquero? No

podría ver para disparar.

Ehren le lanzó a Tavi una mirada de protesta, moviendo los ojos hacia Larus.

Tavi frunció el ceño.

—Mantén la voz baja. No va a oír nada por encima de los rugidos de los estómagos de todos.

Ehren suspiró.

—No sé por qué lo harían, Tavi.

Gaelle, que se encontraba al otro lado de Ehren, se inclinó hacia Tavi.

—Yo tampoco he descubierto mucho más —susurró—. Nadie del personal con los que he hablado recuerda a los sicarios que mencionaste. Pero he mirado en el cubo de la basura, donde he encontrado varios juegos de ropa perfectamente utilizables, algunas sábanas, algunas copas y otros artículos por el estilo, como si hubieran tirado todo lo que había en una o dos habitaciones. Los restos del desayuno estaban encima de todo, así que debió de ocurrir la pasada madrugada.

—Cuervos —murmuró Tavi, que se volvió a reclinar inquieto contra la pared.

El examen había durado demasiado. Kitai había prometido que se quedaría tranquilamente en la habitación de Tavi hasta que cayese la noche para ocultar su salida del recinto de la Academia, pero él le había dicho que regresaría mucho antes de eso. A cada momento era mucho más probable que ella decidiera irse.

—¿Tavi? —preguntó Ehren—. ¿La Legión Cívica ha encontrado algo?

Tavi negó frustrado con la cabeza.

—No cuando llegué aquí hace doscientos años —murmuró y le lanzó una mirada a la estudiante que intentaba responder a una pregunta tan sencilla—. Cuervos, las políticas de Tertius redujeron la inflación, lo que hizo posible la domesticación del murciélago de seda y así empezó toda la industria de la seda. Los malditos huertos de manzanas, que se comen los cuervos, no tienen nada que ver con todo eso.

—Sé amable, Tavi —murmuró Gaelle—. Es de Riva y he oído decir que la gente de por allí no es demasiado brillante.

Ehren frunció el ceño.

—Es la primera vez que lo oigo. Quiero decir que Tavi es de cerca de Riva y... —Parpadeó y después hizo girar los ojos—. Oh.

Tavi miró a Gaelle, que le sonrió y siguió escuchando hasta que Ania mencionó finalmente algo sobre las granjas de seda en su titubeante respuesta. El maestro Larus la despidió con otro movimiento de la mano y una mirada agria, antes de poner otra nota en el papel y girar la última página.

—Muy bien —murmuró Larus—. Esto nos deja con el último estudiante. Tavi Patronus Gaius, por favor, venid aquí delante. —Le lanzó a Tavi una mirada llena de dureza—. Quiero decir si podéis interrumpir durante un momento vuestra conversación.

Tavi sintió cómo se ruborizaba pero no dijo nada mientras se apartaba de su lugar frente a la pared y caminaba hacia la parte delantera del aula para presentarse ante el maestro Larus.

—Muy bien —pronunció lentamente el maestro—. Si no es demasiada molestia, me pregunto si me podríais ilustrar sobre las llamadas artes románicas y su supuesto papel en la historia antigua de Alera.

Un murmullo recorrió el aula. Era una pregunta con trampa, y todos los sabían. Tavi había discutido sobre el tema con el maestro Larus en cuatro ocasiones diferentes durante los últimos dos años, y ahora el maestro lo planteaba en un examen. Estaba claro que pretendía que Tavi renunciara a su punto de vista o suspendiera la asignatura. Se trataba de un abuso deliberado, y a Tavi le pareció una táctica increíblemente mezquina e irritante si tenía en cuenta los problemas por los que había atravesado en los últimos días.

Pero apretó las mandíbulas y la parte tranquila y lógica de su mente se dio cuenta con cierta alarma de que el terco aprendiz de pastor que había en él no tenía intención de rendirse.

—¿Desde qué perspectiva, señor?

El maestro Larus parpadeó muy lentamente.

—¿Perspectiva? Desde la perspectiva de la historia, por supuesto.

La boca de Tavi dibujó un rictus fruncido.

—¿De la historia de quién, señor? Como sabéis, han existido muchas escuelas o ideas sobre las artes románicas.

—No me había dado cuenta —respondió Larus con suavidad—. ¿Por qué no empezamos con una explicación de qué fueron precisamente las artes románicas?

Tavi asintió.

—En general, hacen referencia a una serie de habilidades y métodos que utilizaron los primeros aleranos de los que han sobrevivido registros históricos.

—Supongo que queréis decir que suponemos que utilizaron —replicó Larus con suavidad—. Porque no se sabe que hayan sobrevivido registros auténticos de esa generación.

—Suponemos que utilizaron —repitió Tavi—. Entre ellos se incluyen áreas de conocimiento como tácticas militares, doctrina estratégica, filosofía, mecanismos políticos e ingeniería sin el uso de artificios de las furias.

—Sí —asintió Larus, y su voz cálida y melosa se empezó a volver petulante—. Ingeniería sin artificio de las furias. También incluían materias como la lectura de los intestinos de los animales para predecir el futuro, el culto a seres que recibían el nombre de «dioses» y pretensiones tan ridículas como que pagaban a sus soldados con sal en lugar de monedas.

Algunas risitas ahogadas recorrieron el aula.

—Señor, las ruinas de la ciudad de Appia en la región meridional del valle de Amarante, así como la vieja calzada de piedra que recorre unos dieciséis kilómetros hasta el río, parecen indicar que su habilidad constructiva sin el beneficio del artificio de las furias era cierta y considerable.

—¿De verdad? —preguntó con suavidad el maestro Larus—. ¿Según quién?

—En fechas recientes —respondió Tavi—, el maestro Magnus, vuestro predecesor, en su libro *De los tiempos antiguos*.

—Eso es cierto. Pobre Magnus. En su época fue un orador bastante conmovedor. Y lo siguió siendo hasta que fue despedido por el Consejo de la Academia para evitar que su locura influyera en la juventud de Alera. —Larus se detuvo, antes de proseguir con una paciencia insultante—: Nunca fue demasiado estable.

—Es posible que no lo fuera —reconoció Tavi—, pero sus escritos, sus investigaciones, sus observaciones y sus conclusiones son lúcidas y difíciles de rechazar. Las ruinas de la arquitectura característica de Appia son comparables en calidad y escala a las modernas técnicas de construcción, pero están claramente construidas con bloques de piedra trabajados a mano que fueron...

El maestro Larus hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Sí, sí, supongo que os gustaría hacernos creer que los hombres, sin el uso de artificios de las furias, tallaron bloques de mármol con las manos desnudas. Y que a continuación, también sin el uso de una fuerza impulsada por las furias, levantaron esos bloques enormes, algunos de ellos con un peso de seis o siete toneladas, con nada más que sus espaldas y brazos.

—Como el maestro Magnus...

Larus emitió un bufido grosero.

—... y otros antes que él —continuó Tavi—, creo que la capacidad de los hombres para utilizar herramientas y equipos pesados, combinada con un esfuerzo coordinado, se ha subestimado de una manera generalizada.

—Suenas bastante como Magnus hacia el final —replicó Larus—. Si esos métodos eran tan practicables como pretendes, ¿por qué no los siguen empleando los obreros actuales?

Tavi respiró hondo y trató de calmarse.

—Porque la llegada del artificio de las furias hizo que dichos métodos fueran innecesarios, caros y peligrosos.

—O quizás esos métodos inútiles no existieron nunca.

—Inútiles no —insistió Tavi—. Solo diferentes. Las técnicas de construcción modernas no han demostrado que sean sustancialmente superiores a las ruinas de Appia.

—¡Oh, para decirlo en voz alta, Calderon! —gritó alguien en el centro del aula—. ¡No lo pudieron hacer sin artificio de las furias! ¡No eran tan inútiles como tú! ¡Y los

no anormales en la sala están hambrientos!

Unas risitas nerviosas recorrieron el aula. Tavi sintió una oleada de rabia, pero no dejó que apareciese en su cara ni apartó la mirada del maestro Larus.

—*Academ* —prosiguió Larus—, esa postura es interesante y romántica, supongo... desde vuestro punto de vista. Pero la realidad es que la sociedad pequeña, primitiva y limitada de los primeros aleranos era claramente incapaz de suportar el tipo de esfuerzo masivo y colectivo que habría sido necesario para dichas construcciones. Simplemente no tenían los medios para construirlas sin el uso de artificios de las furias, lo que a su vez deja bastante claro que los aleranos siempre han dispuesto de dichos artificios, aunque en aquella época tuvieran una capacidad mucho más limitada, teniendo en cuenta la unión de diversas partes constructivas, en lugar de los métodos modernos que extraen todas las rocas de una sola pieza desde la tierra. Este es el punto de vista razonable.

—Ese es vuestro punto de vista, maestro —replicó Tavi—. Hay muchos estudiosos e historiadores, además de Magnus, que no están de acuerdo con eso.

—Entonces deberían estar en la Academia compartiendo sus puntos de vista, ¿no os parece? —le contradijo Larus y sus ojos mostraron su desprecio—. Bueno, supongo que se puede tolerar vuestra... perspectiva única.

A Tavi le volvía a arder el rostro de rabia y humillación, y le resultó muy difícil mantener una expresión tranquila.

—Aunque vuestros conocimientos están claramente desviados, *academ*, debo admitir que habéis leído el material. Supongo que eso es mucho más de lo que ha hecho la mayoría. —Larus bajó la mirada hacia el papel y apuntó la nota final de Tavi... la nota mínima aceptable. Le hizo un gesto con la muñeca a Tavi—. Ya es suficiente.

Tavi apretó los dientes, pero volvió a su lugar en la pared, mientras el maestro Larus repasaba sus papeles.

—¿No he llamado a alguien? —preguntó—. Si no habéis superado la parte oral del examen, recibiréis un suspenso. —Miró alrededor del aula, que ya había empezado a zumbar con conversaciones y movimientos—. Muy bien —asintió—. Os podéis ir.

Antes de que pudiera acabar la frase todos los estudiantes estaban de pie y se precipitaban hacia la puerta.

—Tirano engreído —le dijo Gaelle a Tavi mientras salían—. Furias, ese tipo es un tonto arrogante.

—Es un idiota —recalcó Tavi—. Nunca ha estado en Appia, ni nunca la ha estudiado. Es posible que Magnus estuviera loco, pero no por ello estaba equivocado.

—La pregunta no tenía nada que ver con eso —explicó Ehren en voz baja—. Tavi, no puedes discutir de esa manera con un maestro de la Academia. Quería

ponerte en tu lugar.

Tavi bufó y empezó a golpearse la palma de la mano salvajemente con el puño. Hizo un gesto de dolor. Le latían las heridas en los nudillos y la piel abrasada se le abrió en varios sitios.

—Furias, Tavi —exclamó Gaelle con voz preocupada—. ¿Cómo te has hecho eso?

—No quiero hablar de ello —respondió Tavi.

—Vamos a conseguir algo para comer —sugirió Ehren.

—Id delante —replicó Tavi—. Me tengo que presentar inmediatamente ante Gaius. Es probable que esté furioso por la duración del examen.

—Quizás hayan encontrado a tu tía —sugirió Ehren—. Es posible que te esté esperando.

—Seguro —asintió Tavi sin entusiasmo—. Intentad descubrir algo más, ¿de acuerdo? Hablaré con vosotros en cuanto pueda.

Se dio la vuelta y se alejó hacia los dormitorios, haciendo caso omiso de las miradas de preocupación de sus amigos. Creyó oír una o dos risitas de los estudiantes que presenciaron su marcha, pero era posible que las hubiera imaginado, y en cualquier caso no tenía ni tiempo ni ganas para enfrentarse a ellos. Ya solo se veía en el cielo la última luz del día y tenía que sacar a Kitai de la Academia antes de que Killian empezase a husmear para descubrir qué le había pasado a Tavi. No creía que Killian fuera a hacer nada peligroso, al menos no hasta que todo estuviera bien claro, pero se sentiría mejor en cuanto Kitai hubiera abandonado al menos la Ciudadela.

Caminó de regreso a su dormitorio, con el estómago crujiendo durante todo el camino, y con la esperanza de que ella hubiera permanecido en la habitación como le había prometido.

Tavi giró la esquina que conducía a la habitación que compartía con Max y se quedó helado. Frunció el ceño contemplando las sombras profundas que cubrían la fila de puertas que conducían a las habitaciones de los estudiantes. Esa zona del alojamiento estudiantil se apoyaba en la muralla exterior de la Ciudadela, y entre la piedra oscura de la muralla y los huecos de las puertas la oscuridad era completa.

Tavi no podía ver nada por delante de él, pero su instinto le advirtió que no siguiese. Se lamió los labios. No se había llevado el cuchillo cuando fue al examen, porque no estaban permitidos en las aulas y echaba de menos el peso tranquilizador de su modesta arma.

Se apartó a toda prisa del pasillo y se aplastó contra la muralla exterior donde él también quedaría en sombras, sin recibir desde atrás la luz mortecina que entraba a través de las zonas más abiertas. Cerró los ojos durante un momento, e intentó concentrar los sentidos para comprender qué había hecho saltar las alarmas de su instinto.

Oyó pasos en retirada, largos y muy suaves, en algún punto por delante de él en la oscuridad. Y un latido más tarde percibió el hedor acre y a animal enjaulado del Salón Negro.

El corazón le dio un vuelco. Uno de los canim le estaba esperando en la oscuridad delante de su puerta. Su primer instinto fue huir, una sencilla reacción de terror, pero la aplastó sin piedad. No solo estaba cerca de Kitai, que posiblemente no era consciente del peligro, sino que para un cane dicha huida hubiera sido una invitación para atacar. De hecho, aunque hubiera llevado el cuchillo y una docena más, no habría servido de nada. Una lucha sería un suicidio. La única baza que lo podía proteger de un cane emboscado era una confianza temeraria.

—¡Tú! —le gritó Tavi a las sombras con una voz autoritaria—. ¿Qué asunto te trae por aquí? ¿Por qué has salido del Salón Negro?

Desde la oscuridad llegó un gruñido bajo, estruendoso y entrecortado que Tavi interpretó como una risita del cane. Y entonces se oyó un bufido y el sonido sorprendentemente ruidoso de madera destrozada, de una puerta derribada hacia dentro.

Un rayo de la luz de una vela salió a través de la puerta destrozada hacia la oscuridad del exterior, y Tavi vio algo enorme y con pelaje que se recortaba contra ese solitario rayo de luz mientras atravesaba la puerta rota y entraba en la habitación de Tavi.

Desde el interior surgió un grito y los oídos de Tavi captaron de repente el ruido de lucha. Salió corriendo. Se oyó el rascado de una hoja al salir de la funda, el sonido de algo derribado, después el rugido bestial de sorpresa, de rabia y de dolor. La voz de Kitai lanzó un grito de guerra, subrayado por una carcajada burlona, hasta que quedó ahogado por un rugido creciente; y en ese momento Tavi llegó al quicio de la puerta.

El embajador Varg llenaba la habitación con su presencia, con el cuerpo doblado por la mitad, y tan agachado que podría haber parecido una postura incómoda si no fuera que el cane se movía con una agilidad increíble mientras se abalanzaba sobre Kitai.

La chica marat se encaraba con Varg, agachada sobre el arcón de Max, con los ojos brillantes y la boca retorcida con una mueca. Llevaba su cuchillo en una mano, con la hoja manchada de sangre oscura, y agarraba el arma de Tavi con la otra. Cuando Varg intentó alcanzarla, movió los dos cuchillos hacia las garras extendidas y uno de los cortes lanzó gotas de sangre hacia el techo.

El aullido de Varg hizo retumbar la habitación y, con una fuerza insospechada, el embajador apartó el arcón de debajo de Kitai. La muchacha dejó escapar un grito de sorpresa y cayó, aterrizando a cuatro patas como un gato. Aunque era rápida, no lo fue lo suficiente para evitar las garras de Varg y el cane la agarró en el suelo y la

sacudió como un terrier sacudiría a una rata. Los cuchillos cayeron de sus manos, y el Varg se dio la vuelta para mirar hacia la puerta.

Tavi no se detuvo al entrar en la habitación y cuando Varg se dio la vuelta hacia él, ya había cogido el pesado jarrón de cerámica, que se encontraba sobre la mesa al lado de la puerta, y lo lanzaba con toda la fuerza de ambos brazos y de la parte superior de su cuerpo. El jarrón se rompió contra el morro de Varg, que tuvo que cambiar el peso hacia la pierna que tenía más atrasada. Los ojos inyectados en sangre del cane se abrieron de par en par por la sorpresa, el dolor y la rabia, y los labios oscuros se retiraron de los colmillos blancos amarillentos para dejar escapar un bufido de indignación.

—¡Suéltala! —ordenó Tavi mientras lanzaba la bandeja sobre la que solía descansar el jarrón, pero Varg la apartó en el aire con un gesto desdeñoso y preciso, mientras se acercaba a Tavi en un remolino de pelaje, colmillos y ojos enrojecidos.

El cane le golpeó y Tavi sintió con gran sorpresa su poder. Varg lo apartó como si no pesase más que unas pocas plumas y la fuerza del impacto lo envió volando a tres metros de distancia, hasta aterrizar con espalda y codos en el suelo.

—¡Alerano! —jadeó Kitai.

Varg gruñó y se cernió sobre Tavi con los dientes desnudos que brillaban blancos en la oscuridad.

—Sígueme o morirá.

Varg se dio la vuelta y empezó a recorrer la fila de puertas en sombras, antes de cruzar el patio abierto que se encontraba al otro lado y recorrer un sendero de servicio que, como sabía Tavi, conducía a una rejilla que se levantaba para entrar en las Profundidades.

Tavi se quedó mirando a Varg durante un segundo y dejó escapar una maldición, antes de ponerse en pie y recoger los dos cuchillos. Cogió la vela encendida y la metió en la pequeña linterna de latón, antes de salir corriendo de la habitación para alcanzar al embajador Varg.

Tavi sabía que era una locura. No podía luchar contra Varg y ganar. Por eso podía no luchar contra Varg y sobrevivir. Pero en ningún caso podía permitir que el cane le arrebatase a Kitai, ni abandonar a la chica marat a su destino cuando ella había confiado en él para que la escondiese durante el día.

Sabía que Varg lo podía dejar atrás con facilidad y que Tavi solo podría alcanzarlo si dejaba que lo hiciera, pero no tenía alternativa.

Le había prometido a Kitai que no estaría sola y, aunque le costase la vida, haría honor a su palabra.

Amara miró desde la boca de la cueva.

—¿A qué están esperando? —murmuró.

En el exterior, la hueste silenciosa de los tomados había descendido de la colina y había avanzado hasta el borde de la tierra ennegrecida que marcaba el límite del *croach*. Durante un tiempo habían sido visibles bajo la luz de los árboles en llamas, pero al morir lentamente esos fuegos, los árboles habían caído a tierra uno detrás de otro, y la oscuridad los había engullido hasta que las formas silenciosas de los tomados no fueron más que siluetas inmóviles en la penumbra. La luna se fue hundiendo en el cielo, de manera que la oscuridad de la noche fue aún más profunda.

Permanecer en la cueva era como encontrarse en una hoguera que se debería haber limpiado hacía tiempo. El hollín cubría todas las superficies, donde la tormenta de fuego impulsada por el viento había arrasado la caverna, consumiendo todo lo que había dentro. Lo único que quedaba cuando entraron los aleranos fueron bultos feos y ennegrecidos, y trozos arrancados y retorcidos por el calor de la piel acorazada de los vord. Un hedor dulzón y mareante llenaba la cueva como una nube tóxica de humos invisibles, y aunque habían pasado horas desde que llegaron, el olor no se había desvanecido ni se había vuelto indetectable.

—Quizás estén esperando el amanecer —murmuró Doroga.

—¿Por qué? —preguntó Amara sin dejar de mirar al enemigo silencioso.

—Para poder ver —respondió Doroga—. Los vord ven bastante bien en la oscuridad, al igual que los marat, pero tu gente no es tan buena. Por eso los tomados tampoco ven bien.

—Es posible que sea eso —murmuró Amara—. Pero si fuera el caso, deberían haber atacado de inmediato, cuando aún tenían la luz de los fuegos y de la luna.

—Deben saber que no tenemos mucha agua —murmuró el jefe marat—. O comida. Quizá piensen que pueden esperar a que salgamos.

—No —negó Amara moviendo la cabeza—. Hasta ahora se han comportado de manera inteligente... muy inteligente. Han sido conscientes de su enemigo, de nuestras capacidades, de nuestras debilidades. Deben tener claro que solo somos una parte muy pequeña de una nación mucho más grande. Deben saber que una fuerza de apoyo llegará dentro de unos días como muy tarde. No tienen tiempo para un asedio.

—Quizás hayan enviado a más tomadores —sugirió Doroga.

—Pero entonces ya los tendríamos aquí —replicó Amara—. Caminante y tú habéis estado vigilando la entrada de la cueva. Todos los heridos o dormidos tienen a su lado a un compañero que vigila por si hay más tomadores. Nadie los ha visto.

Doroga gruñó, cruzó los brazos y se recostó en el hombro de Caminante, mientras el enorme toro gargante descansaba sobre el pecho, rumiando la comida que había

forrajeado antes. El animal ocupaba la mayor parte de la boca de la cueva y contemplaba al enemigo silencioso en el exterior sin ningún temor perceptible. Amara le envidiaba eso al gargante. La fuerza de un alerano sencillo no podía igualar la fuerza enloquecida de un alerano tomado, pero ambos no tenían demasiadas oportunidades contra algo del tamaño del gargante y parecía que Doroga compartía la calma de Caminante.

Bernard se acercó desde el fondo de la cueva, sin hacer ruido a pesar de su tamaño. Aunque habían colocado muchas lámparas de furia en el suelo delante de la caverna para iluminar cualquier ataque, las luces del interior se mantenían muy bajas para dificultar la observación desde fuera. Amara tardó un momento en detectar el cansancio y la preocupación que transmitía.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó en voz baja.

—Giraldi es un viejo cabrón muy duro —respondió Bernard—. Lo superará, si salimos de esta. —Miró durante un momento hacia las formas silenciosas de los vord—. Tres muertos más —anunció—. Si tuviéramos un artífice del agua, lo habrían conseguido. Pero parece que el resto saldrá adelante.

Amara asintió y los tres se quedaron mirando hacia el enemigo silencioso.

—¿A qué están esperando? —suspiró Bernard—. No me importa que lo sigan haciendo, pero me gustaría saber por qué.

Amara parpadeó.

—Por supuesto —exclamó.

—¿Hummm? —replicó Bernard.

—Tienen miedo —murmuró Amara.

—¿Miedo? —preguntó Bernard—. ¿Por qué lo iban a tener ahora? Nos tienen cogidos por el cuello. Si asaltan la cueva, lo más probable es que acaben con nosotros. Deben saber que estamos muy debilitados.

—Bernard —explicó Amara—, ¿no lo ves? Su primer objetivo fue atacar a nuestros caballeros: primero a los artífices del agua, después a los artífices del fuego. Sabían el peligro que representaban y los eliminaron.

—Sí —reconoció Bernard—. ¿Y?

—Y nosotros destruimos el nido vord con el fuego —explicó Amara—, cuando creían que habían matado a nuestros artífices del fuego. Hemos hecho algo que no se esperaban y están aturridos.

Bernard le lanzó una mirada al enemigo y bajó la voz hasta convertirla en un leve susurro.

—Pero no tenemos artífices del fuego.

—Ellos no lo saben —replicó Amara en el mismo tono—. Lo más probable es que esperen que les atacemos y volvamos a utilizar el fuego. Están esperando porque creen que es su alternativa más inteligente.

—¿Esperando qué? —preguntó Bernard.

Amara negó con la cabeza.

—¿Más luz? ¿Qué estemos más débiles o cansados? ¿Qué se mueran los heridos? No sé lo suficiente sobre ellos para tener una idea mejor.

Bernard frunció el ceño.

—Si creen que tenemos artífices del fuego, deben pensar que entrar en la cueva es un suicidio porque los freiríamos en la boca antes de que pudieran llegar al combate cuerpo a cuerpo. Están esperando que salgamos para quemarlos, porque ahí fuera pueden utilizar de nuevo la ventaja del número. —Dejó escapar una risita—. Creen que son ellos los que están metidos en un lío.

—Entonces solo tenemos que esperar —sugirió Amara—. Lo más seguro es que no tarden en llegar fuerzas de apoyo.

Bernard negó con la cabeza.

—Pongámonos en el caso de que también lo saben. Tarde o temprano, si no salimos a por ellos, se darán cuenta de que ello se debe a que no tenemos lo que ellos creen que tenemos. Y entonces vendrán a por nosotros.

Amara tragó saliva.

—¿Cuánto crees que esperarán?

Bernard movió la cabeza.

—Ni idea. Pero hasta el momento han sido muy listos.

—Al amanecer —intervino Doroga con voz despreocupada y confiada.

Amara miró a Bernard, que asintió.

—Es una teoría tan buena como cualquier otra. Tal vez más.

Amara se quedó mirando la oscuridad durante un buen rato.

—Al amanecer —repitió en voz baja—. Si el Primer Señor hubiera enviado caballeros Aeris, ya habrían llegado.

Bernard se puso a su lado y no dijo nada.

—¿Cuánto crees que falta para amanecer? —preguntó Amara.

—Ocho horas —respondió Bernard en voz baja.

—No es tiempo suficiente para que se recuperen los heridos sin ningún artificio.

—Pero sí lo es para descansar —sugirió Bernard—. Nuestros caballeros lo necesitan. Como tú, condesa.

Amara siguió mirando hacia la oscuridad, y en ese momento la reina vord apareció a la luz de las lámparas de furia.

La reina caminaba sobre dos patas, pero algo en sus movimientos estaba sutilmente fuera de lugar, como si estuviera realizando un truco en lugar de un movimiento natural. Una gran capa vieja y desgastada cubría casi todo el cuerpo de la reina. Tenía los pies largos, y los dedos se estiraban y agarraban al suelo cuando se movía. La cara, que no estaba cubierta por completo con la gran capucha de la capa,

tenía una forma extraña con unos rasgos casi humanos pero tallados en un material verde y rígido que era incapaz de cambiar de expresión. Sus ojos emitían un suave brillo verde blanquecino en unas órbitas de color sin que se pudieran ver las pupilas o los párpados.

Tenía la mano derecha levantada por encima de la cabeza. El brazo era demasiado largo, con unas articulaciones raras, pero la mano que sostenía una tira ancha de tela blanca era casi humana.

Amara se quedó mirando estúpidamente durante un momento.

La reina vord habló con una voz lenta que emitía un lamento chirriante, penoso de oír y difícil de comprender.

—Aleranos —dijo la criatura.

Amara tembló como reacción ante la voz de la criatura, sus tonos e inflexiones extraños.

—Jefe alerano. Sal. Charla blanca, de tregua.

—Cuervos —jadeó Bernard en voz baja—. Escucha eso. Me hieló la sangre en las venas.

Doroga miró a la reina con ojos neutros y Caminante dejó escapar un mugido de asco.

—No confíes en las palabras de la reina —recomendó—. Está equivocando y lo sabe.

Amara le frunció el ceño a Doroga.

—¿Equivocando?

—Está mintiendo —aclaró Bernard y miró a Doroga—. ¿Estás seguro?

—Matan —respondió el marat—. Toman. Se multiplican. Eso es lo único que saben hacer.

Bernard entornó los ojos hacia la reina, que ahora estaba perfectamente quieta de una manera muy poco natural mientras esperaba.

—Voy a hablar con ella —anunció.

El ceño de Doroga se profundizó, sin apartar los ojos de la reina vord.

—No me parece una solución inteligente.

—Si está ocupada hablando conmigo —explicó Bernard—, no está dirigiendo un ataque contra nosotros. Si puedo ganar un poco de tiempo con la charla, puedo marcar la diferencia.

—Doroga —preguntó Amara—, ¿estás reinas son peligrosas?

—Más que un guerrero —respondió Doroga—. Velocidad, potencia, inteligencia y hechicería si te acercas demasiado.

Amara frunció el ceño.

—¿Qué tipo de hechicería?

Doroga miró al vord a través de unos ojos que parecían despreocupados.

—Manda a los vord sin necesidad de hablar. Puede hacer que aparezcan fantasmas que distraigan y cieguen, crean imágenes sin sustancia. No confíes en nada de lo que veas cuando tienes cerca a una reina vord.

—Entonces no te puedes arriesgar, Bernard —anunció Amara.

—¿Por qué no?

—Porque Giraldi está herido. Si te ocurriera algo, el mando recaería sobre mí, y yo no soy un soldado. Dependemos demasiado de tus dotes de mando como para que corras riesgos. —Movi6 la cabeza—. Iré yo.

—Cuervos, ni hablar —replicó Bernard.

Amara alzó una mano.

—Tiene sentido. Puedo hablar por todos y, para serte sincero, entre nosotros, sospecho que tengo más experiencia en manipular conversaciones y evaluar las respuestas.

—Si Doroga tiene razón y es una trampa...

—Entonces soy la que tiene más posibilidades de escapar —señaló Amara.

—Doroga —gruñó Bernard—, dile lo estúpida que es.

—Ella tiene razón —reconoció Doroga—. Es lo suficientemente rápida como para escapar de una trampa.

Bernard miró a Doroga.

—Muchas gracias.

Doroga sonrió.

—Los aleranos sois bastante estúpidos en la forma que tratáis a vuestras hembras. Amara no es una niña a la que hay que proteger. Es una guerrera.

—Muchas gracias, Doroga —agradeció Amara.

—Una guerrera idiota que va a salir ahí fuera —recalcó Doroga—. Pero una guerrera. Además, si va ella, tú te puedes quedar aquí con el arco y si la reina intenta algo, disparas.

—Basta —le cortó Amara, que se echó la capa para atrás con el fin de dejar libre el brazo de la espada, soltó el arma en la funda y salió de la cueva hacia la luz estable de las lámparas de furias.

Se detuvo a tres metros de la reina vord, y se desplazó hacia un lado para dejarle a Bernard una línea de tiro despejada en caso de que tuviera que disparar a la criatura. La criatura no se movió durante todo ese rato, pero dejó de seguirla con la mirada.

—Has pedido una conversación —anunció Amara—. Habla.

La cabeza de la reina vord giró de manera extraña bajo la capucha y los ojos la miraron de lado.

—Tu gente está atrapada. No podéis escapar. Rendirlos y evitaros más dolor.

—No nos rendiremos —replicó Amara—. Atacadnos si queréis. En cuanto entremos en combate no vamos a mostrar piedad.

La reina vord ladeó la cabeza en dirección contraria.

—Creéis que vuestro Primer Señor va a enviar fuerzas para salvaros. Eso no va a ocurrir.

Había algo en la afirmación de la reina vord, de la seguridad con la que hablaba, que perturbó la confianza de Amara, que mantuvo el rostro y la voz en calma.

—Estás equivocada —replicó.

—No, no lo estamos. —La reina vord cambió el peso y la capa se estiró y movió de manera inhumana—. Vuestro Primer Señor está casi muerto. Vuestros mensajeros están muertos. Vuestra nación quedará muy pronto dividida por la guerra. No llegará ninguna ayuda para vosotros.

Amara se quedó mirando a la reina vord durante un momento, con una sensación de miedo repentino en la base de la espalda. La criatura volvía a hablar con toda seguridad. Si estaba diciendo la verdad, significaba que los vord estaban trabajando en muchos sitios a la vez, que la reina vord que preocupaba a Doroga ya había llegado a la capital.

Más piezas ocuparon su lugar y la sensación de horror de Amara creció al hacerlo. Al Festival del Final del Invierno asistía la mayor parte de la nobleza del Reino. Las victorias públicas durante el Final del Invierno eran mucho más valiosas y por eso las derrotas públicas eran mucho más desastrosas. Acaso no fuera ninguna coincidencia que los ataques contra los cursores hubieran empezado en ese preciso momento. Si Gaius se encontraba de verdad incapacitado, y sus fuerzas de inteligencia sumidas en el caos, sería de una facilidad pasmosa orquestar la revelación de sus debilidades. Después de eso apenas faltaba un paso muy pequeño para la guerra civil abierta.

Amara miró a la reina vord con una desesperación creciente. Oh sí, los vord habían luchado con inteligencia. Se habían tomado su tiempo para conocer al enemigo. Amara solo podía pensar en algunas suposiciones muy vagas sobre la amplitud de lo que estaban haciendo los vord, pero si de verdad estaban trabajando en colaboración para crear el caos en la capital...

Entonces era muy posible que estuvieran condenados.

Amara miró a la reina vord mientras las ideas le pasaban por la cabeza.

—Inteligente —comentó la reina vord—. Intuitiva. Análisis rápido de hechos dispersos. La lógica de la hipótesis es correcta. Ríndete, alerana. Serás una aportación excelente para la Causa.

Un horror helado hizo que Amara diera un par de pasos hacia atrás y provocó que se le acelerara el corazón.

Había oído sus pensamientos.

—Habéis luchado de manera encomiable —reconoció la reina vord y parecía que con cada palabra su pronunciación se volvía más clara—. Pero se ha acabado. Ahora

este mundo forma parte de la Causa. Vais a perecer. Os ofrezco la oportunidad de un final sin dolor. Es lo máximo a lo que podéis aspirar. Ceded.

—Nosotros no cedemos —gruñó Amara, sorprendida por lo aguda y chillona que le había sonado la voz—. Nuestro Reino no es vuestro. Hoy no. —Levantó la barbilla antes de decir—: Hemos decidido luchar.

Los ojos brillantes de la reina vord se estrecharon, pasando de un verde blancuzco a una tonalidad profunda dorada rojiza.

—Que así sea —chasqueó.

Abrió la mano y soltó la tela blanca, que cayó al suelo. Entonces se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad con una gracia y velocidad inhumanas. Amara se retiró con rapidez hacia la cueva con unas piernas que le temblaban tanto que casi no podía andar.

Bernard, arco en mano, siguió vigilando las sombras más allá de las lámparas de furia, con el ceño fruncido.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me... —Amara se dejó caer al suelo y empezó a temblar—. Me... ha leído el pensamiento. Veía lo que me estaba pasando por la cabeza.

—¿Qué? —exclamó Bernard.

—Lo vio... —Amara movió la cabeza—. No dije ni una palabra sobre algunas cosas y a pesar de eso ella habló sobre ellas.

Bernard se mordió los labios.

—Entonces... vio que no tenemos ningún artífice del fuego.

—Os lo dije —observó Doroga—. Idiotas.

Amara parpadeó.

—¿Qué? —Lo miró durante un momento—. Oh, no. No, ni siquiera pensé en esa posibilidad, aunque supongo que no tiene importancia. —Se masajeó los brazos con las manos—. Pero afirma que Gaius está incapacitado, que han matado a nuestros mensajeros, que no va a llegar ninguna ayuda, así que lo mejor es que nos rindamos. Bernard, afirma que está colaborando con otras de su especie dentro del Reino, quizás incluso en la capital.

Bernard soltó el aire lentamente.

—Doroga —empezó Bernard—, me pregunto si irías a explicarle a Giraldi lo que ha pasado. Y pídele que seleccione un escuadrón de servicio. Quiero que estemos preparados para repeler un ataque en cualquier momento.

Doroga miró a Bernard y Amara con escepticismo, pero asintió y se puso en pie, dando unos golpecitos en el lomo de Gargante antes de encaminarse hacia el interior de la cueva.

Después de irse, Amara se derrumbó sobre Bernard y de repente empezó a sollozar. Se sentía humillada, pero era incapaz de parar. Su cuerpo temblaba

descontrolado y casi no podía respirar.

Bernard la sostuvo, rodeándola con sus brazos, y ella solo pudo temblar contra él durante un rato.

—Ha... ha sido muy extraño. Estaba muy segura, Bernard. Vamos a morir. Vamos a morir.

Él la abrazó, pero no dijo nada mientras la rodeaba con brazos fuertes y cálidos.

No pudo dejar de llorar o balbucear.

—Si estaba diciendo la verdad, es posible que todo esté perdido, Bernard. Perdido para todo el mundo. Los vord se podrán extender por todas partes.

—Tranquila —la intentó calmar—. Tranquila. Tranquila. Aún no sabemos nada.

—Lo sabemos —replicó Amara—. Lo sabemos. Nos van a destruir. Hemos luchado contra ellos con todas nuestras fuerzas, pero son cada vez más fuertes. En cuanto se empiecen a extender, nada los podrá detener. —Volvió a temblar y sintió que algo se rompía en su interior—. Nos van a matar. Vendrán a por nosotros y nos matarán.

—Si llegamos a ese punto —anunció Bernard en voz baja—, quiero que te vayas. Puedes volar y avisar a Riva y al Primer Señor.

Ella levantó la cabeza y lo miró a través de un mar de lágrimas.

—No quiero dejarte atrás.

De repente se quedó helada de puro pánico. Había intentado con todas sus fuerzas que se alejase de ella, por el bien de ambos. Pero su gran preocupación por el deber y la lealtad habían quedado en nada durante las últimas horas e instantes. Su voz cayó hasta convertirse en un susurro mientras lo miraba a los ojos.

—No quiero estar sin ti.

Él le sonrió solo con los ojos.

—¿De verdad?

Ella asintió, porque su respiración era demasiado temblorosa para arriesgarse a hablar.

—Entonces no lo estés —sugirió en voz baja, mientras con el pulgar le limpiaba con suavidad las lágrimas de las mejillas—. Cásate conmigo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué?

—Aquí mismo —respondió—. Ahora mismo.

—¿Estás loco? —exclamó—. Tendremos suerte si sobrevivimos a esta noche.

—Si no lo conseguimos —siguió Bernard—, al menos habremos pasado parte de la noche juntos.

—Pero... tienes que... tus votos de...

Bernard negó con la cabeza.

—Condesa, tendremos suerte de sobrevivir a esta noche, ¿recuerdas? No creo que

el Primer Señor tenga en cuenta unas pocas horas de un matrimonio no aprobado del todo entre sus vasallos por juramento que han dado la vida al servicio del Reino.

Amara tuvo que ahogar una carcajada que luchaba con las lágrimas por un espacio en su garganta.

—Estás loco. Te debería matar por pedírmelo en un momento como este. No tienes corazón.

Él tomó su mano entre las suyas. Amara sintió su mano delgada y frágil entre las de él. Sus dedos eran callosos, cálidos, fuertes y siempre amables.

—No tengo corazón, condesa, porque se lo entregué a una hermosa joven.

De repente ella no pudo apartar la mirada de la de él.

—Pero... tú no me... tú no me quieres. Yo... nosotros nunca hemos hablado de ello, pero sé que quieres tener hijos.

—No sé lo que ocurrirá mañana —replicó Bernard—. Pero sé lo que quiero que me ocurra contigo, Amara.

—Estás loco —replicó en voz baja—. ¿Esta noche?

—Ahora mismo —repitió—. He revisado la jurisprudencia. Doroga se puede considerar un jefe de estado de visita. Él nos puede casar.

—Pero nosotros... nosotros... —Hizo un gesto hacia el exterior de la cueva.

—No hace falta que estemos de guardia —anunció en voz baja—. Y estaremos de servicio cuando llegue el momento. ¿Tienes algún otro plan antes de amanecer?

—Bueno. No. No. Supongo que no.

—¿Entonces querrás, Amara? Cásate conmigo.

Ella se mordió el labio con el corazón desbocado y las manos temblorosas por una razón completamente diferente.

—Supongo que a largo plazo no tendrá importancia —susurró.

—Quizá no —reconoció Bernard—, pero no tengo intención de acostarme a esperar la muerte, Amara. Pero si esta va a ser mi última noche como hombre, quiero que sea como tu hombre.

Ella levantó la mano para tocarle la mejilla.

—Nunca creí que nadie me llegase a querer, Bernard, y mucho menos alguien como tú. Me sentiré orgullosa de ser tu esposa.

Bernard sonrió, con la boca y con los ojos, en una expresión cálida y con unos ojos brillantes que emitían un resplandor que lanzaba un desafío repentino y potente contra la desesperación que les rodeaba. Amara le devolvió la sonrisa y tuvo la esperanza de ver el reflejo de esa fuerza en sus propios ojos. Y le dio un beso muy lento y suave.

Ninguno de los dos había notado el regreso silencioso de Doroga, hasta que el jefe marat soltó un bufido.

—Bueno —anunció—, para mí es suficiente. Os declaro marido y mujer.

Amara dio un respingo y miró a Doroga, y después a Bernard.

—¿Qué?

—Ya lo has oído —dijo Bernard, quien se puso en pie y cogió en brazos a Amara.

Ella intentó hablar, pero él volvió a besarla. Amara recordó vagamente a Bernard andando y una pequeña alcoba que alguien había formado al fondo de la cueva, rodeada por capas de los legionares colgadas de lanzas detrás de un muro de escudos clavados en el suelo. Pero sobre todo fue consciente de Bernard, de su calidez y fuerza, del poder amable de sus manos y de su corazón. Él la besó y la desnudó, y ella se abrazó a él con todas sus fuerzas, fría y ansiosa por sentir su calor, por compartir entre ellos la calidez en la oscuridad.

Y durante un tiempo desapareció cualquier lucha por la supervivencia. No esperaba a ningún enemigo. Ninguna muerte inevitable los estaba acechando en la noche. Solo estaban sus cuerpos, sus bocas, sus manos y las palabras susurradas. Aunque su vida iba a acabar dentro de poco, al menos durante este rato Amara iba a disfrutar de esta calidez, esta comodidad y este placer.

Era terrorífico y maravilloso.

Y era suficiente.

Isana se despertó con dolores y con la sensación de un confinamiento asfixiante. Un fuego mortecino ardía a su lado. Se revolvió, tirando de algo suave que la retenía y tuvieron que pasar unos segundos de lucha para poder escapar de lo que fuera. Tardó aún algunos instantes más en recuperar todos los sentidos y darse cuenta de que estaba en una cama, encima de un colchón lleno de bultos en una habitación a oscuras.

—Luces —murmuró una voz masculina y una lámpara de furias de una tonalidad rosada sobre una mesa plegable apoyada en la pared cobró una vida mortecina.

Isana se empezó a sentar, pero el dolor se convirtió en una punzada agónica y tuvo que recostarse de nuevo, acomodándose de manera que pudiera mover el cuello hasta que sus ojos cayeron sobre la silueta del asesino sentado en una silla delante de la puerta. Miró durante un momento al hombre de mediana edad y él le devolvió la mirada con unos ojos velados que de alguna manera la inquietaban. Le llevó un momento darse cuenta de que se debía a que no recibía de él ninguna sensación emocional. Sus habilidades como artífice del agua la maldecían con la empatía constante con las personas que entraban en contacto con ella, pero de él sentía un vacío total de emociones. Le llevó un rato más darse cuenta de que le estaba ocultando sus emociones y lo hacía mejor incluso de lo que había conseguido Tavi.

Isana miró fijamente al hombre, su expresión, sus ojos, buscando alguna pista sobre sus emociones y sus intenciones. Pero no había nada. Podría haber sido una figura de piedra fría y uniforme.

—Bueno —le espetó—, ¿por qué no seguís adelante y acabáis el trabajo?

—¿De qué trabajo se trata? —preguntó él en voz baja y con un tono suave que hacía un juego admirable con su apariencia ordinaria.

—Los habéis matado a todos —respondió Isana—. El cochero. Nedus. Habéis matado a Serai.

Sus ojos brillaron por alguna razón y dejó escapar una breve sensación de pesar.

—No —replicó en voz baja—. Pero maté al arquero que disparó a Serai y contra vos.

Isana bajó la mirada y vio que iba vestida con la combinación de seda que llevaba debajo del vestido. La prenda estaba manchada de sangre en la zona donde la habían herido y la habían rayado por un lado para permitir que alguien, presumiblemente el asesino, limpiara y vendara las heridas. Isana cerró los ojos, tocando a Rill para sentir cómo se abría camino por su cuerpo hasta alcanzar la herida. Podría haber sido mucho peor. La flecha había desgarrado carne y grasa, y había herido los músculos, pero no había penetrado en ningún órgano vital. El hombre había realizado un trabajo competente al sacar la flecha, limpiar la herida y detener la hemorragia.

Isana abrió los ojos.

—¿Por qué tendría que creerlos? —preguntó.

—Porque es la verdad —respondió—. Cuando encontré al arquero, ya era demasiado tarde para ayudar a Serai, y lo lamento.

—¿De verdad? —replicó Isana con voz neutra.

Fidelias arqueó una ceja.

—Sí, de verdad. La respetaba, y su muerte no servía a ningún propósito. Le di cuando os estaba disparando, estatúder.

—¿Así fue como me salvasteis la vida? —preguntó Isana—. Supongo que debería estar agradecida por haberme rescatado de mi asesino.

—Creo que más bien os gustaría enviarme con él —sugirió Fidelias—. En especial, después de lo ocurrido hace dos años en Calderon.

—Queréis decir cuando intentasteis asesinar a mi familia, a mis campesinos y a mis vecinos.

—Estaba haciendo mi trabajo —explicó Fidelias—. Hice lo necesario para completarlo. No disfruté con ello.

Isana pudo sentir la sinceridad aparente del hombre, pero eso solo hizo que su rabia fuera más aguda y más clara.

—Disfrutasteis más que la gente de Aldoholt. Más que Warner y sus hijos. Más que todos los hombres y mujeres que murieron en Guarnición.

—Es cierto —asintió Fidelias.

—¿Por qué? —preguntó Isana—. ¿Por qué lo hicisteis?

Él cruzó los brazos sobre el pecho y meditó durante un momento.

—Porque creo que las políticas y las decisiones de Gaius durante la última década están conduciendo al Reino al desastre. Si sigue siendo Primer Señor o muere sin un heredero fuerte, solo será cuestión de tiempo que los Grandes Señores más poderosos intenten conquistar el poder. Una guerra civil de ese tipo nos destruirá.

—Ah —exclamó Isana—. Para salvar al pueblo de Alera lo tienes que asesinar.

Él le devolvió una sonrisa helada.

—Se puede expresar de esa manera. Apoyo al Gran Señor que considero el más adecuado para dirigir el Reino. No estoy siempre de acuerdo con sus planes y métodos, pero a largo plazo los considero menos dañinos para el Reino.

—Debe de ser extraordinario gozar de tanta sabiduría y confianza.

Fidelias se encogió de hombros.

—Cada uno de nosotros solo puede hacer lo que considera mejor. Lo que nos conduce a vos, estatúder.

Isana levantó la barbilla y esperó.

—A mi patrón le gustaría que mostrara un apoyo público a su casa.

Isana dejó escapar una carcajada dolorida.

—No lo podéis decir en serio.

—Al contrario —recalcó Fidelias—. Deberíais valorar las ventajas que os reportaría semejante alianza.

—Nunca —replicó Isana—. Yo nunca traicionaría al Reino como habéis hecho vos.

Fidelias arqueó una ceja.

—¿Exactamente qué parte del Reino es la que consideráis que merece semejante lealtad? —le preguntó—. ¿Gaius? ¿El hombre que os ha convertido a vos y a vuestro hermano en símbolos de su poder y que os ha situado como objetivo de todos sus enemigos? ¿El hombre que retiene a vuestro sobrino prácticamente como un rehén en la capital en garantía de vuestra lealtad?

Ella lo miró fijamente y no dijo nada.

—Sé que habéis venido para pedir su ayuda para algo. Y sé que no habéis tenido suerte en ponerlos en contacto con él, y que está claro que él no ha hecho ningún esfuerzo para protegerlos, a pesar del peligro en que os situaba al invitarlos a venir. Si no hubiera sido por la intervención de mi patrón, ahora estaríais muerta al lado de Nedus y Serai.

—Eso no cambia nada —replicó Isana en voz baja.

—¿No? —preguntó Fidelias—. ¿Qué ha hecho él, estatúder? ¿Qué gestos ha realizado Gaius para merecerse vuestra lealtad y respeto?

Isana no contestó.

—A mi patrón le gustaría que os reunierais con su segundo al mando —comentó Fidelias al cabo de un rato.

—¿Tengo elección? —le espetó Isana.

—Por supuesto —respondió Fidelias—. No sois una prisionera, estatúder. Os podéis ir cuando queráis. —Se encogió de hombros—. Tampoco es necesario que veáis a mi patrón. La habitación está pagada hasta la puesta de sol, momento en que os tendréis que ir o llegar a un acuerdo con la señora de la casa.

Isana lo miró durante un momento con las cejas alzadas.

—Ya... veo.

—He supuesto que querríais ocuparos de vuestras heridas, así que me he tomado la libertad de pedirle a la casa que prepare un baño para vos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia una ancha bañera de cobre que se encontraba al lado de la chimenea y una tetera pesada burbujeaba colgada de un gancho sobre el fuego—. Estatúder, podéis hacer lo que queráis. Pero os pediría que reflexionarais en serio sobre la reunión. Es posible que os presente algunas alternativas que no tenéis en este momento.

Isana le frunció el ceño a la bañera y después a Fidelias.

—¿Necesitáis ayuda para llegar a la bañera, estatúder?

—No de vos, señor.

Él sonrió de manera casi imperceptible, se puso en pie y se despidió con un pequeño cabeceo.

—Hay una muda de ropa para vos en el arcón al lado de la cama. Estaré en la sala. Aquí deberíais estar a salvo, pero ante la menor sospecha de un intruso, llamadme de inmediato.

Isana arqueó una ceja.

—Estad seguro, señor —le respondió—, de que si me siento en peligro, vos estaréis muy presente en mis pensamientos.

La leve sonrisa adquirió una cierta calidez hasta convertirse en algo casi sincero, antes de hacer una reverencia y abandonar la habitación.

Isana hizo un gesto de dolor al mirar la herida en el costado y se incorporó pesadamente en la cama. Cerró los ojos ante una oleada de dolor y esperó a que se calmara. Entonces se puso en pie, lenta y cuidadosamente, y atravesó la habitación con pasos vacilantes. Pasó el cerrojo de la puerta, y después se dirigió hacia la bañera de cobre. Por suerte la tetera sobre el fuego estaba montada sobre un brazo móvil e Isana lo giró lentamente hacia la bañera y vertió agua hasta que la temperatura estuvo a su gusto. Después dejó caer por los hombros la combinación manchada, aflojó los vendajes que le cubrían la cintura y se metió dolorosamente en la bañera.

De repente sintió la presencia de Rill, quien la rodeaba con una nube amable de preocupación y afecto. Isana retiró el vendaje de la herida y movió a Rill hacia su costado. Después dirigió con cuidado a la furia mientras se producía el proceso de cerrar la herida. Al principio sintió una gran quemazón y después un entumecimiento cosquilleante mientras la furia hacía su trabajo, y después de un buen rato de concentración, Isana se tumbó en la bañera con un cansancio lánguido. El dolor casi había desaparecido del todo, aunque aún se sentía envarada y frágil. El agua se había teñido de sangre, pero la piel que cubría ahora la herida era tan sonrosada y nueva como la de un bebé. Añadió un poco más de agua caliente de la tetera y se hundió en la bañera.

Nedus estaba muerto.

Serai estaba muerta.

Murieron intentando protegerla.

Y ahora se había quedado sola, lejos de sus amigos, de la familia, de todos aquellos en los que podía confiar.

No, no estaba tan lejos de la familia. Tavi se encontraba en algún lugar de la ciudad. Pero según parecía, estaba más allá de su alcance, como todo el mundo desde que había llegado. Aunque hubiera recibido su carta, solo lo habría llevado hasta la casa de Nedus.

Oh, furias. Si estaba en la casa de Nedus, si había ido en respuesta a su carta, si

había estado allí esperando cuando los asesinos ocuparon sus posiciones...

Y Bernard. Tenía la terrible intuición que se estaba enfrentando a un peligro que lo podía matar a él y a todos sus hombres, pero a pesar de eso aún no había podido llegar hasta el Primer Señor para avisarlo. Por todo lo bueno que había podido hacer por su hermano y por su sobrino, podría haber muerto en el granero cuando la atacó el primer asesino.

Isana cerró los ojos y los cubrió con las palmas de las manos. El miedo, la preocupación, la futilidad angustiada de todos sus esfuerzos la apabullaron y se dio cuenta de que se había encogido en la bañera, con los brazos rodeando las rodillas mientras lloraba.

Cuando Isana volvió a levantar la cabeza, el agua de la bañera estaba templada y sintió los ojos pesados e irritados por el llanto.

Se dio cuenta de que su objetivo no había cambiado desde que llegó a la capital. Tenía que conseguir ayuda para las personas que amaba.

Por todos los medios que fueran necesarios.

En cuanto estuvo vestida, retiró el cerrojo y abrió la puerta. Fidelias —asesino, traidor y sirviente de un señor despiadado— esperaba cortés en el vestíbulo y se volvió hacia ella con una expresión interrogante.

Isana lo miró y levantó la barbilla.

—Llebadme a la reunión. Enseguida.

El embajador Varg recorrió a toda prisa los túneles de las Profundidades, y Tavi lo siguió.

Durante los primeros cien pasos, Tavi se sintió aterrorizado. Sin armas, sin posición, sin nada que pudiera utilizar como ventaja, Varg lo iba a destrozar y por eso alcanzar al cane iba a ser un suicidio. Pero a pesar de eso, Varg seguía cargando a Kitai. ¿Qué más podía hacer Tavi?

Pero entonces se le ocurrió otra idea. Aun llevando a cuestas a la prisionera, Varg podía haber dejado atrás a Tavi sin demasiado esfuerzo. Las manadas de combate canim incluso podían dejar atrás a las legiones en el campo de batalla, a menos que los aleranos aumentaran su ritmo natural mediante el uso de las calzadas que le transmitían velocidad y resistencia a las tropas. Y a pesar de eso, aunque Varg huía con gran rapidez, nunca se alejaba demasiado de Tavi. Para comprobarlo, el joven frenó la zancada durante un rato, pero la ventaja de Varg no aumentó.

Empezó a albergar sospechas, y empezó a darle vueltas a los hechos. Mientras Tavi recorría los túneles, utilizó el cuchillo para marcar las paredes de piedra en cada intersección, levantando un pequeño estallido de chispas y dejando claramente marcadas las piedras de los túneles. Conocía bien los túneles cercanos a la Ciudadela, pero Varg descendió rápidamente por una galería que Tavi no había explorado nunca y empezó a penetrar en lo más profundo de la montaña, a través de los túneles que conectaban con la ciudad inferior, de manera que las paredes estaban cada vez más cubiertas de moho a medida que bajaban.

Tavi giró en una esquina y descubrió que el túnel se abría en una cámara larga y estrecha. Se detuvo con la linterna en una mano, pero sintió un golpe repentino contra la misma que se la arrancó de las manos y apagó la vela que iba dentro.

Tavi apoyó la espalda en la pared más cercana y apretó con fuerza el cuchillo, mientras intentaba calmar la respiración para poder oír algo. Podía percibir un hilo de agua lento y constante, donde la escorrentía de la montaña que tenían encima se escapaba de las cisternas y se filtraba hasta los canales subterráneos bajo la piel de la montaña. Después de un buen rato, pudo distinguir un resplandor rojo y mortecino, similar al que emitían las lámparas canim en la cámara de Varg. Unos instantes más y sus ojos se acostumbraron lo suficiente para distinguir la silueta enorme y silenciosa del embajador Varg, agachado a una docena de metros delante de Tavi, con una mano sosteniendo por la cintura la espalda de Kitai contra su pecho, mientras que con la otra apretaba las garras negras contra su cuello.

La chica marat parecía más enfadada que asustada, con un brillo feroz en los ojos verdes, y su expresión era orgullosa y fría. Pero no se revolvía contra el cane que era mucho más poderoso que ella.

Varg miró a Tavi con los ojos escondidos en las sombras del morro y el pelaje, y retiró los labios negros de los colmillos.

—Aquí estoy —anunció Tavi en voz muy baja—. ¿Qué queréis que vea?

La lengua de Varg se entretuvo durante un momento sobre los colmillos en lo que pareció una sonrisa complacida.

—¿Por qué crees eso, cachorro?

—No necesitáis nada tan complicado para matarme. Ya lo podríais haber hecho, sin necesidad de conducirme a ningún otro sitio. Así que me imagino que me queréis mostrar algo. Por eso os habéis llevado a Kitai.

—¿Y si fuera así? —gruñó Varg.

—Habéis perdido el tiempo. No era necesario que hicierais esto para traerme aquí.

—¿No? —preguntó Varg—. Tranquilízate, cachorro, ¿me habrías seguido a la profundidad de estos túneles por el mero hecho de que yo te lo hubiera pedido? —El cane mostró sus dientes blancos—. ¿Habrías venido conmigo tan lejos de cualquier ayuda si hubieras tenido otra alternativa?

—Bien jugado —reconoció Tavi—. Pero ahora estoy aquí. Soltadla.

Del pecho de Varg surgió un gruñido profundo que retumbó hasta en los huesos.

—Soltadla, embajador —repitió Tavi y mantuvo el tono plano y sin inflexiones—. Por favor.

Varg lo miró durante un instante más antes de asentir y liberar a Kitai con un pequeño empujón. Ella se alejó del cane tambaleándose y se acercó a Tavi.

—¿Estás bien? —le preguntó Tavi.

Ella agarró el cuchillo que él llevaba metido en el cinturón y se dio la vuelta para encararse con el cane con un brillo asesino en los ojos.

—Espera —le pidió Tavi y le puso la mano sobre el hombro—. Aún no.

Varg dejó escapar una carcajada que estuvo entre la tos y el gruñido.

—Feroz, tu pareja.

Tavi parpadeó.

—Ella no es mi pareja —aclaró.

—Él no es mi pareja —explicó Kitai al mismo tiempo.

Tavi miró a Kitai con las mejillas ruborizadas, mientras ella le lanzaba una mirada ácida.

Varg soltó otra carcajada.

—Hay un montón de lucha en los dos. Eso lo puedo respetar.

Tavi frunció el ceño.

—Supongo que habéis sido quien ha roto mi linterna.

Varg emitió un sonido gutural afirmativo.

—¿Por qué?

—La luz —respondió Varg—. Demasiado brillante. La podrían ver.

Tavi volvió a fruncir el ceño.

—¿Quién la podría ver?

—Por ahora escondamos los colmillos —sugirió Varg, cuyos dientes blancos seguían brillando—. Tregua y después os lo enseñaré.

Tavi asintió con un gesto seco y sin vacilar, antes de enfundar el cuchillo.

—Kitai, por favor guárdalo por el momento.

Kitai lo miró recelosa, pero también enfundó el cuchillo. La postura de Varg cambió hasta aparecer un poco más relajada y dejó que los labios cubrieran los dientes.

—Por aquí.

Varg se inclinó para recoger la lámpara cane, un objeto pequeño de vidrio que parecía una botella llena de brasas líquidas a punto de morir. Al hacerlo, Tavi se dio cuenta de que Varg llevaba puesta la armadura que había visto montada en el maniquí en el Salón Negro, y llevaba su espada enorme colgada del cinturón. Varg dejó la botella en el suelo al lado de una abertura irregular en la pared de la caverna.

—Nada de luz a partir de aquí —gruñó—. A gatas. Apretaros contra la pared de la izquierda y mirad hacia abajo y a vuestra derecha.

Entonces se dejó caer a cuatro patas y pasó su cuerpo largo y delgado a través de la abertura hacia lo que se encontraba al otro lado.

Tavi y Kitai intercambiaron una mirada.

—¿Qué es esa criatura? —preguntó ella.

—Un cane —respondió Tavi—. Viven al otro lado del mar al oeste de Alera.

—¿Amigos o enemigos?

—Su nación es más bien un enemigo.

Kitai movió la cabeza.

—Y este enemigo vive en el corazón de la fortaleza de tu jefe. ¿Hasta qué punto es estúpido tu pueblo?

—Es posible que su nación sea hostil —murmuró Tavi—, pero empiezo a tener mis dudas sobre Varg. Espera aquí. Me sentiré más seguro si alguien me cubre las espaldas mientras estoy ahí dentro con él.

Kitai frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que quieres ir?

El gruñido de Varg surgió de la abertura en la pared.

—Humm. Sí. Creo que no corro peligro. Quizá —murmuró Tavi.

Tavi también se dejó caer a cuatro patas y penetró en la abertura que conducía hacia un pasaje bajo y empezó a avanzar antes de que pudiera pensar demasiado en lo que estaba haciendo. Si lo hubiera intentado, habría podido gatear con las rodillas en el suelo y con la espalda rascando los puntos que sobresalían del techo.

Al cabo de unos pocos pasos, la cueva quedó totalmente a oscuras y Tavi se tuvo que obligar a seguir adelante, con el hombro izquierdo apretado contra la pared de ese lado. Varg dejó escapar otro gruñido casi inaudible por delante de él y Tavi intentó darse prisa, hasta que el olor salvaje de Varg y el hedor a hierro le llenaron la nariz. Así siguieron durante un rato, mientras Tavi contaba los «pasos» cada vez que movía y plantaba la mano derecha. A los setenta y cuatro pasos, Tavi distinguió una forma difusa delante de él: la silueta cubierta de pelaje de Varg. Unos tres metros más allá vio una luz pálida de un color verde blanquizco.

Y entonces la pared de la derecha desapareció, y el túnel bajo en el que se encontraban se convirtió en una repisa peligrosamente estrecha situada al final de una galería excavada en la roca viva y húmeda. El cane se incorporó hasta agazaparse muy bajo como si estuviera de caza, miró a Tavi y movió el morro hacia la caverna que tenían debajo. Tavi se incorporó al lado de Varg e instintivamente mantuvo todos los movimientos en silencio.

La caverna era enorme. No dejaba de gotear agua de cientos de estalactitas que colgaban del techo, algunas de ellas más largas que la altura de las murallas exteriores de la Ciudadela. Sus compañeras del suelo se alzaban en conos irregulares, algunas de ellas incluso más largas que las de arriba. Un río caía por una cascada en el extremo más alejado de la galería y se precipitaba varios metros en un estanque burbujeante antes de correr por un canal corto y pasar por debajo del muro oscuro y seguir su curso hasta el río Gaul. Tavi contempló la escena iluminada con la luz verde blanquizca y se quedó horrorizado.

Todas las superficies de la caverna estaban cubiertas de *croach*.

Tenía que ser eso. Era exactamente lo mismo que había visto en el Bosque de Cera dos años antes. No parecía tan grueso como la cera que había cubierto la extraña cuenca del valle, pero emitía el mismo brillo parpadeante verde blanquizco. Tavi vio a media docena de arañas de la cera deslizándose con una gracia indolente sobre el *croach*, deteniéndose aquí y allá, con sus ojos luminosos brillando en tonalidades verdes, naranja suave y azul pálido.

Tavi las miró durante un momento, demasiado aturdido para hacer nada más. Entonces sus ojos se dirigieron hacia una zona en la que el *croach* había crecido hasta convertirse en una especie de ampolla enorme y redondeada que cubría algunas de las estalagmitas más grandes. La superficie de la ampolla parpadeaba con remolinos de luces verdes y era lo suficientemente transparente para revelar las sombras que se movían en el interior.

En el exterior de la ampolla había unos canim. Estaban agachados en la guardia cane a cuatro patas a lo largo de la base de la construcción, formando un perímetro constante con cada uno de ellos separado un metro o metro y medio, y todos ellos armados y con la armadura, la mayoría con las cabezas cubiertas con las capuchas

profundas de sus capas rojo oscuro. Ninguno de ellos se movía, ni siquiera se removían. Desde donde estaba agachado, Tavi no los podía ver respirar y parecían más estatuas a todo color que seres vivos. Una araña de la cera atravesó lentamente el *croach* y subió por encima de un cane agachado como si fuera un accidente del paisaje.

De repente se oyó un aullido que levantó ecos en las paredes de la caverna y casi a los pies de donde se encontraban aparecieron numerosos canim. Tavi vio cómo tres de ellos arrastraban a la cueva a un cane atado que intentaba liberarse. El cane estaba herido, y sus pasos dejaban un rastro de sangre en el suelo de la cueva. Tenía las manos atadas por las muñecas, con los dedos entrelazados, y numerosas vueltas de cuerda le mantenían las mandíbulas cerradas. Sus ojos rojos mostraban un brillo enloquecido, pero por mucho que lo intentaba, el cane no se podía liberar de sus captores.

En contraste, los canim que arrastraban al prisionero estaban en silencio y en calma, sin dejar escapar bufidos ni gruñidos y sin mostrar ninguna expresión en sus feroces caras. Penetraron en el *croach*, arrastrando al prisionero y aplastando la superficie al avanzar. Las arañas de la cera se desplazaron con una gracia despreocupada hacia las zonas dañadas y empezaron a repararlas, con sus múltiples patas cerrando y alisando el *croach* hasta adquirir su forma original.

A su lado, el pecho de Varg retumbó con otro gruñido furioso y contenido.

Arrastraron al prisionero hasta lo que resultó ser una abertura en la pared de la ampolla. Tiraron al cane al interior. Un segundo después, otro aullido agudo y amortiguado surgió desde el interior de la construcción.

A su lado, crujió la piedra donde Varg había clavado las garras. Las orejas del cane estaban estiradas hacia atrás y mostraba los dientes en un gruñido letal y silencioso.

Durante un momento no ocurrió nada y entonces salieron cuatro canim de la ampolla. Recorrieron la pared de la construcción hasta que llegaron al extremo de la fila de canim, donde se acomodaron en posturas idénticas y se quedaron quietos. El último cane era el prisionero, que ahora estaba libre de las ataduras. Aparecieron un par de arañas de la cera y empezaron a subir con suavidad sobre el cane, con las patas repartiendo *croach* gelatinoso sobre las heridas del guardia.

—Rarm —gruñó el embajador Varg en una voz casi inaudible que sonó como la cascada de un río—. Cantaré tu canción de sangre.

Un momento después, las sombras se movieron de nuevo dentro del edificio y otro cane salió de él. Sarl seguía teniendo una apariencia delgada, furtiva y peligrosa. Sus ojos escarlata se movieron alrededor de la cámara y cuando una araña de la cera lo rozó mientras intentaba reparar el *croach* que había roto, Sarl dejó escapar un gruñido y la lanzó de una patada contra la estalagmita más cercana. La araña de cera

la golpeó con un chasquido y cayó sobre el *croach* con las patas temblorosas.

Sin la más mínima vacilación, otras dos arañas desviaron su camino y empezaron a sellar a la araña moribunda dentro del *croach*, donde Tavi sabía que acabaría disuelta con el tiempo para convertirse en alimento para las criaturas.

Una segunda forma surgió de la ampolla, esta más pequeña, quizás un poco más alta que un humano normal. Llevaba una capa de un color gris oscuro y la capucha le cubría la cabeza, pero la manera de moverse era inquietantemente inhumana, demasiado elegante y serena.

—¿Quién es el último? —preguntó la figura encapuchada con una voz que era totalmente extraña en tono e inflexión, y no revelaba nada de lo que estaba escondido bajo la capa.

—Lo encontraremos —gruñó Sarl.

—Es necesario —replicó la figura—. Podría advertir a los aleranos sobre nosotros.

—Varg es odiado —explicó Sarl—. Fue incapaz de algo tan sencillo como conseguir una audiencia con el líder alerano. Aunque pudiera hablar con él, los aleranos no le creerían nunca.

—Quizá sí —reconoció la figura encapuchada—. Quizá no. Ahora no nos podemos arriesgar a que nos descubran.

Sarl movió los hombros de una manera extraña y no dijo nada.

—No —prosiguió la figura—. No les tengo miedo. Pero no tiene demasiada lógica que permitamos que corran peligro nuestras posibilidades de triunfo.

Sarl le lanzó a la figura encapuchada una mirada hosca y se apartó un paso.

—¿Están preparados tus aliados? —preguntó la figura.

—Sí. Las tormentas golpearán esta noche toda la costa occidental. Le obligarán a permanecer en su cámara para contenerlas. Solo hay un camino hacia la cámara. No escapará.

—Muy bien —asintió la figura—. Encuentra a tu jefe de manada. Si no lo encuentras antes de ponerse la luna, atacaremos sin él.

—Es peligroso —objetó Sarl—. Mientras siga vivo no estaremos a salvo.

—No es una amenaza para mí —replicó la figura—. Solo para ti. Atacaremos cuando se ponga la luna. Después de eso...

La figura encapuchada se calló y se dio la vuelta de manera abrupta, mirando hacia la repisa y directamente a Tavi.

Tavi se quedó helado y se le secó la boca.

El momento pasó en silencio, y la figura encapuchada se volvió de nuevo hacia Sarl. Al hacerlo, un par de *canim* se levantaron en su puesto al lado de la construcción y tomaron posición al lado de Sarl.

—Cogedlo. No lo dejéis escapar.

Los dientes de Sarl se cerraron con fuerza emitiendo un fuerte sonido de hueso contra hueso y los canim se dieron la vuelta para salir de la cámara.

La figura encapuchada volvió a mirar hacia la repisa durante un instante, antes de darse la vuelta y regresar a la ampolla.

Varg empujó a Tavi e hizo un gesto hacia el túnel. Tavi se dio la vuelta y volvió a caer a cuatro patas para gatear hacia la cámara donde esperaba Kitai con el cuchillo y la lámpara canim. Tavi se puso en pie inmediatamente, intranquilo por la presencia silenciosa y peligrosa del cane detrás de él, y se colocó al lado de Kitai con las espaldas apoyadas en la pared para encararse con Varg.

—¿Qué has visto? —susurró Kitai.

—Guardianas del silencio —respondió—. *Croach*. Un nido enorme, muy parecido al del Bosque de Cera.

Kitai respiró con fuerza.

—Entonces ha venido hasta aquí.

—Sí —asintió Tavi.

El cane salió del túnel y se puso en pie, estirándose en toda su altura. Aunque no enseñaba los dientes, las orejas de Varg seguían estiradas hacia atrás aplastadas contra la cabeza, y la rabia hervía a su alrededor en una nube invisible.

Tavi miró a Varg.

—¿Qué les ha ocurrido? —le preguntó.

Varg movió la cabeza.

—Están hechizados, aunque no sé cómo.

—Pero ¿quiénes son?

—Miembros de mi manada de combate —respondió Varg—. Mis guardias.

Tavi frunció el ceño.

—Pero solo se os permiten seis. Ahí había veinte.

—Veintiuno —le corrigió Varg—. A Garl lo hirieron en el vientre cuando los otros vinieron a por nosotros. Lo envié por delante hacia las tierras de sangre antes de que esas cosas lo pudieran tomar como a Rarm.

—¿Sabíais que iban a por vos? —preguntó Tavi.

Varg asintió.

—Empecé a sospecharlo hace dos días, cuando cuatro de mis guardias se estaban preparando para irse. Mencionaron que había ratas en su alojamiento. Nunca las habíamos tenido. Pero un mes antes, Morl y Halar dijeron lo mismo, y al día siguiente, cuando se fueron, comenzaron a actuar de manera extraña.

—¿Extraña de qué manera? —preguntó Tavi.

El embajador movió la cabeza.

—Silenciosos y distantes. Más de lo habitual. —Entornó los ojos—. Sus orejas no tenían el aspecto correcto.

Tavi frunció el ceño.

—Entonces... los guardias que debían partir, los que pensabais que regresaban a vuestra tierra, en realidad no se fueron. En su lugar, bajaron aquí a las Profundidades.

Varg gruñó.

—Y Sarl está detrás de todo esto. Con el encapuchado que embruja a mis lobos.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Tavi.

Varg bufó.

—Entre mi gente existen muchas... castas, como diríais vosotros. Los guerreros son la casta más grande y más fuerte. Pero los Ilarum también son muy fuertes. Los profetas de sangre. Hechiceros. Embusteros, traidores. Sarl es un Ilarum, aunque finge que es de una casta inferior, trabajando para mí en secreto. Como si no tuviera cerebro en la cabeza. Los profetas de sangre odian a tu gente. Están decididos a destruirnos por todos los medios.

—Entonces Sarl está colaborando con el encapuchado —concluyó Tavi.

—Y ha venido a matar a Gaius —concretó Varg—. Quiere debilitar vuestro liderazgo. Dejaros vulnerables. —Varg descansó la mano sobre la empuñadura de la espada y mostró los dientes con una sonrisa fácil—. Intenté avisar a tu Primer Señor, pero un cachorro con más redaños que cerebro me detuvo con un cuchillo.

—Así que me lo insinuasteis —reflexionó Tavi—, con la esperanza que yo lo descubriera por mí mismo. Por eso también le enviasteis la carta a Gaius, para que investigase los barcos y descubriera que los guardias no se iban en realidad.

Varg dejó escapar un gruñido que de alguna forma pereció una afirmación.

—No funcionó, así que te he traído aquí.

Tavi ladeó la cabeza y estudió a Varg con atención.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué descubrirnos todo esto? Vos sois un enemigo de mi pueblo.

Varg se quedó mirando a Tavi durante un momento.

—Sí —respondió al fin—, y un día mi pueblo vendrá a por vosotros, cachorro. Y cuando le corte el cuello a tu Primer Señor será en un campo de batalla, después de quemar vuestras tierras, destruir vuestros hogares y matar a vuestros guerreros... y a ti. No habrá secretos ni hechicería ni traiciones. Un día arrancaré las tripas a toda tu parentela, alerano, y me verás venir.

Tavi tragó saliva aterrado.

Varg continuó.

—No tengo estómago para los métodos de Sarl. Él sacrifica las vidas de mi manada para forjar una traición que cree que nos entregará vuestras tierras. Desafía mi autoridad. Acuerda pactos con fuerzas desconocidas que practican una hechicería extraña. Nos roba nuestra victoria de honor y de pasión. —Varg alzó las garras de la

mano derecha y las contempló durante un instante—. Así no la quiero.

—También os quiere muerto —señaló Tavi.

Varg volvió a enseñar los dientes.

—Pero lo descubrí demasiado tarde. Toda mi manada de combate estaba hechizada, excepto dos, que ahora también se han ido. Me perseguirán. Es posible que me maten. Pero no dejaré que Sarl diga que me superó por completo. Así que el siguiente paso es tuyo, cachorro.

—¿Mío? —preguntó Tavi.

Varg asintió y gruñó.

—No queda mucho tiempo hasta que Sarl se ponga en marcha y ambos sabemos que aunque pudiese hablar con Gaius, no me iba a creer fácilmente. —Varg se puso la capucha de la capa y se dirigió hacia un pasaje que partía de la larga galería—. Sarl no tardará mucho en seguirme el rastro. Lo alejaré de aquí. Ahora eres el único que los puede detener, cachorro.

Varg desapareció en la oscuridad del túnel, dejando atrás la lámpara con la mortecina luz escarlata.

—Cuervos —maldijo Tavi en voz baja—. ¿Por qué me siguen pasando estas cosas?

Fidelias tenía que reconocerle el mérito a la estatúder Isana: la mujer tenía valor. Hacía unas pocas horas la habían herido en un ataque que había matado prácticamente a todo el mundo que conocía en la capital. Se había librado de la muerte por un par de pulgadas y por la fracción de segundo que había tardado Fidelias en apuntar contra el arquero asesino y soltar la flecha. Y ahora, desde su punto de vista, se estaba uniendo a asesinos y traidores al Reino.

Pero a pesar de eso caminaba con una dignidad tranquila cuando abandonó la seguridad relativa de la habitación en el burdel. Se había cubierto con una capa larga sin quejarse, aunque al entrar en la bulliciosa sala principal de la casa, su rostro había adquirido una tonalidad rosada al observar las actividades que se desarrollaban.

—Este segundo al mando —preguntó Isana mientras salían al exterior—, ¿tendrá el apoyo de vuestro patrón?

Fidelias reflexionó sobre las palabras que había elegido la mujer. Lo más fácil habría sido decir «lady Aquitania» y «lord Aquitania», pero no lo había hecho. Había comprendido que Fidelias había evitado citar sus nombres donde lo pudieran oír, y lo había respetado. Eso le daba esperanzas de que la mujer tuviera ideas suficientemente flexibles para trabajar con ellos.

—Por supuesto —respondió.

—Tengo condiciones —le advirtió ella.

Fidelias asintió.

—Las tendréis que presentar en la reunión, estatúder —replicó—. Yo solo soy un mensajero y escolta, pero creo que es muy posible que se pueda negociar algún tipo de intercambio.

Isana asintió bajo la capucha.

—Muy bien. ¿Hasta dónde tenemos que ir?

—No mucho más lejos, estatúder.

Isana dejó escapar un suspiro exasperado.

—Tengo un nombre, y me estoy cansando de que todo el mundo me llame estatúder.

—Consideradlo un cumplido —le aconsejó Fidelias.

De repente se le erizó el vello de la nuca y se obligó a no darse la vuelta para mirar como un gato asustado. Alguien le estaba siguiendo. Llevaba tanto tiempo participando en el juego que estaba seguro. Por el momento, al menos, no necesitaba conocer los detalles. Se había mostrado demasiadas veces durante el día anterior y cualquier oportunista aprovecharía la oportunidad de entregarlo a la Corona y cobrar la recompensa.

—Ninguna mujer en el Reino puede utilizar el mismo título.

—Tampoco ninguna mujer en el Reino conoce mi receta para el pan especiado —replicó Isana—, pero nadie lo menciona.

Fidelias se giró brevemente para sonreírle, y aprovechó la oportunidad para vislumbrar a sus perseguidores por el rabillo del ojo. Dos tipos grandes y duros, sin dudas ratas de río de uno de los cientos de barcos fluviales que habían atracado en la ciudad para las festividades. No pudo ver mucho más aparte de que no iban bien vestidos y uno de ellos caminaba con pasos vacilantes como si estuviera borracho.

—¿Os importa que os formule una pregunta?

—Sí —respondió Isana—. Pero preguntad.

—No puedo dejar de notar que no tenéis esposo, estatúder. Ni hijos. Eso es... inusual para una mujer de nuestro Reino, teniendo en cuenta las leyes vigentes. ¿Puedo suponer que pasasteis el tiempo en el campo cuando llegasteis a la edad?

—Sí —respondió Isana con tono neutro—. Como exigen las leyes.

—Pero sin hijos —recalcó él.

—Sin hijos —reconoció ella.

—¿Hubo un hombre? —preguntó Fidelias.

—Sí, un soldado. Estuvimos juntos durante un tiempo.

—¿Le engendrasteis un hijo?

—Sí, pero se truncó de manera prematura. Me abandonó poco después. Pero el comandante local me envió a casa. —Le lanzó una mirada de reojo—. He cumplido con los deberes que exige la ley, señor. ¿Por qué preguntáis?

—Solo para pasar el rato —respondió Fidelias, quien intentó esbozar una sonrisa amable.

—Queréis decir que es algo para pasar el rato mientras encontráis un lugar para ocuparos de los dos hombres que nos siguen —replicó Isana.

Fidelias miró hacia arriba porque la estatúder era un palmo más alta que él, pero esta vez la sonrisa era genuina.

—Tenéis unos ojos excepcionales para ser una civil.

—No son mis ojos —replicó—. Esos hombres destilan codicia y miedo como apestan las ovejas.

—¿Los podéis percibir desde aquí? —Fidelias se sintió aún más impresionado por la mujer—. Deben de estar a unos quince metros. Tenéis un verdadero don para el artificio del agua.

—A veces preferiría no tenerlo —replicó Isana—. O al menos, no con esta intensidad. —Apretó los dedos sobre las sienes—. No creo que me deba dedicar a visitar ciudades en el futuro. Son demasiado ruidosas, incluso cuando la mayoría están dormidos.

—Estoy de acuerdo hasta cierto punto —reconoció Fidelias, que encaminó sus pasos hacia una calle lateral que discurría entre muchas casas y estaba hundida en

sombras—. He visto a artífices del agua que son incapaces de mantener la cordura con un don tan fuerte como el vuestro.

—Como Odiana —sugirió Isana.

Fidelias se sintió inquieto al mencionar el nombre de la bruja de agua enloquecida. No le gustaba Odiana. Era demasiado imprevisible para su gusto.

—Sí.

—Me habló de la primera vez que fue consciente de su furia —explicó Isana—. Para seros sincera, me sorprende que conserve ese nivel de cordura.

—Interesante —reconoció Fidelias, y descubrió un hueco entre dos edificios—. Nunca me habló de ello.

—¿Le preguntasteis al respecto? —planteó Isana.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque los seres humanos se preocupan los unos de los otros, señor. —Isana se encogió de hombros—. Pero ¿por qué lo ibais a hacer vos?

Fidelias sintió una punzada de irritación cuando le golpearon las palabras de la estatúder. Su reacción le sorprendió. Durante un momento consideró la posibilidad de que la mujer estuviera hablando con más precisión de la que él estaba dispuesto a admitir. Hacía bastante tiempo que no tenía oportunidad de comportarse por motivos que no fueran la necesidad y la autoconservación.

En realidad, desde el día en que había traicionado a Amara.

Fidelias frunció el ceño. Llevaba tiempo sin pensar en ella. De hecho, le parecía un poco raro que no lo hubiera hecho. Quizá la había estado apartando de sus pensamientos, olvidándola conscientemente. Pero ¿por qué razón?

Cerró los ojos durante uno o dos pasos, pensando en la sorpresa en la cara de Amara cuando descubrió que estaba enterrada hasta la barbilla en la tierra dura, capturada por los sicarios más capaces de Aquitania. Ella había deducido su cambio de lealtades como verdadero cursor, pero la lógica no la había preparado para la reacción emocional. Cuando ella lo acusó, al admitir él que la acusación era cierta, por sus ojos había pasado una expresión que no podía olvidar. Sus ojos se habían llenado de pena, rabia sorprendida y tristeza.

Algo le dio una punzada en el pecho como si estuviera de acuerdo con ella, pero la ahogó sin piedad.

No estaba seguro de lamentar que hubiera dejado tan de lado sus emociones y era esa falta de arrepentimiento lo que le preocupaba. Quizá la estatúder tuviera razón. Quizás hubiera perdido algo vital, algo de la chispa de la vida, de la calidez y de la empatía que se había extinguido con su traición a la Corona y sus acciones en el valle de Calderon. ¿El corazón de un hombre, su alma, podía morir mientras él seguía andando y hablando como si estuviera vivo?

De nuevo apartó esos pensamientos. Ahora no tenía tiempo para ese tipo de

introspección sensiblera. Los cazarrecompensas habían empezado a acercarse a Fidelias e Isana.

Fidelias sacó el arco corto y pesado de debajo de la capa, y colocó en la cuerda una flecha gruesa y de mal aspecto. Con la velocidad que daba toda una vida de experiencia como arquero y artífice de la madera, se dio la vuelta, apuntó y lanzó la flecha contra el cuello del cazarrecompensas más retrasado.

El compañero del cazarrecompensas dejó escapar un grito y atacó, evidentemente sin darse cuenta de que el otro hombre ya estaba muerto, como había supuesto Fidelias. Eran unos aficionados. Se trataba de un viejo truco de arquero: se disparaba contra el enemigo más alejado para que su compañero siguiera avanzando a campo abierto sin darse cuenta del peligro en lugar de buscar refugio. Antes de que el cazarrecompensas en potencia hubiera recorrido la distancia que les separaba, Fidelias colocó otra pesada flecha, apuntó y disparó, atravesando el ojo derecho del atacante a un metro y medio de distancia.

El hombre cayó muerto al suelo y se quedó tendido dando sacudidas con una pierna. El primer cazarrecompensas se revolvió durante unos segundos más, mientras la sangre salpicaba los adoquines, antes de quedarse quieto.

Fidelias los estuvo mirando durante un minuto más, antes de dejar el arco, sacar el cuchillo y comprobar el pulso en sus cuellos para asegurarse de que estaban muertos. Tenía pocas dudas de ello, pero el profesional que llevaba dentro odiaba el trabajo mal hecho y solo después de comprobar que los hombres estaban muertos volvió a coger el arco.

Quizás Isana tenía más razón de lo que creía.

Quizás había perdido la capacidad de sentir.

Pero no importaba.

—Estatúder —la llamó volviéndose hacia ella—, deberíamos seguir adelante.

Isana lo miró en silencio con el rostro pálido. Su cuidadosa máscara de confianza había desaparecido, sustituida por una expresión de horror y de asco.

—Estatúder —repitió Fidelias—, debemos abandonar las calles.

Un escalofrío recorrió a Isana, que apartó los ojos de él, los entornó y volvió a ponerse la máscara.

—Por supuesto —replicó con un pequeño temblor en la voz—. Adelante.

—Vamos —indicó Tavi—. Nos tenemos que ir.

—Aún no —replicó Kitai, que se dio la vuelta hacia la entrada del túnel y desapareció por él.

—Cuervos —murmuró Tavi, que dejó a un lado la lámpara y la siguió, siseando —: Desaparece a la derecha, pégate a la izquierda.

Siguió a Kitai de regreso a la repisa sobre la extraña cámara y se agachó a su lado mientras contemplaba el *croach*, las arañas de la cera de movimientos lentos y los canim inmóviles.

—Por El Único —susurró con los ojos muy abiertos—. Alerano, nos tenemos que ir.

Tavi asintió y se dio la vuelta.

Una araña de la cera apareció por el borde de la repisa, entre ellos y el camino de salida, y se desplazó con una gracia inconsciente por la repisa de piedra hacia Tavi.

Tavi se quedó helado. Las arañas de la cera eran venenosas, pero lo más importante era que trabajaban en equipo con otras de su especie. Si esta los delataba ante sus compañeras, todas saldrían en su persecución, y aunque podrían escapar de las lentas arañas, nunca podrían despistar a los canim hechizados. También podía matar a la araña, pero no sin que esta alertase a las demás.

Miró a Kitai de reojo, y esta solo le pudo devolver la mirada con los ojos muy abiertos.

Y en ese momento la pata delantera de la araña tocó ligeramente la mano de Tavi, que tuvo que apretar los dientes para no gritar.

La araña se detuvo, moviendo los ojos luminosos. Tocó la mano con una pata delantera durante un momento y después usó dos de las extremidades de delante para pasar suavemente sobre el brazo y los hombros. Tavi permaneció rígido y muy quieto. Las extremidades de la araña pasaron con suavidad, tanteando varias veces desde su piel hasta la parte inferior de la cabeza, antes de seguir adelante, pasando por encima de la mano, el codo, los hombros y dejarlo atrás sin atacar, sin lanzar el sibilante grito de alarma y sin darse cuenta de su presencia.

Tavi giró la cabeza de manera casi imperceptible para ver cómo la araña repetía los movimientos sobre Kitai antes de pasar por encima de ella y dirigirse hacia el final de la repisa, donde se agachó y vomitó un charco de *croach* verde pálido, que empezó a extender por la repisa.

Tavi, perplejo, intercambió una mirada intensa con Kitai y no perdió más tiempo en regresar al túnel y alejarse de la caverna cubierta de *croach*.

—¿Por qué ha hecho eso? —balbució Tavi en cuanto salieron del túnel—. Kitai, debería haber dado la alarma y atacado. ¿Por qué no lo ha hecho?

Kitai salió del túnel un segundo después e incluso bajo la luz mortecina de la lámpara canim, pudo ver que estaba pálida y temblaba con violencia.

Tavi se quedó totalmente quieto durante un segundo.

—¿Kitai? —preguntó.

Ella se puso en pie, y se abrazó como si tuviera frío y sin fijar los ojos en nada.

—No puede ser —susurró—. No puede ser.

Tavi se acercó a ella y puso las manos sobre sus brazos.

—¿Qué no puede ser?

Ella levantó la mirada hacia él con una expresión de fragilidad.

—Alerano. Si... las viejas historias... Si las historias de mi pueblo están en lo cierto. Esos son los vord.

—Humm —replicó Tavi perplejo—. ¿Los qué?

—Los vord —susurró Kitai y tembló al hacerlo—. Los devoradores. Los comedores de mundos, alerano.

—No he oído hablar de ellos.

—No —reconoció Kitai—. Si lo hubieras hecho, tus ciudades se habrían convertido en cenizas y ruinas. Tu pueblo estaría huyendo, perseguido, al igual que el mío.

—¿De qué estás hablando?

—Aquí no, alerano. Tenemos que volver. —Su voz se elevó aterrada—. No nos podemos quedar aquí.

—De acuerdo —intentó tranquilizarla Tavi—. De acuerdo. Vamos.

Cogió la lámpara de Varg y emprendió el camino de salida de las Profundidades, buscando las marcas que había dejado en las paredes de las intersecciones al pasar.

Kitai tardó un rato en ralentizar la respiración.

—Hace mucho tiempo, mi pueblo vivía en otro sitio. No en las tierras que ocupamos ahora. En aquella época vivíamos como lo hace ahora tu pueblo. En asentamientos, en ciudades.

Tavi arqueó una ceja.

—Nunca había oído nada de eso. Creía que tu pueblo no tenía ciudades.

—No —reconoció Kitai—, ahora ya no.

—¿Qué les ocurrió?

—Llegaron los vord —respondió Kitai—. Tomaron a muchos de nuestro pueblo. Los tomaron como a esas criaturas lobunas en la caverna. A ellos también los han tomado.

—Tomados —repitió Tavi—. ¿Quieres decir controlados? ¿Esclavizados de alguna manera?

—Más que eso —respondió ella—. Las criaturas lobunas que has visto han sido devoradas. Todo lo que albergaban en su interior, lo que los convertía en lo que eran,

ha desaparecido. El espíritu ha sido consumido, alerano. Solo queda el espíritu de los vord, y los tomados no sienten ni dolor, ni miedo ni debilidad. El espíritu vord les da mucha fuerza.

Tavi frunció el ceño.

—Pero ¿por qué hacen eso los vord?

—Porque eso es lo que hacen. Se multiplican. Se reproducen. Toman, devoran o destruyen toda vida, hasta que no queda nada más bajo el cielo. Se transforman en vidas nuevas, formas nuevas. —Tembló—. Mi pueblo recopila historias sobre ellos. Docenas de historias horribles, del tipo que hace que incluso los marat se queden cerca del fuego y se enrosquen temblorosos bajo las mantas por las noches.

—Entonces, ¿por qué conserváis esas historias? —preguntó Tavi.

—Para ayudarnos a recordar —explicó Kitai—. Por dos veces los vord han estado a punto de destruir a mi pueblo. Solo dejaron pequeños grupos que huyeron para salvar las vidas. Aunque eso ocurrió hace mucho tiempo, conservamos las historias para avisarnos por si llegan de nuevo. —Se mordió el labio—. Y ahora están aquí.

—¿Cómo lo sabes? Kitai, quiero decir que si los marat se han tomado tantas molestias para recordarlos, ¿por qué no apuntasteis hacia ellos hace dos años y dijisteis: «Oh, mirad, son los vord»?

Kitai dejó escapar un siseo de impaciencia.

—¿Acaso estoy hablando solo para mí? —preguntó—. Te lo he dicho, alerano. Se renuevan y cambian de forma. Son capaces de cambiar de forma y cada vez que los vord han destruido a mi pueblo han aparecido como algo diferente.

—Entonces, ¿cómo sabes que son ellos?

—Por las señales —respondió—. Personas que desaparecen al ser tomadas. Los vord empiezan a trabajar en secreto para que no los descubran antes de tener la oportunidad de multiplicarse y extenderse. Suelen dividir a los que se les oponen para debilitar a sus enemigos. —Volvió a temblar—. Y los dirigen sus reinas, alerano. Ahora lo comprendo: la criatura que habita en el corazón del Valle del Silencio, aquella a la que quemaste, era la reina vord.

Tavi se detuvo para buscar la marca siguiente.

—Creo que la he visto aquí.

—¿En la caverna?

—Sí. Estaba cubierta por una capa y dando órdenes a un cane que no ha sido... sido... —Hizo un gesto vago con la mano.

—Tomado —completó Kitai.

—Tomado.

Tavi le explicó la conversación entre la figura encapuchada y Sarl.

Kitai asintió.

—La has visto. Los vord pretenden matar a tu jefe. Quieren provocar el caos para

aumentar su número sin que los detecten. Hasta que sea demasiado tarde.

Tavi se dio cuenta de que aceleraba el paso.

—Cuervos. ¿Lo pueden conseguir?

—La segunda vez que destruyeron a mi pueblo, no los pudimos detener y nos habíamos enfrentado a ellos con anterioridad. Tu pueblo no sabe nada de ellos, así que intentan debilitaros, dividiros.

—La reina vord está utilizando a Sarl —murmuró Tavi—. Divide y vencerás. Él le está proporcionando soldados para empezar el trabajo y su casta está lanzando tormentas contra Gaius para debilitarlo y obligarlo a pasar la mayoría de las noches en su cámara de meditación, de manera que saben dónde estará cuando intenten matarlo. Y la reina sabe que si Alera se debilita, los canim nos atacarán. Quiere que los canim nos ataquen para debilitarnos aún más, y de paso ellos también sufrirán pérdidas y serán más vulnerables ante los vord.

Kitai asintió.

—En nuestras historias enfrentaron a nuestro pueblo de una manera muy parecida.

—Cuervos —maldijo Tavi en voz baja y pensó en el largo pasillo que conducía hasta la cámara de meditación del Primer Señor.

Después del primer cuerpo de guardia no había más entradas o salidas a partir de la escalera o la cámara que se encontraba a un nivel inferior.

Era una trampa mortal.

Tavi aceleró aún más el paso.

—Saben dónde está Gaius. Es posible que veinte canim se puedan abrir camino hasta él. Tenemos que detenerlos.

Kitai lo alcanzó.

—Avisaremos a vuestros guerreros, los conduciremos hasta aquí y destruiremos a los vord.

—Sir Miles —dijo Tavi.

Kitai lo miró sin comprender.

—Es el jefe de guerra —le aclaró Tavi—. Pero no estoy seguro de que vaya a atacar.

—¿Por qué no?

Tavi apretó la mandíbula y siguió adelante, deprisa pero sin ser tan idiota de correr por los túneles para perderse sin remedio.

—Porque no le caigo muy bien. Es posible que no me crea. Y si le digo que conseguí la información de una marat, tendré suerte si solo sale de la habitación hecho una furia.

—Nos odia —afirmó Kitai.

—Sí.

—Eso es una locura —concluyó Kitai—. Los vord son una amenaza para todos.

—Sir Miles también acabará entendiéndolo —reconoció Tavi—. Al final. Pero no estoy seguro de que tengamos tiempo para superar su tozudez. —Tavi movió la cabeza—. Hay que convencer al maestro Killian. Si lo consigo, le dará la orden a Miles.

Llegaron a la última marca que Tavi había dejado en la pared y entraron en túneles que le eran conocidos. Tavi aceleró el paso hasta un trote ligero, mientras la cabeza le daba vueltas con lo que debía hacer y la mejor manera de conseguirlo.

Se dio cuenta de un movimiento repentino delante de él y se apartó a un lado cuando un atacante encapuchado blandiendo una porra pesada apareció detrás de un velo forjado con un artificio de las furias y lo atacó con ella. La porra le alcanzó el brazo izquierdo, y Tavi notó que se quedaba entumecido. Kitai gruñó algo a sus espaldas. Tavi se golpeó con la pared, tropezó y estuvo a punto de caer. Sacó el cuchillo y se volvió para enfrentarse al atacante, justo a tiempo de ver cómo la porra se movía a escasos centímetros de su cara.

Se produjo un estallido de luces brillantes, y todo se volvió negro.

Aún no había amanecido cuando Amara y Bernard se despertaron juntos. Compartieron un beso lento y suave, antes de levantarse sin mediar palabra y empezar a preparar las armas y las armaduras. Acababan de terminar cuando oyeron unos pasos al otro lado de la habitación improvisada, y Doroga retiró hacia un lado la cortina formada con una capa. La cara ancha y fea del marat estaba sombría.

—Bernard —murmuró—. Está amaneciendo. Ya vienen.

Isana acompañó al asesino hasta una vinatería en una zona tranquila y poco iluminada en la calle de los Maestros Artesanos, donde los mejores artesanos de toda Alera ofrecían sus productos a la clientela rica de la ciudad. La vinatería estaba situada entre un pequeño complejo de edificios especializados en estatuas y un taller de fabricación de lámparas de furia. No tenía ningún cartel en la puerta que indicase que no era una entrada de servicio o posiblemente una entrada a unas oficinas o algún otro negocio que no necesitase la entrada continua de clientes.

A pesar de la hora avanzada, la puerta se abrió con rapidez cuando llamó el asesino y un sirviente con librea les condujo a través de una sala hacia una habitación privada sin hablar con ellos.

El cuarto era acogedor y estaba espléndidamente decorado con un círculo de divanes pequeños destinado a estirarse de lado mientras se charlaba y bebía vino. Uno de los divanes estaba ocupado.

Invidia Aquitania estaba tendida de lado, hermosa con el mismo vestido de seda que había lucido en la fiesta de Kalare. En la mano sostenía un cáliz de cristal medio lleno con un vino pálido. Llevaba además una tela medio traslúcida sobre la cara, un velo, por lo que podía juzgar Isana, que pretendía ofrecer la pretensión legal de anonimato si la conversación de aquella noche era sometida al escrutinio de la ley.

Lady Aquitania levantó la vista cuando entraron e inclinó la cabeza complacida.

—Bienvenida, estatúder. Supongo que mi asociado os convenció para que asistierais a la reunión.

—Fue muy convincente, teniendo en cuenta las circunstancias —replicó Isana.

Lady Aquitania hizo un gesto hacia el diván que tenía delante del suyo.

—Por favor, relajaos. ¿Os gustaría catar el vino? Se trata de una cosecha excelente.

Isana se acercó al diván que le habían indicado, pero no se reclinó en él. En su lugar, se sentó en el borde con la espalda muy rígida y le frunció el ceño a lady Aquitania.

—No me apetece más vino —respondió—. Muchas gracias.

La sonrisa agradable de lady Aquitania se transformó en una máscara de neutralidad.

—Esto puede ser más fácil para vos si consentís con algunos de los placeres, estatúder. No hacen daño.

—Ni tienen ningún propósito más que perder el tiempo —replicó Isana—. Y en este momento el tiempo me es de la mayor importancia. He venido a hablar de negocios.

—Como queráis —asintió Lady Aquitania—. ¿Por dónde os gustaría empezar?

—Decidme qué queréis —respondió Isana—. ¿Qué queréis de mí?

Invidia saboreó un sorbo de vino.

—Primero, vuestro apoyo público a Aquitania y a mi señor esposo —contestó—, que se convertirá en vuestro patrón político. Eso significa que apareceréis en público luciendo los colores de Aquitania, en especial durante la presentación en los actos finales del Festival. Es posible que se os invite a cenas, actos sociales y ese tipo de cosas, y mi esposo os proporcionará el transporte y cubrirá los gastos.

—Yo trabajo para vivir —replicó Isana—, y soy responsable de una explotación con más de treinta familias. Mal servicio les haré si estoy siempre fuera para asistir a actos sociales.

—Cierto. Entonces, ¿debemos negociar un número razonable de días al año?

Isana apretó los labios y asintió, obligándose a contener sus emociones con sumo cuidado.

—Bien. Después volveremos a ello. En segundo lugar, se requerirá vuestro apoyo como miembro de la Liga Diánica, lo que os obligará a asistir a la convocatoria anual de la Liga y participar en las discusiones por escrito a lo largo de todo el año.

—Y en el marco de la Liga, queréis que os apoye a vos.

—Por supuesto —replicó lady Aquitania—. Y por último, es posible que os pidamos apoyo para ciertos candidatos en las elecciones senatoriales en Riva. Como vuestra ciudad de origen, podréis votar en las elecciones y vuestra opinión tendrá inevitablemente cierto peso para el resto de los ciudadanos.

—Quiero que entendáis algo, Vuestra Gracia —intervino Isana con tranquilidad.

—¿De qué se trata?

—Que conozco todas las ambiciones de vos y de vuestro esposo, y que no tengo la intención de quebrantar las leyes del Reino para ayudaros. Mi apoyo y mi participación se limitarán a la letra de la ley, y no la superaré ni un milímetro.

Lady Aquitania alzó las cejas.

—Por supuesto. No me atrevería a pedirlos más.

—Estoy segura —replicó Isana—. Solo quería dejar las cosas claras.

—Creo que es eso lo que estamos haciendo —afirmó lady Aquitania—. ¿Y qué pediréis a cambio de vuestro apoyo?

Isana respiró hondo.

—Mi familia está en peligro, Vuestra Gracia. He venido para ponerme en contacto con el Primer Señor y conseguir ayuda para Calderon, y para avisar a mi sobrino de que existe una amenaza potencial contra su vida. He sido incapaz de contactar por mí misma con ninguno de los dos. Si queréis mi apoyo, entonces me tenéis que ayudar a proteger a mi familia. Ese es mi precio.

Lady Aquitania saboreó otro sorbo de vino.

—Será necesario que me contéis algo más de vuestras necesidades, estatúder,

antes de haceros ninguna promesa. Por favor, explicadme las circunstancias con todo detalle.

Isana asintió y empezó a contar todo lo que Doroga le había explicado sobre los vord, sobre la forma de extenderse, adónde habían ido y el peligro que representaban para todo el Reino. Cuando terminó, recogió las manos en el regazo y miró a la Gran Señora.

—Eso es... una buena historia —murmuró—. ¿Hasta qué punto estáis segura de que es verdad?

—Por completo —respondió Isana.

—Aunque todo lo que sabéis procede, si lo he entendido bien, de un jefe bárbaro.

—Se llama Doroga —aclaró Isana en voz baja—, y es un hombre íntegro e inteligente, y sus heridas eran muy reales.

—Fidelias —murmuró lady Aquitania—, ¿con qué recursos contamos cerca de Calderon?

El asesino se apartó de donde había ocupado una posición discreta apoyado en la pared al lado de la puerta.

—Los Lobos del Viento están de maniobras de entrenamiento en las Montañas Rojas, Vuestra Gracia.

—Esos son... ¿veinte caballeros?

—Sesenta, Vuestra Gracia —le corrigió.

—Oh, es cierto —asintió con un tono despreocupado, aunque Isana no creía ni por un momento que no recordase con precisión los recursos de que disponía y dónde se encontraban—. Han estado reclutando. ¿Cuánto tardarían en llegar a Calderon?

—Entre tres y siete horas, Vuestra Gracia. Todo depende de las corrientes de aire.

Lady Aquitania asintió.

—Entonces, por favor, informa a Su Gracia, cuando te presentes ante él, de que los voy a enviar como refuerzo a la guarnición de Calderon por cuenta de nuestra nueva clienta.

Fidelias la miró durante un momento.

—Es posible que a lord Riva no le guste que enviemos tropas para actuar en sus dominios.

—Si Riva hiciera su trabajo, sus tropas ya estarían reforzando la guarnición —replicó lady Aquitania—. Estoy casi seguro de que preferiría desdeñar al nuevo conde de Calderon que responder con una movilización cara y rápida, y, además, me encantaría humillar públicamente a Riva delante de todo el Reino. Pero aseguro a mi esposo que ordenaré que los hombres sean lo más discretos posible y por eso me conformaré con humillarle delante de sus iguales.

El asesino sonrió.

—Muy bien, Vuestra Gracia.

Ella asintió.

—El paso siguiente será encontrar al sobrino de la estatúder y asegurarnos que está a salvo tanto de esos vord como de los cuervos de sangre de Kalare.

—Supuestos cuervos de sangre, Vuestra Gracia —le corrigió Fidelias—. Al fin y al cabo, no sabemos con toda seguridad que pertenezcan a lord Kalare.

Lady Aquitania lanzó a Fidelias una mirada de reojo.

—Oh, sí, qué descuidada por mi parte. ¿Supongo que tienes bajo vigilancia las propiedades de Kalare en la capital?

Fidelias le devolvió una suave mirada de reproche.

—Por supuesto que sí. Averigua qué han visto recientemente tus vigilantes y dedica a esta tarea a todos los que sea posible. Encuentra al muchacho y ponlo a salvo.

Fidelias realizó una reverencia cortés con la cabeza.

—Sí, Vuestra Gracia. ¿Me permitiríais expresar una idea antes de partir?

Lady Aquitania movió la mano en un movimiento de asentimiento.

El asesino asintió.

—Las investigaciones que realizo desde que llegué aquí han revelado una actividad poco habitual en las Profundidades. Ha desaparecido una cantidad significativa de personas a lo largo del invierno, y en mi opinión no ha sido el resultado de una guerra interna entre los intereses criminales locales. Es posible que estén implicadas esas criaturas de las que advierten los marat.

Lady Aquitania arqueó una ceja.

—¿De verdad lo crees?

Fidelias se encogió de hombros.

—Desde luego parece posible. Pero las Profundidades son extensas y, teniendo en cuenta que faltan hombres, será necesario bastante tiempo para investigarlas.

Lady Aquitania movió un dedo en un gesto negativo.

—No, eso no nos incumbe a nosotros. La seguridad de las Profundidades es asunto de la Guardia Real y de la Legión de la Corona. Les advertiremos del peligro potencial a la primera oportunidad. Por ahora, concéntrate en el chico. Esa es nuestra prioridad.

—Sí, mi señora.

El asesino inclinó la cabeza ante ella, saludó a Isana y salió de la habitación.

Isana se quedó sentada en silencio durante un momento y se dio cuenta de que el corazón le latía con demasiada rapidez. Sintió que le temblaban las manos y se las cogió, pero también sintió cómo un sudor pegajoso le corría por las cejas y las mejillas.

Lady Aquitania se incorporó, frunciendo el ceño mientras miraba a Isana.

—¿Estatúder? ¿Os encontráis bien?

—Estoy bien —murmuró antes de tragar el sabor amargo de su boca y añadir—: Mi señora.

Lady Aquitania siguió con el ceño fruncido pero asintió.

—Me tendré que ir enseguida para ponerme en contacto con nuestro comandante de campo a través del agua.

Isana se quedó helada de sorpresa. Ella podía enviar a Rill a través de los cursos de agua de la mayor parte del valle de Calderon, pero más que nada porque había vivido allí durante mucho tiempo y conocía muy bien a las furias locales. Con esfuerzos, Isana se podría haber comunicado con Guarnición a través de Rill, pero lady Aquitania estaba hablando de manera despreocupada de enviar sus furias a quinientas veces la distancia que podían alcanzar los límites de los talentos de Isana.

Lady Aquitana miró a Isana durante un momento más, antes de decir:

—Creéis de verdad que se encuentran en peligro mortal. Me refiero a vuestra familia.

—Lo están —se limitó a confirmar Isana.

Lady Aquitania asintió con parsimonia.

—En caso contrario nunca habríais venido a verme.

—No —reconoció Isana—. Nunca lo habría hecho.

—¿Me odiáis? —le preguntó.

Isana respiró lentamente antes de responder.

—No me gusta lo que representáis.

—¿Y qué represento?

—El poder sin convicciones —contestó Isana con un tono neutro y sin entonación algo—. La ambición sin conciencia. La gente decente sufre a manos de los que son como vos.

—¿Y Gaius? —preguntó lady Aquitania—. ¿Odiáis al Primer Señor?

—Con cada latido de mi corazón —respondió Isana—. Pero eso es por una razón completamente diferente.

Lady Aquitania emitió un ruido con la garganta para indicar que estaba escuchando y asintió, pero Isana no continuó. Después de un momento de silencio, la Gran Señora volvió a asentir.

—Parece que sois de las que apreciáis la honestidad desnuda y directa. Así que os ofreceré un poco. Lamento lo que ocurrió en Calderon hace dos años —reconoció—. Fue una pérdida inútil de vidas. Me opuse ante mi esposo, pero yo no gobierno sus decisiones.

—¿Os opusisteis por la bondad de vuestro corazón? —preguntó Isana y saboreó el sarcasmo de sus palabras.

—Me opuse porque era ineficiente, podía fracasar fácilmente y volverse contra nosotros —le explicó—. Preferiría conquistar el poder a través de la construcción de

alianzas y lealtades sólidas, sin necesidad de recurrir a la violencia.

Isana le frunció el ceño.

—¿Por qué os debería creer?

—Porque os estoy diciendo la verdad —contestó lady Aquitania—. Gaius es viejo, estatúder. No hay ninguna necesidad de recurrir a la violencia para derrocarlo. A la larga, el tiempo será nuestro asesino, y no tiene heredero. Es posible que los que se encuentren en una posición más fuerte para gobernar cuando muera Gaius suban al trono sin permitir que el asunto se resuelva a través de una lucha armada por el poder. —Le ofreció una mano a Isana—. Por eso os digo muy en serio que vuestra lealtad me obliga a proteger a vuestra familia como si fuera la mía. Y lo haré con todos los medios que tengo a mi disposición. —Hizo un gesto hacia su mano—. Cogedla y veréis. No me esconderé ante vos.

Isana se quedó mirando a la Gran Señora durante un momento. Entonces le cogió la mano. No sintió nada durante un segundo, pero entonces surgió de lady Aquitania una suave presión de emociones.

—¿Me estáis diciendo la verdad? —le preguntó Isana en voz baja—. ¿Tenéis intención de ayudarme a mí y a mi familia?

—Lo estoy —respondió Lady Aquitania—. La tengo.

A través de sus manos unidas, Isana sintió la presencia de lady Aquitania como una vibración sutil en el aire y sus palabras sonaban con la claridad de la verdad y la confianza. No se trataba de una muestra de artificio de las furias. Ese tono de verdad no se podía falsificar ante alguien con las habilidades de Isana. Tal vez lady Aquitania pudiera esconder la falsedad detrás de una nube vaga de desinterés y calma distante, pero en su afirmación se encontraba el poder vibrante de la sinceridad y no había nada nebuloso en ello.

Invidia Aquitania era ambiciosa, calculadora, implacable y despiadada, pero era sincera en lo que decía. Tenía toda la intención de hacer todo lo que estuviera en su poder para ayudar a Bernard y proteger a Tavi.

Isana tembló y no pudo evitar que un suspiro de alivio la atravesara muy poco a poco. Los últimos días habían sido una pesadilla de sangre, miedos y frustración impotente, una lucha para acceder al hombre que tenía el poder necesario para proteger a su familia. Pero en su lugar había llegado hasta lady Aquitania.

Pero Isana se dio cuenta de que si Invidia podía hacer lo que había dicho, si podía asegurarle que Bernard y Tavi estaban a salvo, entonces Isana no tendría más elección que darle a cambio su lealtad con toda su buena fe. Se iba a convertir en algo que destruyera al Primer Señor y lo haría de buena gana si ese era el precio de su protección. Se había comprometido.

Pero eso no tenía importancia. Mientras Tavi y su hermano estuvieran a salvo, valía la pena.

Lady Aquitania no dijo nada y no retiró la mano hasta que Isana volvió a levantar la mirada. Entonces la Gran Señora se puso en pie, miró hacia el vestido y frunció el ceño hasta que el color se oscureció del escarlata a un rojo tan profundo que casi parecía negro y era más adecuado para no llamar la atención por la noche. En ese momento miró a Isana con unos ojos fríos que seguían teniendo un rastro de compasión.

—Vamos a ocuparnos de las comunicaciones, estatúder. He dispuesto que os conduzcan bajo custodia hasta mi mansión, donde os esperan vuestras habitaciones. Os llevaré noticias de vuestro hermano y de vuestro sobrino en cuanto las reciba.

Isana se puso en pie. Los latidos de la cabeza se habían reducido significativamente y la ausencia de dolor era un soporífero potente. Lo que más deseaba era descansar un poco.

—Por supuesto, mi señora —replicó en voz baja.

—Venid conmigo —le indicó—. Os acompañaré al carruaje.

Isana siguió a lady Aquitana fuera del edificio y vio que las estaba esperando un carruaje, que disponía de puestos para media docena de lacayos y cada uno de ellos estaba ocupado por un hombre armado con expresión dura y manos fiables. Lady Aquitana ayudó a Isana con una mano para que pudiese subir los escalones del carruaje y un lacayo cerró la puerta a sus espaldas.

—Descansad si podéis —le indicó lady Aquitana, haciendo un gesto seco con la mano hacia la noche.

Un corcel alto y gris apareció en la oscuridad y con el morro empujó con suavidad el hombro de lady Aquitania. Ella apartó la cabeza del animal de su vestido con una expresión de enfado fingido.

—Haré todo lo que esté en mi poder para actuar inmediatamente y haré todo lo que pueda para que el Primer Señor reciba noticias sobre los peligros que acechan aquí y en Calderon. Tenéis mi promesa.

—Muchas gracias —replicó Isana.

—No me deis las gracias, estatúder —le aclaró lady Aquitania—. No os ofrezco esto como un regalo de patrón a cliente. Hemos cerrado un pacto entre iguales y espero que ambas nos beneficiemos en los años que están por venir.

—Como queráis, mi señora.

Lady Aquitania montó con gracia e inclinó la cabeza hacia Isana.

—Martus, ten cuidado —le advirtió al cochero—. Sicarios a sueldo ya han intentado quitarle la vida esta misma noche.

—Sí, Vuestra Gracia —respondió el cochero—. La llevaremos sin correr riesgos.

—Excelente.

Lady Aquitania hizo que el caballo diera la vuelta y partió a un trote rápido por la calle, con el velo y el vestido flotando a su alrededor. Uno de los lacayos dejó caer

unas pesadas cortinas de cuero que cubrieron las ventanillas del carruaje, hundiendo el interior en tinieblas y evitando que alguien pudiera ver a la pasajera. El cochero le chasqueó la lengua al tiro y el carruaje emprendió la marcha por la calle.

Isana reclinó la cabeza contra el tapizado y se quedó inmóvil, demasiado cansada para hacer nada más. Lo había hecho. Había pagado un precio que sabía que la iba a perseguir, pero ya estaba hecho. La ayuda para Tavi y Bernard estaba en camino. Todo lo demás no importaba.

Se quedó dormida antes de que el carruaje se perdiera de vista desde la vinatería.

Tavi se despertó con latidos en la cabeza, pero el instinto le gritó una advertencia, y con mucho cuidado no se movió ni cambió la respiración. Si seguía vivo era porque así lo querían sus captores. Anunciar que estaba despierto no le iba a ayudar en nada. Por eso siguió quieto y pasivo, intentando descubrir todo lo que pudiera sobre el entorno y sus captores.

Estaba sentado en una silla. Podía sentir la madera dura debajo de él y tenía las piernas atadas, una a cada pata de la silla. Sus codos descansaban a la altura habitual de los brazos de un sillón, aunque no podía sentir las manos. Supuso que tenía las muñecas atadas, y que las ligaduras le habían cortado la circulación en las manos.

Podía oír el crujido de madera a su alrededor. La mayoría de los edificios de la ciudad estaban contruidos en piedra. Las únicas estructuras de madera se encontraban fuera de las murallas de la capital, o en la zona de almacenes y atarazanas a lo largo de la orilla del río. Respiró una vez por la nariz y percibió el olor difuso de agua y pescado. Se trataba del río y no de las afueras de la capital. Se encontraba en un almacén o en un astillero... o, se corrigió, en un barco. El Gaul era un río ancho y profundo, el más largo de Alera, e incluso los navíos de aguas abiertas podían aventurarse hasta la capital.

—¿Eres capaz de arreglarlo? —gruñó una voz masculina.

A juzgar por el sonido, podía decir que le llegaba desde una habitación adyacente, o posiblemente desde el otro lado de una puerta muy fina o una cortina pesada. La voz tenía el matiz de alguien que estaba en el interior, así que debían de ser de sus captores.

—He detenido la hemorragia —respondió otra voz, esta de vez de mujer, con un acento extraño, acaso del sur del Reino, pensó Tavi, o quizá de Forcia—. Pero lo tendrá que ver un profesional para ponerle la nariz en su sitio.

El hombre dejó escapar una carcajada que no tenía nada que ver con la alegría.

—Eso está bien. Se lo tiene merecido por dejar que lo golpee una muchacha pequeña.

Se produjo un silencio opresivo.

—Tú no eres pequeña, Rook —replicó el hombre a la defensiva.

—Ten en cuenta —explicó Rook— que la chica es marat y que son físicamente más fuertes que la mayoría de los aleranos.

—Debe de ser un buen ejercicio domar a esos animales —replicó.

—Muchas gracias, Turk, por recordarme por qué algunos de nosotros nos dedicamos a labores que requieren inteligencia, mientras que otros estáis limitados al uso de cuchillos y porras.

Turk bufó.

—Hice el trabajo.

—Entonces, ¿por qué no está muerta la estatúder?

—Intervino alguien —respondió Turk—. Y nadie nos dijo que el viejo fuera tan bueno con la espada.

—Es cierto —reconoció Rook—. Los hombres de armas que protegían el carruaje eran, vaya sorpresa, hábiles con las armas. Ya veo por qué os cogieron desprevenidos.

Turk dejó escapar una maldición vitriólica.

—He atrapado al chico, ¿o no?

—Sí. Incluso es posible que el viejo cuervo decida que no lamentes el no haber estado con los hombres en la mansión de Nedus.

—No te preocupes —replicó Turk, huraño—. La atraparé.

—Por tu bien, espero que así sea —le advirtió Rook—. Si me disculpas...

—¿No te quedas? Creía que ya habías acabado.

—Intenta no pensar demasiado —le respondió ella—. No estás acostumbrado, y te harás daño. Tengo que atar algunos cabos sueltos antes de irme.

—¿Qué quieres que haga con esos dos?

—Retenlos hasta que llegue el viejo cuervo a interrogarlos. Y antes de que preguntes, la respuesta es no. Mientras tanto no vas a tocar a ninguno de los dos. Después, él te dirá lo que quiere que hagas.

—El día menos pensado —replicó Turk en tono amenazador—, alguien te va a cerrar la boca.

—Es posible. Pero hoy no y, desde luego, tú ni lo sueñes.

Se abrió y cerró una puerta, y Tavi se arriesgó a una mirada rápida a través del velo de su cabello. Se encontraba en un almacén, rodeado por cajas de madera para el transporte marítimo. Un hombre musculoso y mal parecido, vestido con una túnica sin mangas de rata del río, estaba mirando la puerta mientras se cerraba. A la derecha de Tavi se encontraba otra silla y Kitai estaba atada a ella como él a la suya, excepto que ella tenía una bolsa de cuero sobre la cabeza y atada bastante suelta alrededor del cuello.

Tavi volvió a bajar la cabeza y un segundo más tarde Turk, el hombre feo, se dio la vuelta y se le acercó. El muchacho se quedó inmóvil mientras el hombre le apretaba el cuello con los dedos y después se acercaba a Kitai. Tavi abrió un ojo lo suficiente para ver que le tocaba la muñeca, antes de darse la vuelta y salir del almacén. Cerró la puerta de un portazo y Tavi oyó cómo corría un pesado cerrojo.

Tavi dudó durante un momento sobre lo que debía hacer, porque el lugar podía tener alguna especie de guardia creada con un artificio de las furias para vigilarlo, pero por otro lado la presencia de un guardia demasiado poderoso habría atraído la atención de los artífices de la Legión Cívica, que inspeccionaban habitualmente los almacenes a la orilla del río. Eso significaba que si había algunas furias vigilándolo,

lo más probable era que dieran la alarma pero que no atacaran.

Tavi comprobó las ataduras, pero estaban muy apretadas. Si hubiera estado consciente cuando lo ataron, habría podido tensar los músculos, de manera que cuando los relajase quedase un cierto hueco entre las cuerdas que le permitirían liberarse. Pero no había ocurrido de esa manera y ahora no parecía que pudiera hacer nada.

Aunque se hubiera podido liberar, quizá no era la mejor opción. El almacén solo tenía una puerta, por la que acababa de salir Turk. Tavi probó la silla. No estaba fijada al suelo y las patas se movieron en silencio sobre las tablas del suelo cuando se mecía adelante y atrás.

La cabeza de Kitai se irguió, levantando la bola de cuero. Su voz sonó ahogada.

—¿Alerano?

—Estoy aquí —respondió.

—¿Te encuentras bien?

—Tengo un dolor de cabeza que voy a recordar durante algún tiempo —contestó—. ¿Y tú?

Soltó un sonido como si escupiese dentro de la bolsa.

—Un mal sabor de boca. ¿Quiénes son esos hombres?

—Estaban hablando de matar a mi tía Isana —respondió Tavi—. Lo más probable es que trabajen para lord Kalare.

—¿Por qué nos han cogido?

—No estoy seguro —contestó—. Quizá porque deshacerse de mí hará que Gaius parezca débil. Quizá para usarme como cebo en una trampa para tía Isana. En cualquier caso, no nos van a dejar marchar cuando esto acabe.

—Nos matarán —confirmó Kitai.

—Sí.

—Entonces tenemos que escapar.

—Esa es la conclusión lógica, sí —reconoció Tavi, que se tensó para volver a comprobar las ataduras, pero no cedían—. Tardaré horas en deshacerme de esto. ¿Te puedes soltar?

Ella movió su peso de un lado a otro, y Tavi oyó cómo la madera de la silla crujía por el esfuerzo.

—Es posible —respondió al cabo de un momento—. Pero haré ruido. ¿Tenemos guardias?

—El guardia ha salido del edificio, pero es posible que haya furias vigilándonos, y los hombres que nos han atrapado no deben de estar muy lejos.

La bolsa se ladeó de repente.

—Alerano, viene alguien —anunció Kitai.

Tavi dejó caer de nuevo la cabeza, tal como la tenía cuando despertó, y un

segundo después sonó el cerrojo y se abrió la puerta. Tavi vislumbró rápidamente a Turk y otro hombre, más alto, que entraban en el almacén.

—... seguro que veré como la tenemos antes de amanecer, mi señor —estaba diciendo Turk en un tono untuoso—. No podéis hacer caso a todo lo que dice Rook.

El otro hombre habló y Tavi se tuvo que obligar a no moverse.

—¿No? —preguntó lord Kalare—. Turk, Turk, Turk. Si Rook no me hubiera pedido una segunda oportunidad para ti, te habría matado cuando saliste por la puerta.

—Oh —murmuró Turk—. Sí, mi señor.

—¿Dónde está? —preguntó Kalare.

Turk debió de responder con un gesto, porque un momento después se acercaron unos pasos.

—Está inconsciente —oyó Tavi que decía Kalare a unos pasos de distancia.

—Rook le dio bastante fuerte en la cabeza —explicó Turk—. Pero no habrá ningún daño permanente, mi señor. Se despertará por la mañana.

—¿Y esta? —preguntó Kalare.

—Una bárbara —respondió Turk—. Estaba con el otro.

Kalare gruñó.

—¿Por qué está encapuchada?

—Luchó como una fiera hasta que conseguimos atarla. A Cardis le arrancó la nariz de un mordisco.

—¿Arrancada? —preguntó Kalare.

—Sí, mi señor.

Kalare soltó una risita.

—Divertido. Siempre lo son las que plantan cara.

—Rook dijo que os preguntase que queréis que hagamos con ellos. ¿Los elimino?

—Turk —replicó Kalare con tono complacido—. Has utilizado un eufemismo. Cuando menos te des cuenta, estarás dando muestras de sagacidad.

Turk se quedó en silencio durante un segundo sorprendido.

—¿Muchas gracias? —dijo al fin.

Kalare suspiró.

—No hagas nada por el momento —ordenó—. Un cebo vivo será más útil que un cadáver.

—¿Y la bárbara?

—Ella también. Es posible que sea el resultado de algún tipo de acuerdo de apadrinamiento entre los bárbaros y el conde de Calderon, y hasta que esté en disposición de arrancarles la información, no tiene sentido en convertirme en enemigo de sangre de los marat. No hasta que no pueda sacar provecho.

De repente unos dedos muy fuertes se enredaron en el cabello de Tavi y le levantaron la cabeza de un tirón. Tavi consiguió mantenerse totalmente flácido.

—Esta pequeña bestia —comentó Kalare—. Si la mujer no fuera un peligro mucho más importante, disfrutaría viéndolo desollado y tirado a un pozo con lagartos venenosos. Que un desperdicio de vida como este se haya atrevido a ponerle encima un dedo a mi heredero. —La voz le temblaba de rabia y desdén, y soltó el cabello de Tavi con un movimiento de la muñeca, que hizo que los músculos del cuello del chico gritaran de dolor.

—¿Debo hacer arreglos para su transporte, mi señor?

Kalare soltó el aire.

—No —decidió—. No. No tiene sentido darle una oportunidad para sobrevivir, teniendo en cuenta lo que tengo planeado para su familia. Incluso algo como esto se podría convertir en una gran amenaza con el paso del tiempo. Los tiraremos a todos al mismo agujero.

Sus botas resonaron en el suelo mientras se encaminaba hacia la puerta, seguido por los pasos más pesados y torpes de Turk. Al momento se abrió la puerta, que se volvió a cerrar y pasaron el cerrojo.

Tavi comprobó que estaban solos.

—¿Le arrancaste la nariz? —le preguntó a Kitai.

Su voz quedó amortiguada por la bolsa cuando contestó.

—No pude llegarle a los ojos.

—Gracias por la advertencia.

—No —replicó Kitai—. Dije que venía alguien, pero no me refería a la puerta.

—¿Qué?

—El suelo —respondió—. Sentí una vibración. Ahí está de nuevo —murmuró.

Tavi casi no podía sentir los pies, pero oyó unos arañazos difusos detrás de él. Giró la cabeza lo suficiente para ver cómo un tablón del suelo, a unos pasos de distancia, temblaba y de repente se doblaba hacia arriba, como si fuera de sauce vivo y flexible en lugar de roble seco. Vio que alguien trabajaba por debajo del suelo para liberar los tablones, pero desapareció de su vista. Siguieron dos listones más y después una cabeza cubierta con una mata de cabello polvoriento y lleno de virutas apareció a través del agujero en el suelo y parpadeó a su alrededor como si fuera un búho.

—Ehren —exclamó Tavi que tuvo problemas para controlar su excitación y mantener la voz baja—. ¿Qué estás haciendo?

—Creo que te estoy rescatando —respondió Ehren.

—Hay guardias —le explicó Tavi a su amigo—. Percibirán lo que has hecho para entrar.

—No lo creo —replicó Ehren y le lanzó a Tavi una sonrisa temblorosa—. Sin que sirva de precedente, el que mis furias sean tan débiles es una ventaja, ¿eh? Casi no hacen ruido. —Hizo un gesto de dolor y empezó a serpentear para pasar por el

agujero en el suelo.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Tavi.

Ehren parecía herido.

—Tavi, al fin y al cabo, me llevo preparando el mismo tiempo que tú para ser un cursor.

Tavi le lanzó una sonrisa feroz, que Ehren intentó devolver mientras desistía de pasar a través del agujero y se agachaba para acariciar con la mano otro de los tablones, que empezó a temblar y a doblarse poco a poco.

—Estaba preguntando por ahí cuando me di cuenta de que me seguía un hombre. Comprendí que quien se hubiera llevado a tu tía tendría interés en seguirme, así que regresé a la Ciudadela, di la vuelta una vez más y sin que se diera cuenta...

—Lo seguiste hasta aquí —concluyó Tavi.

Ehren obligó al tablón a doblarse un poco más.

—Nadé bajo el muelle y oí a un par de hombres hablando de los prisioneros. Pensé que podía ser tu tía, así que decidí echar un vistazo.

—Bien hecho, Ehren —le felicitó Tavi.

Ehren sonrió.

—Bueno, ha sido una especie de accidente feliz. Casi estoy.

El tablón crujió y se empezó a mover cuando Kitai siseó:

—La puerta.

Sonó el cerrojo y se abrió la puerta.

Ehren siseó y se dejó caer por el agujero, desapareciendo de la vista, excepto por los nudillos blancos de una mano que sostenía el tablón con su peso.

Tavi se lamió los labios, pensando con rapidez. Si seguía inerte, los guardias no tendrían nada mejor que hacer que darse cuenta de los tablones desaparecidos.

Levantó la cabeza para mirar a Turk. El hombre de pecho ancho llevaba un cuchillo curvado de carnicería, procedente de Kalare, metido en el cinturón. Su mirada era turbia. Detrás de él apareció un hombre delgado y escuálido con la misma ropa de marinero de río, y con otro cuchillo curvado en el cinturón. Era calvo y parecía que lo habían formado con tiras de cuero sin curtir y lleno de nudos... y le faltaba la nariz. El artificio del agua había dejado en lo que quedaba un color rosado y fresco, pero le otorgaba una apariencia esquelética con las cavidades nasales reducidas a un par de cortes oblongos en la cara. Sin duda se trataba de Cardis.

—Bien —exclamó Turk—. Mira eso. El niño está despierto.

—¿Y qué? —gruñó Cardis, que se acercó a la atada y encapuchada Kitai, a la que arrancó la bolsa de cuero, agarró un puñado de cabello y se lo arrancó salvajemente de la cabeza—. El chico me importa un maldito cuervo.

Los ojos de Kitai brillaron con un fuego esmeralda y en el fondo se empezó a elevar algo salvaje y furioso. Su cara mostraba un moretón en la mejilla y la sangre

seca le manchaba de un color marrón oscuro la parte inferior del rostro.

—¡No la toques! —gruñó Tavi.

Cardis descargó contra la cara de Tavi un golpe fuerte y desdeñoso con la mano abierta y se volvió hacia Kitai.

La chica marat miró a Cardis sin inmutarse o emitir ningún sonido. Entonces deslizó lentamente la lengua entre los labios y se lamió la sangre sobre el labio superior, mientras una sonrisa lenta y desafiante le cruzaba la cara.

Los ojos de Cardis se volvieron peligrosos.

—Cardis —le ordenó Turk—, no vamos a hacer daño a ninguno de los dos.

El hombre miró a Kitai y le arrancó otro mechón de cabello.

—Así que no los vamos a marcar. ¿Quién lo va a saber?

—Mis órdenes proceden del viejo cuervo en persona —gruñó Turk—. Si dejas que te cruces en su camino, te matará. Y entonces me matará a mí por no detenerte.

La voz de Cardis se elevó hasta un chillido furioso mientras hacía un gesto hacia su cara.

—¿Has visto lo que me ha hecho esta pequeña zorra? ¿Esperas que me quede tan tranquilo y lo acepte?

—Espero que cumplas las órdenes —le espetó Turk.

—¿O de lo contrario...?

—Ya lo sabes.

Cardis apretó los dientes y sacó el cuchillo.

—Por el día de hoy ya he tragado toda la mierda que podía.

Turk también blandió el cuchillo con los ojos entornados. Miró de reojo a Tavi y entonces sus ojos se fijaron en el suelo detrás de él.

—Malditos cuervos —murmuró—. Mira eso.

Dio un par de pasos y se colocó sobre el agujero en el suelo.

—¿Qué? —preguntó Cardis en un tono menos enfadado.

—Parece como si alguien estuviera intentando...

La cabeza y los hombros de Ehren salieron por el agujero y el pequeño escriba clavó el cuchillo a través de la pesada bota de cuero de Turk y el pie que había dentro hasta hundir la punta en el suelo. Turk dejó escapar un grito de sorpresa e intentó apartarse, pero el pie clavado no le permitió el movimiento y cayó al suelo.

Kitai lanzó de repente un aullido de ira primitiva que heló la sangre en las venas. Su cuerpo se dobló una, dos veces y la silla a la que estaba atada se partió en varias piezas que siguieron sujetas a sus extremidades. Movié un brazo en un arco amplio y golpeó el brazo del cuchillo de Cardis con el pesado brazo de madera que aún llevaba atado a la muñeca. El cuchillo salió disparado de la mano y resonó en el suelo al caer.

Ehren gritó, y el cuarto tablón se soltó solo. Entonces salió del agujero en el suelo y empezó a patear la cabeza de Turk, que consiguió lanzar una torpe cuchillada

contra la pierna de Ehren con el cuchillo curvo, y acertó. Ehren cayó hacia atrás con la pierna incapaz de sostener su peso. Se derrumbó sobre el suelo justo detrás de Tavi, se arrastró hasta coger el cuchillo que había dejado caer Cardis y cortó las ataduras de Tavi a la desesperada.

Tavi vio cómo Turk arrancaba la daga que le empalaba el pie, le daba la vuelta en el aire, lo cogía por la hoja y lo lanzaba contra la espalda de Ehren.

—¡Al suelo! —gritó Tavi.

Ehren no tenía una presencia física imponente, pero el joven escriba era rápido. Se dejó caer al suelo y el cuchillo golpeó inerte contra el respaldo de la silla de Tavi, y cayó al suelo.

Las ataduras de sus brazos se soltaron por fin cuando Turk se precipitaba sobre ellos. Tavi saltó en la silla para girar hacia un lado y después se dejó caer de lado, pero fue demasiado lento y Turk atacó con su cuchillo curvado de Kalare.

Kitai dejó escapar un grito e intentó golpear a Turk. Falló, pero obligó al hombre a agacharse y le concedió a Tavi unos segundos preciosos, que aprovechó para coger el cuchillo de Ehren que estaba en el suelo y se dio la vuelta justo cuando Turk lo agarraba del cabello. El cuchillo bajó como un rayo, pero Tavi bloqueó la cuchillada al interponer su antebrazo ante la muñeca de Turk, mientras que al mismo tiempo cortaba hacia arriba con su cuchillo.

El cuchillo atravesó la parte interior del muslo de Turk y llegó hondo. La sangre empezó a salpicarlo todo.

Kitai agarró a Turk desde atrás y con sus manos entorpecidas atrapó la parte trasera de su cabeza y la punta de la barbilla. Aulló y retorció el cuerpo con un movimiento repentino y salvaje, y le rompió el cuello. Cayó al suelo como un montón de gelatina. Kitai cogió con una mano el cuchillo de Turk, y con la otra le arrancó la camisa que le cubría el pecho, con los ojos salvajes y concentrados en su corazón al bajar el cuchillo y empezar a cortar.

—Kitai —jadeó Tavi, mientras cortaba las ataduras de las piernas—. ¡Kitai!

La cara se levantó hacia él como una máscara terrorífica de rabia y sangre. La sangre goteaba del cuchillo curvado, y los dedos de la otra mano ya estaban metidos en el tajo que había abierto, dispuestos a abrir el cuerpo y sacar el corazón.

—Kitai —repitió Tavi con más tranquilidad—. Escúchame. Por favor. No puedes hacer eso. No hay tiempo.

Ella lo miró, inmóvil, y la luz salvaje en sus ojos empezó a vacilar con incertidumbre.

—Mis piernas —repuso el chico—. No siento las piernas. Necesito que me ayudes a salir de aquí antes de que vengan más.

Sus ojos se entornaron con una anticipación que casi parecía lujuriosa.

—Más. Que vengan.

—No —replicó Tavi—. Nos tenemos que ir. Kitai, tengo que cortar las ligaduras. Dame tu cuchillo —y extendió la mano.

Ella lo miró y pareció que la energía salvaje se empezaba a desvanecer, dejándola jadeante, magullada y cubierta con moratones, pequeños cortes y abrasiones provocadas por las cuerdas. Después de un segundo de vacilación, cogió el cuchillo por la hoja y se lo entregó por la empuñadura antes de arrodillarse a su lado.

—Grandes furias —jadeó Ehren en voz baja—. ¿Es... es una marat?

—Se llama Kitai —respondió Tavi—. Es mi amiga.

Tavi empezó a cortar las cuerdas con toda la suavidad que pudo. Ella simplemente se quedó sentada, esperando con pasividad, con los párpados cada vez más cerrados a medida que la energía salvaje y rabiosa que la había llenado empezaba a abandonarla.

—Ehren —preguntó Tavi—, ¿puedes andar?

El chico parpadeó, asintió y cortó un trozo de tela del borde de su túnica. Le dio varias vueltas a la pantorrilla y la ató.

—Por suerte no tenían furias.

—Quizá sí las tuvieran —replicó Tavi—. Tipos como estos suelen ser artífices de tierra y este almacén se encuentra sobre el muelle. No estaban tocando la tierra. Pero tenemos que salir de aquí antes de que aparezca alguien más. —Se puso en pie y tiró de la mano de Kitai—. Vamos.

Ella se levantó y pareció que no era consciente de lo que le rodeaba.

—Tienes una cuerda con nudos a tu izquierda —indicó Ehren—. Bajad hasta el agua, nadad sin hacer ruido y dirigiros a la costa. Yo voy dentro de un momento.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tavi.

Ehren le respondió con una sonrisa forzada.

—Voy a volver a poner los tablones y ya veremos cómo se explican qué cuervos ha pasado aquí.

—Buena idea —reconoció Tavi—. Muy bien hecho. —Descendió por la cuerda, afirmó los pies en uno de los nudos y se detuvo—. ¿Ehren?

—¿Sí?

—¿Qué hora es?

—No estoy seguro —respondió Ehren—. Pero la luna se está poniendo.

Tavi se quedó helado y se le puso carne de gallina. Empezó a bajar por la cuerda y animó a Kitai para que lo siguiera, desesperado por darse prisa pero obligado a moverse con calma y en silencio, hasta que se hubiera alejado de los asesinos de lord Kalare.

La luna se estaba poniendo.

Los canim iban a por el Primer Señor.

Amara contempló desde la boca de la cueva a los tomados bajo la luz gris de la mañana.

—¿Por qué no avanzan más rápidos? Parece como si quisieran que saliéramos y los matásemos antes de encontrarse en posición.

—Ya lo tendríamos que estar haciendo —murmuró una nueva voz a espaldas de Amara.

—Giraldi —gruñó Bernard—. No deberías estar de pie con esa pierna. Vuelve a descansar con los heridos.

Amara contempló por el rabillo del ojo cómo el centurión cojeaba pesadamente hasta la entrada de la cueva y se colocaba al lado de ella, Bernard y Doroga.

—Sí, señor. Ahora mismo, señor.

Pero encontró un hueco en la pared y se apoyó en ella sin la más mínima intención de ir a ninguna parte, y contempló la línea de batalla enemiga, o al menos eso era lo que parecía.

—Giraldi —repitió Bernard con una advertencia en la voz.

—Si salimos de esta, conde, me podrá degradar por insubordinación, si así se siente mejor.

—De acuerdo.

Bernard forzó una sonrisa e hizo un gesto reticente hacia Giraldi antes de volverse a mirar al enemigo.

Los tomados se habían pasado bastantes minutos formando una columna de la anchura aproximada de la boca de la cueva. La formación aún no se había completado, y las filas delanteras, que todavía no se encontraban al alcance de los arcos, ni siquiera para Bernard y sus caballeros Flora, estaban formadas por los más grandes de los campesinos y legionares tomados, que eran los hombres más jóvenes y fuertes a quienes habían capturado los vord. La reina estaba agachada a la cabeza de la columna, sin moverse, inquietante y sin forma bajo su capa oscura.

—Parece que se preparan para hacer algo rápido y sucio —gruñó Giraldi—. Forman una columna, y nos la van a meter por la garganta.

—Los tomados son muy fuertes —murmuró Doroga—, incluso los tomados aleranos. Y nos superan en número.

—Vamos a establecer la línea de defensa a unos tres metros túnel adentro —indicó Bernard—. Así igualaremos los frentes y reduciremos la ventaja en número. —Con el talón marcó una línea en el suelo de tierra—. Formaremos el muro de escudos a este lado del túnel y dejaremos el otro para Caminante y Doroga.

Giraldi bufó.

—Parece que serán tres escudos de fondo, señor.

Bernard asintió.

—Espadas delante. Lanzas en las otras dos filas. —Hizo un gesto hacia una repisa ligeramente elevada que recorría una de las paredes y que habían utilizado para colocar las mantas para dormir—. Yo estaré allí con los arqueros y dispararemos lo que podamos. No tenemos demasiadas flechas, así que tendremos que ser prudentes. Y los caballeros Terra estarán al nivel del suelo delante de nosotros, dispuestos para ayudar a Doroga o a los legionares si necesitan que se les alivie de la presión.

Giraldi asintió.

—Nueve hombres luchando a la vez. Sugiero la formación de seis escuadrones, conde. Cada uno de ellos se puede ocupar de diez minutos de cada hora. Eso permitirá que estén bastante descansados y que podamos resistir más tiempo.

—Doroga —preguntó Bernard—, ¿estás seguro de que Caminante y tú no necesitáis descansar?

—Caminante no puede bajar mucho más por este túnel —respondió Doroga—. Dadnos un par de minutos de respiro de vez en cuando. Eso es lo máximo que podemos pedir.

Bernard asintió.

—Tendremos que pensar un poco en los artificios que queramos utilizar, Giraldi —empezó Bernard—. Brutus nos sigue ocultando ante Garados. ¿Qué tienen tus hombres que no está en la lista oficial?

—Todos ellos dominan algún artificio del metal, señor —respondió Giraldi—. Tengo un hombre que tiene buena mano con el artificio del fuego. Durante un tiempo fue aprendiz de alfarero y se encargaba de los fuegos. No digo que pueda provocar una tormenta de fuego, pero si disponemos de una trinchera con combustible y una llama baja, es posible que la pueda convertir en una barrera durante algún tiempo. Dos hombres tienen suficiente habilidad con los artificios del viento para levantar un montón de humo y polvo. Me atrevería a decir que tal vez puedan ayudar a la condesa si decide desencadenar otra tempestad de viento. Tenemos un hombre que sabe lo suficiente de los artificios del agua como para ser condenadamente bueno jugando a las cartas, y dice que hay una corriente de agua en el fondo de la cueva que podría sacar si nos quedamos cortos de agua. Y tengo un hombre más que era un bocazas cuando se alistó y ha acabado cavando la mayoría de las letrinas durante unos tres años.

Bernard bufó.

—¿Consiguió controlar la boca?

—No —respondió Giraldi—. Ha conseguido dominar los artificios de tierra lo suficiente como para que ya no le resulten ningún inconveniente. Con vuestro permiso, creo que me ayudará a preparar una segunda línea de resistencia en el interior de la cueva. Una trinchera..., un parapeto de tierra... Nada demasiado

ostentoso. Si lo llegamos a necesitar, no va a salvar a nadie, pero aumentará el precio que tendrán que pagar por nosotros.

—Estupendo —asintió Bernard—. Adelante y...

—No —le interrumpió Amara. Todo el mundo la miró y ella vaciló para encontrar una manera de expresar sus pensamientos en palabras—. Nada de realizar artificios de manera abierta —dijo por fin—. No los podemos utilizar.

—¿Por qué no?

—Porque creo que eso es lo que están esperando —respondió Amara—. Recuerda que los tomados pueden utilizar artificios, pero solo después de que los hayamos hecho nosotros, después de haber puesto en marcha las fuerzas.

—Sí —asintió Bernard—. ¿Y?

—¿Y si están esperando porque no pueden iniciar ningún artificio? —planteó Amara—. Todos sabemos que para iniciar un artificio hacen falta confianza y personalidad. Estos tomados tienen cuerpos aleranos, pero no son aleranos. ¿Y si no pueden usar sus talentos en el artificio de las furias hasta que otros hayan puesto suficientes furias en movimiento?

Bernard frunció el ceño.

—¿Giraldi?

—Me parece muy cogido por los pelos —respondió el centurión—. No pretendo ofenderos, condesa. Me gustaría creerlos, pero nada indica que vuestra suposición sea nada más que eso.

—Por supuesto que lo es —replicó Amara—. Si pueden usar artificios, ¿por qué no lo han hecho? Los artificios de viento o fuego podrían haber vaciado o quemado el aire de esta cueva y nos habrían dejado a todos inconscientes. Un artífice de la madera podría haber hecho crecer las raíces de los árboles que están encima de la cueva y nos habrían podido asfixiar en el polvo, y un artífice de tierra podría haber hecho lo mismo o algo peor. Un artífice del agua podría haber inundado la cueva con esa corriente que siente tu legionare, Giraldi. Sabemos que a los vord les queda poco tiempo para acabar con nosotros y desaparecer antes de que lleguen las legiones. Entonces, ¿por qué no han utilizado los artificios para acabar con rapidez?

—Porque por alguna razón no pueden hacerlo —concluyó Bernard con un gesto afirmativo—. Eso explica por qué no atacaron la pasada noche. Querían que saliéramos para que pudiéramos llamar a nuestras furias de combate y atacarlos. En especial porque los vord creen que aún tenemos un artífice del fuego poderoso. Todos los civiles tomados, quizá con uno o dos caballeros entre ellos, pueden volver toda esa energía contra nosotros y liquidarnos en pocos minutos.

Giraldi gruñó.

—Eso también explicaría por qué están formando con tanta lentitud y donde los podemos ver sin dificultades. Cuervos, si estuviera al mando y tuviéramos de verdad

un artífice del fuego, atacaría ahora mismo, antes de que formaran en orden, con la esperanza de barrerlos de un plumazo.

—Exactamente —reconoció Amara—. Caballeros, se trata de un enemigo inteligente. Si seguimos reaccionando de una manera tan predecible como hasta ahora, nos matarán por ello.

En el exterior, el cielo parpadeó con una luz plateada y el trueno retumbó desde la cima que se alzaba detrás de la cueva. Todo el mundo se calló para mirar hacia arriba y Amara se adelantó un par de pasos fuera de la boca de la cueva para enviar a Cirrus a que investigara en el aire y en el viento.

—Es una tormenta de furias —informó un poco después—. Algo se está formando a una velocidad terrible.

—Garados y Thana —explicó Bernard—. Nunca están contentos cuando nos ven recorriendo su valle.

—La cueva nos puede ofrecer refugio contra los manes del viento —planteó Amara—. ¿Sí?

—Sí —asintió Bernard—. Si duramos lo suficiente. Ni siquiera Thana puede formar una tormenta con tanta rapidez.

—¿Los manes del viento atacarán a los vord?

—Nunca han molestado a mi pueblo —informó Doroga—. Pero quizá no tienen buen gusto.

—Giraldi —ordenó Bernard—, organiza los escuadrones de combate y que los dos primeros ocupen sus posiciones. Haz que aparezca esa corriente de agua y cava ahora mismo la trinchera.

—Pero... —empezó Amara.

—No, condesa. Los hombres necesitarán agua si tienen que luchar, así que lo haremos ahora, antes de que se acerquen más los tomados, y mientras tanto vamos a cavar esa última fortificación. En marcha, centurión.

—Sí, mi señor —asintió Giraldi y cojeó pesadamente hacia el fondo de la cueva.

—Amara —ordenó Bernard—, que los caballeros ocupen sus posiciones en la repisa y que traigan aquí todos los recipientes con agua que puedas encontrar para los combatientes.

—Sí, Su Excel... —Amara se calló, ladeó la cabeza y sonrió a Bernard—. Sí, mi señor esposo.

La cara de Bernard se iluminó con una gran sonrisa y sus ojos centellearon.

—Doroga —llamó.

El jefe marat se acomodó en el suelo entre las patas delanteras de Caminante.

—Yo me quedaré aquí sentado y esperaré a que tu gente haya formado sus filas para luchar.

—No le quites el ojo a la reina —indicó Bernard—. Asegúrate de que no le pasa

la capa a uno de los tomados y lo utiliza como cebo. Llámame si se pone a distancia de tiro de arco.

—Quizá lo haré —asintió Doroga de manera lacónica—. Bernard, para ser el único hombre que ha tenido a una mujer la pasada noche, estás muy tenso.

Amara dejó escapar una risita nerviosa y se le ruborizaron las mejillas. Dio dos pasos hacia Bernard y se acercó para besarlo de nuevo. Él se lo devolvió con una mano sobre la cintura en un gesto de posesión.

Ella se retiró del beso poco a poco, y lo buscó con la mirada.

—¿Crees que podremos resistir?

Bernard empezó a hablar, pero se detuvo y bajó la voz hasta convertirla en poco más que un susurro.

—Durante algún tiempo —prosiguió en voz muy baja—. Pero nos superan en número, y el enemigo no le tiene miedo a la muerte. Los hombres acabarán heridos y cansados. Las lanzas y las espadas se partirán. Pronto nos quedaremos sin flechas. Y no estoy tan seguro de que el hombre de Giraldi pueda conseguir el agua. Con el uso de las furias podríamos resistir muchas horas. Sin ellas... —Se encogió de hombros.

Amara se mordió el labio.

—¿Crees que las tendríamos que usar a pesar de todo?

—No —respondió Bernard—. Has defendido bien tu punto de vista, Amara, y creo que te has dado cuenta de algo que los demás no hemos visto. Eres una mujer condenadamente aguda, que es una de las razones por las que te quiero. —Le sonrió antes de seguir—. Quiero que tengas algo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Se trata de una vieja costumbre de las legiones —explicó en voz baja y se quitó el grueso anillo de plata con la piedra verde que llevaba en la mano derecha—. Sabes que los legionares no tienen permiso para casarse.

—Y que la mayoría de ellos están casados —completó Amara.

Bernard sonrió y asintió.

—Este es mi anillo de servicio, que señala mi paso por la Cuarta Legión Rivana. Cuando un legionare tiene una esposa que se supone que no tiene, le entrega su anillo para que se lo guarde.

—No lo podré llevar nunca —replicó Amara con una sonrisa—. No es lo suficientemente grande para mi muñeca.

Bernard asintió, y sacó del bolsillo una fina cadena de plata. La pasó por el anillo y colocó el collar alrededor de su cuello, cerrándolo con una destreza sorprendente en un hombre tan grande.

—Así que el soldado cuelga el anillo de una cadena como esta —siguió explicando—. No se trata de una alianza nupcial, pero él sabe lo que significa y ella también.

Amara tragó saliva y eliminó con un parpadeo las lágrimas que amenazaban con inundarle los ojos.

—Estaré orgullosa de llevarlo.

—Yo estoy orgulloso de ver que lo llevas —replicó Bernard en voz baja y le apretó la mano mientras miraba detrás de ella cómo empezaba a caer una ligera llovizna—. Quizá les afecte a la moral.

Amara esbozó una media sonrisa.

—Es una lástima que no tengamos otros treinta caballeros Aeris. Con ese número podría hacer algo con esta tormenta.

—Tampoco me importarían otros treinta o cuarenta artífices de tierra y metal —añadió Bernard—. Oh y quizá media legión para que les sirviera de apoyo. —Su sonrisa desapareció y sus ojos se entornaron mientras miraba hacia los vord—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Estarán aquí en un momento.

Amara le apretó la mano con fuerza antes de entrar deprisa en la cueva para reunir a los caballeros, mientras los legionares veteranos de rostros sombríos se empezaban a poner en pie con las armas y la armadura preparadas, y formaban las filas en silencio y sin vacilar. Giraldi pasó cojeando, utilizando un escudo como muleta improvisada, repartiendo órdenes en voz baja y apretando un cierre allá y un cinturón torcido aquí. Dividió la centuria según sus «lanzas», las filas individuales, y ordenando cada fila en sus escuadrones. Los hombres del primer escuadrón avanzaron en perfecto orden hacia la parte delantera de la cueva, mientras que los demás formaron detrás de ellos, dispuestos a avanzar si era necesario.

Amara reunió a los caballeros, colocó a los arqueros en la repisa elevada y dispuso a los cuatro caballeros Terra que quedaban en el suelo delante de ellos. Cada uno de los grandes hombres iba cubierto con su pesada armadura y blandía las armas monstruosamente pesadas que solo podían mover fuerzas ayudadas por las furias. Cuando esos hombres penetrasen en las filas sin armadura de los tomados, se iba a producir una carnicería.

Volvió a retumbar un trueno, que hizo temblar la cueva, y detrás de él se levantó un aullido fantasmal que atravesó el aire matinal y que envió escalofríos de puro miedo que recorrieron la espalda de Amara, a la que se le secó la boca y se subió a la repisa elevada para ver algo.

En el exterior, la fila de tomados se había puesto en marcha, acercándose con rapidez a la cueva. Era una visión terrorífica. Hombres, mujeres e incluso niños, vestidos con prendas aleranas y uniformes de las legiones, toda la ropa manchada, retorcida, rasgada y sucia, sin que hicieran ningún esfuerzo para acomodarla correctamente. Las caras se veían sin expresión a través de la lluvia, los ojos sin fijarse en nada, pero se movían al unísono de una manera perfectamente inhumana, paso a paso, y cada uno de ellos llevaba armas en las manos, aunque solo fuera un

palo largo.

—Furias —jadeó uno de los legionares—. Mirad eso.

—Mujeres —dijo otro hombre—. Niños.

—Mirad sus ojos —ordenó Amara, con volumen suficiente para que la oyeran todos los que tenía alrededor—. Ya no son humanos. Y os matarán si les dais la oportunidad. Caballeros, no os equivoquéis, estáis luchando por vuestras vidas.

La reina acompañó a la fila delantera hasta que llegaron a distancia de tiro de arco, momento en que dejó que la superase el extremo más alejado de la columna, desapareciendo de la vista a causa de las filas de tomados. Desde detrás de la columna volvió a surgir esa llamada inquietante, que hizo que Caminante se levantase del suelo, flexionase sus enormes garras y respondiese con su retumbante bramido de guerra.

Bernard se acercó desde el fondo de la cueva y saltó a la repisa con el gran arco en la mano.

—Hombres, os alegrará saber que tenemos un montón de agua potable, gentileza de Rufus Marcus, y solo tiene un sabor ligeramente raro.

Una oleada de carcajadas ahogadas recorrió las filas de los legionares dispuestos para el combate y surgieron un par de gritos:

—¡Bien hecho, Rufus!

En el exterior, la columna de tomados con los ojos vacíos siguió acercándose a un ritmo constante a través de la lluvia.

—Ahora con cuidado —indicó Bernard—. Fila delantera, mantened firme el escudo, no descuidéis el trabajo con las espadas y no seáis codiciosos con las lanzas. Segunda fila, si cae un hombre, no lo retiréis, eso es misión de la tercera fila. Poned vuestros escudos en su lugar.

El paso constante de cientos de pies golpeando al unísono se hizo cada vez más fuerte, y Amara sintió que el corazón se le volvía a acelerar.

—¡Si podéis, evitad que se acerquen! —gritó Bernard por encima del ruido—. ¡Todos son más fuertes de lo que parece! Y por las grande furias, que ninguno de vuestros golpes alcance a nuestros aliados auxiliares.

—Esos somos solo tú y yo —le murmuró Doroga a Caminante—. Pero nos llaman aliados auxiliares.

El gargante bufó y otra oleada de carcajadas contenidas recorrió a los legionares.

El ruido de los pasos se hizo más fuerte.

Y cientos, o miles, de cuervos pasaron como una flecha por encima de la colina que se veía desde la boca de la cueva, formando una nube repentina, enorme y bulliciosa.

—Cuervos —jadearon muchas veces al unísono en un susurro, entre ellas la de Amara.

Los pájaros oscuros siempre sabían cuándo se iba a producir una matanza.

Los cuervos chillaron.

Retumbó el trueno.

Los pies conmovieron la tierra.

Doroga y Caminante bramaron juntos.

Los aleranos se unieron al grito.

Y en ese momento la primera fila de los tomados levantó las armas, entró en la cueva y se precipitó contra una muralla de escudos de las legiones y hojas frías.

Tavi ya había cometido tantas locuras por una noche que decidió que robar tres caballos no iba a cambiar significativamente la pena que le caería cuando por fin recibiese la atención oficial que iba a caer sobre él sin remedio. Había una cuadra llena de caballos de montar que habían traído desde todos los alrededores de la capital, e incluso de lugares tan lejanos como Placida y Aquitania.

Al poner el pie en la propiedad se reveló la presencia de una furia de tierra poco amistosa y Ehren les avisó de que estaba de guardia una furia de viento alrededor de la cuadra. Tavi y Kitai, no sin cierta satisfacción algo engreída, utilizaron los métodos que le había enseñado Kitai para entrar en la cuadra lo mismo que habían hecho en la prisión. Solo tardaron unos instantes en eludir las furias, abrir las cerraduras y liberar caballos y arreos en la oscuridad silenciosa de las cuadras. Tavi y Kitai salieron a caballo, llevando otro para Ehren, que saltó a la silla cuando salieron del recinto. Se encontraban a media manzana de distancia cuando las lámparas de furia alrededor del establo atracado empezaron a parpadear y aunque el propietario intentó dar la alarma, sus intentos se confundieron en medio del alegre caos del Final del Invierno.

—¿Me has comprendido, Ehren? —le preguntó Tavi, que mantenía los caballos a medio galope o al menos a un trote rápido mientras atravesaban las calles de la ciudad, intentando encontrar la vía más rápida para volver a la Ciudadela—. Es muy importante que le repitas lo que te he dicho, palabra por palabra.

—Que sí, que ya lo sé —le aseguró Ehren—. Pero ¿por qué? ¿Por qué precisamente ella?

—Porque el enemigo de mi enemigo es mi amigo —respondió Tavi.

—Eso espero —asintió Ehren.

El escriba consiguió mantenerse a caballo, lo que no era una gesta pequeña teniendo en cuenta el dolor de la herida en su pierna. El medio galope le resultaba más cómodo, pero el trote saltarín que mantenían la mayor parte del tiempo debía de ser una verdadera tortura.

—Lo conseguiré —aseguró—. Os estoy retrasando. Seguid sin mí.

Tavi ladeó la cabeza.

—¿No quieres saber lo que vamos a hacer?

—Está claro que se trata de un asunto del Primer Señor. Soy un estudioso, Tavi, no soy ciego. Es obvio que te ha tenido muy cerca desde que empezó el Festival. —El rostro de Ehren palideció y se aferró a la silla—. Mira, vete. Ya me lo contarás más tarde. —Esbozó una media sonrisa—. Si te dejan.

Tavi se detuvo el tiempo suficiente para inclinarse en la silla y ofrecerle la mano a Ehren. Se dieron un fuerte apretón y Tavi se dio cuenta de que el apretón de Ehren, sin tener la fuerza aplastante de la zarpa de Max, se podía igualar a la de él mismo.

No había sido el único que había ocultado cosas a los demás cursores.

Ehren se separó en el paseo de los Jardines, mientras Tavi y Kitai espolearon a sus caballos para seguir adelante. Tavi apretó los dientes ante el galope suicida con la esperanza de que nadie estuviera demasiado lleno de licor (o licores) festivos para interponerse en su camino.

Kitai se comunicaba con sonidos cortos y gestos secos desde que habían abandonado el almacén. Parecía bastante despierta, pero seguía a Tavi sin hacer ningún comentario y este vio que se estaba mirando las manos con ojos extenuados.

Giraron hacia el tramo final que conducía a las puertas de la Ciudadela, una calzada larga flanqueada a los dos lados por altas murallas de piedra desde las que se podían lanzar todo tipo de horrores sobre un ejército invasor, como si cualquier fuerza fuera capaz de acercarse a la capital del Reino. Cada pocos pasos se alzaban pesadas estatuas de piedra negra a ambos lados de la calzada. Se trataba de unas criaturas extrañas y en parte humanas que en los escritos más antiguos se denominaban «esfinges», aunque en Alera no se había visto nunca nada parecido y los historiadores consideraban que era una especie extinguida o directamente una falsificación. Pero cada una de las estatuas representaba un peligro muy real para los enemigos del Reino, así como una legión de furias de tierra unidas a estatuas de piedra repartidas por toda la Ciudadela y bajo el mando directo del Primer Señor en persona. Se decía que una sola gárgola podía destruir una centuria de infantería alerana antes de que la pudieran derribar... y la Ciudadela disponía de cientos de ellas.

Por supuesto, no iban a acabar con nada sin que el Primer Señor las liberase de su inmovilidad. Tavi apretó los dientes y tiró de las riendas del caballo, frenando al animal hasta un trote suave, y Kitai siguió su ejemplo.

—¿Por qué vamos más despacio? —murmuró.

—Este es el tramo final hasta las puertas —le explicó—. Si llegamos a galope tendido en la oscuridad, los guardias y las furias intentarán detenernos. Será mejor que te pongas la capucha. Yo tengo la contraseña para que podamos entrar en la Ciudadela, pero no nos dejarán si te ven.

—¿Por qué no usamos los túneles? —preguntó Kitai.

—Porque los vord pululan por ahí abajo —respondió Tavi—. Y por lo que sabemos, es posible que los hombres de Kalare sigan vigilando los túneles como antes. Estarán controlando algunas de las principales intersecciones y si los tenemos que evitar tardaremos horas en abrirnos camino.

Kitai se puso la capucha.

—¿No te puedes limitar a explicarles a los guardias lo que está pasando?

—No me atrevo —reconoció Tavi—. Debemos dar por hecho que el enemigo está vigilando el palacio. Si intento dar la alarma, es posible que tarde en convencerlos un

tiempo que no tenemos, y estoy seguro de que no me dejarán llegar hasta el Primer Señor hasta que todo esté controlado. En cuanto salte la alarma, el enemigo se dará prisa en atacar, y el Primer Señor no estará sobre aviso.

—Es posible que no te crean —reconoció Kitai con un tono desaprobatorio—. Todo este concepto de la falsedad en tu pueblo hace que todo sea mucho más complicado de lo necesario.

—Si, es cierto —reconoció Tavi.

La respiración de los caballos se convertía en vaho con el aire nocturno y las herraduras de hierro de sus cascos resonabas sobre las piedras del camino de acceso, hasta que llegaron ante los portones de la Ciudadela.

Un centurión de guardia les dio el alto desde encima de la entrada.

—¿Quién va?

—Tavi Patronus Gaius de Calderon y compañía —respondió Tavi—. Tenemos que entrar de inmediato.

—Lo siento, chico, pero tendrás que esperar a la mañana como todo el mundo —respondió el centurión—. La puerta está cerrada.

—El invierno se ha acabado —replicó Tavi—. Responde.

Se produjo un segundo de silencio sorprendido.

—El invierno se ha acabado —volvió a gritar Tavi, esta vez en voz mucho más alta—. Responde.

—Incluso el verano muere —respondió el centurión—. Malditos cuervos, muchacho. —Su voz se alzó para gritar una orden—. ¡Abrid las puertas! ¡Vamos, vamos, vamos! ¡Osus levanta tu culo ocioso de la silla y avisa a los puestos de guardia de la llegada de los mensajeros!

Las grandes puertas de hierro se abrieron con un leve gruñido de metal y Tavi espoleó al caballo para que pasase bajo la arcada de entrada y penetrase en la ciudad dentro de la ciudad que era la Ciudadela. Los dos primeros niveles de la Ciudadela estaban destinados al alojamiento de la Guardia Real y de la Legión de la Corona, y la cantidad enorme de personal que se necesitaba para el buen funcionamiento del palacio, la Sala del Senado y la Sala de los Señores. La calle se dirigía en línea recta hasta alcanzar la base del tercer nivel y a partir de allí se convertía en una rampa zigzagueante hasta alcanzar el piso superior, donde se enderezaba de nuevo hasta llegar al nivel superior en el que se encontraban el Senado, los Señores y la Academia.

Tavi los atravesó todos hasta alcanzar la última rampa fortificada. Los guardias que vigilaban el principio y el final de la rampa les indicaron que podían seguir sin detenerlos, y Tavi tiró con fuerza de las riendas del caballo ante las puertas del palacio, que se abrieron antes de que pudiera desmontar. Kitai lo siguió con rapidez.

Varios guardias se adelantaron y dos de ellos se hicieron cargo de los caballos,

mientras que el centurión de guardia saludó a Tavi con un gesto de la cabeza, aunque sus ojos no dejaban de mostrarse recelosos.

—Buenas noches. Acabo de recibir la novedad desde las puertas de la Ciudadela de que viene un cursor con noticias sobre una amenaza contra el Reino.

—El invierno se ha acabado —replicó Tavi—. Responde.

El centurión frunció el ceño.

—Sí, ya sé. Estás usando la contraseña personal del Primer Señor. Pero no me dejo de preguntar qué cuervos crees que estás haciendo, Tavi. ¿Y quién es este? —Miró a Kitai e hizo un ligero movimiento con la muñeca, de manera que se levantó una ligera ráfaga de viento que retiró la capucha del rostro de Kitai, apareciendo sus ojos rasgados y el cabello pálido.

—Cuervos —maldijo uno de los guardias y rechinó el acero contra el acero cuando media docena de espadas salieron de sus fundas.

En un instante, Tavi se vio enfrentado a un círculo de espadas brillantes y soldados de guardia que estaban dispuestos a utilizarlas. Sintió cómo Kitai se ponía tensa a su lado y su mano se deslizaba hacia el cuchillo que llevaba en el cinturón.

—¡Tira el cuchillo! —ladró el centurión.

Las guardias se tensaron a punto de atacar y Tavi sabía que solo tenía unos segundos para encontrar una manera de detenerlos.

—Alto ahora mismo —gritó Tavi—. Al menos que preferáis explicar al Primer Señor por qué sus guardias asesinaron al embajador marat.

El silencio cayó sobre la escena. El centurión levantó la mano izquierda, lentamente, con los dedos abiertos y los guardias abandonaron sus posiciones de combate, aunque no enfundaron las espadas.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el centurión.

Tavi respiró hondo para conseguir un tono tranquilo.

—Caballeros, esta es la embajadora Kitai Patronus Calderon, hija de Doroga, jefe de los sabot-ha, líder de los marat. Acaba de llegar a la capital y mis órdenes son escoltarla de inmediato hasta palacio.

—No sé nada de eso —replicó el centurión—. ¿Una embajadora?

—Centurión, te he dado mi contraseña y he explicado más de lo que debía. Déjanos pasar.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó.

—Escúchame bien —respondió Tavi, bajando la voz—. El ayudante del embajador Varg se ha pasado los últimos seis meses escondiendo guerreros canim en las Profundidades. Mientras hablamos, al menos una veintena de ellos están de camino hacia la cámara de meditación del Primer Señor para matarlo.

El centurión se quedó con la boca abierta.

—¿Qué?

—Es posible que haya espías en palacio, así que quiero que reúnas a todos los hombres que puedas sin hacer demasiado ruido y te dirijas a la escalera que conduce a la cámara de meditación.

El centurión negó con la cabeza.

—Tavi, solo eres un paje. No creo que...

—No pienses —le cortó Tavi—. No preguntes. No hay tiempo para eso. Si quieres que el Primer Señor viva, hazlo.

El hombre se lo quedó mirando, claramente sorprendido por el tono de autoridad. Tavi no podía perder más tiempo con el centurión. Había que avisar a los soldados en los puestos de guardia en la escalera y se encontraban a demasiada profundidad dentro de la montaña para que se pudiera hacer mediante un artificio de viento, así que se dio la vuelta y entró corriendo en el palacio.

—¡Hazlo! ¡Deprisa! —gritó mientras miraba hacia atrás.

Subió el tramo de anchos escalones de mármol que conducía al interior del palacio, penetró en un vestíbulo culminado por una rotonda del tamaño de la cima pequeña de una montaña, giró a la derecha y corrió a través de las salas tenuemente iluminadas. Le pareció que tardaba una eternidad en llegar a la escalera y sentía verdadero pánico de que pudiera llegar tarde. Abrió de golpe la puerta que daba al primer cuerpo de guardia con el corazón en la boca.

Cuatro guardias, que estaban jugando a las cartas, se pusieron de pie de un salto, tirando al suelo monedas y cartas que se encontraban sobre la mesa, y blandieron sus armas. Dos hombres más, uno afilando una hoja y el otro remendando una túnica rasgada, también se pusieron en pie con las armas en las manos.

El centurión Bartos abrió una puerta y salió de las letrinas con la espada en una mano, mientras que con la otra se aguantaba los pantalones. Se quedó mirando a Tavi antes de que se oscureciera la cara para desencadenar un enfado monumental.

—Tavi —bramó—. ¿Qué es todo esto? —Pasó la mirada de Tavi a Kitai—. ¿Una marat? ¿Aquí? ¿Estás loco?

—El invierno se ha acabado —recitó Tavi—. Responde. No, espera, no te molestes, no hay tiempo. Centurión, más de veinte canim vienen hacia aquí mientras hablamos. Vienen a matar a Gaius.

En cuanto pronunció las palabras, un chillido de dolor y terror resonó por la sala que tenía detrás. El corazón le dio un vuelco y se dio la vuelta de inmediata con los ojos muy abiertos y el cuchillo en la mano, aunque no se había dado cuenta de que lo había sacado.

—¿Ese no era Joris? —murmuró uno de los guardias—. Sonaba como Joris.

Otro chillido, esta vez más cerca y más alto, resonó también a través de las salas y fue seguido por unos balbuceos y aullidos que cesaron de repente. Entonces, desde la dirección del Salón Negro, una forma enorme y delgada giró la esquina al final de la

sala con una agilidad lobuna. Se agachó con toda la cara escondida bajo la profunda capucha de su capa, excepto el morro del cane. La sangre le goteaba de la nariz, del morro y de los colmillos. El cane estaba manchado de escarlata y su espada de acero carmesí relucía húmeda. Se quedó quieto durante un momento y entonces apareció otro cane, seguido de otro y otro más. Avanzaron con sus pasos aparentemente ociosos y engañosamente rápidos, y la sala se llenó de silenciosos guerreros canim.

Las campanas de alarma de la Guardia Real empezaron a resonar por toda la Ciudadela.

Bartos se quedó al lado de Tavi durante un segundo, mirándolos con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Grandes furias misericordiosas —susurró, antes de girar la cabeza y gritar—: ¡Escudos! ¡Preparaos para el combate!

Tavi agarró la puerta de hierro y la cerró, pasando los tres pesados cierres para atrancarla. Los guardias se pusieron los yelmos, se colgaron los escudos y despejaron una zona alrededor de la puerta para dejar espacio para luchar. Tavi y Kitai se retiraron hacia el extremo más alejado de la habitación, donde empezaba la escalera para bajar.

—Tavi —gruñó Bartos—, baja hasta el siguiente cuerpo de guardia y diles que suban. Después ve a buscar al Primer Señor. La puerta debería aguantar hasta que esté aquí y después lo sacaremos...

Se produjo un ruido como de un trueno y un crujido de metal cuando arrancaron los pesados cierres y bisagras, y la resistente puerta de hierro cayó al suelo, aplastando al centurión Bartos debajo de ella.

La sangre salpicó toda la habitación, golpeando a Tavi como si fuera una ráfaga de lluvia caliente. El metal retorcido de cierres y bisagras brillaba de un color rojo anaranjado a causa del calor del impacto.

El jefe de los cane con el morro ensangrentado y con una de sus manos parecidas a garras convertida en una masa tumefacta, traspasó la puerta con una gracia letal y golpeó al guardia más cercano. Los guardias no vacilaron más que durante un latido de pánico, pero en ese segundo otro cane entró por la puerta. Los guardias formaron una línea delante de los canim con sus escudos un poco más pequeños que los habituales de las legiones y sus espadas reluciendo con un brillo letal.

Uno de los guardias golpeó al cane más cercano con una estocada prácticamente invisible con la velocidad que le daban las furias. La espada se hundió en el vientre del cane, pero pareció que el cane tomado no se daba cuenta y su respuesta casi arrancó la cabeza del guardia de sus hombros antes de que el hombre pudiera retirar la espada y levantar el escudo. Otro guardia recibió un golpe de arriba abajo sobre el escudo levantado, que solo pudo resistir gracias a la fuerza que le proporcionaban las furias, y lanzó su gladio en un golpe hacia arriba que alcanzó el brazo del arma del

cane varios centímetros por encima de la muñeca, cortándola limpiamente, de manera que mano y espada salieron volando por el aire.

El cane ni siquiera parpadeó. Simplemente lanzó el muñón de su brazo contra el escudo del guardia con tanta fuerza que lo envió al suelo y saltó sobre él con las fauces abiertas. El guardia cayó e intentó interponer desesperadamente el escudo entre su cuello y los dientes del cane. La mano de Kitai fue un borrón al sacar su cuchillo y lanzarlo todo en el mismo movimiento. La hoja giró en el aire y se hundió en el ojo izquierdo del cane. El cane sufrió un espasmo, quizá de dolor, y en ese momento el hombre al lado del guardia caído atravesó limpiamente el cuello del cane, y le cortó la cabeza.

Pero más canim atravesaban la puerta, lo que hacía que los guardias tuvieran que retroceder. Cada paso les dejaba más sitio a los cane para atacar, y ahora había tres en lugar de dos luchando contra los guardias. Tavi se dio cuenta de que la disparidad en número y fuerza física no permitiría que los guardias resistieran durante demasiado tiempo.

—¡Vete! —gritó otro de los guardias—. ¡Avisa al Primer Señor!

Tavi, con el corazón desbocado a causa del miedo, asintió y se dio la vuelta para bajar por la larga escalera a la carrera, seguido de cerca por Kitai.

Los gritos les siguieron por la escalera. Gritos de rabia y desafío se mezclaban con chillidos de dolor y con el repiqueteo de acero contra acero. Poco antes de llegar al segundo puesto de guardia, Tavi casi atropella a un guardia que subía por la escalera con gesto preocupado.

—Tavi —lo reconoció el guardia—. ¿Qué pasa ahí arriba?

—Canim —jadeó Tavi—. Intentan llegar hasta el Primer Señor.

—Cuervos —maldijo el guardia—. ¿Bartos los está deteniendo?

—Bartos ha muerto —informó Tavi con tono amargo—. Ahí arriba va mal, pero ha sonado la alarma. Si resisten, pueden mantener a los canim en el vestíbulo hasta que lleguen los refuerzos, pero si los canim consiguen llegar a la escalera...

El guardia asintió y sus ojos se posaron en Kitai.

—Ella viene conmigo —anunció Tavi de inmediato.

El guardia dudó, pero entonces asintió con un gesto seco, regresó al puesto de guardia y empezó a gritar órdenes para que los hombres se preparasen y subieran al piso superior. Tavi se apartó de su camino y siguió hacia abajo, mientras los leves sonidos de la batalla y de la alarma se fueron difuminando hasta quedar en silencio cuando llegaron al fondo. Tavi atravesó corriendo la antecámara para entrar en la cámara de meditación.

Gaius seguía tendido como antes, sin moverse, con Fade agachado a su lado. Max estaba estirado en el camastro en la misma posición que le había dejado Tavi, más inconsciente que dormido. Cuando Tavi atravesó la puerta, el maestro Killian se puso en pie con un solo movimiento, aferrando con fuerza su bastón. Sir Miles se levantó del escritorio con la espada en la mano.

—¡Marat! —gruñó Miles y saltó hacia delante con la espada extendida.

—¡No! —gritó Tavi.

Kitai se agachó por debajo de la estocada, se quitó la capa de los hombros y la lanzó en un arco amplio contra sir Miles, como si fuera una red. El soldado la cortó en el aire, pero en ese tiempo, Kitai salió de la sala de vuelta a la escalera, donde se agachó en una pose felina con los ojos brillantes y sin miedo.

Tavi se interpuso entre Miles y la puerta.

—¡Está desarmada! —gritó—. Sir Miles ella no es el enemigo.

—Miles. —La voz de Killian restalló como un látigo—. Quieto.

Sir Miles, con uno ojos llenos de odio, se detuvo, pero no dejó de mirar a Kitai.

—Tavi —prosiguió Killian—, supongo que esta ha sido tu compañera en la fuga de Maximus de la cárcel.

—Sí, maestro —reconoció Tavi—. Es Kitai, la hija del jefe marat, Doroga. Y mi amiga. Si no me hubiera ayudado esta noche, Max seguiría en prisión y yo estaría

muerto. Pero no tengo tiempo para hablar de todo esto.

La cara de Killian se ensombreció a causa de la ira, pero Tavi casi pudo ver cómo se obligaba a conservar la calma.

—¿Por qué?

—Porque veinte canim están bajando por la escalera para matar al Primer Señor —explicó Tavi, intentando que la satisfacción reivindicativa que sentía no se mostrase en su voz—. Se ha dado la alarma, pero ya estaban en el primer cuerpo de guardia cuando bajamos. El centurión Bartos ha muerto, y no creo que los puedan retener durante demasiado tiempo en la escalera.

Miles lanzó una maldición encolerizada y emprendió camino hacia la puerta.

—No, Miles —ordenó Killian.

—Los hombres están en peligro —gruñó el capitán.

—Como el Primer Señor —replicó Killian—. Saldremos juntos. Miles, tú vas delante. Tavi, despierta a Max. Él será el siguiente. Fade y tú colocad a Gaius sobre el camastro de Max y cargad con él.

Tavi cruzó la habitación hasta donde se encontraba su amigo antes de que Killian terminase de hablar y se limitó a agarrar un lado del camastro y tirar a Max al suelo. El joven aterrizó en el suelo con un gruñido y consiguió despertarse.

—Oh —exclamó—. Eres tú.

—Max, en pie —ordenó Tavi en voz baja—. Consigue una espada. Unos guerreros canim están bajando por la escalera.

Cogió el camastro y lo arrastró hacia la cama, donde Fade se puso en pie y levantó a Gaius sin ningún esfuerzo. El esclavo lo colocó en el camastro y colocó sábanas sobre el anciano. Tavi levantó la vista y vio que Fade llevaba su espada colgada del cinturón, aunque quedaba casi totalmente tapada por la caída de su sobreveste larga y andrajosa.

Max se puso en pie, se colocó la ropa y murmuró.

—¿Dónde hay una espada?

—En la antecámara —respondió Killian—. Cajón inferior del gabinete de licores. Es la de Gaius.

Max se detuvo.

—Si me concedéis un minuto, puedo transformarme. Es posible... Quiero decir que si están aquí por Gaius y creen que lo tienen... —Dejó que su voz se difuminase.

La expresión de Killian era pétrea, y asintió.

—Hazlo.

—De acuerdo —aceptó Max antes de intercambiar una mirada con Tavi que no pudo ocultar su miedo y entonces salió a la antecámara.

Tavi se entretuvo un momento para coger la manta de la cama. Quería colocarla sobre el Primer Señor inconsciente. Después la estiraría con fuerza y la fijaría para

conseguir que el anciano no se moviese del camastro en caso de que se produjesen movimientos bruscos.

—Estamos listos para trasladarlo —anunció Tavi en voz baja.

—Muy bien —asintió Killian—. ¿Maximus?

Tavi y Fade cargaron con el camastro y salieron de la cámara de meditación. Se detuvieron y oyeron un leve quejido antes de que Max, con la apariencia de Gaius, apareciera en el quicio de la puerta. Llevaba en la mano la espada larga y pesada del Primer Señor.

—Listo —anunció, aunque su voz seguía siendo la de Maximus, que frunció el ceño, tosió un par de veces con la mano en la garganta y, esta vez con la voz de Gaius, repitió—: Listo. No estoy seguro de que pueda utilizar muchos artificios, maestro.

—Haz lo que puedas —lo tranquilizó Killian en voz baja.

Kitai emitió un siseo desde la escalera con sus ojos fijos en los escalones superiores. Sin pensar realmente en ello, Tavi extrajo el cuchillo del cinturón y se lo lanzó. Ella miró de reojo, lo agarró por el mango al acercarse y lo colocó en una posición de combate baja, sin apartar los ojos de la escalera.

Killian ladeó la cabeza un segundo más tarde y sus ojos ciegos se entornaron.

—Buenos oídos, muchacha —murmuró—. Miles.

El capitán se deslizó al lado de Kitai y se agachó con la espada dispuesta unos escalones por encima de ella. Entonces apareció algo por la esquina y Miles se puso en pie con la espada en la mano. Se produjo un relampagueo de acero, el sonido de la lucha y un grito asustado.

—Prios —gruñó Miles—, hombre, soy yo. Tranquilo, tranquilo.

Miles bajó ayudando a un guardia herido. Prios era un hombre de estatura y constitución medianas, que era más conocido por su buen ojo que por su manejo de la espada. El brazo derecho le colgaba inerte y cubierto de sangre, y había perdido el yelmo. Una herida hacía que se le pegase el cabello al cuero cabelludo en el lado izquierdo de la cabeza. Blandía la espada con la mano izquierda y estaba pálido.

Disimuladamente, Tavi acomodó una sábana para tapar la mayor parte de la cara de Gaius. Se produjo un momento de silencio, hasta que Killian le dio un codazo a Max.

Max tosió de nuevo.

—Informa guardia. ¿Qué está ocurriendo?

—Están locos —jadeó el guardia—. Locos, señor. No se molestan en defenderse. No hacen caso de unas heridas que los deberían dejar tendidos en el suelo. Es como si no les preocupase el vivir o no.

Max colocó una mano sobre el hombro del hombre.

—Prios, necesito que me informes sobre la situación táctica.

—S-sí, mi señor —jadeó el guardia—. Los canim nos han expulsado del primer cuerpo de guardia y algunos de ellos están resistiendo allí contra los refuerzos. Al menos una docena más están bajando. Mi brazo bueno está inservible y Karl el Rojo es el lanza más veterano. Me ordenó que me dirigiera al segundo cuerpo de guardia, atrancase todas las puertas detrás de mí y bajara a informarle, mi señor.

Tavi pensó que eso significaba que los guardias en la escalera se acababan de encerrar con los canim y habían entregado sus vidas en un esfuerzo por dar un poco de tiempo al Primer Señor. Max inhaló con fuerza y miró a Killian.

—Entonces están perdidos, y lo saben.

—Mi señor —intervino Miles—. Si los podemos detener en el segundo cuerpo de guardia, tendremos más posibilidades de vencerles. Tendrán que entrar por la puerta y lucharemos sobre terreno llano en lugar de la escalera.

—De acuerdo —asintió Max—. Adelante.

Miles asintió con un gesto seco y empezó a subir por la escalera, seguido de Prios, Max y Killian. Cuando el maestro puso un pie en la escalera, se detuvo y ordenó:

—La chica marat irá la última.

Fade le lanzó una mirada a Tavi antes de emprender la subida de la escalera, cargando con el camastro sin ningún esfuerzo aparente. Tavi tuvo que gruñir y esforzarse durante un momento cuando el peso recayó en él, pero mantuvo nivelado su extremo y siguió el paso de Fade.

Kitai se colocó detrás de él.

—¿La hechicería de tus guerreros no los puede quemar? —siseó.

Tavi gruñó y jadeó, respondiendo mientras subía.

—No se atreven en un espacio tan cerrado. Un artificio de fuego engulliría la mayor parte del aire y calentaría el resto hasta que nos quemase en los pulmones. Y estamos a tanta profundidad que un artificio de tierra podría derrumbar el techo y un artificio de viento sería tan débil que no tendría ninguna utilidad. Tenemos que luchar.

—Silencio —bufó Miles.

Tavi apretó los dientes y se concentró en mantener el extremo del camastro nivelado y seguir adelante. Cien escalones más tarde, los brazos y los hombros de Tavi le empezaron a temblar y a doler, pero Kitai se colocó a su lado en la escalera.

—Deja que coja esta punta —sugirió.

Demasiado cansado para discutir, Tavi apartó la mano para que Kitai pudiera cargar con la mitad del peso y siguieron hacia arriba.

—Alto —llegó una orden en voz baja desde la escalera—. Estamos cerca. Esperad.

Tavi oyó las botas de Miles en los escalones antes de que todo quedase en

silencio. Un momento después, les llamó Miles.

—Todo despejado en el segundo cuerpo de guardia. Las dos puertas siguen en pie. Deprisa.

Reemprendieron la marcha y entraron en el cuerpo de guardia.

—Apartaos de la puerta —avisó Tavi a Miles—. La otra la derribaron de un solo golpe y mataron al centurión Bartos.

Miles miró a Tavi, se colocó a un lado de la puerta de hierro, colocó una mano sobre ella y cerró los ojos. Se oyó un murmullo muy bajo. Miles frunció el ceño con los ojos cerrados.

—Sire, recomiendo que hagamos todo lo que podamos para reforzar este acero antes de que lleguen los canim.

—Por supuesto —asintió Max, que se acercó al otro lado de la puerta y apoyó la mano en ella, tal como estaba haciendo Miles. El murmullo fue más fuerte.

—Fade, a ese rincón —ordenó Tavi.

Tavi, Fade y Kitai llevaron al Primer Señor hasta el rincón más alejado de la habitación y depositaron el camastro con suavidad en el suelo. Después Tavi arrastró la pesada mesa hasta el rincón y la tiró de lado para formar una barrera improvisada. Fade rodeó el parapeto a toda prisa, y se agachó con los ojos perdidos y la boca abierta en una expresión idiota.

—Bien —aprobó Killian y señaló con la punta del bastón el armero que colgaba de la pared—. Armaros.

Kitai se acercó al armero y cogió un par de espadas cortas y pesadas, además de una lanza de mango corto, que lanzó a Tavi que la agarró y comprobó su equilibrio. Killian también cogió una espada, mientras asía el bastón con la mano izquierda.

No hubo ningún aviso previo, solo el rugido ensordecedor de un impacto y un chirrido de metal retorcido cuando una sección de la puerta del tamaño de un jamón de Finales del Invierno se dobló hacia fuera con la fuerza del golpe. Ocurrió dos veces más y aparecieron otras abolladuras enormes en la puerta atrancada, pero los cierres aguantaron.

—No podremos aguantar mucho. Al doblar el metal también lo están calentando —gruñó Miles.

Siguieron apareciendo abolladuras en la puerta, una cada cuatro o cinco segundos. Tavi dejó de lado la lanza, cogió un aguamanil y lo hundió en el barril de agua que se encontraba a un lado apoyado contra la pared, y después, sin mayores ceremonias, lanzó el agua contra la puerta. Se levantó una nube de vapor con un siseo.

—Bien hecho, muchacho —reconoció Miles—. Así ganaremos un poco de tiempo.

Tavi corrió de vuelta al barril y regresó con más agua. En el acero aparecieron más abolladuras y otras fueron creciendo con la repetición de los golpes, hasta que

empezó a gruñir el marco de la puerta y el acero se dobló y retorció hasta que ya no encajaba con el hueco. Tavi vislumbró un cane encapuchado al otro lado mientras tiraba más agua sobre el metal caliente.

Entonces percibió un olor acre a quemado, y Miles gruñó en voz baja.

—No puedo resistir. En medio minuto me tendré que apartar de la puerta y entrarán. Que todo el mundo esté preparado.

Tavi tenía el corazón desbocado en el pecho y cambió el aguamanil por la lanza. Fade se agachó detrás de la mesa. Prios, que se había colocado el brazo derecho inerte en cabestrillo, se alejó varios pasos de la puerta y sostenía el gladio con la mano izquierda en una extraña posición de combate. Kitai, con una expresión despreocupada, hizo girar la espada en la mano derecha y después en la de la izquierda, y se colocó al lado de Tavi delante de la mesa derribada.

—¿Sabes cómo usarlas? —murmuró Tavi.

—¿Qué dificultad tiene? —respondió Kitai.

Tavi arqueó una ceja.

—Hashat me lo mostró una vez —explicó Kitai.

—Oh —se sorprendió Tavi—. Bueno, cuando empiece intenta quedarte cerca e intentaré protegerte.

Kitai echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada resonante y hermosa, que recorrió la sala en una oleada de diversión incongruente y todo el mundo, excepto Miles y Max, se dio la vuelta para mirarla.

—Tú me vas a proteger. Eso resulta divertido —comentó Kitai, moviendo la cabeza y con la diversión marcando sus palabras—. Eso es muy divertido, alerano.

Tavi se ruborizó.

—De acuerdo —le indicó Miles a Max con voz tensa—. Después del próximo impacto nos retiraremos, dejaremos que caiga la puerta y atacaremos al primero que entre.

—Tengo una idea mejor —jadeó Max.

La puerta tembló bajo el siguiente impacto y Miles gritó:

—¡Ahora! —y retiró la mano de la puerta.

Pero Max no lo siguió. En su lugar, retiró la mano derecha con los dientes apretados y al hacerlo la piedra a su alrededor tembló con una tensión súbita. Max dejó escapar un rugido y lanzó el puño hacia delante.

La puerta, que ya no era tan fuerte y flexible gracias al artificio de las furias de Max y Miles, salió volando de sus goznes con un chirrido de metal arrancado. Cayó al suelo, como había ocurrido bajo los golpes de los canim en el primer cuerpo de guardia, y el cane que se encontraba delante murió aplastado bajo su peso. Se produjo un latido de silencio sorprendido antes de que Miles saltase sobre la puerta caída, moviendo la espada en un ataque frontal.

La diferencia entre la esgrima de sir Miles y la del guardia medio era la misma que entre el tejón y su primo gigantesco, el gargante. Su espada atravesaba cota de mallas, carne y hueso con sorprendente facilidad, destrozaba las espadas de acero escarlata de los canim y teñía de sangre la escalera y las paredes. Antes de que los canim se pudieran recuperar de la sorpresa, Miles había regresado al cuerpo de guardia pasando por encima de la puerta. Un cane siguió los talones de Miles, pero Max estaba preparado y la espada del Primer Señor bajó como una centella a dos manos y casi partió en dos el torso del cane.

Vomitando sangre y moribundo, la cabeza silenciosa del cane se giró para ver a quien lo había matado. Entonces los ojos del cane se abrieron de par en par y un rugido débil y burbujeante surgió de su morro. El cane se lanzó contra Max, golpeó con dureza al joven que mostraba los rasgos de Gaius y lo aplastó contra la pared de piedra, empezando a morder a Max con los colmillos.

Miles miró a Max y dio un paso hacia él, pero por la puerta entró otro cane y Miles se vio obligado a enfrentarse a él antes de que pudiera traspasar el espacio limitado de la puerta y entrar completamente en la sala.

Prios avanzó y tajeó con fuerza al cane terriblemente herido. El golpe fue torpe pero poderoso y se hundió hondo en el muslo superior del cane, provocando que perdiera aún más sangre.

No pareció que el cane se diera cuenta. El guerrero destrozado ya debería haber muerto, pero la horrible voluntad del vord se negaba a rendirse ante la muerte y otorgaba al cane una ferocidad cada vez mayor a medida que le impactaban los golpes salvajes. Max chilló.

—¡Max! —gritó Tavi y avanzó hacia él.

Se dirigió hacia el flanco izquierdo del cane y le hundió la lanza entre las costillas. La cruz de la lanza impactó con fuerza y el peso de la carga de Tavi apartó al cane de Max. Se retorció y cayó, mordiendo la lanza que tenía clavada en el costado, pero el gesto fue inútil. El cane se derrumbó de repente con las mandíbulas repartiendo dentelladas.

Tavi sacó la lanza del cane caído y giró la cabeza para mirar a Max, que seguía con los rasgos de Gaius pero cubierto de sangre. Tenía una herida salvaje en el antebrazo izquierdo, que sangraba profusamente, y también le manaba sangre de la cabeza. Una de sus piernas estaba retorcida, de manera que el pie miraba hacia el lado opuesto al normal. Tavi agarró el cuello de la camisa de Max y lo arrastró detrás de la barrera improvisada. Max estaba inerte y pesado, y Tavi se tuvo que emplear a fondo para moverlo unos pocos centímetros, hasta que apareció Fade a su lado, levantó a Max por debajo de los brazos y lo arrastró detrás de la barricada.

El maestro Killian les siguió detrás de la mesa, esbozando un sonrisa lúgubre mientras miraba hacia abajo con ojos ciegos y pasaba los dedos por encima de Max.

Sacó un cuchillo, cortó la manga de Max y usó la tela para vendar con fuerza la herida en el antebrazo y detener la hemorragia.

—Tavi, ayuda a Miles y Prios. Esa puerta debe resistir a toda costa.

Tavi asintió y regresó al hueco de la puerta, jadeando en busca de aire y cada vez más aterrado. Miles ya había abierto media docena de heridas en el cane que intentaba entrar en la habitación. El guerrero lobo de ojos inyectados en sangre no mostraba señales de dolor ni de miedo y luchaba con una ferocidad silenciosa y constante. La espada del cane no era rival para la velocidad y la habilidad de Miles, que seguía ileso, pero los golpes poderosos que caían sobre él le estaban obligando a retroceder, centímetro a centímetro.

Al acercarse Tavi, Miles bufó:

—Tavi, parada alta.

Tavi reaccionó por instinto con una velocidad automática. La espada del cane bajó y Tavi se abalanzó sobre el hombro de Miles para detener la hoja con la cruz de la lanza y apartarla a un lado, bloqueando la espada con el quicio de la puerta.

—¡Bien! —ladró Miles, que ya estaba en movimiento, acercándose y lanzando un tajo con un arco ascendente que abrió al cane de la ingle al cuello, regando de sangre y cosas peores la entrada mientras el cane sufría estertores impotentes y caía muerto al suelo.

El siguiente cane en la escalera dio un paso al frente con una velocidad increíble, pero se encontró con otro arco brillante y plateado de los tajos mortales de Miles. Tavi se tuvo que agachar hacia un lado para apartarse del salto del cane, que cayó al suelo agitándose salvajemente y partido en tres trozos.

Y entonces se produjo un movimiento en la escalera y un borrón de una capa gris. Tavi solo tuvo tiempo de sorprenderse de que algo se pudiera mover tan deprisa, antes de que la figura saltase hacia un lado, se impulsara en la pared y pasase por encima de Miles. El capitán movió la espada en un nuevo ataque, pero fue un pelín demasiado lento, y la silueta lo pasó con limpieza, se giró en el aire para impulsarse a cuatro patas en el techo y se lanzó contra el herido Prios.

El guardia no tuvo tiempo de gritar antes de que una mano delgada cubierta de una piel brillante de color verde y negro y los dedos rematados en unas garras relucientes, le abriese la garganta de lado a lado.

Tavi precipitó la lanza contra la figura, pero esta fue demasiado rápida y la punta levantó chispas al golpear las piedras del suelo donde se encontraba justo antes de saltar hacia la pared para impulsarse contra sir Miles. La espada de Miles describió un arco y golpeó a la silueta con una repentina lluvia de chispas. La figura chilló con una horrible voz metálica que había perseguido a Tavi en sus pesadillas durante dos años.

—¡Alerano! —advirtió Kitai—. ¡Cuidado! ¡La reina vord!

Las garras salieron disparadas hacia Miles, literalmente demasiado rápidas como para verlas, pero el capitán de la Legión de la Corona tenía toda una vida de experiencia y ya tenía dispuesta la espada para detener a la reina vord, moviendo los pies para mantener una distancia prudencial que lo mantuviera fuera del alcance de la reina, mientras se movía hacia un lado... y Tavi se dio cuenta de repente que Miles estaba obligando a la reina vord a dejarle el flanco y la espalda descubiertas.

Miles dio otros dos pasos hacia un lado y Tavi lanzó la punta de la lanza contra la espalda de la reina vord, pero solo se pudo quedar sorprendido por la velocidad de la criatura al dar la vuelta, agarrar el astil de la lanza y en un movimiento continuo lanzar a Tavi hacia un lado.

La visión de Tavi se emborronó mientras volaba por el aire. Tuvo una visión fugaz de los ojos aterrorizados y ciegos de Prios antes de golpear con algo duro, caer y aterrizar sobre las piedras.

La cabeza le daba vueltas, pero el chico intentó ponerse en pie, mirando rápidamente a su alrededor. Estaba despatarrado encima de la puerta de acero que Max había derribado hacia el exterior y que estaba muy caliente.

También estaba rodeado por los canim.

Dos ya habían entrado en el cuerpo de guardia. Otro tenía un pie sobre la puerta caída y sus ojos escarlatas vacíos miraban directamente al muchacho. Mientras lo miraba, otro canim tomado apareció detrás de él con los ojos escarlata vacíos y otro detrás de este.

Cada uno de ellos mostraba unos colmillos ensangrentados y aferraban espadas aún más sangrientas.

Cada uno de ellos lo podía destrozar literalmente en menos de un latido.

Y todos ellos se volvieron hacia Tavi.

Amara se aferró a la espada hasta que los nudillos se le quedaron blancos cuando los tomados asaltaron la cueva. La lucha fue primitiva y brutal. Campesinos de ojos vacíos atacaban de frente los escudos de las legiones con horcas, herramientas agrícolas y los puños desnudos, y con hachas, espadas viejas y martillos de las herrerías. Las armas más pesadas golpeaban con una fuerza increíble, deformando los escudos, mellando los yelmos y rompiendo huesos a través de la armadura pesada de los legionares.

Dos hombres del primer escuadrón murieron bajo el primer ataque de los tomados con martillos y después de eso Bernard permitió que sus arqueros gastasen flechas en los atacantes con armas pesadas. Solo un disparo en los ojos o la boca podía derribar a uno con toda seguridad, pero el propio Bernard era un arquero de una habilidad casi increíble y exigía que los artífices de la madera bajo su mando siguieran su ejemplo. Cuando disparaba uno de los arqueros de Bernard, la flecha acertaba en el blanco y caía un tomado.

Aunque aún no había levantado su hoja, Amara se dio cuenta de que estaba jadeando en consonancia con los legionares implicados en el combate y empezó a lanzar miradas hacia Bernard cuando los hombres empezaron a cansarse. Después de lo que le pareció una pequeña eternidad, Bernard gritó:

—Condesa, retiradlos.

Amara hizo un gesto seco a los caballeros Terra que estaban a su lado y los legionares pasaron a través de sus filas tal como habían llegado. El brazo de Amara se levantó como un rayo para interceptar con la espada un garrote que descendía hacia ella y lo apartó hacia un lado antes de que la golpease. Los caballeros Terra se precipitaron al combate con una fuerza reforzada con las furias, de manera que las espadas pesadas penetraron entre los tomados con una eficiencia terrible, mientras Amara vigilaba sus flancos y espaldas. En un minuto habían rechazado a los tomados hasta la boca de la cueva y Amara les ordenó que se detuvieran antes de salir al exterior, donde los tomados los podían rodear y aplastar con su número.

Regresar fue mucho más lento. No se atrevían a retirarse sin más, permitiendo que el enemigo les siguiese de cerca, consiguiendo una inercia peligrosa y arriesgándose a crear el caos entre sus propias filas durante la ejecución de la maniobra rápida. La retirada tenía que ser lenta y controlada para que pudieran mantener la línea, de manera que Amara y los caballeros Terra libraron una lucha constante y deliberada hacia su posición de partida. El segundo escuadrón había ocupado la línea defensiva, mientras que el primero se retiraba a coger aire, beber y descansar.

Amara jadeaba y estaba muy cansada a pesar de la brevedad del encuentro. Una

de las verdades fundamentales de la batalla era que no había nada, absolutamente nada más agotador que el esfuerzo, la excitación y el terror del combate. Amara se aseguró de que los hombres tuvieran agua antes de tomar una jarra de peltre para ella y se volvió para contemplar la batalla. El segundo escuadrón perdió a un hombre cuando un tajo directo de una hoja le cortó el pie como si fuera un trozo de leña y lo tuvieron que llevar a lo que consideraban su hospital. Otro hombre vaciló cuando una tomada que parecía una mujer de mediana edad fue a por él y eso le costó la vida cuando ella lo arrancó de la muralla de escudos y lo lanzó en medio de los atacantes. Un momento más tarde, otro hombre quedó inconsciente por un golpe en el yelmo, pero antes de que sus compañeros se lo pudieran llevar a retaguardia, los tomados lo agarraron por las muñecas y en el forcejeo consiguiente le arrancaron los brazos de cuajo.

El plan establecía que el segundo escuadrón debía continuar al menos durante otros cuatro o cinco minutos más, pero Amara no veía cómo lo podrían hacer sin perder más hombres. Los tomados no tenían ningún interés en la autoconservación y estaban dispuestos a morir para dejar lisiado o matar a un legionare, y eran tres o cuatro veces más que los aleranos. Ellos podían asumir las bajas y los aleranos podían hacer bien poco para evitarlo.

Para entonces el sol ya había salido del todo y ninguna fuerza de ayuda alerana había caído rugiendo del cielo o había atravesado los campos. Ni tampoco era demasiado probable que llegase ninguna, siguió pensando Amara. La lluvia empezó a caer con más fuerza y el viento soplaba a ráfagas y aullaba, y los cuervos ocupaban todos los árboles que estaban a la vista, esperando en el viento helado a que cayeran los cadáveres.

Su lucha era desesperada. Si se mantenía el ritmo de bajas, y no había ninguna seguridad de que no fuera así porque los legionares estaban cada vez más cansados y heridos, y los arqueros de Bernard se acabarían quedando sin flechas, entonces la mitad de los legionares capaces de luchar estarían fuera de combate a última hora de la mañana. Y cuando se produjera el declive, llegaría con gran rapidez como una pérdida repentina de la disciplina y de la voluntad bajo la violencia incansable del asalto de los tomados.

No era demasiado probable que siguieran vivos a mediodía.

Amara se obligó a apartar este análisis tan frío de sus pensamientos e intentó concentrarse en algo más útil. El factor más estable del combate era, sorprendentemente, Doroga y su compañero. Caminante resultaba ser una presencia dominante e incluso apabullante en la batalla con su inmenso poder al que en el espacio reducido del túnel no se podía oponer nada que le lanzaran los vord. Parecía que el gargante actuaba bajo una serie muy sencilla de reglas básicas: aplastaba con más o menos facilidad todo lo que pasase por su lado de la caverna. Todo lo que

penetrase dentro del alcance de sus patas enormes como mazos y sus garras que podían hendir las rocas quedaba aplastado o destrozado a la menor oportunidad. Mientras tanto, Doroga estaba agachado entre las patas delanteras de Caminante, con el garrote de guerra en la mano, golpeando para que los vord perdiesen las armas que llevaban en las manos y liquidando a los enemigos que quedaban heridos bajo las garras de Caminante. Los tomados no cesaron en su ataque, pero empezaron a demostrar mayor cautela al acercarse a Caminante, intentando que el gargante saliera de su posición con falsos ataques cortos que no consiguieron atraerlo a campo abierto.

Amara contempló sobrecogida cómo la pata del gargante pateó a un legionare tomado que atravesó el aire y aterrizó a nueve metros de distancia, y aunque eso igualaba un poco las fuerzas no se podían arriesgar a estrechar la entrada de la cueva mediante un artificio de las furias para conseguir una posición más defendible, aunque Doroga y Caminante defendiendo salvajemente la mitad de la boca de la cueva eran mucho mejores que una pared de piedra. Un muro de piedra solo detendría a los tomados, mientras que Doroga y Caminante se encargaban de eso y de liquidar a los enemigos casi a la misma velocidad que todos los aleranos juntos. A Amara no se le había llegado a ocurrir que el espacio reducido de la cueva podía magnificar la capacidad de combate del gargante. En un combate en campo abierto, los gargantes eran imparables, pero por lo general no era difícil evitarlos o flanquearlos. Pero dentro de los límites de la cueva, todo eso cambiaba. Tan solo no había ningún sitio adonde ir para evitar al animal, no había manera de rodearlo, y el poder aplastante del gargante convertía a Caminante en un elemento mucho más peligroso de lo que Amara había supuesto.

Amara acababa de terminar el agua cuando Bernard le ordenó que volviera al combate, un poco antes del período fijado para el turno del segundo escuadrón. Los caballeros Terra y ella dieron tiempo a los legionares para sustituir los cuerpos cansados por otros frescos.

El tercer escuadrón lo hizo mejor que el segundo o el primero, pero el cuarto simplemente tuvo una racha de mala suerte terrible y perdió toda la fila delantera en el transcurso de unos pocos segundos, por lo que fue necesario adelantar la presencia del quinto escuadrón y Amara y sus caballeros tuvieron que entrar en combate antes de que tuvieran la oportunidad de recuperarse de manera adecuado. Doroga tomó nota de la situación y guio a Caminante en un pequeño avance al unísono del de los caballeros de Amara, y los bramidos desafiantes del gargante provocaron que cayera polvo del techo de la cueva.

Solo con la ayuda de Caminante consiguieron que el enemigo retrocediera de nuevo hasta la entrada de la cueva, permitiendo que los legionares volvieran a formar sus filas con soldados de refresco. Ahora el combate tenía una naturaleza tambaleante

a causa de la incertidumbre en los movimientos de sus caballeros. Estaban cansados, y sus movimientos quedaban obstaculizados por los restos de los enemigos y los legionares caídos, que dificultaban las maniobras y el combate como unidad. Pero lo peor de todo era que cada avance solo servía para mostrarles a todos los enemigos que seguían fuera, porque a pesar de todos sus esfuerzos había demasiados tomados como para contarlos con facilidad, y no había señal de la reina.

Llegaron a la entrada de la cueva y Amara ordenó que se detuvieran, antes de iniciar su retirada tranquila y ordenada para regresar a su posición inicial.

El movimiento repentino de una capa gris penetró en la cueva por el techo, deslizándose como una araña rápida e inmensamente grande.

La reina vord.

Amara la vio en el mismo instante en que apareció, pero antes de que pudiera coger aire para gritar en señal de alarma, la criatura se soltó del techo de la cueva y cayó sobre el caballero en el extremo izquierdo de la fila, un hombre joven y de buen carácter con el cabello rojizo que se había ido difuminando hasta un color pajizo por tantas horas al sol. Se encontraba en medio de un tajo de revés, manteniendo a raya con la espada a un legionare tomado y no vio venir a la reina. El vord lo golpeó con una maraña de extremidades lacerantes. Se oyó un sonido parecido a pequeños crujidos producidos por un látigo y la reina se impulsó hacia la pared opuesta, detrás de Caminante, para rebotar como si fuera un resorte y lanzarse de la misma manera contra el caballero en el extremo derecho, mientras la sangre surgía del caballero pelirrojo como si fuera un chubasco repentino. El segundo caballero era un hombre mayor, un soldado de carrera que tenía suficiente experiencia para apartarse de la reina y mover la corona de su pesada maza en un golpe demoledor desde arriba.

El vord atrapó la maza con una mano y la detuvo en seco. La piel de la reina era de una tonalidad verde oscura y negra brillante, y tenía un aspecto rígido; con un giro del cuerpo, la reina desequilibró al caballero y lo lanzó tambaleante hacia los tomados que estaban esperando. Antes de que el caballero pudiera recuperar el equilibrio, aquellos lo agarraron y destrozaron como hacen los lagartos venenosos con un venado herido, mientras la reina saltaba hacia la pared de la izquierda, evitando por poco la cox de la pata posterior izquierda de Caminante. Más tomados se movían con una especie de excitación horrible y empezaron a presionar incansables hacia el interior de la cueva.

La criatura era muy rápida, pensó Amara presa del pánico, y llamó a Cirrus, tomando prestada la velocidad fluida de la furia.

El tiempo no se ralentizó, desde luego que no, pero de repente fue consciente de todos los detalles que la rodeaban. Podía ver el brillo de la luz y las manchas de sangre en las garras de la reina vord. Podía ver y oler la fuente pulsante de sangre que manaba del cuello del primer caballero, abierto hasta el hueso. Vio las gotas de lluvia

individuales que caían en el exterior y el movimiento de la capa empapada de agua de la reina vord.

La cabeza de Amara se volvió para seguir a la reina, mientras gritaba:

—¡Bernard!

La reina saltó de la pared y voló hacia Amara, una pesadilla extraña de agilidad, ferocidad y poder.

Amara se dejó caer hacia un lado, mientras la reina extendía las patas de la misma quitina verde y negra, con las garras dispuestas para atacar en combinación con las que tenía en las manos. Amara levantó la espada para golpear la pata más cercana, apartándola de ella y hundiéndola en la quitina verde y negra, y la reina cayó hecha un ovillo cuando la desequilibró el impacto de la espada. Una garra voló hacia Amara cuando pasó a su lado, pero falló por centímetros, aunque sintió una punzada de dolor en la parte alta de la mejilla.

La reina aterrizó a cuatro patas, recuperando el equilibrio al instante, e incluso con ayuda de Cirrus, Amara era demasiado lenta para cambiar de posición con el objetivo de defenderse de un ataque del lado contrario al primero. Se dio la vuelta con desesperación y la espada levantada, pero la reina ya se estaba abalanzando sobre ella, con las garras letales dispuestas para clavar y arrancar.

Pero el último de los caballeros Terra, sir Frederic, bajó la lanza para golpear a la reina en la espalda con un golpe demoledor que la derribó al suelo. La reina se revolvió como una serpiente y sus garras se lanzaron contra la pierna más cercana de Frederic, y el joven caballero gritó de dolor y cayó de rodillas. La reina intentó acercarse con las garras dispuestas para cortar las arterias en el muslo de Frederic, pero el caballero le había dado a Amara tiempo suficiente para completar el giro y clavar la espada en la espalda de la reina.

La estocada fue salvaje, impulsada por la velocidad que le concedía la furia, y habría atravesado limpiamente a un hombre revestido con una cota de malla. Pero la reina era harina de otro costal. La punta de la espada de Amara casi no se hundió en ella, y ni siquiera llegó a alcanzar la anchura total de la espalda. La reina cambió de dirección a una velocidad terrible, con una pata lanzando una nube del polvo del suelo de la cueva contra los ojos de Frederic, mientras las otras tres se dirigían contra Amara.

—¡Abajo! —rugió Bernard y Amara se dejó caer al suelo de la cueva como si fuera una piedra.

Una flecha pasó a su lado, tan cerca que pudo sentir la brisa que levantó a su paso, y la punta ancha y pesada se clavó en el cuello de la reina vord.

La reina dejó escapar un chillido ensordecedor y cayó hecha un ovillo. Amara volvió a lanzar una estocada sin causar mayores daños que la anterior; entonces, el vord con la flecha de Bernard visible a los dos lados del cuello, atravesó como un

rayo las filas de los tomados y salió de la cueva. La reina volvió a chillar mientras se iba y los tomados dejaron escapar al unísono un aullido y prosiguieron la carga con una ferocidad redoblaba y violenta.

Amara oyó cómo Bernard ordenaba avanzar y los legionares gritaron su desafío al emprender la marcha. Frederic no se podía levantar a causa de la sangre que manaba de la pierna herida, pero colocó el filo de la espada paralelo al suelo y el acero penetró con fuerza en la rodilla del tomado más cercano, que cayó al suelo. Otro de los atacantes se agachó y golpeó a Amara en los muslos, derribándola, y al mismo tiempo vio que tres atacantes más se dirigían contra ella. A su lado, más tomados se lanzaban sobre Frederic.

Los legionares se encontraban aún a una docena de pasos. Amara intentó atacar al más cercano, pero sencillamente eran demasiado fuertes, de manera que le aplastaron contra el suelo el brazo con el que sostenía la espada y algo le golpeó en la cabeza, enviándole una punzada de dolor mareante a través del cuerpo. Amara solo podía gritar y revolverse impotente cuando el tomado Aric, antiguo estatúder de Aricholt, le enseñó los dientes y los dirigió contra su cuello.

Y en ese instante Aric salió volando y se golpeó contra la pared con un impacto que le debió romper todos los huesos. Se produjo un rugido ensordecedor y la pata de Caminante aplastó a otro de los tomados contra el suelo de la cueva. Amara vio cómo un pesado garrote de guerra descendía y destrozaba la espalda del último tomado que la estaba atacando. A continuación, Doroga apartó a la criatura de una patada, volvió a levantar el garrote y la liquidó con un golpe en el cráneo.

Doroga se dio la vuelta rápidamente para golpear a otro tomado antes de que pudiera caer sobre el cuello de Frederic, mientras Caminante giró de nuevo su enorme cuerpo hacia la entrada de la cueva con más agilidad de la que Amara le hubiera creído capaz. El gargante lanzó su bramido de batalla y aplastó a los tomados que se lanzaban al ataque con rabia y desenfreno, desgarrando, cortando y aplastando en pleno frenesí. Los tomados atacaban con una determinación ciega, blandiendo espadas, garrotes, piedras o simplemente arrancando trozos de carne del gargante con las manos desnudas.

Los legionares avanzaron para apoyar al gargante, pero los cadáveres y la sangre derramada impidió que cerrasen filas y los tomados que habían conseguido rodear a Caminante lo asaltaban con una rabia enloquecida.

Una mano fuerte se cerró sobre la parte trasera de la cota de malla de Amara, y Giraldi la arrastró por el suelo, mientras agarraba de la misma forma la cota de Frederic y tiraba de los dos hacia el fondo de la cueva, a pesar de su pierna herida.

—¡Están entrando! —gritó alguien directamente detrás de Amara, que levantó los ojos para ver cómo caía un legionare y media docena de tomados atravesaban las líneas, mientras que en el exterior de la cueva muchos más presionaban con gran

determinación, abriéndose camino por el peso de la masa.

—¡Disparad a discreción! —gritó Bernard y de repente el aire de la cueva zumbó con el paso de las flechas letales impulsadas por artificios de madera.

La media docena de tomados que habían conseguido superar el frente cayeron muertos al instante. Después los artífices de la madera empezaron a dirigir sus disparos a través del frente de batalla, pasando por el espacio bajo el brazo de un legionare cuando levantaba la espada para golpear, pasando por encima de la cabeza de uno que se había agachado para evitar el torpe impacto de un garrote, volando entre el escudo y la oreja de otro cuando se inclinaba hacia delante y cambiaba su centro de gravedad.

Casi no fue suficiente. Aunque las pocas flechas de los caballeros Flora se agotaron con rapidez, habían conseguido frenar el asalto de los tomados durante el tiempo necesario para que más legionares pudieran llegar desde el fondo de la cueva y llenaran los huecos en las filas, luchando con la fuerza que daba la desesperación.

La reina vord volvió a chillar desde el exterior de la cueva y el sonido fue tan fuerte que ahogó el ruido de la batalla y provocó una presión dolorosa en los oídos de Amara. Al instante, los tomados que habían estado luchando se dieron la vuelta para retirarse a la carrera de la cueva, y los legionares avanzaron con un rugido, tajeando a los enemigos que huían.

—¡Alto! —gritó Bernard—. ¡Quedaos en la cueva! ¡Atrás, Doroga, atrás!

Doroga se lanzó delante del gargante rabioso, empujando el pecho de Caminante que intentaba perseguir al enemigo. Caminante bramó su rabia, pero se detuvo a pocos metros de la boca de la cueva y ante la insistencia de Doroga regresó a su posición inicial.

De repente la cueva se quedó en silencio, excepto por los gemidos de los hombres heridos y la respiración pesada de los soldados agotados. Amara miró alrededor de la caverna. Habían perdido a otra docena de combatientes y la mayoría de los que habían participado en la refriega estaban heridos.

—Agua —gruñó Bernard—. Primera Lanza, recoge recipientes y llénalos. Segunda Lanza, lleva a los heridos hacia el fondo. Tercera y Cuarta Lanza, quiero que retiréis esos cuerpos. —Se volvió hacia los caballeros Flora que estaban con él y les ordenó—: Ayudadles y recuperad todas las flechas que podáis. Moveros.

Los legionares se dispusieron a realizar las tareas que les habían ordenado y Amara se sorprendió de los pocos que estaban en condiciones de ponerse en pie y moverse. Ahora los heridos en el fondo de la cueva superaban en número a los que estaban en condiciones de luchar. Se sentó y cerró los ojos durante un momento.

—¿Cómo se encuentra? —oyó que preguntaba Bernard.

Le dolía la cabeza.

—Un chichón en la cabeza, ahí —respondió Giraldi—. ¿Lo veis? Se ha llevado

un buen golpe. No responde a mis preguntas.

—Su cara —comentó Bernard en voz baja y con una nota de dolor en el tono.

Una sensación de calor marcaba constante e incesantemente su mejilla.

—Es más feo que grave. El corte es limpio —explicó Giraldi—. Las garras de esa cosa están más afiladas que nuestras espadas. Ha tenido suerte de no perder el ojo.

Alguien le cogió la mano y Amara levantó la vista hacia Bernard.

—¿Me puedes oír? —le preguntó en voz baja.

—Sí —respondió, aunque su voz le sonó demasiado baja y débil—. Estoy... empezando a volver en mí. Ayúdame a levantarme.

—Tenéis una herida en la cabeza —comentó Giraldi—. Será mejor que no lo hagáis.

—Giraldi —replicó en voz baja—, ya hay demasiados heridos. Bernard, ayúdame a levantarme.

Bernard lo hizo sin ningún comentario.

—Giraldi —ordenó—, averigua cuántos están disponibles para el combate y reestructura los escuadrones para que podamos seguir luchando por turnos. Y que todo el mundo coma algo.

El centurión canoso asintió, se puso en pie y se retiró de nuevo hacia el fondo de la cueva. Un rato después, los legionares en la boca de la caverna terminaron con su espantosa tarea y se retiraron hacia el interior, dejando a Amara, Bernard y Doroga como las únicas personas en la entrada.

Amara se acercó a Doroga y Bernard la acompañó.

Caminante estaba tendido y respiraba pesadamente. Algunas zonas de su espeso pelaje negro estaban aplastadas contra el cuerpo, húmedas de sangre. Su respiración sonaba extraña y rasposa. La sangre formaba un charco de barro en la tierra del suelo bajo su pecho y cabeza. Doroga estaba agachado delante del gargante con un recipiente de piedra que contenía algo que desprendía un desagradable olor a medicina, mientras examinaba las heridas de Caminante y las cubría con una especie de grasa que contenía el recipiente.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Amara.

—Cansado —respondió Doroga—, hambriento y herido.

—¿Sus heridas son serias?

Doroga apretó los labios y asintió.

—Las ha tenido peores. Una vez.

Caminante gimió con un sonido bajo, retumbante e infeliz. La cara ancha y fea de Doroga se retorció en un gesto de dolor y Amara se dio cuenta de que Doroga también había sufrido bastantes heridas menores de las que no se había ocupado.

—Muchas gracias —dijo Amara en voz baja—, por estar aquí. No tenías obligación de venir con nosotros. Todos estaríamos muertos ahora mismo si no

hubiera sido por ti.

Doroga le sonrió ligeramente e inclinó un poco la cabeza, antes de volver con su tarea.

Amara fue hasta la boca de la cueva y miró hacia fuera. Bernard se unió a ella un momento más tarde. Vieron cómo los tomados se movían de un lado a otro alrededor de un grupo de árboles sobre una de las colinas cercanas.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Bernard.

Amara pidió a Cirrus con un gran cansancio que manipulara la luz y contempló a los tomados durante un momento.

—Están talando árboles —informó en voz baja—. Están trabajando con la madera, pero resulta difícil precisarlo por la lluvia. No estoy segura de lo que están haciendo.

—Están fabricando lanzas largas —explicó Bernard en voz baja.

—¿Para qué?

—El gargante es una gran amenaza para ellos —explicó—. Están haciendo los lanzas para matarlo sin pagar un precio tan alto.

Amara bajó las manos y se giró para mirar a Doroga y Caminante.

—Pero... ni siquiera son lanzas de verdad. Seguramente no serán efectivas.

Bernard movió la cabeza.

—Lo único que necesitan es que dispongan de una punta afilada. Los tomados son bastante fuertes para clavarlas en Caminante si no se les acerca. Si lo hace, clavarán las lanzas en el suelo y dejarán que se empale.

Se quedaron mirando la lluvia durante un rato.

—Nadie va a venir a ayudarnos —reconoció Bernard al final.

—Probablemente no —asintió Amara en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó Bernard con un puño cerrado y voz frustrada—. Seguramente el Primer Señor debe reconocer el peligro que representa todo esto.

—Puede haber una serie de razones —replicó Amara—. Emergencias en algún otro sitio, puede ser una de ellas. Problemas logísticos que han retrasado la marcha de alguna de las legiones. —Sonrió con tristeza—. O se puede tratar de un problema en las comunicaciones.

—Sí. No ha llegado la ayuda —afirmó Bernard— y eso quiere decir que Gaius no ha recibido la noticia. Lo que significa que mi hermana ha muerto, porque nada más la podría detener.

—Solo se trata de una posibilidad, Bernard —lo tranquilizó Amara—. Isana es capaz. Serai dispone de muchos recursos. No podemos estar seguros de nada.

Doroga apareció a su lado y miró hacia los tomados con los ojos entornados.

—Están fabricando lanzas.

Bernard asintió sombrío.

Los ojos de Doroga brillaron de rabia.

—Entonces casi se ha acabado. Caminante no se va a esconder en la cueva y dejar que lo lanceen hasta matarlo, y yo no lo voy a dejar solo.

—Te matarán —replicó Amara en voz baja.

Doroga se encogió de hombros.

—Eso es lo que hacen los enemigos. Saldremos a enfrentarnos con ellos. Vamos a ver cuántos nos podemos llevar por delante. —Levantó la mirada hacia las nubes—. Me gustaría que no lloviera.

—¿Por qué no? —preguntó Amara.

—Cuando caiga, me gustaría que El Único me estuviera mirando. —Movié la cabeza—. Bernard, necesito un escudo para darle agua a Caminante.

—Desde luego —asintió Bernard—. Pídeselo a Giraldi.

—Mi agradecimiento.

Doroga los dejó a la entrada de la cueva.

Retumbó un trueno y susurró la lluvia.

—Tendremos suerte si podemos formar tres escuadrones —comentó Amara.

—Lo sé.

—Los hombres se cansarán antes y tendrán menos tiempo para descansar y recuperarse.

—Sí —reconoció Bernard.

—¿Cuántas flechas han podido recuperar tus caballeros Flora?

—Dos cada uno —respondió.

Amara asintió.

—Sin Caminante ni Doroga no los podremos contener.

—Lo sé —reconoció Bernard—. Por eso he decidido que lo tengo que hacer.

Amara movió la cabeza.

—¿Hacer qué?

—Yo he conducido a estos hombres hasta aquí, Amara. Son responsabilidad mía. —Miró hacia el exterior—. Si vamos a morir... no quiero que sea por nada. Se lo debo a ellos y también le debo demasiado a Doroga para dejarlo que vaya solo.

Amara se quedó callada durante un instante y lo miró.

—Quieres decir...

—La reina —concluyó Bernard en voz baja—. Si la reina sobrevive, no importará cuántos tomados hayamos matado, porque podrá construir otro nido. Lo tenemos que evitar, a toda costa.

Amara cerró los ojos.

—Quieres decir que vas a salir a buscarla.

—Sí —asintió Bernard—. Doroga y Caminante van a ir de todas formas. Yo voy a ir con ellos, junto con cualquier hombre que pueda caminar y sostener un arma, y

esté dispuesto a hacerlo. Nos dirigiremos contra la reina y la mataremos.

—Fuera de la cueva no vamos a durar mucho.

Bernard le ofreció una sonrisa triste.

—No estoy seguro de que eso sea nada malo.

Ella frunció el ceño y apartó la mirada.

—Será difícil que nos podamos abrir camino a través de ellos sin ningún caballero Terra a nuestra disposición.

—Caminante lo conseguirá —replicó Bernard.

—¿Podremos llegar a ella antes de que nos maten?

—Tal vez no —confesó Bernard—. Una de mis flechas le atravesó el cuello y lo único que conseguí fue espantarla. Vi la fuerza con la que la golpeabas. —Negó con la cabeza—. Es demasiado rápida y con todos esos tomados a su alrededor, no es demasiado probable que tengamos tiempo de descargar un golpe letal. Pero no tenemos elección. Si no matamos a la reina, todos los que han dado su vida habrán muerto a cambio de nada.

Amara tragó saliva y asintió.

—Creo... creo que tienes razón. ¿Cuándo?

—Les daré a los hombres un rato más para que se recuperen —respondió Bernard—. Después pediré voluntarios. —Alargó la mano para coger la de Amara—. No tienes por qué venir conmigo.

Ella le devolvió el apretón con toda la fuerza que pudo y sintió cómo las lágrimas le emborronaban la visión.

—Por supuesto que sí —replicó en voz baja—. No te abandonaré, mi señor esposo.

—Te podría ordenar que lo hicieras —sugirió él.

—No te abandonaré. No importa lo idiota que seas.

Bernard le sonrió y la acercó hacia él. Ella se quedó durante un momento dentro del círculo que formaban sus brazos, con los ojos cerrados y respirando su aroma. El tiempo pasó.

—Ha llegado el momento —anunció Bernard—. Regreso en un minuto.

El trueno y la lluvia cubrían el mundo exterior y la cabeza y la cara de Amara le dolían terriblemente. Tenía miedo, aunque estaba tan cansada que no le importaba demasiado. Bernard habló en voz baja con los legionarios.

Amara se quedó contemplando la colina, donde se encontraba el enemigo implacable que intentaba aplastarlos, y se preparó para salir a encontrarse con él.

El cane más cercano bajó la mano, agarró a Tavi por la túnica y lo levantó para acercárselo al morro. Lo olisqueó una, dos veces, mientras la baba y la sangre le caían por los colmillos.

Y entonces el cane simplemente lo dejó caer.

Le hizo caso omiso y continuó hacia el cuerpo de guardia.

Sus compañeros lo siguieron de inmediato.

Tavi miró totalmente confuso mientras los canim hacían caso omiso de su presencia, pero apretó los dientes y se obligó a ponerse en movimiento, deslizándose entre un par de guerreros lobo enormes y regresando al cuerpo de guardia, donde Miles seguía luchando contra la criatura encapuchada, la reina vord. Le corría la sangre por el codo izquierdo, pero su rostro no mostraba ninguna expresión mientras luchaba contra la reina demostrando una agilidad y una técnica constante y fluida frente a la velocidad y la fuerza.

Cerca de él se encontraba otro cane, que se enfrentaba a Kitai, mientras Fade se removía nervioso al fondo. Estaba claro que los dos habían salido corriendo de inmediato para llegar hasta Tavi cuando la reina lo había lanzado fuera de la sala, pero el cane les había bloqueado el camino. Mientras Tavi miraba, el cane movió la espada en un arco por encima de la cabeza con la intención de partir en dos a Kitai. La chica marat cruzó las hojas de sus espadas y paró el golpe, mientras se deslizaba hacia un lado con la agilidad de una bailarina y contraatacaba con una de las espadas, que arrancó una lluvia de sangre del abdomen del cane. El cane no cayó, aunque Tavi pudo ver que sufría numerosas heridas similares, dolorosas pero no debilitantes.

Fade dejó escapar un aullido cuando vio a Tavi. El esclavo sostenía una lanza que arrojó hacia Tavi, que dio un paso a un lado y la cogió al vuelo, afirmó su agarre y se dio la vuelta con rapidez para clavar el arma en la espalda de la reina vord.

La punta de acero de la lanza penetró modestamente en el blindaje verde y negro de la reina, pero esa no había sido la intención de Tavi. El lanzazo había provocado poco daño en la reina vord, pero la fuerza del golpe la había tirado hacia delante y desequilibrado, aunque solo durante un instante.

Eso era todo lo que necesitaba sir Miles.

El capitán gruñó con una alegría repentina y su retirada constante se transformó en un ataque con un solo latido. La espada descargó dos estocadas salvajes, que arrancaron gotas de una sangre extraña y oscura, y la reina vord chilló, con un sonido metálico, agudo y ensordecedor lleno de dolor. Miles siguió adelante con la espada brillando en una telaraña de remolinos de frío acero, acertando dos veces más en la reina y empujando a la criatura hacia un rincón.

Entonces la reina dejó escapar un siseo extraño y escalofriante, mientras movía la

cabeza hacia Miles con los ojos convertidos en globos de ira escarlata bajo la capucha de la capa.

Los ojos de Miles se abrieron de par en par y vaciló, con la cabeza moviéndose a derecha e izquierda y con la espada lanzándose hacia paradas inciertas sin que hubiera ningún ataque visible. Uno de los canim se dio la vuelta y se dirigió hacia su espalda, pero Miles no daba señales de darse cuenta.

—¡Sir Miles! —gritó Tavi.

El capitán se dio la vuelta a tiempo de apartar la espada del cane, pero antes de que se pudiera girar hacia la reina, esta había recuperado el equilibrio y lo estaba atacando. Las garras oscuras golpearon a la vez la espada del capitán.

Con otro siseo escalofriante, la reina se alejó de Miles y saltó hacia la pared por encima de la puerta. Su cabeza se giró hacia Tavi, que vio dos ojos escarlata brillando bajo la capucha de la capa y de repente los dos canim más cercanos se volvieron hacia él con sus espadas relucientes. La reina volvió a aullar y los canim restantes pasaron por el hueco de la puerta y se dirigieron hacia la barricada improvisada en el rincón más alejado.

—¡La escalera! —gritó el maestro Killian—. ¡Bajad a los heridos por la escalera!

Tavi se agachó bajo una espada curvada y movió la lanza bajo la guardia del arma del otro cane, aunque retuvo el golpe antes de que pudiera llegar con fuerza y se retiró para colocarse hombro con hombro con Miles. Más canim entraron en la sala y avanzaron contra Tavi y Miles, de manera que ahora ya había media docena de esos guerreros enormes en el cuerpo de guardia. La reina vord saltó al suelo detrás de la fila de guerreros canim y desapareció de la vista.

—¿Capitán? —preguntó Tavi—. ¿Os encontráis bien?

—Puedo luchar.

Miles levantó la mirada desafiante hacia los canim que se iban acercando. Una parte de su cara era una máscara de sangre y carne magullada, y todo lo que le quedaba del ojo era un agujero hundido. Su rostro no mostraba ninguna señal de dolor, porque la disciplina del artificio del metal le permitía hacer caso omiso de distracciones como el dolor y el cansancio.

Uno de los canim movió su espada y Miles bloqueó el golpe casi con desdén, mientras Tavi atacaba con la lanza, que atravesó el brazo del cane, lanzando un reguero de sangre. La reina volvió a chillar, desde el fondo de la habitación, y los canim gruñeron, mientras aceleraban el movimiento de sus armas. El espacio abarrotado —al menos para algo tan grande como los canim— solo les permitía unos pocos ángulos de ataque, y Tavi consiguió moverse y bailar sin ceder terreno, agachándose o desviando la mayoría de los golpes con la lanza. La espada de Miles no perdió velocidad. Interceptaba todos los ataques y se lanzaba a fondo para herir a algún enemigo. El corazón de Tavi le latía aterrorizado, pero no abandonó el ángulo

ciego de Miles.

—¡Kitai, Fade —gritó Tavi—, ayuda a Killian! ¡Bajadlos por la escalera!

Miles hirió a otro enemigo, pero otro cane lanzó con fuerza la punta de su espada contra el pecho de Miles. El capitán se volvió y recibió la estocada en el borde del peto, pero el golpe hizo que se tambaleara. Tavi dejó escapar un grito y se lanzó contra los canim con lanzazos salvajes y repetidos, intentando ganar tiempo para que Miles se recuperara. Los canim no se retiraron. Una espada se abalanzó sobre él y pasó tan cerca que cortó un mechón de lo alto de la cabeza de Tavi. Le llegó otro espadazo y el muchacho lo tuvo que bloquear con el astil de la lanza. Aguantó a duras penas y el acero escarlata de la espada canim estuvo a punto de atravesar todo el grosor del roble. El cane retiró el arma para golpear de nuevo, y el astil de la lanza se dobló.

Killian entró en la lucha en completo silencio. Su bastón golpeó el brazo del cane con el que sostenía la espada, empujándolo hacia arriba lo suficiente para que el siguiente golpe no acertara en Tavi. La espada del maestro barrió de arriba abajo, cortando los tendones en la parte baja de la pierna del cane, y el guerrero lobo se tambaleó hacia un lado.

—¡Son duros! —gritó Killian, entregando a Tavi la empuñadura de su espada—. ¡Retirada!

Tavi cogió la espada y obedeció, ayudando al conmocionado sir Miles a llegar hasta la puerta. Killian se agachó por debajo de otro ataque, lanzó el bastón con fuerza contra la punta de la muy sensible nariz del guerrero lobo y sacó algo del bolsillo que lanzó al aire, que se llenó de arena y hierro. Cerró la mano en un puño y lanzó un gruñido de esfuerzo mientras lo hacía, pero al instante un remolino de granos de arena y metal salió volando contra las sensibles narices y los ojos de los canim. No duró mucho ni los hirió de verdad, pero les hizo ganar tiempo para llegar a la escalera. En cuanto todos hubieron traspasado la puerta, Fade la cerró y pasó los cerrojos, antes de apartarse de ella con un salto.

—Eso no los retendrá durante mucho tiempo —jadeó Tavi y miró hacia atrás a la escalera donde vio cómo Kitai descargaba suavemente a Max en un escalón, mientras Gaius seguía atado al camastro, que ocupaba unos cuantos escalones, y ninguno de los dos se movió.

—No importa —replicó Miles, que también respiraba pesadamente—. Ahora la escalera es nuestra mejor oportunidad. Tendrán que bajar en fila y así los podremos contener durante más tiempo.

—Lucharemos por orden —indicó Killian—. Primero Miles, después yo, después tú, Tavi. Pero antes quiero que llevéis a Gaius de regreso a la cámara de meditación.

—¿También a Max? —preguntó Tavi.

—No —respondió Killian y su voz sonó dura—. Dejadlo aquí.

Tavi se quedó mirando al maestro ciego.

—¿Qué?

—Si esas cosas creen que han matado a Gaius es posible que no sigan hasta el final de la escalera —explicó Killian.

—Vais... señor, pero Max está inconsciente. No se puede defender.

—Sabía lo que hacía cuando adoptó esa apariencia —replicó Killian en voz baja.

—Dejad al menos que lo traslade hasta el pie de la escalera —pidió Tavi—. Si el truco funciona, lo hará tan bien ahí abajo como aquí arriba.

Killian dudó, pero asintió con un gesto seco.

—Llévate a la chica marat y al esclavo para que te ayuden, y vuelve en cuanto puedas. ¿Tu esclavo va a luchar?

Tavi tragó saliva.

—No creo que le guste, señor. Pero si lo necesitáis, decídselo. —Miró por encima del hombro hacia Fade y se encontró con los ojos del hombre—. Es leal, señor.

—Muy bien. Miles —preguntó Killian—, ¿qué te ha ocurrido cuando luchabas contra la criatura? Creía que la tenías.

—Yo también —respondió Miles—, pero ha debido de hacerme algún tipo de artificio. Durante un segundo vi a dos criaturas más y perdí la concentración.

—¿Y tus heridas? —preguntó Killian.

—Se ha llevado un ojo —contestó Miles con voz tranquila—. Eso va a limitar la agresividad de mis ataques.

—¿Has matado a esa cosa?

Miles negó con la cabeza.

—Lo dudo. Le di en el cuello, pero no sangraba como debía. Entre nosotros dos, creo que la reina se ha llevado la mejor parte del negocio.

Por encima de ellos, la puerta de acero tembló bajo los fuertes golpes.

—Tavi —ordenó Killian con urgencia en la voz—, baja. Miles no te centres en herirlos, lucha a la defensiva y retírate cuando lo necesites. Gana tiempo para que la Guardia pueda llegar aquí.

—Comprendido —asintió Miles con tono lúgubre—. Tavi, dame esa espada, por favor.

Tavi le pasó su espada al capitán y Miles se puso en posición con una hoja en cada mano. Hizo girar cada una de ellas, asintió con un gesto seco y se volvió hacia la puerta.

—Vete, Tavi —ordenó Killian en voz baja—. No queda tiempo.

Fidelias llamó dos veces a las puertas de las habitaciones privadas de lady Aquitania en la mansión Aquitania, esperó durante un momento y las abrió.

—Mi señora —saludó.

Lady Aquitania estaba de pie y de perfil ante la gran chimenea de la habitación, desnuda excepto por el fino vestido de seda que apretaba con ambas manos contra la parte delantera de su cuerpo. Su melena oscura estaba suelta de horquillas y artificios y se derramaba hasta sus caderas. Sus extremidades eran encantadoras y estaba en muy buena forma; tenía la piel pálida y sin ninguna marca, y una sonrisita pícara le curvaba la comisura de los labios.

De pie detrás de ella, con las manos en sus caderas, se encontraba lord Aquitania, desnudo hasta la cintura. Un hombre leonino, con una constitución tan ágil como poderosa, al que el cabello de un dorado oscuro le caía hasta los hombros y cuyos ojos negros brillaban de inteligencia... y fastidio.

—Uno se pregunta —comentó con voz dulce y suave— qué motivo tendrá mi jefe de espías para creer que basta con llamar una sola vez a la puerta de las habitaciones privadas de mi esposa y entrar sin esperar respuesta.

Fidelias se detuvo e hizo una reverencia con la cabeza. Mantuvo la mirada baja.

—Para ser exactos, mi señor —respondió—, he llamado dos veces.

—Bueno. Eso lo cambia todo, ¿no te parece? —murmuró Aquitania con tono seco—. Supongo que existe una muy buena razón para esta intrusión que me va a convencer para que no te mate ahora mismo.

La voz de Aquitania era suave, pero traspasada por una corriente de diversión en la que Fidelias sabía que se encontraba el principal peligro de la amenaza.

La mayor parte.

—Attis —intervino lady Aquitania con suavidad y Fidelias oyó cómo la seda se deslizaba sobre la piel desnuda al ponerse la prenda—. Estoy segura de que solo un tema urgente lo haría aparecer de esta manera. Muy bien, Fidelias, ya estoy visible.

Fidelias volvió a levantar la mirada y le hizo una reverencia con la cabeza a lady Aquitania.

—Sí, mi señora. Me ha llegado cierta información que considero que merece vuestra atención inmediata.

—¿Qué información?

—Si me queréis acompañar a la biblioteca, mi señora, las personas en cuestión os la pueden dar directamente y responder a vuestras preguntas.

Lady Aquitania arqueó una ceja.

—¿Quién?

—Un joven al que no tengo el gusto de conocer y lady Placida Aria.

—¿Placida? —murmuró lord Aquitania—. Nunca habría esperado que Placida o su esposa se metiesen en política. ¿Por qué habrá venido?

—¿Se lo podríamos preguntar? —sugirió lady Aquitania.

Lord Aquitania se pasó con desgana la camisa blanca y suelta por encima de la cabeza. Lady Aquitania estiró la mano para desenredar unos pocos mechones sueltos que no habían pasado por el cuello y los dos salieron de la habitación, mientras Fidelias sostenía la puerta y los seguía a la biblioteca.

La habitación no era demasiado grande si se tenía en cuenta el resto de la casa y parecía que se utilizaba mucho más que cualquier otra sala. Los muebles eran de excelente calidad, por supuesto, pero también era un lugar cálido y cómodo. Un fuego ardía en la chimenea y dos personas se pusieron en pie al entrar la pareja de Aquitania.

La primera era una mujer alta con un espléndido cabello pelirrojo y un vestido elegante verde esmeralda.

—Invidia, Attis —murmuró cuando entraron y les arqueó una ceja antes de continuar—: Oh, queridos, me debo disculpar por la hora tan intempestiva.

Intercambió un abrazo de cortesía con lady Aquitania y le ofreció la mano a lord Aquitania, que la besó con una pequeña mueca en los labios.

—Es mucho más agradable por lo inesperado —comentó antes de hacerle un gesto para que se sentara y esperó a que su esposa hiciera lo mismo antes ocupar su sitio—. ¿Qué os ha traído aquí?

Fidelias se quedó de pie al fondo, apoyado en la pared.

—Él —respondió lady Placida e hizo un gesto hacia el chico, que seguía de pie en una postura rara y moviendo los pies.

Iba vestido con prendas sencillas pero bien confeccionadas y del cuello le colgaban tres cadeteras de *academ* con tres cuentas pequeñas que indicaban su habilidad en el arte de las furias.

—Este es Ehren Patronus Vilius, un estudiante de la Academia, que me ha venido a ver con un mensaje poco habitual. —Le sonrió a Ehren y le indicó—: Por favor, explícales lo que me has dicho a mí, joven.

—Sí, Vuestra Gracia —asintió Ehren, que se lamió los labios antes de proseguir—. Se me ha pedido que diga a lady Placida que Tavi Patronus Gaius ex Calderon envía sus saludos más respetuosos y su disculpa más sincera por la treta empleada para hablar con vos en la fiesta de jardín de lord Kalare. También me pide que diga que hace una hora, él y un compañero fueron conducidos a la fuerza a un almacén en el Muelle Siete a orillas del río, y que los han retenido agentes que se consideran cuervos de sangre y que él cree que están al servicio de lord Kalare o de alguien de su casa.

La expresión de lord Aquitania se ensombreció.

—Tavi Patronus Gaius. ¿El mismo chico de la segunda batalla de Calderon?

—Sí, querido —respondió lady Aquitania, acariciándole la mano y ladeando la cabeza—. ¿Cómo ha podido enviar este mensaje si estaba prisionero?

—Consiguió escapar, Vuestra Gracia —contestó Ehren.

Aquitania miró a su esposa.

—¿Ha escapado de los cuervos de sangre?

—Ya te dije que tenía muchos recursos —murmuró lady Aquitania, antes de mirar a lady Placida y preguntar—: Aria, esto es fascinante, pero no consigo entender por qué nos traes estas noticias.

—Supongo que conocéis el ataque contra la estatúder Isana y su cortejo aquí en la ciudad —respondió lady Placida—. Y pensé que era bastante intrigante que atacase en la misma noche a la estatúder y a su pariente. Está claro que alguien intenta avergonzar a Gaius delante del Consejo de Señores y del Senado asesinándoles aquí, prácticamente bajo sus narices.

—Está claro —reconoció lady Aquitania con expresión tranquila.

—Sé lo leal que sois vos y vuestro marido al Primer Señor y la alta estima que tenéis al bienestar del Reino —prosiguió lady Placida sin ningún rastro de sarcasmo o humor en su voz—. Y pensé que os preocuparía, como firmes apoyos del Reino, que uno de nosotros pudiera levantar su mano contra Gaius.

El silencio cayó sobre la sala durante varios segundos antes de que lady Placida se pusiera en pie, con agilidad y contención cortés.

—Ehren, creo que ya le hemos robado demasiado tiempo a nuestros anfitriones. Os debo agradecer el tiempo que me habéis concedido para venir hasta aquí.

—Por supuesto, Vuestra Gracia —respondió el joven poniéndose en pie.

—Venid. Haré que mi cochero os lleve hasta la Academia.

Los señores de Aquitania se pusieron en pie e intercambiaron una despedida muy cortés con lady Placida, y esta y el joven abandonaron la sala.

—Esta tarde —comentó Fidelias—, una de mis fuentes descubrió que los canim habían desaparecido misteriosamente del Salón Negro. Quince minutos antes de la llegada de lady Placida recibí la noticia de una actividad inusual en las Profundidades. Una de mis fuentes vio a un par de guerreros canim luchando en el callejón detrás del Ciervo Negro en Riverside, quedando uno de ellos muerto. El cane que ganó la batalla era casi con toda seguridad el embajador Varg. Según mis fuentes, el cane muerto luchó en un silencio total, sin ningún tipo de reacción emocional, ni siquiera ante su propia muerte. Dijo que era como si simplemente hubieran tomado el espíritu de lucha del cane.

—Tomado —jadeó lady Aquitania—. ¿Los vord de los que habló la estatúder?

Fidelias asintió sombrío.

—Es una posibilidad. Hace cinco minutos, me llegó la noticia de una lucha en los

túneles superiores de las Profundidades, cerca de la Ciudadela y que dentro del palacio han estado sonando las campanas de alarma.

Aquitania dejó escapar un siseo.

—¿Ese idiota de Kalare ataca ahora al Primer Señor?

—Demasiado aventurado —replicó lady Aquitania—. Nunca se habría atrevido a algo tan público. Creo que este es un movimiento que empieza con los canim.

—Entonces, ¿por qué se iba a dedicar su jefe a matar a sus guardias en una pelea en un callejón oscuro? —preguntó Aquitania.

Ella movió la cabeza.

—Es posible que hayan tomado su lealtad. —Frunció el ceño pensativa—. Pero si la alarma es real y se extiende la confusión, Kalare aprovechará la oportunidad para atacar. El tipo es una serpiente.

Lord Aquitania asintió y siguió la línea de pensamiento hasta su conclusión.

—Nunca dejará pasar la oportunidad de golpear a un enemigo debilitado. Por eso nos tenemos que asegurar que no se aprovecha de la situación —frunció el ceño— preservando el gobierno de Gaius. Cuervos, eso no me sienta nada bien.

—La política hace extraños compañeros de cama —murmuró lady Aquitania—. Si matan ahora a Gaius, antes de que nos podamos ocupar de Kalare, sabes lo que ocurrirá. De hecho, no me sorprendería nada que los canim estén intentando matar a Gaius para fomentar una guerra civil abierta entre Kalare y Aquitania...

—... con el fin de debilitar al Reino en su conjunto. —Aquitania asintió con un gesto seco—. Ha llegado el momento de que libremos a Kalare de sus cuervos de sangre. Fidelias, creo que el muchacho ha dicho Muelle Siete.

—Sí, mi señor —asintió Fidelias—. He enviado a observadores que han informado de una actividad creciente. En mi opinión, Kalare ha avisado a sus agentes y se están reuniendo para concentrar sus fuerzas.

Aquitania intercambió una mirada con su esposa y después esbozó una sonrisa inquietante.

—¿Los túneles o el río?

Ella frunció la nariz.

—Sabes que odio el olor a pescado podrido.

—Entonces yo me encargaré del almacén —afirmó Aquitania.

—Attis, si puedes, coge a uno de ellos vivo —sugirió lady Aquitania.

Lord Aquitania le lanzó una mirada de reproche.

—Si no te lo digo —le explicó ella con calma— y no piensas en salvar a uno, después te quejarás de que no te lo he recordado, cariño. Solo me preocupo por tus intereses.

—Basta —cortó él y se inclinó para besar a lady Aquitania en la mejilla—. Ten cuidado en los túneles y no corras riesgos.

—Estaré bien —le prometió ella poniéndose en pie—. Fidelias los conoce muy bien.

Aquitania arqueó una ceja hacia Fidelias.

—Sí, estoy seguro de que los conoce. —La besó en la boca y gruñó—: Espero que más tarde podamos reanudar nuestra conversación.

Ella se giró para besarle y le lanzó una sonrisa recatada.

—Te veré en el baño.

Los dientes de Aquitania brillaron en una breve sonrisa y salió de la sala, desprendiendo una energía que lo rodeaba como un fuego invisible.

Lady Aquitania se puso en pie con los ojos brillantes y se acercó a un armario al lado del gabinete para los licores. Lo abrió y con calma sacó una espada enfundada en una elaborada funda de cuero. Blandió la espada, un sable largo y elegantemente grabado, lo volvió a meter en la funda y se lo colgó de la cintura.

—Muy bien, mi querido espía —murmuró—. Parece que tendremos que entrar en las Profundidades.

—Para salvar a Gaius —comentó Fidelias y dejó que la ironía se filtrase en su voz.

—No nos iba a servir de nada si Kalare lo aplasta, ¿no te parece?

Sacó una capa de cuero oscuro del armario, se la puso y deslizó un par de guanteletes de esgrima por debajo del cinturón de la espada.

—No soy un experto en moda —reconoció Fidelias—, pero me parece que en general se considera que el acero es más adecuado que la seda en aquellos acontecimientos que implican el uso de espadas.

—Nos vamos a acercar a palacio, querido espía, con cientos de miembros enojados y paranoides de la Guardia Real. Lo mejor es parecer unos ciudadanos responsables que se ofrecen a ayudar en un momento de crisis que un soldado con armas y armadura que intenta acercarse al palacio protegido por la oscuridad. —Con rapidez se recogió el cabello en una cola que ató con un lazo de color escarlata oscuro—. ¿Cuánto tardarás en llevarnos al palacio?

—Se trata de una caminata de veinticinco minutos —respondió Fidelias—. Pero hay un pozo muy hondo que lleva casi en línea recta al palacio. No se puede escalar, pero si nos podéis subir por él, llegaremos en cinco minutos.

—Excelente —reconoció ella—. Ve delante, tenemos trabajo que hacer.

Tavi apretó los dientes cuando la puerta tembló bajo otro golpe de los canim tomados y se volvió hacia Fade y Kitai.

—Cargad el camastro —ordenó—. Yo llevaré a Max. Adelantaos un poco, así si se me resbala no caerá sobre Gaius.

Kitai frunció el ceño.

—¿Tendrás fuerza suficiente?

—Sí —suspiró Tavi—. Lo arrastro a casa sin sentido la mayoría de las veces. — Se acercó a su amigo inconsciente y se colocó bajo uno de los hombros de Max—. Venga, Max. Muévete. Te llevo de vuelta a la cama.

Uno de los ojos de Max se abrió en parte y miró a su alrededor sin ver. El otro estaba sellado con una costra de sangre. La sangre goteaba de su brazo malherido, pero el vendaje había conseguido que el río se hubiera convertido en un riachuelo. Sus piernas se movieron cuando Tavi empezó a bajar por la escalera. No se podía confundir con andar de verdad, pero Max consiguió soportar buena parte de su peso, de manera que el cuerpo exhausto de Tavi pudo con el resto. Bajaron sin detenerse, aunque sin darse prisa.

Por encima de ellos, el hierro volvió a protestar y una detonación hueca y resonante bajó por la escalera. Unos segundos después se produjo el golpe de acero contra acero, que se fue diluyendo a medida que bajaban y se alejaban del lugar en que el capitán herido intentaba mantener a raya a los canim.

Por primera vez desde que había escapado del almacén, Tavi tuvo un momento para pensar. Arrastrar a Max era una tarea habitual y aunque no era exactamente fácil, tampoco requería toda su atención. Empezó a juntar todo lo que había visto en un intento por conseguir una idea de lo que iba a ocurrir a continuación.

Y de repente no pudo respirar. No se trataba de un problema pulmonar o de falta de resuello, tan solo no parecía que pudiera impulsar aire suficiente en los pulmones y su corazón empezó a latir tan aterrorizado que no pudo distinguir los latidos individuales.

Estaban atrapados.

Aunque no había duda que la Guardia Real estaba intentando abrirse camino para llegar al Primer Señor, algunos de los canim los debían estar reteniendo. Los guerreros lobo eran letales en un espacio tan reducido, donde no había sitio para evitarlos o rodearlos para atacarlos por los flancos, y donde su alcance y altura superiores los convertían en adversarios formidables incluso para los legionare más veteranos. Sin duda los caballeros de la Guardia Real utilizarían artificios de las furias contra ellos, pero lo que podían intentar quedaba muy limitado por las mismas razones que Tavi había explicado a Kitai. No solo eso, sino que también era muy

posible que la mayoría de los caballeros no hubieran llegado aún al inicio de la escalera. El ataque se había producido de madrugada, cuando la mayoría de ellos estaban en la cama y les llevaría un rato despertarse, armarse y correr al combate.

Era un tiempo del que no disponía el Primer Señor. Al final, la Guardia aplastaría a los canim sin ninguna duda. Pero los canim solo tenían que retenerlos el tiempo suficiente, y en un combate mortal esos momentos podían parecer horas. Lo más sencillo era que se lanzasen sobre Miles, intercambiando golpes que acabarían hiriendo al capitán y tenían un número suficiente para que quedasen algunos para acabar con Miles y asesinarlos a todos.

Desde la cámara en las Profundidades no había más salida que la escalera. No se podía huir hacia ningún sitio. Los canim seguían llegando y sir Miles no había conseguido matar a la reina. Miles, el único de ellos que podía tener la esperanza de resistir ante los canim durante algún tiempo, ya estaba herido, sangrando y medio ciego. El error más pequeño o cualquier vacilación le podía costar la vida y mientras Tavi estaba seguro de que Miles hubiera podido resistir en cualquier otra circunstancia, con sus heridas solo era cuestión de minutos antes de que fuera demasiado lento o demasiado torpe para luchar perfectamente con su visión limitada.

Cuando Miles cayese, los canim matarían al maestro. Matarían a Tavi y Kitai. También matarían a Max, por supuesto. Y, al menos que fueran extremadamente estúpidos, también matarían a Gaius, a pesar del sacrificio voluntario de Max como doble del Primer Señor.

Gaius seguía inconsciente. Max estaba impedido. El maestro era un profesor excelente del arte de la lucha, pero era un anciano y no un soldado. Kitai había demostrado que en el combate se manejaba al menos igual de bien que Tavi, pero no era rival para uno de los canim y mucho menos para una docena. El propio Tavi, aunque había recibido entrenamiento como luchador, no tenía ninguna esperanza de enfrentarse a uno de los canim con una mínima posibilidad de victoria. La diferencia en tamaño, alcance, experiencia, potencia y entrenamiento era demasiado grande.

Si moría el Primer Señor, estallaría una guerra civil, una guerra civil que los canim utilizarían ansiosos en su propio provecho. Era muy posible que la muerte de Gaius fuera el acontecimiento que marcara el fin del pueblo de Alera.

Más ideas rebotaron y giraron dentro de su cabeza y apretó los dientes en un intento por aclarar la mente y concentrarse. Lo mejor que podía hacer era aislar dos ideas concretas.

Había que salvar a Gaius. No importaba a qué precio.

Tavi no quería morir ni ver cómo sus amigos y aliados sufrían ningún daño.

Llegaron al final de la escalera y Tavi descargó a Max con toda la suavidad que pudo al lado del gabinete. El chico, aunque tenía el mismo aspecto que el Primer Señor, se derrumbó a un lado y se hundió de nuevo en la inconsciencia y la

inmovilidad. Un ronquido pesado le salió entre los labios. Durante un momento, Tavi puso un mano sobre el hombro de su amigo, antes de ponerse en pie cuando Kitai y Fade salieron de la cámara de meditación y cerraron la puerta a su espalda. Se acercaron al pie de la escalera, pero Tavi se interpuso en el camino de Fade con los dientes apretados y lo miró a un palmo de distancia.

—Fade —preguntó Tavi con la voz dura—, ¿por qué no luchas?

El esclavo le miró a los ojos, pero los apartó con un movimiento de la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no? —insistió Tavi—. Te necesitamos. Podrían haber matado a Max.

—No puedo —repitió Fade, que movió los ojos asustados y Tavi pudo ver en ellos un miedo muy real—. Miles estaba luchando contra esa cosa, contra ese vord. Era demasiado rápido. Si hubiera blandido el acero me habría reconocido al instante. —Fade respiró lentamente—. La distracción lo habría matado, y aún es posible que lo haga.

—Está herido —le recordó Tavi— y no tenemos ni idea de cuánto tiempo los podrá retener.

Fade asintió con una expresión sombría y llena de un dolor antiguo.

—Yo... Tavi, no sé si puedo. No sé si podré soportar si... —Movié la cabeza—. Creía que podría, pero al estar de vuelta... Lo cambiaría todo, y yo no quiero que cambie.

—La muerte es un cambio —intervino Kitai—. Tampoco quieres eso, ¿o me equivoco?

Fade se encogió un poco.

Tavi hizo un gesto a Kitai para que dejase que fuera él quien llevase la conversación.

—Fade, el Primer Señor te necesita.

—Ese viejo bastardo arrogante, pomposo y egoísta —escupió Fade con un tono lleno de repente de un odio extraño y muy violento— se puede ir con los malditos cuervos.

El puño de Tavi golpeó al esclavo enfurecido en la punta de la barbilla y derribó de espaldas a Fade, que cayó sobre el suelo liso. Fade levantó la mano hacia su cara con una expresión de asombro y sorpresa.

—Como parece que no piensas muy bien —comentó Tavi con un tono gélido—, déjame que te ayude. Tus sentimientos hacia Gaius son irrelevantes. Es el Primer Señor de Alera por derecho. Si muere esta noche, todo nuestro pueblo se precipitará a una guerra civil que será la señal para que nos ataquen nuestros enemigos. Los vord representan una amenaza que puede ser peor que los canim, los marat y los Hombres de Hielo unidos si dejamos que prosperen, y necesitamos un mando central fuerte y unificado para estar seguros de que eso no ocurre.

Fade levantó la vista hacia Tavi con una expresión aún aturdida.

—¿Entiendes lo que está pasando aquí? Millones de vidas dependen del resultado de lo que pase durante esta hora, y no es el momento de distraerse con rencores personales. Para salvar al Reino, tenemos que salvar a Gaius.

Tavi se inclinó hacia abajo, agarró la empuñadura de la espada vieja y usada de Fade y la sacó de su funda. Entonces puso una rodilla en el suelo y miró a Fade a los ojos, mientras cogía la espada por la hoja y apoyaba la empuñadura en el antebrazo para ofrecérsela al esclavo.

—Esto significa —concluyó Tavi en voz baja— que el Reino necesita a Araris Valeriano.

Los ojos de Fade brillaron con las lágrimas, y Tavi casi pudo sentir el terrible dolor antiguo que las impulsaban y el miedo que invadía los ojos temerosos del esclavo quemado. Alzó la mano y pasó los dedos por la marca de cobardía en su mejilla destrozada.

—No... no sé si podré volver a ser él.

—Fuiste él en Calderon —le recordó Tavi—. Me salvaste la vida. Ya pensaremos en algo para tu hermano, Fade. Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros a los dos. No conozco los detalles de lo que se interpuso entre vosotros, pero eres su hermano. Su sangre.

—Se enfadará —susurró Fade—. Es posible que él... No le puedo hacer daño, Tavi. Ni siquiera si me mata.

Tavi movió la cabeza.

—No permitiré que eso ocurra. No importa lo enfadado que esté, en el fondo te quiere. La rabia se apaga, pero el amor no.

Fade cruzó los brazos sobre el pecho y negó con la cabeza.

—No lo entiendes. No p-puedo. No puedo. Ha pasado demasiado tiempo.

—Debes hacerlo —replicó Tavi—. Y quieres. Me diste tu espada y no me la entregaste como un regalo para que la colgase de la pared. Querías que hiciera algo más con ella. ¿Estoy en lo cierto? Por eso Gaius se sintió tan molesto cuando la vio.

El rostro de Fade se contrajo con otro dolor nuevo, pero asintió.

Tavi también lo hizo.

—Contigo o sin ti voy a volver a subir por esa escalera —anunció—, y voy a luchar contra esos animales hasta que esté muerto o hasta que el Primer Señor esté a salvo. Toma tu espada, Fade. Ven conmigo. Te necesito.

Fade exhaló con fuerza e inclinó la cabeza. Entonces respiró hondo, levantó la mano derecha y cogió la espada que le ofrecía Tavi.

—Solo porque tú me lo pides —respondió en voz baja mientras miraba a Tavi a los ojos.

Tavi asintió, le dio a Fade una palmada en el hombro y se pusieron de pie.

—Están formando de nuevo —informó Amara, mientras miraba hacia los tomados.

Una veintena de ellos sostenían algo que parecían unas lanzas largas y bastas de madera sin pulir, rematadas en unas puntas talladas con cuchillos, hoces y espadas.

—Parece que también van a usar escudos de los legionares.

Bernard gruñó y se acercó a su lado en la boca de la cueva.

—Van a usar los escudos para proteger a los lanceros de nuestros arqueros. Esa andanada ha debido de ser peor de lo que esperaban.

Fuera de la cueva, la lluvia caía con gotas pesadas y constantes. Relámpagos de una luz verdosa seguían bailando a través de las nubes que velaban la cima de Garados, y el aire se había vuelto cada vez más denso y opresivo, y una sensación de una malicia antigua y lenta impregnaba todos los sonidos y todo lo que se veía.

—Y la tormenta de furias está a punto de estallar, si no me equivoco. Dentro de media hora se precipitarán contra nosotros los manes del viento.

—Media hora —susurró Amara—. ¿Crees que nos importará para entonces?

—Quizá no —reconoció Bernard—. Quizá sí. Nada está labrado en piedra.

Una sonrisa irónica marcó la boca de Amara.

—Es posible que sobrevivamos a los vord para que nos maten los manes del viento. ¿Así me animas? ¿Ese es tu consuelo?

Bernard sonrió lúgubre, mirando al enemigo con gesto desafiante.

—Con un poco de suerte, aunque no acabemos con ellos, la tormenta de furias terminará lo que hemos empezado.

—Eso no es mucho mejor —replicó Amara y puso una mano sobre su hombro—. ¿Podríamos esperar? ¿Y dejar que la tormenta acabe con ellos?

Bernard negó con la cabeza.

—Me parece que ellos también saben que está a punto de estallar. Quieren tomar la cueva antes de que estalle la tormenta.

Amara asintió.

—Entonces ha llegado el momento.

Bernard miró hacia atrás.

—Preparados para cargar.

Detrás de él, formados en filas, se encontraban todos los legionares capaces de mantenerse en pie y blandir un arma. Una cuarentena de espadas salieron de sus fundas con un siseo metálico que prometía sangre.

—Doroga —llamó Bernard—. Danos una ventaja de veinte pasos antes de ponerte en marcha.

El jefe marat se encontraba encima del ancho lomo de Caminante y el techo de la

cueva le obligaba a inclinarse sobre el pelaje del gargante. Le hizo un gesto de asentimiento a Bernard, y le dijo a Caminante algo en voz muy baja. Las grandes garras del gargante arañaron el suelo de la cueva y su pecho emitió un bramido que sonaba como una amenaza enojada contra el enemigo del exterior.

Bernard asintió con un gesto seco y miró a los arqueros. Cada uno de los caballeros Flora tenía una flecha dispuesta en el arco.

—Esperad hasta el último instante para disparar —les ordenó en voz baja—. Eliminad todas las lanzas que podáis del sendero de Caminante. —Dispuso una flecha en su arco y miró a Amara—. ¿Estás lista, amor?

Amara sentía miedo, pero no tanto como se había temido. Quizá porque durante los últimas horas había sentido tanto pánico que se había insensibilizado. Tuvo la mano firme cuando desenvainó la espada. En realidad se sentía más triste que asustada. Triste porque muchos hombres y mujeres buenos habían perdido la vida. Triste porque no podía hacer nada más por Bernard o sus hombres. Triste porque no iba a pasar más noches con su nuevo esposo, ni más momentos silenciosos de calidez o deseo.

Ahora, todo eso había quedado atrás. Sentía la espada fría, pesada y reluciente en su mano.

—Estoy lista —respondió.

Bernard asintió, cerró los ojos, respiró hondo y los volvió a abrir. En la mano izquierda llevaba el gran arco con una flecha dispuesta en la cuerda y con la derecha sacó la espada, la alzó y rugió:

—¡Legionares! ¡A paso ligero, adelante!

Bernard emprendió un trote ligero y todos los legionares detrás de él siguieron el mismo paso, de manera que sus botas golpeaban el suelo al unísono. Amara lo siguió, intentando que su zancada igualase a la de Bernard. En cuanto los legionares estuvieron fuera de la entrada de la cueva, Bernard levantó la mano y la movió a la izquierda.

Amara y los caballeros Flora se apartaron de inmediato hacia la izquierda del sentido de marcha de la columna, emprendiendo la subida de una pequeña cuesta que les iba a permitir que dispararan por encima de las cabezas de la columna casi hasta que chocaran con los tomados.

En cuanto estuvo despejado el camino de la columna, Bernard alzó la mano y rugió:

—¡Legionares! ¡A la carga!

Todas las gargantas aleranas rugieron con un «¡Calderon por Alera!», y los legionares avanzaron en una ola de acero y con el trueno de sus botas, amortiguado por la tierra empapada de lluvia, mientras seguían al conde de Calderon hacia la batalla. Al mismo tiempo, Caminante salió de la cueva y el bramido de combate del

gargante ensangrentado se unió al de los legionares mientras iban acelerando en una carrera tambaleante con las garras penetrando en la tierra, que era engañosamente rápida a pesar de la torpeza aparente. Caminante atrapó enseguida a los legionares, ganando inercia mientras que Doroga aullaba y hacía girar sobre la cabeza su garrote de mango largo.

Un alarido inhumano surgió del grupo de árboles, y los tomados se pusieron en marcha de manera abrupta, silenciosa y perfectamente coordinada. Formaron un semicírculo bastante suelto con los escudos en la primera fila, mientras que los que sostenían las lanzas las afirmaron en el suelo para recibir la carga, haciendo que la muralla de escudos quedase cubierta con las armas improvisadas.

Amara llamó a Cirrus mientras corría, intentando hacer el mínimo esfuerzo para que la furia torciese la luz y ella pudiese ver al enemigo. Solo tenía una obligación en la batalla: encontrar a la reina vord y señalársela a Bernard.

A su lado, los caballeros Flora levantaron los arcos, y las flechas atravesaron la lluvia, clavándose en ojos y cuellos con una precisión imposible, y en los diez segundos que siguieron media docena de lanceros cayeron al suelo a pesar del uso de los escudos de las legiones. Los tomados se pusieron en movimiento, de manera que otros cogieron las lanzas y ocuparon el puesto de los caídos, pero el momento de desconcierto fue suficiente para crear un hueco en la maraña de lanzas improvisadas, permitiendo que los legionares canalizaran por ahí la carga.

Los escudos chocaron con los escudos en un ensordecedor trueno metálico y los legionares cortaron las bastas lanzas con sus espadas pesadas y efectivas, ampliando el hueco y rompiendo la formación de los tomados.

—¡A la izquierda! —gritó Bernard—. ¡A la izquierda, izquierda, izquierda!

Los legionares se movieron todos juntos, en un repentino empuje lateral de unos seis metros.

Un latido más tarde, Doroga y Caminante se abalanzaban por la brecha contra la maraña de lanzas.

Amara miró el impacto del gargante, completamente aturdida durante un momento. Nunca había oído a un animal tan estruendoso, ni había visto nada dotado de una fuerza tan increíble. El pecho de Caminante golpeó la muralla de escudos, y aplastó a muchos de los tomados que los sostenían. Su enorme cabeza se movió a derecha e izquierda, y derribó a más tomados a su alrededor como un niño enrabiado con sus juguetes. Doroga se inclinaba mucho en su manta de montar con el garrote en la mano, y destrozaba las cabezas de los tomados. El gargante atravesó las filas de los enemigos sin frenarse, dejando un pasillo de destrucción a su paso. Se detuvo, se dio la vuelta y se precipitó de inmediato sobre las filas de los tomados con unas garras salvajes.

Antes de completar la carga, los legionares rugieron juntos y avanzaron en un

ataque frenético y sin cuartel, atrapando a los tomados entre ellos y el gargante enloquecido por la sangre.

Amara se mordió el labio, moviendo la mirada por el campo de batalla, desesperada por encontrar a la reina y por hacer algo por Bernard y sus hombres. Pero solo podía contemplar la batalla. Veía algunos instantes con una claridad horrible mientras buscaba a la reina.

Después de la sorpresa inicial de la carga del gargante, los tomados se unieron para contraatacar. Al cabo de unos minutos, muchos de ellos, cargados con lanzas, se habían situado a ambos lados del animal, mientras Doroga intentaba alejarlos con su gran garrote. Los otros se concentraron en los legionares y, aunque los hombres luchaban con una habilidad y un valor innegables, el número de enemigos era demasiado grande y se empezó a desvanecer la inercia de la carga.

Vio cómo Bernard se agachaba por debajo del giro lateral de un hacha que estaba en manos de un hombre anciano y canoso, y el legionare a su lado descargó sobre él un golpe mortal de arriba abajo con la espada. Unos segundos más tarde, una niña, una muchacha que no debía de tener más de diez o doce veranos, tiró de la pierna de un legionare y la giró con una fuerza salvaje, rompiéndosela. El legionare chilló mientras los tomados lo arrastraban y caían sobre él con un salvajismo ciego. Un anciano clavó una lanza de madera en uno de los hombros de Caminante y el gargante se revolvió con un bramido de dolor, partiendo el astil y arrancando la lanza.

Y en ese momento Amara vislumbró un movimiento detrás de Doroga y Caminante, algo que salía de las sombras de los árboles, cubierto por los pliegues de una capa oscura con capucha.

—¡Allí! —le gritó a los arqueros señalando—. ¡Allí!

Con movimientos rápidos, dos de los caballeros dispusieron sus últimas flechas, que llevaban atadas a una tela empapada en aceite justo detrás de la punta, de manera que las brasas dispuestas en los pequeños braseros que llevaban colgados del cinturón, prendieron con rapidez. Apuntaron y dispararon. Una de las flechas golpeó contra la figura, pero se rompió como si hubiera impactado en un peto pesado. La otra flecha no dio en nada sólido, pero quedó prendida entre los pliegues de la capa de la reina vord.

Esa era la señal. La cabeza de Bernard se volvió para seguir el vuelo de las flechas de fuego y gritó unas órdenes a sus legionares, que giraron y avanzaron hacia la reina vord con la fuerza que da la desesperación. Doroga giró la cabeza cuando la reina vord se lanzaba sobre él. Con gran agilidad, se dejó caer a un lado, rodó sobre el lomo del gargante y aterrizó en el suelo, completamente encogido. La reina vord se dio la vuelta y fue a por él, pero tuvo que alterar su curso cuando Caminante se lanzó en medio del camino de la reina.

—¡Espadas! —ordenó Amara a los caballeros que la acompañaban—. ¡Conmigo!

Todos sacaron sus espadas y salieron a la carrera, rodeando el caos de la batalla para dirigirse hacia la reina. Amara corría por delante de los caballeros, más rápida que ellos a pie, evitando un torpe intento de agarrarla por parte de un tomado y descargando un golpe mientras pasaba de largo. Vio cómo la reina volvía a saltar, extendiendo las garras en un esfuerzo por arrancar los ojos del gargante. Caminante giró la cabeza hacia el salto, golpeando a la reina con sus colmillos y enviándola dando tumbos en el suelo a menos de diez metros de Amara.

La cursor lanzó un grito de batalla con la espada levantada y convocó a Cirrus para que le diera la velocidad suficiente para enfrentarse a la reina, que se dio la vuelta para encararse con Amara, con las garras por delante, y dejó escapar otro chillido. Media docena de tomados se apartaron de la lucha para cargar contra Amara, pero fueron interceptados por los caballeros y sus espadas, que les impidieron avanzar.

Amara movió la espada en un amago de corte antes de cambiar de dirección y dirigir la hoja hacia los ojos de la reina. La criatura apartó la hoja, pero no pudo evitar que le cortase la cara y le arrancase la capucha, de manera que Amara tuvo la oportunidad de ver por primera vez todos los rasgos de la reina vord.

Parecía humana.

Casi parecía familiar.

A pesar de su piel verde negruzca, brillante y dura, la cara de la criatura parecía casi alerana, excepto por los ojos ligeramente rasgados como los marat. El cabello negro y rizado creaba una especie de corona alrededor de la cabeza de la reina vord. Los colmillos marcaban unos carnosos labios femeninos. Excepto por los colmillos, el tono de la piel y los ojos luminosos, la reina vord habría podido pasar por una encantadora muchacha alerana.

La reina retrocedió y un hilo de un fluido espeso y verdoso manó del corte en la mejilla. La reina se tocó la mejilla y contempló la sangre en sus dedos con una especie de diversión infantil reflejada en el rostro.

—Me has herido.

—Así estamos empatadas —replicó Amara con tono sombrío, antes de gritar de nuevo y atacar a la reina con movimientos rápidos y duros de la espada.

La reina vord se alejó de los golpes y descargó contra Amara un contraataque a una velocidad cegadora que la cursor casi no pudo evitar. La reina chillaba mientras luchaba y Amara oyó y sintió la presencia repentina de más tomados a su espalda, que se habían separado del combate para ayudar a su reina. Amara suprimió sin piedad la urgencia de llamar a Cirrus y elevarse sobre la batalla para enfrentarse a la reina con las clásicas pasadas, y se concentró en su enemiga. Intercambió otra serie rápida de ataques y contraataques con la reina vord, muy consciente de que los tomados se estaban acercando con cada segundo que pasaba.

—¡Condesa! —gritó uno de los caballeros.

Amara se giró a tiempo para ver cómo uno de ellos caía bajo el golpe de un hacha de leñador mellada y un latido más tarde el puño de un tomado caía sobre la nuca del segundo caballero, que caía al suelo como un pelele.

El tercer caballero se dejó llevar por el pánico. Media docena de tomados se cernían sobre él y desesperado volvió la vista hacia las ramas extendidas de un roble cercano. Hizo un gesto seco con la mano y una de las ramas se inclinó y estiró lo suficiente para que la pudiera agarrar. La rama volvió de golpe a su posición, y lo alejó de las manos y las armas de los tomados.

Pero en el mismo instante en que hizo el gesto, las caras de al menos media docena de tomados se giraron hacia el caballero desesperado. Amara casi pudo sentir la presión repentina y extraña contra los párpados de sus ojos cuando los tomados se concentraron en el caballero.

Todas las ramas de ese árbol y todas las ramas de todos los árboles en veinte metros a la redonda empezaron a moverse enloquecidas de un lado a otro, inclinándose, retorciéndose y golpeando.

Unos segundos más tarde, lo que quedaba del desgraciado caballero cayó de las ramas y se hundió en la lluvia gris. Ninguno de los restos se habría podido identificar como perteneciente a un ser humano.

Entonces la reina vord le sonrió a Amara cuando dos docenas de tomados se lanzaron contra su espalda.

Y Amara le sonrió a la reina cuando Doroga hizo girar en círculos su garrote de guerra para ganar una velocidad terrible y golpeó.

La reina se dio la vuelta en el último segundo y, aunque no pudo evitar por entero el golpe, se movió lo suficiente para sobrevivir al terrible impacto del garrote de guerra, aunque la lanzó a unos seis metros por el terreno embarrado. Giró sobre sí misma y se agachó en una posición extraña, con todo el peso en la punta de los pies y la mano izquierda, porque la otra colgaba inerte. La reina siseó y se dio la vuelta para retirarse, pero solo pudo ver cómo Caminante pasaba por medio de las filas de los tomados. Por un lado, se acercaba Doroga con el garrote preparado y una rabia fría en sus ojos bárbaros. Por el otro esperaba Amara, con una espada fría y amarga en la mano, que ya estaba manchada con la sangre de la reina. Y cuando la reina se giró hacia el último punto cardinal, los legioneros de Bernard estaban eliminando al último tomado del camino de su señor, y el conde de Calderon, con sus hombres conteniendo a los tomados que se encontraban a su espalda, clavó la espada en la tierra blanda y levantó su gran arco negro.

La reina se volvió al enemigo que tenía más cerca, Amara, y la miró con ojos salvajes. Y Amara sintió de repente una presencia extraña en sus pensamiento, como si una mano ciega intentase tocarle la cara. El tiempo se ralentizó y Amara

comprendió lo que estaba ocurriendo: antes, la reina había espiado sus pensamientos. Ahora estaba intentando pasar a través de ellos, y en ese intento le estaba revelando los suyos a Amara.

Amara podía ver la mente de la reina. La reina estaba aturdida por lo que estaba ocurriendo. Aunque los aleranos habían conseguido atrapar a la reina, estaban condenados. No había ninguna manera de escapar de la ira de los tomados que los rodeaban, no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir, y a la reina no se le había llegado a ocurrir que la táctica de su enemigo simplemente no tendría en cuenta la posibilidad de sobrevivir.

«Sacrificio».

Los pensamientos de la reina vord se centraron en esa palabra, que había encontrado en la mente de Amara.

«Sacrificio».

No lo comprendía. Aunque la reina vord podía entender que los que se enfrentaban a ella estaban dispuestos a destruir su continuidad para acabar con la suya, no comprendía el razonamiento que había detrás. ¿Cómo podían considerar que sus muertes eran una victoria, sin importar lo que le pasase a su enemigo? No era razonable. No era una forma de pensar que sirviera para sobrevivir. Dichas muertes no podían servir a ninguna causa.

Era locura.

Mientras miraba a la reina vord, Amara se sintió de repente enmarañada en los rápidos pensamientos de la criatura. Vio cómo se tensaba la reina vord, vio cómo saltaba, vio el brillo de colmillos y garras al acercarse a ella, y Amara sintió que la reina se decidió por ella porque era el blanco más débil, la vía de escape más probable. Sintió la fría certeza de la reina y la tensión creciente mientras las garras se dirigían contra el cuello de Amara.

Su oído oyó un fuerte siseo y el golpe seco de un impacto cuando la primera flecha de Bernard penetró en la reina vord por debajo del brazo y se hundió en su carne hasta las plumas. La potencia del impacto la lanzó hacia un lado y la tiró al suelo, y Amara se liberó de repente de esa horrible maraña de sus pensamientos con los de la reina.

Vio cómo la reina se volvía a levantar y la última flecha de Bernard se alojó en su cuello y la punta ensangrentada surgía como un volcán de la carne blindada. La reina cayó de nuevo. De nuevo intentó levantarse, manando sangre de las heridas. Se tambaleó y los ojos luminosos se concentraron en Amara y la reina intentó un último salto desesperado hacia la cursor.

—¡Amara! —gritó Bernard.

Amara levantó la espada y mientras la reina volaba hacia ella, no cedió terreno con las piernas abiertas y firmes. No prestó atención a las garras letales, aunque sabía que la intención de la reina era matar hasta que le quedase vida en el cuerpo, y se

concentró en la distancia entre ellas y en el brillo de los colmillos en la boca chillona de la reina.

Y en ese instante Amara se movió, de repente, en una explosión concentrada de todos los nervios y músculos que movían el brazo que sostenía la espada. Impulsó hacia delante la corta espada de legionare, y su punta se hundió en la boca de la reina, en su cuello, atravesándolo y partiendo huesos y tejidos. Sintió un impacto terrible y un dolor caliente en el brazo, en la pierna, y en el golpe demoledor que se dio contra el suelo.

Amara quedó aturdida durante un momento de confusión, incapaz de comprender por qué no podía ver de repente y por qué le tiraban agua a la cara. Entonces le quitaron un peso de encima y recordó la lluvia fría que caía del cielo. Bernard la levantó y la ayudó a sentarse, mientras Amara miraba durante un momento a su lado el cadáver sin vida de la reina, con una espada de legionare clavada en la boca hasta la empuñadura.

—Lo hiciste, mi amor —dijo Bernard—. Lo hiciste.

Ella se apoyó en él, agotada. A su alrededor pudo ver a unos veinte legionares luchando escudo con escudo y a Doroga, herido por una docena de cortecitos, de pie al lado de Caminante. Aunque el animal movía los colmillos desafiante, no parecía que fuera capaz de seguir de pie y mucho menos de luchar, y cuando se movió hacia uno de los tomados, este pudo evitar con facilidad el movimiento torpe.

Amara parpadeó para apartar la lluvia de los ojos y vio cómo una veintena de tomados intentaban acabar con los aleranos exhaustos y superados en número.

—Lo hicimos —reconoció y pronunciar las palabras fue agotador para Amara—. Lo hicimos.

Volvió a retumbar el trueno en medio de relámpagos enfadados y las nubes incendiadas de la tormenta de furias bajaron por la ladera de la montaña hacia el campo de batalla.

—¿Me ayudas? —preguntó Amara en voz baja.

—De acuerdo —respondió Bernard.

Y entonces una tormenta de fuego y de un sonido ensordecedor descendió de las nubes bajas y achicharró a dos docenas de tomados hasta convertirlos en ceniza y huesos ennegrecidos.

Amara jadeó, recostándose en Bernard.

—¡Acercaos! —rugió Bernard—. ¡Acercaos, permaneced unidos y agachaos!

Amara fue consciente de los legionares intentando cumplir las órdenes de Bernard y de Doroga empujando a Caminante en una de las lenguas marat. Pero sobre todo fue consciente de otro parpadeo de luz en las nubes, en una estrella de ocho puntas formada por relámpagos que bailaban de un lado a otro con tanta rapidez que parecían una rueda de fuego, un fuego que se fundió y cayó, carbonizando a otro

buen puñado de tomados hasta convertirlos en cadáveres.

Debían de ser imaginaciones suyas. Del cielo enfurecido aparecieron docenas de siluetas, caballeros Aeris, que volaban en formación y servían como portadores de literas aéreas abiertas. Dos veces más descendieron los rayos del cielo, aclarando aún más las filas de los tomados, y después otros ochos caballeros Aeris bajaron lo suficiente para que se les pudiera ver, reuniendo un último conjunto de rayos en una estrella de ocho puntas que lanzaron contra los tomados.

Unos hombres con armaduras (mercenarios, pensó Amara) bajaron de las literas y se enfrentaron con los tomados que quedaban. Se produjo un momento de confusión, y después surgió un rugido de los legionares supervivientes cuando les alcanzó la esperanza que les había parecido imposible.

Amara intentó ponerse en pie, y Bernard le dio apoyo, con la espada aún en la mano, mientras los mercenarios y los legionares acababan con los tomados que quedaban. La mayoría de los mercenarios blandían las espadas con la agilidad y la habilidad devastadoras de maestros en el arte del metal.

—Caballeros —susurró Amara—. Son todos caballeros. Cada uno de ellos.

Un hombre derribó a tres tomados con el mismo número de golpes y se dio la vuelta despreocupado y empezó a avanzar hacia Bernard antes de que el último hubiera caído al suelo. Era un hombre gigantesco con una armadura pesada y mientras se acercaba se quitó el yelmo y se lo colocó debajo del brazo. Tenía el cabello oscuro, barba, una cicatriz bastante fea en la mejilla, que no era demasiado antigua, y sus ojos eran tranquilos, indiferentes y desapasionados.

—Tú —exclamó Bernard.

—Aldrick ex Gladius —aclaró Amara—. De los Lobos del Viento. Al servicio del Gran Señor de Aquitania. Creía que estabais muerto.

El capitán de los mercenarios asintió con la cabeza.

—Esa era la idea —replicó e hizo un gesto hacia los mercenarios que estaban ocupados en liquidar a los últimos enemigos y en buscar a los heridos que necesitaban asistencia—. Saludos de la estatúder Isana, señor conde, condesa Amara.

Bernard frunció los labios.

—¿De verdad? Entonces encontró ayuda en la capital.

Aldrick asintió con un gesto seco.

—Nos enviaron a ayudar a la guarnición por todos los medios necesarios. Mis disculpas por no haber llegado antes, pero nos ha retenido el mal tiempo, aunque supongo que eso significa que teníamos una bonita tormenta con la que jugar cuando llegásemos. —Levantó los ojos hacia el cielo y murmuró—. Eso elimina parte de la diversión, pero no resulta profesional dejar que se echen a perder este tipo de recursos.

—No puedo decir que lamente recibir vuestra ayuda, Aldrick —reconoció

Bernard—. Pero tampoco puedo decir que me alegre veros. La última vez casi me arrancáis las tripas sobre las murallas de Guarnición.

Aldrick ladeó la cabeza.

—Habéis sido soldado. No era nada personal, Su Excelencia. Ni pido disculpas ni disfruté especialmente con lo que hice. Pero necesito que me digáis ahora mismo si podéis vivir con eso. De una manera u otra, lo mejor es dejarlo claro de inmediato.

Bernard le frunció el ceño y asintió con un gesto seco.

—Puedo vivir con ello. Me gustaría tener noticias de la estatúder Isana.

Aldrick asintió.

—Por supuesto, aunque tengo poco que decir. Pero primero, Su Excelencia...

Bernard hizo un gesto con la mano.

—Bernard. Habéis salvado la vida de mis hombres. No es necesario que utilicéis el título.

Aldrick ladeó la cabeza y su expresión cambió sutilmente. Incluyó la cabeza con un gesto breve pero significativo de respeto antes de continuar.

—Sugiero que nos refugiamos en la cueva. Mis caballeros Aeris le han robado bastante potencia a las furias del viento, y sin duda enviarán a manes del viento en busca de venganza. Con vuestro permiso, conde, nos refugiaremos en la cueva hasta que haya pasado la tormenta. Mis artífices del agua se pueden ocupar de los heridos mientras estemos allí.

Amara no dejó de fruncirle el ceño a Aldrick, pero cuando Bernard la miró, asintió débilmente.

—Podemos dilucidar nuestras diferencias del pasado después de sobrevivir a la tormenta.

—Excelente —reconoció Aldrick, y se alejó para consagrarse a sus preocupaciones profesionales.

Movió la mano en una serie de gestos rápidos y se dirigió a uno de los mercenarios, que difundió las órdenes entre los demás. Bernard ordenó que se reuniera a los heridos aleranos y que se emprendiera el regreso a la cueva para protegerse de la tormenta que estaba a punto de desencadenarse.

—Puedo andar —le dijo Amara a Bernard, aunque al dar el primer paso de prueba casi se cayó.

—Tranquila, cariño —le dijo mientras la cogía—. Deja que te lleve. Tienes un golpe en la cabeza.

—Hummm —murmuró Amara con un suspiro, y entonces abrió los ojos poco a poco—. Oh, querido.

—¿Oh, querido? —preguntó Bernard.

Ella levantó la mano y se tocó el cuello, donde el anillo de Bernard seguía colgado de la cadena.

—Oh, querido. Hemos sobrevivido. Estamos vivos. Y... y estamos casados.

Bernard parpadeó varias veces.

—Por qué, sí —susurró—. Supongo que es verdad. Estamos vivos. Y estamos casados. Supongo que ahora tendremos que estar juntos. Incluso nos podremos enamorar.

—Exacto —repitió Amara, quien cerró los ojos cansados con un suspiro y se apoyó en la fuerza de su pecho—. Esto lo fastidia todo.

Bernard dio varios pasos, y la llevó sin ningún esfuerzo aparente.

—Entonces, ¿quieres seguir conmigo? —le preguntó.

Ella levantó la cara y lo besó en el cuello.

—Para siempre, mi señor, si me queréis.

Bernard respondió con la voz tomada por la emoción.

—Sí, mi señora. Y me siento muy honrado.

Tavi fue el primero en subir corriendo la escalera de caracol. El golpe de acero contra acero les advirtió de que se estaban acercando. Bastantes escalones más tarde, las losas del suelo se oscurecieron y se pusieron resbaladizas a causa de la sangre derramada. Tavi alzó la vista, y vio cómo el capitán Miles defendía la escalera contra los canim. Uno de los cane había caído. Su cuerpo yacía sin vida sobre los escalones de piedra, y su sangre había formado el riachuelo que los manchaba. Los compañeros del cane muerto tan solo habían pasado por encima del cadáver, clavando en él sus pies con garras para no perder pie en la escalera traicionera y resbaladiza.

La potencia de sus enemigos había ido empujando a Miles que se había visto obligado a ir cediendo escalones, y lo habían herido de nuevo; su pierna izquierda estaba empapada en sangre de la rodilla para abajo. En consecuencia, su equilibrio era extraño y precario en el giro de la escalera y tenía que cambiarlo con torpeza para bajar otro escalón, mientras su oponente descargaba golpe tras golpe sobre el capitán herido.

Detrás de Miles, apoyado pesadamente en la pared, se encontraba el maestro Killian. Su espada se encontraba a varios escalones de distancia, y agarraba con fuerza el bastón contra el pecho, empapado en sangre igual que el hombro: a él también lo habían herido.

—¿Tavi? —jadeó Killian—. ¡Corre, corre, muchacho!

—Fade —llamó Tavi, quien apretó la espalda contra la pared para dejarle paso al esclavo quemado.

Fade levantó los ojos hacia Tavi antes de mirar a Miles, momento en que se abrieron mucho al ver las heridas del hombre y comprobar cómo lo habían ralentizado y debilitado. Los ojos de Fade se entornaron y se puso en movimiento, pasando como una flecha al lado de Tavi para llegar junto a sir Miles.

—¡Miles! —gritó Fade—. ¡Aparta por abajo!

El capitán Miles se movió con el tipo de respuesta instantánea que solo se puede conseguir con mucho entrenamiento y práctica. Hizo una finta alta con la espada y, justo cuando Fade llegó a su lado, se dejó caer y rodó hacia la izquierda. Rebotó contra varios escalones.

Fade no blandió la espada hasta que Miles se dejó caer, pero entonces esta saltó de la funda en un tajo que cortó el aire con un siseo malicioso. Impactó en la espada del cane en su punto más débil, justo por encima de la empuñadura y la convirtió en una lluvia de esquirlas de acero escarlata que golpearon la piedra soltando chispas. El segundo golpe le cortó la pierna al cane a la altura de la rodilla; cuando caía un tercer tajo separó la cabeza del cuerpo de la criatura. Fade descargó una patada en el pecho del cuerpo caído, que se inclinó hacia atrás, lanzando un chorro de sangre como si

fuera una fuente contra la nariz y los ojos del siguiente cane en la fila.

Fade avanzó, se colocó sobre el cane caído para no resbalar, y su espada traspasó la guardia del cane cegado, abriéndole el vientre con un tajo en forma de S, que derramó sangre y otros fluidos sobre los escalones. El cane cayó, mordiendo con las mandíbulas y tajeando con la espada mientras moría, pero Fade lo bloqueó con una habilidad casi desdeñosa, y terminó con el cane con un remolino que le cortó el cuello y le permitió volar hacia el siguiente escalón, mientras descargaba un tajo que iba destinado al siguiente cane en la fila.

Tavi se acercó corriendo al maestro, y comprobó las heridas de Killian. Había recibido un tajo bastante feo en la curva del músculo entre el cuello y el hombro, y había tenido suerte de que la espada no hubiera profundizado más. Tavi sacó el cuchillo y se cortó un trozo de capa, la dobló varias veces y la apretó sobre la herida.

—Apretad fuerte —le ordenó.

Killian le obedeció con un rostro pálido a causa del dolor.

—Tavi. No los puedo ver —se quejó con voz contenida—. No puedo... dime lo que está pasando.

—Fade está luchando —explicó Tavi—. Miles está herido, pero vivo. Ahora hay tres canim menos.

Killian dejó escapar un leve gemido.

—Hay diez más detrás de ellos —indicó—. Los he sentido antes. Uno de ellos hirió a Miles en la pierna cuando lo derribó. Le mordió antes de morir, y Miles cayó. Tuve que intervenir hasta que se puso en pie. Idiota. Soy demasiado viejo para pensar que podía cometer esta idiotez.

—Diez —jadeó Tavi.

La sorpresa de la llegada de Fade a la lucha se había desvanecido y ahora combatía sin conseguir ningún avance y su espada chocaba con la del cane en una sucesión de ataques y paradas ejecutadas con una velocidad letal.

De repente se produjo una ráfaga de aire que subió por la escalera que tenían debajo, seguido de un estallido hueco y ensordecedor que hizo temblar todas las piedras.

—Cuervos sangrientos —maldijo Tavi, apretándose contra la pared para no caer—. ¿Qué ha sido eso?

Killian ladeó la cabeza con los ojos ciegos mirando a la nada.

—Artificio de fuego —explicó—. Uno grande. Quizás en la sala al principio de la escalera.

—La Guardia —exclamó Tavi con el pecho henchido por una oleada repentina de esperanza—. Ya vienen.

—T-tenemos que resistir —dijo Killian—. Tenemos... —El maestro se tambaleó y estuvo a punto de caer.

Tavi atrapó el peso ligero de su cuerpo con una maldición.

—¡Kitai! —llamó.

Kitai subió de inmediato con la espada en la mano y los ojos fijos en la lucha unos escalones más arriba.

—¿Está muerto?

—Aún no —respondió Tavi—. Llévatelo. Ponlo al pie de la escalera al lado de Max.

Kitai asintió con un gesto seco y se pasó la espada por el cinturón, antes de coger a Killian con la misma facilidad que había demostrado Tavi.

—Espera —le ordenó, y de manera precipitada cortó otra tira de la capa y la usó para fijar el trapo empapado en sangre que había colocado sobre la herida del maestro—. Ya está. Vete.

Kitai asintió y lo miró a los ojos con preocupación.

—Ten cuidado, alerano.

—No tardemos mucho —replicó Tavi, y ella volvió a asentir antes de darse la vuelta para bajar la escalera.

Tavi se acercó a Miles. El capitán se había conseguido sentar con la espalda apoyada en la pared y estaba jadeando con los ojos cerrados. Parecía totalmente extenuado. El pecho se movía con pesadez, tenía la cara ensangrentada y horrible con la cuenca del ojo vacía, y se quejaba de dolor a pasar de su artificio. Tavi se arrodilló a su lado y el brazo de Miles que sostenía la espada se movió casi por voluntad propia, colocando la punta en el cuello de Tavi.

Tavi se quedó helado con los ojos muy abiertos.

—Sir Miles, soy Tavi.

El capitán herido abrió los ojos y le parpadeó a Tavi con gran cansancio. La espada tembló y cayó. Tavi se inclinó de inmediato para examinar las heridas de Miles. Las de la cara tenían un aspecto terrible, pero no eran mortales, y algunas de ellas ya se habían cerrado con la sangre coagulada. La de la pierna era mucho peor. Los dientes del cane se habían hundido en la carne del muslo, justo por encima de la rodilla, y habían tirado salvajemente de manera que tenía el aspecto de carne cruda. Tavi se quitó la capa y usó la tela para cortar otro emplasto grueso y atarlo con fuerza.

—¿La Guardia? —murmuró Miles con voz cansada y débil—. ¿Ha llegado la Guardia?

—Aún no —respondió Tavi.

—¿Ento-entonces quién? Esa era... esa era una vieja orden de combate. «Aparta por abajo». Hacía años que no la escuchaba. —Parpadeó antes de girar la cabeza casi como si estuviera borracho hacia la batalla que se desarrollaba unos escalones por encima.

Miles se quedó helado. Sus ojos se abrieron de par en par y abrió los labios para dejar escapar un sonido suave y débil. Empezó a temblar con tanta violencia que Tavi lo pudo sentir en las manos mientras terminaba de vendar el muslo del capitán.

—Esto no es... —Su rostro se contorsionó en una mueca grotesca—. No, esto no es posible. Está muerto. Murió con Septimus. Todos murieron con Septimus.

Fade pasó por debajo de un golpe lateral de la espada del cane, antes de descargar un par de tajos que dejaron inútil el brazo de la espada del cane y a continuación le arrancó el morro de la cabeza. El cane cayó hacia él en un movimiento frenético y repentino con la intención de agarrarlo con la mano que le quedaba, pero Fade se apartó, bajó tres escalones ante la caída del cane, y descargó un tajo que le arrancó una parte del cráneo y lo mató al instante. Casi no tuvo tiempo de levantar la espada para bloquear el ataque del siguiente cane, y la fuerza maliciosa de la criatura lo obligó a situarse a la defensiva y ceder otro escalón.

—Ahora lo tienes que desequilibrar —indicó Miles con voz apagada—. Haz que se vea desbordado y ataca el brazo armado y la pierna.

El cane falló por un pelo el tajo contra el cuello de Fade, quien estuvo a punto de sucumbir ante el movimiento de vuelta, y se tambaleó al borde del escalón siguiente mientras el cane avanzaba. En el instante antes de golpear, Fade recuperó el equilibrio a tal velocidad que Tavi supo que había sido un engaño desde el principio, se agachó bajo la hoja del cane para colocarse dentro de su guardia y descargar un tajo demoledor contra el brazo con el que sostenía el arma y después contra la pierna adelantada en un solo movimiento circular. El cane cayó, pero la espada de Fade había vuelto a describir un círculo, usando el peso del cane para conferirle más potencia a su tajo ascendente y cortar la cabeza del guerrero lobo mientras caía.

—Perfecto —reconoció Miles en voz baja—. Perfecto. Siempre ha sido perfecto. —Parpadeó varias veces y Tavi vio cómo una lágrima corría por encima de la sangre en la cara de Miles—. Furias. Ha mejorado desde entonces. Pero no puede ser. No puede ser.

—Miles —dijo Tavi en voz baja—, no estáis viendo cosas. Es vuestro hermano.

—Araris está muerto —bufó Miles.

—A mí me parece que está bastante vivo —replicó Tavi.

Miles volvió a negar con la cabeza, llorando, mientras la espada de Fade trazaba una telaraña de acero impenetrable entre él y el siguiente guerrero cane.

—Mira eso —murmuró con un tono que de repente volvía a ser distante—. Esa era la defensa preferida de Septimus. La aprendió de los piratas que luchaban sobre cubiertas resbaladizas con mal tiempo. El príncipe nos la enseñó a todos. O lo intentó. Solo Aldrick y Araris la llegaron a dominar de verdad. ¿Cómo es posible que no lo haya visto? —Miró a Fade y a Tavi con expresión desconcertada—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede estar aquí?

—Vino conmigo —respondió Tavi en voz baja—. Desde Calderon. Ha sido esclavo en la explotación de mi tío desde que yo era niño. Gaius lo trajo conmigo.

—Gaius. ¿Por qué querría Gaius...? —Su voz calló de repente y sus ojos se volvieron a abrir. Bajo la sangre que le cubría la cara, la piel de Miles se volvió blanca y miró a Tavi—. Grandes furias —susurró—. Grandes y malditas furias.

Tavi le frunció el ceño a Miles.

—¿Qué ocurre?

Miles abrió la boca, pero dudó con una expresión angustiosa de dolor, cansancio y sorpresa.

—¡Tavi! —gritó Fade de repente, y Tavi miró hacia arriba con toda rapidez.

Fade seguía luchando con furia, su vieja espada soltando chispas contra el acero de sangre de las armas canim, pero un movimiento en el techo atrajo la atención de Tavi cuando unas siluetas larguiruchas y con muchas patas se deslizaron con rapidez y agilidad por las piedras.

Arañas de la cera. Guardianas.

Miles agarró la espada, pero las arañas de la cera no les atacaron. Tan solo pasaron por encima de sus cabezas, se movieron en una línea ondulante formada por una docena o más, y desaparecieron por la curva de la escalera que conducía hacia abajo.

El Primer Señor. Max. El maestro. Todos yacían indefensos allá abajo. El veneno mortal de las arañas acabaría con ellos. Solo Kitai era capaz de defenderse sola y no sabía que habían llegado las arañas. No podría defender a todos los heridos, y la cogían desprevenida. Tendría suerte si sobrevivía ella.

—Gaius —siseó Miles—. Bajan a por Gaius.

Intentó afirmar la pierna para ponerse de pie, pero Tavi se dio cuenta de repente que el cane había herido la pierna buena de Miles. La otra, la que nunca se llegó a curar del todo, la que le había proporcionado una cojera permanente, no podía aguantar todo su peso. Aunque las heridas le hubieran permitido usar las piernas, Tavi no estaba seguro de que Miles se pudiera poner de pie por sus propios medios, porque el cansancio y la pérdida de sangre se habían cobrado un precio terrible y Tavi se dio cuenta de que lo único que podía hacer Miles era permanecer consciente.

Tavi empujó a Miles contra la pared.

—Quedaos aquí —ordenó—. Iré yo.

—No —gruñó Miles—. Voy contigo.

Intentó levantarse de nuevo, pero Tavi lo empujó con gran facilidad contra la pared.

—¡Capitán! —Se encontró con los ojos de Miles y dijo sin rencor alguno—: En estas condiciones no podéis ayudar a nadie, solo me retrasaríais.

Miles cerró los ojos durante un momento con la boca apretada en una línea

amarga. Entonces asintió, cogió la espada y le ofreció a Tavi la empuñadura ensangrentada.

Tavi aceptó la espada del capitán y lo miró a los ojos. Miles intentó sonreír y agarró el hombro de Tavi con una mano.

—Vete, muchacho.

El corazón de Tavi latió de terror, tan puro y extraño como no había sentido nunca en su vida; no lo sentía por sí mismo, aunque tenía miedo. No le aterrorizaba tanto la perspectiva de la muerte como la posibilidad de que no estuviera a la altura de la tarea. Era el único que podía avisar a Kitai y defender a los heridos de las arañas de la cera.

Las consecuencias del fracaso eran demasiado horribles para pensar en ellas, y cada segundo que pasaba jugaba en su contra.

Mientras esos pensamientos le corrían por la cabeza, Tavi colocó la hoja de la espada a lo largo del antebrazo por si resbalaba en los escalones y salió corriendo con una fuerza salvaje.

A Fidelias no le gustaba nada volar.

De acuerdo, subir volando el largo pozo en las Profundidades tenía poco que ver con planear sobre el campo, al menos visto de manera superficial, pero si se analizaba a fondo cada una de las experiencias la única diferencia real era que el vuelo en el exterior ofrecía mejores vistas. Fidelias seguía viajando a una velocidad terrorífica y no tenía ningún control sobre la velocidad o su curso y, lo que era mucho más importante, su vida dependía totalmente de otra persona.

Lady Aquitania lo podía matar en cualquier momento sin tener que hacer nada. La gravedad lo precipitaría contra el suelo que se encontraba muy abajo, y no era probable que cualquiera que encontrase su cuerpo lo pudiera identificar y mucho menos vincularlo con ella. No podría hacer nada por detenerla, y sabía perfectamente que era capaz de un asesinato a sangre fría. Si se llegaba a convertir en un obstáculo para sus ambiciones, no dudaría en eliminarlo.

Por supuesto, siguió meditando, se podía argumentar que lady Aquitania lo podía matar en cualquier momento, por cualquier razón o sin ninguna, y él podía hacer muy poco por detenerla. Se había vuelto contra la Corona y se había comprometido con la causa de la casa de su esposo, y solo la satisfacción continuada con sus servicios evitaba que lo entregasen a la Corona o, lo que era mucho más probable, lo liquidasen en secreto. Ahí estaba. Su reacción al largo vuelo por el pozo era irracional. Ahora no se encontraba en un peligro más inminente que en cualquier otro momento.

Pero seguía sin gustarle nada volar.

Miró de reojo a lady Aquitania mientras se elevaban en una columna de viento. El estandarte oscuro de su cabello se agitaba de un lado a otro como un pendón en la tormenta y lo mismo hacía su vestido de seda, ofreciendo la visión ocasional de sus piernas pálidas y bien torneadas. Hacía mucho tiempo que Fidelias había abandonado la duda natural de la mayoría de las personas a tratar a los artífices del agua como sus contemporáneos a pesar de la juventud aparente de sus rasgos. Había tratado a demasiados hombres y mujeres aparentemente jóvenes que tenían la experiencia y el juicio de muchos más años de los que indicaba su apariencia. Lady Aquitania era un poco más joven que Fidelias, pero su rostro, silueta y figura eran los de una mujer en la flor de la edad.

No es que Fidelias hubiera visto sus piernas o algo más antes de ahora.

Ella se dio cuenta de que la miraba y le lanzó una sonrisa con los ojos brillantes. Entonces señaló con la cabeza hacia arriba, donde el puntito de luz que marcaba el final del pozo había ido creciendo constantemente al acercarse, hasta que Fidelias pudo ver los barrotes de hierro que cerraban la boca del pozo.

Fueron frenando hasta que se detuvieron justo debajo de los barrotes, y Fidelias

contó el tercero desde la derecha antes de hacerlo girar y empujarlo con fuerza. El barrote salió de su soporte y Fidelias pasó a través del hueco. Después se inclinó para ofrecerle su mano a lady Aquitania cuando pasara por el mismo sitio.

Aparecieron en un pasillo dentro del palacio que iba desde las cocinas hasta las salas de banquetes y los apartamentos reales. Sonaban las campanas de alarma, y Fidelias sabía que el sonido recorrería casi todos los pasillos del palacio. A esas horas de la noche, el pasillo de servicio debía de estar desierto, pero siempre existía la posibilidad de que un guardia, respondiendo a la alarma, lo utilizase a modo de atajo. Y no solo eso, sino que faltaba una hora para que los primeros sirvientes se encaminaran hacia la cocina para empezar a preparar los desayunos. Cuanto antes lo abandonaran, mejor.

—Sigo considerando que esto no es nada inteligente —murmuró Fidelias, mientras cogía su arco corto y pesado, disponía una flecha en la cuerda y comprobaba que las demás estaban a mano—. Es una locura que os arriesguéis a que os vean conmigo.

Lady Aquitania chasqueó la lengua y movió la mano con un gesto desdeñoso.

—Lo único que tienes que hacer es guiarme hasta el revuelo, y después desapareces —replicó, haciendo un gesto de dolor y tocándose la frente con la mano.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Fidelias.

—Los artificios de viento a veces me provocan dolor de cabeza —contestó ella—. Tuve que extraer todo ese aire desde el río e impulsarlo por las Profundidades para elevarnos hasta aquí. Ha sido extremadamente pesado.

—¿Aire? —preguntó Fidelias—. ¿Pesado?

—Cuando intentas mover mucha cantidad lo es, mi querido espía, créeme. —Bajó la mano y miró alrededor con el ceño fruncido—. ¿Un pasillo de servicio?

—Sí —respondió Fidelias y emprendió la marcha—. Estamos cerca de las habitaciones reales y la escalera que baja a la cámara de meditación. Existen muchas entradas a las Profundidades en esta zona del palacio.

Lady Aquitania asintió y mantuvo el paso. Se colocó detrás de Fidelias, quien la condujo a través de una sala que se encontraba a corta distancia para llegar a una intersección que les permitiría rodear un puesto de guardia. Aunque sospechaba que toda la Guardia Real estaba respondiendo a las campanas de alarma, no había necesidad de correr riesgos. Fidelias atravesó la entrada de servicio que daba a una sala de estar ricamente amueblada, en penumbra y tranquila porque la primera esposa de Gaius había muerto hacía unos veinte años y ahora solo se abría para limpiar y quitar el polvo. En el interior de la sala de estar, una sección de los paneles de roble que cubrían las paredes de piedra se apartaron hacia un lado dejando a la vista un pasillo estrecho.

—Me encantan —murmuró lady Aquitania—. ¿Adónde conduce?

—A las antiguas habitaciones de lady Annalisa —murmuró Fidelias—. Esta habitación fue en su momento el estudio de Gaius Pentium.

—¿Con una conexión directa con las habitaciones de su amante? —Lady Aquitania movió la cabeza con una sonrisa—. Palacio o no, todo es mezquino cuando rascas la superficie.

—Eso es cierto.

Cerraron los paneles a sus espaldas y aparecieron en un gran dormitorio centrado alrededor de una cama enorme que estaba ligeramente elevada sobre el suelo. Esa habitación también daba la impresión de que no se utilizaba desde hacía mucho tiempo. Fidelias la cruzó hasta la puerta, que abrió ligeramente, y miró hacia el pasillo.

El ruido y los gritos del combate resonaron en cuanto abrieron la puerta. A unos nueve metros la Guardia Real se apelonaba ante la escalera que conducía a la cámara de meditación del Primer Señor. Fidelias jadeó con rapidez. La puerta de metal se encontraba caída en el suelo de la sala, derribada por un impacto de una fuerza increíble. Mientras estaba mirando, un guardia entró por la puerta con el arma dispuesta y se tambaleó hacia atrás un instante después, agarrándose con las manos una herida muy larga en el abdomen. Lo apartaron a un lado, donde un sanador con aspecto muy agobiado estaba atendiendo a los otros heridos. Se limitaba a cerrar con su artificio las heridas más graves para mantenerlos vivos hasta que pudiera ocuparse de ellos con más tranquilidad. Otro miembro de la Guardia intentó abrirse paso a través de la puerta, pero estaba claro que la alarma los había cogido desprevenidos, y no parecía haber ninguna organización detrás de sus esfuerzos.

—Espera aquí —indicó lady Aquitania. Salió de la habitación. Caminaba con paso firme hacia el guardia más cercano, a quien le preguntó con tono firme y autoritario—: Guardia, ¿quién está al mando de este tumulto?

El hombre giró la cabeza y parpadeó ante la Gran Señora, de manera que tuvo que mover varias veces la boca hasta que pudo articular palabra.

—Por aquí, Vuestra Gracia. —La acompañó hasta el sanador y llamó—: ¡Jens! ¡Jens! ¡Lady Aquitania!

El sanador levantó rápidamente la cabeza, evaluando a lady Aquitania durante un breve segundo, antes de saludar con un gesto y retomar su trabajo.

—Vuestra Gracia.

—¿Eres el oficial al mando? —preguntó.

Una lanza salió disparada del cuerpo de guardia como si la impulsase un arco gigantesco, derribando a otro de los guardias. El hombre empezó a gritar.

—¡Traedlo aquí! —gritó el sanador, que volvió a mirar a la Gran Señora—. No encontramos al capitán por ningún sitio, y todos los centuriones regulares de servicio están muertos, pero técnicamente yo tengo el rango de centurión.

Los guardias le llevaron al hombre empalado, y el sanador cogió su instrumental. Extrajo una sierra para cortar hueso, con la que empezó a cortar el astil de la lanza.

—¡Malditos cuervos —gruñó—, mantenedlo quieto! —Lanzó una sonrisa lúgubre cuando cortó el palo y extrajo el arma de la herida del guardia—. Si me perdonáis, Vuestra Gracia... Si no les presto toda mi atención a estos hombres, morirán.

—Si alguien no se encarga de mandarlos, vas a tener que atender a muchos más —replicó lady Aquitania, quien le frunció el ceño al sanador antes de añadir—: Asumo el mando hasta que lleguen uno de vuestros centuriones o el capitán.

—Sí, vale —asintió el sanador, que levantó la mirada hacia uno de los guardias y ordenó—: Deja que lady Aquitania organice las cosas, Rictus.

—Sí, señor —dijo el guardia—. Uh, Vuestra Gracia, ¿cuáles son sus órdenes?

—Informa —replicó tajante—. ¿Qué está pasando exactamente?

—Hay cuatro o cinco canim defendiendo el primer cuerpo de guardia contra nosotros —informó el guardia—. Han matado a los guardias en la sala y una docena de los que han intentado entrar, entre ellos el centurión Hirus. Vienen más hombres de camino, pero esta noche nuestros caballeros están de permiso y los estamos intentando localizar.

—¿Quién está ahí abajo?

—No estamos seguros —respondió el guardia—. Pero el paje del Primer Señor llegó hace un rato y nos avisó de un ataque, y a estas horas de la noche Gaius suele encontrarse en su cámara de meditación. Los hombres del primer cuerpo de guardia murieron luchando, así que debió de advertirles.

—Algunos canim se quedaron para defender la puerta contra vosotros mientras los demás iban detrás del Primer Señor —convino lady Aquitania—. ¿Cuánto tiempo llevan sonando las alarmas?

—Unos diez minutos, Vuestra Gracia. Pero en diez minutos más ya estarán aquí los caballeros.

—El Primer Señor no dispone de tanto tiempo —replicó, y se giró hacia la puerta, hablando en lo que parecía un tono de voz normal, pero que se impuso claramente a los sonidos de la batalla transmitiendo una autoridad absoluta—. Guardias, apartaos de inmediato de la puerta.

Lady Aquitania se situó delante del hueco de la puerta y los guardias se retiraron al verla. Miró hacia el interior de la habitación, frunció el ceño y levantó la mano izquierda con la palma hacia arriba. De repente apareció una luz roja, después cobró vida una esfera de fuego del tamaño de una uva.

—¡Vuestra Gracia! —protestó el guardia—. Un artificio de fuego puede ser peligroso para los que se encuentran más abajo.

—Un fuego grande lo sería —replicó lady Aquitania, y lanzó la esfera de fuego a

través del hueco de la puerta.

Desde donde se encontraba, Fidelias no podía ver lo que ocurría a continuación, pero se produjo un sonido ensordecedor y una luz muy brillante surgió de la habitación. Vio cómo la esfera cruzaba muchas veces como un rayo por delante del hueco de la puerta, moviéndose como un borrón rapidísimo y rebotando en todas las superficies del interior. Lady Aquitania se quedó mirando hacia dentro al menos durante un minuto antes de asentir con un gesto seco y decisivo.

—Despejado. ¡Caballeros, a por el Primer Señor!

Algo hizo que el instinto de Fidelias le hiciera saltar todas las alarmas y abrió la puerta lo suficiente para mirar en la otra dirección de la sala mientras la Guardia Real penetraba en el cuerpo de guardia.

Era la primera vez que veía a los vord.

Un par de siluetas negras y jorobadas estaban atravesando la sala, cada una de ellas del tamaño de un caballo pequeño y cubierta con unas placas quitinosas de color negro. Tenían unas patas parecidas a las de los insectos y se movían con un paso extraño y huidizo que a pesar de eso cubrían el terreno con rapidez. En el suelo a su lado, sobre las paredes a su alrededor e incluso en el techo sobre sus cabezas, estaban acompañadas por varias docenas de figuras pálidas del tamaño de un perro salvaje, también cubiertas con placas quitinosas y que se desplazaban sobre ocho ágiles patas de insecto.

Los contempló durante medio segundo y empezó a gritar una advertencia, pero se refrenó. Había treinta o cuarenta guardias en el pasillo, y no dejaban de llegar más. Si uno de ellos lo viera, lo más probable sería que no pudiera abandonar vivo el palacio. La decisión más racional era permanecer en silencio.

Las criaturas se acercaron y Fidelias vio las pesadas mandíbulas en las bestias más grandes y los colmillos retorcidos en las más pequeñas. Aunque parecía imposible, nadie en la sala las había visto aún. Todo el mundo estaba concentrado en entrar por la puerta para ayudar al Primer Señor. Lady Aquitania estaba de espaldas a los vord, atendiendo una petición del sanador frenético.

Los vord se acercaban.

Fidelias los miró y se dio cuenta de algo. Le preocupaban los hombres que había en la sala. Le preocupaban los heridos que yacían indefensos en el suelo de mármol y el sanador desesperado que intentaba atenderlos, y también le preocupaba lady Aquitania, quien había actuado con una precisión decisiva para controlar el caos con el que se había encontrado al llegar.

Una de las arañas pálidas saltó con agilidad a unos seis metros por delante de sus compañeras, aterrizando en el suelo de mármol y a solo seis metros de la espalda de lady Aquitania. Sin detenerse, saltó otra vez hacia ella.

Exponerse sería el colmo de la irracionalidad. Un suicidio.

Fidelias levantó el arco, tiró de la cuerda y derribó en el aire a la araña a menos de un metro de lady Aquitania. La flecha atravesó a la criatura y la clavó contra el recubrimiento de madera de la pared, donde la criatura se contorsionó impotente en medio de su agonía.

—¡Vuestra Gracia! —tronó Fidelias—. ¡Detrás!

Lady Aquitania se dio la vuelta y los ojos le brillaron al mismo tiempo que sacaba la espada y veía la amenaza que se cernía sobre ellos. Los guardias, una vez avisados, reaccionaron con una velocidad producto de los entrenamientos, y las armas aparecieron como por arte de magia, pero una nube de arañas pálidas se lanzó hacia ellos como si fueran una marea extraña.

Los hombres empezaron a gritar, y sus voces se unieron a un coro de chillidos y silbidos. El acero se hundió en las arañas pálidas y los colmillos encontraron la carne desnuda en los cuellos, en las pantorrillas y en cualquier zona que no estuviera protegida por la armadura.

Fidelias había presenciado muchas batallas. Había visto artificios de combate tanto a gran como a pequeña escala. Había trabajado muy de cerca con unidades de caballeros, se había enfrentado a otros artífices de las furias con diversos niveles de fuerza, y había visto la potencia letal de dichos artificios.

Pero nunca había presenciado cómo entra en batalla alguien que pertenece a la Alta Sangre de Alera.

En cuestión de segundos comprendió el enorme abismo que existía entre el poder de un caballero, o el suyo, y el de alguien con la sangre y la habilidad de lady Aquitania.

Mientras las arañas se lanzaban contra ellos, toda la sala se convirtió en un caos, excepto la zona que rodeaba a lady Aquitania. Su espada se movía como un relámpago de luz, interceptando una araña detrás de otra y golpeando con una precisión letal. Su expresión no alteró la máscara serena que solía lucir, mientras detenía la oleada inicial de criaturas saltarinas, y en el mismo instante que consiguió unos pocos segundos sin recibir ningún ataque, levantó la mano y gritó con los ojos relucientes.

La mitad de la sala explotó en llamas, que consumieron a los vord en un calor cegador. Una ráfaga caliente como en un horno explotó a través de las salas con otra detonación ensordecedora, pero el artificio solo detuvo brevemente la marea de arañas. Las que habían sobrevivido al fuego se lanzaron por encima de los restos calcinados de sus congéneres.

Y entonces llegaron sus parientes más grandes.

Uno de los guerreros vord atrapó a un guardia, su armadura desvió numerosos golpes de la espada pesada del hombre y lo movió de un lado a otro como si fuera un perro con una rata. Fidelias oyó cómo se rompía el cuello del hombre y el vord lo tiró

a un lado y se precipitó sobre el siguiente en la fila: lady Aquitania.

La Gran Señora dejó caer la espada al acercarse el guerrero vord y atrapó las mandíbulas de la criatura con las manos enguantadas cuando intentó cerrarlas alrededor de su cuello.

La boca de lady Aquitania se torció en una sonrisita divertida y la tierra tembló cuando empezó a extraer fuerza de ella y poco a poco fue abriendo cada vez más las mandíbulas de la criatura, que empezó a retorcerse de manera frenética, pero la Gran Señora de Aquitania no solo no la soltó, sino que también las siguió abriendo hasta que se oyó un crujido escalofriante y el vord empezó a agitar las patas. Lady Aquitania agarró una de las mandíbulas con las dos manos, giró sobre sí misma y lanzó al guerrero a quince metros de distancia contra una alta columna de mármol de la sala, donde se rompió su armadura y cayó al suelo como un juguete roto, derramando fluidos extraños, sufriendo estertores y muriendo.

El segundo guerrero se lanzó directamente sobre ella. Lady Aquitania lo vio venir y, con la misma sonrisita divertida, saltó hacia atrás y hacia arriba en un ágil vuelo, llamando a una ráfaga de viento para que la aupase, de manera que quedó fuera del alcance del guerrero vord.

Pero a pesar de todo su poder, no tenía ojos en el cogote, y unas arañas que no había visto bajaban hacia ella desde el techo. Fidelias no perdió el tiempo pensando, sino que se concentró en la tarea de enviar un par de pesadas flechas para que recorrieran la distancia que los separaba, clavando una de las arañas contra el techo antes de que hubiera podido caer unos centímetros y apartando a la otra cuando se encontraba a menos de medio metro de la cabeza de lady Aquitania.

Ella giró la cabeza con rapidez y contempló el resultado de los disparos de Fidelias, momento en que le lanzó una sonrisa feroz y cálida. Por debajo de ella, ahora los guardias estaban luchando unidos, superada la sorpresa inicial del ataque vord, y estaban llegando refuerzos, entre ellos dos caballeros Flora y media docena de caballeros Ferro, cuyas habilidades con el arco y la espada acabaron rápidamente con el segundo guerrero vord.

Lady Aquitania se desplazó por encima de los guardias heridos que se encontraban en el suelo y con indiferencia derribó a las arañas que se les acercaban con puñados de viento y llamas. En cuanto aparecieron más guardias, aterrizó en el suelo de mármol delante de la puerta de la habitación en la que se encontraba Fidelias.

—Bien hecho, Fidelias —le elogió en voz baja—. Tu puntería ha sido soberbia. Y muchas gracias.

—¿Creíais que no os iba a dar mi apoyo cuando empezase la acción, mi señora? Ella ladeó la cabeza.

—Te has expuesto para avisarme, Fidelias. Y para advertir a los guardias. Si no

tuvieran ninguna preocupación más urgente, esos hombres te perseguirían y te matarían.

Fidelias asintió.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué te has arriesgado por ellos?

—Porque, mi señora —respondió en voz baja—, me he vuelto contra Gaius. No contra Alera.

Ella entornó los ojos y asintió pensativa.

—Ya veo. No es algo que hubiera esperado de ti, Fidelias.

Él le hizo una inclinación de cabeza.

—Algunas de esas criaturas parecidas a arañas han conseguido pasar y han bajado por la escalera.

—Poco podemos hacer por eso —replicó lady Aquitania—. Lo mejor será que te vayas ahora mismo, antes de que termine el combate y alguien se dé cuenta de que te ha visto. Los guardias ya están bajando por la escalera. Hemos tenido suerte de recibir tu aviso. Sin él, su ataque habría podido tener éxito.

—No creo que su objetivo fuera vencer —reflexionó Fidelias con el ceño fruncido—. Creo que solo pretendía retrasarnos.

—Si es así, solo han sido unos pocos minutos —replicó lady Aquitania.

Fidelias asintió y se apartó de la puerta para volver al pasaje oculto.

—Pero se trata de unos minutos decisivos, mi señora, en un momento desesperado —le recordó—. Las grandes furias no permitan que ahora no sea ya demasiado tarde.

Mientras bajaba a toda velocidad por la escalera, Tavi pensó que no era justo que Gaius lo hubiera tenido subiendo y bajando una y otra vez durante los dos últimos años aquellos malditos escalones, que los cuervos se los llevaran, porque si le hacían recorrerlos una vez más iba a empezar a chillar.

Llegó a los últimos metros de la escalera y atrapó a las arañas de cera.

—¡Kitai! —gritó—. ¡Kitai, más guardianas! ¡Vigila!

Justo al llegar al último escalón oyó el repentino sonido de cristal que se rompía. Entró en la antecámara.

Estaba claro que Kitai había oído a tiempo el aviso de Tavi. Como respuesta, había volado hacia el gabinete de licores del Primer Señor. Una vez allí había cogido botellas de vino de un siglo de antigüedad, y se las había empezado a lanzar con una puntería letal a las primeras arañas de la cera. Cuando Tavi pisó el suelo, tres de ellas ya estaban muertas y tendidas de espaldas, parcialmente aplastadas por los proyectiles de Kitai. Mientras Tavi avanzaba, un par de arañas cayeron sobre la forma reclinada de Max, y tres más se dirigían hacia el maestro Killian.

Kitai saltó para proteger a Killian, sacando la espada del cinturón y gritando en desafío ante las arañas de la cera. Tavi corrió hacia Max y cogió la espada que había a su lado: la hoja de Gaius que Max había utilizado antes. Una de las arañas se inclinó para morder a Max, y Tavi movió la espada antes de que la hubiera podido agarrar de manera adecuada y golpeó sobre todo con la parte plana de la hoja. Al menos el golpe alejó a la araña de Max, y Tavi lanzó una fuerte patada contra la segunda bestia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Killian con voz temblorosa y débil—. ¿Tavi?

—¡Arañas de la cera! —gritó Tavi—. ¡Entrad en la cámara de meditación!

Kitai clavó una de las espadas en una araña. La criatura sufrió una convulsión que le arrancó la hoja de la mano mientras se tambaleaba media borracha por la sala. Le dio una patada a la segunda, que saltó hacia atrás para esquivarla, pero la tercera se situó sobre Killian y hundió los colmillos en el hombro ensangrentado del viejo maestro.

Killian chilló.

Kitai agarró a la araña e intentó apartarla del anciano, pero se aferraba con gran tozudez y cada vez que intentaba tirar de la bestia el maestro soltaba otro grito de dolor.

Tavi dio dos pasos hacia Killian y lanzó un aviso, pero antes de que hubiera pronunciado las palabras, Kitai soltó la araña y rodó hacia un lado. Tavi movió la espada del Primer Señor contra la araña, y el filo de acero atravesó limpiamente el cuerpo de la criatura, cortando lo que debía de ser el cuello de la bestia.

—¡Más botellas! —jadeó Tavi en voz alta y se arrodilló para sostener al anciano.

Killian se agitó y apartó a un lado el cuerpo de la guardiana, mientras Tavi intentaba apartar la cabeza —que seguía mordiendo— del hombro del anciano. Tenía dos heridas profundas que ya se estaban hinchando, y una especie de baba amarilla verdosa surgía de ellas: el veneno.

Tavi se mordió los labios, agarró el pomo de la puerta que daba a la cámara interior y la abrió de un empujón. Después agarró al viejo maestro por el cuello y tiró de él por el suelo hasta entrar en la cámara. El anciano gritó de dolor cuando Tavi lo movió, y emitió un sonido lastimero y poco digno, pero Tavi se tuvo que blindar contra él. Consiguió meter al maestro en la habitación cuando oyó cómo en la antecámara se empezaba a romper más vidrio, así que volvió a salir.

Kitai, con la espalda contra el gabinete de licores, lanzó una pesada botella contra una de las arañas que estaba cerca de Max, acertando y enviándola a la otra punta de la sala. Otra se acercó a ella, de manera que cogió otra botella y la utilizó como si fuera un garrote para aplastar a la araña.

—¡Aquí! —gritó Tavi—. ¡Apártalas de la puerta!

Agarró del cuello a Max y empezó a tirar. Su amigo pesaba el doble que Killian, pero Tavi descubrió que lo podía mover. Necesitaba hacer un gran esfuerzo, pero el entrenamiento y la puesta a punto adicional con el maestro estaban dando sus frutos, y el miedo y el calor de la batalla lo hacían aún más fuerte.

Una araña se acercó a Max, y Tavi le lanzó una torpe estocada con la espada del Primer Señor. Para su sorpresa, la araña se limitó a atrapar la hoja con las mandíbulas y pasó por encima de ella con un movimiento rapidísimo de las patas hasta alcanzarle a Tavi en el brazo.

No lo mordió, sino que se limitó a pasar sobre sus hombros y a bajar por el otro brazo hacia Max. Tavi soltó a su amigo y empezó a mover el brazo salvajemente en todas direcciones, lanzando a la araña hacia arriba y lejos de él, en el preciso instante en que vio cómo una botella de color verde oscuro se rompía contra la bestia y la derribaba.

—¡Date prisa! —gritó Kitai—. ¡Me estoy quedando sin botellas!

Tavi agarró a Max y tiró de él.

—¡Delante de la puerta, de prisa! —chilló.

El vidrio se rompía contra el suelo, derramando vino y licores de mayor graduación por todas partes, mientras Tavi metía a Max en la cámara interior.

—¡Alerano! —gritó Kitai.

—¡Ven, entra! —respondió Tavi a gritos, mientras corría de vuelta a la puerta.

Kitai atravesó la antecámara a la carrera. De paso, recogió la espada que se le había caído. Dos arañas más bajaron por la escalera, se unieron a la media docena que ya estaban allí, y saltaron hacia Kitai.

—¡Cuidado! —gritó Tavi.

De nuevo, antes de completar la palabra, Kitai ya estaba en movimiento, agachándose hacia un lado, pero resbaló en los líquidos derramados y cayó con una rodilla en el suelo.

Las dos arañas aterrizaron sobre ella y empezaron a morderla con violencia. Kitai dejó escapar un aullido de terror y rabia, tirando de ellas, pero no tuvo más suerte de la que había tenido con Killian. Luchó por ponerse en pie y volvió a resbalar.

Le mordió una tercera araña.

Y una cuarta.

La estaban matando.

Una rabia que no se parecía a nada que hubiera sentido antes engulló a Tavi en una nube repentina. Comenzó a verlo todo de un color escarlata, y sintió cómo la furia le recorría las extremidades como si fuera un rayo. Tavi se lanzó hacia delante, y de repente, la espada del Primer Señor ya no era tan pesada como para manejarla con eficacia. Su primer tajo partió por la mitad a una de las arañas y apartó a otra.

Traspasó con la hoja a otra de las arañas, y tuvo que apartarla de una patada de la punta de la espada. Mató a otra de la misma forma, cogió a la chica de la muñeca y la empujó hacia la cámara interior.

Las arañas que quedaban detrás de ellos siseaban de esa manera tan escalofriante. Tavi tanteó alrededor de la puerta, agarró una lámpara de furia que colgaba de la pared y la tiró contra el suelo cubierto de licor delante de la puerta.

Las llamas estallaron enseguida y engulleron a las arañas, que dejaron escapar unos silbidos chirriantes y empezaron a recorrer la sala enloquecidas. Una de ellas pasó por la puerta, evidentemente por pura casualidad, pero Tavi la derribó al suelo con su primer golpe, que la dejó inmóvil, y después acabó con ella con una estocada rápida, empalándola en la espada de Gaius. A continuación giró sobre sí mismo y lanzó a la araña moribunda lejos de la punta de la espada, a través de la puerta parcialmente abierta que daba a la antesala. La araña estalló en una explosión de fluidos verdosos, y su peso hizo que se cerrara la puerta.

Tavi se precipitó a la puerta, pasó los cerrojos y corrió hacia Kitai, que estaba tendida, temblando y sangrando por una docena de heridas pequeñas. La mayoría de ellas estaban hinchadas y manchadas de veneno, como las de Killian, pero otras eran heridas más convencionales, cortes provocados por los cristales rotos que cubrían el suelo.

—Kitai —la llamó Tavi—. ¿Me puedes oír?

Ella parpadeó, levantando sus ojos verdes hacia él y asintió con un gesto casi imperceptible.

—Ve-veneno —dijo.

Tavi asintió y de repente las lágrimas lo cegaron durante un momento.

—Sí. No sé qué hacer.

—Lucha —replicó Kitai en un susurro—. Vive. —Parecía como si quisiera decir algo más, pero los ojos se le giraron hacia dentro y se quedó inmóvil, excepto por algunos débiles estertores.

A unos pasos de distancia, Killian había conseguido incorporarse un poco. Se apoyaba en el codo.

—¿Tavi?

—Estamos en la cámara de meditación, maestro —le explicó Tavi mientras se mordía el labio—. Os han envenenado, al igual que a Kitai. —Tavi se volvió a morder el labio, mirando a su alrededor con desesperación, buscando algo, cualquier cosa que pudiera ayudar—. No sé qué hacer.

—¿El Primer Señor? —preguntó Killian.

Tavi comprobó el camastro.

—Está bien. Respira. Las arañas no se han acercado a él.

Killian tembló y asintió.

—Tengo mucha sed. Quizá sea el veneno. ¿Hay agua?

Tavi esbozó una sonrisa sombría.

—No, maestro. En realidad deberíais tenderos. Relajaos. Intentad conservar las fuerzas. La guardia llegará en cualquier momento.

El anciano negó con la cabeza. El pulso del cuello le temblaba mucho, y las venas de la frente y de las sienes latían de manera visible.

—Ya es demasiado tarde para eso, muchacho. Soy demasiado viejo.

—No digáis eso —replicó Tavi—. Os vais a recuperar.

—No —insistió Killian—. Acércate. Me duele hablar. —Movié la mano para que Tavi se acercase.

Tavi se inclinó sobre él para escuchar.

—Debes saber —comenzó— que he estado implicado con Kalare. Trabajando con sus agentes.

Tavi parpadeó.

—¿Qué?

—Tenía que ser una trampa. Quería tenerlos cerca, donde pudiera ver sus movimientos. Les di información falsa. —Volvió a temblar, y las lágrimas surgieron en sus ojos ciegos—. Pero tenía que pagar un precio. Un precio terrible. Para demostrarles mi lealtad. —Un sollozo escapó de su garganta—. Estaba equivocado. Me equivoqué al hacerlo, Tavi.

—No lo entiendo —reconoció Tavi.

—Debes —siseó Killian—. Espía. De Kalare... —De pronto cayó al suelo y se le aceleró la respiración, como si estuviera corriendo—. A-aquí —jadeó—. Kalare. Su jefe de asesinos. Tú d...

De repente los ojos ciegos de Killian se abrieron del todo, y su cuerpo se dobló

hacia atrás como si fuera un arco. Abrió la boca como si intentara gritar, pero no salió ningún sonido, ni tampoco el aliento. La cara se le puso de color púrpura, y sus brazos se movieron frenéticos, clavando las uñas en el suelo.

—Maestro —llamó Tavi en voz baja, pero su voz se rompió a la mitad de la palabra.

Tavi cogió una de las manos agarrotadas de Killian y el anciano se aferró a sus dedos con una fuerza terrible. Poco después, las contorsiones de su cuerpo se empezaron a relajar, y se desinflaron como una cantimplora de cuero. Tavi le sostuvo la mano y puso la otra sobre el pecho del maestro, sintiendo cómo su corazón latía desbocado.

Se fue frenando.

Y se detuvo un momento después.

Tavi depositó con suavidad la mano de Killian sobre su cuerpo, mientras la frustración y el dolor se le acumulaban en el pecho. Impotente. Había presenciado la muerte del anciano, y no había podido hacer nada para ayudarlo.

Tavi se apartó de él y se acercó a Kitai, que estaba tendida de lado y medio encogida. Ahora tenía los ojos cerrados y la respiración era rápida y rasposa. Él le tocó la espalda y pudo sentir los latidos desbocados de su corazón. Tavi se mordió los labios. La habían mordido muchas más veces que al maestro, aunque era más joven que Killian y no estaba herida, pero Tavi no sabía si al final eso iba a representar alguna diferencia.

Cogió la mano de Kitai y empezó a llorar. Las lágrimas le cayeron sobre el mosaico del suelo. El dolor le apuñalaba el corazón con cada latido, seguido muy de cerca por la rabia. Si pudiera realizar un artificio del agua como tía Isana, podría salvar a Kitai. Aunque no fuera tan poderoso como su tía, podría mantenerla con vida hasta que llegase la ayuda. Aunque solo tuviera un talento risible para los artificios de agua, al menos le podría haber dado un poco de agua a Killian.

Pero no tenía nada.

Tavi no se había sentido nunca tan inútil. Nunca se había sentido más impotente. Le sostuvo la mano y se quedó con ella. Le había prometido que no estaría sola. Se quedaría con ella hasta el final, sin importar lo doloroso que fuera verla morir. Al menos, podía hacer eso.

Y entonces la puerta de la cámara de meditación estalló en sus bisagras y cayó sobre el suelo de piedra.

Tavi levantó la cabeza de golpe. ¿Había llegado por fin la Guardia?

Un cane tomado se plantó encima de la puerta caída, y paseó su mirada rojo sangre por la cámara. El cane estaba herido, y la sangre le empapaba el pelaje del pecho y en un muslo. Había perdido una oreja, y un tajo en la cara le había abierto un lado del morro hasta llegar al hueso y se había llevado por delante uno de sus ojos.

A pesar de todo eso, se movía como si no sintiera ningún dolor. Posó la mirada en Max, y después en Gaius. Estuvo mirándolos durante un momento, y después se dio la vuelta y se encaminó hacia Max.

El corazón de Tavi estalló de puro terror, y durante un instante pensó que se iba a desmayar. Los canim habían pasado a través de Fade y Miles y eso quería decir que lo más probable era que estuvieran muertos. Y eso significaba que la Guardia no estaba cerca para salvarlo.

Tavi estaba solo.

Tavi miró a Kitai, a Max y a Gaius.

El cane avanzó con la agilidad hermosa y letal de un depredador. Era mucho más grande que él, más fuerte y más rápido. Tenía pocas posibilidades de sobrevivir a un combate con el cane, y lo sabía.

Pero si no lo detenía, el cane mataría a las personas indefensas que tenía a sus espaldas. La imaginación de Tavi le proporcionó una imagen muy vívida de la carnicería. El cuello de Max abierto de lado a lado y su cadáver con la piel grisácea por la pérdida de sangre. Las entrañas de Gaius asomando de su cuerpo desgarrado y la cabeza de Kitai a varios pasos de distancia de su cuerpo, cortada por la hoja curvada del cane.

El miedo de Tavi se desvaneció.

Lo único que quedó fue la neblina rojiza de la rabia.

Soltó la mano de Kitai y sus dedos se cerraron con fuerza alrededor de la empuñadura de la espada del Primer Señor mientras se ponía en pie y se daba cuenta de que su boca se extendía en una sonrisita de combate. Levantó la espada en una guardia alta con las dos manos en la empuñadura. Un guerrero canim sano le habría arrancado las extremidades una a una, pero aquel estaba herido. Y aunque no albergaba la menor esperanza de sobreponerse al cane, su espada estaba afilada, sus extremidades eran más rápidas y su mente más veloz. Podía prever los movimientos de la criatura, y podía hacer valer no solo la fuerza en el combate sino también la astucia. Desplazó la mirada por la cámara, y sonrió con mayor ferocidad.

Entonces le dio voz a su rabia y aulló a pleno pulmón mientras atacaba.

El cane apretó los dientes y movió la espada curvada contra el ataque de Tavi. Su altura le otorgaba una ventaja letal porque tenía mucho más alcance. Tavi detuvo el tajo con la espada, que agarraba con las dos manos con toda la fuerza que podía. La hoja escarlata del cane repicó contra el acero alerano. Tavi sintió hasta los huesos el impacto, que se transmitió a los hombros, pero detuvo en seco la hoja fría y pesada del cane, la desplazó hacia un lado y movió la espada para descargar un tajo horizontal. El impacto soltó chispas de la cota del cane, cortando una docena de mallas que salieron volando de la armadura y repicaron débilmente al golpear el suelo de piedra.

Tavi no se atrevió a efectuar más intercambios de pura fuerza, porque ya le cosquilleaban los dedos, y si el cane le asestaba un par de golpes más como esos ya no sería capaz de sostener la espada, pero el primer ataque había sido necesario.

Tavi había demostrado que era una amenaza, y el cane se había vuelto para enfrentarse con él.

El contraataque del cane fue rápido, pero Tavi siguió con su movimiento hacia un

lado del guerrero lobo, y lo rodeó hacia el costado de la pierna herida para obligarlo a desplazar el peso sobre la pierna mala. Eso frenó al cane, y Tavi pasó por debajo del tajo horizontal de su espada y atacó de nuevo. Descargó una fuerte estocada contra el pie de la pierna sana del cane. Tavi se irguió del golpe con un tajo hacia arriba a dos manos que podría abierto a su enemigo en canal, pero el cane bloqueó el ataque de Tavi, movió la espada hacia un lado y se lanzó sobre él en un salto primitivo con los dientes por delante.

El cane era muy rápido para su altura, pero al tener las dos piernas heridas su equilibrio era precario, y Tavi consiguió apartar la cara de las mandíbulas del cane antes de que pudiera cerrarlas. Sintió una punzada de calor sobre un ojo, y se dejó caer en una voltereta hacia atrás, en dirección al cuerpo de Killian, haciéndose un ovillo hasta que se pudo poner de pie. Tavi levantó la espada en guardia casi antes de que terminase de rodar, y consiguió desviar la espada del cane que se dirigía contra su cabeza.

El cane intentó atrapar de nuevo su cara, pero Tavi se agachó bajo las mandíbulas llenas de espuma del cane y se puso en pie en el lado puesto de la criatura: su lado ciego. El cane lanzó un tajo hacia él, pero el golpe se perdió, y se dio rápidamente la vuelta para atacarlo de nuevo con los dientes. Tavi cambió el agarre de la espada del Primer Señor y con otro grito de batalla lanzó hacia delante la empuñadura. El metal pesado impactó contra la mandíbula abierta del cane y fragmentos de dientes rotos salieron volando a causa del golpe.

El cane tomado movió la cabeza adelante y atrás con un gemido agudo de dolor, porque evidentemente dolía más de lo que podía suprimir el vord. Tavi aprovechó la oportunidad para descargar un tajo corto y duro contra el morro del cane. El golpe no fue demasiado fuerte, pero penetró en la nariz blanda del cane y provocó otro aullido de dolor de la criatura. Se tambaleó hacia atrás, que era la intención de Tavi, y resbaló en la sangre al lado del cadáver de Killian. Sus pies se separaron del suelo, y se retorció traicionero mientras gruñía con una rabia enloquecida y levantaba de nuevo la espada curva.

En el tiempo que tardó en hacer todo eso, Tavi se desplazó de nuevo hacia su lado ciego, sobre las teselas del mapa mosaico de Alera y descargó un golpe contra el cuello del cane, partiendo su collar de guerra de cuero con la hoja del Primer Señor. La carne que había debajo se abrió como una fuente de fluidos. El cane tomado lanzó su espada en un tajo amplio pero lento a causa de las heridas y su falta de equilibrio. A Tavi no le resultó difícil pasar por debajo de este, y entonces aulló su desafío mientras hundía la punta de la espada en el pecho del cane.

Los anillos de la malla se rompieron y cayeron sobre las teselas cuando la espada del Primer Señor se hundió hasta lo más profundo. El cane intentó alcanzarlo con la espada, pero Tavi se acercó a él, colocándose dentro del arco efectivo de la hoja.

Sintió una oleada de dolor en la pantorrilla de una pierna, y oyó cómo gritaba y aullaba mientras se apretaba con fuerza contra el cane, hundiendo aún más la espada y empujando hacia atrás a la criatura, que era mucho más grande que él.

El cane, que estaba herido en ambas piernas y se resbalaba por las telas ensangrentadas, cayó con un estrépito de mallas. Tavi, agarrado a la empuñadura de la espada, cayó encima de su oponente. El cane intentó una vez más atrapar a Tavi con los dientes, pero la fuerza malvada de la criatura se estaba desvaneciendo con cada latido, a medida que la sangre le salía por el cuello.

Sin dejar de gritar, Tavi se precipitó sobre la espada, intentando que se hundiera aún más y dejar al cane clavado a las piedras del suelo si fuera necesario. Si se llegaba a levantar, el cane aún era capaz de matar a Gaius, o a Max, o a Kitai, y él estaba decidido a que eso no ocurriera.

No estaba seguro del tiempo que llevaba luchando para mantener a la criatura en el suelo, pero en algún momento se dio cuenta de que estaba tendido encima de su enemigo, y de que le costaba respirar. Los labios del cane se habían retirado de los colmillos al morir, y el ojo que le quedaba estaba vidrioso. Tavi se puso en pie poco a poco. Le dolían todos los huesos. La energía salvaje de la batalla lo había abandonado, y tenía cortes en la frente y en la pierna. Ninguna de las dos heridas sangraba demasiado, pero se sentía tembloroso a causa del cansancio.

Lo había hecho. Él solo. Si el cane no hubiera estado herido, o si no hubiera hecho explotar esas heridas, no habría sobrevivido a la batalla. Pero él, Tavi, solo, sin disponer de furias propias, sin aliados, había vencido a uno de esos guerreros monstruosos en un combate limpio.

Oyó unos pasos en el exterior que bajaban por la escalera.

Tavi respiró hondo, cogió la espada y, con un enorme esfuerzo, la arrancó del cadáver del cane. La pierna herida le fallaba, pero levantó la espada con las dos manos y apoyó la mayor parte del peso en la pierna posterior, dejando la otra plantada sobre el pecho del cane caído, mientras esperaba a lo que fuera que estuviera llegando.

Los pasos se oyeron con más nitidez, y Fade, con su ropa basta de esclavo cubierta de sangre, saltó los últimos escalones con la espada en la mano. Dejó escapar un grito y se lanzó hacia la puerta, pero se detuvo en seco al ver la sala que había al otro lado. Detrás de él, varios miembros de la Guardia Real, uno de los cuales asistía a sir Miles, también llegaron corriendo por la escalera. Miles se acercó cojeando a la puerta, y les ordenó a los guardias que se apartasen de su camino. Entonces se quedó parado, mirando boquiabierto a Tavi.

Tavi les devolvió la mirada durante un segundo, con la espada en la mano, y lentamente empezó a asumir qué había pasado. La batalla había terminado, y había sobrevivido. Dejó escapar un lento suspiro y se le cayó la espada de unas manos de

repente temblorosas. Se tambaleó y de pronto olvidó como estar de pie.

La espada de Fade resonó cuando golpeó el suelo y se encontraba debajo de Tavi antes de que el muchacho llegase a caer.

—Ya te tengo —dijo Fade en voz baja, mientras depositaba a Tavi con suavidad en el suelo—. Estás herido.

—Kitai —jadeó Tavi—. Está envenenada. Necesita ayuda. Max sigue herido. Killian... —Tavi cerró los ojos para evitar la visión de la silueta inmóvil del maestro—. El maestro ha muerto, Fade. Envenenado. Las arañas de fuera. Gaius está intacto.

—Todo está bien —lo tranquilizó Fade, quien murmuró algo más y le presionó sobre los labios la boca de una cantimplora. Tavi estaba sediento y se bebió el agua caliente—. No tan rápido. Gracias a las grandes furias, Tavi —exclamó Fade mientras bebía—. Lo siento. Uno de los canim se lanzó sobre mi espada para dejar que otro pasase. He venido lo más rápido que he podido.

—No te preocupes —replicó Tavi—. He acabado con él.

Tavi pudo oír la sonrisa repentina y feroz en la boca de Fade cuando volvió a hablar.

—Sí. Lo has hecho. Los artífices del agua y los sanadores están de camino, Tavi. Te recuperarás.

Tavi asintió exhausto.

—Si no te importa, me voy a quedar sentado un momento, y descansaré los ojos hasta que lleguen.

Tavi apoyó la cabeza en la pared, extenuado, y no oyó si Fade dijo algo antes de quedarse dormido.

—... un misterio absoluto cómo ha sobrevivido la chica —oyó Tavi que decía una sonora voz masculina—. Esas criaturas envenenaron a dos docenas de guardias y, a pesar de recibir los cuidados de artífices del agua, solo nueve de ellos han sobrevivido.

—Es una bárbara —replicó una voz que Tavi reconoció—. Quizá su pueblo no sea tan susceptible al veneno.

—Más bien da la impresión de que no era la primera vez que se lo inoculaban —explicó la primera voz—. Ha desarrollado una resistencia a través de la exposición. Ya estaba consciente cuando la empezamos a tratar, y casi no ha necesitado ayuda. Estoy seguro de que se habría recuperado sin nuestra ayuda.

La primera voz gruñó. Tavi abrió los ojos y vio a sir Miles hablando en voz baja con un hombre que vestía una bata de seda muy cara que cubría unos pantalones y una camisa sencillos y fuertes. El hombre lo miró y sonrió.

—Ah, ya estás de vuelta, muchacho, Buenos días, y bienvenido a la enfermería de palacio.

Tavi parpadeó varias veces y miró a su alrededor. Se encontraba en una habitación larga con camas separadas entre ellas por cortinas. Había más camas ocupadas. Las ventanas estaban abiertas y un vientecillo agradable las movía con suavidad, y el aroma de la lluvia reciente y de las plantas en flor, el olor de la primavera llenó la sala.

—B-buenos días. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Casi todo un día —contestó el sanador—. Las heridas no eran preocupantes, pero tenías tantas que nos hemos tenido que esforzar. Además, tenías veneno de araña en algunas de las heridas, aunque no creo que te hayan mordido. Sir Miles me ha ordenado que te deje dormir.

Tavi se frotó la cara y se incorporó.

—Sir Miles —saludó, e inclinó la cabeza—. ¿Kitai... el Primer Señor... señor, está todo el mundo bien?

Miles le hizo un gesto al sanador, que lo tomó como una indicación para que se fuera. El hombre asintió y le dio una suave palmada en el hombro a Tavi antes de seguir su ruta por la fila de camas, atendiendo a otros pacientes.

—Tavi —preguntó Miles en voz baja—, ¿mataste al cane que tenías debajo cuando te encontramos?

—Sí, señor —respondió Tavi—. Usé la espada del Primer Señor.

Miles asintió y le sonrió.

—Eso ha estado muy bien, joven. No esperaba encontrar nada más que cadáveres al final de la escalera. Te he subestimado.

—Ya estaba herido, sir Miles. No creo que... Bueno. Estaba medio muerto cuando llegó allí. Solo tuve que empujarlo un poco.

Miles echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Sí. Sí, bueno. De todas formas, querrás saber que tus amigos y el Primer Señor están bien.

La espalda de Tavi se enderezó.

—¿Gaius... está...?

—Despierto e irritable, y su lengua podría arrancar el pellejo a un gargante —respondió Miles con expresión complacida—. Quiere hablar contigo en cuanto recuperes las fuerzas.

Tavi sacó de inmediato las piernas por un lado de la cama y empezó a ponerse en pie, pero se quedó helado cuando se miró.

—Quizá debería ponerme algo de ropa si debo ver al Primer Señor.

—¿Por qué no lo haces? —sugirió Miles e hizo un gesto hacia una arcón al lado de la cama.

Tavi encontró allí su ropa, recién lavada, y empezó a vestirse, mientras levantaba la mirada hacia Sir Miles.

—Sir Miles, si puedo preguntar, vuestro hermano...

Miles lo interrumpió levantando la mano.

—Mi hermano —respondió con un énfasis amable— murió hace casi veinte años. —Movié la cabeza—. Cambiando de tema, Tavi, tu amigo Fade, el esclavo, se encuentra bien. Se distinguió por su valor en la escalera, donde me ayudó.

—¿Os ayudó?

Miles asintió con una expresión cuidadosamente neutra.

—Sí. Algún idiota ha compuesto ya una canción sobre eso. Sir Miles y su famosa defensa de la Escalera Espiral. La cantan en todas las vinaterías y cervecerías. Resulta humillante.

Tavi frunció el ceño.

—Suena mucho mejor que una canción sobre un esclavo marcado —continuó en voz baja.

Tavi bajó aún más la voz hasta casi convertirla en un susurro.

—Pero es vuestro hermano.

Miles frunció los labios y miró a Tavi durante un momento.

—Sabe lo que está haciendo, y no lo puede hacer si cada lengua suelta en el Reino se pone a hacer cábalas sobre cómo ha regresado de la tumba. —Empujó las botas de Tavi que se encontraban cerca del pie de la cama y añadió en voz tan baja que Tavi casi no la pudo oír—: O por qué.

—Se preocupaba por vos —replicó Tavi también en voz baja—. Estaba muy asustado... de que pensaseis mal de él cuando lo vieseis.

—Tenía razón —reconoció Miles—. Si hubiera ocurrido de cualquier otra manera... —Movi6 la cabeza—. No sé lo que habría podido hacer. —Su mirada se volvió un poco distante—. He pasado mucho tiempo odiándolo, muchacho. Por haber muerto al lado de Septimus, en medio de ningún sitio, cuando yo tenía la pierna demasiado malherida como para poder estar a su lado. De todos ellos. No le podía perdonar por morir y haberme dejado atrás, cuando debería haber estado con ellos.

—¿Y ahora? —preguntó Tavi.

—Ahora... —empezó Miles y suspiró—. No lo sé, muchacho. Tengo un cargo. Tengo un deber. No parece que tenga demasiado sentido odiarlo ahora. —Le brillaron los ojos—. Pero por las grandes furias, ¿lo viste? Es el espadachín más grande que he conocido, excepto quizá Septimus en persona. Pero incluso entonces siempre sospeché que Rari se guardaba algo para no avergonzar al príncipe. —Miles miró hacia un punto indeterminado, después parpadeó y le sonrió a Tavi.

—¿Deber? —sugirió Tavi.

—Precisamente. Como te estaba diciendo. Deber. Como el tuyo con el Primer Señor. En pie, *acad...* —Miles se detuvo, con la cabeza ladeada mientras miraba a Tavi—. En pie, hombre.

Tavi se puso las botas y se levantó con una pequeña sonrisa.

—Sir Miles —preguntó—, ¿sabéis si ha habido noticias de mi tía?

La expresión de Miles se volvió aún más inescrutable cuando empezó a andar. Cojeaba de manera ostensible.

—Se me ha informado de que está a salvo y bien. No se encuentra en palacio, y eso es todo cuanto sé al respecto.

Tavi frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Nada más?

Miles se encogió de hombros.

—¿Y Max? ¿Y Kitai?

—Estoy seguro de que Gaius contestará a todas las preguntas que tengas, Tavi. —Miles le ofreció una ligera sonrisa—. Siento tener esta actitud contigo. Órdenes.

Tavi asintió y profundizó aún más el ceño. Acompañó a Miles hasta las habitaciones personales del Primer Señor. Tavi se dio cuenta de que había el triple de guardias de lo normal. Llegaron a las puertas que daban paso a la sala de estar de Gaius, donde recibía a sus invitados. Un guardia los dejó pasar, y luego desapareció detrás de unas cortinas al final de la sala, donde habló con alguien en voz baja.

El guardia reapareció y abandonó la habitación. Tavi miró los muebles que lo rodeaban, bastante espartanos para tratarse del Primer Señor, aunque todos ellos estaban fabricados con la madera fina, dura y oscura de los bosques de Forcia en la costa occidental. De la pared colgaban cuadros, uno de ellos a medio terminar y Tavi volvió a fruncir el ceño. Se trataba de sencillas escenas idílicas: una familia tomando

el almuerzo sobre un mantel en un campo durante un día soleado; un bote soltando la vela para recibir las primera olas del océano, con una ciudad en penumbra en medio de la niebla detrás de él; y al final, el que estaba sin terminar era el retrato de un hombre joven. Habían pintado sus rasgos, pero solo un tercio de la parte superior del cuerpo y los hombros estaba terminado. Los colores del retrato destacaban con fuerza sobre la tela blanca que tenían debajo.

Tavi miró con más atención. El joven del retrato le resultaba familiar. ¿Gaius, quizá? Si se eliminaba el paso del tiempo en sus rasgos, el hombre podía ser el Primer Señor.

—Septimus —murmuró la voz profunda de Gaius desde detrás de Tavi.

Tavi volvió la cabeza y vio cómo el Primer Señor salía de detrás de la cortina, vestido con una camisa blanca suelta y unos pantalones negros ceñidos. Volvía a tener un buen color de piel con los ojos azul grisáceos brillantes y claros.

Pero su cabello se había vuelto completamente blanco.

Tavi hizo una reverencia.

—Os pido disculpas, sire.

—El retrato —aclaró Gaius—. Es mi hijo.

—Ya veo —replicó Tavi con tacto, porque no tenía ni idea de lo que se tenía que decir en una situación como esa—. No... No está terminado.

Gaius negó con la cabeza.

—No. ¿Ves esa marca en el cuello del hombre en el retrato? ¿Dónde el negro ha manchado su piel?

—Sí. Pensé que podía ser un lunar.

—Representa el punto donde estaba trabajando su madre cuando llegó la noticia de su muerte —le contó Gaius, y señaló la habitación con un gesto—. Ella los pintó todos. Pero cuando se enteró de lo de Septimus, dejó caer los pinceles y no los volvió a coger nunca más. —Se quedó mirando fijamente el cuadro—. Enfermó poco después, y me pidió que lo colgase a su lado en la habitación. Aquella última noche me obligó a prometerle que no me desharía de él.

—Siento mucho vuestra pérdida, sire.

—Muchos lo sienten. Por muchas razones. —Miró hacia atrás—. ¿Miles?

Miles inclinó la cabeza hacia Gaius y se retiró hacia la puerta.

—Por supuesto. ¿Doy órdenes para que os traigan algo de comer?

Tavi empezó a asentir con fuerza pero se contuvo, mirando a Gaius. El Primer Señor rio.

—¿Has conocido alguna vez a un joven que no esté hambriento... o a punto de estarlo? Y yo también tendría que comer más. Oh, y por favor, ¿puedes hacer que vengan los otros que te mencioné?

Miles asintió con una sonrisa y se retiró en silencio de la sala.

—No creo que en los últimos dos años haya visto sonreír tanto a sir Miles como hoy —comentó Tavi.

El Primer Señor asintió.

—Resulta extraño, ¿no te parece?

Se sentó en uno de los dos sillones de la habitación e hizo un gesto para que Tavi ocupara el otro.

—Me querías hablar de tu tía —afirmó Gaius.

Tavi sonrió un poco.

—¿Tan predecible soy, sire?

—Tu familia es muy importante para ti —respondió con tono serio—. Está a salvo, y se ha pasado toda la noche sentada al lado de tu cama. La he informado de que te has despertado, y me imagino que vendrá pronto a la Ciudadela a visitarte.

—¿A la Ciudadela? —preguntó Tavi—. ¿Sire? Pensé que se alojaría en las habitaciones de invitados.

Gaius asintió.

—Aceptó la invitación de lord y lady Aquitania para alojarse en la mansión Aquitania durante las festividades del Final del Invierno.

Tavi miró sorprendido al Primer Señor.

—Que ella ¿qué? —Negó con la cabeza—. La conspiración de Aquitania estuvo a punto de destruir todas las explotaciones del valle de Calderon. Ella los desprecia.

—Me lo puedo imaginar —reconoció Gaius.

—Entonces, en nombre de todas las furias, ¿por qué?

Gaius se encogió levemente de hombros.

—Ella no me ha confesado los motivos de su actitud, así que solo puedo hacer conjeturas. La invité a quedarse aquí, cerca de ti, pero declinó con cortesía.

Tavi se mordió pensativo el labio inferior.

—Cuervos. Esto significa algo más, ¿estoy en lo cierto? —De repente sintió frío en el vientre—. Esto significa que se ha aliado con ellos.

—Sí —asintió Gaius con tono relajado y neutro.

—Seguramente... Sire, ¿es posible que la hayan obligado de alguna manera? ¿Un artificio de las furias?

Gaius negó con la cabeza.

—No estaba afectada por nada parecido. La examiné en persona, y resulta imposible ocultar ese tipo de control.

Tavi pensó frenético en alguna posible explicación.

—Pero y si la han amenazado o intimidado para que lo haga, ¿se podría hacer algo para ayudarla?

—Eso no es lo que ha ocurrido —respondió Gaius—. ¿Concibes que tu tía haga algo por miedo? No mostraba ninguna señal de ese tipo de temor. De hecho, en mi

opinión ofreció su lealtad como parte de un trato.

—¿Qué tipo de trato?

Llamaron con suavidad a la puerta de la sala, y entró un sirviente empujando un carrito, que colocó cerca de los sillones antes de abrir los laterales para convertirse en las alas de una mesa y empezar a colocar platos tapados y cuencos sobre la misma hasta presentar un buen desayuno, que se completaba con una jarra de leche y otra de vino aguado. Gaius permaneció en silencio hasta que el sirviente salió de la habitación y cerró la puerta.

—Tavi —empezó Gaius—, antes de decirte nada más, me gustaría que me contases todo lo que ha ocurrido con todos los detalles que puedas recordar. No quiero que mis explicaciones enturbien tus recuerdos antes de que tengas la oportunidad de contármelos.

Tavi asintió, aunque se sintió frustrado por verse obligado a esperar una respuesta.

—Muy bien, sire.

Gaius se puso en pie y Tavi lo imitó.

—Imagino que estarás más hambriento que yo —comentó con una sonrisita—. ¿Comemos?

Llenaron unos platos con comida y se volvieron a acomodar en los sillones. Después de acabar con el primer plato, Tavi volvió a por más antes de empezar a contarle al Primer Señor todos los acontecimientos, empezando con su enfrentamiento con Kalarus Brencis Minoris y sus matones. Tardó casi una hora, y Gaius le interrumpió unas cuantas veces para pedir más detalles. Al final se reclinó sobre el sillón con una copa de vino aguado en la mano.

—Bien —dijo Gaius—. En cualquier caso, eso explica lo de Caria esta mañana.

Tavi se ruborizó hasta tal punto que pensó que las mejillas le iban a estallar en cualquier momento.

—Sire, Max solo...

Gaius miró a Tavi con frialdad, pero pudo ver la sonrisa en el fondo de los ojos del Primer Señor.

—Durante la mayor parte de mi vida, no me habría importado que mi encantadora esposa se invitase ella sola para visitarme en el baño. Pero esta mañana estaba... estaba demasiado cansado. Tengo casi ochenta años, por el amor de las furias. —Movié la cabeza con gravedad—. Me tengo que ajustar a las exigencias de mi estado, por supuesto, pero cuando hables con Maximus le deberías mencionar que si en el futuro se le vuelve a presentar una ocasión debería hacer cualquier cosa menos coquetear con mi esposa.

—Se lo haré saber, señor —asintió Tavi con voz solemne.

Gaius chasqueó la lengua.

—Notable —murmuró—. Te has exculpado bastante bien. No ha sido perfecto, pero lo podrías haber hecho mucho peor.

Tavi sonrió y bajó la mirada.

Gaius suspiró.

—Tavi, tú no tienes la culpa de que Killian haya muerto, y no tienes por qué castigarte por ella.

—Alguien tendrá que hacerlo —replicó Tavi en voz baja.

—No podías hacer nada que no hubieras hecho ya —recalcó el Primer Señor.

—Lo sé —respondió Tavi y se sorprendió por la rabia amarga que transmitía su voz—. Si no fuera un anormal, si tuviera al menos un poco de habilidad con el artificio de las furias...

—Entonces, lo más probable es que hubieras confiado en tu artificio en lugar de hacerlo en tu inteligencia, y ahora estarías muerto. —Gaius movió la cabeza—. Muchos hombres, que eran tan buenos soldados como buenos artífices, han muerto luchando contra ese enemigo. El artificio de las furias es una herramienta, Tavi. Sin práctica y una mente despierta detrás de ella no es más útil que un martillo en el suelo.

Tavi apartó la mirada del Primer Señor y bajó la vista al suelo al lado de la chimenea.

—Tavi —prosiguió con una voz profunda y tranquila—, te debo la vida, así como las de los amigos a quienes has protegido. Y gracias a tus actos también se han salvado incontables vidas más. Killian murió porque eligió una vida de servicio que lo colocaba entre el Reino y el peligro. Sabía lo que hacía cuando participó en esa lucha, y era consciente de los riesgos que estaba corriendo. —La voz de Gaius se suavizó aún más—. Resulta de una arrogancia infantil que intentes empequeñecer su elección, su sacrificio, intentando cargar sobre tus hombros con la responsabilidad de su fallecimiento.

Tavi frunció el ceño.

—Yo... no había pensado en ello en esos términos.

—No había ninguna razón para que lo hicieras —reconoció Gaius.

—Aun así, siento que de alguna manera le he fallado —insistió Tavi—. Creo que las últimas palabras que me dijo eran muy importantes. Intentaba transmitírmelas con todas sus fuerzas, pero... —Tavi recordó los últimos segundos de la vida de Killian y se quedó en silencio.

—Sí —reconoció Gaius—, resulta desafortunado que no consiguiera revelar la identidad del asesino, aunque sospecho que tras la muerte de Killian los agentes de Kalare se irán.

—¿No hay ninguna manera de averiguar su identidad antes de que él, o ella, se vayan?

El Primer Señor negó con la cabeza.

—Tendré mucho trabajo en arreglar buena parte del daño infringido y en explotar una o dos ventajas. Así que, joven, te paso a ti la investigación. ¿Puedes aplicar tu mente con la misma habilidad para encontrar al asesino como hiciste para detener el ataque? Creo que a Killian le gustaría.

—Lo intentaré —respondió Tavi—. Si hubiera sido solo unos segundos más rápido, le podría haber ayudado.

—Quizá. Pero también se podría decir con la misma facilidad que si hubieras sido unos segundos más lento, todos estaríamos muertos. —Gaius hizo un gesto despectivo con la mano—. Basta, muchacho. Recuerda a tu *patriserus* por su vida, no por su muerte. Estaba bastante orgulloso de ti.

Tavi parpadeó un par de veces, luchó para evitar las lágrimas y asintió.

—Muy bien.

—En lo relativo a tu tía —prosiguió Gaius—. Deberías saber dos cosas. La primera es que esas criaturas atacaron el valle de Calderon. Tu tío y la condesa Amara dirigieron las fuerzas contra ellas, mientras tu tía traía la noticia y una petición de refuerzos.

—¿Un ataque? —preguntó Tavi—. Pero... ¿qué ocurrió? ¿Se encuentra bien mi tío?

—Hace unas doce horas he enviado la ayuda de dos cohortes de caballeros Aeris e Ignus, y he informado a lord Riva al respecto. Le he insistido en que adopte las medidas necesarias para investigar lo sucedido, pero aún no ha habido tiempo para que nos llegue un informe de lo que han descubierto.

—Grandes furias —murmuró Tavi, moviendo la cabeza—. ¿Cuándo sabremos algo?

—Quizá mañana por la mañana —respondió Gaius—. Desde luego, antes de mañana por la noche. Pero sospecho que ya han recibido ayuda.

Tavi frunció el ceño.

—¿De quién?

—Aquitania —respondió Gaius—, que controla un número formidable de caballeros Aeris y de otro tipo de caballeros mercenarios. Creo que esa fue una de las cosas que obtuvo tu tía a cambio de su apoyo político.

—¿Una de ellas?

—Desde luego —contestó Gaius—. Cuando los vord y los canim tomados intentaron asaltar la escalera, el tiempo se convirtió en el elemento decisivo. La Guardia Real se habría impuesto al final, pero en medio de la confusión era poco probable que lo hicieran a tiempo. Hasta que llegó Invidia Aquitania, tomó el mando del contraataque, destruyó a la mayoría de las criaturas vord que nos atacaban, y aplastó a la retaguardia canim para que los guardias pudieran bajar por la escalera.

Tavi parpadeó.

—¿Ella os protegió?

La boca de Gaius se retorció en una sonrisa.

—Sospecho que evitó que muriese para impedir que Kalare intentase dar un golpe hasta que ella y su esposo estén preparados para dar el suyo. Existe la remota posibilidad de que le preocupase la posibilidad de haber hecho estallar una guerra de sucesión que expusiera al Reino ante sus enemigos. —Sonrió—. O tal vez solo te estuviera protegiendo como parte de su acuerdo con tu tía. En cualquier caso, para ella se trata de una táctica ganadora. Por todos los cuervos, le tendré que conceder una medalla por ello, delante de todo el mundo: el Primer Señor salvado por una mujer. La Liga Diánica puede estallar en un éxtasis colectivo ante una oportunidad así.

—Y también utilizaré a la tía Isana para que la ayude a unir a la Liga a su alrededor. —Tavi movió la cabeza—. Aun así, no me lo puedo creer. Tía Isana...

—No es difícil de comprender, muchacho. Vino a pedirme ayuda y protección, y yo no se la pude dar.

—Pero estabais inconsciente —replicó Tavi.

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó Gaius—. Su hogar estaba en peligro. Su familia estaba en peligro. No pudo acceder a mí para pedir ayuda, así que la aceptó allí donde la encontró. —Le frunció el ceño a la copa con preocupación—. Y se la dieron.

—Sire —preguntó Tavi—, ¿sabéis quien mató a la reina vord? Después del ataque inicial no la volví a ver.

Gaius negó vehementemente con la cabeza.

—No. Por lo que sabemos hasta el momento, la criatura escapó, así como el canim traidor. Miles tiene a la Legión de la Corona peinando las Profundidades, lo que me imagino que va a dificultar el contrabando durante este año, pero me temo que poco más. Se han registrado a fondo todos los barcos que han partido en los últimos dos días, pero no ha servido de nada.

—Creo que Sarl estaba usando los barcos correo y trabajaba con los vord.

Gaius ladeó la cabeza.

—¿Eh?

—Sí, sire —prosiguió Tavi—. Los guardias canim cambiaban cada mes, y siempre había al menos un par de ellos yendo o viniendo, todos ellos ocultos por esas enormes capas y capuchas. Sospecho que Sarl y los vord tomaban a los hombres más grandes y altos que podían encontrar, los vestían con la armadura cane, los cubrían con la capucha y se los llevaban al barco, mientras que los dos canim que se suponía que debían regresar a casa acababan en el nido vord en las Profundidades. De esa manera consiguieron reunir a tantos canim.

Gaius asintió lentamente.

—Tiene sentido. Esta información sobre la lucha entre facciones dentro de la nación canim me anima bastante. Resulta agradable saber que nuestros enemigos pueden estar tan divididos como nosotros.

—Sire —siguió preguntando Tavi—, ¿qué ha pasado con el embajador Varg?

—La pasada noche regresó al palacio, entregó la espada, y aceptó toda la responsabilidad por las acciones de su ayudante. Se encuentra bajo arresto domiciliario.

—Pero nos ayudó, sire, aunque no tenía ninguna necesidad de hacerlo. Deberíamos estarle agradecidos.

Gaius asintió.

—Lo sé, pero también es el caudillo de una nación cuyos guerreros han intentado asesinar al Primer Señor de Alera. Creo que le puedo salvar la vida, al menos por el momento. Pero no le puedo prometer mucho más.

Tavi frunció el ceño, pero asintió.

—Ya veo.

—Oh —recordó Gaius, y cogió un sobre que le entregó a Tavi—. Creo que ya has superado tus funciones como paje, Tavi, pero este es el último mensaje que deberás entregarle al nuevo embajador, en la sala septentrional.

—Por supuesto, sire.

—Muchas gracias. He dispuesto una cena para esta noche con tu tía y tus compañeros, así como con el embajador. Me gustaría que asistieras tú también.

—Por supuesto, sire.

Gaius asintió con un gesto que terminaba la entrevista.

Tavi se encaminó hacia la puerta, pero cuando llegó a ella se detuvo y se dio la vuelta.

—Sire, ¿os puedo preguntar sobre Fade?

Gaius frunció el ceño y levantó la mano para tocarse el puente de la nariz entre el pulgar y el índice.

—Tavi —respondió cansado—, hay algunas preguntas que puedes responderte tú mismo. Tienes la cabeza bien amueblada. Úsala. —Hizo un gesto vago con la mano—. Pero úsala en cualquier otro sitio. Me canso con bastante facilidad, y mis sanadores me dicen que si no tengo cuidado puedo sufrir otro ataque.

Tavi frunció el ceño. No parecía que Gaius se estuviera cansando mientras hablaba, y sospechaba que solo era una excusa para evitar el tema. Pero ¿qué podía hacer? Uno no puede obligarle al Primer Señor de Alera a entablar una conversación.

—Por supuesto, sire —asintió Tavi con una profunda reverencia y se fue.

Abandonó las habitaciones del Primer Señor y se encaminó sin prisas hacia la sala septentrional. Se detuvo para preguntarle a una doncella dónde se encontraban las

habitaciones del nuevo embajador y ella le indicó unas grandes puertas dobles en el extremo más alejado de la sala. Tavi se acercó a ella y llamó con suavidad.

La puerta se abrió, y Tavi se encontró a Kitai como no la había visto nunca. Llevaba un vestido de seda de un color esmeralda oscuro que le caía hasta las rodillas y que iba ceñido con un cinturón. Su cabello estaba suelto y peinado en unas ondas blancas largas y brillantes que le caían hasta las caderas. Iba descalza, y le brillaban unas cadenas de plata en un tobillo, las dos muñecas y el cuello, donde el collar estaba rematado por otra piedra verde. Los colores eran encantadores y hacían juego con sus grandes ojos exóticos.

El corazón de Tavi se aceleró de repente.

Kitai estudió la expresión de Tavi, con su cara un poco engreída y sonrió lentamente.

—Hola, alerano.

—Humm —replicó Tavi—. Tengo un mensaje para el embajador.

—Entonces tienes un mensaje para mí —le informó, y extendió la mano.

Tavi le entregó el sobre, que ella abrió y frunció el ceño ante la carta que había dentro.

—No sé leer —reconoció.

Tavi cogió la carta y leyó.

—«Embajadora Kitai: He recibido con gran placer la noticia transmitida por el guardia real que os recibió en vuestra entrada en palacio ayer por la mañana que Doroga ha enviado a un representante a Alera para que sirva como embajador y emisario entre nuestros pueblos. Aunque no esperaba vuestra llegada, recibid mi bienvenida. Confío en que vuestro alojamiento sea satisfactorio, y que se hayan cubierto vuestras necesidades de la manera adecuada. Si necesitáis algo más, solo se lo tenéis que pedir al personal de servicio».

Kitai sonrió.

—Tengo mi propia piscina —explicó Kitai—, en el suelo. Puedes llenarla con agua caliente y fría, alerano, y hay aromas, jabones y aceites de todo tipo. Me han traído de comer, y tengo una cama en la que cabría una madre gargante dando a luz. —Levantó la barbilla y señaló el collar—. ¿Lo ves?

Tavi vio más que nada una piel suave y muy blanca, pero el collar también era encantador.

—Si hubiera sabido todo esto —continuó Kitai—, habría pedido mucho antes que me hicieran embajadora.

Tavi tosió.

—Bueno. Yo, bueno, quiero decir que supongo que eres una embajadora, si el Primer Señor lo dice, pero por favor, Kitai.

—Guárdate tus opiniones, chico de los recados —lo cortó desdeñosa—. Sigue

leyendo.

Tavi la miró de reojo y leyó el resto de la nota.

—«Con el objetivo de comprender mejor vuestro deber aquí, os sugiero que dediquéis tiempo y esfuerzo a aprender a entender la palabra escrita. Dicha habilidad será una ventaja inmensa a largo plazo, y os permitirá recoger con mayor precisión vuestras experiencias y conocimientos, para que se los podáis transmitir a vuestro pueblo. Con ese fin, pongo a vuestra disposición al portador de este mensaje, cuyo único deber durante las próximas semanas será enseñaros todas las habilidades que posee con la palabra escrita. Bienvenida a Alera Imperia, embajadora, y espero hablar con vos en el futuro. Firmado: Gaius, Sextus, Primer Señor de Alera».

—A mi disposición —repitió—. Ah, creo que me gusta. Ahora te puedo obligar a hacer cualquier cosa. Eso es lo que dice tu jefe.

—No creo que quisiera decir eso cuando...

—¡Silencio, chico de los recados! —exclamó con los ojos verdes brillando con picardía—. Aquí hay caballos, ¿no es cierto?

—Bueno. Sí. Pero...

—Entonces me llevarás con ellos y saldré a cabalgar —ordenó con una sonrisa.

Tavi suspiró.

—Kitai... ¿mañana quizá? Tengo que asegurarme que Max se encuentra bien. Y mi tía. Tenemos una cena esta noche.

—Por supuesto —reconoció de repente—. Primero lo importante.

—Muchas gracias —replicó Tavi.

Ella inclinó un poco la cabeza.

—Y tú, alerano, te vi contra el cane. Luchaste bien y fuiste listo.

Entonces se acercó a él, se puso de puntillas y lo besó en la boca.

Tavi parpadeó por la sorpresa, y durante un segundo no fue capaz de moverse. Entonces ella levantó las manos y las cruzó sobre su nuca, acercándolo más y se desvaneció todo lo demás en el mundo excepto su boca, sus brazos, su aroma y su calidez febril. Un rato después finalizó el beso, y Tavi se sintió un poco mareado. Kitai levantó la mirada hacia él con unos ojos lánguidos y complacidos.

—Muy bien hecho. Para ser un alerano.

—Gra-gracias —tartamudeó Tavi.

—A mi disposición —repitió en tono satisfecho—. Esta primavera promete ser muy placentera.

—Eeh —exclamó Tavi—. ¿Q-qué?

Ella emitió un sonido medio de impaciencia y medio de disgusto.

—¿Cuándo dejarás de hablar, alerano? —preguntó Kitai con un gruñido suave y gutural antes de volver a besarlo y arrastrarlo de nuevo al interior de la habitación, hasta que Tavi pudo cerrar la puerta de una patada.

Amara se encontraba al lado de Bernard cuando los legionares que habían sobrevivido a la batalla completaban la formación delante del túmulo que habían levantado en el campo de batalla.

Los mercenarios y su comandante se habían ido en cuanto sus sanadores acabaron con su trabajo. Antes de terminar el día habían llegado doscientos caballeros bajo el mando directo del Primer Señor y la fuerza de relevo perteneciente a la Segunda Legión de Riva llegó a marchas forzadas a la mañana siguiente, para velar por la seguridad de Guarnición y del valle. Con ellos llegó la noticia de un pequeño milagro. El sanador Harger no había perdido la cabeza ante el ataque sorpresa de los vord contra los heridos en Aricholt y, aunque estaba herido, había conseguido sacar a los niños que habían sobrevivido al primer ataque contra el recinto condenado. Era un pequeño rayo de luz en la penumbra de la muerte y las pérdidas, pero Amara estaba agradecida por ello.

Bernard no había dado la orden, pero ninguno de los supervivientes mencionó la presencia de los Lobos del Viento o de su proscrito comandante. Les debían las vidas a los mercenarios, y lo sabían.

Había muchos más muertos que enterrar, que vivos capaces de cavar las tumbas, así que habían decidido que la cueva sería el lugar de descanso de los caídos. Llevaron a la cueva a legionares y tomados por igual, y los dispusieron con la mayor dignidad posible, que en general no fue demasiada. Era raro que los caídos en el campo de batalla encontrasen la muerte como si estuvieran durmiendo, pero hicieron todo lo que pudieron por ellos.

En cuanto se dispusieron los cuerpos en la cueva, los supervivientes de la batalla se reunieron para darles su último adiós a los conocidos, hermanos de armas y amigos que habían caído. Después de una vigilia silenciosa de una hora, Bernard se situó delante de la formación y se dirigió a los hombres.

—Estamos aquí —empezó— para dar descanso a los que han caído en defensa de este valle y de este Reino. No solo a los legionares que han luchado a nuestro lado, sino también a los civiles y soldados que cayeron ante nuestros enemigos, y cuyos cuerpos fueron utilizados como armas contra nosotros. —Se quedó en silencio durante un momento—. Todos ellos se merecían algo mejor que esto. Pero dieron sus vidas para evitar que esta amenaza se extendiese y creciese hasta convertirse en una plaga que podría haber devastado todo el Reino. Solo la veleidad de la suerte hace que nosotros estemos delante de sus tumbas, y no ellos delante de las nuestras.

Otro largo silencio.

—Muchas gracias —prosiguió Bernard—. A todos vosotros. Habéis luchado con coraje y honor, incluso cuando estabais heridos y el combate parecía desesperado.

Sois el corazón y el alma de los legionares de Alera, y me siento orgulloso, honrado y privilegiado de ser vuestro comandante. —Se volvió hacia la boca de la cueva—. A vosotros —continuó— solo os puedo ofrecer mis disculpas, ya que no os he podido proteger de este destino, y mi promesa de que vuestras muertes harán que esté más atento y más entregado en el futuro. Y pido a los poderes que gobiernen el mundo que hay después de este que cuiden a nuestros caídos con la compasión, la misericordia y la amabilidad que no les concedieron sus asesinos.

Entonces Bernard, sir Frederic y media docena de caballeros Terra que habían llegado con la fuerza de ayuda, se arrodillaron en el suelo y llamaron a sus furias. Una especie de onda pasó por la tierra hacia la cueva y con un rumor sordo empezó a cambiar la forma de la ladera de la colina en la que se encontraba la entrada de la cueva. Fue un movimiento lento e incluso elegante, pero la escala de este hizo que el suelo temblase bajo los pies de Amara. La boca de la cueva se hundió y se empezó a cerrar en un movimiento lento, poderoso e inevitable, hasta que la abertura en la roca desapareció y solo quedó la ladera de la colina.

El silencio cayó sobre el valle, y los artífices de tierra se pusieron de pie al unísono. Bernard se dio la vuelta para mirar a los cincuenta veteranos supervivientes de la centuria de Giraldi.

—Legionares, romped filas, recoged el equipo y preparaos para marchar de regreso a Guarnición.

Giraldi emitió algunas órdenes adicionales, y los hombres cansados emprendieron el camino de vuelta a Aricholt. Bernard contempló cómo se iban. Amara permaneció a su lado hasta que se perdieron de vista.

Caminante salió lentamente de la protección de los árboles. Doroga andaba a su lado con el garrote sobre un hombro. Se acercaron a Bernard y Amara, y Doroga los saludó con la cabeza.

—Has luchado bien, Calderon. Los hombres que te han servido no son cobardes. Bernard sonrió un poco.

—Muchas gracias por tu ayuda, Doroga. Una vez más. —Entonces miró a Caminante y añadió—: Muchas gracias a ti también, Caminante.

La cara ancha y fea de Doroga se iluminó con una sonrisa sincera.

—Es posible que tu pueblo acabe aprendiendo algo —comentó, y Caminante dejó escapar un bufido atronador, que provocó una carcajada de Doroga.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Bernard.

—No ha dicho gran cosa, algo así como... hum... algo así como que toda la fruta demasiado madura tiene el mismo gusto. Significa que tu pueblo y el mío tienen un enemigo común. Reconozco que sois un sustituto bastante aceptable de los sabot-ha, mi clan, si hay que luchar.

—Gracias a él sobrevivimos durante el asalto a la cueva —reconoció Bernard—.

No lo olvidaré.

El gran marat encogió sus enormes hombros con una sonrisa.

—Envíale unas manzanas. A ser posible, que no estén demasiado maduras.

—Tienes mi palabra.

Le ofreció su mano a Doroga, que se la estrechó sin dudarle.

—¿Y tú, Jinete del Viento? —dijo volviéndose hacia Amara—. No creo que te conviertas en una buena esposa alerana.

Ella le sonrió.

—¿No?

Él negó muy serio con la cabeza.

—Me apostaría algo a que no vas a limpiar demasiado, o a cocinar demasiado, o a confeccionar sábanas y cosas de esas. Sospecho que estarás todo el tiempo buscándote problemas.

—Es posible —asintió ella con una sonrisa.

—Aunque eres buena en la cama, por lo que he podido oír.

Amara se sonrojó hasta tal punto que creyó que su cara debía de desprender vapor.

—¡Doroga!

—Mujer de problemas —replicó Doroga—. Pero buena para tener al lado. Mi compañera era así. Fuimos felices. —Golpeó ligeramente el corazón con el pecho, al estilo alerano, y les hizo una reverencia con la cabeza—. Quizá vosotros también. Que vuestros caídos descansen en paz.

—Muchas gracias —tartamudeó Amara.

Bernard también inclinó la cabeza. Sin decir nada más, Doroga y Caminante se fueron con un paso lento y constante, sin mirar atrás.

Amara vio cómo se iba, sin apartarse de Bernard. No se acordaba de cuándo había sido la última vez que entrelazaron los dedos, pero le pareció algo natural y correcto. Bernard suspiró, y ella pudo sentir el dolor en su interior, incluso sin mirarlo ni hablar con él.

—Hiciste todo lo que pudiste —dijo en voz baja.

—Lo sé —respondió él.

—No te puedes echar la culpa de que hayan muerto.

—Eso también lo sé —reconoció.

—Cualquier comandante decente sentiría lo que tú sientes ahora mismo —insistió Amara—. Ellos estarán tan equivocados como tú al sentirlo. Pero solo les ocurre a los mejores.

—He perdido a los habitantes de toda una explotación a quienes yo debía proteger —explicó en voz baja—, y casi a las tres cuartas partes de mis legionares. Dudo mucho que sea uno de los mejores.

—Dale tiempo —replicó Amara en voz baja—. Dolerá menos.

Apretó con suavidad los dedos de él, que no respondió. Bernard siguió mirando la ladera de la colina, donde antaño hubiera una cueva. Después se dio la vuelta y se alejó junto con Amara. Cuando se encontraban a medio camino de Aricholt, ella dijo:

—Tenemos que hablar.

Él exhaló por la nariz y asintió.

—Adelante.

—Bernard —empezó, mientras buscaba las palabras correctas, pero ninguna de ellas parecía a la altura de la tarea de expresar lo que sentía—, te quiero —dijo por fin.

—Y yo a ti —murmuró él.

—Pero... mi juramento a la Corona y el tuyo... Ambos son prioritarios para los dos. Nuestros votos...

—¿Quieres que hagamos ver que no tuvieron lugar? —preguntó en voz baja.

—No —respondió de pronto—. No, no es eso. Pero... ¿no teníamos votos anteriores?

—Quizá sí —reconoció Bernard—. Quizá no. Si pudieras tener hijos...

—No puedo —replicó, y no pretendía que las palabras volaran de su boca con tanta dureza o amargura.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bernard.

Ella se ruborizó.

—Porque... tú y yo hemos... Malditos cuervos, Bernard, si pudiera tenerlos estoy segura de que ya los habría tenido contigo.

—Quizá sí —replicó él—. O quizá no. Nos vemos una o dos veces cada luna. Como mucho. Esa no es la mejor manera de hacer niños.

—Pero tuve la plaga —le recordó en voz baja—. Aunque casi no puedas ver las marcas.

—Sí —reconoció Bernard—. Pero hay mujeres que también la tuvieron, y aun así dieron a luz hijos. Tal vez no sean muchas, pero se ha dado el caso.

Ella dejó escapar un suspiro exasperado.

—Pero yo no soy una de ellas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bernard—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella lo miró durante un momento y movió la cabeza.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Existe al menos una posibilidad de que seas capaz de tener hijos y, hasta que no sepamos que no es así, no existe ninguna otra razón para que no estemos juntos.

Amara lo miró indecisa.

—Ya sabes lo que dice la ley. Tienes una obligación con el Reino, Bernard, para producir herederos de tu sangre y transmitirles la fuerza de tu artificio de las furias.

—Y yo intento cumplir con esa obligación —reconoció—. Contigo.

Caminaron en silencio durante un rato.

—¿De verdad crees que es posible? —preguntó Amara.

Él asintió.

—Creo que es posible. Quiero que ocurra, y la única forma es esforzarse y esperar.

Amara se quedó en silencio durante un rato.

—Muy bien. —Tragó saliva—. Pero... no quiero que Gaius sepa nada. No, a menos que... —Se calló y volvió a empezar la frase—. No hasta que tengamos un hijo. Antes de eso, puede obligarnos a que nos separemos. Pero si tenemos un hijo, no tendrá razones legales ni éticas para oponerse.

Bernard la estudió durante unos cuantos pasos. Entonces se paró, le levantó la barbilla con una mano ancha, y le dio un beso muy lento y suave en la boca.

—De acuerdo —murmuró después de eso—. Por ahora. Pero llegará el día en que no podamos ocultarles a los demás nuestros votos matrimoniales. Ese día quiero estar seguro de que estarás a mi lado, y de que si llegamos a ese punto, desafiaremos juntos al Primer Señor y a la ley.

—Juntos —repitió ella, y aquella palabra fue una promesa. Después lo besó de nuevo.

Bernard esbozó una media sonrisa.

—¿Qué es lo peor que podría ocurrir? Que nos relevaran de nuestros cargos, y que nos revocaran la ciudadanía, en cuyo caso, bueno, no tendríamos que preocuparnos por las obligaciones legales que acarrea la ciudadanía, ¿no te parece?

—Estaríamos arruinados, pero juntos —concluyó Amara con una sonrisa seca en los labios—. ¿Es eso?

—Mientras te tenga, no estaré arruinado —replicó Bernard.

Amara puso los brazos alrededor del cuello de su marido y lo apretó con fuerza, mientras sentía los brazos de él estrechándola, fuertes y protectores.

Quizá Bernard tenía razón. Quizá todo acabaría bien.

Fidelias terminó de darle brillo al cuero de sus botas y se sentó a su lado en la cama. La mochila, que ya había acabado de llenar y cerrar, se encontraba a su lado. Miró la habitación durante un momento, reflexionando. En aquel momento se dio cuenta de que la habitación de servicios que ocupaba en el sótano de la mansión de Aquitania tenía casi las mismas dimensiones que la que ocupaba antes en la Ciudadela. Quizá la cama fuera más blanda, las sábanas y la manta de mejor calidad, y la lámpara ligeramente más elaborada. Por lo demás eran casi iguales.

Movió la cabeza y se estiró en la cama, de momento demasiado cansado para hacer el esfuerzo de quitarse la ropa y meterse debajo de las sábanas. Se quedó mirando el techo, escuchando los sonidos amortiguados del movimiento y las conversaciones de las habitaciones adyacentes y de las salas superiores.

Abrieron la puerta sin llamar. Fidelias no tuvo que mirar para saber quién era.

Lady Aquitania permaneció en silencio durante un momento.

—Ya veo que has hecho las maletas.

—Sí —asintió—. Parto con las primeras luces del día.

—¿No te quedas para la ceremonia de presentación?

—No me necesitáis para eso —respondió Fidelias—. He visto el vestido que le habéis comprado a la estatúder. Estoy seguro de que transmitirá la impresión que deseáis. Pero hay otros asuntos que reclaman mi atención.

—¿Eh? —preguntó ella—. No te he asignado tu próxima tarea.

—Me vais a enviar a Kalare —explicó Fidelias—, para que me ponga en comunicación con los contactos que tengo allí. Queréis saber qué lazos tiene con los Grandes Señores del sur, y establecer algún plan para entorpecerlos o cortarlos.

Ella dejó escapar una carcajada.

—¿Debería sentirme orgullosa por el esfuerzo que realizaste al reclutarte, mi espía?

—No os molestéis —replicó Fidelias—. Yo os elegí a vos y a vuestro esposo, no al revés.

—Qué cínico —murmuró ella—. Un caballero habría bailado mientras hacía el comentario.

—No me contratasteis para bailar —replicó Fidelias en voz baja.

—No. No lo hice. —Se quedó en silencio durante un momento, y después añadió—: ¿Vas a llevarte aguas de las fuentes de aquí?

—Sí, mientras no tenga demasiada sed. Los veranos son cálidos en el sur.

—Cuídate, Fidelias —replicó lady Aquitania—. Eres un activo valioso, pero solo toleraré tus actos ocasionales de insubordinación mientras lo sigas siendo.

—Si yo fuera vos, Vuestra Gracia —intervino Fidelias—, me pensaría muy bien

cómo conservar mis recursos de inteligencia.

—¿Qué son...? —preguntó ella.

—Que soy yo.

—¿Y cómo es eso? —Su voz adquirió un filo peligroso.

Fidelias apartó por primera vez los ojos del techo. Ella estaba de pie en el quicio de la puerta, alta, elegante y encantadora, cubierta con una voluminosa capa gris y unas zapatillas ligeras en los pies. Llevaba el cabello oscuro recogido con una serie de peinetas de marfil. Contempló su belleza durante un momento, y sintió una punzada de deseo y enojo. Por supuesto, ningún hombre podía contemplar a una mujer de semejante belleza y no sentir nada. Pero su enojo era un misterio para él, aunque se lo contuvo y ocultó con sumo cuidado.

En lugar de responder, señaló con un gesto la cómoda que había al lado de la puerta.

Ella frunció el ceño y miró. Ladeó la cabeza durante un instante y cogió una desgastada capa de viaje que estaba encima del mueble.

—Es una capa —anunció con un tono ligeramente exagerado de paciencia—. ¿Y qué amenaza se supone que representa esto?

—No es una capa —explicó Fidelias con tranquilidad—. Es una capa marina. Las fabrican en Kalare, Forcia y Parcia. La piel procede de una raza de grandes lagartos que se alimentan de tubérculos y raíces en los pantanos y en los ríos. Cuando se mojan un poco se hinchan y se vuelven impermeables. Cualquiera que viaje por allí necesita una de esas capas, o bien para ponérsela al subir a un barco o bien para protegerse durante la estación lluviosa. Sin una capa marina, resulta muy fácil caer enfermo.

Lady Aquitania asintió con paciencia.

—Aun así no consigo ver qué peligro representa para nosotros, querido espía.

—Esa capa es mía —explicó Fidelias.

Ella lo miró con una expresión distante.

—La dejé en mi habitación en la Ciudadela el día en que partí hacia el sur con Amara para su ejercicio de graduación. El día en que abandoné a Gaius. —Movié la cabeza—. Esta tarde la he encontrado aquí.

Una arruga apareció entre sus cejas.

—Pero... eso quiere decir...

—Eso quiere decir que Gaius en persona ha estado en vuestra mansión, sin que hayáis tenido la menor noticia de ello. Significa que sabe dónde estoy. Significa que sabe a quién sirvo. Significa que es perfectamente consciente de que me enviáis al sur para causarle problemas a Kalare... y de que tengo su bendición para hacerlo. —Cruzó los brazos detrás de la cabeza y volvió a mirar al techo—. Tened cuidado, mi señora. Es posible que el león que cazáis sea viejo, pero ni chochea ni está débil.

Perded un paso y es posible que la cazadora se convierta en presa.

Lady Aquitania lo miró en silencio durante un momento y después se fue sin decir palabra, cerrando la puerta a sus espaldas. Sus pasos al alejarse eran un poco más rápidos de lo habitual. Estaba asustada.

Por alguna razón, eso complació a Fidelias, lo mismo que le había complacido el grito de aviso a los guardias aleranos cuando se les acercaban los vord por la espalda. En su fuero interno esas sensaciones iban unidas a pensamientos, pensamientos y sentimientos peligrosos que no quería examinar demasiado de cerca para evitar que lo frenaran. Así que los aceptó por lo que se podía ver solo en la superficie.

Le había complacido.

Al difuminarse las sensaciones, quedó una no demasiado intensa, pero era muchísimo mejor que no tener ninguna.

Esa noche se durmió rápidamente por primera vez en casi tres años.

Isana recogió las manos en el regazo e intentó que no le temblasen demasiado. Se encontraba sola en el carruaje, pero no se iba a permitir que la vieran en semejante estado cuando llegase al palacio.

Aunque solo fuera en espíritu, ahora era una traidora a la Corona.

Cerró los ojos y respiró lentamente. Solo era una cena, y sin duda el Primer Señor no se iba a quedar después de comer, y ella iba a ver de nuevo a Tavi, sano y de una pieza. Creyó que le iba a estallar el pecho de preocupación por lo mucho que lloró cuando llegó a la enfermería y lo encontró allí, herido, extenuado e inconsciente, pero entero. Irritada, había despedido a los sanadores de la Ciudadela y ella misma le había curado las heridas de la manera más difícil, a través de la ropa mojada y con un esfuerzo lento y agotador.

Había permanecido al lado de Tavi hasta que empezó a quedarse dormida y llegó Gaius. El Primer Señor se movía muy despacio y con mucho cuidado, como un anciano cansado, aunque no parecía mayor que un hombre en plena madurez, a excepción de su cabello, que se había vuelto completamente gris y blanco desde la última vez que lo viera. Le ofreció una habitación, pero ella la rechazó, so pretexto de que lady Aquitania le había ofrecido hospitalidad.

Él la había mirado con ojos tranquilos y penetrantes, y ella supo que había comprendido mucho más que la simple afirmación que había expresado. No puso ninguna objeción a que se fuera y, de hecho, la había invitado al palacio para cenar con su sobrino y con él.

Por supuesto, sabía que acudiría si se trataba de ver a Tavi. No se podía confiar en lady Aquitania, pero había algo de verdad en su acusación de que Gaius retenía a Tavi como rehén para asegurar el buen comportamiento de ella. En este caso, al menos, estaba utilizando al chico para asegurarse de que acudiría al palacio.

Pero al menos había conseguido lo que quería. Le habían llegado noticias de los mercenarios de Aquitania. Su hermano estaba bien, aunque habían matado a todos los habitantes de una explotación, así como a gran parte de los soldados de Bernard. Pero habían destruido el nido vord.

El carruaje se detuvo y el lacayo desplegó los escalones y abrió la puerta. Isana cerró los ojos y respiró hondo. Se obligó a adoptar como mínimo una apariencia de calma. A continuación descendió del carruaje, bajo las miradas atentas de los guardias de rostros curtidos de Aquitania. Un centurión de la Guardia Real, que le parecía demasiado joven para su rango, la escoltó al interior del palacio y hacia lo que, teniendo en cuenta lo habitual entre la alta nobleza alerana, era un comedor íntimo y coqueto.

Era más grande que la gran sala en Isanaholt y lo más probable era que fuera del

tamaño del granero de piedra de la explotación. Habían dispuesto la mesa con los comensales colocados a un tiro de arco entre ellos, pero estaba claro que alguien había decidido que esa disposición no era la adecuada. Habían arrastrado todas las sillas hasta formar un grupo mal distribuido en un extremo de la mesa y lo mismo había ocurrido con los servicios, mientras se estaban riendo numerosas voces.

Isana se detuvo un momento ante la puerta, y estudió la escena. El hombre joven y grande que había en medio del grupo debía de ser Antillar Maximus, sobre quien Tavi le había escrito mucho en sus cartas a casa. Tenía la apariencia atractiva y robusta que ahora le hacía parecer un sinvergüenza, pero que con el tiempo se convertiría en algo más fuerte y más solemne, aunque no menos atractivo. Estaba contando alguna historia con el aplomo de un cuentista con experiencia. A su lado se sentaba un joven delgado de mirada inteligente y sonrisa amplia, aunque había algo de ratonil en la manera en que se sentaba y escuchaba, como si esperase que nadie se fijara en él. Eso era justo lo que pretendía. Ehren, según las cartas de Tavi. Delante de Max y Ehren, al lado de Tavi, se sentaba una chica vulgar pero bonita; tenía las mejillas sonrosadas a causa de la risa.

Al otro lado de Tavi estaba sentada una belleza exótica, e Isana tardó un momento en reconocerla como Kitai, la hija del jefe marat. Vestía una blusa de seda fina y unos pantalones ceñidos, e iba descalza. El cabello largo y blanco estaba recogido en una trenza que le caía recta por la espalda, y la plata brillaba en su cuello y en las muñecas. Tenía unos ojos pícaros y exactamente del mismo color que los de Tavi, según se dio cuenta Isana.

Y Tavi estaba escuchando a Max. Había crecido, como pudo comprobar de repente, y no solo en altura. Había algo en su silencio que no tenía nada que ver con la inseguridad. Escuchaba a Max con una sonrisa silenciosa que descansaba en parte en su boca, pero sobre todo en los ojos, y su postura transmitía una seguridad que ella no había visto antes. Intervino con algún comentario cuando Max se calló para tomar aire y la mesa estalló de nuevo con una carcajada.

Isana sintió de repente una presencia a su espalda.

—Es un sonido agradable —murmuró Gaius Sextus—. Una risa como esa, de los jóvenes. Hacía demasiado tiempo que no se oía en estos salones.

Isana sintió cómo se le agarrotaba la espalda cuando se dio la vuelta para mirar al Primer Señor.

—Su Majestad —saludó junto con la reverencia que le había enseñado Serai «el día de su muerte», pensó Isana.

—Estatúder —le devolvió el saludo, mientras la miraba y decía en un tono amable y neutro—: Un vestido encantador.

El vestido que le había proporcionado lady Aquitania era de la misma seda exótica y cara que lució ella en la fiesta de jardín, aunque con un corte mucho más

modesto. El escarlata oscuro de la seda se oscurecía de manera paulatina hasta el negro en la punta de las mangas y el dobladillo de la falda. Escarlata y sable, los colores de Aquitania.

La túnica de Gaius era, por supuesto, roja y azul, los colores de la casa real del Primer Señor.

—Muchas gracias —replicó Isana con voz tranquila—. Me lo ha facilitado mi anfitriona. Habría sido una descortesía no llevarlo.

—Lo entiendo perfectamente —reconoció Gaius con reserva y compasión en su voz.

Isana tuvo de nuevo la impresión que había comprendido mucho más de lo que había dicho ella y que también ella, a su vez, había entendido mucho más allá del significado aparente de las palabras.

—Tal vez os interese saber que he perdonado a Maximus, y retirado todos los cargos contra él. Le he ofrecido a Kalare una investigación exhaustiva sobre los acontecimientos de aquella noche, y la ha rechazado casi en el acto. Así que en ausencia de acusación particular, he rechazado los cargos.

—¿Y eso debería interesarme? —preguntó Isana.

—Quizá no —respondió Gaius—. Pero quizá lo encuentre interesante alguien que conocéis.

Con eso se refería a Aquitania, sin lugar a dudas.

—¿Nos unimos a ellos? —sugirió Isana.

Gaius levantó la mirada hacia el grupo de jóvenes, que seguían riendo. Los contempló con una expresión indescifrable, y pensó que su habilidad como artífice del agua era insuficiente para captar lo que de verdad estaba sintiendo. Isana tuvo la impresión repentina de que su vida, como la del Primer Señor, había sido terriblemente solitaria.

—Esperemos un momento —indicó Gaius—. Su risa no va a sobrevivir a nuestra llegada.

Ella lo miró durante un instante y asintió. La tensión silenciosa que reinaba entre los dos no se desvaneció, pero se relajó durante un tiempo.

Cuando por fin entraron en la sala, Isana se pasó un buen rato acaparando a Tavi. Había crecido de manera increíble y, si bien antes ella era medio palmo más alta que él, ahora él le sacaba al menos un palmo. Sus hombros se habían ensanchado en una medida similar, y su voz ya no era la del tenor ligero que abandonó su hogar, sino la de un barítono.

Pero sobre todo, y ahí tenía que darle la razón a Amara, seguía siendo Tavi. Lo podía sentir en su calidez y en su sonrisa, y en el amor que le profesaba cuando le devolvió el abrazo. El brillo en sus ojos, el sentido del humor y la sonrisa, aunque más seria y reflexiva, seguían siendo los suyos. Su paso por la Academia no le había

restado ni un ápice de su manera de ser. Quizás hubiera potenciado lo que ya era: un joven con una mente rápida, capaz de tomar decisiones a veces cuestionables, y dotado de un buen corazón.

La comida fue excelente y la conversación agradable hasta que el Primer Señor le pidió a Tavi que compartiera su historia de los acontecimientos de los últimos días. Isana comprendió de repente porque la reunión era tan reducida. Ni siquiera se permitió la entrada de los sirvientes en el comedor mientras Tavi hablaba.

Casi no pudo creer lo que estaba escuchando, pero aun así era verdad. Podía sentirlo en él. Isana estaba sorprendida que Tavi hubiera podido tener tanto poder en sus manos. Solo era un joven estudiante, pero el destino del Reino había dependido de las decisiones que había tomado. No solo sobre él, de eso estaba seguro pero, por las grandes furias, una vez más había actuado como un héroe.

Isana se sintió desconcertada por el relato y no se sorprendió que Tavi se estuviera formando como cursor. Estaba en la línea de lo que había esperado que ocurriera cuando vino a la capital. Escuchó a Tavi, pero se pasó la mayor parte del tiempo analizando las expresiones y las emociones de los demás sentados a la mesa. También sospechaba que Tavi se estaba callando cosas, aquí y allí, aunque no estaba segura por qué quería ocultar una parte de la charada de Max como el Primer Señor o la muerte del maestro Killian.

Era muy tarde cuando el Primer Señor sugirió que la velada se había alargado demasiado. Isana se quedó hasta que se retiraron todos, excepto Tavi y el Primer Señor.

—Había tenido la esperanza —le dijo a Gaius en voz baja— de hablar un rato a solas con Tavi.

Gaius arqueó una ceja y se quedó mirando su vestido durante un momento. Isana tuvo que pedir la ayuda de Rill para impedir que se ruborizase, pero sostuvo la mirada de Gaius sin moverse.

—Estatúder —replicó con amabilidad—, esta es mi casa y me gustaría oír lo que tengáis que decirle a uno de mis cursores.

Isana apretó los labios, pero inclinó la cabeza. No tenía ganas de hablar delante de Gaius, pero esto formaba parte del precio que tenía que pagar por recibir la ayuda de Aquitania. Así que no tenía más remedio.

—Tavi —empezó con calma—, me preocupa tu amiga. Gaelle, creo que se llama. No te lo puedo asegurar, pero hay algo... que no me da buena espina.

Tavi miró a Gaius para enojo de Isana. El Primer Señor asintió.

—Lo sé, tía Isana —replicó con voz tranquila y muy seria—. Ella no es Gaelle. O al menos no es la auténtica Gaelle.

Isana frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los hombres que nos atraparon a Kitai y a mí en los túneles eran de Kalare —explicó—, y nos estaban esperando. El maestro Killian me contó, poco antes de morir, que el jefe de los asesinos de Kalare seguía muy cerca y que había tenido que pagar un precio terrible para infiltrar al asesino en la Ciudadela. Estaba fingiendo que era un traidor ante Kalare con la esperanza de saber más del enemigo a través de su contacto con el jefe de los asesinos: una mujer llamada Rook. Quienquiera que sea Rook, tenía que ser una mujer, y alguien del círculo del maestro para no levantar sospechas, y alguien que me hubiera visto entrar esa noche en los túneles y que supiese dónde tendría que empezar a marcar las paredes para no perderme. En definitiva, casi con toda seguridad tenía que ser uno de los estudiantes.

—Ese fue el precio que mencionó Killian —murmuró Gaius—. La chica seleccionada para su formación fue sustituida por Rook, quien seguramente se convirtió en su doble mediante un artificio de agua. Lo más probable fue que mataran a la chica unos pocos días después de seleccionarla.

Isana movió la cabeza.

—Eso... Su Majestad, sabéis tan bien como yo que cualquiera que tenga tanto poder con el agua establecerá un vínculo muy fuerte con las emociones de los que la rodean.

—Sería una ventaja enorme para convencer a todo el mundo de que eres simplemente una chica inofensiva —murmuró Gaius.

—Sí, y si matas con mucha frecuencia, lo más probable es que te vuelvas loco.

—Es más que probable —asintió Gaius.

—¿Permitisteis que mataran a esa pobre chica —acusó Isana—, para conseguir algún tipo de ventaja?

—Killian no me lo comentó —respondió Gaius—. Lo hizo por iniciativa propia.

Isana movió la cabeza enfadada.

—Es igual. Es monstruoso.

—Sí —reconoció Gaius sin el más leve rastro de vergüenza—. Lo es, pero Killian creyó que era necesario.

Isana volvió a mover la cabeza.

—Esa asesina. Rook. ¿Cuándo la vais a detener?

—No lo haremos —respondió Tavi con calma—. Al menos, no de inmediato. Rook no sabe que hemos descubierto su identidad, de manera que lo podemos utilizar contra ella y contra Kalare.

—Es una asesina —protestó Isana en voz baja—. Y lo más probable es que también sea una loca ¿Y vais a dejar que siga suelta?

—Si el Primer Señor la elimina —explicó Tavi—, la detiene o la manda al exilio, Kalare reclutará a alguien y lo volverá a intentar, y esta vez es posible que no tengamos la suerte de descubrirlo. Es menos peligroso dejarla tranquila que detenerla.

Al menos, por el momento.

—Eso es monstruoso —repitió Isana, y sintió como se le llenaban los ojos de lágrimas y no intentó ocultarlas.

Tavi vio su expresión y se ruborizó, bajando la mirada.

—Espero que no estés muy decepcionada conmigo, tía Isana —dijo, volviendo a levantar la vista.

Ella le lanzó una tenue sonrisa.

—Espero que no estés demasiado decepcionado conmigo, Tavi.

—Eso nunca —replicó—. Comprendo por qué... —Hizo un gesto vago con la mano—. Hiciste lo que consideraste necesario para proteger a las personas a quienes quieres.

—Sí —reconoció Isana en voz baja—. Supongo que no debería ser la primera en tirar piedras. —Se acercó a él, le cogió la cara con las dos manos, lo besó en la frente y dijo—: Prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo —respondió Tavi.

Ella volvió a abrazarlo, y él le devolvió el abrazo. Gaius salió con discreción, mientras Tavi la acompañaba hasta la entrada, donde la estaba esperando el carruaje de Aquitania. Ella caminó con la mano sobre el antebrazo extendido de Tavi, y él la ayudó a subir al carruaje.

—Tavi —dijo antes de cerrar las puertas.

—¿Sí, tía Isana?

—Te quiero mucho.

Él sonrió.

—Yo también te quiero.

Ella asintió.

—Y estoy orgullosa de ti. Ni se te ocurra pensar que no lo estoy. Me preocupo por ti. Eso es todo. Pero has crecido mucho.

Él sonrió.

—Al Primer Señor le cuesto una fortuna en pantalones —comentó.

Isana rio, y él se inclinó para besarla de nuevo en la mejilla.

—Escríbeme más a menudo —le ordenó mientras le desordenaba el cabello—. No importa dónde nos encontremos, nunca cambiará lo que siento por ti.

—Lo mismo digo —le aseguró, mientras daba un paso atrás y le hacía un gesto con la cabeza al cochero con una autoridad natural, y este empezó a cerrar la puerta—. Escríbeme siempre que puedas. Cuídate.

Ella asintió y sonrió. El cochero cerró la puerta y el carruaje empezó a salir del palacio. Isana se dejó caer en el asiento con los ojos cerrados. Se sentía muy, muy sola en el carruaje de Aquitania.

Estaba sola.

—Cuídate —susurró con los ojos cerrados y reteniendo en la cabeza una imagen de su sonrisa. Su mano se alzó hasta el bulto del anillo, que seguía oculto, colgado de la cadena alrededor de su cuello—. Oh, cuídate, hijo mío.

Epílogo

Miles bajó los últimos escalones y cruzó la antesala de la cámara de meditación del Primer Señor. Seguía habiendo marcas de quemaduras en el suelo de los fuegos que habían prendido Tavi y Kitai, pero habían limpiado los diversos tipos y colores de sangre. La puerta que daba a la cámara de meditación estaba medio abierta, pero Miles se detuvo delante de ella y llamó con suavidad.

—Entra, Miles —le llegó la voz de Gaius.

Miles empujó la puerta y entró. Gaius estaba sentado en una silla delante del pequeño escritorio, mordiéndose los labios mientras meditaba y escribía algo en un papel. Lo terminó, lo firmó y, con tranquilidad, lo dobló y lo selló con la cera y el sello que se encontraba en el pomo de su daga.

—¿Qué te trae por aquí, Miles?

—Lo habitual —respondió Miles—. No hemos encontrado nada en las Profundidades, si exceptuamos la extraña cueva que los vord utilizaron como nido. No hay señales de ellos por ninguna parte, pero he enviado avisos a las legiones de todas las ciudades para que extremen las precauciones por si ocurre algo que pudiera indicar la presencia de los vord.

—Estupendo —reconoció Gaius, y un momento después musitó—: ¿Sabes que los vord, en uno u otro momento, no repararon en absoluto en la presencia de Tavi al menos tres veces?

Miles frunció el ceño.

—Vi cómo huía de una multitud. En aquel momento supuse que había sido lo suficientemente rápido como para alejarse, y lo atacaron justo después.

—Pero no hasta que atacó a la reina con una lanza —le recordó Gaius.

—¿Estáis sugiriendo que el muchacho está de acuerdo con ellos? —preguntó Miles.

Gaius arqueó una ceja.

—Por supuesto que no. Pero se trata de una anomalía que todavía no he desentrañado. Quizá no fue nada... Simple suerte. Pero ¿y si no lo fue? Tal vez eso nos diga algo importante sobre ellos.

—¿Pensáis que siguen aquí?

—No estoy del todo seguro. Es extraño —confesó Gaius, pensativo—. He buscado su presencia, pero no los he sentido.

—Según el conde de Calderon, son muy difíciles de detectar con un artificio, sire. Gaius asintió, e hizo un gesto con la mano.

—Bueno. Ahora sabemos que existen y estamos alerta. Eso es todo lo que podemos hacer por el momento.

—Sí, sire. —Miró alrededor de la cámara—. La han limpiado muy bien.

Gaius suspiró.

—No me puedo creer que esos dos utilizaran todo mi gabinete de licores como armas contra el enemigo.

Miles frunció los labios y el ceño.

—Sire, ¿puedo...?

—Habla abiertamente, sí, sí. —Movié una mano, irritado—. ¿Cuántas veces te tengo que decir que no necesitas pedir permiso?

—Al menos una vez más, Sextus —respondió Miles—. No lamento la pérdida del gabinete de licores. Me parece una bendición. Estabais bebiendo demasiado.

El Primer Señor frunció el ceño pensativo, pero no discutió con el capitán.

—Lo hicisteis a propósito, ¿verdad? —preguntó Miles.

—¿Qué es lo que hice?

—Traer aquí a Fade. Lo arreglasteis todo para que Tavi compartiera habitación con Antillar Maximus. Queríais que fueran amigos.

Gaius esbozó una ligera sonrisa, pero no dijo nada.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Miles.

—Es un cursor, Miles. Y antes fue aprendiz de pastor.

—Cuervos, Sextus —replicó Miles irritado y con el ceño fruncido hacia el Primer Señor—. Sabéis lo que quiero decir.

El Primer Señor miró fijamente a Miles.

—No tiene ningún artificio, Miles. Mientras eso siga así, nunca será nada más de lo que es.

Miles volvió a fruncir el ceño y apartó la mirada.

—Miles —lo amonestó Gaius—, ¿tan malo es ser lo que es ahora?

—Por supuesto que no —reconoció Miles y suspiró—. Solo que...

—Paciencia, Miles, paciencia. —Gaius cogió la carta que había escrito y se puso en pie.

Miles se puso a su lado cuando el Primer Señor se acercó a la puerta.

—Oh —dijo Gaius—, eso me recuerda que no debes volver a llenar ese gabinete de licores. Haz que lo saquen de aquí.

Miles se detuvo en seco y parpadeó.

—No vais... —Hizo un gesto vago hacia el mosaico.

Gaius negó con la cabeza.

—Tengo que descansar.

Miles le frunció un poco el ceño al Primer Señor.

—No comprendo.

—Tengo que aguantar un poco más de tiempo, Miles. Y para eso necesito estar bien de salud. —Volvió la vista hacia el mosaico con una expresión repentina de dolor—. Fue muy arrogante por mi parte el comportarme como si no tuviera límites.

Si no los respeto ahora... —Se encogió de hombros—. Es posible que la próxima vez no me despierte.

—¿Aguantar un poco más? —preguntó Miles.

Gaius asintió.

—Resistir. Evitar que Aquitania y Kalare nos hundan en la guerra de sucesión que estallará, Miles, en cuanto yo me haya ido. Pero puedo ganar tiempo.

—¿Para qué?

—Para que el chico cambie.

Miles frunció el ceño.

—¿Y si no lo hace?

Gaius movió la cabeza.

—Entonces no ocurrirá nada. A menos que cambien las cosas, nadie oirá nada de esto, Miles. Incluso los rumores o las sospechas lo convertirían en un hombre marcado. Tenemos que protegerlo todo lo que podamos.

—Sí, sire —replicó Miles.

Gaius asintió y empezó a subir la escalera.

Miles siguió al Primer Señor de vuelta hacia el palacio, preocupado en silencio por el futuro.

Notas

[1] A partir de aquí se desarrolla un juego de palabras intraducible entre «lies», mentiras, y «lies», forma del verbo «to lay», que significa «echarse, tumbarse, yacer». (N. del t.) <<